

Alfonso Gálvez

**Siete Cartas
a
Siete Obispos**

Volumen I

Carta a la Iglesia de Éfeso

**New Jersey
U.S.A. - 2009**

Siete Cartas a Siete Obispos, Volumen Primero by Alfonso Gálvez. Copyright © 2009 by Shoreless Lake Press. American edition published with permission. All rights reserved. No part of this book may be reproduced, stored in retrieval system, or transmitted, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording or otherwise, without written permission of the Society of Jesus Christ the Priest, P.O. Box 157, Stewarstville, New Jersey 08886.

CATALOGING DATA

Author: Gálvez, Alfonso, 1932-

Title: *Siete Cartas a Siete Obispos, Volumen Primero*

Library of Congress Control Number:

ISBN-13:

ISBN-10:

**Published by
Shoreless Lake Press
P.O. Box 157
Stewarstville, New Jersey 08886**

PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA

Introducción

El *Apocalipsis*¹ es un libro profético. El único libro profético del Nuevo Testamento.² La Biblia se cierra con un *adiós* que es más bien un *hasta luego*, puesto que toda profecía es una mirada hacia el futuro; en este caso, hacia un *después* que dará sentido y cumplimiento a todo lo anterior.

Pero el mero hecho de decir que es un libro profético plantea, ya de entrada, diversos y graves problemas. Los cuales tienen que ver con temas como los siguientes: La profecía se refiere siempre al futuro; utiliza un lenguaje velado y oscuro; que requiere, por lo tanto, interpretación.

*Es propio de toda profecía ser oscura, sin llegar a ser clara hasta después de su cumplimiento. La oscuridad es todavía más profunda cuando el anuncio profético es presentado, como es el caso del Apocalipsis, a través de imágenes simbólicas que, más bien que revelar el objeto, lo ocultan.*³

¹En griego, *Revelación*.

²Lo que no quiere decir que algunos de los restantes libros del Nuevo Testamento no contengan diversas profecías. Intencionadamente se omite, por no ser de este lugar, cualquier referencia a la interminable lista de Concilios, tanto Nacionales como Ecuménicos, que han definido la autenticidad y canonicidad del Libro del *Apocalipsis*, además de añadir los correspondientes anatemas para quienes las nieguen. Solamente en España, el Concilio IV de Toledo (año 633) excomulgaba a los que negaran su autenticidad y no reconocieran el Libro como sagrado; incluyendo a los que no predicaran sobre él en las misas de los tiempos litúrgicos que van desde Pascua a Pentecostés (Can. XVI).

³*DTC*, I, *Apocalypse*, V.

En cualquiera de los apartados señalados los problemas se acumulan casi al infinito, con las consiguientes múltiples opiniones aportadas por los comentaristas a través de los siglos. Y habiendo transcurrido ya veinte en lo que se refiere a interpretaciones, las posibles soluciones se han acumulado en número considerable. Y ya puede suponerse también que cualquier juicio sobre alguna de las cuestiones que se suscitan afecta a las demás.

Puede empezarse, por ejemplo, con la que se refiere a lo que es peculiar de un libro profético: la referencia al futuro. Todo parecería indicar que el hecho de que el *Apocalipsis*, al fin y al cabo un libro profético, se refiera al futuro, no habría de ofrecer problema alguno en este sentido. Con todo, debe tenerse en cuenta que se trata de una Profecía demasiado intrincada y difícil: contiene, entre otras cosas, multitud de simbolismos susceptibles de aplicación a innumerables y variados acontecimientos de la Historia. No tiene nada de extraño, por lo tanto, que los comentaristas hayan acudido con frecuencia a la vía fácil. Y de ahí que el racionalismo, desde la segunda mitad del siglo XVIII, haya intentado negar al Apocalipsis la condición de profecía. Para las Filosofías de las Luces, en efecto, el autor del Libro de la *Revelación* está meramente haciendo Historia y no habla sino de su propio tiempo; concretamente de la lucha de la Iglesia contra el Imperio pagano de Roma, simbolizados en este caso por Babilonia y la Bestia. Las siete cabezas de la Bestia serían en este caso siete emperadores, mientras que Nerón, a su vez, sería para el autor del Libro el Anticristo.

Antes de seguir adelante conviene advertir que este Comentario, en torno a las Cartas a las Siete Iglesias de Asia, no pretende ser un estudio exegético del *Apocalipsis*, en todo o en parte. Por lo que no van a ser tratados problemas de crítica textual, ni se va a elaborar un

estudio de los diversos comentarios que, a lo largo de los tiempos, han tenido por objeto el *Apocalipsis*. Aquí solamente se pretende esbozar algunos esbozos, a modo de ensayo pero sin ánimo de erudición, en referencia a determinadas cuestiones que plantea el Libro Sagrado. Con el simple propósito de procurar el aprovechamiento espiritual de quien lo desee; o si se quiere, con la sencilla aspiración de que sirvan de distracción para algún lector que disponga del tiempo necesario, además del ánimo suficiente para leerlos.

Por descontado que aquí se va a dar por supuesto el carácter profético del *Apocalipsis*. Veinte siglos de venerable tradición, sin la menor duda al respecto, son algo más que una dura dificultad para quienes pretenden sostener lo contrario. Por lo demás, el mismo Libro del *Apocalipsis* lo proclama solemnemente, tanto al principio (Ap 1: 1-3) como al final (Ap 22:19): algo así como para abarcarlo por completo y eliminar cualquier incertidumbre sobre el tema.

Según lo cual, por ejemplo, las teorías que sostienen que las Cartas a las Siete Iglesias de Asia (Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea) se refieren a las tribulaciones que tales Comunidades hubieron de afrontar a finales del siglo I, con el objeto de servirles de consolación, si bien puede ser aceptada como verdadera, *no es probable sin embargo que contemple toda la verdad*. El *Apocalipsis* tiene suficiente empaque, y más que sobrada importancia, como para reducir un fragmento suyo tan fundamental a una serie de eventos que tuvieron lugar al mismo tiempo que se redactaba el Libro, sin otra proyección y ningún significado de futuro. Han transcurrido numerosos siglos durante los cuales la fe del Pueblo Cristiano ha visto algo demasiado trascendente en esas *Cartas*; referido, por supuesto, a las siete Comunidades de Asia *pero con un alcance, sin embargo, que va mucho más allá de lo que sería una mera contemporaneidad*. Y resulta difícil admitir ahora que tal fe no

ha pasado nunca de ser una creencia equivocada. Bastaría con leer atentamente las recomendaciones que el Espíritu dirige a los *Ángeles de las siete Iglesias* para convencerse de lo contrario: ¿Una mera crónica narrativa para hacer comprender a aquellos cristianos que no estaban solos...? Es evidente que el intento de *reducir* ha sido siempre una manía obsesiva de todas las sectas y herejías, ya desde los tiempos anteriores al Cristianismo.

Sucede, sin embargo, que el *reduccionismo* en Historia, tanto en lo que se refiere a los acontecimientos transcurridos en el tiempo, en el espacio, o de la forma que sea, suele acabar siempre manifestando su falsedad.

Es lo que le sucedió, por citar algún caso, a los más antiguos intérpretes y comentaristas del *Apocalipsis* (incluidos también otros más tardíos), los cuales creyeron reconocer a Nerón en la figura del Anticristo. Es natural que tan funesto personaje representara para ellos lo peor y más perverso que la mentalidad humana hubiera podido imaginar. Sin embargo, para los que viven en el siglo XXI, transcurridas más de veinte centurias de Cristianismo, y después de haber conocido a otras relevantes figuras históricas con las cuales compararlo, Nerón aparece como algo semejante a un novicio jesuita. Sin necesidad de ir demasiado hacia atrás en la Historia, bastaría con citar a algunos de los grandes criminales y genocidas de nuestro tiempo, tales como Hitler, Lenin, Stalin, Mao Tse-Tung, Ho Chi Minh, Fidel Castro o Arafat, para comprenderlo enseguida. Sus crímenes se contabilizan en algunos de ellos hasta por millones de seres humanos;⁴ pero sin que por eso se puedan considerar todavía como los peores. Porque aún habría que añadir aquí a los que, utilizando los medios

⁴Aunque curiosamente solamente sean recordados constantemente los de Hitler, muy ampliamente superado sin embargo por algunos de los citados matarifes, mientras que son silenciados sistemáticamente los de los otros. Curiosidades, logros y misterios del extraño mundo de la ideología de la Izquierda.

más sofisticados de las modernas técnicas, manipulan y destruyen las mentes y las almas: *No tengáis miedo a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma; temed ante todo al que puede hacer perder el alma y cuerpo en el infierno.*⁵ Con la circunstancia además de que Nerón enviaba las almas al Cielo; mientras que estos últimos, auténticos asesinos y aniquiladores de la Humanidad, las arrojan al Infierno. Por lo que hace a España concretamente, el Imperio mediático de Polanco dedica veinticuatro horas diarias, durante siete días a la semana, a verter telebasura y podredumbre de la peor especie en multitud de hogares. Si a eso se añade que prácticamente todas las cadenas de televisión del país le pertenecen, además de la casi totalidad de las emisoras de radio y los más importantes periódicos, fácilmente se comprenderá que comparar a Nerón con este individuo es cosa de risa. Por supuesto que nadie que piense seriamente va a creer que se trata meramente de la persona de Polanco; se sabe de los Poderes camuflados que están detrás de él y sobre él y que actúan en la sombra. Por mucho que lo intente, la Masonería no es algo tan oculto como para pasar por completo desapercibida. Solamente Dios es capaz de conocer el daño y la destrucción causados a toda una generación (o a varias) por este medio. Aquéllos que son ajenos a tales manejos saben sin embargo que, si bien la Justicia humana no puede o no quiere hacer nada al respecto, tales Poderes y semejantes individuos no podrán escapar a la Justicia divina.

En contrapartida, por lo tanto, tampoco es posible identificar a estos genocidas y criminales con el Anticristo. Por la misma razón utilizada para *reivindicar la memoria de Nerón*, valga la ironía. Aquí habría que recordar el viejo refrán según el cual *otro vendrá que bueno me hará*. Y, aunque es cierto que sería bastante difícil superar a tales criminales, hay que reconocer que no se sabe nada acerca de

⁵Mt 10:28.

lo que todavía reserva la Historia; puesto que el futuro sólo de Dios es conocido. De todas formas, no parece mala idea la de recomendar a historiadores y exégetas que adquirieran mayor conciencia acerca de la necesidad de la seriedad histórica. Equivaldría a aconsejarles el abandono definitivo del tarot en manos de individuos tales como adivinos, arúspices, nigromantes, quiromantes y todo el resto de la gama de charlatanes; que es a quienes propiamente les corresponde.

Y algo parecido habría que decir acerca de la manía de identificar a la Babilonia del *Apocalipsis* con Roma. Pues, si bien es verdad que la Roma actual está considerada como una de las ciudades más corrompidas del mundo, tal cosa no parece suficiente razón para hacer de ella el lugar al que apuntan las terribles visiones del Libro Sagrado. De hecho la Reforma Protestante, como es sabido, ha sido siempre proclive a identificar ambas ciudades. Una curiosa teoría a la que en los tiempos modernos se han adherido muchos católicos: excesivamente tradicionalistas algunos y hondamente preocupados otros. Pese a lo cual, conviene repetirlo, no parece que haya motivos para confundirlas. Tratándose de la interpretación de las profecías, la determinación concreta de lugares y tiempos suele ser terreno resbaladizo. A lo largo de los siglos han sido demasiadas las fechas fijadas, *con pretendida exactitud*, para la Aparición del Anticristo partiendo de los datos del *Apocalipsis*; y todas ellas han resultado escandalosamente falsas. Todo parece indicar que la encarnación del Mal, tal como aparece en los diversos personajes surgidos a lo largo de la Historia, tiende a manifestarse con más intensidad a medida que el tiempo transcurre; y de ahí que el grado de perversidad de los criminales antiguos sea muy inferior al de los modernos. De lo que cabrían inferirse dos cosas, de las que la primera se referiría a que lo peor no ha llegado todavía; en cuanto a la otra, tendría que ver con la particularidad de que, cuando por fin aparezca el Anticristo,

sea éste quien fuere o lo que fuere, es indudable que habrá de ser algo más serio de lo que los cristianos han venido imaginando hasta ahora.(A)

* * *

(A) Los intentos de *reduccionismo* con respecto a las revelaciones del *Apocalipsis*, tal como hemos dicho más arriba, se han hecho más frecuentes en los tiempos modernos. Quizá el más importante de todos gira en torno al misterioso anuncio de *unos cielos nuevos y una tierra nueva*. En realidad, lo que yace en el fondo de tal proyecto se reduce al deseo de edificar un Paraíso terrenal y olvidarse para siempre del Paraíso Celeste, en el que por cierto ya no se cree. Dicho con otras palabras, se trata de dejar de pensar en la *utopía* del Cielo, y comenzar a construir la *realidad* de una Tierra a la medida del hombre. Como es lógico, las cosas no se dicen en la moderna Teología *progre* de forma tan ruda y descarnada; sería una torpeza que manifestaría fácilmente las huellas de Marx y de Engels, además de las pertenecientes a la multitud de epígonos, continuadores, discípulos y seguidores que han venido apareciendo después. Llegará un momento —es lo que suele decirse— en el que el hombre podrá gozar de una *Tierra nueva*; la misma en la que, por fin, se verá establecida definitivamente *la justicia*. Una vez aireada de esta forma la proclama, sin otros aditivos ni añadidos, basta luego dejar que se difunda por sí sola. Efectivamente *suenan bien*, sin que le falte un agradable sabor de puesta al día, de modernidad y hasta de revolucionaria. De ahí que no sea probable que nadie se atreva a oponerse a ella; pues tal cosa supondría adoptar una actitud que fácilmente sería tachada de escandalosa, recalcitrante, conservadora y, pese a todo, también de guerrillera.

El problema, que no es pequeño, se plantea con respecto a lo que la teología *progre* suele entender por *justicia*. Sucede que podría elaborarse una larga lista de conceptos, extraídos todos ellos de lo más medular del Cristianismo (todos los auténticos valores, naturales o sobrenaturales, se fundamentan en Cristo), pero que han sido *rebajados* a categorías puramente humanas, una vez despojados de su proyección y alcance sobrenaturales.

En realidad habría que asegurar que han sido vaciados de contenido, mejor que contentarse con decir que han sido falsificados o remedados. Es lo que ocurre con ideas tan elevadas como la justicia, la naturaleza humana, los derechos humanos, la paz, la caridad (ahora solidaridad), la generosidad con el prójimo (ahora compromiso social), la libertad (ahora exoneración de toda ley humana y sobre todo divina), etc. Ya puede comprenderse que nadie va a acusar a la moderna Pastoral de descreimiento. Aunque por el hecho de ir a la zaga, más o menos conscientemente, de una teología impregnada de modernismo, se sitúa con frecuencia en posiciones ambiguas que podrían resultar peligrosas. Es así como viene a desembocar en lugares en los que, como avanzada y motor del Cristianismo que se supone que es, no puede pretender para los fieles sino lo que es conforme a un mundo mejor, a saber: una mayor madurez humana, según suele decirse. Con lo que se coloca a un paso de manejar únicamente aquellos conceptos que pueden resultar más afines al Cristianismo: como la justicia, por ejemplo; la paz, o tal vez la solidaridad. . . , aunque entendidos casi siempre de un modo tan ambiguo —o en clave *progre*— como para dar ocasión al peligro de malentendidos. Con la consiguiente posibilidad de que algunos cristianos se queden, con respecto a tales conceptos, *a ras de tierra*.

Por desgracia para la Teología modernista, la Biblia nunca ha demostrado interés en coincidir con ella. Un concepto tan importante como el de *justicia*, por ejemplo, posee connotaciones muy diversas en una y otra. La reducción del concepto de justicia a la justicia social, entendida además al modo marxista, no tiene nada que ver con la Biblia.⁶ Aunque así se dio

⁶La moderna Pastoral católica es bastante permeable al concepto socialista de justicia. De ahí que el sentido sobrenatural de esta virtud se haya difuminado en esa Pastoral, dando paso en su lugar a un reduccionismo en cuanto a su significación bíblica. Es probable que haya influido en el hecho el fenómeno que ha estado afectando a la Iglesia desde finales del siglo XIX y durante todo el XX: la abundancia y extraordinaria proliferación, a todos los niveles, de Documentos eclesiásticos sobre *Doctrina Social*. Incluso hubo un tiempo en el que cualquier Obispo se creyó obligado a hacer su propia aportación al problema, con la intención tal vez de completar las Encíclicas sociales de los Papas, ya de por sí prolijas. Consecuencia todo ello de la monomanía de socialismo que invadió el mundo occidental durante esa época, provocada probablemente por un complejo de inferioridad cuyos antecedentes habría que buscarlos en una crisis de Fe.

paso a la idea de imaginar la implantación definitiva de la justicia en este mundo, *y solo para este mundo*. Las consecuencias se deducen solas: los cielos nuevos y la tierra nueva que esperan los cristianos no significan un universo *nuevo*, sino un mundo meramente *transformado*. Donde ya no se trata de esperar un cambio, sino de la simple transformación que ocasiona una mejora. Dicho de otro modo, nada que se refiera a un cambio sustancial, sino únicamente al paso de lo menos a lo más, o de lo bueno a lo mejor; aunque permaneciendo siempre dentro de parámetros exclusivamente humanos. Al fin una Tierra *transformada* en la que se habrán hecho realidad definitivamente los valores de la justicia social, de los derechos humanos y, en general, de todo lo que conduzca al bienestar del hombre. Pero sin consideración alguna a fantasías sobrenaturales que no existen sino en la imaginación de los soñadores. En pocas palabras: la utopía marxista, que ha dejado de ser tal para convertirse en realidad.⁷

Con todo, los datos que se contienen en la Revelación discurren por caminos distintos. Sin necesidad de insistir en que el concepto bíblico de *justicia* nada tiene que ver con el correspondiente concepto marxista,⁸ lo que se dice en la Escritura acerca de *los cielos nuevos y la tierra nueva* es ajeno a los presupuestos del modernismo. San Pedro es claro al respecto, y no parece referirse a una mera *transformación* o simple cambio, de corte horizontalista, en las condiciones de vida de los hombres: *Los cielos y la tierra de ahora, por la misma palabra, están reservados para el fuego y guardados para el día del Juicio y de la perdición de los impíos... Pero*

⁷Ya puede comprenderse que la moderna Pastoral modernista no puede mostrarse a sí misma de forma tan cruda y radical, como se ha insinuado antes. Pero si se examina atentamente su trasfondo, pronto se descubre la realidad de su contenido.

⁸Como se sabe, uno de los trucos más frecuentemente utilizados por las filosofías idealistas (y más concretamente las marxistas) consiste en hacer uso de vocablos cristianos atribuyéndoles un contenido y significado diferentes del original. Debido a que la gente adolece de cierta tendencia a prescindir de análisis y distinciones, acepta sencillamente lo que se le dice, aunque de la forma en que siempre lo había interpretado; muy pronto, sin embargo, de manera más o menos consciente, acaba por asimilar el significado pretendido por la falsa ideología. Una debilidad que el Sistema siempre ha sabido aprovechar.

*como un ladrón llegará el día del Señor. Entonces los cielos se desharán con estrépito, los elementos se disolverán abrasados, y lo mismo la tierra con lo que hay en ella. Si todas estas cosas se van a destruir de ese modo, ¡cuánto más debéis llevar vosotros una conducta santa y piadosa, mientras aguardáis y apresuráis la venida del día de Dios, cuando los cielos se disuelvan ardiendo y los elementos se derritan abrasados! Nosotros, según su promesa, esperamos unos “cielos nuevos” y una “tierra nueva”, en los que habita la justicia.*⁹

Ya la primera afirmación, en la que se refiere a los cielos y la tierra de ahora —*reservados para el fuego y guardados para el día del Juicio*—, no es fácil de armonizar con la idea de un mundo meramente mejor a la medida humana. Si carece de algo la afirmación, es precisamente del optimismo babélico y fácil que piensa que puede prescindir de Dios. Ante los acontecimientos que han de suceder, San Pedro no insiste en la consigna de trabajar por establecer definitivamente la Ciudad Terrenal (sin esperar a ninguna otra), sino que aconseja conducirse según *una vida santa y piadosa, aguardando y apresurando la venida del Señor*. En cuanto a los cielos nuevos y la tierra nueva que han de venir, cuida de puntualizar que en ellos por fin *habitará la justicia*. Aunque es muy dudoso que la justicia petrina tenga algo que ver con la justicia social entendida al modo *progre*, si se tiene en cuenta también la claridad con que los textos bíblicos excluyen a la auténtica virtud del presente eón.¹⁰ En cuanto al *Apocalipsis*, lo mejor que se puede decir es que es más contundente todavía en cuanto al tema: *Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar ya no existe.*¹¹ Si efectivamente la creación entera gime y sufre con dolores de parto, en espera de ser liberada

⁹2 Pe 3: 7.10–13.

¹⁰Es interesante notar el modo como las Bienaventuranzas plantean el problema. La pobreza, el sufrimiento, la limpieza de corazón, la mansedumbre, etc., son para el presente eón: *Bienaventurados los pobres... los que lloran... los limpios de corazón...* No sucede lo mismo con la justicia, para la que no queda otra cosa por ahora que *esperarla* con ansiedad y esperanza: *Bienaventurados los que tienen “hambre y sed” de justicia.*

¹¹Ap 21:1.

de la esclavitud de la corrupción (Ro 8: 21–22), es preciso reconocer que resulta bastante engorroso esforzarse en imaginar tal liberación al modo modernista (marxista).

* * *

Como ya se dijo al principio, siendo la oscuridad algo propio y normal de toda profecía, el mensaje profético no puede ser comprendido enteramente hasta el momento de su cumplimiento.

Por lo que hace al *Apocalipsis*, tal cosa no equivale a decir que el libro sea un conjunto de acertijos, jeroglíficos o charadas imposibles de descifrar. Pues no sería lógico ni admisible que Dios hablara a los hombres con la intención de no ser entendido. Es normal, en efecto, que la profecía aparezca envuelta en una cierta oscuridad, más o menos intensa. Lo que no obsta para que *siempre encierre un significado que, en su contenido más hondo, transmita un mensaje para los hombres que en modo alguno habría de ser ininteligible*. Según enseña el Apóstol, *toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para argumentar, para corregir y para educar en la justicia*.¹² San Pedro, por su parte, advierte que, además de la necesidad de prestar atención a la palabra de los profetas, no debe olvidarse tampoco que ninguna profecía de la Escritura depende de cualquier interpretación privada (2 Pe 1: 19–20). Por supuesto que la Biblia no es un libro de enigmas o de logogrifos, si acaso se supone que ha sido escrita para revelar a los hombres lo que es necesario o conveniente para su salvación. El mismo Jesucristo, acabada la relación de sus profecías las más oscuras, cuales son las referentes a la destrucción de Jerusalén y al final de la Historia junto con su Segunda Venida, después de enumerar las señales que habrán de preceder a tales acontecimientos, acaba asegurando que esos indicios no serán tan enigmáticos como para no poderlos reconocer: *Aprended de*

¹²2 Tim 3:16.

*la higuera esta parábola: cuando sus ramas están ya tiernas y brotan las hojas, sabéis que está cerca el verano. Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, sabed que es inminente, que está a las puertas.*¹³ Lo cual, por paradójica, no será obstáculo para que, a pesar de la contundencia de las señales, los hombres no sepan comprenderlas ni adivinar su significado: *Lo mismo que en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Pues, como en los días que precedieron al diluvio comían y bebían, tomaban mujer o marido hasta el día mismo en que entró Noé en el arca, y no se dieron cuenta sino cuando llegó el diluvio y los arrebató a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre... Por eso, velad, porque no sabéis en qué día vendrá vuestro Señor... Estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del Hombre.*¹⁴ Resultado nefasto y catastrófico que sin embargo no depende de la profecía, sino de la opción por la que los hombres han decidido volverse de espaldas a la verdad y preferir el error.

Quizá consista en esto la clave para buscar el sentido y significado de las profecías. Aunque el mensaje profético sea normalmente oscuro, una vez admitido que ha sido pronunciado para la enseñanza y edificación de los hombres, es imposible entonces calificarlo como ininteligible. De donde es necesario admitir en él dos elementos a considerar: la razón de su oscuridad y su relativa pero innegable inteligibilidad.

En cuanto a las razones que justifican la oscuridad de la profecía, son imposibles de explicar de modo enteramente satisfactorio. Es evidente que el hecho debe poseer razonables fundamentos, puesto que Dios no obra nunca de manera arbitraria o antojadiza. Aunque ya puede suponerse que la investigación no conducirá más allá del terreno de las hipótesis. Por lo cual, de todos modos, también aquí

¹³Mt 24: 32-33.

¹⁴Mt 24: 37-44.

se va a intentar alguna interpretación del problema; más bien con ánimo de divagación, y sin pretender profundizar demasiado en la hondura del misterio.

Quizá puedan aprovecharse aquí, a modo de clave, ciertas palabras de Jesucristo dirigidas a sus discípulos. Se trata de la respuesta a una pregunta formulada por ellos: ¿Por qué le habla a la gente en forma de parábolas...?

Y la contestación formulada por Jesucristo es tan prolija y profunda como para estar necesitada, a su vez, de otra serie de explicaciones. Lo que no deja de parecer una ironía, y hasta es lo más probable que lo sea: algo así como una especie de broma cariñosa que Dios se hubiera dignado gastar a los hombres. De todos modos *todo tiene su razón de ser en las cosas que Dios hace, y en todas ellas persigue el bien de sus creaturas*. Algo que no debe olvidarse. En definitiva, la respuesta dirigida a los discípulos dice así:

—A vosotros se os ha concedido el conocer los misterios del Reino de los Cielos, pero a ellos no se les ha concedido. Porque al que tiene se le dará y tendrá en abundancia; pero al que no tiene incluso lo que tiene se le quitará. Por eso les hablo con parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden. Y se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dice:

*Con el oído oiréis, pero no entenderéis;
con la vista miraréis, pero no veréis.
Porque se ha embotado el corazón
de este pueblo,
han hecho duros sus oídos,
y han cerrado sus ojos;
no sea que vean con los ojos,
y oigan con los oídos,
y entiendan con el corazón y se conviertan,
y yo los sane.¹⁵*

¹⁵Mt 13: 11–15.

Las sentencias que preceden a la cita de Isaías no parecen guardar entre ellas mucha conexión: a) *a unos se les ha otorgado conocer los secretos del Reino de Dios, pero no a otros*; b) *al que tiene mucho se le dará más y abundará, mientras que al que tiene poco incluso ese poco le será quitado...*, para continuar a renglón seguido con la explicación del porqué de las parábolas.

Con respecto al problema a atender aquí, el significado de la primera afirmación no ofrece dificultad: a unos les ha sido concedido conocer los secretos del Reino de Dios y a otros no. Claro está que el vocablo *conocer* ha de ser entendido aquí en el sentido de *profundizar*, puesto que se trata de secretos que por referirse, además, al Reino de Dios siempre conservan su condición de secretos. Por otra parte, es evidente que, en lo que se refiere a las profecías, algunas personas alcanzan una intelección más profunda que otras; al igual que el grado de conocimiento del Evangelio y de las enseñanzas de Jesucristo es muy diferente para unos u otros (Ro 12:3). Todo depende de las diversas gracias, siempre diferentes en cualidad y grado, otorgadas a cada uno por el Espíritu Santo. Él es quien guía hacia la verdad completa (Jn 16:13) y quien hace recordar lo que Jesús dijo (Jn 14:26). En este sentido, es preciso reconocer que hay quien logra alcanzar una cierta *intuición* con respecto al contenido de la profecía (a lo que se podría llamar también *presentimiento*).¹⁶

Sin embargo cabría preguntar: ¿Por qué a unos se les concede más y entienden mejor, mientras que otros reciben menos y entienden

¹⁶Ya se ve que hay que utilizar determinados términos a fin de intentar calificar un conocimiento que se sabe que es *imperfecto*, o quizá más bien *incompleto*. Bien entendido que vocablos tales como *imperfección* o *insuficiencia*, aplicados a este caso, también son incapaces de expresar la realidad. Dado que tal conocimiento, intuitivo o *premonitorio* de la Palabra de la Revelación, obtenido bajo las luces otorgadas por el Espíritu Santo, puede alcanzar en realidad tal magnitud como para poder ser calificado de inefable.

menos? Por otra parte, ¿quiénes son los que consiguen más y quiénes los que consiguen menos...?

La segunda de las sentencias de Jesucristo aquí consideradas, aunque tampoco demasiado clara, quizá pueda proporcionar una cierta explicación a esas preguntas: *Porque al que posee en abundancia todavía se le concederá más; mientras que al que poco tiene, incluso esa insuficiencia le será quitada*. Declaraciones que parecen apuntar a que aquél que posea corazón se verá todavía más colmado; mientras que el que escatime o entregue poco se quedará sin nada. Al fin y al cabo el amor es una relación bilateral de entrega mutua: *uno lo entrega todo; y puesto que el otro hace lo mismo, cada uno recibe a su vez todo lo del otro: Todo lo que tiene el Padre es mío...¹⁷ Todo lo mío [¡oh Padre!] es tuyo; y lo tuyo, mío.¹⁸* Por lo que respecta al amor, entregar poco o con medida equivale a no entregar nada; en cuyo caso, y puesto que se trata de una reciprocidad, tampoco se recibe nada y entonces se desvanece el amor: *a quien poco tiene, aun ese poco le será quitado.¹⁹* De donde podría deducirse que entiende más el que ama más; lo mismo que también recibe un perdón más amplio quien tiene más amor (Lc 7:47).

Así parece más lógico y mejor conexionado con lo anterior lo que viene a continuación. Donde el mismo Jesucristo proporciona una explicación acerca de su forma de hablar en parábolas: *Por eso les hablo en parábolas; porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden*. Lo que en un sentido más inteligible, aunque enteramente fiel al pensamiento original, habría que traducir así: *Porque viendo*

¹⁷Jn 16:15.

¹⁸Jn 17:10.

¹⁹En la versión del Sermón del Monte según San Lucas, se ponen en boca de Jesucristo las siguientes palabras: *Dad y se os dará; echarán en vuestro regazo una buena medida, apretada, colmada, rebosante: porque con la misma medida con que midáis seréis medidos* (Lc 6:38).

*no quieren ver, y oyendo no quieren oír ni entender.*²⁰ No ven ni entienden porque han cerrado sus ojos y sus oídos a la verdad, prefiriendo el error. Que es justamente lo que se ha explicado arriba: la oscuridad de la profecía se hace más intensa cuanto es más tenebroso el corazón del hombre: *Y si todavía nuestro evangelio está velado, lo está para los que se pierden, para los incrédulos, cuyas inteligencias cegó el dios de este mundo para que no vean la luz del Evangelio glorioso de Cristo, el cual es la imagen de Dios.*²¹

La anestesia colectiva y voluntaria, con respecto a la Palabra de Dios a fin de no escucharla y seguir las propias inclinaciones, es mucho más frecuente de lo que parece. Lo más común es que sea provocada y fomentada por el mismo Sistema, con el fin de manipular a las masas y mantenerlas en el engaño en actitud de docilidad. Pero sin que eso suponga la exención de culpa para los engañados, puesto que cualquier abandono de la verdad es siempre culpable, de una manera o de otra. En lo que respecta a las verdades que se refieren a la salvación, solamente pueden ser engañados los que consienten en el error, y de ahí que diga el Apóstol que Dios envía un poder seductor a los que no quisieron aceptar el amor a la verdad (2 Te 2: 10–11).

A tal situación de anestesia colectiva y voluntaria aludía también San Pablo cuando, refiriéndose precisamente a los últimos tiempos, decía: *Cuando estén clamando “Paz y seguridad”, entonces, de repente, se precipitará sobre ellos la ruina —como los dolores de parto de la que está encinta—, sin que puedan escapar.*²²

En la actualidad todo parece indicar que la Iglesia se encuentra inmersa en una situación de inconsciencia colectiva, aunque en tal

²⁰Que tal es el sentido correcto lo prueba lo que dice a continuación la profecía de Isaías: *Porque han embotado el corazón. . . , han endurecido sus oídos. . . , y han cerrado sus ojos.*

²¹2 Cor 4: 3–4.

²²1 Te 5:3.

grado de gravedad como jamás había ocurrido antes en su Historia. Impregnada de neomodernismo, cuando parecía que la herejía modernista había sido definitivamente desterrada, y aquejada de una grave crisis en todos sus ámbitos (desprestigio y puesta en cuestión del Magisterio; deserciones en masa de la vida consagrada y ausencia casi total de vocaciones; descrédito y desdoro del sacerdocio; confusión general en el laicado con respecto a su papel en la Iglesia; crisis general de fe en cuanto a los dogmas y abandono de la práctica de los sacramentos; legitimación *de facto* del divorcio y de las prácticas anticonceptivas;²³ desconcierto y confusión sobre conceptos fundamentales de la Ley Natural, con admisión de aberraciones como la de la homosexualidad; ecumenismo radical, animado por un *entreguismo* no menos total y que ha conducido a los católicos a la creencia de que todas las religiones son igualmente valederas; anarquía y desacralización de la Liturgia; etc., etc.), contempla, sin embargo, un ambiente general en el que los fieles respiran con satisfacción el conocido triunfalismo de la llamada *Primavera de la Iglesia*.(B)

* * *

(B) Estas afirmaciones pueden parecer exageradas, por lo que no tardarán en aparecer los que se sientan incómodos ante lo que calificarán como *alarmismo*. En épocas de triunfalismo y de sonrientes *Primaveras* no suelen ser bienvenidos los que denuncian males y peligros, ya sean presentes o futuros. El destino final de los agoreros, desde los profetas del Antiguo Testamento hasta la actualidad, no es otro que el de ser rechazados, incluso a menudo con violencia.

²³La legitimación del divorcio se ha llevado a cabo mediante un mero cambio de nombre: nulidad del vínculo en su origen. En cuanto a los procedimientos anticonceptivos, vienen siendo admitidos *de hecho* en casi todos los confesonarios; e incluso *de iure*, por parte de muchos Pastores (incluidos Obispos y Cardenales) que suelen alegar la defensa contra el SIDA como el principal de los pretextos.

Sin embargo, según palabras del mismo Jesucristo (al que va a resultar difícil tildar de pesimista o de atrabiliario), ha de llegar una época en la que, por la extraordinaria abundancia de la maldad, se enfriará la caridad *de muchos* (Mt 24:12). Y en cuanto a San Pablo, también habla claramente de que, hacia los últimos tiempos, tendrá lugar la gran *apostasía* (2 Te 2:3).

Por supuesto que señalar momentos determinados para estos acontecimientos resultaría bastante temerario, y hasta el mismo Apóstol nos avisa que no hagamos cálculos en este sentido. Aunque hay un dato, a pesar de todo, que nos suministra una clave de la que no podemos dudar en modo alguno: según el mismo Jesucristo, cuando llegue el momento de su Segunda Venida, *apenas si encontrará fe sobre la tierra* (Lc 18:8).

A propósito de la crisis postconciliar, y con respecto al aforismo *post hoc, non propter hoc*, utilizado para ahuyentar fantasmas y tan difundido en su momento, conviene recordar que ya se habló de él en otro lugar para demostrar su inconsistencia. Según Menéndez Pelayo,²⁴ el aforismo *post hoc, ergo propter hoc* no es más que un sofisma. Y así es en efecto, puesto que intenta demostrar algo por medio de un argumento que en realidad no prueba nada: lo del *post hoc* está claro, evidentemente. Pero en cuanto al *ergo propter hoc* tendría que ser previamente demostrado; puesto que de otro modo, por sí solo carece de contenido. Sucede aquí algo curioso, sin embargo: cual es que, a poco que se examine, pronto se descubre que el mismo razonamiento se puede aplicar al socorrido *post hoc, non propter hoc*.

* * *

La conclusión a la que conducirían, a modo de resumen práctico, las consideraciones anteriores tal vez podría formularse en el sentido de que la oscuridad de la profecía es necesaria. El creyente debe aquilatar sus convicciones en el crisol de la Fe y poner a prueba la autenticidad de su amor . . . , a fin de que, de ese modo, pueda también

²⁴Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los Heterodoxos Españoles*, I, IV, Preámbulo.

compartir con Jesucristo la locura de la cruz. *Crede ut intelligas*. La firmeza de una Fe es la única cosa capaz de poner de manifiesto la totalidad de un Amor. La que puede poner al hombre en una relación de tú-a-tú con Dios. Pues no en vano la fe es *sperandorum substantia, rerum argumentum non apparentium*.²⁵

Pero, según se dijo más arriba, también es necesario considerar en la profecía, además de su oscuridad, su innegable (aunque relativa) inteligibilidad. Ya que es imposible pensar que Dios hable a los hombres con la intención de no ser entendido en absoluto.

A propósito de esto es importante distinguir el lenguaje *oscuro*, propio y peculiar de la profecía, del lenguaje *ambiguo*, muy utilizado en la Pastoral moderna y en el lenguaje de muchos teólogos que la secundan. En realidad tanto dicha Pastoral como la Teología *progre* utilizan la ambigüedad, aunque según diversas variantes.

Una de ellas es la que suele emplearse en el lenguaje escrito de los Manuales de Teología. Consiste en hacer afirmaciones de carácter más o menos ortodoxo, aunque no claramente condenables, para exponer a continuación otras de apariencia contradictoria y que al menos dejan al lector sumergido en la duda. El procedimiento, muy peculiar de Rahner, consigue (en el mejor de los casos) dejar el tema como en el aire y bajo la sensación de que *está sometido a revisión*. Un recurso sencillo e inteligente que posee la doble cualidad de que no es susceptible de ser condenado, de una parte, y de gozar de prestigio en los ambientes intelectuales avanzados, de otra.

Aunque el uso más importante y acabado de la *ambigüedad* en el lenguaje es el llevado a cabo en algunos textos de importantes Documentos del Concilio Vaticano II. Por no hablar de la ingente legislación posterior para la aplicación de tales Documentos Conciliares. En realidad ascienden a varios cientos de Documentos e *Instructio-*

²⁵Heb 11:1.

nes, que suelen aprovechar al máximo las ambigüedades contenidas en los textos conciliares. El procedimiento seguido consiste generalmente en convertir la excepción (admitida por *necesidades pastorales*) en norma, y la norma general en excepción. El final, lógico por otra parte, es dejar muy atrás incluso la excepción para dar paso a la inventiva. . . , e incluso a lo ridículo y hasta lo sacrílego. No corresponde a este lugar ocuparse de un problema al que ya han prestado atención estudios bastante serios.²⁶ Baste decir aquí que el procedimiento, impulsado quizá en gran parte por un extraño sentido del *Ecumenismo*, ha dado ocasión para que la aplicación posterior de tales textos haya producido en el Catolicismo abundante confusión, deserciones en masa y la mengua general de la fe.²⁷

Otra modalidad de lenguaje ambiguo se emplea generalmente, tanto en la Pastoral de la predicación, como en las parénesis dirigidas por escrito por algunos Pastores a sus fieles. Básicamente consiste en hablar sin decir nada. O bien en decir muy poco, evitando todo lo que puede resultar comprometedor para el que habla o desagradable para los oyentes. De ahí la peculiar forma de expresarse utilizando ingeniosos equilibrios y dando la razón sucesivamente a una tendencia y a la contraria. Operaciones de malabarismo que suelen ir acompañadas de la curiosa peculiaridad de acentuar los derechos de los *malos*, al mismo tiempo que se deja más bien en la sombra lo que

²⁶Véase, por ejemplo, la obra importante y exhaustiva de Michael Davies, en tres volúmenes, *Liturgical Revolution*, Angelus Press, Kansas City (Missouri, USA), sexta edición ya en 1992.

²⁷Aquí no se pretende decir que los Documentos Conciliares contengan *errores en la fe*; aunque está demostrado, sin embargo, que sus autores introdujeron en ellos *ex profeso* expresiones ambiguas (sin que corresponda aquí juzgar acerca de intenciones). El procedimiento es bien conocido: una expresión correcta, *de primera intención*, es susceptible de dar cabida a otros posibles sentidos los cuales, según las virtualidades en ellos contenidas, son capaces de posterior manejo a fin de extraer *otras posibles conclusiones*.

podiera favorecer a los *buenos*; con la ingenua intención, al parecer, de dejar patente que la Iglesia es comprensiva y en modo alguno autoritaria. Campmany llamaba a esta forma de dirigirse a los fieles *lenguaje episcopal*, poniendo así en circulación una agudeza que hizo fortuna, en cuanto que expresaba, de manera gráfica, la forma más común de ejercer los Obispos (al menos en España) su sagrada misión magisterial.

El problema, bastante extendido por desgracia, es probable que obedezca a diversas causas cuyo examen no es de este lugar. Pero sea como fuere, tal forma de proceder tiene poco de común con el carácter que la Escritura asigna a la Palabra de Dios: *Recibid el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios*, decía el Apóstol. . .²⁸ *La Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que una espada de doble filo: entra hasta la división del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula, y descubre los sentimientos y pensamientos del corazón.*²⁹

Sucede, en efecto, que algo de lo que se dice que es *más cortante que una espada de doble filo, que penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula*, es justamente lo contrario de un instrumento embotado y sin filo. Jesucristo, por su parte, exhortaba a sus discípulos para que hablaran claro y en voz alta: *Lo que os digo en la oscuridad, decidlo a plena luz; y lo que escuchasteis al oído, pregonadlo desde los terrados.*³⁰

²⁸Ef 6:17.

²⁹Heb 4:12. El complejo de inferioridad es una corrosiva enfermedad del espíritu que ha venido atormentando a la Iglesia desde los buenos tiempos del marxismo. También ha tenido bastante que ver con el miedo padecido por bastantes eclesiásticos (al parecer de fe no muy robusta) ante los avances de la técnica moderna, incurriendo en extremos tan lamentables como para parecer ridículos. En la actualidad (primeros años del siglo XXI) el complejo parece no encontrarse aún en vías de curación.

³⁰Mt 10:27.

Es cierto que la Palabra de Dios debe ser predicada con amor y no en forma *guerrillera*. Aunque teniendo en cuenta también, como decía el Apóstol San Juan, que *el amor perfecto echa fuera el temor*.³¹ Evidentemente una cosa no es incompatible con la otra y los fieles necesitan que el alimento de la Palabra de Dios que se les ofrece no se encuentre adulterado o descafeinado. El amor no puede faltar en la proclamación de la Palabra, si es que se quiere que la predicación tenga sentido. Así como, y por la misma razón, tampoco puede faltar en ella la claridad: *Doy gracias a Dios porque hablo en lenguas más que todos vosotros; aunque en la iglesia prefiero decir cinco palabras con sentido, para instruir también a los demás, que diez mil palabras en lenguas*,³² decía San Pablo. Desde luego no es bueno tratar de disimular los pecados de los fieles a fin de ocultarlos debajo de la alfombra; puesto que al final, como sucede siempre con la basura, el mal olor acaba por descubrir su presencia.

Las siete *Cartas* incluidas en el libro del *Apocalipsis*, destinadas a las siete Iglesias de Asia, contienen un encabezamiento dirigido a cada uno los siete *Ángeles* que las presiden. Sería imprudente no aceptar la sentencia común, compartida por casi todos los Padres y teólogos a través de los siglos, que ve en ellos a los *Obispos* que rigen tales Iglesias. Desde luego es seguro que se trata de hombres, puesto que sus acciones son dignas de alabanza en ocasiones o de recriminaciones en otras.

He aquí otra de las notas eminentes de la Iglesia fundada por Jesucristo. Por la cual queda claro que está formada por hombres; dignos de encomio unas veces y de vituperio otras. Al fin y al cabo es una Iglesia itinerante y militante, todavía en camino y en período de lucha. De ahí que sus miembros sufran todavía las consecuencias del

³¹ 1 Jn 4:18.

³² 1 Cor 14:18.

pecado original, a pesar de haber sido ya redimidos. Y sin embargo, en contra de lo que podría pensarse, tal cosa no constituye motivo de escándalo y sí más bien motivo de gozo para los hombres. Por supuesto gracias a Jesucristo. Pues por Él le ha sido otorgada a sus seguidores la oportunidad de contribuir a su salvación, mediante su propia lucha y esfuerzo, así como la de sufrir y morir compartiendo la existencia de su Maestro.

Por lo tanto aquí se trata de los Pastores puestos por el Espíritu para regir las Iglesias. Hombres al fin y al cabo, con virtudes y defectos como no podía ser menos. Por otra parte queda patente que es posible afrontar el tema sin escándalo ni extrañeza por parte de nadie. Sencillamente así sucedía en los tiempos del *Apocalipsis*; y quizá ahora también, aunque pueden caber dudas: *Dichosa edad y tiempos aquéllos...* (C)

* * *

(C) En los tiempos modernos el Sistema ha utilizado, con no pequeño éxito, el procedimiento de fomentar el culto a la personalidad de los Pastores de la Iglesia. Para lo cual ha manipulado y adulterado el concepto de la infalibilidad magisterial, dando pábulo a la idea de la absoluta perfección e inerrancia de los Pastores. Haciéndolos aparecer como infalibles, tanto en hechos como en palabras, y sean cuales fueren sus actuaciones o proclamas.

Lo que no ha impedido la puesta a punto simultánea de un inteligente trabajo de zapa para mermar su autoridad. El instrumento utilizado con mayor éxito en este punto han sido las Conferencias Episcopales, que han despojado prácticamente de capacidad de decisión a los Obispos. A primera vista, todo parecería indicar que mediante los Grupos de Presión, cuya capacidad de funcionamiento es mayor a través de las Asambleas que en los Obispos individuales, esparcidos por amplios territorios e independientes en sus respectivas diócesis. Existe sin embargo otra razón, no menos verdadera pero más profunda. La cual tiene que ver con la determinación de

minar la constitución jerárquica y *monárquica* de la Iglesia, establecida por Derecho Divino. La *democratización* de la Iglesia es un poderoso elemento de disolución, como viene demostrando la ya larga práctica postconciliar. El problema ya no se centraría aquí en una mera cuestión de Derecho Político: acerca de cuál pueda ser el mejor sistema de gobierno y el más adaptado al momento presente. Tal cuestión conduciría a una discusión puramente baladí: lo verdaderamente importante aquí es el *atentado que se lleva a cabo contra el Derecho Divino*, con las consecuencias fácilmente previsibles y confirmadas luego por los hechos.

Para decirlo claramente, lo que hay en el fondo de esta paradoja, a saber: el culto a la personalidad de los Pastores (sin ahorrar la adulación indiscriminada siempre que sea preciso), de una parte, y los manejos para minar su autoridad, de otra, no es sino el intento de hacer desaparecer el concepto de Jerarquía.

El Sistema ha trabajado para crear la confusión en torno a un tema tan importante como es el de la infalibilidad Pontificia. Por medio de malentendidos, verdades a medias, explicaciones ambiguas, doctrinas manipuladas y hasta mentiras palpables, ha logrado extender una cortina de humo sobre la mentalidad de la mayoría de los católicos. Cualquier declaración del Papa o cualquiera de sus actuaciones, por más que se encuentren lejos de cumplir las condiciones requeridas para la infalibilidad del Magisterio, han sido o son consideradas como *dogmas de fe*. Dotadas por lo tanto, y sin apelación posible, de la aureola de la infalibilidad.

Con lo cual, entre otras cosas, se crean situaciones y problemas insolubles para el católico que afronta la Historia de la Iglesia. Una Historia repleta de hechos y de acontecimientos que serían imposibles de explicar, además de darse al traste con la infalibilidad del Magisterio del Papa.

Es imposible construir una sana doctrina sobre la base de la mentira o el error. La infalibilidad Pontificia es doctrina de la Iglesia Universal, definida además en el Concilio Vaticano I; aunque para reconocerla como tal es necesario que en el acto magisterial del Papa *concurran las condiciones necesarias*, especificadas con suficiente claridad en la declaración del Concilio y no tan difíciles de conocer.

Si el Papa, por ejemplo, realiza un viaje a un determinado país o lleva a cabo un nombramiento, es evidente que tales actuaciones u otras seme-

jantes no gozan del don de la infalibilidad. En realidad nada tienen que ver con el Magisterio. Algo semejante puede decirse si habla o escribe como teólogo privado, o hace afirmaciones aquí o allá sin intención de actuar solemnemente como Pastor Supremo de la Iglesia (declaraciones a los periodistas, discursos ante ciertos concursos de gentes, homilias ocasionales, etc.), por no hablar de intervenciones o disposiciones que constituyen el entramado de lo que podría llamarse *política vaticana*.

La tendencia a *universalizar* la infalibilidad Pontificia es una desafortunada política que data del tiempo de la Reforma, y no existió antes de ella. Los fieles poseían ideas suficientemente claras; pese a las cuales, o quizá gracias a ellas, su fidelidad a la Santa Sede no sufría fisuras. Las nuevas doctrinas son consecuencia de una explicable reacción contra la Reforma, por más que en los tiempos modernos hayan sido sabiamente manipuladas por el Sistema.³³

El aparente celo por la catolicidad, con el que algunos han pretendido intensificar la autoridad del Papa, no es otra cosa en realidad que un deseo de destruirla. Una vez descubierta la falsedad (cosa nada difícil) de la afirmación según la cual el Papa es infalible en todas sus palabras y actuaciones, queda desmantelado todo su Magisterio (el Ordinario y el Extraordinario). El Pueblo cristiano, siempre sencillo y menos instruido ahora que en la Antigüedad, no sabe demasiado de distinciones. Pero mientras tanto el intento ha servido de mordaza eficaz utilizada contra aquéllos que, pretendiendo honradamente defender los principios de la sana doctrina, han intentado advertir acerca de posibles actuaciones o declaraciones, en modo alguno magisteriales, y susceptibles por lo tanto de ser aclaradas o discutidas. Una forma de conducta, la de estos últimos, que por no haber llegado nunca a suscitar el escándalo o los escrúpulos de los antiguos cristianos, jamás se privaron de practicarla.

La única forma de luchar contra los abusos es la de exponer con claridad la sana doctrina. Como ha demostrado la Historia, no pueden esperarse

³³Hay que insistir en que la operación ha ido acompañada de otros intentos, aparentemente contrarios, mediante los cuales se ha pretendido minar la autoridad Pontificia. Introduciendo doctrinas tales como el conciliarismo (más o menos disimulado), la necesidad de democratizar la Iglesia, etc.

buenos frutos de enseñanzas erróneas a las que se ha dado lugar mediante el engaño y la manipulación. La asistencia de la infalibilidad, garantizada al Pastor Supremo de la Iglesia, es un don otorgado al *oficio*, y de ningún modo a la persona. Para gozar del cual el Papa ha de hablar expresa e intencionadamente como Pastor Supremo de la Iglesia sobre materias de fe o de moral. Mientras que, como ya se ha dicho más arriba, pretender que *todo* lo que dice o hace el Santo Padre es dogma de fe conduce inequívocamente a *la destrucción del Magisterio*.

Cuando las ideas están claras, las dificultades no son insolubles. Resulta difícil pensar que Dios hubiera dispuesto la tarea de prestar el debido asentimiento al Magisterio Pontificio, según sus diversos grados, como si se tratara de la solución de un rompecabezas. El buen católico sabe distinguir en el Magisterio Pontificio el llamado Ordinario, el Extraordinario, y por supuesto el Solemne. Lo cual no quiere decir que el mero Magisterio Ordinario no signifique para él una enseñanza merecedora de respeto, de veneración y de la debida obediencia. Una Encíclica, por ejemplo, si bien no es un Documento de por sí infalible, puede muy bien contener *doctrinas infalibles*; en la medida en que sus enseñanzas son contestes con las que siempre ha impartido la Iglesia y en todo momento ha hecho suyas. Es justamente el caso de la Encíclica *Humanæ Vitæ*, del Papa Pablo VI, tan denostada y tan desobedecida por tantos Pastores y teólogos *progres*. Y lo mismo puede decirse del *Credo del Pueblo de Dios*, también de Pablo VI.

Por no gozar, sin embargo, del privilegio de la infalibilidad, el Magisterio Ordinario del Papa no es irreformable. A no ser que estuviera de acuerdo con las enseñanzas que *semper et ubique* (siempre y en todas partes) ha impartido la Iglesia, en cuyo caso sería prácticamente *inconmovible*, por más que no fuera calificado de *infalible*. En cambio no podría decirse lo mismo de un Magisterio Ordinario que contradijera las enseñanzas de otro anterior (también Ordinario) y que, por otra parte, ya había constituido en la Iglesia un Cuerpo de Doctrina prácticamente tradicional. En el hipotético caso de tal evento, es indudable que podrían plantearse graves problemas: tanto con respecto a las nuevas enseñanzas, como al grado de asentimiento que pudieran merecer.

* * *

La doctrina tradicional ha entendido siempre que el *Apocalipsis* es un libro de consolación. Pero la consolación hace referencia a sufrimientos y a las personas que los padecen. Ahora bien, con respecto al *Apocalipsis*, ¿cuáles eran los sufrimientos por los que trataba de consolar el libro, y a quién o a quiénes iba dirigido el intento de infundir alientos y esperanzas?

La Tradición ha pensado siempre, de manera unánime, que el libro iba dirigido a la Comunidad de la Primitiva Iglesia, la cual estaba ya padeciendo por entonces terribles persecuciones. De donde no cabe duda alguna, por lo tanto, acerca de ese punto.

Aunque también aquí se plantean importantes cuestiones. Ante todo, porque siendo el *Apocalipsis* un libro eminentemente profético e inspirado, cabe suponer razonablemente que su proyección de futuro va más allá del ámbito temporal de la Primitiva Iglesia; y de hecho el Libro se refiere constantemente a los Últimos Tiempos. Por otra parte, la Iglesia de los tiempos modernos no está padeciendo menos persecuciones de las que tuvo que sufrir la de los comienzos. E incluso todo indica que las persecuciones actuales son más terribles que las primeras: en la medida en que abarcan a grupos mucho más numerosos de cristianos, y en cuanto que utilizan procedimientos más refinados y efectivos. Mientras que aquellas persecuciones intentaban *acabar con los cristianos*, las actuales, en cambio, bastante más poderosas en medios y procedimientos, tratan de *erradicar para siempre cualquier idea que suponga un rastro del Cristianismo*. Las primeras persecuciones mataban el cuerpo; y, aunque es cierto que también hacen eso las modernas, los objetivos de estas últimas van más dirigidos a la destrucción de las mentes y a la aniquilación de las almas. Las primeras persecuciones hicieron mártires y confesores de la fe, mientras que las actuales transforman a los cristianos

en incrédulos o en apóstatas y desertores de su religión. Quizá sería ocasión para recordar, a propósito de esto, las palabras del Señor: *No tengáis miedo a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma; temed ante todo al que puede hacer perder alma y cuerpo en el infierno.*³⁴

Es razonable pensar, por lo tanto, que si bien el *Apocalipsis* es un libro dirigido a los cristianos primitivos necesitados de consolación, y puesto que su ámbito alcanza hasta la consumación de los Tiempos, sus objetivos han de tener plena aplicación en la Iglesia actual; quizá mucho más necesitada que la antigua. El problema se complica cuando se piensa que aunque es posible señalar el comienzo de los *Novissima Tempora*, y dando por supuesto que la Cristiandad actual está ya viviendo en ellos, es imposible sin embargo fijar con exactitud el momento de su consumación. Los tales Tiempos abarcan un *desarrollo actual*, transcurriendo en el momento presente, y una *eclosión* definitiva futura, imposible de determinar con precisión en cuanto al instante de su cumplimiento, por más que pese a las profecías que apuntan a los signos que la han de preceder. La cuestión, de todos modos, no es de este lugar.

Efectivamente es una obra cristiana de misericordia la de consolar a los que lloran: *Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.*³⁵ Una doble promesa, por lo tanto, que encierra a su vez una doble consolación: los que lloran serán consolados; y además les aguarda la bienaventuranza.³⁶ Las persecuciones y sufrimientos que hubieron de soportar los primeros cristianos constituyeron la *primera*

³⁴Mt 10:28.

³⁵Mt 5:4.

³⁶Tal bienaventuranza no se refiere de primera intención a la felicidad del Cielo, obtenida como recompensa a los que sufrieron por la injusticia aquí en la Tierra. La promesa de felicidad que contienen las bienaventuranzas comienza ya en el presente peregrinaje.

de las pruebas a las que la Iglesia sería sometida a lo largo de su historia. Después habrían de venir muchas más en el transcurso de los siglos. Al fin y al cabo los discípulos de Jesucristo no pueden hacer otra cosa que seguir el camino de su Maestro, el Cordero Inocente muerto en la Cruz por los pecados del mundo: *Adonde yo voy, ya sabéis el camino... Yo soy el Camino...*³⁷ *No está el discípulo por encima del maestro, ni el siervo por encima de su señor. Al discípulo le basta llegar a ser como su maestro, y al siervo como su señor.*³⁸ Algo que suelen olvidar, o dar de lado, los Pastores y teólogos de la Iglesia del neomodernismo. La misma que pretende convertirse en una religión naturalista y deísta, hecha por el hombre y para el hombre; la del bienestar social, la de los derechos humanos, la de la *solidaridad* entre los hombres y la que espera conseguir la paz mundial prescindiendo de Dios. En definitiva, el objetivo perseguido desde siempre por la Masonería.

Sin embargo, el Cristianismo es la religión del Cordero Inocente degollado por los pecados de los hombres, cuyo triunfo tiene lugar precisamente a través de su muerte en la Cruz. Después de lo cual, para los discípulos no existe otro camino por el que puedan alcanzar el sentido y el fin de su existencia: *Porque a vosotros os ha sido concedida la gracia por Cristo, no sólo para que creáis en él, sino también para que padezcáis por él* (Flp 1:29). El Cristianismo no es la religión del bienestar o de la paz social.³⁹

³⁷Jn 14: 4.6.

³⁸Mt 10: 24-25.

³⁹La pretensión (sostenida también por muchos católicos) de un bienestar y de una paz social *para este mundo*, no es sino una de las consecuencias del rechazo de la doctrina del pecado original. El hombre bueno *por naturaleza* (que a su vez puede dar lugar a una sociedad también natural y definitivamente buena), además de no existir en ninguna parte, es por lo mismo una utopía, pese a las filosofías racionalistas tipo Rousseau. La única realidad es la de la naturaleza caída por causa del pecado, aunque reparada después por la gracia (otorgada por Jesucristo) con todas las consecuencias concomitantes.

La Iglesia primitiva hubo de sufrir y llorar por sus miembros conducidos al martirio. A pesar de que, en definitiva, fue aquél un tiempo de gloria y un semillero fecundo para las doradas etapas que vinieron después. La verdad es que la Era de los Mártires apuntaló los cimientos de la Iglesia.

Lo que ha sucedido en los tiempos modernos, sin embargo, es harto diferente. Durante la primera mitad del siglo XX la Iglesia continuaba navegando por el mar de este mundo. Un mar proceloso, por supuesto, tal como nunca había dejado de serlo; pero que no había podido impedir que la Barca de Pedro surcara sus aguas con suficiente tranquilidad y el ánimo bastante elevado. La Iglesia, a pesar de sentirse enfrentada, como siempre, a las numerosas dificultades y maniobras del Enemigo, estaba siendo capaz de vivir una etapa de florecimiento, de fe viva y profunda del Pueblo cristiano, de prestigio de la Jerarquía y de la vida consagrada, y de importantes y numerosas conversiones... Hasta que al fin el Papa Juan XXIII decidió *abrir las ventanas del Vaticano*, para anunciar después a la Cristiandad que, siguiendo una inspiración recibida del Espíritu Santo, había decidido con su Autoridad Apostólica convocar un Concilio Universal. Cualquier observador avisado hubiera podido adivinar que se avecinaba un cambio profundo.

Las ventanas del Vaticano se abrieron, en efecto, y probablemente entró un aire nuevo a través de ellas. Lo malo del caso es que *nuevo* no es sinónimo de *bueno*, por lo que no es posible deducir de este solo hecho una mejora necesaria de las cosas.⁴⁰ Lo que sí es seguro que se introdujo en la Iglesia, según confesión posterior del mismo Pablo VI, fue el *humo de Satanás*. Y todo parece indicar que los acontecimientos posteriores han venido a confirmarlo.

⁴⁰Es penoso reconocer que la frase de su sucesor es un tanto denigrante e inmerecida para la persona del Papa Pío XII; al fin y al cabo un gran Pontífice, digan lo que digan sus maliciosos detractores.

El mundo católico tuvo ocasión de contemplar la aparición de un nutrido grupo de *Novedades*. La mayoría de las cuales han dado motivos sobrados para llorar y lamentarse: *Aquí están la paciencia y la fe de los santos*.⁴¹ Y en efecto, porque su conjunto puso bien de manifiesto que la consolación del *Apocalipsis* iba a ser más necesaria que nunca para los fieles de buena voluntad.

La Iglesia Católica, que hasta entonces había sido la Iglesia fundada por Jesucristo, pareció haber descendido de rango y perder su condición de *Única Iglesia*. A partir de ahora, y según los textos conciliares, la Iglesia fundada por Jesucristo *subsistía* en la Iglesia Católica y pasaba a denominarse *Iglesia de Cristo*. Donde es evidente, si es que las palabras tienen sentido, que el concepto *subsistir* desplaza aquí a la doctrina de la *Única Verdadera*, o de la *Unam Sanctam Catholicam et Apostolicam Ecclesiam*. ¿Se daba así reconocimiento a la doctrina de que todas las Iglesias son verdaderas? ¿O a la de que ninguna de ellas puede pretender la exclusividad en cuanto a ser la única fundada por Jesucristo? ¿O quizá a la de que en cualquiera de ellas se puede buscar válida y lícitamente el camino de la Salvación? Ahora bien, y puesto que después no se ha hecho una aclaración exhaustiva y firme acerca del tema, es obvio que la cuestión *ha quedado en el aire*.⁴²

⁴¹ Ap 13:10.

⁴²Se podrá discutir acerca de si el concepto *subsistir* es o no *incluyente* con respecto a las otras Iglesias, aunque está bien claro y es bastante obvio que *no es excluyente*. Tal vez la solución del problema haya que buscarla en la *buena voluntad ecumenista*, extraña por lo demás, de no presentar a la Iglesia Católica con pretensiones firmes de ser la única Iglesia fundada por Jesucristo. Fácilmente se adivina la idea: dejar la puerta abierta para ver si entran los que están fuera; aunque sin caer en la cuenta, por desgracia, que una *puerta abierta* también permite la salida de los que están dentro. Lo más grave del asunto es el enorme peligro que supone dejar sumidas en la ambigüedad cuestiones de tan decisiva importancia.

El caso es que se abrieron las ventanas. O la puerta, que tal vez meramente *se dejó abierta*, con una intención claramente ecumenista. A elegir a voluntad entre las varias alternativas, a fin de dar paso enseguida a la comprobación de que los resultados fueron sorprendentes. Así fue como se produjo la entrada en irrupción de elementos altamente influyentes; si bien, desafortunadamente, no demasiado seguros con respecto a la ortodoxia de su doctrina. Entre ellos hay que contar, como algunos de los más importantes, a personajes como Maritain, Hans Küng, Schillebeeckx, Rahner, etc. Sobre todo la influencia de este último (la que se conoce y la que aún no ha sido suficientemente estudiada) fue decisiva en las deliberaciones del último Concilio.(D)

* * *

(D) En modo alguno corresponde aquí hacer Historia del desarrollo y de los entramados del Concilio Vaticano II. Ni de la influencia que pudieron ejercer en él, en mayor o menor grado, determinados teólogos o *periti*.

Baste señalar ahora, con respecto a Maritain (cuya inclusión en la lista puede extrañar a los menos enterados), que su pretendido *tomismo* era más verboso que real. Y dado que aquí no se trata de juzgar las intenciones de las personas, de ninguna manera se va a poner en duda la fe de este converso que personalmente apareció siempre como un ferviente católico. Doctrinalmente, sin embargo, su *humanismo* era tan excesivamente humano como para poder prescindir de Dios. Partidario de la solución de los problemas de la Iglesia y del mundo, Maritain propugnaba una cierta *fraternidad universal* entre todos los hombres de buena voluntad, en la cual incluía a todos los que profesaran cualquier religión, o incluso ninguna. Dentro de ella, la Iglesia habría de encargarse de ejercer su función salvadora, aunque sin intentar imponerse para ser reconocida como la única verdadera Iglesia. Su excesiva fe en lo humano como tal, fruto de un optimismo exagerado que ponía entre paréntesis el pecado original, le impulsaba a dejar en la sombra a lo divino, con las consecuencias de

siempre: una religión más centrada en el hombre que en Dios. *“El defecto fundamental del humanismo antropocentrista (escribe Maritain) consistía en que estaba centrado en el hombre, y no en ser humanismo”*. ¡Sin embargo, es obvio para todo el mundo que el humanismo, por definición, está centrado en el hombre! El adjetivo es completamente superfluo; una pura tautología, solamente posible por medio de la trampa lingüística de utilizar una raíz griega que repite el significado del sustantivo de origen latino.⁴³ Su libro más importante y decisivo, *Humanisme Intégral*, fue el vademécum del gran ferviente entusiasta de las doctrinas maritainianas que fue Pablo VI, quien lo hizo traducir al italiano. Las cuales doctrinas, como es fácil de demostrar, se hallan en el trasfondo de muchas de las decisiones del Papa con respecto al Concilio.

* * *

Así fue como los católicos (y también los no católicos) de los años que siguieron al Concilio Vaticano II, se encontraron inopinadamente con una Iglesia diferente a la que habían conocido antes de dicho Concilio:

Cambio radical en la Liturgia, con un giro más que copernicano.⁴⁴ La Misa (ahora Eucaristía) había sido por completo desacralizada y dejada en manos de la anárquica improvisación de unos y otros (Conferencias Episcopales, Obispos y, por supuesto, los simples Presbíteros creando por su cuenta). El Canto Gregoriano había sido sustituido por la música y el jolgorio de la discoteca de la esquina (mejores los de esta última). Así como el Latín y los textos de los Libros Litúrgicos, los cuales fueron suplantados por el lenguaje

⁴³Michael Davies, *o. c.*, pag. 286.

⁴⁴¿Tendría algo de extraño que así fuera cuando la Reforma Litúrgica fue dirigida por el Arzobispo Bugnini, Jefe de la Comisión correspondiente y conocido y reconocido como francmasón? Es verdad que la persona fue depuesta por el Papa, después de haber sido descubierta. Aunque su labor fue dejada intacta.

del *hombre de la calle*. La Misa (Eucaristía) ha acabado perdiendo enteramente su carácter de Sacrificio (el Sacrificio de la Cruz), para dar entrada a la idea de *una mera comida que fomenta la solidaridad entre los fieles*.⁴⁵ La fe de los fieles (y de gran parte de la Jerarquía) en la Presencia Real Eucarística es ahora Historia. Los sacramentos, y especialmente el de la penitencia, han sido relegados a la buhardilla de trastos que ya no se usan. La vida consagrada (de seculares y religiosos) se ha visto reducida, en cuanto al número de vocaciones, en una proporción que oscila entre el ochenta y el noventa por ciento; al mismo tiempo que han aumentado las deserciones en parecido número (los seminarios y noviciados se clausuran a velocidad parecida al cierre de parroquias). El espectáculo de los templos durante la Misa de los domingos recuerda con mucho a las fotografías de los lugares desiertos y despoblados. Se le ha dado el pasaporte al culto y la devoción del Pueblo cristiano hacia los santos, introduciendo para ello cientos y cientos de otros nuevos en el Santoral, privando así a unos y a otros de su condición de *figuras extraordinarias* para convertirlos en moneda de bolsillo que todo el mundo maneja. La Juventud (incluida la que, según los *media*, está siempre con el Papa) no aparece por ninguna parte; tan ocupada como está con el sexo, la droga, y demás alicientes que le ofrece la *cultura progre*. La Jerarquía y el Magisterio se han desprestigiado. La *democratización* de la Iglesia ha llegado hasta el ámbito de las más humildes y alejadas parroquias, donde se ha descubierto que la figura del sacerdote o del párroco ya no es necesaria para nada... Y en fin, ¿para qué continuar?

⁴⁵El carácter sacrificial de la Misa es negado *expresamente* por Grupos y teólogos cada vez más numerosos dentro de la Iglesia. Por citar sólo un ejemplo patente, así lo llevan a cabo las Comunidades Neocatecumenales (fundadas por Kiko Argüello y Carmen Hernández), hoy día uno de los Grupos más numerosos y poderosos dentro de la Iglesia.

A pesar de lo cual (y de mucho más) es sentencia común que los cambios introducidos no pueden ser motivo de alarma. Desde el momento en que no han tenido otro carácter que el de meramente accidentales o insustanciales; además de haber sido extremadamente beneficiosos para la Iglesia (la llamada *Primavera Eclesial*).

Preciso es reconocer que el comportamiento de la naturaleza humana es con frecuencia asombroso. Como sucede, por ejemplo, con su capacidad de asegurar, con toda naturalidad y sin pestañeo alguno, que lo blanco es negro, y que lo negro es blanco. En el caso aquí contemplado nada ha cambiado, y todo continúa siendo lo mismo. O bien es meramente accidental lo que parece sustancial, y aun puede ocurrir que se trate de lo contrario. En realidad, todo un problema por averiguar. Lo cual trae a la memoria una vieja historia, muy conocida. Ciertas historietas o anécdotas, como la que se cuenta a continuación, alusivas a la conducta humana, a pesar de que simplemente parecen chuscas y divertidas, y a veces hasta disparatadas, contienen en el fondo una honda filosofía que apunta a un conocimiento más exhaustivo del hombre:

Dos presuntos amigos se encuentran por la calle y uno de ellos le dice al otro:

—*¡Hola, Pepe; pero qué cambiado estás...!*

Y el aludido contesta:

—*¡Oiga, amigo, que yo no soy Pepe...!*

A lo que insiste el primero:

—*¡Pues más a mi favor, caramba, más a mi favor...!*

Donde todo parece indicar que aquí se ha dado al traste con la Lógica aristotélica. Pepe ha cambiado tanto que ya no es Pepe (según propia confesión), a pesar de lo cual sigue siendo Pepe para el amigo, que solamente aprecia allí un cambio profundo (¿sustancial?). Para resumir, que sin ser Pepe sigue siendo Pepe. El razonamiento parece

difícil (imposible para algunos) de hacerlo compatible con las leyes de la Lógica. Sin embargo ahí está el hecho. Y hasta puede suceder que lo no admisible según las normas de la Lógica humana, pueda ser aceptable a través de la Lógica divina.

Claro que la Lógica divina podrá estar por encima de la razón humana todo lo que se quiera, aunque evidentemente nunca contra ella. Habrá que encontrar por lo tanto una explicación. Y es que la Iglesia ha cambiado tanto que ya no parece ser ella misma en modo alguno, y de ahí que resulte difícil creer en un mero cambio accidental. Sin embargo se sabe, frente a todas las apariencias, que sigue siendo la Iglesia, puesto que está de por medio nada menos que la promesa de su Divino Fundador: *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*⁴⁶

Así que la Iglesia no podrá ser destruida, según las palabras del Señor. Lo cual es, por lo tanto, seguro e incontrovertible. Aunque también puede suceder algo que, si bien no contradice esa afirmación, es capaz de plantear graves problemas: la Iglesia está ahí y no puede desaparecer, según la promesa de Jesucristo. Pero puede hallarse tan desfigurada que se haga difícil reconocerla con certeza y sin peligro de extraviarse:

*Dime tú, amado de mi alma,
dónde pastoreas, dónde sesteas al mediodía,
no vaya yo a extraviarme
tras de los rebaños de tus compañeros.*⁴⁷

O incluso puede suceder que el número de las ovejas llegue a ser en extremo reducido, hasta el punto de que se haga difícil localizar

⁴⁶Mt 16:18.

⁴⁷Ca 1:7.

el lugar donde se encuentra el auténtico y disminuido rebaño. Podría suceder que no fuera fácil hallarlo con seguridad, entre otros numerosos que no son los del verdadero Pastor (*los rebaños de tus compañeros*). No hay aquí ninguna exageración, puesto que fue Jesucristo mismo quien ya lo había anunciado: *Y al desbordarse la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos...*⁴⁸ *Cuando venga el Hijo del hombre, ¿acaso encontrará fe sobre la tierra?...*⁴⁹ *Surgirán falsos mesías y falsos profetas, y se presentarán con grandes señales y prodigios para engañar, si fuera posible, incluso a los elegidos...*⁵⁰ *Habrà una gran tribulación, como no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y de no acortarse esos días, no se salvaría nadie; pero en atención a los elegidos esos días se acortarán.*⁵¹ Desde luego que sería imposible señalar el instante preciso en que se harán realidad estas palabras, *aunque es evidente que habrá de llegar el momento de su cumplimiento.*

También es un hecho que está ahí, igualmente incontrovertible. Puede llegar el tiempo en el que las cosas no resulten fáciles, ni aún para los mismos elegidos. Con una Jerarquía de autenticidad y probidad difíciles de constatar, una Teología diluida con elementos importados del Protestantismo y desvirtuada por el modernismo, una Liturgia anárquica y desacralizada, la vida consagrada en vías de desaparición y en desbandada, un clero intencionadamente desacreditado, una Moral cuestionada y convertida en cuestionable en todas sus partes. . . , ¿qué tendría de extraño que llegaran momentos en los que las ovejas del rebaño se sintieran desorientadas, siquiera momentáneamente, y sin saber adónde acudir? Se sentirían tan con-

⁴⁸Mt 24:12.

⁴⁹Lc 18:8.

⁵⁰Mt 24:24.

⁵¹Mt 24: 21-22.

fusas y desorientadas, en el caso de que llegaran a verse carentes de pastor, que no sabrían qué hacer ni adónde ir: *Andan errantes como ovejas desgraciadas, porque no tienen pastor...*⁵² *Hiere al pastor y se dispersarán las ovejas.*⁵³

¿Qué podría ocurrir si las ovejas se encontraran sin pastor? ¿O si el pastor no las condujera a buenos pastos, o incluso las privara de ellos, o las abandonara ante el peligro y vacilara ante los deberes de su oficio, o su conducta ya no les mereciera confianza...? ¿Qué podría sucederle a los católicos de buena voluntad si llegaran a pensar que sus Pastores ya no creen en su oficio, y de ahí su abandono de las creencias y prácticas milenarias heredadas de sus antepasados...? Y todo ello en favor de procedimientos y doctrinas, extraños por más que foráneos, que no condujeran a otra cosa que a la confusión y a la pérdida de la fe por parte de los miembros del rebaño...

Los católicos de buena voluntad se mantendrían firmes en la fe. Recordando la promesa de su Señor, sabrían que la Iglesia sigue ahí, incommovible e indestructible. Insistirían en su convencimiento de que uno de los fundamentos de su fe es la vinculación con sus Pastores, constituidos en Jerarquía: *Ubi Petrus, ibi Ecclesia*. Y seguirían creyendo que el rompimiento de sus vínculos con la Iglesia supondría para ellos abandonar el único camino de salvación.

Así es y así debe ser. Sin embargo, ¿cómo asociar tales creencias, tan verdaderas como ciertas, con la realidad de los hechos que los fieles están presenciando cada día? ¿Con la aceptación de doctrinas y prácticas que se intenta imponerles y de las que están convencidos que son tan extrañas como dañinas? ¿Cómo pueden los fieles creer en una Jerarquía que ya no cree en sí misma? ¿Y cómo pueden vivir los principios fundamentales de su fe cuando sus propios Pastores

⁵²Za 10:2.

⁵³Za 13:7. Cf Mt 26:31; Mc 14:27.

los consideran obsoletos, inapropiados e inservibles para la *new age* en la que ahora vive el mundo? ¿Cómo pueden sentirse amparados por un Magisterio que reconoce *expresamente* que su cometido no es otro que el de *anular* al anterior? Pues se ha dicho y repetido, de manera oficial o cuasi oficial por miembros prominentes de la Jerarquía de la Iglesia, que alguno de los Documentos Conciliares apuntan directamente *contra* el *Syllabus*, del Papa Pío IX.⁵⁴ ¿Cómo no van a sentirse extraños y extranjeros en la que siempre fue (y sigue siendo) su Casa, que es la Iglesia, si ahora les resulta extremadamente difícil reconocerla? ¿Y cómo no van a llorar por ello? Tal como efectivamente ya había sido dicho: *Quomodo cantabimus canticum Domini in terra aliena?*⁵⁵

El *Apocalipsis* es un Libro de Consolación. Y bien que la necesitaban los cristianos de los primeros tiempos de la Iglesia. Sin embargo, aun perseguidos y sacrificados, ellos sabían perfectamente a qué atenerse. Creían firmemente en Jesucristo y ofrendaban gozosamente su vida por Él. Se sentían dentro de la Iglesia, acerca de la cual conocían sin vacilación dónde estaba y dónde no estaba. También eran conscientes de quiénes eran sus Pastores, y cuáles eran los sentimientos por los que se gobernaban a sí mismos y los gobernaban a ellos. . . , al mismo tiempo que los veían marchar al martirio en cabeza y abriendo camino.

La situación de los cristianos de los últimos tiempos es mucho más grave.⁵⁶ Ahora ya no se trata meramente de persecución (aunque

⁵⁴En cuanto a la importancia magisterial de este último Documento nada hay que decir, como no sea remitirse a los tratados de Teología o de Historia de la Iglesia.

⁵⁵Sal 137:4.

⁵⁶Calificar los tiempos bajo los que transcurre la vida actual de los cristianos como últimos tiempos, o *novissima tempora*, es ocurrencia original de la Sagrada Escritura.

existe, y con mayor refinamiento y crueldad), sino de confusión y de dispersión. Los cristianos de los primeros tiempos marchaban con alegría hacia el martirio: en la vida y en la muerte *se sentían dentro de la Iglesia*. Los cristianos de los últimos tiempos, que también son perseguidos y con mayor intensidad, se ven sometidos a algo todavía más grave, cual es la confusión. ¿Acaso es peor la muerte que la oscuridad que supone el no saber dónde se está, ni hacia dónde se va, ni cuál es el final que aguarda en definitiva? *Y es que ahora no resulta tan fácil conocer con certeza dónde se está*. Y todavía algo más: Para los cristianos de los primeros tiempos, el Paraíso significaba la posesión de Dios; algo que esperaban más allá, una vez sufrido el martirio. A los cristianos de los últimos tiempos, en cambio, se les ofrece como destino final otra cosa distinta: un mundo mejor, construido sobre la base del bienestar material, de la justicia humana y de la solidaridad entre los hombres. Y lo tremendo de esta situación, que lleva consigo una increíble tragedia, es que el corazón humano es incapaz de saciarse con una perspectiva horizontalista de *más de lo mismo*; y de ahí su angustia: *Si tenemos puesta la esperanza en Cristo sólo para esta vida, somos los más miserables de todos los hombres*.⁵⁷ Por otra parte, cuando el ser humano tiene la valentía de enfrentarse consigo mismo, y acepta incluir la sinceridad en el monólogo de su íntimo discurso, acaba por conocer la falsedad de las utopías (al fin y al cabo un producto para exclusivo uso de los auto engañados) *y se siente absolutamente incapaz de creer en ellas*. La verdad es que el *más de lo mismo* pero mejor, se convierte al final en *nada de lo prometido*.

En definitiva, y una vez admitido que el *Apocalipsis* es un Libro de Consolación, es fácil darse cuenta que fue escrito con vistas a los últimos tiempos más aún que para los primeros. Por lo cual cabe

⁵⁷1 Cor 15:19.

todavía preguntar: ¿En qué sentido y de qué manera puede servir de consuelo a unos cristianos destinados a ser acosados y perseguidos como alimañas? *Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos.*⁵⁸ Pues es efectivamente cierto que el hostigamiento no dará cuartel ni desde fuera ni desde dentro. Y hasta puede suceder que haya momentos en los que la persecución desde dentro sea más intensa que la ejercida desde fuera: *El hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y se levantarán los hijos contra los padres para hacerlos morir. Y todos os odiarán a causa de mi nombre... Y los enemigos del hombre serán los de su propia casa.*⁵⁹ Y puesto que Dios no hace nada al azar, es evidente que el *Apocalipsis* hubo de ser escrito con una intención bien determinada. La cual se puede considerar como que fue efectivamente la de consolar (con miras al presente y sobre todo al futuro) a unos discípulos que habrían de pasar por el trance de dolorosas pruebas. Al fin y al cabo, como llamados que han sido a participar de la existencia y de la Cruz de su Maestro.

Tal consolación habría de llevarse a cabo teniendo en cuenta el modo de ser de la naturaleza humana. Ahora bien, el hombre que sufre necesita saber *por qué* sufre, y también *para qué* sufre. Puede suceder que no llegue a saberlo nunca, en cuyo caso se verá abocado irremisiblemente a la angustia, como sucede con tantos y tantos seres humanos. Lo que no deja de ser una situación *contra natura*; puesto que el ser humano, y más todavía el cristiano, no ha sido destinado ni a la desesperanza ni al vacío. En cambio sí que ha de contar con el sufrimiento como parte de su existencia; aunque de ningún modo con la angustia.

Pero decir *hombre cristiano* es lo mismo que decir *objeto de persecución*. En realidad una cosa conduce necesariamente a la otra:

⁵⁸Mt 10:16. Cf 7:15.

⁵⁹Mt 10: 21–22.36.

*Bienaventurados cuando os injurien, os persigan y, mintiendo, digan contra vosotros todo tipo de maldad por mi causa. Alegraos y regocijaos...*⁶⁰ *Si me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros...*⁶¹ *Si el mundo os odia, sabed que antes que a vosotros me ha odiado a mí...*⁶² *¡Ay cuando los hombres hablen bien de vosotros, pues de este modo se comportaban sus padres con los falsos profetas!*⁶³ Por eso el cristiano conoce con certeza la causa y el significado de sus sufrimientos. Y puesto que sabe que forman parte del plan de Dios, integrados como algo esencial en la estructura de su existencia cristiana, no puede adoptar otra actitud que no sea *la de alegrarse en ellos y por ellos*. Estando determinados hacia un fin glorioso y victorioso para él mismo, tales sufrimientos quedan marcados necesariamente con un tinte de gozo. Una vez que han sido anunciados por el Señor, por fuerza han de servir para los discípulos como instrumento que los fortalece en su fe y los confirma en su esperanza: *Os he dicho estas cosas para que cuando llegue la hora os acordéis de que ya os las había anunciado.*⁶⁴

He ahí el sentido de una profecía de consolación. Efectivamente es la misma que anuncia persecuciones y sufrimientos. Sin embargo, puesto que tales sufrimientos son para el cristiano fuente de gozo, su conocimiento anticipado es un adelanto de esa alegría: *Porque así como abundan en nosotros los padecimientos de Cristo, así abunda también nuestra consolación por medio de Cristo.*⁶⁵ El Apóstol pone los dos hemistiquios en presente, pues tanto los padecimientos como la consolación tienen lugar *ahora*.

⁶⁰Mt 5: 11–12.

⁶¹Jn 15:20.

⁶²Jn 15:18.

⁶³Lc 6:26.

⁶⁴Jn 16:4.

⁶⁵2 Cor 1:5.

Pero el sufrimiento no tiene su razón de ser en sí mismo, a no ser que se pretenda explicarlo por el absurdo; como efectivamente ocurre fuera de la visión cristiana de la realidad. Su más profunda razón de ser no puede ser otra, dentro de la contextura de la existencia cristiana, que el amor mismo. Pero según se ha visto en el Apóstol, la causa de los padecimientos del cristiano, como igualmente la de su consolación, no es otra sino Cristo: la abundancia con la que participa de los padecimientos de Cristo se corresponde con la abundancia de su consolación en Cristo. Desde el punto de vista del marco profético, saber que se sufre por el Amado y con el Amado es ya gozar con el Amado.

Así es como se produce en el cristiano un dualismo de sentimientos contradictorios (*sufrimiento-gozo*) que en realidad se funden en uno solo, si bien de dos caras aparentemente diferentes (*agri-dulce*), a saber: un sufrimiento que causa gozo.

Tal sentimiento agridulce se alimenta a su vez de otros dos, también dependientes el uno del otro: el sentimiento de *ausencia* y el de *nostalgia-esperanza*. En los cuales ya es lícito hablar de una verdadera contraposición: la realidad punzante de la ausencia es la que da lugar a la firmeza adamantina de la esperanza. A su vez, el interregno o intervalo entre uno y otro de estos sentimientos es lo que da paso al *sufrimiento*. Así es como expresa el conjunto el *Cantar de los Cantares*, conforme a su género poético y justamente en ese orden: ausencia, nostalgia y el intermedio del sufrimiento. Todo ello con respecto al Amado, según lo que es esencial en la existencia cristiana:

*Abrí a mi amado,
pero mi amado se había ido, desaparecido.
Le busqué, mas no le hallé.
Le llamé, mas no me respondió.*

*Encontráronme los guardias que rondan la ciudad,
me golpearon, me hirieron,
me quitaron el velo
los centinelas de las murallas.*

*Os conjuro, hijas de Jerusalén,
que si encontráis a mi amado,
le digáis que desfallezco de amor.⁶⁶*

La misma expresión *todavía no*, con la que se designa, en el lenguaje teológico escatológico, la situación del cristiano en el presente eón a la espera de alcanzar su fin último, contiene ya en su significado los dos términos extremos (*ausencia-esperanza*) del trinomio aludido arriba. El *no* indica efectivamente la ausencia. Pero el adverbio *todavía* posee un significado eminentemente positivo: no se tiene, pero existe la certeza de que se va a tener; donde es evidente que el énfasis se coloca en *lo que se va a tener* más bien que en *lo que no se tiene*. En la medida en que este adverbio indica una seguridad en algo que va a suceder (o que se va a poseer) en un futuro cierto, es expresivo de la esperanza, o posesión anticipada. Tal parece efectivamente como si el *no* quedara absorbido por el *todavía*.

Según lo cual, si el término *todavía-no* se coloca en relación a su aparentemente contrario *ya*, puede suceder que ambos indicadores de la situación actual y final del cristiano aún itinerante, no aparezcan tan antagónicos como podría creerse. Por lo demás, en cuanto que incluso el *todavía*, tal como se ha visto, indica de por sí una verdadera esperanza, es también ya una posesión anticipada. Y es que, en realidad, la existencia del cristiano *ha recibido ya ahora las*

⁶⁶Ca 5: 6-8.

arras del Espíritu (2 Cor 1:22; Ef 1:14). De donde se deduce, por lo tanto, que tal existencia, incluso en estado de itinerancia, tiene más de posesión que de ausencia.

Los primeros cristianos perseguidos tuvieron, sin embargo, la oportunidad de ver las cosas claramente: desde la Iglesia militante o terrena en la cual se encontraban, a través del sufrimiento y el martirio hasta el Cielo. No cabía la posibilidad de una vacilación: *Adonde yo voy, ya sabéis el camino.*⁶⁷

Para los cristianos de los *novissima tempora*, en cambio, las cosas son diferentes y la situación es mucho más dolorosa. *Señor, ¿a quién iríamos?* Lo mismo que San Pedro, saben que su verdadero punto de llegada, o aquél que indefectiblemente señala el final del camino, es Cristo. Su único camino, puesto que cualquier otro sería el equivocado: ancho y cómodo por lo demás, por el que caminan muchos, aunque sin embargo conduce a la perdición (Mt 7:13). Pero no les resulta fácil *saber* con certeza si realmente se encuentran en el punto de partida correcto, o si de verdad caminan por la senda adecuada. Bien entendido que aquí no se habla de que *no les sea posible saberlo*, sino meramente que *no se les presenta como tarea fácil conocerlo con certeza*. Tal incertidumbre en cuanto al conocimiento no puede sino producir intensa angustia, en cuanto que es nada menos la Vida Eterna lo que está en juego. Es cierto que tal incertidumbre no puede sino estar destinada a convertirse en certeza; si bien, de todas formas, los cristianos de los *novissima tempora* no podrán alcanzar esa seguridad si no se abrazan fuertemente a la Cruz. Puesto que la Iglesia parece haber entrado en una situación de *kenosis* u ocultamiento. Ellos saben que está ahí y que no ha podido ser destruida, según la garantía otorgada por su Divino Fundador de que *las Puertas del Infierno no prevalecerán contra ella.*⁶⁸ Sin embargo, cuando contemplan lo que se les ofrece como que es la misma Madre

⁶⁷Jn 14:4.

⁶⁸Mt 16:18.

de la que nacieron a la vida sobrenatural, en cuyo regazo tuvieron siempre su Hogar y su refugio, no pueden dejar de ver algo que, bajo todos los aspectos, se les antoja como diferente. Como si esa Madre les hubiera sido escamoteada para ser sustituida por otra distinta y espuria.

Y en eso precisamente estriba su tragedia. Porque, o bien piensan que no la encuentran, o bien les resulta muy difícil (¿tal vez imposible?) reconocerla. *Y sin embargo saben que no es lícito para ellos emprender el camino en busca de otra, puesto que solamente Una es la fundada por Jesucristo, y solamente una es la Verdadera. La misma en la que nacieron a la vida de la gracia, y en cuyo seno fueron acogidos para ser conducidos hacia la plenitud en Cristo.* Y ello a pesar de que, no pocas veces, más con gestos que con palabras, es Ella misma la que parece ponerse a la altura de otras opciones, distintas y hasta antagónicas, como si las considerara igualmente válidas. Pero por supuesto que no puede ser *Ella misma* la autora de tal felonía, desde el momento en que no podría contradecirse a sí misma. Aunque sí podrían ser tachados de culpables algunos de sus miembros, constituidos incluso en Jerarquías de alto rango, de donde la angustia y la confusión de las ovejas que integran el Rebaño del Único Pastor: *Por falta de Pastor fueron dispersadas mis ovejas, y se han convertido en alimento de todas las bestias del campo. Han sido dispersadas. Iban errantes mis ovejas por todos los montes y por toda colina elevada. Mis rebaños estaban dispersos por toda la superficie de la tierra, y no había quien los buscara ni se cuidara de ellos.*⁶⁹ Que la misma Palabra Revelada sea la que denuncie la existencia de malos Pastores (Jn 10), es la única cosa capaz de disipar un maligno letargo. El mismo que ha sumido al Rebaño en un sueño peligroso, inducido por una propaganda anestésica, que le

⁶⁹Ez 34: 5-6; cf 34:8; Is 56: 9-12. Etc.

ha inducido a creer que es imposible la existencia de malos Pastores. Lo cual ha sucedido gracias a cierto culto indiscriminado a la personalidad, sin posibilidad de réplica, que alguien ha difundido y que pasó enteramente desapercibido a los antiguos cristianos.

Junto al sepulcro del Resucitado, los ángeles se dirigieron a María Magdalena para decirle:

—*Mujer, ¿por qué lloras?*

—*Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto—
les respondió.*⁷⁰

¿Y cómo no iban a llorar los verdaderos cristianos cuando todo parece indicar que les ha sido escamoteado el Cuerpo de su Señor...? Y existen, efectivamente, momentos en la vida del ser humano en que no hay lugar sino para las lágrimas y el dolor: *¿Acaso pueden llorar los amigos del Esposo mientras el Esposo está con ellos? Ya llegará el día en que les será arrebatado el Esposo, y entonces ayunarán.*⁷¹

¿Cabe dolor más grande que el de una esposa enamorada que cree que ha perdido a su esposo...? ¿Quizá el de una madre que ha perdido a sus hijos...? Tal vez. Pero es seguro que existe todavía un dolor más incomprensible, cual es el de los hijos que llegan a pensar que han perdido a su madre o que han sido abandonados por ella; y no ya por una desgracia ineludible, sino por haber renegado ella misma de su propia condición maternal, al haberse entregado a un cierto histrionismo que la hace aparecer ante sus propios hijos como cosa distinta, extraña y desconocida para ellos.

Pero, ¿acaso es posible que pueda presentarse una situación en la que una madre abandone a sus hijos...? Y tal parecería que sí: *Porque mi padre y mi madre me abandonaron, el Señor me acogió.*⁷²

⁷⁰Jn 20:13.

⁷¹Mt 9:15.

⁷²Sal 27:10.

Y sin embargo... , ni siquiera ante esta última y terrible situación, en el caso de que ocurriera, *los buenos hijos renegarían de su madre*. ¿Y adónde irían... ?

La Madre no depondrá nunca su condición de Madre y siempre *estará ahí* para sus hijos (*portæ inferi non prævalebunt*), por más que los hijos hayan de esforzarse en buscarla para reconocerla. Lo que de ningún modo será tarea fácil, como lo prueban las mismas palabras de Jesucristo en las que habla de que a los amigos que le siguen les será *arrebataado* el Esposo.⁷³ Donde no parece aludirse a un estado de mera *kenosis* u ocultamiento, sino al de saqueo o *despojo*. Sea como fuera, una cosa es segura: la situación a la que se verán obligados a enfrentarse los cristianos en algún momento de la Historia, con respecto al Cuerpo de Cristo que es la Iglesia (Col 1:24), no será en absoluto cosa de broma. Por el contrario, serán momentos angustiosos y de dura prueba, en los que la tarea de saber dónde ha sido puesto el Cuerpo del Señor (Jn 20:13) se convertirá en algo mucho más que difícil.

Sin embargo todo esto sucederá para la mayor gloria de los elegidos, pues *todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios, de los que son llamados según su designio*.⁷⁴ Aunque también para mayor escarnio e ignominia de los que han abrazado los caminos de la Mentira y optado por el Mal. Ésta es, en realidad, la única razón que explica el transcurso del tiempo: para que el ser humano, en el ejercicio de su libertad, se haga más perverso si es que así lo ha elegido; o para que acreciente su madurez en Cristo, si es que se ha decidido por Él. Definitivamente, Dios creó el tiempo para manifestar su gloria ante las creaturas: *El tiempo está cerca. El injusto, que cometa aún injusticias; el sucio, que se manche aún más; el justo,*

⁷³El verbo utilizado aquí es ἀπ-άπω, *aufero, tollo*.

⁷⁴Ro 8:28.

que siga practicando la justicia; y el santo, que se santifique todavía más.⁷⁵ Los sufrimientos y persecuciones de que son objeto los elegidos apuntan hacia un único fin: ensanchar y dilatar sus corazones a fin de que rebosen en plenitud de sentimientos de orfandad, de ausencia, de nostalgia, de deseo y de ansiedad por estar con su Señor. A mayor sentido de la ausencia, mayor angustia por el encuentro. Ante mayores sufrimientos y dificultades, mayor acrecentamiento de la esperanza. A mayor abundancia de la oscuridad, mayor alegría ante la seguridad de que se acerca el momento de la luz: *La noche está avanzada, el día está ya cerca.*⁷⁶ El *Apocalipsis* es un Libro de Consolación, escrito precisamente para atestiguar y avalar estas realidades. Y de ahí el apoteosis de su gigantesca culminación:

El Espíritu y la esposa dicen: “¡Ven!”

Y el que oiga, que diga: “¡Ven!”

... El que da testimonio de estas cosas dice:

“Sí, voy enseguida”.

*Amén. ¡Ven, Señor Jesús!*⁷⁷

El hombre fue creado como persona porque fue hecho para amar y para ser amado. Y además al modo del perfecto amor, que es lo mismo que decir *usque in finem*.⁷⁸ En cierto modo (*secundum quid*) para que llevara a cabo su acto de amor de un modo incluso superior al de los ángeles. Pues el amor es relación de igualdad en perfecta reciprocidad, o de tú a tú: *Mi amado es para mí y yo soy para mi amado.*⁷⁹ Y el Verbo se hizo hombre, y no ángel. Sin embargo, da-

⁷⁵ Ap 22: 10-11.

⁷⁶ Ro 13:12.

⁷⁷ Ap 22: 17.20.

⁷⁸ Jn 13:1, según la Vulgata; *in finem*, en la Neovulgata.

⁷⁹ Ca 6:3; 2:16. Los textos a citar aquí del Nuevo Testamento, en los que se expresa la identidad o comunión de vidas entre Jesús y los suyos, serían innumerables.

do el modo como ha sido estructurada la existencia humana en la Historia de la Salvación (en los planes últimos, eternos y desconocidos de Dios), puesta a realizar la prueba previa de la itinerancia y de la militancia, era necesaria primero una ilimitada angustia de ansiedad. O un infinito deseo. De ahí la necesidad de los inmensos dolores de la ausencia, de la nostalgia, y de tantas clases y especies de sufrimientos. Pues un infinito amor (de la parte de un *tú*, que es para un *yo*) solamente puede estar llamado a colmar un infinito deseo (de la parte de un *yo*, que a su vez es para un *tú*).

Si los mayores sufrimientos son la puerta de entrada, para el ser humano, del mayor amor, tales sufrimientos no pueden ser sino benditos: *Beati qui lugent*.⁸⁰ Y he aquí justamente lo que viene a anunciar el Libro del *Apocalipsis*. Una vez más, Dios ha sido la Victoria. Para Sí mismo y para los suyos.

⁸⁰Mt 5:4.

*El que tenga oídos,
oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.
(Ap 2:7)*

CARTA A LA IGLESIA DE ÉFESO

Al ángel de la iglesia de Éfeso, escribe:

Esto dice el que tiene las siete estrellas en la mano derecha, el que anda por en medio de los siete candelabros de oro: “Conozco tus obras, tu fatiga y tu paciencia; que no puedes soportar a los malvados y que has puesto a prueba a los que se dicen apóstoles y no lo son, y los encontraste mentirosos; que tienes paciencia, y has sufrido por mi nombre, sin desfallecer. Pero tengo contra ti que has perdido la caridad que tenías al principio. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, arrepíentete y practica las obras de antes. De lo contrario, iré adonde estás tú y desplazaré tu candelabro de su sitio, a no ser que te conviertas. Sin embargo, tienes esto en tu favor: aborreces las obras de los nicolaítas, que yo también aborrezco.”

(Ap 2: 1-6)

I

LA VOZ DEL ESPÍRITU

Puesto que es el Espíritu quien va a hablar a las respectivas iglesias, es importante aprestarse a la escucha: *Quien tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.*¹ Claro que, puesto que se trata del Espíritu, decir que es importante prestar atención a sus palabras es casi una superfluidad. Sí que es necesario poner el mayor énfasis posible en la advertencia, y de ahí la oportunidad de utilizar una exhortación de tono fuerte; lo suficientemente capaz de provocar una actitud de escucha alerta y en extremo vigilante.

Aunque sin dejar de tener en cuenta los desafíos que presenta la empresa. Pues el lenguaje, como es sabido, contiene extrañas y apasionantes peculiaridades: siempre insuficiente para mostrar por completo el pensamiento de quien habla y al mismo tiempo, como por paradoja, poseedor de infinitas virtualidades y posibilidades. De ahí que la exhortación a disponerse a escuchar atentamente las palabras del Espíritu no pasa de ser un minúsculo apercebimiento, por más que, al menos de momento, eso sea todo lo que se puede decir. Como también sería casi intrascendente la insistencia en que la escucha cuidadosa es cuestión de vida o muerte; pues lo que aquí está en juego es algo que llega más allá de la una y de la otra, si es que se intenta significar con esas dos palabras lo que ordinariamente los hombres entienden por ellas.

Por otra parte, el hecho de que la exhortación vaya dirigida a *quien tenga oídos* tampoco es una cuestión trivial o baladí. Eviden-

¹Ap 2: 7.11.17; etc.

temente sólo podrá escuchar al Espíritu quien tenga oídos. Aunque cualquiera comprende enseguida que aquí no se alude a la necesidad de poseer el pertinente órgano sensorial; lo que sería un modo tan simplista y cándido de entender las cosas como para no hacerse cargo de ellas en absoluto.

Poseer oídos capaces de escuchar al Espíritu es algo más complejo y complicado de lo que podría parecer. Y desde el momento en que no son los sentidos corporales los medios normales para escucharlo, existen motivos para pensar que la expresión bíblica no es más que una metáfora.

Hay que tener en cuenta que el Espíritu, si es lícito hablar así, es extraordinariamente versátil y absolutamente imprevisible. Por supuesto que es Libertad Perfecta y Absoluta (2 Cor 3:17), y de ahí que sea inabarcable e impredecible para el entendimiento y el corazón humanos: *El viento (πνεῦμα) sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va.*² Si sopla *donde quiere*, es de suponer también que igualmente sopla *cuando quiere*. El hombre puede seguramente *oír su voz*, lo que no significa necesariamente que la *escuche*; y menos aún que la entienda, para lo cual necesita poseer cierta afinidad con el Espíritu (1 Cor 2:14) de la que se hablará más adelante.

Que el Espíritu de Dios sea impredecible y absolutamente transcendente al ser humano, hasta el punto de que no sea posible saber de dónde viene ni adónde conduce su aliento, no quiere decir que su voz sea ininteligible. Al contrario. La voz por medio de la cual Dios ha hablado al hombre es la Palabra misma, o la Palabra hecha Carne, convertida así para el hombre en la Suprema Inteligibilidad. Es

²Jn 3:8. La Neovulgata traduce así: *Spiritus, ubi vult, spirat, etc.* El término griego πνεῦμα, lo mismo que su equivalente hebreo, significa igualmente *viento* o *espíritu*.

verdad que ya antes Dios se había dirigido a él, a través de los edades, de muchas y diversas maneras. Aunque nunca de forma tan patente hasta que se hizo Hombre en Jesucristo, a fin de ser visto, oído y entendido por fin, con la más completa claridad. A partir de entonces ya no hablaba Dios desde la nube, ni por medio de Moisés o de los otros profetas, sino directamente y de forma sensible: *En diversos momentos y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas. En estos últimos días nos ha hablado por medio de su Hijo.*³ Ocurrido lo cual, el Espíritu continuaría personalmente en el ejercicio de sus funciones, aunque sólo para *recordar* y hacer *comprender* a los hombres las palabras y los hechos (*coepit facere et docere*) del Verbo hecho Carne (Jn 16: 13–14).

Otra cosa es que la dureza del corazón humano no quiera escuchar la voz de Dios: *Utinam hodie vocem eius audiat: Nolite obdurare corda vestra.*⁴ Si sólo los limpios de corazón verán a Dios (Mt 5:8), lo mismo puede decirse de los que son capaces de escuchar la voz del Espíritu. El cual, siendo Amor, no se entrega jamás si no es en soberana y perfecta libertad (2 Cor 3:17), que es lo mismo que decir a la recíproca espera de una respuesta (amorosa) también voluntaria y absolutamente libre. De ahí que el Espíritu no parezca dispuesto a entablar diálogo con el insensato que no quiere oír: *No hables a los oídos del necio, porque despreciará la inteligencia de tus palabras.*⁵(A)

* * *

(A) Jamás se ha hablado tanto de *Diálogo* como ahora y jamás ha habido menos entendimiento entre los hombres. Incluso la misma Iglesia

³Heb 1: 1–2.

⁴Sal 95:8; Heb 3: 7–8.15; 4:7.

⁵Pr 23:9.

Católica (re-nominada modernamente como *Iglesia de Cristo*) ha optado por este procedimiento como el mejor camino para lograr una mayor comprensión hacia los *Hermanos Separados*. Todo parece indicar que los hombres están convencidos de que cualquier problema tiene solución, incluidos los más difíciles, con tal que se proceda a un intercambio (aproximación) de opiniones. Lo malo del caso es que tal supuesto ha olvidado otros previos, no menos fundamentales e igualmente necesarios para dar paso al anterior.

En primer lugar, todo Diálogo que pretenda ser fructífero ha de contar previamente con la sincera y buena voluntad de los interlocutores. Buena voluntad que, a su vez, solamente puede estar basada en el mutuo respeto y en alguna suerte de verdadero amor entre ambos. Puesto que el Diálogo que busca un entendimiento, por definición, ha de fundamentarse en una serie de *con-cesiones*, se convertiría en algo inútil si no existe una previa voluntad de entrega (amor) por ambas partes. Si nadie está dispuesto a *ceder* (en su sentido originario de entregar, otorgar y renunciar), el supuesto Diálogo no tiene sentido. Y siendo Dios la única fuente de todo verdadero amor, si los hombres no beben de ella, es imposible que se amen entre sí. O dicho con otras palabras: si los hombres no saben, o no quieren dialogar previamente con Dios, jamás serán capaces de hacerlo entre ellos. Por supuesto que podrán engañarse mutuamente y a sí mismos con intrincadas logomaquias y sofisticadas verborreas (solidaridad, fraternidad, colaboracionismo, insistencia en lo que une para poner entre paréntesis lo que separa, etc., etc.), disfrazadas a su vez bajo la forma de brillantes y aparatosos discursos, acuerdos y comunicados conjuntos. Aunque todo será en vano. En realidad, las posibilidades de la imaginación humana, tanto con respecto al mutuo-engaño como al auto-engaño, son prácticamente ilimitadas.

En cuanto a los problemas que se plantean a la Iglesia Católica (ahora *Iglesia de Cristo*), con respecto al *Diálogo Ecuménico*, lo menos que se puede decir es que son espinosos y bastante difíciles. Para explicar lo cual, y a fin de simplificar la cuestión lo más posible dando de lado a distinciones y nominaciones complejas, imaginemos solamente dos Iglesias o Interlocutores: la *Iglesia Católica*, de un lado, y los *Hermanos Separados*, de otro.

Con anterioridad al inicio del Diálogo, se supone que ambas *Iglesias* están convencidas, cada una por su parte y como requisito previo, que contienen la verdad y la totalidad de la verdad. *De no ser así, el Diálogo no tendría sentido*. Pues si acaso una de ellas creyera que está en el error, o que no es poseedora de toda la verdad, ¿qué objeto tendría dialogar? No quedaría sino aceptar lo que defiende la reconocida como que está más en lo cierto, a fin de dejar resuelto el problema.

Pero en ese caso, si tanto una como otra consideran que contienen la verdad y toda la verdad, *el Diálogo se hace imposible*, puesto que no es posible renunciar a la verdad y ni siquiera a una parte de ella en beneficio del error.

Aunque cabe también la hipótesis de que ambas *Iglesias* a la vez, cada una por su parte, se encuentren dispuestas a reconocer que contienen parte de verdad y parte de error. Lo cual en modo alguno puede ser admitido por quien quiera mantenerse en el terreno de la verdad. Porque es imposible que la Única Iglesia fundada por Jesucristo pueda incidir en el error.⁶

Por último, queda todavía la posibilidad de que ambas *Iglesias* reconocieran conjuntamente que ninguna de ellas contiene la verdad. Lo que es más aberrante todavía, puesto que tal cosa equivaldría a proclamar que la Iglesia fundada por Jesucristo *no se encuentra en ninguna parte*.

De donde habría que concluir que el solo hecho de plantear la posibilidad del Diálogo *mutuo-concesivo* es ya un error. Si bien el amor supone entrega y renuncia, tal cosa no tiene nada que ver con este caso. Pues *no se puede ceder en absoluto, ni siquiera en una mínima parte, cuando se trata de la verdad*. Renunciar a la verdad, ya fuera de manera total o de manera parcial, sería el mayor y más grosero de los errores. La verdad, así como la condición de ser persona *son las únicas cosas a las que no se puede renunciar*. Por lo que hace a la persona, no se puede amar hasta el punto de entregar la facultad de entregar (se dejaría de ser persona); por

⁶Nos referimos, claro está a errores doctrinales; no en cuanto a la disciplina o políticas de procedimiento. En cuanto a los fieles como tales, es evidente que podrían caer en error o apostatar; muchos de ellos o incluso la gran mayoría: recuérdese la gran apostasía (2 Te 2:3) que ha de ocurrir al final de los tiempos. Pero sería imposible que la Iglesia como tal se viera sujeta al error.

lo que hace a la verdad, renunciar a ella supondría renunciar al ser para sumergirse en la nada.

Eso es lo que explica, aunque no siempre se quiera reconocer, el fracaso de las llamadas *Comisiones Mixtas* o el de las *Comisiones Teológicas Internacionales*. Sus conclusiones o acuerdos conjuntos se acomodan quizá con la diplomacia y con los intentos de un Ecumenismo mal entendido. Pero no siempre con la recta ortodoxia ni con el bien espiritual del Pueblo cristiano.⁷

¿Habrà que creer, por lo tanto, que cualquier intento ecumenista está condenado al fracaso? Seguramente que no. Es importante darse cuenta, sin embargo, que ya el mismo Jesucristo reconocía que hay ovejas que no están dentro del Rebaño; al mismo tiempo que prometía que llegará un momento en que el Rebaño será solamente uno, guiado a su vez por un único Pastor: *Tengo otras ovejas que no son de este redil; a éstas también es necesario que las traiga, y oirán mi voz y formarán un solo rebaño, con un solo pastor.*⁸ Desgraciadamente no indica expresamente el modo de conseguirlo. Tal vez porque, según sus propias palabras, es solamente Él quien puede llevarlo a cabo: *es necesario que las traiga, y oirán mi voz*, dice hablando en primera persona. O quizá porque la solución podría deducirse a partir de una lectura atenta y humilde del conjunto del Evangelio. E incluso puede suceder que la clave del problema se encuentre contenida en las palabras del versículo que sigue a continuación: *Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para tomarla de nuevo.*⁹ Según todo lo cual, una vez más y como siempre, parece llegarse a la conclusión de que solamente la total inmolación de amor es el único silbo que podrían hacer sonar los cristianos para convocarse todos en un mismo redil. Lo que es seguro, sin embargo, es que *la posibilidad de llegar a la unión, sobre la base de ceder en la verdad, es absolutamente ajena al pensamiento del Maestro.*

⁷Hace algunos años se solía oír, de la boca de algunos miembros de la Asociación Eclesial *Legionarios de Cristo*, un eslogan según el cual *si el Papa se equivoca, nosotros nos equivocaremos con el Papa*. Una consigna, sin embargo, tan fervorosa como disparatada. En la supuesta hipótesis de que el Papa incidiera en error, estar a favor del error no dejaría de ser a su vez un grave error.

⁸Jn 10:16.

⁹Jn 10:17.

Por otra parte, el intento de llegar a una conjunción de caminos con los *Hermanos Separados*, salvo que se les asigne otra denominación distinta, es una pretensión semánticamente desatinada. Pues si se les reconoce como *Hermanos separados* y si es que las palabras tienen algún sentido, es porque se admite que se han apartado o escindido del tronco común o raíz de origen. Lo que implica, según exigen las reglas de una Lógica elemental, que habiendo sido ellos los que por voluntad propia han quedado apartados del lugar de su primera cuna, o única fuente de las aguas, son justamente por eso los que están obligados a regresar. O si acaso se sale en su busca, como hace el Buen Pastor con la oveja descarriada, es justamente para traerlos de nuevo al redil (Lc 15:4).

Si los *Hermanos Separados* fueron calificados en tiempos pasados como herejes o cismáticos, ahora son tratados con una nueva denominación. Sin duda con buena y generosa intención, aunque inútil y vana. Pues si se les reconoce como *separados*, por el mismo hecho de proclamar implícitamente la realidad evidente de su *salida voluntaria*, se está volviendo a lo mismo y haciendo inútiles los intentos de elaborar eufemismos. Siempre es peligroso jugar con el lenguaje.

* * *

Es imposible imaginar la *kenosis* de la Iglesia sin la *kenosis* previa de Dios.

Pero la *kenosis* de Dios, significa la *kenosis* del Espíritu y por lo tanto la ausencia de su Voz. Justamente ahora, cuando era más necesario que nunca escucharla.

Como consecuencia, o como evento simultáneo (o tal vez previo), la Iglesia se debate en la terrible Oscuridad en la que ha sido sumida por una crisis como jamás había conocido en su Historia. Una gigantesca y planificada Conspiración Universal se ha desatado contra Ella. Habiendo superado el Enemigo las murallas exteriores que la defendían, ha logrado introducirse en el interior del Recinto, donde

ahora se libra una lucha sin cuartel. . . O tal vez no es así y no existe tal lucha, después de haber manejado el Enemigo su estrategia tan sabiamente que apenas si encuentra resistencia. Su *Cuerpo de Intelligencia* ha conseguido hacer creer a los habitantes de la Ciudadela que no existe lucha ni se vislumbra peligro; más bien al contrario, puesto que ahora se encuentran justamente en el momento de disfrutar de la más floreciente de las *Primaveras*. Es lógico, después de eso, que los bastiones y baluartes del Alcázar hayan sido abandonados, así como que aparezcan adornados con guirnaldas sus patios y arcadas. De ahí también que nadie estará dispuesto a admitir la verdad de lo que aquí se está diciendo. Con lo cual, mientras que en lo que otrora fue Fortaleza se respira por todas partes un ambiente despreocupado y festivo, el Enemigo puede ya actuar sin obstáculos; desbrozado el campo, al fin puede asestar el golpe definitivo a la Esposa Inmaculada del Cordero.

En cuanto a los pocos que han sobrevivido al Gran Engaño y todavía son capaces de apreciar la realidad de las cosas, ¿qué pueden hacer sino gritar con el *Apocalipsis*, con toda la ansiedad de la que es capaz su corazón:

—*¡Ven, Señor Jesús!?*

O bien, buscar angustiosamente por todas partes a fin de escuchar de nuevo la voz del Esposo. El mismo que parece haber desaparecido dejándolos en la orfandad.

*Dime tú, amado de mi alma,
dónde pastoreas, dónde sesteas al mediodía. . .*¹⁰

Pues ya no escuchan en su tierra las canciones de antaño. Aquellas mismas que en otras edades, entonando las melodías del Amor divino, hacían comprender y vivir el amor humano. Eran todavía los

¹⁰Ca 1:7.

tiempos en que el mismo amor, no habiéndose transformado aún en *solidaridad* o en *fraternidad universal*, era sencillamente la *caridad*: aquélla que no era ambiciosa ni buscaba nunca lo suyo; que no se irritaba ni tomaba en cuenta el mal; que no se alegraba de la injusticia y se complacía siempre en la verdad; la que todo lo soportaba, todo lo creía y todo lo esperaba. . . ¹¹ Lo cual sucedía en aquella Edad Dorada en la que no se hablaba tanto del hombre hecho dios cuanto del Dios hecho Hombre en Jesucristo; cuando los hombres pensaban menos en *exigir* que en *entregar*, o creían ingenuamente que los *derechos humanos* solamente se podían hacer realidad considerando antes los *derechos divinos*. Eran los Tiempos Felices en que los hombres estaban convencidos de que la Aventura que consistía en seguir a Jesucristo, a fin de compartir su Vida y su Muerte, era el único objetivo que podía dar sentido a su vida y la única cosa que podía proporcionarles la Paz. . . O lo que es decir, la verdadera Paz, *y no la que da el mundo* (Jn 14:27); la que realmente aquieta el corazón y es capaz de llenarlo de la Perfecta Alegría. . .

Todo habla ahora, sin embargo, como si definitivamente hubiera llegado la Gran Oscuridad. Cuando el mismo Arte parece haber olvidado el sentido de la Belleza, a la que antes se afanaba en copiar (como lo hace un espejo, después de contemplada tan profusamente esparcida en la Naturaleza), para sustituirlo por el culto a la Fealdad y al Vacío. Y hasta la Música, que antes cautivaba con sus dulces y deleitosos sonos, casi celestiales, los oídos de los hombres, se ha cambiado ahora en chirridos desagradables y retorcidos ruidos disonantes. . . , capaces de acabar de trastornar a unos seres humanos ya previamente enajenados por la locura. ¿Y qué decir del modo y manera como los hombres han profanado y pervertido el concepto del Amor? Pero, ¿acaso ha sucedido que se ha desvanecido la luz que irradiaban en el Mundo, desde el mismo corazón del ser, la Bondad,

¹¹Cf 1 Cor 13.

la Verdad y la Belleza, a fin de dar paso a la Oscuridad Sombría de la Perversidad y de la Nada...?

Si esto es así, ¿qué tiene de extraño que los que sufren por haberse negado a participar en lo que, por otra parte, no parecería sino presagiar la Apostasía ya anunciada en la Segunda Carta a los Tesalonicenses, piensen que Dios ha desaparecido y esperen acongojados oír de nuevo su Voz? Pese a todo y más allá de todo eso, ellos siguen creyendo esperanzados, con el profeta Jeremías, que *en estos lugares desolados, en las ciudades de Judá y en las plazas de Jerusalén, sin hombres y sin ganados, todavía se han de oír la voz de la alegría y la voz del gozo, la voz del Esposo y la voz de la esposa.*¹²

La voz del Esposo y la voz de la esposa... Pues las ovejas necesitan oír la voz del pastor, a fin de no sentirse desamparadas y así acabar descarriadas por lugares inhóspitos (Jn 10: 3-5).(B)

* * *

(B) Es de notar que el Buen Pastor llama a cada una de las ovejas *por su nombre* (Jn 10:3). Y efectivamente, porque el nombre, en cuanto que designa específica y directamente a una *persona*, posee transcendental importancia en la mutua e íntima relación de los dos que se aman, o del Esposo y la esposa en este caso.¹³

De ahí la curiosa observación de algo que sucede en el Poema de amor de *El Cantar de los Cantares*, en el cual, tanto el Esposo como la esposa, jamás se llaman por el nombre ni lo utilizan cuando hacen referencia al otro (por ejemplo, para describirlo). En su lugar apelan a locuciones de

¹² *Hæc dicit Dominus: Adhuc audietur in loco isto, quem vos dicitis esse desertum, eo quod non sit homo et iumentum in civitatibus Iudæ et foris Ierusalem, quæ desolata sunt absque homine et absque habitatore et absque pecore, vox gaudii et vox lætitiæ, vox sponsi et vox sponsæ* (Je 33: 10-11).

¹³La más peculiar relación de amor es la de uno a otro, o la del *yo* al *tú*. Es la relación de amor divino-humana.

amor expresadas en bellas y apasionadas metáforas: *Esposa mía, hermana mía, hermosa mía, inmaculada mía...*, son algunas de las dirigidas por el Esposo a la esposa a lo largo del Poema. En cuanto a la esposa, también habla siempre al Esposo, o bien lo describe, utilizando el mismo procedimiento: *Es mi amado para mí bolsita de mirra... racimito de alheña... Como manzano entre los árboles silvestres es mi amado entre los mancebos...*

Es por eso por lo que cabe preguntar: ¿Por qué tal forma de proceder en el *Cantar*? Por supuesto que, como es lógico, solamente caben aquí hipótesis más o menos aventuradas. Que es lo único posible a llevar a cabo cuando se trata de ahondar en los abisales misterios del Amor.

Dicho eso, todo parece indicar que la formulación del nombre —[Ego] *vocavi te nomine tuo*—¹⁴ todavía no es lo último, sino lo penúltimo, en la relación de amor. Tal parece que la relación de intimidad alcanza un momento en el que el nombre queda sobrepasado; como si entonces fuera más conveniente sustituirlo por epítetos amorosos, más capaces de ahondar y expresar la intimidad y sobreabundancia de amor, que el modo en que lo haría, al parecer al menos, la pronunciación del nombre de la persona amada.

La narración de la aparición de Jesús Resucitado a María Magdalena quizá podría proporcionar un indicio de explicación. Valдера simplemente para satisfacer la curiosidad de algún estudioso de las relaciones de amor.

Le dijo Jesús [a María Magdalena]:

—Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?

Ella, pensando que era el hortelano, le dijo:

—Señor, si te lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré.

Jesús le dijo:

—¡María!

Ella, volviéndose, exclamó en hebreo:

—“¡Rabbuni!”—que quiere decir: “Maestro”.

Jesús le dijo:

—Suéltame, porque aún no he subido a mi Padre...¹⁵

¹⁴Is 43:1.

¹⁵Jn 20: 15–17.

Donde es de notar la intensidad e intimidad de amor con que Jesús llama a la Magdalena por su nombre:

—¡María!

Y con todo, la increpa para que no lo toque: *Porque aún no ha subido a su Padre.*

Palabras misteriosas que tal vez podrían aludir a que aún no había tenido lugar la llegada del Espíritu. Y sin Él, el amor que aquí se manifiesta no posee todavía la suficiente entidad *sobre-natural* en la que se fundamenta la relación amorosa divino-humana. Bien está en cuanto a la utilización del nombre personal; pero aún no es llegado el momento de los epítetos y de los gestos amorosos, que son los que más cumplidamente expresan una más íntima y sobreabundante relación de amor.

* * *

La esposa se llena de alegría al oír, todavía desde lejos, la voz del Amado:

*¡La voz de mi amado! Vedle que llega,
saltando por los montes,
triscando por los collados.¹⁶*

El Esposo llega como suelen hacerlo los enamorados: apresurado y con impaciencia: *saltando por los montes, triscando por los collados*. Y en efecto: *saltar* y *triscar*, en cuanto que se refiere a la impaciencia y a la celeridad con la que corren los pasos del enamorado; mientras que *montes* y *collados* tiene que ver con el hecho de que el amor salva todos los obstáculos, a fin de no detenerse ni retrasarse.

Por su parte, la esposa se siente aún más gozosa al percatarse de la impaciencia del Esposo. Por eso dice a continuación:

¹⁶Ca 2:8.

*Vedle que está ya detrás de nuestros muros,
mirando por las ventanas,
atisbando por entre las celosías.¹⁷*

Mirar por las ventanas supone la posibilidad de observar clara y enteramente el objeto contemplado. *Atisbar por entre las celosías* equivale a otear para percibir lo que se desea ver, siquiera sea parcialmente y con dificultad. Pero de una manera o de otra, lo que aquí se pone de manifiesto es que el Esposo desea llegar cuanto antes junto a la esposa, a fin de contemplarla de la forma que fuere y sea posible y expresarle su amor.

Por su parte la esposa se siente alborozada y enardecida al escuchar la voz del Esposo:

*Es la voz del Esposo
como la huidiza estela de una nave,
como aire rumoroso,
como susurro suave,
como el vuelo nocturno de algún ave.*

Y como en el amor todo es mutuo y recíproco, el Esposo se siente a su vez no menos ansioso por escuchar la voz de la esposa. En realidad, más impaciente todavía que ella. Si bien aquí se podría decir, aprovechando la libertad que otorga el lenguaje sutil, vaporoso y a menudo metafórico propio del amor, que ambos poseen *el mismo corazón* en comunidad de sentimientos y en supuesta unidad e igualdad de ansiedades; aunque sin dejar de ser ambos un *uno* y un *otro* que se contemplan y entregan mutuamente.

¹⁷Ca 2:9.

Así es como el Esposo, consumido por la ansiedad, apremia a la esposa con requiebros de amor:

*Ven, paloma mía,
que anidas en las hendiduras de las rocas. . .
Dame a ver tu rostro, dame a oír tu voz,
que tu voz es suave y es amable tu rostro.*¹⁸

El Esposo enamorado alude aquí a la *suavidad* de la voz de la esposa, que Él desea percibir de nuevo y otra vez. Igualmente aplica a la voz las delicadas cualidades que atribuye a su rostro (*es amable tu rostro*), u otras semejantes. De donde quizá valga la pena recordar aquí que la vista y el oído son los dos sentidos por los que se percibe la belleza:

*Es la voz de mi amada
como un arrullo dulce de paloma,
como un alba rosada
que mil colores toma
cuando el sol por los montes ya se asoma.*

Conviene advertir sin embargo, antes de seguir adelante, que en la Iglesia actual coexisten dos corrientes de pensamiento, ambas contrapuestas, con respecto a la actuación del Espíritu;¹⁹ más concretamente, por lo que hace a su Palabra dirigida a los hombres. Sin atender demasiado a exigencias puristas, podrían ser denominadas aquí respectivamente como *minimalista* y *maximalista*.

¹⁸Ca 2:14.

¹⁹La redacción de este escrito tuvo lugar durante la primera decena de años del siglo XXI.

La corriente *maximalista*, que muy bien podría ser calificada también como posición *optimista*, es en realidad otro de los frutos recogidos en la llamada floreciente *Primavera de la Iglesia*, y defiende una sobreabundante actividad del Espíritu —más profusa incluso que la que tuvo lugar en la Iglesia Primitiva— durante los tiempos que han seguido a la clausura del Concilio Vaticano II.

En efecto, porque una desbordante actuación del Espíritu ha coincidido con la aparición, dentro de la Iglesia, de numerosos y potentes Grupos que se consideran a sí mismos poseedores de numerosos carismas. Si bien en tal abundancia que supera en mucho a lo conocido por la Iglesia durante la Época Apostólica. Entre los dones que les han sido otorgados, según confesión propia, deben contarse sobre todo el de lenguas (*glosolalia*) y el de profecía, utilizados profusamente durante la celebración de sus asambleas.²⁰ Las cuales vienen a consistir en acontecimientos festivos y tumultuosos, celebrados por lo general fuera de los templos, y donde los asistentes se sienten iluminados e impulsados por el Espíritu para exhortar, entonar alabanzas, exclamaciones personales de impetuosa sinceridad (referidas al mismo sujeto o a otros, e incluso a las circunstancias del presente momento en que se vive), etc. Las *inspiraciones e impulsos* provenientes del Espíritu abarcan multitud de aspectos, incluidos los de proveer de fundamento a aseveraciones utilizadas como justificante de la convocación de Concilios, etc., etc. *El Espíritu sopla donde quiere*, tal como fue dicho; aunque ahora lo haga de tal manera que, más que sople de suave brisa, se asemeje más bien a las ráfagas de un impetuoso huracán.

La corriente *maximalista* no se preocupa de justificar la autenticidad y el fundamento sobrenatural de tales manifestaciones. Los

²⁰Los nombres de estos Grupos ya suelen ser bastante expresivos: *Comunidades* (nombre genérico que nunca falta) de Carismáticos, Catecumenales, etc.

hechos están ahí y su mera presencia constituye ya una demostración suficiente de su legitimidad. O bien alguien proclama solemnemente la afirmación (*He recibido una moción del Espíritu*, o algo semejante) sin la preocupación de aducir pruebas que, por otra parte, serían imposibles de aportar.²¹ Después de todo, se trata de estar en sintonía con las costumbres modernas. Los pregoneros de la libertad de expresión y de pensamiento se limitan a dar los hechos como establecidos; de tal manera que en adelante ya solamente les resta cuidar de que nadie los contradiga.²² Decididamente todo apunta a que las modernas generaciones están ávidas de ser engañadas; ya que lo que

²¹El solo hecho de solicitar lo que pudiera justificar, siquiera de alguna manera, la legitimidad de tales *mociones* (lo que equivaldría, según algunos, a ponerlas en duda), supondría un enojoso escándalo para la gran muchedumbre de seguidores entusiastas. Aquéllos que, por no dejarse inducir demasiado por los sentimientos, aparecen como exigentes, suelen olvidar que los ídolos de multitudes están exentos (algo así como por *bula*) de la necesidad de pruebas: su testimonio basta.

²²El autor de este escrito tuvo ocasión de presenciar esta clase de actuaciones, organizadas por las Confesiones Protestantes, durante su estancia pastoral en diversos países de Hispanoamérica en los años sesenta del siglo pasado. Se fijaban carteles por las calles, al modo como se hace en España para anunciar las Fiestas de Toros, convocando a la gente y en especial a enfermos e inválidos, en día y hora señalados, a fin de que asistieran a los *Servicios de Culto y de Milagros*, también otras veces denominados *Servicios de Culto y Curaciones*. No hace falta decir que la ocurrencia de milagros se anticipaba como cosa segura, ni que todos los *Servicios*, por supuesto, acababan en bufonadas. El que esto escribe no tuvo ocasión de presenciar ni de oír referencia alguna respecto a la realización de un solo milagro; a pesar de los cinco años transcurridos durante su estancia en la América Hispana. Lo cual nunca fue obstáculo para que las asambleas se continuaran repitiendo indefinidamente. Y si de todas formas los milagros no se producían, la cosa no pasaba de ser un episodio que siempre se achacaba a la falta de una fe suficiente.

Era evidente que el amor a Dios estaba siendo sustituido por el puro *espectáculo*, sin otro objeto que la búsqueda de intereses egoístas puramente humanos. Había hecho su aparición la religión del *show*, que muy pocos años después irrumpiría como tromba en la Iglesia Católica.

realmente prima en el mundo moderno no es meramente la actitud pasiva de dejarse seducir por el engaño, sino la del vehemente rechazo de la Verdad, el cual conduce a su vez a la entrega incondicional en brazos de la Mentira.

La postura *minimalista*, por el contrario, mantiene la creencia en la *kenosis*, u ocultamiento del Espíritu, con respecto a la Iglesia actual; y hasta quizá la *ausencia*, más aún que el ocultamiento. Basa su convencimiento en el estado de desolación en el que se encuentra la Iglesia en los momentos presentes; un tema del que ya se habló en la Introducción a este libro, aunque de forma somera.

Esta corriente de pensamiento está convencida de que el Espíritu, precisamente porque *sopla donde quiere y no se sabe de dónde viene ni adónde va*, actúa en soberana libertad y de forma enteramente imprevisible para la creatura; y de ahí que no ande de un lado para otro sometándose a los caprichos de cualquiera que quiera invocarlo. Es de suponer que la actividad del Espíritu es algo más serio que ciertas asambleas de *glosolalia*, tan semejantes en algunos aspectos a las invocaciones que tienen lugar en las sesiones de espiritismo. Los carismas de la Iglesia Primitiva conocieron su momento hasta que cesaron definitivamente, sin que exista posibilidad alguna de certificar su presencia de nuevo a lo largo de la Historia, salvo que la Iglesia oficialmente diga otra cosa; lo cual parece no haber sucedido.

Es cierto que el Espíritu vive y obra continuamente en el seno de la Iglesia, cuya Liturgia lo invoca de continuo y de una manera especial en el Sacrificio Eucarístico o Santa Misa. Bellas antífonas como la de *Veni, Sancte Spiritus*, o himnos majestuosos como el de *Veni, Creator Spiritus*, empleados por la Iglesia en su Liturgia y que aparecen también en las oraciones privadas de los fieles, atestiguan su presencia. Al fin y al cabo el Espíritu es el Alma de la Iglesia, su Principio Dinámico, Cuidador Garante de su Infallibilidad y Promo-

tor de toda la obra de santificación en los fieles que la integran. De ahí que parezca casi blasfemo pretender reducir su papel al de un Prestidigitador de Teatro o al de Animador de Fiestas y Guateques.

Nadie debería pretender, sin temor ni temblor, que habla *inspirado por el Espíritu*. Por prominente que fuera su posición en el estamento eclesial, salvo que lo hiciera *ex officio*, en las circunstancias y condiciones señaladas por la misma Iglesia. Aparte de eso, cualquiera que recabe para sí, con osadía y pretendida certeza, la presunción de que habla impulsado o movido por el Espíritu, corre el grave riesgo de ser víctima del engaño del Maligno. . . , además de poner en peligro su propia salvación. *No apaguéis el Espíritu*.²³ Pero tampoco juguéis con Él o con su nombre, pues *al que hable contra el Espíritu Santo no se le perdonará, ni en este mundo ni en el venidero*.²⁴ A efectos prácticos, el hecho de que alguien hable contra el Espíritu, o de que pretenda atribuirse, con imprudente atrevimiento y seguridad, la condición de ser su portavoz o de conducirse movido por Él, equivale a lo mismo.

En cuanto a la profecía contenida en Hech 2: 16–20, tomada a su vez del profeta Joel (3: 1–5), lo más que se puede decir es que supondría temeridad que alguien pretendiera aplicarla a sí mismo y actuando en el momento presente. La profecía, si bien se refiere a los Últimos Tiempos (*in novissimis diebus*), corresponde en realidad a los carismas peculiares con los que fue agraciada la Iglesia Primitiva, como San Pedro reconoce expresamente (v. 16). Es cierto que San Pedro parece extenderla hasta la culminación de los Últimos Tiempos o momentos de la Parusía (vv. 19–20). Pero de todos modos, nadie puede afirmar con seguridad, apoyándose en el texto, que se refiere también al *momento actual*, y menos aún que se está reali-

²³1 Te 5:19.

²⁴Mt 12:32; Lc 12:10.

zando en su propia persona. Hay que tener en cuenta además que es aplicable solamente a los siervos y siervas del Espíritu (*super servos meos et super ancillas meas*), de donde mostraría poseer un elevado grado de petulancia quien se atreviera a arrogarse tal condición.

La forma en la que discurrían las glosolalias de la Iglesia Primitiva no es conocida de manera concreta. Al contrario de lo que sucede en las modernas, donde no es ningún secreto la abundancia de naderías y superficialidades que se escuchan en las asambleas de estos Grupos.²⁵ San Pablo pretendió moderar y regular el uso de los carismas y especialmente el de la glosolalia, según se desprende del capítulo XIV de su Primera Carta a los Corintios, y donde no se muestra demasiado entusiasta con respecto a estos dones ni parece otorgarles excesiva importancia: *Deseo que habléis todos en lenguas, pero más todavía que profeticéis... Doy gracias a Dios porque hablo en lenguas más que todos vosotros; pero en la Iglesia prefiero decir cinco palabras con sentido, para instruir también a los demás, que diez mil palabras en lenguas... Aspirad a los carismas mejores. Sin embargo, todavía os voy a mostrar un camino mejor.*²⁶

Esta última observación acerca de la importancia otorgada al fenómeno, revela el notable contraste entre la práctica de la Iglesia Primitiva y la de los modernos Movimientos *Carismáticos* en general. Es evidente que para la Iglesia Apostólica y tiempos subsiguientes, el punto neurálgico de la piedad no lo constituían los carismas. No hace falta conocer demasiado a fondo la Historia de la Iglesia para saber que la importancia que se concedía a estos dones, dentro o fuera de las funciones litúrgicas, era meramente accidental hasta que prácticamente desaparecieron. Justamente lo contrario de lo que

²⁵ A pesar de que no siempre es fácil prestar constancia del hecho. Pues, tal como exige el esoterismo que siempre ha sido practicado en las sectas, la asistencia a tales asambleas no suele estar permitida a los no iniciados.

²⁶ 1 Cor 14: 5.18–19; 12:31.

sucede en las *Eucaristías* (nombre que ha sustituido al de *Sacrificio de la Misa*) de los Movimientos Carismáticos modernos, en los que la práctica de las *glosolalias*, con los consabidos soliloquios y peroratas de los laicos, ocupan la mayor parte de un tiempo excesivamente largo por lo demás. Es curioso, sin embargo, que sea precisamente el sacerdote (ahora llamado *Presidente*) el asistente que menos habla y a quien menos atención se le presta; cosa lógica si se tiene en cuenta que no se le considera sino como Representante de la Comunidad, además de que en tales *Eucaristías* se ha obviado la idea de Sacrificio para sustituirla por la de comida festiva de solidaridad.

Quizá alguien se sentirá tentado a pensar, a la vista de todo esto, que la Teología Católica ha sido desterrada para dar paso a la de los Reformadores Protestantes.

De todos modos, aún no se ha llegado aquí al punto más importante del problema. Por muy extendido que se encuentre en el ambiente y a pesar de que el tema se considere incontrovertible, es difícil creer que el Espíritu vaya de un lado para otro, haciéndose invocar a capricho y hablando trivialidades por boca de los iluminados de turno. De ninguna manera se desprende de la Revelación, de la enseñanza del Magisterio o de la Doctrina de la Iglesia a lo largo de toda su historia, que consista en eso la misión del Espíritu.

La verdadera y específica misión del Espíritu es la de hablar de Jesucristo. Todo lo que dice y lo que hace, *tiene siempre como punto de referencia a Jesucristo*. Nunca habla de Sí mismo ni por Sí mismo, sino meramente de lo que oye (de Aquéllos de quienes procede), a fin de darlo a conocer: *Cuando venga Aquél, el Espíritu de la Verdad, os guiará hacia toda la verdad,²⁷ pues no hablará por sí mismo, sino que dirá todo lo que oiga y os anunciará lo que va a*

²⁷Para Jesucristo, la plenitud de la Verdad es Él mismo: *Yo soy la Verdad* (Jn 14:6).

*venir. Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará.*²⁸ La referencia a la verdad completa, e incluso a las cosas que han de suceder, no pueden tener otro objeto y otro fin que no sea Jesucristo. La lectura atenta y desapasionada de esos versículos, reforzados a su vez por el contexto, lo indica así. Y las palabras finales lo confirman de forma contundente: *Recibirá de lo mío y os lo anunciará*. Se olvida fácilmente el hecho de que lo peculiar y *propio* de la Tercera Persona Divina consiste *en ser una Referencia a las otras Dos*.²⁹

Otras palabras de Jesucristo contenidas también en el Discurso de la Cena confirman lo dicho hasta aquí: *Os he hablado de todo esto estando con vosotros; pero el Paráclito, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, Él os enseñará todo y os recordará todas las cosas que os he dicho*.³⁰ De las cuales se desprende que es misión del Espíritu la de recordar y hacer comprender a los discípulos todo cuanto les había dicho el Maestro: *todas las cosas que os he dicho*. Y más adelante añade: *Cuando venga el Paráclito que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de la verdad que procede del Padre, “Él dará testimonio de mí”*.³¹

En cuanto a las tres condenaciones que el Espíritu pronunciará contra el Mundo, todas tienen como punto final de referencia y base de su motivación a Jesucristo: *Y cuando venga Él [el Paráclito] acusará al mundo de pecado, de justicia y de juicio: de pecado porque no creen en mí; de justicia, porque me voy al Padre y ya no me veréis; de juicio, porque el príncipe de este mundo ya está juzgado*.³² Según lo cual, el Espíritu acusará al mundo de pecado, por cuanto que no

²⁸ Jn 16: 13-14.

²⁹ No hace falta decir que se trata de lo peculiar y propio que la constituye como Persona, y no de su identidad real con la Divina Esencia.

³⁰ Jn 14: 25-26.

³¹ Jn 15:26.

³² Jn 16: 8-11.

ha creído en Jesucristo; de justicia, porque Jesucristo, después de haber sido rechazado como Mesías y Salvador, lo abandona y ya no se dejará ver; de juicio, porque el Príncipe de este mundo ya ha sido juzgado y por supuesto por Jesucristo: *Entonces aparecerá el inicuo, a quien el Señor exterminará con el aliento de su boca y destruirá con su venida majestuosa.*³³ La destrucción del último Instrumento de Perversión manejado por el Maligno, de su más poderoso Aliado en la seducción y engaño de los hombres, supone indefectiblemente la derrota de Satanás. El Apóstol insiste en otro lugar en el triunfo final contra el Mal, ya definitivamente juzgado: *Y así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su orden debido: como primer fruto, Cristo; luego, con su venida, los que son de Cristo. Después llegará el fin, cuando entregue el Reino a Dios Padre, cuando haya aniquilado todo principado, toda potestad y poder. Pues es necesario que él reine, hasta que ponga a todos los enemigos bajo sus pies.*³⁴

En las *Eucaristías Carismáticas* ya no se atiende a escuchar la voz del Espíritu a través de la predicación del sacerdote, cuyo papel ha quedado en ellas anulado más bien que minimizado.³⁵ Admitido ahora este último como mero *Presidente* de la Congregación, ni siquiera se le reconoce la condición de moderador, quedando reducido

³³2 Te 2:8.

³⁴1 Cor 15: 22-25.

³⁵La Voz del Espíritu no puede ser reconocida como tal con certeza si no está avalada por la Iglesia y enmarcada dentro de los parámetros del Magisterio. De no ser así, ni siquiera daría lugar al planteamiento del problema de su autenticidad o falsedad. En cuanto a la vida espiritual de los fieles, la acción santificadora del Espíritu en las almas ha de ser constatada siempre por medio de la Iglesia, y de ahí la necesidad de la dirección espiritual y del sacramento de la Penitencia. Las vías místicas que pretenden actuar con autonomía siempre acaban descubriendo su falsedad, como demuestran las numerosas mistificaciones de esta clase que ha conocido la Iglesia a lo largo de su historia.

su papel a escuchar las intervenciones espontáneas de los asistentes. De esta forma la voz del Espíritu, en otro tiempo *autenticada* por la Iglesia Jerárquica a través de la predicación enmarcada en el Magisterio, ha sido sustituida ahora por la voz de los hombres, sin más *confirmación* de su veracidad que la que ellos mismos le atribuyen. Recapitulando: La Iglesia Católica ha cedido su puesto a las Iglesias de la Reforma, mientras que el culto antes tributado a Dios por el hombre ha dado paso al culto tributado al hombre por el hombre mismo.

Se ha dicho repetidamente que el *Apocalipsis* es un libro de Consolación. Nada más lógico si se supone que es propio de un libro profético ser vehículo de la Voz del Espíritu, también llamado *Paráclito*, o Espíritu Consolador. De ahí que su Voz sea consuelo para los que sufren, quienes en tiempos de tribulación, como son los de ahora, andan confusos y atribulados de muchos modos y maneras: *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur.*³⁶

Evidentemente la consolación de que aquí se habla no se refiere a una simple *mitigación* o suavización de los sufrimientos, sino a un estado de felicidad o *bienaventuranza* prometido para los que lloran. Aunque destinado a realizarse *ahora* y no después en otro eón, puesto que es ahora cuando se llora; sin necesidad de que los atribulados hayan de esperar el momento en que *el Cordero, que está en medio del trono, será su Pastor, que los conducirá a las fuentes de las aguas de la vida, y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos;*³⁷ cuando haya sonado la hora en que *enjugará toda lágrima de sus ojos; y no habrá ya muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor, porque todo lo anterior ya pasó.*³⁸

³⁶Mt 5:4.

³⁷Ap 7:17.

³⁸Ap 21:4.

Es importante notar que la existencia cristiana nada tiene que ver con la tristeza. Ni tampoco es suficiente la afirmación de que tal existencia es compatible con el sufrimiento, puesto que ambos, a semejanza de lo que dice el Salmo acerca de la justicia y la paz, también se besan (*osculatæ sunt*). Incluso puede decirse que la existencia cristiana y el sufrimiento se exigen mutuamente, tal como siempre fue entendido por la tradición cristiana: *Desiderans te videre, memor lacrimarum tuarum, ut gaudio implear*.³⁹

El Amigo dijo a su Amado:
 —Tú, que llenas el Sol de resplandor,
 llena mi corazón de amor—.
Respondióle el Amado:
 —A no estar tú lleno de amor,
 no derramarían lágrimas tus ojos,
 ni habrías venido a este lugar para ver a tu Amado—. ⁴⁰

Es preciso reconocer una relación de afinidad entre la amistad (amor), el gozo y, aunque parezca extraño... , las lágrimas. Y es sorprendente que tanto el vínculo que une a los tres, como el lugar al que hacen referencia, es justamente la Voz del Espíritu; o del Esposo. Y concretamente, con respecto a las lágrimas, puede decirse con seguridad que son siempre la expresión de un sentimiento de amor.

Existen, por supuesto, las lágrimas de rabia y desesperación, que no son sino una perversión del auténtico dolor y una caricatura de las verdaderas lágrimas, de la misma forma que el odio es la perversión del amor. Este remedo de una realidad corrupta nada tiene que ver

³⁹2 Tim 1:4.

⁴⁰Raimundo Lulio, *El Libro del Amigo y del Amado*, 5.

con el verdadero sentimiento de las lágrimas (o *don de lágrimas*, como ha sido llamado por los místicos y autores espirituales), sin duda alguna uno de los más delicados que el hombre ha recibido de Dios.

Todo el mundo está de acuerdo, sin embargo, en que las lágrimas que brotan por la pérdida de un ser querido, por ejemplo, son lágrimas de amor. O con respecto a las que nacen de un corazón arrepentido que ha ofendido a la persona amada. Y dígase lo mismo de las que surgen de un corazón incapaz de contener su alegría, por haber encontrado por fin a la persona amada por la que ha suspirado durante largo tiempo.

A veces ha ocurrido que el hecho ha pasado desapercibido para algunos genios de la Literatura. No para Tolkien, sin embargo, cuyo personaje Gandalf, de *El Señor de los Anillos*, se dirige a sus amigos para advertirles al llegar el momento de la despedida: *Y no os digo que no lloréis, pues no todas las lágrimas son malas*.⁴¹ Mientras que otra cosa parece sentir Tagore en su Poesía: *Si lloras porque se pone el sol, las lágrimas te impedirán ver las estrellas*.⁴² Cuando en realidad las lágrimas, o al menos las verdaderas, *nunca* son malas en cuanto que son una manifestación del amor. Y asimismo el Espíritu, tal como produce la caridad como el primero de sus frutos, *también da lugar como el segundo de ellos al gozo* (Ga 5:22). En cuanto al apercebimiento que hace Tagore, es cierto que parece sonar como equivalente al repudio de las lágrimas; aunque la verdad es bien diferente. Puesto que las lágrimas del amor, si bien momentáneamente pueden hacer de la visión algo velado, nebuloso e impreciso, es sólo para dar lugar a continuación a una contemplación más clara y luminosa de las maravillas del cielo. A no ser que el poeta, como parece

⁴¹Tolkien, *El Señor de los Anillos*, III.

⁴²Tagore, *Pájaros Perdidos*.

lo más probable en este caso, haya querido utilizar una especie de sinécdoque e identificado las lágrimas con la tristeza.

De ahí que cuando los ángeles y el mismo Jesucristo (Jn 20: 13.15) preguntan a María Magdalena por la razón de su llanto, no pretenden recriminar su actitud. Se trata más bien del deseo de transformar el sentimiento ansioso, nostálgico e impaciente de la mujer, en otro de amor desbordante y carente de connotaciones de dolor.

No es extraño que sea precisamente el Bautista quien proporciona información más profunda acerca del problema de que se trata. Según sus propias palabras, *el Esposo es el que tiene la esposa; el amigo del Esposo, que está presente y le oye, se alegra grandemente con la voz del Esposo. Por eso mi alegría es completa. Es necesario que Él crezca y que yo disminuya.*⁴³(C)

* * *

(C) Es interesante señalar que el Bautista no se equipara aquí al nivel del amor de la esposa con respecto al Esposo. Se limita a reconocerse a sí mismo como *amigo del Esposo*, poniendo buen cuidado en señalar que *el que tiene esposa es el Esposo*; lo cual es lo mismo que decir que es la esposa quien tiene al Esposo. El Precursor establece así, por lo tanto, una importante distinción que fundamenta una escala en los grados y caminos del amor. Según él mismo reconoce, no es sino un amigo que acompaña al Esposo; con la consiguiente posibilidad de escuchar su Voz y de gozarse al respecto. Nada más.

La precisión es significativa en la medida en que el Bautista se reconoce a sí mismo en estado de *todavía no*, esbozando así una importante doctrina en cuanto a los grados o estados del amor.

Como es lógico, las precisiones que hace el Bautista con respecto a su persona —las cuales, por otra parte, la trascienden por completo— complementan el contenido de los otros textos neotestamentarios que se

⁴³Jn 3: 29–30.

refieren a él. Si bien Jesucristo lo reconoce como el mayor de los nacidos de mujer, añade sin embargo a continuación que *el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que él*.⁴⁴ El mismo Precursor tiene buen cuidado en insistir repetidamente y con humildad en la idea de su anonadamiento: *Es necesario que Él crezca y que yo disminuya*.

La figura del Bautista es la demostración elocuente de uno de los aspectos más importantes de la existencia cristiana, a saber: la situación de provisionalidad, de precariedad y de *todavía no*, en la que transcurre. Queda patente también, a través de su trayectoria, que el amor de amistad no es todavía el amor conyugal. El amor divino–humano, comenzado como es lógico en el presente eón, no alcanza en él su culminación de un modo inmediato, sino que se desarrolla paulatinamente: de lo menos a lo más, de lo superficial a lo íntimo, de los escarceos iniciales a los desposorios últimos que conllevan totalidad y ultimidad, del estado de gozosa esperanza al de la posesión definitiva. La existencia cristiana es un continuo avanzar a través de un camino, el recorrido de un itinerario que alguien previamente ha trazado, la *quest* que intenta encontrar su objetivo, la aventura arriesgada que espera alcanzar un final feliz, la senda empinada y abrupta por la que no se atreven a caminar muchos (Mt 7:14)... Los místicos y autores de espiritualidad acostumbran hablar de un cierto *Itinerarium Mentis in Deum* (San Buenaventura), de diversas y diferentes *Moradas* en un *Castillo Interior* (Santa Teresa de Ávila), o de *Tres Edades de la Vida Interior* (Garrigou–Lagrange), por citar ejemplos más conocidos.⁴⁵ La existencia cristiana es un vagar dificultoso en constante seguimiento de Alguien que camina delante (Jn 10:4) y que obliga a sus adeptos a forzar un paso apresurado: *Yo corro no como a la ventura, y lucho no como quien golpea al aire*.⁴⁶

Sin embargo, este aspecto *kenótico* de la existencia cristiana tal como aquí se ha descrito, no es más que la punta del iceberg. La realidad es lo

⁴⁴Mt 11:11.

⁴⁵Los místicos y escritores de espiritualidad aportan abundante doctrina acerca de las *Purificaciones*, *Noches del Sentido y del Espíritu*, etc., aunque suelen ceñirse a la vida de oración en general.

⁴⁶1 Cor 9:26; cf Heb 4:11.

suficientemente profunda como para poder ser calificada de tragedia. Lo que no tiene nada de extraño, si se considera que la vida de cada cristiano, desde el momento en que ha sido llamada a *completar* la Pasión de Cristo (Col 1:24), ha de enfrentarse necesariamente a un grado de sufrimiento cuya consumación es la crucifixión; acerca de la cual sería intrascendente preguntar si es exterior o meramente interior.

En este sentido, la existencia del Bautista alcanza cotas de alturas casi inaccesibles. La angustia, la ansiedad, el temor y la incertidumbre, se dan cita en su alma con intensidad y fuerza pocas veces señaladas en sus obras por los biógrafos de los santos. La embajada que envía a Jesucristo (Mt 11 y Lc 7) durante su estancia en la cárcel, ya próxima su muerte, es el claro exponente de una existencia desgarrada y que hasta parece vacilar en los momentos decisivos. Su pregunta es suficientemente reveladora: *¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?* Para cuya mejor intelección, en cuanto a su alcance y profundidad, hay que tener en cuenta que el Bautista había proclamado previamente, en diversas ocasiones, su *testimonio solemne* acerca de la mesianidad de Jesucristo. Es posible hacerse una idea, siquiera aproximada, de la terrible *Noche* que en aquellos momentos inundaba de oscuridad su alma, ni siquiera ajena a la proximidad al escándalo, atendiendo a la respuesta que recibe de parte de Jesucristo. A unas palabras consoladoras, destinadas a testimoniar acerca de las señales mesiánicas, el Maestro añade un apercibimiento cuya profundidad no deja de impresionar a quien lo considera: *Bienaventurado el que no se escandalice de mí...* ¿Cómo puede alguien considerar desconcertantes estas palabras si se tiene en cuenta que el sufrimiento del Bautista, rebosante hasta la angustia en estos momentos de total oscuridad, se encuentra en la misma línea de los sentimientos de Jesús en la Cruz?: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*⁴⁷ Al fin y al cabo ningún cristiano puede olvidar que el *escándalo de la Cruz* (Ga 5:11) tiene como precedente el que ya había causado la misma Persona de Jesucristo, *pedra de tropiezo y roca de escándalo*, según San Pedro.⁴⁸

⁴⁷Mt 27:46; Mc 15:34.

⁴⁸1 Pe 2:8; cf Lc 2:34.

Debe tenerse en cuenta que no siempre es aconsejable *suavizar* con eufemismos, paráfrasis o circunloquios, el contenido de la Sagrada Escritura. Si la Palabra de Dios atribuye a Jesucristo la condición de *piedra de tropiezo y roca de escándalo*, sin más atenuaciones, no está de más tomar en serio ese modo de hablar. De ahí que cuando se habla del *escándalo* provocado ante unos y otros por la figura de Jesucristo, unido al producido por la Cruz en la que entregó su vida, la expresión debe ser considerada enteramente ajena a metáforas o acicates que tal vez tendieran a fomentar la piedad.

Lo que aquí se contempla, por lo tanto, es un *escándalo* verdadero, tanto para unos como para otros, a saber: para los que reciben y para los que rechazan a Jesucristo. Por lo que el *encuentro* que ha lugar con Él, ocurrido para cada hombre en algún momento de la vida y del cual depende su salvación o su condenación eternas, ha de ser necesariamente impactante y, por decirlo de alguna manera, desgarrador. Resultado de lo cual es el hecho de que todo hombre ha de verse obligado a decidir entre dos opciones extremas, sin posibilidad de ninguna otra intermedia y sin que nada tenga que ver el hecho de que quiera o no quiera hacerlo: *El que no está conmigo está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama.*⁴⁹ Es evidente que la *conmoción* producida por tal encuentro, que además perdura para siempre sin excluir la eternidad, deja en el hombre una huella profunda de la que nunca podrá ya recuperarse. La cual no debe ser confundida con el sentimiento profundo, de aceptación o de rechazo, de amor o de odio, experimentado ante la presencia de Jesús. Aquí se trata de algo diferente y más trascendente.

Pero incluso para los que lo aceptan, tampoco se reduce dicho sentimiento al arrobó y fascinación producidos por la contemplación de la Belleza, de la Bondad, o de ambas a la vez. Lo que sería una explicación demasiado simplista e incompleta de un suceso más profundo y complejo. Ha de tenerse en cuenta que el *aura* que envuelve la figura de Jesucristo, una vez que ha sido percibida por el hombre, posee carácter ambivalente; debido en parte también a la multitud de aparentes contradicciones con las que ha de enfrentarse quien se asome al Misterio de Cristo.

⁴⁹Lc 11:23.

Ante todo, algunas de las profecías mesiánicas del Viejo Testamento ponen de relieve la figura y la apariencia inefables de Jesucristo:

*Eres el más hermoso de los hijos de Adán,
en tus labios se ha derramado la gracia,
pues Dios te ha bendecido para siempre.*⁵⁰

En cuanto a la impresión que su figura producía en las gentes, los Evangelios casi se limitan a describirlo como *seductor* (Mt 27:63). Sin que sea necesario ni posible decir más. Pues no le ha sido encomendada a artista humano alguno la tarea que se ha reservado para sí el Espíritu Santo, cual es la de grabar, a través del velo de la Fe, el rostro y la figura de Jesucristo en cada alma humana. La imagen resultante, estampada como *única* por el Artista Divino en cada hombre, es trascendente a todas sus posibilidades de percepción y de expresión, lo que hace imposible la tarea de comunicarla a las demás. Aparte de eso, que sea percibida con más o menos claridad por unos u otros depende solamente de la pureza de cada corazón (Mt 5:8).

La ambivalencia es causada por el hecho sorprendente de que otros textos de la Escritura parecen hablar en sentido contrario. Aunque en realidad es superfluo insistir en aparentes contradicciones de textos que fácilmente desaparecen, una vez que han sido examinados más cuidadosamente. Ni tampoco es necesario considerarlos como complementarios, desde el momento en que no son sino diversos aspectos de una misma realidad. Como puede comprobarse cuando el texto arriba citado se compara con otro del Salmo 22, también mesiánico:

*Pero yo soy un gusano, no un hombre,
oprobio de los hombres,
desprecio del pueblo.*⁵¹

⁵⁰Sal 45:3.

⁵¹Sal 22:7.

Lo cual constituye un indicio claro de que la referencia a la Pasión, a la Cruz y a la Muerte del Mesías, a través de las cuales y por las cuales fue redimida la Humanidad, no es banalidad alguna, ni tampoco responde a deseos de elaborar florituras con el lenguaje. Cuando la Escritura habla del *escándalo* de la Cruz, lejos de pretender utilizar un lenguaje figurado ni aludir a metáforas, se refiere en realidad, como en el caso del Bautista, a un estado anímico peculiar en el que se dan cita conjuntamente la incertidumbre, la confusión, el desaliento, la desesperanza, la desconfianza y hasta la aparente opción por el nihilismo. El escándalo de la Cruz ha constituido realmente un escándalo para demasiadas gentes; y en cuanto al relato de los sufrimientos de la Pasión, tanto en el Viejo como en el Nuevo Testamento, lo menos que se puede decir es que anda lejos de ser una simple pieza de literatura trágica:

*¡Oh vosotros,
los que pasáis por el camino,
mirad y ved
si hay dolor semejante al mío...!*⁵²

Pero el escándalo de la Pasión y la Cruz no es tanto el exponente de la aplicación de la Justicia como castigo por el pecado, cuanto la demostración de la derrota y destrucción definitivas del Mal mediante el amor. Pues *nadie tiene amor más grande que el de dar uno la vida por sus amigos*.⁵³ Lo que realmente redime a la Humanidad pecadora es el Acto de valor infinito llevado a cabo por Jesucristo (infinito por ser verdadero Dios, sacrificial por ser verdadero Hombre) al ofrecer su vida libremente por Amor. Como decía San Bernardo, no fue su muerte lo que agradó a Dios, sino el libre y voluntario ofrecimiento de Sí mismo hasta la muerte.⁵⁴ De tal manera que lo horrendo del *mysterium iniquitatis* (según expresión paulina

⁵²La 1:12.

⁵³Jn 15:13.

⁵⁴*Non mors, sed voluntas placuit sponte morientis*, San Bernardo, *De erroribus Abælardi*, n. 21, PL, 182, 1070A.

en 2 Te 2:7, que Scheeben aplica asimismo al pecado) ha sido vencido y eliminado para siempre mediante la belleza del *sacrificio por amor*, pues no en vano ha sido escrito que *lo necio de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres*.⁵⁵ Así es como la hediondez se convirtió en belleza, la debilidad en fortaleza y la locura en sabiduría, porque así *como en la sabiduría de Dios el mundo no conoció a Dios por medio de la sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes por medio de la necesidad de la predicación*.⁵⁶ La figura del Cristo angustiado y atormentado en la Cruz no podía tener otro sentido, de modo que en ningún otro lugar habrían podido brillar con más claridad la belleza, la bondad, la sabiduría y la gloria de Dios. Siendo la Muerte de Cristo en la Cruz el mayor acto de Amor, imposible siquiera de haber sido imaginado tanto en el Cielo por los ángeles como en la Tierra por los hombres, es por eso mismo y al mismo tiempo la máxima eclosión de Belleza jamás soñada ni contemplada por unos y por otros.

Queda en pie, sin embargo, el hecho incommovible de que Jesucristo vino al mundo para redimir a los hombres dando la vida por ellos. De donde una Cristología sin Sacrificio y sin Cruz nada tiene que ver con Jesucristo ni con la realidad de la Redención, pues *sine sanguinis effusione non fit remissio*.⁵⁷ Semejante falsa *Cristología* no perseguiría otro fin que el de hacer realidad el temor del Apóstol pues, como él mismo dice, *habría desaparecido el escándalo de la Cruz*.⁵⁸ De ahí el cuidado que pone en no dedicarse a predicar con sabiduría de palabras (¿elocuencia o verborrea?), *ut non evacuetur crux Christi*.⁵⁹

Como puede comprender fácilmente quien quiera verlo, el *Cristianismo sin Cruz* que, tanto la teología protestante como la herejía neomodernista quieren imponer a la Iglesia, es enteramente extraño a la Doctrina Evangélica. Es algo así como un Cristianismo de *travesti*. La religión de la algarada, de la fiesta, del Espíritu servido *a la carta* en sesiones de jolgo-

⁵⁵1 Cor 1:25.

⁵⁶1 Cor 1:21.

⁵⁷Heb 9:22.

⁵⁸Ga 5:11.

⁵⁹1 Cor 1:17.

rio, de la abolición del Sacrificio de la Cruz y consiguiente secularización de la Misa, de la negación (expresa o tácita) de la Presencia Real, de la anulación del Sacerdicio Cristiano, etc., por más que persiga el objetivo (no siempre reconocido) de un pretendido *Ecumenismo*, queda situada ya en los antípodas del Mensaje Evangélico.

Si Jesucristo es el único Maestro (Mt 23:8) y el único Camino (Jn 14:6); si quien no toma su cruz y lo sigue no puede ser su discípulo (Lc 14:27);⁶⁰ si la única Senda que conduce a la Vida es ardua, estrecha y empinada (Mt 7:14)... , es imposible admitir que el Espíritu actúe sobre los miembros del Cuerpo Místico por los caminos fáciles de la supresión del Sacrificio y de la Inmolación, de la Misa secularizada y convertida en comida de solidaridad, o de las sesiones de algarada en las que el Paráclito habla profusamente por la boca de unos y de otros, *a discreción*. El Apóstol Pablo, que indudablemente fijaba su atención en cosas más importantes y elevadas que pretendidos y bulliciosos *carismas*, lo advertía con claridad y contundencia cuando decía: *Pero quiero enseñaros un camino mejor...*⁶¹

* * *

El hombre es incapaz de oír la voz de Dios si no es a través de la Voz del Espíritu. Ambas son la misma Voz, aunque es la Persona del Espíritu quien la hace llegar al corazón de los hombres. Él es el responsable de que sea recordada por ellos y finalmente comprendida. Incluso la Voz del Verbo hecho Hombre, cuyo nombre es precisamente la Palabra de Dios (Ap 19:13) o simplemente la Palabra (Jn 1), no se hace oír ni comprender si no es a través del Espíritu (Jn 14:26). Sin su labor y cooperación, la Voz de la Palabra hecha Carne (Jn 1:14) no sería otra cosa para los hombres que *el estruendo de muchas aguas*,⁶² a saber: una Voz por completo incomprensible, muy capaz de ser *oída* pero imposible de ser *escuchada*.

⁶⁰Mt 10:38; 16:24; Mc 8:34; etc.

⁶¹1 Cor 12:31.

⁶²Ap 1:15.

A su vez la Voz del Espíritu no puede ser escuchada si no concurren determinadas condiciones. Las cuales fueron señaladas con precisión por El Precursor en el texto antes citado de Jn 3:29. En el que se dice claramente que oye la Voz del Esposo quien por ser su *amigo* se encuentra *junto a Él* y en condiciones, por lo tanto, de *oírlo*.

Así que se trata, en primer lugar, de ser amigo del Esposo; además de lo cual, de estar con Él y junto a Él; y por fin, de escucharlo.

Fácilmente se comprende que las tres condiciones vienen a confluir en una sola, la cual no es otra que la relación de intimidad o relación de amor. Si se es amigo del Esposo se busca necesariamente estar junto a Él, y con tanto mayor apasionamiento cuanto más intensa sea la relación amorosa. A su vez, la relación amorosa es inconcebible sin el diálogo amoroso, en cuanto que los que se aman necesitan *decirse* y expresarse su mutuo amor:

*Ven, paloma mía,
que anidas en las hendiduras de las rocas,
en las grietas de las peñas escarpadas.
Dame a ver tu rostro,
dame a oír tu voz,
que tu voz es suave, y es amable tu rostro.*

.....

*Yo duermo, pero mi corazón vela.
Es la voz del Amado que me llama.⁶³*

El Esposo muere de ansiedad por oír la voz de la esposa: *Dame a oír tu voz... porque tu voz es suave...* Mientras que la esposa,

⁶³Ca 2: 13-14; 5:2.

incluso durante el sueño, mantiene su corazón en estado de vigilia anhelando escuchar la voz del Esposo: *Yo duermo, pero mi corazón vela...* Antes de haber oído esa Voz, la esposa se encontraba relegada a la condición de vivir *en las hendiduras de las rocas y en las grietas de las peñas escarpadas*. ¿Y de qué otra manera podría afrontar la posibilidad de vivir en ausencia del Esposo? Sólo el Amor puede proporcionar la fuerza para sobrellevar una existencia, por lo demás en extremo precaria, cuando falta la presencia de la persona amada... Ante tal ausencia la vida transcurre como entre rocas y peñas, en el más desolado de los yermos o en el más solitario de los eriales. Un profundo misterio de cuya realidad solamente los enamorados son capaces de percatarse.⁶⁴

Una cosa queda aquí suficientemente clara: la existencia de una relación de amistad con el Esposo como requisito para escuchar la voz del Espíritu. Ya se ha visto que, según el Precursor, el amigo que acompaña y está junto al Esposo es quien oye su voz. ¿Y acaso cabe algún diálogo entre desconocidos que no sea el meramente superficial o de pura formalidad? ¿Es posible que puedan entablar diálogo quienes no están presentes entre sí, de la manera que sea? Por lo demás, el Espíritu nunca habla por Sí mismo, sino solamente de lo que oye de Aquéllos de quienes procede (Jn 16:13); lo que significa que el objeto de su conversación siempre es Jesucristo. De hecho, no solamente se niega el Espíritu a iniciar cualquier diálogo con los que no creen en la Persona del Hijo, sino que incluso los acusará de pecado por esa falta de fe (Jn 16:9). Dicho con otras palabras, es evidente que la ausencia de una relación de amistad con Jesucristo, concretada en alguna suerte de acercamiento, hace imposible la audición de la voz del Espíritu.

⁶⁴La pena de daño en el infierno no es otra cosa que esta misma ansiedad pero vuelta del revés. Donde alcanza cotas de intensidad infinita, siquiera sea expresadas en la eternidad de la duración.

De esa manera, y únicamente de esa manera, es como la esposa es capaz de hablar del Esposo a cualquiera que le pregunte. Cuando, por el hecho de estar en contacto con Él, goza de la posibilidad de escuchar su voz:

*¿Y en qué se distingue tu amado,
oh la más hermosa de las mujeres?*

.....

*Mi amado es fresco y colorado,
se distingue entre millares.
Su cabeza es oro puro,
sus rizos son racimos de dátiles,
negros como el cuervo.
Sus ojos son palomas...⁶⁵*

Así se explica la ineficacia de muchas actividades pastorales y más en particular de las que se refieren a la predicación. Imposible transmitir un testimonio de Jesucristo si no es a través de la voz del Espíritu y bajo su influencia. De otro modo siempre se termina

⁶⁵Ca 5: 9–12. Es de notar que la metáfora es uno de los últimos recursos del lenguaje —pobre recurso, después de todo— al que acude la poesía cuando es el hombre el *otro* término en la relación de amor. Ya la poesía misma es un recurso, una vez demostrada la incapacidad de la simple prosa para dar cuenta de los vericuetos y profundidades del amor. Recurso insuficiente de todas formas, obligado a su vez a utilizar otros diferentes y más variados. . . , pero que siguen siendo igualmente insuficientes. De todas formas, es importante caer en la cuenta de la necesidad del *lenguaje* como vehículo del diálogo en toda relación de amor, no excluida la divino–humana. El encuentro de la *Palabra* divina con el *verbo* humano, o la riqueza de la infinita expresividad frente a la penuria del balbuceo exiguo, es el acontecimiento al que el Amor otorga la posibilidad de la culminación del diálogo amoroso divino–humano.

hablando del mundo y de las cosas del mundo, a través de un vacío discurso sin contenido ni proyección sobrenaturales: *Ellos son del mundo; por eso hablan según el mundo, y el mundo los escucha.*⁶⁶ Curioso versículo que resume admirablemente la situación de buena parte de la actual Pastoral católica y que contiene, de forma breve y compendiosa, tres rotundas afirmaciones de enorme transcendencia:

- 1) Ellos son del mundo.
- 2) Lo que explica que siempre hablen según el mundo.
- 3) Y por eso el mundo los escucha.

La Biblia es un Libro de Diagnósticos referentes al comportamiento humano, aunque el más excelente y seguro del mundo. Su lenguaje, preciso y a la vez contundente, no depende de circunstancias o consideraciones que pudieran suavizar, difuminar o paliar su significado: *La palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que una espada de doble filo.*⁶⁷ Según la Biblia, *la espada del Espíritu es la palabra de Dios.*⁶⁸ Y añade que dicha Palabra *no se encuentra encadenada,*⁶⁹ por mucho que el mundo se empeñe en mantenerla bajo su control. De ahí que los verdaderos testigos de Jesucristo, actuando con valentía y libres de ataduras y complejos, la predicaban del modo como San Pablo lo afirmaba de sí mismo: *No procediendo con astucia ni falsificando la palabra de Dios.*⁷⁰ El Apóstol de las Gentes pone cuidado en advertir que, por lo que respecta a las tareas de evangelización, *no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor.*⁷¹ Lo que debiera ser un aviso a tener en cuenta por la moderna Pastoral del *show*, hoy tan frecuente y tan

⁶⁶1 Jn 4:5.

⁶⁷Heb 4:12.

⁶⁸Ef 6:17.

⁶⁹2 Tim 2:9.

⁷⁰2 Cor 4:2.

⁷¹2 Cor 4:5.

extendida. Quienes predicán o actúan *mirando a la galería*, tampoco debieran olvidar otra amonestación del Apóstol no menos oportuna: *¿Acaso busco la aprobación de los hombres o la de Dios? ¿O es que pretendo agradar a los hombres? Si todavía pretendiera agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo.*⁷² En definitiva, y como puede verse, los textos no hacen sino trazar un diagnóstico certero sobre la situación de la Iglesia actual. La misma que se encuentra en trance de atravesar la mayor crisis de su Historia; para afrontar la cual, si es que de afrontarla se trata, son bastantes los que solamente utilizan aquellos medios que *en modo alguno puedan inquietar al mundo*. Está claro, para quien quiera verlo, que con demasiada frecuencia, más que atender al bien y necesidades de las almas, la moderna Pastoral se muestra más preocupada por atender a intereses políticos y coyunturales; con la mirada puesta en los *media*, y procurando anticipar siempre las posibles reacciones negativas del mundo, a fin de evitarlas. Todo parece indicar que la Iglesia, más que andar empeñada en aparecer como la *Iglesia fundada por Jesucristo*, la Esposa Inmaculada del Cordero, prefiere más bien mostrarse como la *Iglesia Moderna*, hasta tal punto convergente con los criterios del Mundo como para ser aceptada por él. Y nadie va a ser capaz de poner en duda, a la vista de los hechos, que aquéllos que dentro de la Iglesia siguen ese camino —Jerarquía o simples fieles— *siempre hablan según el Mundo*.

La situación de quienes actúan de esa manera podría explicarse según criterios que contribuirían a minimizar el problema. Razones de método, por más que equivocado, o motivos animados por un cierto complejo de temor ante el mundo, etc. Lo cual no conduciría a aclarar el problema, en cuanto que todo parece indicar que quienes proceden de esa manera es *porque son del mundo*. Como se solía decir en la *Filosofía Perenne*, el obrar sigue al ser.

⁷²Ga 1:10.

Por otra parte, los tales son acogidos con entusiasmo por un mundo que, a su vez, ha hecho su opción por la Mentira. La cual es predicada y difundida por el Sistema con abundancia de medios jamás conocida hasta ahora, bajo la aprobación de una sociedad que da la bienvenida a todo lo que contribuya a mantenerla en el error. No es extraño que quienes se empeñan en sostener la integridad de la Verdad y de la Justicia sean rechazados y perseguidos, mientras que los seductores y engañadores son aplaudidos y escuchados. Una vez comprometido el Mundo hasta la saciedad en el rechazo de Dios, es lógico que acoja con entusiasmo a los manipuladores y propagadores del error. Al fin y al cabo no puede menos que amar lo que es suyo: *Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; pero como no sois del mundo, sino que yo os escogí del mundo, por eso el mundo os odia.*⁷³ Y así es como los aplausos y la buena acogida de parte del mundo pueden constituir una señal, incluso para los que se empeñan en aparecer como *verdaderos testigos*, de que se anda descaminado (Lc 6:26). Por lo que hace a ciertos ambientes del moderno Catolicismo, tal vez sería prudente desconfiar de determinadas *santidades*; pues es bien sabido que aquél a quien el Mundo acoge con entusiasmo *es porque lo reconoce como suyo*. Y es evidente que hace ya mucho tiempo que el Diablo aprendió a hacer de histrión, sin reparar tampoco en utilizar lo sagrado como instrumento adecuado de disfraz.

Con respecto a la audición de la Voz del Espíritu, tanto si es escuchada por la Iglesia como Cuerpo Místico o privadamente por cada fiel, se ha escrito y se ha hablado abundantemente a través de los siglos. Todo gira en torno a la necesidad de prestar atención a esa Voz, a las condiciones requeridas para poder escucharla, a las

⁷³Jn 15:19.

garantías en cuanto a reconocerle autenticidad, al modo y manera de producirse la audición, etc., etc. Aunque no siempre las especulaciones se han desarrollado con la claridad deseable en asunto de tanta transcendencia. Se sabe por ejemplo, con toda certeza, que el Espíritu habla a través del Magisterio de la Iglesia; siempre que se trate del Auténtico Magisterio y reúna las condiciones requeridas como para prestarle firme asentimiento.⁷⁴ Fuera de eso, sin embargo, forzoso es reconocer que el tema es de los más adecuados para dar cabida a multitud de confusiones.

Los místicos, por ejemplo, han centrado principalmente el problema en lo referente a la vida de oración. El complejo mundo de la Mística, con la multitud de fenómenos susceptibles de acompañar a las relaciones de amor divino-humanas, supone necesariamente la constante comunicación con el Espíritu. Al fin y al cabo se trata de la unión del ser humano con Dios, llevada a cabo sobre todo a través de la oración en sus grados más elevados, lo cual viene a concretarse en el diálogo amoroso divino-humano y por lo tanto en la comunicación. Dando así cabida al misterioso y complicado tema de las revelaciones, apariciones, locuciones, inspiraciones, etc., venidas de lo Alto. Un tema que no es seguramente el capítulo más importante de la Mística, en contra de lo que suele creerse, pero que evidentemente goza de la suficiente importancia como para merecer aquí siquiera una alusión; aunque sin pretensiones de adentrarse más en una cuestión que tampoco corresponde a este lugar.

⁷⁴El problema se complica extraordinariamente en la actualidad. No pocas veces, lo que se ofrece a los fieles como Magisterio de la Iglesia anda lejos de serlo. Por si fuera poco, los criterios para reconocerlo no son de fácil dominio de muchos fieles, dada la ignorancia que impera en la gran masa del Pueblo cristiano, en éste como en tantos otros temas. Lo que facilita que los arreglos y las más burdas falsificaciones no sean ajenos a tan delicado campo de actividades eclesiales.

Con respecto a lo cual existen principalmente dos Escuelas bastante diferentes: la que podría ser llamada de la *Estricta Observancia* y la que podría ser conocida como *Escuela Liberal*. Lideradas —tal como ahora se dice en lenguaje bárbarico— respectivamente por San Juan de la Cruz y por Santa Teresa de Ávila.⁷⁵ La primera de ellas considera enteramente proscritos toda clase de fenómenos de esta índole: revelaciones, locuciones, o cualquier cosa parecida. Sin necesidad de plantearse el problema de averiguar si proceden del bueno o del mal Espíritu, pues todo debe ser eliminado ante la necesidad de suprimir cualquier cosa que estorbe a la *pura* comunicación con Dios. En la segunda, sin embargo, la Santa abulense deleita a sus devotos y lectores de sus obras con narraciones detalladas de locuciones, revelaciones, apariciones, comunicaciones, diálogos amorosos con el Esposo Divino, etc., etc.

¿Con cuál de las dos Escuelas quedarse...?⁷⁶ El problema sin embargo tiene fácil salida, por más espinosa que pueda parecer y dando por sentado que existe alguna. Puesto que la Iglesia ha considerado a ambas como igualmente legítimas, y dignos de la gloria del Doctorado a los dos autores que las elaboraron, está claro por lo tanto que con aquello que prefiera quien se vea en el trance de elegir. O bien, vistas las cosas de otra manera, según lo que el Espíritu inspire a cada cual.

⁷⁵El lector no debe llamarse a engaño respecto a estas denominaciones. Se trata simplemente de un *divertimento* que, aparte de la cariñosa ironía, en modo alguno excluye el mayor de los respetos. Ambos Santos son extraordinarias luminarias en el firmamento de la Iglesia, reconocidos por Ella como Doctores y como dos de sus más grandes místicos. *Las Moradas o El Castillo Interior*, de Santa Teresa de Jesús, por ejemplo, es quizá el mejor tratado de oración de los que engrosan el tesoro de la literatura espiritual cristiana.

⁷⁶El tema ya había sido apuntado, aunque no solucionado, por Hans Urs von Balthasar en su *Herrlichkeit. Eine Theologische Ästhetik*.

El aspecto práctico del problema no existe, según lo ya dicho, puesto que ambos caminos son igualmente lícitos. En cuanto al aspecto especulativo, sin embargo, la cuestión sería muy diferente, ya que se prestaría a todas las indagaciones, pesquisas, análisis, averiguaciones, teorías e hipótesis que sea dable imaginar... , y quizá algunas otras. Por lo que no es extraño que no haya sido hallada hasta ahora ninguna solución aceptable para todo el mundo; suponiendo que exista y que la cuestión goce de relevancia: la realidad es que ahí están, como punto final, los escritos de los dos Santos, disponibles para quien desee sinceramente aprovecharse de ellos.

Algunos piensan que la alternativa de decidirse por una u otra de las dos Escuelas es una cuestión baladí e intranscendente. Ambas forman parte del inconmensurable tesoro espiritual de la Iglesia, mientras que sus doctrinas sencillamente *están ahí*, para quien quiera aprovecharse de ellas y según el modo como el Espíritu le inspire. Teniendo en cuenta, sin embargo, que la expresión según la cual *están ahí* no está dicha a modo de antojo, ni tampoco sin intención. Por la razón de que ambas doctrinas, a pesar de la prolija cantidad de detalles y multitud de especificaciones que contienen, de la variada y compleja estructura esquemática de su contenido, de sus numerosas y complejas explicaciones, del abundante aparato de autoridades de la Escritura (sobre todo en San Juan de la Cruz) tan generosamente prodigado, etc., *no parecen perseguir en realidad, en la intención de los autores, los fines prácticos que muchos lectores pueden haber imaginado*. No se sabe de mucha gente, por ejemplo, que haya sido capaz de conocer con certeza, después de una atenta lectura del *Castillo Interior*, el lugar exacto en el que se encuentra su alma en cuanto al tortuoso itinerario del encuentro con Dios: si en la primera Morada, en la Segunda, o en cuál de ellas; si aprovechando en tales o cuáles avances de la vida espiritual, o detenido tal vez

por éstos o aquellos obstáculos, etc. En cuanto a la posibilidad de deducir con seguridad, a partir de una lectura minuciosa de las obras del Santo de Fontiveros, el momento exacto a pasar de la oración a la contemplación, de la Noche del Sentido a la del Espíritu, de la contemplación activa a la pasiva, etc., es cuestión que ni en sueños. Pero, ¿acaso quiere esto decir que tan sublimes y elevadas doctrinas, brotadas del fuego de unos corazones enamorados de Dios, son un producto sin utilidad práctica alguna, relegado todo lo más al ámbito de la literatura mística? Mística desde luego, pero *literatura* al fin y al cabo... En modo alguno, y ya se ha dicho más arriba que son joyas preciadas del incalculable tesoro espiritual de la Iglesia, sólo de Dios conocido. Nadie va a ser capaz de negar que la vida y las obras de estos dos gigantes de la Mística habrán santificado a multitud de almas. Así como que los tales tratados, con sus contenidos hasta ahora por nadie mejorados, han merecido justamente para sus autores la nombradía de Doctores de la Iglesia.⁷⁷ Y si bien es probable que jamás llegue a conocerse su modo y manera propios de actuar en las almas que sinceramente buscan a Dios; y a pesar del convencimiento de que las diversas guías, normas, consejos y *recetas* por ellos elaborados con el fin de andar y recorrer los caminos y vericuetos del amor divino–humano, nunca desembocan en el resultado *concreto* que persiguen (si es que en verdad lo persiguen así)... , de todas formas tal aspecto del problema carece de importancia. Las obras de ambos Santos es una realidad poseída por la Iglesia como monumento imperecedero, en la seguridad de que cumplen el come-

⁷⁷Los tratados de San Juan de la Cruz, tales como la *Noche Oscura*, la *Subida al Monte Carmelo*, o el *Cántico Espiritual*, han gozado de enorme difusión y transcendencia en la Espiritualidad Cristiana. Su ortodoxia, al igual que la de Santa Teresa, jamás ha sido puesta en duda, lo que no puede afirmarse con la misma seguridad de los místicos que, a partir del siglo XIV, aparecen en Europa (sobre todo en Alemania) y cuya mención tampoco es de este lugar.

tido soñado por sus autores al prodigar los inefables secretos de su corazón. En cuanto al resto de los entresijos es probable que se lo haya reservado el Espíritu; cuya labor y operación, al fin y al cabo, es la que mantiene en pie la urdimbre de su contenido.

Pero quizá convenga abandonar aquí los escarceos en el campo de la Teología Mística y dejar el asunto en manos de los especialistas. E igualmente, hacer lo mismo con las complejas y minuciosas disquisiciones de temas posibles a plantear por las diversas Escuelas de Espiritualidad.

Aparte de eso, hay algo aquí que por demasiado evidente no admite disputa. Cual es la absoluta necesidad de escuchar la voz de Dios, o la voz del Espíritu, en la relación amorosa divino–humana. Pues si el hombre ha sido destinado a mantener con Dios una relación amorosa, y dado que no puede existir tamaña relación sin diálogo, se impone la conclusión de que el hombre *necesita* oír la voz de Dios.⁷⁸

El Libro de *El Cantar* expresa la ansiedad, la emoción y la agitación de la esposa ante la impresión de que ha oído —¡por fin!— la voz del Amado:

*¡La voz de mi amado! . . .
Oíd que me dice. . .*⁷⁹

Una lectura superficial del Libro Sagrado consideraría tales voces emocionadas de la esposa como meras exclamaciones de alegría. Y

⁷⁸Ya se habrá comprendido que aquí no se hace referencia a la necesidad de escuchar a su Creador por parte de la creatura: en cuanto que depende de Él absolutamente y como medio para conseguir su salvación, una vez elevada al orden sobrenatural. La discusión del tema se desarrolla aquí en otro nivel, más elevado aunque finalmente ambos se reduzcan a lo mismo. Ya que ahora se trata de profundizar en el estudio de la relación amorosa divino–humana.

⁷⁹Ca 2: 8.10.

claro está que lo son, aunque en realidad responden a un sentimiento mucho más profundo.⁸⁰ La esposa expresa su ansiedad y su desasosiego por escuchar cuanto antes la voz de su amado. Y dado que sus sentimientos brotan ahora del insondable y misterioso abismo del amor, que además es aquí tan intenso como anhelante y ávido, escapan por el momento a cualquier tipo de descripción.

Algo es capaz de comprender, sin embargo, quien haya estado verdaderamente enamorado. Y por haberlo estado, también angustiado e impaciente por escuchar la voz de la persona amada. Teniendo en cuenta además —y no es esto lo menos importante— la infinita distancia que media entre el mero amor humano, por más que sea puro y auténtico, y el divino–humano. Amor este último para el cual, una vez alcanzado y tal como dirían los místicos, se hace imposible toda explicación que satisfaga, siquiera medianamente.

Se equivocaría también quien pretendiera ver en estas exclamaciones un sentimiento *sobreabundante* de alegría por parte de la esposa. Aquí ya no se trata de considerar la intensidad del grado de gozo existente en el ánimo de la esposa. Más bien está contenido aquí, aunque no sea posible expresarlo más allá de lo que permiten las limitaciones del lenguaje humano, un inmenso grito de anhelo y ansiedad por parte de la esposa. El Esposo ya no es alguien cuya presencia alegra a la esposa hasta colmarla de felicidad, *pues Él es, en realidad, la vida de la esposa*. La distancia existente, entre esta exclamación de amor de la esposa y la que brota de un amor meramente humano, es la misma que media entre el Cielo y la Tierra: entre lo que no alcanza más allá de lo que es el amor humano, de

⁸⁰La práctica común, a menudo inconsciente, de leer la Biblia de manera rápida y superficial, sin considerarla tampoco a la luz de la oración, conduce a la desconsoladora consecuencia de no percibir las insondables riquezas contenidas en la Palabra de Dios. La misma que, por proceder de quien procede, es *viva y eficaz, más cortante que una espada de doble filo* (Heb 4:12).

una parte, y las profundidades del abismo insondable de la intimidad divino–humana, de otra. Se puede *desear* ardientemente la presencia de una persona amada por el gozo que supone estar a su lado; o bien se puede *necesitar* anhelosamente esa presencia en cuanto que nadie puede vivir sin lo que constituye su propia vida (Ga 2:20).

Desgraciadamente, realidades fundamentales de la existencia cristiana son valoradas con frecuencia como secundarias. En todo caso quedan relegadas como pertenecientes al mundo de la experiencia mística, o consideradas como propias de estadios más perfectos de la vida cristiana, ordinariamente reservados para escogidos o selectos (las llamadas *almas consagradas*). Y sin embargo, el hecho de que Jesucristo represente para el cristiano la posibilidad de convertirse en *su propia vida*, es algo tan transcendental como para traducirse, o bien en el éxito, o tal vez en el fracaso de una existencia humana; con carácter absoluto y de eternidad: *Igual que el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así aquél que me come vivirá por mí.*⁸¹ Suele olvidarse que el hombre ha sido creado *para amar y para ser amado*, y que el amor no conoce medida. Y sin embargo todas estas realidades suelen ser consideradas algo así como un plus de gratificaciones, reservado como sobresueldo para aquéllos que deseen llevar a cabo determinados servicios.

El vehemente anhelo y la ansiedad producidos en la esposa al escuchar la voz del Amado, están descritos en el *Cantar* si bien de manera muy especial, tal como corresponde a una realidad que también está muy lejos de lo común:

*Yo duermo, pero mi corazón vela.
Es la voz del amado que me llama.*⁸²

⁸¹Jn 6:57.

⁸²Ca 5:2.

Lo cual sucede, como puede verse, tanto de día como de noche, en estado de vigilia y durante el sueño; porque el amor no sabe de intermitencias. Esta exclamación del *Cantar* es otra prueba de carácter doble que confirma lo que se viene diciendo. Ante todo, por ser una alusión a un misterio, cual es el del amor, que sobrepasa a todo lo que el ser humano hubiera sido capaz de imaginar. Y en segundo lugar, por ser otra evidencia de la angustia experimentada por el lenguaje humano, que no puede sino sentirse acongojado al comprobar su propia insuficiencia.

Insuficiencia en cuanto a ser exhaustivo, pero no en cuanto a su (relativa) efectividad. La realidad del amor es inefable pero no imposible de conocer; ni menos aún incapaz de manifestarse. El problema estriba en que el Amor se identifica con el mismo Dios, y de ahí que cuanto más se conoce, mayor es la percepción de un lugar y de una meta finales... que no tienen final.

Lo increíble del lenguaje humano es su capacidad para no dejarse amilanar por su insuficiencia. Al mismo tiempo que se lamenta por lo que no logra expresar, se regocija con el intento de revelar a su modo —con palabras— algo de lo que percibe de esa Belleza Infinita que arrastra a la creatura hasta el Amor. De ahí que entre los malabarismos y piruetas que se ve forzado a realizar, intentando a la vez disimular y superar su propia impotencia al tiempo que canta a la Belleza y al Amor, aparece ante sí mismo convertido en algo así como un ramillete de extrañas flores, de increíble encanto y de sublime esplendor. Tan angustioso y feliz intento por superar lo insuperable es conocido por muchos con el nombre de *Poesía*. Y así es como puede verse, como ejemplo de lo dicho, la emoción incontenible de la esposa ante la posibilidad de oír de nuevo, de labios del amado, el turbador *te amo*. Lo que no es de extrañar cuando se considera que quien ahora lo pronuncia (la conjunción de dos palabras la más

bella y sublime que el Cielo y la Tierra podrían haber inventado) es Aquél que considera a la esposa:

*alzándose como la aurora,
hermosa cual la luna,
espléndida como el sol,
terrible como escuadrón ordenado en batalla.*⁸³

¿Qué puede tener de particular, según eso, que la esposa se sienta *amedrentada* (también existen las congojas y tormentos de amor) ante la posibilidad de saberse morir de emoción si acaso llegara a escuchar otra vez, de parte del Esposo, ese par de *divinas palabras*?(D) Como algo así:

*Si de nuevo me vieres,
allá en el valle, donde canta el mirlo,
no digas que me quieres;
no muera yo al oírlo
si acaso tú volvieras a decirlo.*

* * *

(D) Efectivamente las dos palabras de la declaración *te amo* forman un conjunto que parece tener la profundidad de lo divino. Sea de ello lo que fuere, la atribución no es exagerada. Al fin y al cabo, esa frase contiene la manera más apasionada y directa de expresar el amor: el que un *yo* siente por un *tú*, a la espera de ser correspondido y escuchar justamente lo mismo

⁸³Ca 6: 4.10.

de ese *tú* que a su vez también es un *yo*. Y el lenguaje amoroso —el lenguaje como expresión del amor— es precisamente lo que más íntimamente une al hombre con Dios, que es Amor. Por lo demás, el Esposo es para la esposa *su vida* (Col 3:4).⁸⁴ Y en cuanto al mismo Esposo, incapaz por su parte de expresar en lenguaje humano lo que siente por la esposa y lo que ella significa para Él, la llama *terrible como escuadrón ordenado para la batalla*. Como bien puede verse, he aquí de nuevo el insólito lenguaje de los enamorados. . . . Preciso es reconocer que el complejo entramado de tropos, metáforas, alegorías, epítetos, etc., —toda la frondosa abundancia del lenguaje figurado— es una de las realidades más desconcertantes, extrañas y misteriosamente bellas, que forman parte del mundo encantado de la Poesía. Es fascinante el punto adonde pueden llegar el Amor y la Belleza, conminados como están a no entregarse sino parcialmente a la creatura, cuando tratan de romper de mil formas las ataduras que los amordazan. Y si bien tal esfuerzo solamente da fruto en muy pequeña parte, no por eso ambos dejan de volver a intentarlo, una y otra vez, siempre con la mirada puesta en el feliz resultado de una empresa que ellos saben bien que solamente culminará. . . . a partir del momento de la arribada definitiva de los enamorados a la Patria.

Ahora bien, ¿qué significa exactamente la expresión *te amo*? Y la única respuesta posible ante esa pregunta es que nadie lo sabe. A pesar de que millones de seres humanos la han venido pronunciando durante siglos y siglos, nadie ha sabido jamás hasta ahora aportar una explicación por entero satisfactoria. Ni tampoco parece muy probable que alguien vaya a hacerlo en el futuro.

Y sin embargo —y esto es lo verdaderamente sorprendente—, nadie duda acerca de lo que quiere decir cuando pronuncia esas dos palabras. Quien lo hace se siente seguro acerca de lo que experimenta su corazón, aunque nunca será capaz de explicar con precisión el contenido de sus sentimientos.

¿Qué es realmente lo que siente en su corazón quien pronuncia esas dos palabras? Por supuesto que la respuesta fácil y pronta que acude a la mente es de todos conocida: el amor, evidentemente. Lo que expresa

⁸⁴Cf Flp 1:21; Ro 14: 7-8; Jn 6:57; 1 Jn 4:9; etc.

esa frase es el sentimiento del amor hacia la persona a quien va dirigida. Aunque esto equivale en realidad a continuar sin respuesta... , porque, ¿qué es exactamente y en qué consiste el amor?

El amor creado, otorgado generosamente a la creatura como una participación del Amor Infinito,⁸⁵ es de todos modos un *mysterium fascinansum*. En gracia a la simplificación, podría calificarse como un sentimiento de atracción, por parte de la creatura, hacia alguien en quien percibe lo bueno y lo bello; aunque quizá sería mejor considerarlo al respecto como un *conjunto de sentimientos*. Sin necesidad de añadir que el amor, como realidad ontológica que es, anda muy lejos de quedar reducido meramente a sentimientos.

Ante lo cual, aún cabe preguntar: ¿Qué clase de sentimientos? Y aquí sucede algo semejante a lo que experimentaría quien se encontrara repentinamente en algún lugar desconocido en completa oscuridad: sin saber dónde está, ni porqué se encuentra allí, ni qué es lo que le rodea, ni cuál es la dirección en la que debería moverse. Y sin embargo comprendería la necesidad de empezar a caminar hacia alguna parte hasta tropezar con algo, en un esforzado intento por salir de tal situación de la manera que fuere.

Y quizá sea eso lo mejor que se puede hacer aquí. Comenzar a dar pasos aun sin dirección alguna predeterminada, tal vez dando vueltas en círculo, con la esperanza de encontrar algo y de acercarse lo más posible al núcleo del misterio.

La expresión *te amo*, dirigida a la persona amada, responde en realidad a un complejo de sentimientos. De sorpresa, de asombro, de admiración, de alegría, de ternura y algunos más; pero más que nada, y por encima de todos ellos, el de atracción hacia la persona amada. De todos modos, puesto que el conglomerado de sentimientos que comporta el amor es más intrincado y profundo de lo que se pudiera decir aquí, cualquier intento de explicarlo es de antemano una tarea condenada al fracaso.

⁸⁵ Aquí no se pretende hablar del Amor Perfecto o Infinito, que es Dios. Las ideas expuestas aquí se refieren exclusivamente al amor creado, a modo de simple aproximación al tema; sin pretensiones de profundizar teológicamente en el misterio.

La declaración *te amo* supone una confesión de *rendición incondicional* ante la persona amada. Quien la pronuncia está reconociendo su deseo de *pertenecerle*, lo cual no puede llevar a cabo sino mediante la *entrega* o donación. Una primera aproximación al tema descubriría que la entrega a la persona amada es subsiguiente al deseo de pertenecerle.

El amor se ofrece a la consideración del ser creado como una cadena de sentimientos, de los cuales es uno el de la *sumisión* a la persona amada.

Un episodio ilustrativo al respecto se contiene en la narración de los sucesos de la Última Cena. Cuando Jesús se dispone a lavar los pies de sus discípulos, San Pedro se niega a aceptar tal humillación ante su persona por parte de su Maestro:

—*No me lavarás los pies jamás.*

—*Si no te lavo, no tendrás parte conmigo* —le respondió Jesús.⁸⁶

Es evidente que la actitud de Jesús obedece a las exigencias y entresijos del amor, por más que San Pedro no pueda comprenderlo en ese momento: —*Lo que yo hago no lo entiendes ahora*— respondió Jesús—. *Lo comprenderás después.*⁸⁷

A primera vista al menos, tal actitud de sumisión conduce al reconocimiento de un cierto nivel de *inferioridad*, por parte del que ama, con respecto a la persona amada. Con lo que se pone de manifiesto otra de las aparentes aporías y misterios del amor que reclaman explicación. Si acaso es posible o hasta donde sea posible.

Pero a la vez debe tenerse en cuenta, con respecto a dicha inferioridad, que la relación amorosa se fundamenta siempre en una situación de *bilateralidad* y *reciprocidad*. Por lo que el amor, más bien que crear posiciones de nivel diferente (de superioridad o de inferioridad), establece un plano de *igualdad*. El amor tiende a igualar, de la misma manera que los que se aman desean estar juntos y que todo lo que es del uno pertenezca también al otro. La esposa lo manifiesta claramente en el *Cantar*: *Mi amado es para mí y yo soy para él... Yo soy para mi amado y mi amado es para mí... Yo soy para mi amado y a mí tienden todos sus anhelos.*⁸⁸

⁸⁶Jn 13:8.

⁸⁷Jn 13:7.

⁸⁸Ca 2:16; 6:3; 7:11.

Por su parte, los textos neotestamentarios también parecen establecerlo con claridad: *Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; a vosotros, en cambio, os he llamado amigos...*⁸⁹ *Cuando me haya marchado y os haya preparado un lugar, de nuevo vendré y os llevaré junto a mí, para que, donde yo estoy, estéis también vosotros.*⁹⁰ Y el Apóstol San Pablo igualmente apunta a lo mismo, en un texto a la vez tan misterioso como aparentemente audaz: *Porque ahora vemos como en un espejo, borrosamente; entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de modo imperfecto, entonces conoceré como soy conocido.*⁹¹

En segundo lugar, debe tenerse en cuenta que tal situación de *igualdad* no significa fusión ni mixtura. Ni en cuanto a la naturaleza ni en cuanto a la persona. En el amor divino–humano, el Creador es siempre el Creador y la creatura es siempre la creatura. De manera que cualquier malentendido acerca de este tema supondría una aberración, además de anular el concepto y la posibilidad del amor. Solamente en el Amor Perfecto e Infinito de la Trinidad Divina las Personas se identifican en una misma y única naturaleza (numéricamente una), lo que no impide que *sigan siendo realmente distintas en cuanto Personas*. En el amor creado, por el contrario, que no es sino una participación y un analogado con respecto al amor divino, la distinción y la diferenciación de las personas es absoluta y no implica unicidad de naturaleza. La intimidad, la igualdad y la mutua reciprocidad, nada tienen que ver en él con una fusión (*con-fusión*) que, tal como se ha dicho más arriba, daría al traste con el amor. Las doctrinas panteísticas, al igual que ciertas teorías místicas mal entendidas, se encuentran situadas en los antípodas del lugar del verdadero amor.

Pero entonces, ¿dónde quedan la sumisión y la pertenencia a la persona amada, de las que se ha hablado antes? ¿Existe en el amor lo que se podría denominar *nivelación* de situaciones y de dignidades, o acaso no hay aquí sino un mero vagar poético por el terreno literario de las metáforas y de las ilusiones alegorizantes...? Ocurre sin embargo que el entendimiento humano, confinado a desenvolverse en el terreno de sus limitaciones, propias

⁸⁹ Jn 15:15.

⁹⁰ Jn 14:3.

⁹¹ 1 Cor 13:12.

por otra parte de un ser creado por más que dotado de racionalidad, tiende indefectiblemente, o bien a confundir las perspectivas, o bien a creer que conoce en su totalidad alguna cosa de la que no ha llegado a aprehender, en realidad, sino una parte y con frecuencia pequeña. Así se hace posible, por ejemplo, que una *minoración*, que no es sino fruto de una humildad amorosa —¿y existirá alguna humildad que no sea amorosa?—, sea considerada con frecuencia por la creatura humana como una especie de *bajeza*, o como una disminución voluntaria de la propia dignidad. Y sin embargo, ¿quién ha podido pensar que el *semetipsum exinanivit formam servi accipiens*, de la Carta a los Filipenses,⁹² haya supuesto para Dios una humillación o siquiera una disminución de su gloria? ¿Acaso la grandeza, cuando tiende una mano amorosa a la insignificancia, pierde algo de su magnificencia o ve reducida su propia excelencia? ¿No será más bien que la majestad y el esplendor de la nobleza se manifiestan así más refulgentes y más brillantes de gloria. . . ? El mismo Jesucristo da por resuelto el problema, con palabras claras, después de haber lavado los pies a sus discípulos: *¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor, y tenéis razón, porque lo soy. Pues si yo, que soy el Señor y el Maestro, os he lavado los pies. . .*⁹³ También el Bautista se sintió sumido en la perplejidad: *Vino Jesús al Jordán desde Galilea para ser bautizado por Juan. Pero éste se resistía diciendo: “Soy yo quien necesita ser bautizado por ti, ¿y vienes tú a mí?” Jesús le respondió: “Déjame ahora, pues así es como debemos cumplir nosotros toda justicia.”*⁹⁴ Y después de todo, ¿acaso no fue el mismo Jesús quien dijo que todo el que se ensalza será humillado y quien se humilla será ensalzado (Mt 23:12; Lc 14:11; 18:14)? Aunque quizá sea un texto de Isaías el más elocuente y en el que más fuerza adquiere la paradoja: *Despreciado y rechazado de los hombres, varón de dolores y conocedor del sufrimiento; como de quien se oculta el rostro, despreciado, ni le tuvimos en cuenta. Pero él tomó sobre sí nuestras enfermedades, cargó con nuestros dolores, y nosotros lo tuvimos por castigado, herido de Dios*

⁹²Flp 2: 7–8.

⁹³Jn 13: 12–14.

⁹⁴Mt 3: 13–15.

y humillado.⁹⁵ Conviene dejar plena constancia, de todas formas, de que estas extrañas e incomprensibles paradojas, ¡es precisamente el amor el que las crea!

El tema tiene particular relevancia y aplicación en el mundo moderno en lo referente a la vida conyugal. Las modernas doctrinas, en las que es preciso incluir a numerosos teólogos católicos, se resisten a admitir la autoridad del marido sobre la esposa. Por la razón de que tal prerrogativa —suelen decir— supone una disminución de la dignidad de la mujer. De ahí la tendencia casi unánime a rechazar un conocido texto de San Pablo: *Las mujeres [estén sujetas] a sus maridos como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia, que es su cuerpo, del cual él es el salvador. Pues como la Iglesia está sujeta a Cristo, así también las mujeres a sus maridos en todo.*⁹⁶ Tales opositores suelen pasar por alto el hecho de que el Apóstol añade a continuación que *deben los maridos amar a sus mujeres, como a su propio cuerpo. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama.*⁹⁷ Como igualmente omiten la afirmación, también del Apóstol, según la cual *la mujer es gloria del hombre.*⁹⁸ La intención retorcida de las doctrinas feministas se manifiesta claramente en la costumbre, ya convertida en hábito, de olvidar demasiadas cosas. Por ejemplo, la necesidad absoluta de que en todo tipo de sociedad, grande o pequeña —incluida la conyugal—, deba existir una autoridad; a no ser que se quiera incidir en la anarquía y en la consiguiente desaparición de tal sociedad.⁹⁹ Y puesto que tal necesidad viene exigida por la misma naturaleza de las cosas, nadie puede reclamar razón alguna para sentirse humillado o disminuido por el hecho de no estar constituido en autoridad. Tal despropósito sería semejante a una situación, bastante disparatada por lo demás, en la que el hombre se sintiera humillado por poseer meramente la condición de creatura y no ser Dios. Pero la humillación solamente puede

⁹⁵Is 53: 3-4.

⁹⁶Ef 5: 22-24.

⁹⁷Ef 5:28.

⁹⁸1 Cor 11:7.

⁹⁹El empeño en no reconocer una verdad tan evidente es otra de las causas que ha conducido a la destrucción de la familia en la sociedad moderna.

considerarse existente cuando se deja de reconocer, de la forma que sea, la dignidad *debida* a una persona: ¿Y cómo puede sentirse ofendido, en su dignidad de persona, alguien a quien le son reconocidos honrosamente su puesto, amén de la labor *irreemplazable* y digna que en él está llevando a cabo? Las doctrinas feministas se empeñan en confundir la distinción de funciones con una diferencia de dignidades que, por otra parte, la sana doctrina no ha enseñado jamás. ¿Cómo es posible honradamente acusar de desconocedor de la dignidad de la mujer a quien dice, como se ha visto arriba, que *quien ama a su mujer, a sí mismo se ama*? Añadiendo además, algo más adelante, que *ni la mujer sin el hombre, ni el hombre sin la mujer, en el Señor. Porque si la mujer procede del hombre, así el hombre nace de la mujer; y todo de Dios*.¹⁰⁰ Está claro, por lo tanto, para quien desee ver las cosas honestamente y sin prejuicios, que el Apóstol proclama firmemente la igualdad esencial en la dignidad de ambos sexos.¹⁰¹

Y por lo tanto, la posibilidad de igualdad, de bilateralidad y reciprocidad, en la relación amorosa. No obstante la existencia de jerarquías y de grados que el amor tiene a bien complacerse en *desconocer*. De no ser así, nunca hubiera existido el Libro inspirado conocido como *El Cantar de los Cantares*. Si la grandeza no hubiera tenido la oportunidad de ponerse a la altura de la insignificancia, ¿cómo habría podido ser reconocida como tal grandeza, fuera de sí misma?

* * *

¹⁰⁰1 Cor 11: 11-12.

¹⁰¹Por si fuera poco, conviene recordar que el rechazo de la mujer a aceptar determinadas actitudes, tanto de *sumisión* como de *pertenencia*, supondría la negativa a reconocer como reales cualidades esenciales y propias del amor. Lo cual se traduciría en el rechazo absoluto del amor como tal. Si se tiene en cuenta que la función de amar —con la consiguiente y recíproca de ser amado— es un constitutivo fundamental de la naturaleza del ser humano, las consecuencias se deducen por sí solas. En definitiva, todo conduciría a situarlo en un grado más inferior en la escala de los seres vivos, cual es exactamente el del animal irracional.

Que Dios ha hablado y sigue hablando a los hombres es una realidad que está ahí. El Espíritu ha dirigido su palabra a las iglesias, tanto en la persona del Ángel de cada una como en la de los individuos que las componen. La Voz de Dios ha resonado sobre los hombres y el Aliento del Espíritu se ha difundido sobre cada uno de ellos. Efectivamente, el Espíritu ha estado hablando constantemente a la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo, y a cada uno de los miembros que lo integran. Lo que equivale a decir que Dios dirige su Palabra a los hombres de manera oficial o pública, sin excluir en ningún momento la privada.

Sin embargo, una cosa es que Dios hable a los hombres y otra distinta es que ellos lo *escuchen*. Porque no quieren oírlo, porque no lo entienden, o incluso porque permanecen ignorantes del hecho de que Dios les habla.

Dada la intrínseca necesidad de que el diálogo divino–humano transcurra en libertad (*Ubi Spiritus ibi libertas*), la Voz pronunciada con libérrima voluntad espera a su vez ser escuchada también en libertad. Por supuesto que es imposible pensar en la posibilidad del diálogo, y más todavía si se trata del diálogo amoroso, si ambas partes no lo llevan a cabo en libertad. Aunque en realidad, hablar de libertad en el diálogo, o de diálogo amoroso, es una especie de redundancia o como una tautología. El diálogo no es factible cuando deja de ser una de las formas (esenciales) de expresarse el amor; y el amor no se realiza sino en pura libertad. De ahí que la pretensión de llevar a cabo un diálogo, simplemente por mera voluntad de dialogar, o sin que exista previamente una sincera voluntad de entendimiento amoroso en quienes lo emprenden, es un puro intento de perder el tiempo o de hacer ejercicios de verborrea. Y aún peor; puesto que

si se practica con ánimo egoísta por cualquiera de las partes, o por ambas a la vez (se trata de ver, por ejemplo, quien cede menos y quien consigue más), pierde entonces todo su sentido.

El Espíritu del Señor es un experto en cuanto al modo de comportarse la naturaleza humana, y conoce bastante acerca de este planteamiento. No tiene nada de extraño que sea Él mismo quien haga la advertencia: *El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.*¹⁰² En la que es indudable que la expresión *el que tenga oídos* significa que lo que va a ser dicho, expresado a continuación, va dirigido *a los que quieran oír*. O por decir mejor, a los que quieran oír y a los que sean capaces de oír; a pesar de que las posibles dificultades y obstáculos, para escuchar o para entender, no siempre sean suficientes para eximir al oyente de toda culpabilidad.

En la narración de lo sucedido a los discípulos que viajaban a la aldea de Emaús, por ejemplo, se dice que, habiéndose Jesús unido a ellos durante la marcha, *sus ojos fueron incapaces de reconocerle.*¹⁰³ El texto no achaca expresamente ninguna culpabilidad a la absoluta falta de perspicacia de los discípulos, aunque no hace falta mucha para adivinar en el narrador una cierta suave reprensión hacia los caminantes. Ni siquiera la tierna emoción que sintieron mientras les hablaba fue suficiente para que reconocieran al Maestro (v. 32), hasta el punto de que su identidad solamente se les hizo patente en el momento de la *fracción del pan* (v. 35).(E)

* * *

(E) Que la Voz de Dios, o la Voz del Espíritu, sea oída pero no reconocida, es algo que puede suceder con normalidad, como acaba de verse.

¹⁰² Ap 3:6; passim.

¹⁰³ Lc 24:16.

También en el Antiguo Testamento existe algún caso notable en el mismo sentido, como el de las insistentes e infructuosas llamadas de Dios a Samuel (1 Sam 3:1 y ss.). De todos modos, no parece lo más importante insistir ahora en el tema de la responsabilidad del oyente, o en el mayor o menor grado de culpabilidad por su parte, si acaso existe alguna.

Más interesante es el caso, verdaderamente admirable a pesar de la frecuencia con que se repite, de quienes se sienten impulsados por la inspiración del Espíritu... y proceden en consecuencia. Es normal que esta especie de *hálito* no posea más fundamento que el de la simpleza o la pedantería del *iluminado*, aunque casi siempre resulte ser consecuencia de la falta de humildad. De todas formas, aun en el caso de tratarse de simple memez o bobería, como suele ser lo normal, tales *inspirados* suelen acabar siendo peligrosos. Sin más base que la de su propia presunción y personal engolamiento, siempre encuentran a pesar de todo oyentes dispuestos a creerlos. Cuando en realidad, la misma firmeza de su presunción habría de ser prueba suficiente de que el Espíritu no interviene para nada en tal montaje.¹⁰⁴ En definitiva, he aquí otra de las cualidades notables y curiosas de la naturaleza humana, cual es la de ser más proclive a escuchar los disparates y las necedades que la verdad. De ahí que, por lo general, siempre es muestra de cordura huir de quienes están convencidos de que hablan y actúan *movidos por el Espíritu*. La capacidad de acción (o de destrucción) de tales iluminados es ilimitada. Pueden profetizar el inminente fin del mundo, descubrir y proclamar la inutilidad del Magisterio Eclesiástico, imponer normas de conducta tan originales como insólitas, fundar una nueva secta de fanáticos... , amén de un conjunto de multiformes y variopintas posibilidades, en número sólo de Dios conocido, que pueden variar desde la atribución a sí mismos de portentosos carismas hasta la pretensión de convocar un Concilio, etc., etc.

Y más todavía. Puesto que también hay que contar con el papel desempeñado por algunas teorías revolucionarias, últimamente aparecidas, de un

¹⁰⁴El Espíritu de Dios *suele ser humilde*. Mientras que, por el contrario, la trompetería fantasiosa de quienes, no conformes con atribuirse a sí mismos la influencia del Espíritu pretenden imponerle tal creencia a los demás, es prueba convincente de banalidad y estupidez. Aquí también podría decirse que *ubi Spiritus Domini, ibi humilitas*.

nutrido grupo de expertos y teólogos de avanzada. En conjunto se trata de una rara especie de doctrinarios, si bien ahora ya muy extendida y encaramada en el Poder, surgida a raíz del Concilio Vaticano II y que está demostrando poseer gran influencia. Como fruto de sus eruditas investigaciones pretende haber puesto de manifiesto, entre otras cosas, la inutilidad de la Jerarquía dentro de la Iglesia. Considerada hasta ahora como parte fundamental del Organismo fundado por Jesucristo, sin embargo ha venido demostrando su ineficacia a través de la Historia. Con lo cual ha quedado claro, según tales expertos y teólogos, que el Espíritu Santo es el Alma de la Iglesia y la verdadera y única Autoridad capaz de gobernarla. En cuanto a la forma de concretar el modo de ejercerse tal gobierno, la interpretación del contenido de las leyes o mociones emanadas del Espíritu, de darlas a conocer al Pueblo cristiano, etc., es tarea que incumbe exclusivamente a tales maestros, como era de esperar. Y así, he aquí por dónde, por un extraño arte de birlibirloque, ha quedado sustituida una Jerarquía, hasta ahora demostrada como inepta por los susodichos entendidos, por otra ya enteramente (auto)cualificada.¹⁰⁵

Después de lo dicho parecerá problemática la posibilidad de escuchar al Espíritu con garantías de autenticidad. Ante lo cual no cabe sino decir que es imposible pensar que Dios no pueda comunicarse con los hombres, clara y libremente, cuando quiera hacerlo.

En lo que respecta a la Voz del Espíritu, de carácter público u oficial, no existe dificultad alguna. El Magisterio Auténtico de la Iglesia, reuniendo las debidas condiciones, garantiza sobradamente la autenticidad de la Palabra de Dios así como su interpretación.

En cuanto a las inspiraciones privadas, también existen medios capaces de asegurar su autenticidad. Los místicos y autores espirituales han aconsejado siempre la práctica de la dirección espiritual. Puesto que el propio espíritu es mal consejero para sí mismo, se hace necesario valerse

¹⁰⁵ Como breve apéndice aclaratorio, es forzoso reconocer que, al menos en algún caso, la atribución de incompetencia a alguna parte de la Jerarquía, por parte de tales técnicos y doctores de avanzada, no carece por completo de cierto fundamento. Afirmación que, sin embargo, no pretende justificar a tan cualificados y competentes conocedores de la Teología.

del consejo de hombres entendidos y discretos, avezados en la oración y en la vida interior. Considerar tal práctica como innecesaria no conduciría a otra cosa que a la ruina de quienes se consideran autosuficientes. Y también aquí compete a la Iglesia la última palabra y el juicio definitivo.

Además de eso, existe un instrumento que puede considerarse como definitivo; muy apropiado para asegurar la autenticidad de las inspiraciones provenientes del Espíritu. Su valor fundamental se deriva del hecho de estar basado en las mismas enseñanzas de Jesucristo, referidas al conocimiento de los hombres pero que igualmente tienen aplicación en este caso: *A fructibus eorum cognoscetis eos*.¹⁰⁶ Y en efecto; pues la sana doctrina siempre ha estado de acuerdo en aplicar la regla de los resultados al discernimiento de espíritus. Si los efectos producidos inducen a confusión, pérdida de la paz interior, vacilación en la fe, tentaciones e incremento de la concupiscencia, etc., no cabe duda de que las pretendidas inspiraciones proceden del mal espíritu. En cuanto a los efectos producidos por el Espíritu del Señor, están expuestos por el Apóstol, si bien en forma no exhaustiva, en su Carta a los Gálatas, donde los enumera como *caridad, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, continencia*.¹⁰⁷

Tanto para unos como para otros, no hay más que tenerlos en consideración para encontrar pistas que acaban conduciendo al esclarecimiento de la verdad. De ahí que su utilidad sea inapreciable, puesto que, si bien siempre han existido en el seno de la Iglesia muchos falsos profetas, su número, poder e influencia alcanzarán las mayores cotas hacia los Últimos Tiempos (Mt 7:15; 24: 11.24; 2 Pe 2: 1-3).

Sin duda que es otro de los temas que dan motivos para pensar que el mundo eclesial es una especie de *País de las Maravillas*, en el que la multitud de Alicia que lo pueblan viven felices como si todo fuera magnífico. Es admirable el escaso valor que atribuyen los humanos a los criterios de aplicación para el discernimiento de espíritus. Ahí está el hecho innegable, por ejemplo, de las nuevas corrientes de orientación doctrinal surgidas en la Iglesia; conducidas por *expertos*, cuya influencia es suficiente como para que resulte arriesgado oponerles resistencia. Han anulado en sus funciones

¹⁰⁶Mt 7: 16-20.

¹⁰⁷Ga 5: 22-23.

a demasiados miembros de la Jerarquía que se han dejado dominar por el temor. Los cuales, después de haber renunciado prácticamente al ejercicio de sus deberes, se vienen limitando a oponer una resistencia *descafeinada*, tanto en sus palabras como en sus actuaciones, cuyo punto de mira principal no es otro que el de no aparecer como extraños al mundo moderno. De donde la insustancialidad de unos discursos, tan faltos de voluntad de lucha como moderados, prudentes, inoperantes e incapaces de combatir un mal que campea a sus anchas: *Gato con guantes no caza ratones*.

Un decidido amor a la verdad y al bien de la Iglesia conduciría a unos y a otros, Jerarquía y fieles, a tener en cuenta normas de discernimiento cuyo olvido puede significar la destrucción de la Iglesia. Si algún pretendido visionario, por echar mano de un ejemplo que a muchos puede parecer fuera de lugar, pretendiera emprender una nueva *Cruzada*, sintiéndose inspirado y movido por el Espíritu y consiguiera llevarla a cabo... , tal vez sería bueno esperar a los resultados definitivos antes de decidir acerca de la autenticidad de las pretendidas *inspiraciones*. He aquí de nuevo otra de las maravillas digna de ser notada en la conducta de la naturaleza humana: lo poco que tiene en cuenta, y lo raramente que pone en práctica, algo que habría de ser para ella de uso tan normal como es el sentido común.

* * *

Un ser humano que no haya escuchado nunca la Voz de Dios (bajo los auspicios del Espíritu), tampoco se ha sentido jamás inundado por la Alegría. Y pues no es posible saber en lo que consiste sin haberla experimentado, puede suceder, como de hecho sucede, que millones de seres humanos hayan visto transcurrir su existencia sin conocerla.

—*¿No es verdad que ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?*¹⁰⁸

¹⁰⁸Lc 24:32.

Decía Chesterton que la Alegría es el gigantesco secreto del cristiano, aunque la frase necesita de ciertas matizaciones para ser aceptada. Ante todo, porque no todos los cristianos llegan a conocer la Alegría, o al menos no todos los que llevan ese nombre. Por lo que es de suponer que Chesterton se referiría a los *verdaderos cristianos*, los cuales, como todo el mundo sabe, no son demasiado abundantes. Lo que confirma el hecho de que la expresión del escritor inglés, tomada al pie de la letra, se contradice a sí misma: los secretos —y más todavía cuando se trata de un *gigantesco secreto*— por definición no son nunca del dominio general; siempre son cosa de muy pocos, o de un círculo cerrado, si se prefiere así.

Y todavía habría que aplicar más restricciones al hermoso pensamiento, atribuido a Escrivá de Balaguer, según el cual *Dios ha reservado la felicidad del Cielo a aquéllos que supieron ser felices en la Tierra*. Palabras tan bellas como verdaderas, si bien esto último bajo cierto punto de vista; puesto que no son adecuadas si se toman sencillamente al pie de la letra. En efecto; pues si se tiene en cuenta que son pocos los cristianos (en realidad muy pocos) quienes han sabido ser felices en la tierra, se impone la conclusión de que el Cielo estaría prácticamente vacío.¹⁰⁹

Por supuesto que serán demasiados los que rechazarán estas impugnaciones como exageradas o falsas. Sin darse cuenta al hacerlo de que *tampoco ellos han conocido nunca la Alegría*. De manera que,

¹⁰⁹Son muy conocidas y dignas de atención las palabras de León Bloy: *La única tristeza es la de no ser santo*. Por su parte, Bernanos también decía (*Diario de un Cura Rural*) que la Iglesia no puede enseñar a sus fieles la Alegría en una mísera media hora semanal. Tiempo exiguo e insignificante con el que ahora ya ni siquiera puede contarse, pues no hay sino consultar las estadísticas de asistencia a misa (Bernanos escribió su novela antes del Concilio Vaticano II). Y aún existe otra razón más dolorosa, por cuanto todo parecería indicar que la Iglesia no está ya tan interesada en enseñar la Alegría.

con las mismas palabras con que las rechazan, están demostrando la veracidad de lo que aquí se dice.

Aunque tampoco hay razón suficiente para poner demasiada insistencia en inculparlos. Desde el momento en que la Alegría ha sido conocida por tan escaso número, no es extraño que se hable de ella, y que incluso se posea la creencia de haberla experimentado, sin tener la menor idea de lo que es o en lo que consiste. Un absoluto desconocimiento en el que viven y mueren millones de seres humanos. Porque el hecho, conviene insistir en ello, es incuestionable: sin haber escuchado las Palabras de Dios, a través del Espíritu, *es imposible haber conocido la Alegría*.

Una vez más, como suele ocurrir tan a menudo, las palabras de Jesucristo son entendidas como meras exhortaciones. Esperanzadoras, piadosas y consoladoras si se quiere; pero exhortaciones al fin y al cabo. Y sin embargo son absolutamente normativas, estatutarias y *ontológicas*. En el sentido de que no existe otro camino para conocer la Alegría. Y en cuanto a la que el mundo considera como tal, o a las alegrías en plural,¹¹⁰ son absolutamente desconocidas como realidades para Jesucristo. . . , e incluso para los hombres (fuera de ser utilizadas como entidades puramente conceptuales, enteramente vacías de contenido): *Vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. . . Os volveré a ver y se os alegrará el corazón, y nadie os quitará vuestra alegría. . . Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestra alegría sea completa.*¹¹¹ Cometería un grave error el cristiano que pretendiera ver en estas palabras del Maestro meras promesas de consolación.

Partiendo de la base de que la Alegría es un elemento fundamental de la existencia cristiana (*Gaudete in Domino semper. Iterum*

¹¹⁰Aquí existe un paralelismo entre la paz del mundo y la que procede de Él, enteramente distintas y hasta antitéticas, de un lado; y la Alegría que promete a los suyos y las meramente mundanas, de otro.

¹¹¹Jn 16: 20.22.24.

*dico: Gaudete!*¹¹²), aquí se plantea un problema de capital importancia. Se ha dicho más arriba que la Iglesia ha renunciado a predicar la Alegría. Sin embargo, tal como suele suceder cuando se hace una afirmación que afecta a muchos, cabe el peligro de generalizar demasiado. Por supuesto que la Iglesia como tal no puede renunciar a su deber de predicar la Alegría. Tal cosa sería el equivalente exacto de dejar de anunciar el Evangelio (la *Buena Nueva, o Buena Noticia*). Pero la Iglesia, siendo el Cuerpo de Cristo y poseyendo como Alma al Espíritu Santo, está formada por hombres capaces de hacer mejor o peor uso de su libertad; y de ahí la multitud de variadas vicisitudes por las que ha pasado a lo largo de su historia. Hubo un tiempo, por ejemplo, en el que estuvo a punto de hacerse enteramente arriana; y ahora mismo, en los momentos actuales, se encuentra bastante impregnada de modernismo.

El momento culminante de esta particular crisis tuvo lugar con la aparición de la Reforma Protestante. Cuando algunos creyeron descubrir que a la naturaleza humana, dañada intrínseca e irreparablemente por el pecado, incapaz de realizar actos buenos, ya no le restaba otro camino de salvación que la *sola fides*. Y así fue como el hombre de pronto se contempló a sí mismo como enteramente desnudo ante Dios; como en los primeros momentos del Edén, pero ahora sin inocencia. Desde entonces, el problema de la salvación dejó de ser algo que, por libre y generosa decisión divina, a través de la Gracia, habría de realizarse entre los dos —Dios y el hombre, cooperando mano a mano—, para quedar ahora solamente en las manos de Dios. A partir de ese instante, al hombre no le quedaba otra cosa que *confiar* en la Divina Misericordia, sin reconocer que le había sido otorgado el don de cooperar en tan sublime operación. Dicho de otra manera, había llegado el momento en que todo de-

¹¹²Flp 4:4; cf 3:1. Por lo demás, hasta el mismo Nietzsche lo reconocía así.

pendía del Esposo, sin que la esposa a su vez pudiera corresponder por su parte. La bilateralidad, o relación entre dos, había sido sustituida por la triste y (como arbitraria) unilateralidad de solo uno. La relación (amorosa) de reciprocidad y bilateralidad, de entregar y recibir, quedaba destruida. . . , y con ella también cualquier posibilidad que diera acceso a la Alegría. La relación de mutua donación, de intimidad y amistad Esposo-esposa, quedaba reducida a la estricta y gélida de Señor-siervo. El arrullo enamorado de ruiseñor, a través del cual podían escucharse las dulces palabras de *ya no os llamaré siervos, sino amigos*,¹¹³ había quedado silenciado para siempre. La esposa se encontraba ahora sin posibilidad de *responder y corresponder* al Esposo, de encontrarse con Él en el plano de un mismo lugar (*Para que, donde yo estoy, estéis también vosotros. . . No os dejaré huérfanos, sino que volveré a vosotros*).¹¹⁴ Ya no tendrían sentido aquellas palabras, casi celestiales, que la esposa dirigía al Esposo:

*Ven, amado mío, vámonos al campo;
haremos noche en las aldeas. . . ,
y allí te daré mis amores.
Ya dan su aroma las mandrágoras
y abunda en nuestras huertas
toda suerte de frutos exquisitos.
Los nuevos, los añejos, que guardo, amado mío, para ti.*¹¹⁵

¿Cómo podría ahora la esposa invitar al Esposo a ir junto con ella a *nuestras huertas*? Y peor aún: ¿Cómo podría ella alegrar al Esposo asegurándole —cosas de los enamorados— que había *guardado para Él los frutos añejos y también los nuevos*?

¹¹³Jn 15:15.

¹¹⁴Jn 14: 3.18.

¹¹⁵Ca 7: 12-14.

Ya no sería posible volver a escuchar las dulces palabras con las que, a través de siglos y siglos, la esposa invitaba e inundaba de felicidad al Esposo:

*Llévanos tras de ti, corramos.
Introdúcenos, rey, en tus cámaras,
y nos gozaremos y regocijaremos contigo,
y cantaremos tus amores, más suaves que el vino.
Con razón eres amado.¹¹⁶*

No pueden existir *relaciones* de gozo y de regocijo donde no hay una *relación* de amor. La cual es siempre cosa de dos que se corresponden mutuamente: se hablan y se escuchan, se miran y se contemplan, entregan y reciben, se tratan como un *tú* y un *yo* donde todo lo del uno es del otro y lo del otro es del uno, y donde si alguno no puede o no quiere *entregar*, el otro tampoco quiere ni puede *recibir*. En una palabra, ya no hay posibilidad de *entregar*. Pero si se tiene en cuenta que *hay más alegría en “dar” que en recibir...*,¹¹⁷ ¿dónde queda entonces la Alegría?

La herejía modernista, o neomodernismo, que parece haber hecho mella en el catolicismo actual, conduce a lo mismo. Al fin y al cabo, como decía San Pío X, *el modernismo es el compendio de todas las herejías*.¹¹⁸ Está demostrado que todos los principales postulados de los que ha hecho bandera la *revolución* teológica, litúrgica y pastoral, posterior al Concilio Vaticano II, son reproducción exacta, casi uno por uno, de los principios condenados en el Decreto *Lamentabili* y en la Encíclica *Pascendi*. El problema está minuciosamente detallado, y ampliamente demostrado, en el breve pero importante libro de

¹¹⁶Ca 1:4.

¹¹⁷Hech 20:35.

¹¹⁸San Pío X, Encíclica *Pascendi*.

Rudolf Graber (consagrado como Obispo de Ratisbona por el Papa Juan XXIII en 1962).¹¹⁹

En una religión puramente horizontalista y para este mundo en la que el culto a Dios ha sido sustituido por el culto al hombre; en la que se ha intentado reabrir el Paraíso del Edén, aunque esta vez para siempre, después de haber creído descubrir que no es posible esperar otro, más allá del terreno; en la que la razón humana ha decidido que no existe nada que la pueda trascender; en la que se ha hecho desaparecer la noción de un Dios ofendido por el pecado. . . , y consiguientemente, por lo tanto, la idea de la misericordia y de la redención han sido desterradas para siempre; en la que ha sido eliminada toda posibilidad de una relación de intimidad y amor divino–humana; en la que las ideas del sacrificio y de la muerte, como suprema demostración de amor, han sido borradas e impedida cualquier posibilidad de su reaparición en el horizonte del pensamiento humano. . .

En ambiente semejante, toda la Alegría que llevaba consigo una religión de *Amor* y de *Salvación* para el hombre, ha desaparecido. ¿Vale todavía la pena la existencia humana si no puede esperar otra cosa más allá de esta Tierra? ¿Puede seguir teniendo sentido una existencia en la que la relación de amor divino–humana ha sido sustituida, no se sabe bien porqué, por el bienestar material, la paz entendida en sentido mundano, unos pretendidos *derechos* humanos en cuyo contenido nadie se pone de acuerdo,¹²⁰ o una religión en la que la Verdad importa menos que la *tranquilidad* de un entendi-

¹¹⁹Existe una traducción inglesa del libro: *Athanasius and the Church of our Time*, Van Duren Contract Publications, Inglaterra, 1974.

¹²⁰Es insensata la pretensión de perseguir unos derechos humanos que, o bien no se sustentan en *nada*, o todo lo más tratan de fundamentarse *en sí mismos*. Decían bien los antiguos cuando aseguraban que los dioses volvían locos a los hombres cuando deseaban destruirlos.

miento entre desaparejos, por otra parte muerto y que recuerda con mucho al silencio de los cementerios?

Afortunadamente, aún se siguen escuchando las canciones de los Tiempos Antiguos. Todavía existen los que piensan que la existencia humana, lejos de permanecer estancada en un charco de agua inmóvil que no tiene salida, es un continuo *caminar* hacia un mundo mejor. Para ellos la Iglesia es itinerante, trashumante y hasta nómada si se quiere, aunque en modo alguno sedentaria. Para ellos también, sabedores de que la esposa permanece en el *todavía no*, pero alimentada de esperanza, busca animosamente y sin pausa al Esposo, el amado de su alma. ¿Y acaso la búsqueda ansiosa no convierte el encuentro definitivo en algo, si cabe, más apasionante todavía?

*Dime tú, amado de mi alma,
dónde pastoreas, dónde sesteas al mediodía,
no venga yo a extraviarme
tras de los rebaños de tus compañeros.*¹²¹

¿Y cómo podría la esposa dejar de escuchar la voz del Esposo que la llama para que acuda prontamente?

*¡La voz de mi amado! Oíd que me dice:
Levántate ya, amada mía,
hermosa mía, y ven. . .
Ven, paloma mía,
que anidas en las hendiduras de las rocas,
en las grietas de las peñas escarpadas,
Dame a ver tu rostro, dame a oír tu voz. . .*¹²²

¹²¹Ca 1:7.

¹²²Ca 2: 8.10.13-14.

El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias...
Sí, porque es tanto lo que tiene que decirles como tantos serían los arrullos y dichos de amor que el Esposo desearía intercambiar con la esposa:

*Es la voz del Esposo
como la huida estela de una nave;
como aire rumoroso,
como susurro suave,
como el vuelo nocturno de algún ave.*

Mientras tanto el Espíritu, que sopla donde y cuando quiere, sigue hablando a su Iglesia. En realidad no se sabe de donde viene ni adonde va, pero sí que existe la seguridad de que está ahí, por más que a veces parezca que no se escucha su voz. Aunque supondría un grave error confundir la *kenosis* con la *ausencia*. Pues el Esposo no ha dejado en ningún momento de velar por la Desposada ni de expresarle sus dichos y ansias de amor.

De ahí que, ante la actual situación de la Iglesia y del Mundo, es importante disponerse a escuchar con atención lo que el Espíritu ha de decir *a cada una de las siete iglesias*. Pues siete significa plenitud. Que es lo mismo que decir que el Espíritu quiere hablar *a toda su Iglesia*, la que es Santa e Inmaculada, la Esposa del Cordero, la Única y Verdadera Iglesia. La Iglesia de Cristo, que no es otra sino la que siempre fue conocida como la *Católica* desde el principio de todo comienzo.

*...Pero tengo contra ti
que has perdido tu primera caridad
(Ap 2:4)*

II

EL AMOR PERDIDO

... *Pero tengo contra ti que has perdido el ímpetu de tu primer amor*,¹ según traducen algunos de manera menos literal, aunque conforme también con la tradición acerca del texto.²

Sin embargo, ¿acaso el Amor puede perderse o desaparecer? Según San Pablo, *la caridad no pasa jamás*.³ En cuanto al *Cantar de los Cantares*, también parece entenderlo así:

*Que es fuerte el amor como la muerte
y son como el sepulcro duros los celos...
No pueden aguas copiosas extinguirlo
Ni arrastrarlo los ríos.*⁴

Efectivamente, no hay la menor traza en el Poema Sagrado de que el amor el entre el Esposo y la esposa esté destinado a desvanecerse. Incluso cuando se trata del amor creado o participado, al

¹Ap 2:4.

²*Sed habeo adversus te quod caritatem tuam primam reliquisti*, dice la Neovulgata.

³*Caritas nunquam excidit* (1 Cor 13:8).

⁴Ca 8: 6-7.

cual se refieren estos textos, resulta difícil imaginar que el amor pueda perderse en algún momento, una vez surgido como relación de intimidad y entrega entre un *tú* y un *yo*.

Según esto, ¿incluye el Amor la perennidad como una de sus notas esenciales —*para siempre*—, como parecen suponer los textos y el sentimiento más común, o más bien debe admitirse la posibilidad de que llegue a desaparecer, a pesar de todo?

Santo Tomás rechaza abiertamente el error de algunos herejes que sostenían que el hombre, una vez recibida la gracia del Espíritu Santo, no puede pecar; y si peca —decían— es que nunca tuvo esa gracia. Para el Santo la doctrina es suficientemente clara, en cuanto que es evidente que la caridad se puede perder.⁵

También *El Cantar de los Cantares*, como no podía ser de otra manera, parece admitir en otros textos la posibilidad de perder el Amor. Lo cual hace el Libro Sagrado por medio de alguna expresión que incluso suena con dureza:

*Si alguno ofreciera por el amor toda su hacienda,
sería despreciado.*⁶

Donde cabe interpretar que tal vez alguno sería capaz de pretender adquirir el Amor a cambio de otros bienes; y consiguientemente también de ofrecerlo, a fin de conseguirlos. Según lo cual, el Amor podría adquirirse o perderse y hasta ser objeto de transacciones por parte de algunos.⁷

⁵ *Contra Gentiles*, lib. 4, cap. 70. Cf también, por ejemplo, *De virtutibus*, q. 2, a. 12.

⁶ Ca 8:7.

⁷ *Perezca tu dinero contigo, pues has creído que se puede comprar con dinero el don de Dios*: San Pedro a Simón el Mago (Hech 8:20).

Por lo demás, el Señor lo dice claramente con palabras referidas a los sucesos de los Últimos Tiempos: *Y al desbordarse la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos.*⁸

Sin embargo el texto del Apocalipsis al que aquí nos referimos, siquiera a primera vista no parece decir que se haya perdido el Amor, sino el ímpetu del primer Amor (*primam caritatem*). De tal manera que el uso del adjetivo parece proporcionar aquí un sentido peculiar a la expresión: si lo que se ha dejado perder es el *primer amor*, es porque no se trataría simplemente del Amor; y lo mismo viene a significar la expresión acerca del *ímpetu* del primer amor, si es que se admite esa interpretación del texto. Según lo cual se habría desvanecido el fuego o ardor inicial para dar paso a un estado de tibieza o de mediocridad, el cual podría calificarse como amor disminuido o degradado.

Resumiendo por lo tanto, y si lo dicho es cierto, el Amor podría perderse enteramente, así como también aumentar o disminuir.

Sin embargo, con respecto a su *disminución*, se plantea una grave dificultad. Considerado el problema teológicamente, parece enteramente imposible que la virtud de la caridad sea susceptible de disminución.⁹ Puede aumentar o perderse, pero en ningún caso disminuir.

Santo Tomás plantea claramente la cuestión para resolverla negativamente.¹⁰ El Santo solamente admite la disminución de la ca-

⁸ *Et, quoniam abundavit iniquitas, refrigescet caritas multorum* (Mt 24:12).

⁹ Aquí no vamos a entrar en los prolijos problemas que se plantean en Teología, tanto con respecto a la terminología como a los distintos conceptos que, de una manera u otra se refieren al amor. Santo Tomás expone y explica claramente la distinción entre *amor*, *dilectio*, *caritas* y *amicitia* en *Sum. Theol.* I^oII^o, q. 26, a. 3, *Respondeo*, donde dice que *quator nomina inveniuntur ad idem quodammodo pertinentia*. Cf también, entre otros muchos textos, *Sum. Theol.*, II^oII^o, q. 25, a. 2.

¹⁰ *Sum. Theol.*, II^oII^o, q. 24, a. 10.

ridad hablando en sentido *impropio*, o en todo caso indirectamente: *De donde, hablando en rigor, la caridad no puede de ningún modo disminuir; sin embargo, impropriamente hablando, puede llamarse disminución de la caridad la disposición a su corrupción, la cual causan los pecados veniales; o también el no ejercicio de las obras de caridad.*¹¹ En otro lugar viene a decir que *el pecado venial retarda el acto de la caridad por su excesivo apego al bien creado.*¹² Y aún aclara más adelante que *diariamente perdemos algo en lo espiritual por el calor de la concupiscencia de los pecados veniales, que disminuyen el fervor de la caridad.*¹³

Es evidente que, si no se puede admitir en doctrina teológica una disminución ontológica de la caridad como virtud, al menos es posible hablar de una *diminutio fervoris caritatis*, según expresión del mismo Santo Tomás. Y tal ha sido el sentimiento constante en el Cristianismo, donde siempre se ha dado por supuesto, en la existencia cristiana, tanto la posibilidad del aumento del Amor como la de su pérdida; además de un posible enfriamiento del sentimiento amoroso del corazón, el cual conduce a la tibieza primero y a la pérdida

¹¹ *Unde consequens est quod caritas nullo modo diminui possit, directe loquendo. Potest tamen indirecte dici diminutio caritatis dispositio ad corruptionem ipsius: quæ fit vel per peccata venialia; vel etiam per cessationem ab exercitio operum caritatis (II^o II^o, q. 24, a. 10, Respondeo).*

¹² *Peccatum autem veniale non contrariatur habituali gratiæ vel caritati, sed retardat actum eius, in quantum nimis hæret homo bono creato (III, q. 87, a. 2, Respondeo).*

¹³ *Spiritualmente autem quotidie in nobis aliquid deperditur ex calore concupiscentiæ per peccata venialia, quæ diminuunt fervorem caritatis (q. 79, a. 4, Respondeo).* Todavía añade el Santo (en II^o II^o, q. 54, a. 3, Respondeo) que *ad primum ergo dicendum quod minor amor Dei intelligi dupliciter. Uno modo, per defectum fervoris caritatis: et sic causatur negligentia quæ est peccatum veniale. Alio modo, per defectum ipsius caritatis: sicut dicitur minor amor Dei quando aliquis diligit Deum solum amore naturali.*

total de la caridad después. San Francisco de Sales, comentando el reproche dirigido por el Espíritu al Ángel de la Iglesia de Éfeso (en su *Tratado del amor de Dios*, 4,22) dice que *no le acusó de falta de caridad, sino que no era como al principio, tan fervoroso, tan dispuesto, tan fecundo, así como solemos declarar de un hombre que de valiente, jovial y gallardo se ha trocado en abatido, triste y decaído*.¹⁴ Existe sin embargo un importante texto que parece reforzar este sentido, cual es el de Mt 24:12. Según el cual, referido a los Últimos Tiempos, *al desbordarse la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos*. Traducido por la Neovulgata como *quoniam abundavit iniquitas, refrigescet caritas multorum*. Pero el original griego de *refrigescere* es el verbo ψύχω, que en presente equivale a *spiro, refrigero, exsicco*, y cuya pasiva conduciría a *refrigesco* o *exaresco*,¹⁵ cuyos significados están bastante claros. Solamente podría ofrecer alguna dificultad el verbo *spirare*, uno de cuyos significados es el de soplar, hacer correr el viento, respirar, etc., señalado por Bailly en su Diccionario como *souffler très légèrement, rejeter par le souffle, exhaler*, además de los propios de *refraîchir*, etc, todos los cuales vienen a confirmar lo dicho arriba.¹⁶

El texto de Ap 2:4 es tan desconcertante como inquietante: *Sed habeo adversus te quod caritatem tuam primam reliquisti*. Los cristianos han visto en él durante siglos, aunque no hayan percibido el problema de un modo plenamente consciente, una estocada directa al corazón, por supuesto; pero también una dolorida recriminación nacida de un Amor defraudado, una increpación desafiante, un la-

¹⁴Citado en la *Biblia de la Universidad de Navarra*, Nuevo Testamento, Comentario a Apocalipsis, 2,4.

¹⁵Zerwick, *Analysis Philologica Novi Testamenti Græci*.

¹⁶Bailly, *Dictionnaire Grec-Français*, verbo ψύχω. Pronto vamos a ver que, aun dejando intacta la posibilidad del *enfriamiento* del Amor, no se puede excluir del texto de Mt 24:12 el significado de una desaparición completa de la caridad.

mento de inmenso dolor que llega hasta ellos desde la aurora del Cristianismo. . . , y aun por encima de todo eso, un misterio insondable. Es fácil decir que el Espíritu acusa al Ángel de Éfeso de tibieza para pasar luego a otra cosa, como si el hecho de un *Amor venido a menos* fuera algo simple de entender. ¿Se trata de una *desaparición completa* del Amor o, sencillamente y sin ir más lejos, de una *disminución del sentimiento amoroso*? Pero, en definitiva, ¿cómo se explica la mengua del sentimiento del Amor en un ser que ha sido hecho para amar, a través de la vivencia de ese sentimiento cada vez más fuertemente, hasta llegar él mismo a convertirse en brasa ardiente, por participación, en la Vida que es Fuego Infinito? *Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia.*¹⁷ De ahí el reproche dirigido por el mismo Jesús a los judíos: *No queréis venir a mí para tener la vida.*¹⁸ E incluso el Apóstol veía aquí el entero sentido de la existencia de los discípulos: *Para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo.*¹⁹

Por más que no sea frecuente reparar en el tema, la tibieza es uno de los mayores misterios de la existencia cristiana. El escalofriante reproche que el Espíritu dirige al Ángel de la Iglesia de Laodicea es tan turbador como difícil de penetración para el entendimiento: *Conozco tus obras, y que no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Y así, porque eres tibio, y no eres ni frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca.*²⁰ Por lo que, según el Espíritu, son preferibles cualquiera de las posturas extremas, aun la de total frigidez, a la de una opción *neutral* entre el bien y el mal: *Utinam frigidus esses aut calidus!* Sin embargo, ¿cómo es posible que la postura que opta por el

¹⁷ Jn 10:10.

¹⁸ Jn 5:40.

¹⁹ 2 Cor 4:10.

²⁰ Ap 3: 15-16.

mal se considere mejor que otra posible intermedia —no es la mala, ni tampoco la buena— que incluso es capaz hasta de provocar el vómito? Para explicarlo —hasta donde fuera posible hacerlo— sería preciso entender el significado de una postura *indiferente* que no se ha decidido ni por el bien ni por el mal. O tal vez profundizar en el misterio de la posibilidad de que una realidad, hecha en sí para la totalidad o plenitud, se vea reducida a rebajarse al terreno de lo parcial, de lo mensurable y de lo condicionado. En definitiva, o dicho de otro modo, es evidente que para explicar la tibieza habría que entender el misterio del Amor venido a menos. Cosa que nadie ha hecho todavía.²¹

Nuestro texto de Ap 2:4 —*Sed habeo adversus te quod caritatem tuam primam reliquisti*— ha de referirse por fuerza a una disminución o enfriamiento del Amor, y en modo alguno a su pérdida total. Basta leer el contexto en el que va incluido (2: 1-6) para convencerse de ello y que quede disipada cualquier duda. Todo en él son alabanzas dirigidas al Ángel de la Iglesia de Éfeso, lo que no tendría sentido alguno si éste hubiera renegado de su caridad. Lo cual significaría que la había perdido enteramente.

Caso de que se aceptara esta lectura, se daría paso a la que había sido propuesta como alternativa: *Pero tengo contra ti que has perdido el ímpetu de tu primer amor*. Donde son de notar dos cosas:

En primer lugar, que puede darse el caso de un amor que sea el *primero* en una serie de otros diferentes o distintos. En segundo

²¹El hombre está rodeado e inmerso en realidades que simplemente *están ahí*. Acerca de algunas de las cuales se ha convenido asignarles un significado, más o menos completo o verdadero, pero en el que se excluye de antemano cualquier intento de discusión. Y sin duda que se hace así con un propósito meramente tranquilizador. El intento de profundizar en el misterio abismal del significado de ciertas realidades, además de superar las fuerzas de la creatura, sería demasiado inquietante para ella. Y una de esas realidades es justamente la tibieza.

lugar, que el texto parece asignar el carácter de *impetuoso* precisamente al primer amor; quizá como algo propio y constitutivo y probablemente exclusivo de él.

En cuanto a lo primero —una serie de amores varios— es evidente que el caso afectaría exclusivamente a la creatura. Precisamente, por lo que respecta al Amor Infinito o Sustancial, es interesante observar que Dante, en su *Divina Comedia*, en la inscripción que aparece en el frontispicio de las puertas del Infierno, le asigna el calificativo de *Amor Primero*:

*Giustizia mosse il mio alto fattore;
feceme la divina potestate,
la somma sapienza e'l primo amore.*²²

Si bien el significado es aquí bien claro y evidente. El *Amor Primero* es el Amor Infinito, el Primero y el Último, el Principio y el Fin (Ap 1:17; 2:8; 22:13), el origen y causa de todas las cosas y especialmente de todo otro amor que, precisamente por ser creado, siempre procede por participación.

Las creaturas no son capaces de un acto de amor infinito.²³ La infinitud en este caso solamente puede darse para ellas en forma de

²² *La Justicia movió a mi supremo Autor. // Me hicieron la divina potestad, // la suma sabiduría y el amor primero* (Dante, *La Divina Comedia*, Infierno, Canto III).

²³ Acerca de si la virtud de la caridad puede llegar a ser perfecta en esta vida, cf Santo Tomás, *Sum. Theol.*, II^a II^{ae}, q. 24, a. 8. Según el Santo, el acto perfecto de caridad puede entenderse de dos maneras: *ex parte diligibilis*, de un lado, y *ex parte diligentis*, de otro. Afirma que Dios, el Sumo Bien, es de por sí capaz de ser amado *infinite*. Sin embargo, sigue diciendo, *nulla autem creatura potest eum diligere infinite: cum quaelibet virtus creata sit finita*. En cambio, por parte del que ama, *caritas dicitur perfecta quando aliquis secundum totum suum posse diligit*. Lo cual puede suceder, según él, de tres modos diferentes.

totalidad. Como dice Santo Tomás, *quando aliquis secundum totum suum posse diligit*.²⁴

La prueba de que aquí se trata de *totalidad*, y no de otra cosa, está en el mismo precepto: *El primero* [de los mandamientos] *es: Escucha Israel, el Señor Dios nuestro es el único Señor; y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente y con todas tus fuerzas*.²⁵

Precepto que se refiere más a una meta a alcanzar que a una realidad ya conseguida. Lo cual queda claro cuando se considera que en esta vida el cristiano solamente llega a poseer el Espíritu en arras o primicias (Ro 8:23; 2 Cor 1:22). El Apóstol incluso utiliza en este punto expresiones desgarradoras: *Gemimos en esta tienda anhelando revestirnos de nuestra mansión celestial, si es que entonces somos encontrados vestidos y no desnudos. Mientras moramos en esta tienda, gemimos oprimidos porque no queremos ser desvestidos sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Pero quien nos ha preparado para este fin es Dios, el cual nos ha dado como arras el Espíritu*.²⁶ En realidad, como hemos visto más arriba siguiendo a Santo Tomás, solamente se puede hablar de Amor perfecto en esta vida *quando aliquis secundum totum suum posse diligit*. Sin embargo, ¿quién sería capaz de decir que ama a Dios con todo su ser, con todo su corazón y con todas sus fuerzas? Y aun cuando así fuera, y dado que la meta final del Amor ha sido colocada demasiado

²⁴En la Patria toma además la forma de infinitud en la *duración*; a saber: de un *suceder* en el que no hay duración ni término final. Sin embargo, en tal ausencia de término *final*, está la prueba de que siempre puede llegar a más: de donde no es infinita, por lo tanto. A no ser que el Amor, en este caso, se considere *ratione termini* u *objecti* pero nunca *en sí mismo*. Con lo que volvemos a lo mismo, sin olvidar tampoco que no es lo mismo infinitud que eternidad.

²⁵Mc 12: 29-30; De 6: 4-5.

²⁶2 Cor 5: 2-6.

alta (Mt 5:48; cf Flp 3:12), ¿acaso alguien se atrevería a decir que no podría volar más arriba?

La gran tragedia del hombre en esta vida consiste en que no puede amar todavía en perfecta totalidad. Cuando sin embargo ha sido hecho para lo total y absoluto, y no para lo parcial y pasajero. La tremenda condición del cristiano, con respecto a la plena realización de su ser, parte del hecho de que se encuentra en la situación del *todavía no*, incapaz de alcanzar la definitiva del *ya* hasta que se encuentre en la Patria. ¿Qué tiene de extraño que San Pablo se sintiera traspasado de ansiedad hasta el punto de decir que *tengo el deseo de morir para estar con Cristo, que es mucho mejor?*²⁷ Y de ahí que la muerte, lejos de ser vista como una pérdida, o incluso como algo que llega mucho más allá de un simple acabamiento del camino —*cursum consumavi*—,²⁸ es para él la más subida de todas las ganancias (Flp 1:21). Algo parecido a lo que sentía también Santa Teresa de Jesús cuando aseguraba *que muero porque no muero*. Y lo mismo venía a decir, en perfecto paralelismo, el otro gran Doctor de la Mística:

*Mas ¿cómo perseveras,
oh vida, no viviendo donde vives,
y haciendo porque mueras
las flechas que recibes,
de lo que del Amado en ti concibes?*²⁹

La situación de tránsito en la que vive el cristiano, según el imperativo del *todavía no*, es la que le hace vivir de la esperanza: *Pero*

²⁷Flp 1:23.

²⁸2 Tim 4:7.

²⁹San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

*una esperanza que se ve, no es esperanza; pues ¿acaso uno espera lo que ve?. Si esperamos lo que no vemos, lo aguardamos mediante la paciencia.*³⁰ El discípulo vive de la ansiedad, como asimismo de la seguridad, de que al fin ha de llegar el momento de su encuentro definitivo con el Señor. Mientras que, por el contrario, la ausencia de esperanza conduce al vacío de la tristeza y a la angustia de la desesperación (1 Te 4:13); pues quien nada espera, nada recibirá. Tal situación requiere que el cristiano haya de estar siempre preparado, en constante actitud de vigilancia y acecho: *Estote parati, quia, qua nescitis hora, Filius hominis venturus est.*³¹ A la hora que no sabéis, por supuesto. Que suele ser siempre durante la Noche, sea cual fuere el sentido en el que se interprete esta interpelación de la Escritura; pero que indudablemente siempre se refiere a algún momento crucial de la vida por lo demás siempre envuelto en la incertidumbre, en la oscuridad y hasta en la angustia que causa la Noche. Lo cual sucederá ordinariamente hacia la media noche, que es lo mismo que decir en su punto más álgido; algo así como en el momento de mayor densidad de lo tenebroso: *Media autem nocte clamor factus est: "Ecce Sponsus! Exite obviam ei".*³² Y efectivamente, porque *hoc autem scitote quia, si sciret paterfamilias qua hora fur veniret...*³³ Y de ahí la necesidad de la vigilancia intensiva y estado permanente de tensión:

*Centinela, ¿qué hay de la noche?
Centinela, ¿qué hay de la noche?*³⁴

³⁰Ro 8: 24-25.

³¹Mt 24:44.

³²Mt 25:6.

³³Lc 12:39; cf Mc 13:35.

³⁴Is 21:11.

Aunque ha de tenerse en cuenta que la espera ansiosa y vigilante del cristiano nada tiene que ver con la angustia o el temor; sino que más bien sucede lo contrario. Pues quien llega es precisamente el Esposo: *Ecce Sponsus!* ¿Y cómo iba la esposa a aguardarlo sino con el más intenso de los anhelos y la mayor de las impaciencias? Dado que es el Esposo quien viene, la espera impaciente de la esposa no puede ser sino amorosa: *Qui diligunt adventum eius.*³⁵ Los siervos vigilan atentamente la llegada de su amo; pero para abrirle la puerta enseguida (*confestim*). Porque vuelve precisamente de las nupcias, y lo primero que hará en el instante en que llegue, es sentarlos a la mesa y *ponerse él mismo a servirles.*³⁶

La esperanza es efectivamente un negocio de amor. Pues no debe olvidarse que todas las virtudes adquieren su valor a través de la caridad, para finalmente identificarse con ella. La esperanza, o la virtud de la Espera, nace precisamente del Amor (espera quien ama), al mismo tiempo que contribuye al incremento y verdadero sentido del Amor (el encuentro y abrazo definitivo de los Amantes es tanto más real e intenso cuanto más ansiosa ha sido la espera). De ahí que se pueda decir que la virtud de la esperanza nace del Amor, a cuyo fuego ella a su vez alimenta y suministra combustible. Y puesto que el Amor *no pasa jamás* (1 Cor 13:8), es por lo que se

³⁵2 Tim 4:8.

³⁶Lc 12: 36–38. La alusión expresa a las *bodas*, tal como sucede en la parábola de las vírgenes que aguardaban la llegada del Esposo, es una indicación del carácter nupcial del momento; en clara referencia, por lo tanto, a la unión definitiva del Esposo y la esposa. Y no sólo eso. Puesto que, como ocurre siempre en los negocios del Amor, el episodio lleva consigo el sello de la total reciprocidad. Por eso, aún mejor que decir que el Esposo vuelve de las nupcias, habría que hablar de que en realidad vuelve para llevarlas a cabo; y si se ausentó previamente, fue justamente para prepararlas: *Cuando me haya marchado y os haya preparado un lugar, de nuevo vendré y os llevaré junto a mí, para que, donde yo estoy, estéis también vosotros* (Jn 14:3).

encuentra al principio y al final del itinerario, sostenido a su vez por una esperanza que no se verá nunca *defraudada* (Ro 5:5): pues descubrir el sinsentido de la virtud de la Espera equivaldría, ni más ni menos, que a poner de manifiesto el sinsentido del Amor.

Siendo pues la esperanza un fiel trasunto del Amor, no puede faltar en ella la cualidad de la *reciprocidad*, por más que tal aspecto acostumbre a pasar desapercibido. Con lo que se desemboca en la peculiar afirmación (que sonará a cosa extraña) de que la esperanza, o la virtud de la Espera ansiosa, *afecta por igual a ambos amantes*, y no solamente al que aguarda la llegada del que se encuentra ausente. E incluso atañe más intensamente al que más fuertemente ama. Lo que conduce a la conclusión, sorprendente pero lógica, de que en la relación de amor divino–humana, es el Esposo quien *espera* con mayor ansiedad a la esposa. Sería inimaginable, y más todavía habida cuenta de la manera como transcurre esta relación de amor, que Dios no aguardara, con *desasosiego amoroso*, el abrazo definitivo y la consumación de la recíproca posesión con respecto a su creatura: *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum...*³⁷

Con frecuencia suele olvidarse que Dios ama al hombre con amor divino y humano a la vez. Por eso y para eso el Verbo se hizo Hombre. Pues es justamente a través del amor humano, a la manera que Jesucristo ha demostrado sentir por él, como el hombre se hace cargo también del amor divino. El mismo que, de otra forma, se haría para

³⁷Lc 22:15. Es evidente que este *desear con gran deseo* se refiere a la voluntad humana de Jesucristo; pero sin excluir en modo alguno a su voluntad divina, dada la perfecta identificación de ambas por más que sean distintas. Si es dable decirlo así, es una manera de *traducir a lo humano* (o de hacerlo más asequible y comprensible al hombre, a fin de dar más capacidad de autenticidad y profundidad a su respuesta, por demás esperada) el Amor de Dios por el hombre. Una vez más queda en evidencia la incapacidad del hombre de llegar hasta el Padre si no es a través de Jesucristo (Jn 14:6).

él *bastante difícil* de percibir, por decirlo de alguna manera. Comprender la realidad infinitamente misteriosa del Amor sería para el hombre una tarea más que ardua; a no ser que fuera capaz de llegar hasta la misma frontera de las profundidades del Amor divino; aunque a través, y no de otra manera, de la inconmensurable ternura y profundidad del Amor humano. Lo cual sucede para él en Jesucristo. Dado que el amor humano se convierte en divino justa y precisamente en el Corazón humano de Jesucristo: pero ahora percibido, sentido y vivido por el hombre que está *injertado* e íntimamente unido con Él. Y así es como Dios y su creatura, en sublime y misteriosa unión, llegan a vivir *un mismo Amor*; tal como lo afirma la Escritura y exige lo que viene a ser una perfecta relación de amor: *Para que el Amor con que Tú me amaste [¡oh Padre!] esté en ellos y yo en ellos.*³⁸

Pero conviene volver a la *reciprocidad* en la virtud de la esperanza. Y, como consecuencia, a la mutua ansiedad que, tanto la esposa como el Esposo, sienten por encontrarse y reunirse:

*Amado, he recorrido
de tu huerto de azahares el sendero,
y, luego, me he escondido
detrás del limonero
para poder besarte yo primero.*

*Amada, yo he buscado
de mi huerto de azahares el sendero,
y, luego, te he esperado
detrás del limonero
a ver si te encontraba yo primero.*

³⁸Jn 17:26.

Aunque el hecho suele pasar desapercibido, algunos textos de la Biblia proporcionan indicaciones en este punto que pueden conducir a conclusiones interesantes. Las cuales pueden servir para confirmar, una vez más, una cualidad tan inherente al Amor cual es la de la reciprocidad: *He aquí que estoy a la puerta y llamo: si alguno escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él, y él conmigo.*³⁹ Donde es de destacar que quien ahora llama a la puerta y espera es el Esposo: paciente y humildemente, apelando a la generosa voluntad de la esposa: *si alguno escucha mi voz y abre la puerta...* La conjunción condicional *si* aparece aquí con especial valor, como una interpelación a una respuesta espontánea por parte del otro; puesto que, al fin y al cabo, se trata de un acto de Amor, en el que es esencial la libertad. Y lo mismo parecen confirmar ciertos textos del *Cantar*. En alguno de ellos aparece el Esposo como impulsado por una impaciencia rayana en nerviosismo que hasta parece llegar a la inquietud angustiosa; o incluso, tal vez, a la imprudencia:

*Vedle que llega,
saltando por los montes,
triscando por los collados...
Como la gacela o el cervatillo.
Ya está detrás de nuestros muros,
mirando por la ventanas,
atisbando por entre las celosías.*⁴⁰

³⁹ Ap 3:20. Algunos exégetas y traductores de la Biblia simplifican el texto y traducen aquí *y cenaremos juntos*. Olvidan que, si bien la simplificación es útil a veces para hacer las cosas más sencillas, otras en cambio, como sucede en este caso, sólo sirve para desvirtuar y confundir. Modificar el texto inspirado, aun con las mejores intenciones, puede dar al traste con buena parte de la riqueza de su contenido. Y es que no se puede ser teólogo sin conocer la Escritura; como tampoco puede nadie presumir de exégeta si no posee suficiente conocimiento de la Teología.

⁴⁰ Ca 2: 8-9.

En otros casos también parece aguardar ante la puerta, e igualmente en actitud implorante:

*Ábreme, hermana mía, esposa mía,
paloma mía, inmaculada mía.
Que está mi cabeza cubierta de rocío
y mis cabellos de la escarcha de la noche...*⁴¹

La acumulación de piropos y requiebros dirigidos a la esposa, en los que algunos hasta parecen incompatibles (*hermana mía, esposa mía, paloma mía, inmaculada mía...*), no muestran tener aquí un carácter meramente literario–metafórico–poético. Más bien parecen expresar el deseo del Esposo de hacer comprender a la esposa que el Amor con el que la ama es un Amor *perfecto*: en el que caben, por lo tanto, como incluidas, todas las formas de amor (conyugal, fraternal, paterno–filial... , etc.). Otras de las notas exclusivas del Amor divino y, por extensión y cierta participación, también del divino–humano.

Sucede, sin embargo, que se suele poner demasiado énfasis en el género literario poético del *Cantar de los Cantares*. De ahí la inclinación a pensar que se trata de mera poesía amorosa o epitalámica; con lo que el carácter inspirado del libro pasa a ocupar un modesto segundo o tercer plano. A lo que hay que añadir la misteriosa y profunda condición de la que está dotada la poesía. La cual, si es auténtica, contiene mucho más de lo que se desprende del mero significado de los vocablos; hasta el punto de que, no pocas veces, incluso parece escapar a la percepción y al control de su autor.

Ahora bien, y puesto que la esperanza no es en el fondo sino un asunto de Amor, no puede ser considerada como una virtud de mera consolación, sino como algo que tiene que ver fundamentalmente con

⁴¹Ca 5:2.

la salvación (Ro 8:24).⁴² ¿Cómo puede suponerse que aman los que nada esperan? Habiendo sido hecho el hombre por el Amor y para el Amor, y puesto que se encuentra en el estadio del *todavía no*, es evidente que la actitud de la *espera* es connatural a su ser. Con tanta intensidad se espera en la medida en que se ama, que es finalmente a lo que se orienta toda la existencia humana. Siendo así que, tanto la Ley Antigua como los Profetas y con mayor razón la Ley Nueva, se reducen al Amor (a Dios, y por extensión al prójimo),⁴³ de ahí la necesidad de la actitud de la (ansiosa) espera para la salvación.

¿Y qué es lo que espera, o a quién espera realmente el cristiano? Debe tenerse en cuenta que la esperanza, lejos de referirse meramente a la condición definitiva en la Patria, tiene que ver también, y en gran medida, con la presente situación peregrinante del cristiano. El cual espera también, *para esta vida*, la realidad de un mayor amor y una mayor intimidad hacia y con el Señor: *Desiderium habens dissolvi et*

⁴²Cf Heb 11: 6.13-16.

⁴³Mt 22:40; Jn 15:12. Según afirma Santo Tomás, *se dice que el precepto de amar es un precepto general porque todos los demás preceptos se refieren a él como a su fin, según se dice en 1 Tim 4:5: "Finis præcepti caritas est"* (II^a II^æ, q. 23, a. 4, *ad tertium*). El Apóstol añade, a continuación de ese mismo texto, que *por apartarse de esto algunos se convirtieron en charlatanes, pretendiendo ser doctores de la ley cuando no entienden lo que dicen ni lo que tan rotundamente afirman* (vv. 6-7). Así se explican muchas cosas de la moderna Teología y de la Pastoral actualmente en curso. Tal exceso de preocupación por la paz (entendida al modo puramente humano), por el entendimiento entre los hombres (respetando las creencias de cada uno desde el momento en que todas son válidas), por los derechos humanos, y hasta por la conservación del medio ambiente y un largo etcétera en la misma línea, ha conducido al olvido de lo fundamental: que la Teología es la ciencia cuyo objeto es Dios y cuyo fin es la salvación del hombre. Nadie puede extrañarse de que el Apóstol, haciendo también en este caso de profeta, anunciara la llegada de la época de la abundancia de charlatanes y de la falta de Pastores.

*cum Christo esse.*⁴⁴ Así que la única cosa que espera afanosamente el cristiano no es sino Jesucristo, que es quien constituye su vida y su todo: *Para mí la vida es Cristo, y la muerte ganancia.*⁴⁵ Por otra parte, ya se sabe que el amor es totalidad; tan fuerte como la muerte y con sus dardos como flechas encendidas (Ca 8:6). De ahí la connaturalidad que supone para el cristiano la actitud de espera *ansiosa*, de manera que su existencia no tiene otro sentido que el de transcurrir en vehemente inquietud por alcanzar algo que aún no posee, según el dicho de San Agustín: *Nos hiciste, Señor, para ti, y por eso nuestro corazón está inquieto...* Que es lo que hace que se convierta, durante toda su vida, en un *varón de deseos* (Da 9:23; 10:11; 10:19). San Pablo lo expresaba diciendo que *ninguno de nosotros vive para sí, ni ninguno de nosotros vive para sí; pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos; porque, en fin, sea que vivamos o sea que muramos, del Señor somos.*⁴⁶

Claro que esta actitud de espera por parte del cristiano que aguarda a su Señor, por más que sea ansiosa e impaciente, tiene lugar en este mundo. Exactamente mientras dura el itinerario que conduce, a través de un fatigoso caminar, hasta la casa del Padre. Y en donde caben, por lo tanto, los altibajos de la debilidad, las limitaciones del cansancio y las contingencias que impone el peligro de una lucha constante. En la parábola de las vírgenes que aguardaban la llegada del Esposo, prudentes unas y necias otras (Mt 25: 1–13), existe un inciso expresado como de pasada, en el que se dice que, debido a la tardanza producida durante la espera, *les entró sueño a todas y se durmieron*. Cosa bastante natural, al fin y al cabo, dada la condición humana. Aunque suele pasar desapercibida la circuns-

⁴⁴Flp 1:23.

⁴⁵Flp 1:21.

⁴⁶Ro 14: 7–8.

tancia de que fueron todas las que se descuidaron durante la vigilia: tanto las necias como las prudentes.

Quizá el inciso que hace referencia a que fueron *todas* las que se durmieron no tenga mayor transcendencia, y hasta es probable que venga exigido por la mayor fluidez de la narración. Pero, con importancia o sin ella, no deja de ser cosa curiosa que también las prudentes fueran presa del sueño; un incidente circunstancial, sin embargo, que parece no haber influido para nada en el desenlace final; en cuanto que de todas formas estaban preparadas, y de ahí que entraran sin más a la sala de bodas con el Esposo. Con todo, tan insignificante y nimia circunstancia se presta a alguna consideración que, no por ser tal vez trivial, deja de tener algo de sugestiva.

La espera del Esposo, junto al Amor que la alimenta, tienen lugar, como se ha dicho ya antes, durante la presente etapa de itinerancia o del *todavía no*. Por lo que hay que contar con las posibles vacilaciones, con la disminución del ímpetu o del fervor (*Has perdido el ímpetu de tu primer Amor*), e incluso con la desaparición total del sentimiento que alimentaba la vigilancia confiada y ansiosa. Dicho de otra manera, tanto la esperanza como el amor están sujetos o diversas y contrarias vicisitudes. Pues también las vírgenes prudentes pueden quedarse dormidas; como de hecho sucedió. De ahí las repetidas observaciones y avisos del Señor, dirigidas a todos, con respecto a la necesidad de la vigilancia; lo mismo que la acuciante advertencia de San Pablo acerca de que ya es hora de despertar del sueño (Ro 13:11).

Tales vicisitudes y eventualidades forman parte natural de la gran aventura del Amor, a la que el hombre ha sido llamado. Cuya culminación es el premio de una corona que se supone bien ganada, y no un regalo otorgado a modo de compasiva limosna o donación inmerecida (1 Tim 6:12; 2 Tim 2:5; 1 Cor 9: 24–26; Heb 10:32). Lo

que no impide que en el combate que ha de librar la esposa, los méritos por los que se hace acreedora a la corona que recibe del Esposo, sean también obra de la gracia; como no podía ser de otra manera. Lo cual sirve a su vez para resaltar aún más la grandeza del Amor divino, que hizo al hombre dotado de libertad y capaz de alcanzar méritos que ahora son suyos: *propios y merecidos*, a la vez que *recibidos y otorgados*. Misterio insondable del Amor divino cuya profundidad escapa al entendimiento humano en esta vida. Y sin embargo *tenía que ser así*, desde el momento en que Dios quiso ser amado por el hombre con un amor verdadero; y por lo tanto correspondido, voluntario, libre, compartido y en bilateralidad: dado que el Amor es *siempre recíproco y cosa de dos*. Los cuales, por ser distintos, deciden entregarse el uno al otro porque así lo desean en absoluta libertad.⁴⁷ El Amor coloca a los que se aman en un plano de igualdad, tal como lo exige el diálogo íntimo del *tú a tú*.⁴⁸

Era de esperar que el *Cantar* se hiciera eco de los dolorosos avatares de la esposa mientras consume su espera. Con la compasión enternecedora y amorosa que impulsa al Esposo a consolarla y alimentar su esperanza, tan próxima ya a verse cumplida:

*Levántate ya, amada mía,
hermosa mía, y ven:
Que ya se ha pasado el invierno
y han cesado las lluvias. . .*⁴⁹

⁴⁷Decía San Agustín que *nadie se conoce a sí mismo si no es tentado; ni puede ser coronado si no vence; ni vencer si no pelea; ni pelear si le faltan enemigo y tentaciones* (En *Enarrationes in Psalmos*, 60,3); Cf Ro 7: 19-23.

⁴⁸Cf Mt 10: 24-25; Lc 6:40; Jn 13:16; 15:20. *Cuando me haya marchado y os haya preparado un lugar, de nuevo vendré y os llevaré junto a mí, para que donde yo estoy, estéis también vosotros* (Jn 14:3).

⁴⁹Ca: 2: 10-11.

Ya se ha dicho que el camino hacia la casa del Padre, o la espera (o la búsqueda) del Esposo, están sujetos a eventualidades, puesto que estamos en el *todavía no*. Las cuales pueden ser positivas o negativas: de adelanto, de retroceso, de triunfo y hasta de derrota. El sueño afectó por igual a *todas* las vírgenes de la parábola, prudentes o necias. Una posibilidad que se hizo realidad; pues todas se encontraban igualmente en situación de aguardar y de sufrir en la incertidumbre. El *Cantar* consigna esta situación, y por eso no omite describir una inesperada contumacia por parte de la esposa. La cual, después de haber sido requerida por el Esposo con inefable ternura,

*Ábreme, hermana mía, esposa mía,
paloma mía, inmaculada mía,
Que está mi cabeza cubierta de rocío. . .*

de manera hasta cierto punto inexplicable, responde negativamente:

*Ya me he quitado la túnica.
¿Cómo volver a vestirme?
Ya me he lavado los pies.
¿Cómo volver a ensuciármelos?⁵⁰*

Estamos pues ante las veleidades y altibajos de una situación, cual es la del estado de itinerancia, en la que tiene lugar una constante interacción del *ya*, que no es una realidad acabada por ahora, con un *todavía no* que tampoco puede ser reconocido como algo enteramente futuro. Donde el *ya* lo es efectivamente, aunque en modo

⁵⁰Ca 5: 2-3.

alguno en plenitud y consumación; y donde el *todavía no* tampoco se ve cumplido en totalidad, en cuanto que el cristiano goza ya de las primicias del Espíritu, así como de la Alegría que le fue otorgada por Jesucristo en anticipación del encuentro en la Patria. El oráculo de Isaías sobre Edom, del modo que es peculiar a la profecía, apunta también a la *ambigüedad* que afecta a la situación de itinerancia del cristiano:

Centinela, ¿qué hay de la noche?

centinela, ¿qué hay de la noche?

El centinela responde:

*Viene la mañana, viene también la noche. . .*⁵¹

La repetición del primer verso no puede considerarse casual. La necesidad de la vigilancia es fundamental para un cristiano; como cuestión que no es ya de vida o muerte, sino de salvación o condenación (1 Pe 5:8). Igual cosa se puede decir de las constantes y graves exhortaciones contenidas en el Evangelio en el mismo sentido. En cuanto a la respuesta del centinela, quizá tenga mucho que ver con la pretendida alusión a la ambigüedad de la situación que ha de afrontar el cristiano: *Viene la mañana, y viene también la noche*. El clarear del alba y la luz del día aún no han dejado tras de sí la noche del sufrimiento y de la lucha enconada. En algún sentido, tal cosa no es sino la lógica exigencia de la participación en la cruz de Cristo; así como de la necesidad de la purificación, que cada cristiano ha de afrontar, y que los místicos explicaron con amplitud a través de su doctrina de las *Noches* del alma.⁵² Pero Cristo ha merecido para los

⁵¹Is 21: 11-12.

⁵²Recuérdese la extensa doctrina de las Noches del *Sentido* y del *Espíritu* en San Juan de la Cruz. O la de los caminos y senderos de purgación tan bellamente expuestos por Santa Teresa de Ávila en su libro de *Las Moradas o Castillo Interior*.

suyos la virtud de la esperanza. Cuyo significado no es otro que el de la confianza, la alegría y la salvación. Es cierto que la situación de itinerancia ha de afrontar el claroscuro de la noche y del día, en extraña mistificación y en situación de posibles vaivenes de alternancia. Sin embargo, al final la esperanza no quedará confundida (Ro 5:5); y en cuanto a la oscuridad que envuelve la presente etapa, también es consolador saber que, según el Apóstol, *la noche está ya avanzada, mientras que el día se acerca*.⁵³

Durante esta etapa transitoria del *todavía no*, concurren situaciones quizá a primera vista fáciles de entender pero que, debido a su complejidad, su comprensión requeriría en realidad un conocimiento profundo de los misterios del Amor. El *Cantar* refleja una de estas situaciones. Se refiere a la esposa que, después de haberse mostrado morosa en recibir al Esposo, se siente compungida y emprende de nuevo su búsqueda, aunque ahora más ansiosamente que nunca:

*Os conjuro, hijas de Jerusalén,
que si encontráis a mi amado,
le digáis que desfallezco de amor.*⁵⁴

Según la esposa, por lo tanto, la ausencia del Esposo la hace desfallecer de amor (*quia amore langueo*). En cuanto al anhelo de San Pablo (*desiderium habens dissolvi et cum Christo esse*⁵⁵), o el *muero porque no muero* de la Santa de Ávila, si bien son expresiones que coinciden en lo esencial con la ansiedad de la esposa del *Cantar*, no dejan de tener sus propios matices. Porque lo que realmente dice la esposa en el Libro de Salomón es que *languidece* de amor. Lo cual

⁵³Ro 13:12.

⁵⁴Ca 5:8; cf 2:5.

⁵⁵Flp 1:23.

equivale a proclamar que se siente enferma y débil, que pierde vigor, que muere poco a poco, que se encuentra extenuada y fatigada. . . , y todo lo que, en definitiva, podría conducir a creer (si los dichos se tomaran siempre literalmente), en una cierta disminución de fuerzas y de vida por causa del Amor. Pero lo que significa la expresión en este caso (*morir de amor*) es un aumento sin medida del fuego y de la llama de la vida, por causa del Amor. Lo que la esposa quiere decir, en realidad, es que ahora ama más que nunca. Con un sentimiento cuya fuerza es tan intensa. . . que hace que se sienta carente de fuerzas; o con un fuego que, de tal modo la abrasa, que parece que va a acabar con su existencia. Y es que, siendo el Amor el mayor de todos los misterios que existen en el Universo, una vez derramado y puesto en el corazón del hombre (Ro 5:5), no puede hacer otra cosa, si es que quiere expresarse de algún modo, que recurrir a la metáfora, a la alegoría, e incluso a la aporía y a la paradoja. El anhelo de la Vida es lo que hace que la esposa se sienta vivir con mayor plenitud que nunca; aunque en tal modo y en tal grado que podría causarle la muerte. . . si acaso se prolonga la tardanza del Esposo en aparecer. Bien entendido que la *muerte*, en este caso no podría tener otro sentido sino el que tan a menudo le atribuye el Nuevo Testamento: morir a uno mismo, o perder la propia vida, pero para encontrar y vivir la vida del otro. ¿Aporías y paradojas. . . ? Tal vez. En definitiva, pobres e insuficientes instrumentos a los que ha de echar mano la penuria del lenguaje humano; pero que no hacen a su vez sino resaltar tal carencia, al mismo tiempo que *señalan* hacia el lejano horizonte donde residen los sentimientos que son, por ahora, imposibles de describir.

* * *

La moderna Pastoral, en cambio, parece haber olvidado que el principal hacer del cristiano no es otro que el de correr tras de Cristo, en ansiosa inquietud por alcanzarlo (1 Cor 9:26; Ga 2:2; Flp 2:16; 3:12;).

Actitud bien diferente la de la esposa del *Cantar*, que encontraba el sentido de su vida en correr tras el Amado de su alma:

*Llévanos tras de ti, corramos.
Introdúcenos, rey en tus cámaras. . .*⁵⁶

Pero los modernos cristianos han cambiado el objeto de su búsqueda, sustituyendo la carrera para alcanzar a Jesucristo por la carrera para alcanzar al hombre. Así es como la Teología católica, sobre todo a partir de la influencia ejercida por Maritain, ha llegado a descubrir que el hombre no puede ser limitado a la consideración de mera criatura de Dios; sino que ha de ser valorado *en sí mismo*, como un ser que goza de su propia autonomía (*Humanismo Integral*). Por más que a continuación haya de afrontar la dificultad de explicar el alcance de un *sí mismo* que, sin pretender prescindir de Dios, proclama para su propia naturaleza una determinada capacidad de autodeterminación; si bien rayana en algo bastante parecido a una emancipación. Y junto con el hombre, las cosas. Pues ha sido a partir de la *Gaudium et Spes* cuando ha tenido lugar el gran descubrimiento de la *autonomía de las realidades temporales*; la intrínseca realidad de las cuales, estimada en sí misma y sin necesidad de connotaciones extrínsecas, había dejado de ser tenida en cuenta durante siglos por culpa, o al menos eso parece, de la vieja teología

⁵⁶Ca 1:4.

del *contemptus mundi*. Gracias a lo cual los cristianos se sintieron repentinamente afectados por un profundo complejo que los hacía sentirse en situación de inferioridad ante el mundo: ¡Grave falta la de haber descuidado reconocer el valor de las cosas temporales tal como son en sí y *por sí*!

Afortunadamente existen soluciones para todo. En este caso concreto, basta con acudir a una de esas extrañas formas de conducta a las que tan proclive es el ser humano. Se trata de la posibilidad de escamotear un problema cuando las conclusiones se oponen, o al menos parecen estorbar, a las propias elaboraciones del entendimiento. ¿Cómo puede admitirse la compatibilidad del concepto de la autonomía de las realidades temporales con el de su condición de cosas creadas...? La solución, que acaso podría parecer a algunos difícil o incluso imposible, es sin embargo sencilla: basta con dar de lado al problema. Se enfatizan determinadas palabras, mediante la ayuda que presta la elaboración de una literatura engolada, y se evita de todo punto ahondar en los conceptos. De esta manera, la Filosofía que podría ser llamada seria, queda transformada en Literatura preciosista, *sonorizada* (en cuanto que *suen*a bien) y no exenta del esoterismo necesario para embaucar y seducir al hombre de la modernidad; ya previamente acostumbrado a prescindir de la realidad en beneficio de las apariencias. Se escribe y se acepta lo que *sue*na bien y se prescinde de *la verdad* del contenido. La misma que, por otra parte, se da por establecida y sin posibilidad de discusión, según la regla del del *Magister dixit*. En el trasfondo del mundillo que se vivió durante la celebración del Concilio Vaticano II, fueron aceptadas muchas elaboraciones por la sola razón de que procedían de Karl Rahner. A propósito de los libros de Maritain (por citar un caso aislado aunque influyente), son innumerables las cuestiones que se deciden en ellos como *definitivas*; aunque sin aportar prueba

alguna ni aclarar con explicaciones; e incluso sin vacilar en aceptar contradicciones en número bastante mayor del deseable.

La grave advertencia de San Pablo a Timoteo: *Se rodearán de maestros a la medida de sus pasiones para halagarse el oído. Cerrarán sus oídos a la verdad y se volverán a los mitos,*⁵⁷ a la que nunca se le concede actualidad y a la que se mira siempre con perspectivas de futuro (como si nunca hubiera sido pronunciada para *hoy*) tendría que ser examinada en estos momentos con mucha más atención. Sobre todo en lo referente a lo de *prurientes auribus*. Debido al hecho de que el hombre moderno presta mucha más atención a las apariencias, a la parafernalia y a la verborrea de literatura circense que a la realidad, ha surgido por todas partes un aluvión de escritos, de sonoro estilo de *bombo y platillo*, plagados de neologismos pretendidamente eruditos, incomprensibles y misteriosos pero halagadores al oído, que han convertido el ámbito de la filosofía-teología en algo bastante próximo a la ciencia-ficción; aunque con poca ciencia y mucho de ficción, como ya se puede suponer. Pero es literatura agradable de leer y que proporciona además, por si fuera poco, un aire de grande erudición para sus autores y para los que la leen. A lo que hay que añadir lo más importante de todo: *no complica la vida y no compromete absolutamente a nada*. Donde es preciso reconocer su perfecta adaptación a los deseos del hombre de hoy, cuales son los de ser su propia y *única* norma por la que ha de regirse. Esta especie de *literatura*, presentada siempre como ciencia, y que además se auto atribuye el privilegio de no necesitar la aportación de pruebas, es la que hoy impera dentro de la Filosofía y de la Teología católicas, con las consiguientes derivaciones y consecuencias en el campo de la Pastoral. La milenaria Teología de los Padres, junto a la monolítica Filosofía de los grandes Maestros Católicos tan recomendada por los Papas hasta el Concilio Vaticano II, han dado paso a las criptográficas y esotéricas (bien que llamativas) elaboraciones puestas en circulación tiempo ha (y con gran provecho propio) por los *Eruditos a la Violeta*.⁵⁸

Todo este conjunto de ideas, para el que por razones de comodidad podría ser aceptada (al menos por una vez) la denominación mariteniana de *Humanismo Integral*, no había tenido en cuenta, para desgracia del mundo y particularmente de la Iglesia, que lo que

⁵⁷ *Ad sua desideria coacervabunt sibi magistros prurientes auribus, et a veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur* (2 Tim 4: 3-4).

⁵⁸ Alusión a la obra *Los Eruditos a la Violeta*, de José Cadalso, uno de los grandes satíricos españoles (1741-1782). La obra parece gozar aún ahora de plena actualidad.

en realidad *es* el hombre ya había sido proclamado, desde mucho antes, por un personaje de tan poca entidad filosófica como fue Pilatos. Pues fue él quien, señalando a Jesucristo, pronunció ante los judíos y ante el mundo su famoso *Ecce homo!* Un hecho histórico transcendental ante el que los judíos, hablando también en nombre de tantos otros (judíos y no judíos) que les habrían de secundar a través de los tiempos, se apresuraron a gritar: *Tolle, tolle!* Preciso es reconocer que la pretensión de que el hombre no se había descubierto a sí mismo hasta los tiempos del Renacimiento, significa olvidar que Dios ya se había hecho Hombre en Jesucristo. O si se quiere decir de otra manera, es un sinsentido que equivale a enterrar más de veinte siglos de Historia como si nunca hubieran existido.

Así se ha llegado a un punto en el que la pregunta acerca de lo que ahora va a suceder parece procedente. La neomodernista teología católica ha preferido esconder a Jesucristo, sin duda alguna con el fin de aumentar y ensanchar el ámbito de autonomía puramente humana. Entendida sin embargo tal autonomía, conviene no olvidarlo, en su más puro sentido de bastarse a sí misma. Todo parece indicar que los vientos soplan en un sentido bien determinado y preciso: El reconocimiento de una Religión universal en la que solamente hay un Dios para todos los hombres (sea quien fuere o lo que fuere), pero capaz de unirlos y de contentarlos a todos. Podría ser aceptado indistintamente como el Dios al que siempre han adorado los cristianos, como Jehová, como Alá, como el Gran Arquitecto del Universo, como alguna de las deidades orientales, como el Primer Motor Inmóvil y, en definitiva, con cualquiera denominación que pueda ser aceptada por todos. En último término, una Entidad válida para todos, sin necesidad de ser considerada como diferente o como perteneciente en exclusiva posesión a cualquiera de los diversos grupos humanos. En un giro absoluto de lo que había sido creído hasta ahora, ya no

es el hombre un ser (creado) que depende de Dios, sino que es más bien Dios quien es un producto exclusivo (elaborado) por el hombre. Por supuesto que ya no hace falta imaginar a Dios como un Ser *personal*; ni menos aún como trascendente al entendimiento humano. Sino como la obra maestra de tal entendimiento, elaborado dentro del molde y los límites de sus propios parámetros. Pero a fin de cuentas aceptado por todos y, como consecuencia, puesto de manifiesto como el único capaz de establecer la hasta ahora tan buscada, y nunca conseguida, *fraternidad* entre los hombres. O dicho de forma más breve y resumida: como el Dios que siempre había preconizado, y por el que tanto había luchado, la Masonería.

Desaparecida al fin la Persona de Jesucristo, y desterrada su presencia de la Teología, de la Pastoral, y de la vida del Pueblo cristiano, recobra actualidad (para los fieles que aún permanecen tales) la actitud de María Magdalena, cuando fue preguntada por los ángeles que se encontraban ante el sepulcro:

—*Mujer, ¿por qué lloras?*

—*Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto—
les respondió.*⁵⁹

Solo que el llanto de la Magdalena tiene ahora una mayor razón de ser. En la nueva Babel que ahora se asienta entre los hombres, el Demonio ha trabajado intensamente por impedir cualquier tipo de comunicación y entendimiento entre ellos; cosa que ha conseguido mediante la corrupción del lenguaje y la inversión de su sentido. Es por eso por lo que al invierno glacial que extiende su manto de desolación por toda la Iglesia se le llama ahora, de manera pomposa, nada menos que *Primavera Eclesial*. Como si estuviera dicho con intencionada ironía, cuando en realidad no podría hablarse, en

⁵⁹Jn 20:13.

referencia a los actuales momentos, sino como la *Edad de la Tristeza y del Vacío*. Pues es lo cierto que la Alegría verdadera, o la propia de Jesucristo y que Él había prometido en cierta ocasión a los suyos (Jn 15:11; 16: 20.22.24), ha desaparecido de la vida y del horizonte del Pueblo cristiano.⁶⁰

* * *

Pero conviene insistir, antes de seguir adelante, en una importante aclaración que afecta a todo lo que se viene diciendo, tanto en lo que respecta a éste como a otros escritos nuestros. En los que siempre hemos sostenido que el amor es propio y exclusivo de la *persona*, y solamente de la persona. Sin embargo, decir que la perfección a la que está llamada la criatura humana sólo puede ser alcanzada a través del amor, no es sostener que su constitución como *persona* dependa de una relación (amorosa o menos amorosa) con los demás.⁶¹ Lo mantenido por nuestra parte nada tiene que ver con las divagaciones de las teorías personalistas de Martín Buber, de Gabriel Marcel, de Max Scheler, de Mounier o de Maritain. Las mismas que tan profundo entusiasmo suscitaron, en buena parte de sus contenidos, en los Papas Pablo VI y Juan Pablo II.

⁶⁰No es éste el lugar para señalar algunos de los muchos síntomas inequívocos que lo demuestran. Ya lo hemos hecho, aunque de forma parcial y esparcida en algunos de nuestros libros. Pero ahora es cuando Nietzsche podría decir con toda razón que el Pueblo de los cristianos es un Pueblo triste. Que el fenómeno pase desapercibido para la mayoría no impide que sea un hecho, e incluso que tal inadvertencia no sea otra cosa que otro exponente de lo tremendo de su gravedad.

⁶¹La única relación que forma parte del constitutivo de la persona humana es la propia del acto de ser creado con su Creador. Aunque esta relación no es accidental, sino transcendental. Cf mi libro *Esperando a Don Quijote*, Shoreless Lake Press, USA, 2007, pags. 353-354.

Pablo VI fue un discípulo apasionado de Maritain. En cuanto a Juan Pablo II, su pensamiento estuvo influido por las ideas de Buber, de Marcel, de Emmanuel Mounier, y sobre todo de Max Scheler, a quien dedicó una de sus dos tesis doctorales. Es sabido que la actitud de estos dos Pontífices ejerció bastante influencia, tanto en las deliberaciones previas como en los contenidos definitivos de los Documentos del Concilio Vaticano II. Así como que la aplicación que posteriormente se hizo de algunas de esas doctrinas, a través de las Comisiones creadas al efecto, ha venido produciendo intenso desasosiego en el Catolicismo postconciliar. El *personalismo* de estos pensadores franceses y alemanes, de tan innegable influencia en la Iglesia desde mediados del pasado siglo, ha conseguido desplazar a un segundo término el significado metafísico del concepto de *persona*. Con un resultado que ahora se puede calificar, con el paso de los años y con entera justicia, como catastrófico.

¿El objetivo de los nuevos personalismos? El mismo Juan Pablo II admitía que definir al hombre como *animal racional* no es suficiente. Es necesario añadir, según él, al constitutivo esencial del ser humano las emociones y los sentimientos; cuya ubicación es sin duda alguna el *corazón del hombre*.

De una forma u otra, el *personalismo* desemboca en la necesidad de admitir los sentimientos y emociones, las situaciones vividas en cada momento, y las circunstancias personales (distintas siempre para cada individuo) como elementos constitutivos del compuesto humano. Todo ello dentro de una esfera de absoluta autonomía personal, carente de injerencias *externas*. Con razón dice Trower que *el centralismo sobre el "sujeto humano" en la filosofía y la teología católicas ha sido una de las más arriesgadas operaciones jamás emprendidas por la Iglesia.*⁶² Cuando en realidad los sentimientos y las

⁶²Philip Trower, *The Catholic Church and the Counter-Faith*, Family Publications, Oxford, 2006, pg. 114.

emociones (incluido el amor) son producto de la persona como tal, y no sus principios constituyentes.

El centralismo en el *sujeto humano* y los falsos conceptos de persona, tan a menudo aceptados por modernos relevantes representantes de la Filosofía y la Teología católicas, han dado lugar a la grave crisis (proyectada en el Dogma, y a renglón seguido en la Liturgia y en la Moral) que ha afectado a la Iglesia desde los tiempos del Vaticano II, y que aún perdura.

Para Buber, por ejemplo, la realidad suprema es *la persona en su relación con otros seres*. De modo que, para él, la *situación relacional* es el punto central de la realidad, y no la persona constituida como tal por su acto de ser participado.

Pero en los seres creados la activa relación con los otros es un accidente, y no puede ser considerada, por lo tanto, como un constitutivo de la persona humana; sino como algo más bien que se deriva de ella y a lo que ella da lugar. En la narración bíblica, por ejemplo, Adán no hubiera sido persona hasta la aparición de Eva (suponiendo un tiempo, por lo demás desconocido, entre la creación de ambos).

Pero es que además, según Buber, una vez que los individuos se han hecho mutuamente presentes —el *Yo* y el *Tú*—, y quedan por lo mismo constituidos como personas, ambos concluyen su relación a través del *Diálogo*.

Bien entendido, sin embargo, que el Diálogo, para Buber, en modo alguno significa lo que mismo que ha significado en todo momento para la Iglesia, para la Filosofía de siempre (perenne o no perenne)... , y para el sentido común de los hombres. El Diálogo, según nuestro pensador, solamente sirve para que cada parte afirme *la verdad* de la otra, o el *derecho* a ser ella como es. Intentar influenciar a la otra parte, o modificar sus puntos de vista, sería rebajar el nivel de la relación *Yo-Tú* (personal) a otro inferior llamado por Buber

el de la relación *Yo-Ello* (objetivo), lo cual lo convertiría en una situación relacional ya no subjetiva.

El resultado no ha sido otro sino el de que este extraño tipo de *relacionismo* y esta novedosa forma de *dialoguismo* han tomado carta de naturaleza en la Sociedad moderna. Y hasta han penetrado, con no pequeñas repercusiones, en la Teología y en la Liturgia católicas.

Según lo cual, lo importante del *Diálogo* es hablar entre varios, por supuesto. Aunque meramente para intercambiar puntos de vista, exponer situaciones y experiencias vitales, y dar lugar sobre todo a situaciones relacionales. Sin que importe para nada que cada cual siga manteniendo sus propias posiciones; y hasta es necesario que así sea, a fin de que no se desvirtúe la naturaleza del *Diálogo*.

En tiempos recientes, algunos Documentos y actuaciones de la Jerarquía Eclesiástica católica han sido causa de cierta confusión, e incluso motivo de división entre algunos grupos de fieles. Así ha ocurrido, por ejemplo, con motivo de la publicación del *Motu Proprio* del Papa Benedicto XVI *Summorum Pontificum*, del 7 de Julio del 2007. El Documento autoriza la celebración, como Rito Extraordinario y con ciertas condiciones, de la Misa de San Pío V (más conocida con el nombre de Misa Tridentina). Y ha sido considerado por algunos como el comienzo de una vuelta a la Liturgia Tradicional, como un cierto reconocimiento de su superioridad con respecto a la Liturgia postconciliar (y concretamente sobre la Misa del Papa Pablo VI), y como un triunfo, aunque mínimo, de la facción *conservadora* de la Iglesia sobre la corriente *progresista*. Mientras que otros, por el contrario, los cuales representan la fracción más numerosa y belicosa del mundo eclesial, lo han tachado de *regresión* y vuelta atrás con respecto a las nuevas tendencias y logros del Catolicismo postconciliar.

De donde resulta que, así como algunos han considerado a Benedicto XVI como salvador de la Tradición y de la Fe Católicas, otros en cambio han tildado al Papa de poco menos que traidor a los avances alcanzados por el Concilio Vaticano II.

Curiosamente, sin embargo, hay algo en lo que parecen coincidir unos y otros. Sucede que, en atención a los acontecimientos, el Papa ha dado lugar a ser considerado como contradictorio e inconsecuente.

Conforme a lo cual, frente a la ideología más bien progresista del Papa Benedicto XVI (según parece desprenderse hasta ahora de sus escritos y discursos, y

más aún de sus actuaciones), la regresión que supone el *Summorum Pontificum*, significa para el Movimiento progresista una lamentable vuelta atrás. Además de una penosa concesión a los Movimientos Tradicionalistas, tachados por el progresismo incluso de cismáticos (acusación principalmente dirigida contra el lefevrismo).

A su vez, quienes se consideran a sí mismos como defensores de la auténtica Tradición de la Iglesia, llegan también a la misma consideración de inconsecuencia por parte del Papa.

En definitiva, ¿acaso está dispuesto el Papa a volver a la Iglesia tradicional, haciendo cuenta atrás de sus actuaciones hasta este momento de su Pontificado?⁶³ ¿Significa esta disposición del *Summorum Pontificum*, por moderada que sea, una vuelta al carácter conservador que se desprende de algunos escritos del que fue Cardenal Ratzinger? ¿O acaso una muestra más de la buena voluntad del Papa, en su propósito de atraer a ciertos disidentes y evitar posibles cismas?

Preciso es reconocer que la cuestión ha dado lugar a perplejidades, e incluso a cierta irascibilidad por parte de un sector mayoritario. Mientras que el *Motu Proprio* ha parecido a algunos un tímido retroceso (avance) hacia lo tradicional, otros lo consideran regresivo y una muestra de debilidad para con los tradicionalistas. De una forma o de otra, todos acaban por convenir en el carácter de inconsecuencia en esta decisión del Papa.

El hecho es que todos están de acuerdo en que Benedicto XVI es un hombre de elevada inteligencia, dotado de una sólida cultura, y en que ha demostrado siempre firmeza de carácter. Resulta, por lo tanto, difícil tildarlo de inconsecuente, contradictorio o débil. Nada hay en su conducta, ni como Cardenal ni como Papa, que pueda ser objeto de la acusación de inconsecuencia.

Por lo que respecta a los escritos del Cardenal Ratzinger, reconocidos, al menos en su mayoría, como de carácter *conservador*, no debe olvidarse que, como siempre sucede con cualquier actuación humana, deben ser examinados a la luz de una consideración *global* o de conjunto. Puesto que es imposible conocer a los hombres por sus intenciones, no hay sino acudir a sus hechos y a los frutos que supone el conjunto de sus actuaciones (Mt 7:16; *passim*). Y es indudable que un cuidadoso estudio de *todos* los escritos del Cardenal, así como una desapasionada consideración de sus actuaciones, convierten en difícil

⁶³ Los que así piensan dirigen su atención hacia una serie determinada de actuaciones de procedimiento, como son, por ejemplo, los nombramientos efectuados por el Papa; especialmente en lo que se refiere a puestos de importancia y de grave responsabilidad en la Iglesia.

la tarea, pretendida y deseada por casi todos los tradicionalistas, de considerar a Ratzinger como un conservador sin más.

No puede haber objeción en cuanto a aceptar la opinión favorable de un intelectual serio como Ferrara, hombre poco sospechoso en este punto y poco amigo de la corriente progresista.⁶⁴ Según el escritor norteamericano, por medio de este *contrarevolucionario* Documento, el Papa ha dado fin a la polémica y ha puesto valientemente las cosas en su sitio, reconociendo la validez jurídica del antiguo rito; el cual en realidad nunca fue abrogado.

No es fácil suponer, sin embargo, que la polémica haya quedado zanjada con el Documento. Ni pueden descartarse tampoco otros puntos de vista.

Benedicto XVI está formado en la misma Escuela filosófica que sus dos inmediatos predecesores, Pablo VI y Juan Pablo II. De donde no es extraño que su pensamiento parezca estar sujeto a las mismas influencias que las que afectaron a esos dos Pontífices; aunque el hecho pase desapercibido para la mayoría. No se puede descartar, por lo tanto, que el deseo del Papa de evitar las confrontaciones se extienda también al de fomentar el Diálogo. La cuestión se plantearía entonces en el sentido de dar a cada uno lo suyo, a fin de procurar el respeto para todos. ¿Por qué no permitir que los partidarios de la Tradición se atengan a ella, siquiera en parte, y dar carta así de legitimidad al llamado rito tridentino? Por lo demás, a lo largo de la Historia, han concurrido en la Iglesia diversos ritos, en sucesión cronológica o conjuntamente: el mozárabe o toledano, el ambrosiano, el milanés, el benedictino, los ritos ortodoxos orientales, etc. En apoyo de lo cual debe tenerse en cuenta que Benedicto XVI ha demostrado, a través de su política ecumenística, que es partidario de reconocer un cierto *status* de legalidad a las diversas religiones; y especialmente a las confesiones cristianas.

Aunque de ser cierto esto último, es indudable que podría dar lugar a serios riesgos. En definitiva, dada la turbulencia de los tiempos que han seguido al Concilio Vaticano II, nadie habrá pensado que el Pontificado de Benedicto XVI iba a ser un camino de rosas.

La posibilidad de graves peligros al acecho, en efecto, no es cosa para echar en saco roto.

A pesar del principio formulado por San Pablo, según el cual *nada hay impuro en sí mismo*,⁶⁵ que algunos entienden mal, en el sentido de *omnia munda*

⁶⁴Cristopher A. Ferrara, *The Motu Proprio and the "Polity of Death"*, en la Revista *Latin Mass*, Fall 2007, NJ (USA), pag. 20.

⁶⁵*Nihil commune per seipsum* (Ro 14:14).

mundi, o bien de que *todo el mundo es bueno*,⁶⁶ con todo, puede quedar de manifiesto alguna vez que no se trataba de meras tendencias dentro de un común doctrinal, sino de posiciones contrarias. . . , no fácilmente conciliables. Y es obvio que intentar un acuerdo entre posturas contradictorias puede engendrar confusión, e incluso dar lugar a que los espíritus más pusilánimes lleguen a pensar que todo da lo mismo.

En cuanto al absoluto respeto, una vez establecido el Diálogo, a las posiciones de cada uno, sin que importe demasiado la disparidad, ya puede comprenderse lo que esto puede significar en doctrinas de tanta actualidad para la Iglesia como es la del *Ecumenismo*. Algo que también arroja bastante luz en cuanto a la insistencia en el binomio Diálogo–Ecumenismo. Las conclusiones que vienen siendo establecidas no son otras sino que *no* es necesario aspirar a un cambio de posturas por parte de nadie. Lo único que cabe esperar, en todo caso, es la confluencia de unos y otros en un *lugar común*. Un misterioso punto de encuentro cuya consistencia, por supuesto, ya puede ser declarada de antemano como algo menos que precaria.

Lugar común al que bien puede considerarse, en efecto, como inquietante e intrigante a la vez. Por dos razones sobre todo:

En primer lugar, porque resulta bastante difícil explicar la forma de llegar al susodicho lugar común *sin deponer, por parte de nadie, ninguna de las propias posiciones*.

En segundo lugar, porque no sería menos difícil explicar la posibilidad del encuentro en un *lugar común* en el que hubieran quedado eliminadas todas las discrepancias. Aunque, por otra parte, tampoco

⁶⁶ Aunque parezca inverosímil, el principio está muy de moda, aunque de forma más o menos subrepticia, en la Teología moderna. Es el que ha dado lugar a la negación (más o menos disimulada) de la existencia del Infierno, o a postulados como el del *cristianismo anónimo*. Por nuestra parte, ya hemos hablado ampliamente en otro lugar de lo que hemos convenido en llamar *Teologías de la Bondad* (Cf Alfonso Gálvez, *El Amigo Inoportuno*, Shoreless Lake Press, New Jersey, 1995; hay traducción inglesa).

se explica la forma de llegar a tal milagro. ¿Sería tal lugar común algo distinto de un vacío neutro? De no ser así, ¿cual sería el contenido de ese pretendido *depósito* de acuerdos con el que todos estarían conformes?⁶⁷

Así resulta más fácil explicar el significado del *Diálogo por el Diálogo* y la extraordinaria frecuencia de su uso en la moderna Sociedad. En realidad, aunque no se trate más que de *hablar por hablar*, con todo, si de tal cosa se van a derivar situaciones relacionales, siempre beneficiosas y sin que haya que suponer compromisos de ninguna clase, bienvenido sea el *Diálogo*. Al menos eso es lo que suele decirse. Sería el momento de recordar aquí la frase de Churchill durante los tiempos de la II Guerra Mundial: *Más vale charla que te charla que guerra que te guerra*. Claro que para los propugnadores del moderno Ecumenismo no se trata meramente de hablar por hablar (algo así como para ganar tiempo, para entretener a la gente, o para tender una cortina de humo que oculte otros propósitos), sino de hablar para llegar al fin al tan suspirado *Lugar Común*: ¿Quizá la Religión de la Fraternidad Universal, puramente naturalista y que no reconoce otro culto que el tributado al Hombre...? ¿Tal vez algo parecido a lo que siempre ha preconizado la Masonería...? Por supuesto que Churchill era demasiado inteligente como para creer que valía la pena hablar por hablar, sin otro propósito que el de evitar la guerra. Es bien conocida la frecuencia con que estas expresiones suelen ocultar intenciones que no se hacen patentes al gran público. Y siempre su-

⁶⁷ Algo común a todas las utopías es el hacer literatura *rimbombante*, con fórmulas aparentemente mágicas e infalibles... , pero donde nunca se dan razones ni las explicaciones que serían necesarias. Algo así como si el mar no fuera otra cosa que el agua que se ve en la superficie, sin más necesidad de plantearse problemas acerca de la que pueda estar debajo. Como se sabe, la literatura rimbombante se considera eximida de la necesidad de aducir pruebas o de afrontar posibles objeciones.

cede así en los que insisten en el Diálogo por el Diálogo, sin excluir, por supuesto, muchas de las tendencias que laboran en favor de un pretendido Ecumenismo.

Los famosos *Encuentros de Asís*, organizados por el Papa Juan Pablo II, tuvieron lugar durante los años 1986, 1993 y 2002, aparte de otro más promovido por el Papa Benedicto XVI en el año 2006. Y no existen razones que induzcan a dudar de la buena fe de estos Pontífices al propugnar este tipo de actividades. Fueron invitadas a tomar parte en los Encuentros todas las *religiones*, incluidas las que no creen en ninguna, y el objetivo propuesto no fue otro que el de *rezar juntos por la paz*. A nadie se le oculta, sin embargo, la intención ecumenista que yacía en el fondo de estas convocatorias.

Por lo que hace a la efectividad espiritual de esta *oración en común*, es cosa sólo por Dios conocida y de la que nada hay que decir por lo tanto. Aunque, por otra parte, resulta imposible negar la licitud de aportar al hecho algunas reservas que parecen gozar de cierto fundamento. La principal de ellas parte de la evidencia de que casi ninguno de los participantes creía en la divinidad de Jesucristo; y ni siquiera en Dios algunos de ellos.

De donde resulta difícil no ver aquí otra manifestación de lo dicho anteriormente. Pues todo parece indicar que la clave de estas convocatorias giraba en torno a la posibilidad de *dialogar juntos*; sin dar lugar a la menor pretensión por parte de nadie de imponer a los demás las propias creencias, o bien la ausencia de ellas. Lo mismo vale decir (en realidad es la misma cosa) que las convocatorias se hicieron bajo el lema de que cada cual rezara *según su propia fe*, sin ahondar en modo alguno por lo que hace al contenido y la viabilidad de la tal *fe*. Y tal como se ha dicho antes, no tiene mucho sentido hablar de la efectividad de tales rezos, puesto que sólo Dios conoce el valor y el resultado de las *oraciones* de los hombres (*¿Quién conoció*

*la mente del Señor para darle lecciones?*⁶⁸). Aunque, por otra parte y tal como ya se ha dicho también, no es posible negar la licitud de cuestionar, siquiera de alguna manera, el evento como tal evento; en cuanto a su utilidad práctica por lo menos, así como en lo que respecta a una justa evaluación de los pros y los contras.

Cabría formular, por ejemplo, la siguiente pregunta: ¿Qué es lo que se puede esperar de la *oración en común* realizada por gentes cuya mayoría no cree en Dios? Alguien dirá con razón que solamente Dios podría dar la respuesta. Ni tampoco existe ahora, como en la Antigüedad, la posibilidad de consultar a los Oráculos; o bien, como en la Ley Antigua, a los profetas o a las sibilas. Pero sucede que aquí no se trata de eso. Pues el acontecimiento es de tal transcendencia, tanto para los creyentes como para los no creyentes de todo el mundo, que no puede dejar de ser sometido a análisis. Y aun cuestionado, si razonablemente parecen existir motivos suficientes para hacerlo; tal como lo han hecho multitud de creyentes, en los que es imposible suponer mala voluntad o falta de fidelidad a la Iglesia.

Es evidente, como se ha dicho repetidamente, que nadie puede juzgar la mente del Señor con respecto a las acciones de los hombres, salvo que Él haya hablado expresamente al respecto. Lo cual hay que hacerlo extensivo, con mayor razón, a aquellas acciones a las que, con una cierta dosis de buena voluntad, incluso se les puede atribuir un valor ambiguo o tal vez dudoso. A pesar de lo cual debe tenerse en cuenta que el Apóstol concluye el texto citado arriba diciendo que *nosotros poseemos el pensamiento de Cristo*.⁶⁹ Una afirmación audaz que viene a consolidar la idea de que el discípulo de Jesucristo posee el derecho, y aun el deber, de examinar los acontecimientos a la luz del Evangelio; no, desde luego, según una

⁶⁸1 Cor 2:16, citando a Is 40:13; Ro 11: 33-34.

⁶⁹*Nos autem sensum Christi habemus* (1 Cor 2:16).

interpretación personal y arbitraria, al estilo protestante, sino tal como la Buena Nueva ha sido entendida siempre por la Iglesia. Si el cristiano, a través de una comunión de vidas (entre él y Jesucristo) que origina una verdadera participación de cada uno en la existencia del otro, ha hecho suya la mente o el *pensamiento* de su Maestro, nada tiene de particular (sería inadmisibles lo contrario) que piense y juzgue según criterios evangélicos. Teniendo en cuenta lo cual, no cabe sino admitir que, aplicadas las consecuencias que se derivan de las enseñanzas neotestamentarias, aparecen suficientes razones para *cuestionar* tales Encuentros. El Apóstol afirma, en efecto, que *las cosas de Dios nadie las ha conocido sino el Espíritu de Dios*,⁷⁰ aunque para añadir a continuación, en el versículo siguiente, que *nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios*. Aquí sería posible también tomar en consideración lo que dice el Apóstol en la misma Carta Primera a los Corintios: *El hombre no espiritual no percibe las cosas del Espíritu de Dios, pues son necedad para él y no puede conocerlas, porque sólo se pueden enjuiciar según el Espíritu. Por el contrario, el hombre espiritual juzga de todo, y a él nadie es capaz de juzgarle*.⁷¹ Ni tampoco estaría de más tener en cuenta la seria advertencia del Apóstol San Juan: *Han aparecido en el mundo muchos seductores que no confiesan a Jesucristo venido en carne. Ése es el seductor y el Anticristo... Todo el que se separa de la doctrina de Cristo y no permanece en ella, no posee a Dios; quien permanece en la doctrina, ése posee al Padre y al Hijo. Si alguno viene a vosotros y no transmite esta doctrina no le recibáis en casa ni le saludéis; pues quien le saluda se hace cómplice de sus malas obras*.⁷² El Señor, por su parte, tampoco parece demasiado complaciente con

⁷⁰1 Cor 1:11.

⁷¹1 Cor 1: 14-15.

⁷²2 Jn 7-10.

los que se niegan a seguir sus enseñanzas: *Si alguien no os acoge ni escucha vuestras palabras, al salir de aquella casa o ciudad, sacudíos el polvo de los pies. En verdad os digo que en el Día del Juicio la tierra de Sodoma y Gomorra será tratada con menos rigor que esa ciudad.*⁷³ No hay que olvidar que la Iglesia, y no lo teólogos, es quien tiene el derecho y el deber de interpretar *auténticamente*⁷⁴ el contenido de la Revelación, y ya concretamente las palabras de Jesucristo. Teniendo esto en cuenta, sin embargo, no queda sino reconocer que a ciertas palabras de Jesucristo resulta difícil atribuirles un sentido ecuménico: *El que crea y sea bautizado se salvará; pero el que no crea se condenará.*⁷⁵ Al menos tal como entienden el ecumenismo ciertos teólogos autores de teorías tales como la del cristianismo anónimo, la de la salvación universal, la del infierno como mera posibilidad real, la de que la Iglesia Católica no puede pretender la cualidad de ser la *Única* fundada por Jesucristo, etc. Entre los cuales hay que contar a los grandes Patriarcas de la Teología Católica actual, con Rahner a la cabeza; aunque tampoco cabe olvidar a la ingente y entusiasmada multitud de sus seguidores. . . , entre los que se encuentran no pocos e importantes miembros de la Jerarquía de la Iglesia.

Es interesante observar que Jesucristo habló en alguna ocasión acerca del *rezo en común*, y precisamente para encomiarlo. En un texto contenido en San Mateo, dice así el Señor: *En verdad os digo que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra sobre cualquier cosa que quieran pedir, mi Padre que está en los cielos se lo*

⁷³Mt 10: 14-15.

⁷⁴En la Doctrina Jurídica se denomina *interpretación auténtica* de una Ley la llevada a cabo por el mismo Legislador; y de ahí que no pueda ser cuestionada. Ya puede suponerse que aquí se utiliza el concepto en un contexto amplio, aunque legítimo.

⁷⁵Mc 16:16; cf Jn 3:18.

*concederá. Pues donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.*⁷⁶

El problema radica aquí en el hecho de que los textos de la Biblia deben ser leídos dentro de su contenido *completo* (sin separarlos tampoco de su contexto) y según su sentido *más propio*. Y el que aquí se aduce, con palabras del Señor, para referirse a los que se reúnen para *rezar juntos*, dice expresamente que han de hacerlo *in nomine meo*. Sin embargo, ¿cómo puede suponerse que se reúnen en el nombre del Señor los que no creen en el Señor, e incluso los que reniegan abiertamente de Él...?

El problema con el que se enfrentan las doctrinas *personalistas* es justamente el mismo con el que tropiezan todas las falsas doctrinas: junto a la carencia metafísica, la ausencia de Lógica. La razón humana está hecha para conocer la verdad, y no para *inventarla*.⁷⁷ La Lógica es la Ciencia que regula el recto funcionamiento de la razón, y de ahí que su desprecio conduce inevitablemente a la contradicción y al absurdo. Se ha dicho acertadamente que los postulados de la Revolución Francesa son subproductos de verdades cristianas, convertidas ahora en herejías: ideas como las de libertad, fraternidad, etc., tal y como las entendían los revolucionarios y los hijos de la Ilustración, no son sino detritos de la peor especie que pertenecieron en su origen al Mensaje Evangélico.

Según los personalismos, la situación relacional (la persona en su relación con otros) es la realidad suprema, más bien que la persona individual en la que se sustenta esta relación. De ahí que las personas no comiencen siendo por completo humanas, sino que se constituyan a través de un Tú con el que entran en relación. Así se explica que

⁷⁶Mt 18: 19-20.

⁷⁷O quizá habría que decir mejor que su función propia no es la de *crearla*; si se quiere tener en cuenta la etimología latina del vocablo. El verbo latino *invenire* significa hallar o encontrar.

para Buber, lo mismo que para Gabriel Marcel, las comunidades son el único lugar donde los hombres llegan a ser perfectamente *ellos mismos*. Sin embargo, por otro lado, el personalismo asegura que no es necesario que los miembros que integran tales comunidades piensen de forma semejante; puesto que es importante que cada cual reafirme su derecho a ser como es.

Como puede ver cualquiera que razone serenamente, aquí no hay otra cosa que un batiburrillo de ideas que, a poco que se tomen en serio, pueden conducir a cualquiera a un caos mental o tal vez a algo peor. La persona humana fue creada como tal a semejanza de Dios y con un destino inmortal. El mandamiento de la caridad o del amor fraterno es el *Mandamiento Nuevo* del Evangelio; con la admonición, por parte de Jesucristo, de que sus discípulos serían reconocidos por la íntima relación de amor que los une. Pero los *personalistas* han creído encontrar una superación de las ideas evangélicas; con lo que han vuelto a descubrir el mar Mediterráneo, sólo que al revés.

¿Qué significa exactamente la afirmación de que la situación relacional es la auténtica realidad, más allá del individuo como tal? Salvo que se fuerce el sentido común hasta la violencia, a nivel creado todo parece indicar que son las personas quienes constituyen las relaciones, y no las relaciones las que hacen a las personas. ¿Y cómo puede pretenderse que la persona sólo se constituye como tal en la comunidad y en la elaboración de la comunidad, al mismo tiempo que se dice que es la persona quien edifica la comunidad? Por otra parte, queda establecido que los individuos, ni a través del Diálogo ni de ninguna forma, pueden tratar de influenciar a los otros. . . , desde el momento en que cada uno debe mantener su propia verdad, o *su propia identidad*. Pero si el Diálogo, o la situación relacional, no pretende influenciar al otro, ¿cual es entonces su sentido. . . ? Si las personas solamente se constituyen como tales dentro de la comu-

nidad, manteniendo cada una su propia verdad y sin influir en las demás, ¿cuál es el contenido de la comunidad y cómo se explica su estructura...? Preguntas todas que quedan sin respuesta y sin otro fundamento para convencer que el del *Magister dixit*.

Un ejemplo práctico de lo que serían las *comunidades*, tal como las entienden los personalistas, podría ser el de una colonia de pingüinos. En la que cada individuo de la especie necesita de la comunidad (colonia) para *realizarse* (aunque en realidad aquí la *realización* es un problema de supervivencia). Y donde, por otra parte, cada uno de los miembros que componen el conjunto no se preocupa en absoluto de influenciar la *individualidad* de los demás: la verdad sea dicha, aparte de la necesidad de la colonia (comunidad) para subsistir, es lícito suponer que a cada pingüino le importa un bledo *la verdad* de los otros. Son dos, por lo tanto, los elementos que se exigen aquí: la necesidad de la comunidad (colonia) para subsistir (realizarse), de una parte, y el respeto total de la verdad o punto de vista de cada uno de los demás pingüinos que la componen, de otra.

Tanto en la Pastoral moderna del Catolicismo como en su Liturgia, el énfasis puesto en la idea de *comunidad* ha llegado hasta el punto de considerar tal realidad como algo *cuasi-sacramental*, en frase de Trower.⁷⁸ De tal manera que el culto a Dios ha cedido el puesto al culto al hombre, a través de lo que se califica como *la edificación y realización de la comunidad*. Y además donde ahí queda todo; puesto que nadie sabe que es lo que hay más allá, una vez constituida la comunidad. ¿Se trata de una comunidad en la que, tal como se decía de las que formaban los primeros cristianos, existe un solo cuerpo y una sola alma? Por supuesto que no, puesto que no se habla para nada de la necesidad de la caridad como virtud cristiana. Aseguran estas doctrinas que el ser humano se siente realizado cuan-

⁷⁸Philip Trower, *Op. cit.*

do, dentro de la comunidad, es capaz de tratar al otro como un *Tú*, y no como un *Ello*; pero sin que nadie haya explicado hasta ahora en lo que consisten la esencia y el contenido último de esa relación. La constitución de la comunidad, sin necesidad de invocar la caridad cristiana (la cual no es rechazada expresamente, sino simplemente ignorada), parece concluir en una operación carente de consistencia. Según el Apóstol San Pablo, sólo la caridad es la que edifica;⁷⁹ por lo que cabría preguntar acerca de lo que va a suceder una vez constituida la comunidad. Aunque, por desgracia, acerca de lo cual nunca se aportan explicaciones. Por lo que al fin resulta difícil evitar la impresión de que nada hay aquí aparte de logomaquias y verborreas. Donde se habla y se habla y se elabora una literatura deslumbrante; atrayente sobre todo para quienes no están acostumbrados a analizar en profundidad y son proclives a los sentimientos de admiración. Es un tipo de literatura que suena bien, produce impresión de erudición y de brillantes destellos intelectuales. . . , y además no compromete a nada. No se aducen pruebas, desde el momento en que parece más que suficiente la palabra de los *Maestros*.⁸⁰

Ahora bien, ¿cómo puede entenderse una situación relacional de la que sean excluidas, por principio, toda clase de relaciones? Es indudable que en toda relación ha de existir una cierta intercomunicación o algún modo de intercambio; de la clase que sea, pero intercambio. En la relación paterno-filial, por ejemplo, el hijo reci-

⁷⁹*Scientia inflat, caritas vero ædificat* (1 Cor 8:1).

⁸⁰Lo que trae a la memoria los vanos intentos, llevados a cabo por muchos integrantes del mundo clerical, a fin de mostrar ante el mundo (y convencerse a sí mismos), de que viven la caridad fraterna (el clero secular concretamente suele utilizar la fórmula de *siempre en el Presbiterio y con el Presbiterio*). La forma de hacerlo suele ser la de rezar juntos, en reuniones y asambleas más especialmente, recitando una Hora Canónica que ordinariamente es una de las Horas Menores (tal vez a fin de no cargar las tintas); realizado lo cual cada uno marcha a vivir su propia vida, sin preocuparse demasiado de la *verdad* o de la *individualidad* de los demás.

be del padre la existencia, además de la razón de filiación; mientras que el padre, a su vez, recibe del hijo la razón de paternidad. Pero de todos modos ha de haber siempre necesariamente un *dar* y un *recibir*, de los que no cabe excluir la reciprocidad. Considerado lo cual, cabe preguntar: si el hecho de dar, y el consiguiente de recibir, no deben ni pueden considerarse como *influencia de una parte en la otra*, que es lo mismo que decir inmiscuirse en el ser del otro, ¿en qué consiste entonces la situación relacional y qué objeto tiene el famoso Diálogo...? ¿Podría alguien explicar cómo es posible pensar en un dar y un recibir, realizado al menos entre dos, sin que *afecten*, del modo que sea, el ser del otro? En cuanto a la utilización de expresiones como *la verdad del otro*, con el fin de aludir al respeto sagrado e inviolable que se debe a la otra persona, no es más que un modo de hacer gala (o eso es lo que parece) de la verborrea capaz de convencer a los demasiado proclives a la admiración.

Por otra parte, y éste es sin duda el punto más importante, las doctrinas personalistas atentan contra el concepto y la realidad del amor. El ser humano, creado como persona con el fin principal de amar y de ser amado, que es lo mismo que decir para entregarse a los demás y al mismo tiempo depender de ellos, resulta ser ahora, según se desprende de la lógica de los personalismos, *el ente más individualista y solitario de la creación*.

Se habla de tratar al otro como un *Tú* (como persona, y no como objeto) y de respetar *su verdad*, o su individualidad. Pero tratar al otro como un *Tú* supone para los personalismos no pretender modificar (mediante cualquier acción con ánimo de influir) la personalidad del otro. Y sin embargo no se explica como es posible respetar el *Tú* del otro sin influir en su personalidad, o en su *verdad*: otro concepto más entre los muchos que se quedan sin ser aclarados. Por ejemplo, para seguir con la lista, siquiera sea someramente: ¿En qué consiste

exactamente *la verdad* del otro...? ¿Cómo se identifican *la verdad* y la *personalidad* de un ser y cuál es exactamente la relación existente entre esos dos conceptos...? Por otra parte se da por supuesto, sin aportar pruebas, que cualquier influencia a ejercer sobre otro es necesariamente negativa; a pesar de que siempre se había creído, por el sentido común y según la creencia más universal, que existen igualmente buenas y malas influencias.

Puesto que el hombre ha sido creado como un ser social, para vivir en comunión con sus semejantes (con todo lo que eso supone), además de estar elevado al orden sobrenatural y destinado a amarlos tanto natural como sobrenaturalmente, no se entiende como tal cosa sea posible si se excluye cualquier tipo de influencia entre los seres. Se da por supuesto que el *respeto* debido al *otro* exige tener en cuenta la individualidad de su personalidad, a fin de no modificar en absoluto la *verdad* de su ser. Con lo que se establece un concepto aberrante y distorsionado de la persona y la individualidad del ser humano. El cual no puede desarrollarse como tal, ni enriquecerse en una madurez más plena a lo largo de su vida, tanto natural como sobrenatural, sin depender de los demás mediante una cierta reciprocidad. La misma en la que ha de tener lugar una mutua transmisión de ideas, de afinidades, de sentimientos, y de todo orden de posesiones; y que incluso culmina en lo que puede llamarse con toda propiedad *intercambio de vidas*.

Si se eliminan los conceptos de *entregar* y de *recibir* en la situación relacional, a fin de suprimir toda posible influencia y dejar enteramente a salvo la *verdad* o el *Tú* del otro, se hace imposible explicar la misma situación relacional, en primer lugar. Pero es que además —y esto es lo más grave— se destruye un integrante básico y fundamental del concepto del amor, el cual *no* puede siquiera ser imaginado sin la existencia de una mutua entrega y recepción.

A no ser que se pretenda hacer pura logomaquia, de privar a las palabras de su significado más común, o de hablar simplemente de modo altisonante para admiración de bobos, etc., de atenerse a lo que pregonan los nuevos descubridores de turno se llega a conclusiones sorprendentes. Lo de siempre: la filosofía del *ser* y de la *precisión* en la verdad ha sido sustituida por la fraseología del *parecer* y la verborrea de la altisonancia.⁸¹ Bien entendido que la tal verborrea, ni pretende ni necesita ser entendida, dado que lo importante en ella no es tanto la precisión de los conceptos cuanto el modo como suena a los oídos.

Que los conceptos de *dar* y de *recibir* son fundamentales en la existencia humana, hasta el punto de que sin ellos no puede darse especie alguna de situación relacional, es algo que afirma expresamente el mismo Jesucristo. Quien se cuida de añadir además que en toda relación amorosa (toda situación relacional entre humanos está llamada a convertirse en amorosa) hay más felicidad en dar que en recibir: *Beatius est magis dare quam accipere*.⁸² Por supuesto que no sería lícito restringir aquí el significado de ambos conceptos de entrega y recepción; a la manera del que tendrían, por ejemplo, en el lenguaje jurídico humano relativo a los contratos (*do ut des; facio ut facias*). Es evidente que aquí se trata de una intercomunicación que afecta a la vez, tanto interna como externamente, a ambas partes de la situación relacional.

⁸¹Atenerse a lo entendido universalmente por el sentido de los vocablos es lo que hace posible el entendimiento entre los hombres. Sin embargo, uno de los procedimientos empleados con más éxito por el progresismo (neomodernismo) teologizante actual es el de utilizar vocablos de uso corriente, y de significado nunca discutido, con significación distinta a la habitual. La gente los acepta como buenos (no tendría por qué dejar de hacerlo), cuando en realidad está recibiendo algo muy distinto a lo imaginado. La medicina con etiqueta de bálsamo curativo contiene en realidad ácido corrosivo.

⁸²Hech 20:35.

El *respeto* a la *verdad* del otro, cuidando para ello de evitar cualquier intento de influencia (de la clase que sea) en su persona, tal como entienden el problema los personalismos, no solamente subvierte el significado del concepto *respeto*, sino que destruye las bases más fundamentales de la existencia cristiana, y aun de la vida humana.

Si algo significa el concepto del *respeto* hacia el otro es precisamente la decisión de tratarlo con amor, que es lo mismo que decir procurar el bien para él. Por supuesto que tratar de aproximar como sinónimos los conceptos de respeto y de amor causará grave escándalo entre los personalistas, sin olvidar a otros muchos que se apresurarán a tachar de ignorantes a los que tal cosa hacen. Por lo cual, como represalia y también como instrumento de defensa, nunca faltará quien acuda al procedimiento de utilizar los sambenitos; los cuales, como todo el mundo sabe, no necesitan pruebas: basta con asignarlos. Aunque lo más grave de todo esto es que este mundo de pretendidos modernos eruditos, decididos por lo demás a arrogarse el oficio de nuevos diseñadores de la naturaleza humana, dejó de creer hace bastante tiempo en el concepto del amor.

¿De dónde han sacado los personalismos la doctrina de que cada cual tiene derecho a configurar su propia personalidad (*autonomía*) y que nadie puede pretender interferir en ella? Lo que hay aquí, en definitiva, es el hombre como *definidor* de su propia existencia, que es precisamente algo en lo que no pueden pretender ninguna originalidad: *Dixit autem serpens ad mulierem: "Nequaquam morte moriemini! Scit enim Deus quod in quocumque die comederitis ex eo, aperientur oculi vestri, et eritis sicut Deus scientes bonum et malum"*.⁸³

Las palabras de Jesucristo contenidas en el Evangelio nada tienen que ver con meras exhortaciones espirituales —o dicho mejor espiritualistas—, pronunciadas quizá para consuelo y alivio de per-

⁸³Ge 3: 4–5. Debe prestarse especial atención a las últimas palabras: *Aperientur oculi vestri, et eritis sicut Deus scientes bonum et malum*.

sonas devotas: *Las palabras que os he hablado son espíritu y son vida. Sin embargo, hay algunos de vosotros que no creen.*⁸⁴ Dios se ha dirigido al hombre y le ha hablado con palabras. Aunque no ya para hacerlas objeto de investigación como alimento de la curiosidad, bien sea por parte de exegetas, eruditos o meros estudiosos; ni aun tampoco para simple consuelo de almas atribuladas o desconcertadas. La palabra de Dios es alimento imprescindible para el alma, exactamente lo mismo que el pan es comida necesaria para el cuerpo: *Escrito está: “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios”.*⁸⁵ De ahí que no exista posibilidad alguna de poner de acuerdo las enseñanzas de Jesucristo con los dogmas personalistas (no interferir en *la verdad* del otro), aun sin necesidad de añadir que bastaría para ello con recordar lo siguiente: *En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Igual que el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así, aquel que me come vivirá por mí.*⁸⁶ De manera que *el que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él*; lo que no deja de ser una afirmación difícil de conciliar con muchos de los hallazgos de los personalismos. Y algo aún más grave. Porque lo mismo que Él, Jesucristo, vive por el Padre, aquel que lo come vivirá por Él. Donde hay algo más que *interferencias* o el *respeto por la verdad del otro*: aquí se habla de una verdadera intercomunidad e intercambio de vidas, en los que cada cual, precisamente por eso y a

⁸⁴Jn 6: 63-64; cf Heb 4:12.

⁸⁵Mt 4:4.

⁸⁶Jn 6: 53-57.

través de eso, sigue siendo él mismo a pesar de que lo entrega todo *al otro*. Pues la única manera de que el hombre *encuentre* su propia vida no es otra sino la de que *la pierda* en Jesucristo (Mt 10:39).

Hay en todo esto, si cabe, algo más increíble que el hecho de la incongruencia entre las elucubraciones personalistas y la doctrina de los Evangelios. Se trata del curioso fenómeno de que, después de más de veinte siglos de Historia, un cúmulo de fantásticas ensoñaciones hayan sido capaces de suscitar más admiración que las palabras de Jesucristo; aunque esta vez referido el entusiasmo también a Altos Jerarcas de la Iglesia. No es, sin embargo, un acontecimiento nuevo en la Historia de la Institución. Aunque todo tiene su explicación. En contra de los dicterios arriba expuestos, habrá muchos que lanzarán la acusación de que las doctrinas personalistas no han sido entendidas por quienes los esgrimen. Puede que sea verdad, al menos en parte. Aunque siempre hay, de todos modos, un modo de creer a Buber: basta con decidir hacer caso omiso del *ser* para quedarse con el *parecer*, de preferir la *subjetividad* a la *objetividad*, de optar por *la verdad del hombre* a fin de dar por definitivamente olvidada *la verdad de Dios*.

Al no ser este escrito un ensayo, ni filosófico, ni teológico, ni histórico, puede prescindir de otras consideraciones referentes a los restantes pensadores personalistas, citados más arriba; o a las que pudieran hacerse acerca de cualquiera de los implicados en el método fenomenológico en general. Sería una tarea para especialistas y que no corresponde a este lugar. Aunque sí parece importante añadir una rápida referencia, bien que sumaria, acerca de Max Scheller y de su discípulo el Papa Juan Pablo II. Si bien en realidad el Papa Wojtyla no fue discípulo directo de Scheller, estuvo sin embargo muy influenciado por él. Aparte de dedicarle una de sus tesis doctorales, tanto

su pensamiento como sus formas de actuación ofrecen bastantes reminiscencias del pensador alemán; y según algunos bien autorizados, también de Blondel.

Quizá lo más característico de Scheller es la prioridad que otorga en la naturaleza humana a los sentimientos sobre la razón; a saber: la percepción emocional con preferencia a la intelectual. Para el inventor de la *axiología* (teoría de los valores), incluso éstos son percibidos y cualificados (reconocidos en lo que son) a través del sentimiento. Sin embargo, en la tesis doctoral del que habría de ser el Papa Juan Pablo II, se niega la posibilidad de la elaboración de un sistema de Ética católica sobre algo tan subjetivo como son *los valores* (que no obstante Scheller considera objetivos), y que de todas formas no son captados sino a través de los sentimientos. En realidad, si se admite que los valores (siguiendo a Hume) no pueden ser captados sino a través del sentimiento y la experimentación, ni tampoco impuestos con carácter de universalidad y obligatoriedad, sino que dependen de la apreciación subjetiva *de cada uno y según su situación personal*, es evidente que el idealismo subjetivista está llamando a la puerta y exigiendo carta de entrada.

Pese a todo, parece claro que fue la influencia de Scheller la que indujo al Papa a preferir el método de análisis fenomenológico. Y de ahí el peligro de exponerse a ser objeto de muchas de las numerosas críticas que ya había merecido el pensamiento de Husserl. Para Juan Pablo II el hombre es, en efecto, un animal racional; pero dotado de sentimientos (de toda clase de sentimientos), que son los que, en definitiva y desde el corazón, complementan y realizan su personalidad.

Y para terminar este rudimentario bosquejo de idearios filosóficos, quizá sea suficiente señalar lo que dice Trower, un gran admirador por otra parte del Papa Juan Pablo II. Según este autor,

el Papa fue elegido, providencialmente según él, porque era el único que habría podido sobreponerse al laberinto del subjetivismo alemán sin rendirse a él por entero: *without a total surrender to it*.⁸⁷ Pero si eso es así, ¿qué quiere decir Trower con su alusión indirecta a una posible rendición *total*? Si acaso no se trata de una mera forma de hablar, ¿está insinuando entonces que hubo tal rendición, al menos parcialmente...?

La respuesta corresponde a los expertos y a la Historia. Aquí sólo cabe sugerir algunos considerandos (también de un modo excesivamente sumario y sin pretender juzgar intenciones) acerca de las consecuencias que el personalismo y el *emocionalismo* del Papa han acarreado a la Iglesia, tanto en lo que al Concilio Vaticano II se refiere como al período postconciliar.

El Papa de los sentimientos y de las emociones fue el Papa de las grandes multitudes, de los grandes espectáculos y de los gestos sensacionalistas ante el gran público.⁸⁸ Es imposible desconocer que la Iglesia había optado por magnificar los sentimientos humanos y fundamentar en ellos, de algún modo, el culto que el hombre debe a Dios. Aunque con el evidente peligro de subjetivismos y de acabar desembocando en algo bastante parecido a un culto al hombre mismo.

No es necesario decir que la Espiritualidad Cristiana siempre tuvo en cuenta los sentimientos, sin los que no cabe devoción alguna y ni siquiera una conducta que pueda considerarse humana. San Pablo

⁸⁷ Philip Trower, *o.c.* pag. 114.

⁸⁸ Ha de tenerse en cuenta que aquí no se pretenden juzgar las ideas filosóficas o teológicas del Papa Juan Pablo II, sino meramente en cuanto a las consecuencias que pueden haber originado en la Teología y la Pastoral católicas. Sin juzgar acerca de las intenciones. O en todo caso, dando por sentado que Juan Pablo II no quiso sino lo mejor para el Rebaño que Cristo, como Pastor Supremo, le había encomendado.

aconsejaba a los cristianos de Filipos que hicieran suyos los propios sentimientos de Jesús: *Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús.*⁸⁹ Hay que hacer notar, sin embargo, que si bien los sentimientos *proceden* del hombre, no lo constituyen como tal; aunque impriman en él un sello distintivo pero que no añade nada a la persona *como tal persona*. La *capacidad* de amar, por ejemplo, forma parte constitutiva de la persona humana, aunque no así los actos de amar u odiar, que no son sino el ejercicio libre de tal capacidad en sentido positivo o negativo. Lo mismo podría decirse de los demás sentimientos, los cuales, además de ser indiferentes en algunos casos, también pueden estar enfocados hacia el bien o hacia el mal, determinando el *carácter* de la persona y cualificándola como buena o como mala; pero sin influir para nada en su constitución o en los grados de personalidad (mayor o menor) de los que habla Scheller: pues la expresión referente a una mayor o menor personalidad tiene siempre un sentido psicológico, y en modo alguno ontológico.

El gran peligro que puede aparecer aquí tiene que ver con el desenfoco de la cuestión. La religión, el culto o la liturgia, no tienen como objeto primario la promoción de sentimientos en el hombre, por buenos que puedan ser; *sino el culto a Dios, llevado a cabo por la creatura de la manera más digna posible para honrar a su Creador*. Cuando el culto, o la liturgia, se proponen como objeto *incentivar* los sentimientos en el hombre, la religión se convierte en *psicología*. Si eso sucede, los motivos sobrenaturales pasan a segundo plano en un primer momento, para quedar definitivamente olvidados después. Indefectiblemente la Ascética Cristiana (con todo su arsenal de prácticas piadosas, como pueden ser la oración, la penitencia, etc.) se ve sustituida por procedimientos psicológicos que acaban ocultando el horizonte sobrenatural. Hoy es corriente que se consideren como

⁸⁹ *Hoc sentite in vobis, quod et in Christo Jesu* (Flp 2:5).

apodícticos, demostrados e indiscutibles, ciertos postulados que de ningún modo lo son; a saber, y meramente por citar algunos ejemplos: que la música *pop* o las canciones profanas inducen más al fervor que el canto gregoriano o meramente con ribetes de religioso; que el estruendo y la algarabía son más útiles para el culto que el silencio; que las danzas y otras ceremonias *étnicas*, por extravagantes que sean, son superiores a una liturgia por demás milenaria y repleta de seriedad sobrenatural... Etc., etc.⁹⁰

Se ha llegado a esta pérdida del sentido de lo sobrenatural, hasta el punto de convertir el culto a Dios en un culto al hombre, a causa del olvido de los motivos y fundamentos sobrenaturales en los que se basan, tanto las relaciones del hombre con Dios, como el modo en que han de llevarse a cabo. El amor a Dios, por ejemplo, o el aumento de la caridad en el alma humana, *no* pueden ser el resultado de una audición de música *pop*, ni de la asistencia al *show* de una *Eucaristía* con danzas hawaianas; *sino que es solamente el Espíritu Santo quien los infunde en el corazón del hombre*. Tal como lo dice expresamente, por ejemplo, San Pablo, en su Carta a los Romanos: *El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos ha sido dado*.⁹¹ Alguien podría decir que, si bien ciertamente es así, tales prácticas predisponen al hombre de manera mejor para incrementar su fervor. Sin embargo, *eso es precisamente lo que está por demostrar*. Pues hasta ahora, tal prueba no ha aparecido nunca en ningún lugar; mientras que los hechos están demostrando por todas partes lo contrario.

⁹⁰Andan por ahí fotografías de algún grupo de Obispos católicos, revestidos con todos los ornamentos propios del oficio (como el báculo y la mitra) bailando la *danza de la Grulla*. Es una manera, como otra cualquiera, de confundir el recto sentido de la integración de las culturas con *actuaciones teatrales* y a la vez, como de paso, añadir el ridículo.

⁹¹Ro 5:5.

La gran tragedia de la Liturgia católica postconciliar se ha producido a causa del *desplazamiento* de objetivos. La finalidad del culto a Dios ha sido sustituida por la del incentivo de los sentimientos humanos. ¿Con qué fin. . . ? Muchos han insistido en la conveniencia de que el hombre moderno que asiste a una ceremonia de culto se sienta confortable, sin verse asediado con sentimientos que pudieran resultarle desagradables o inquietantes; y de ahí que cualquier referencia a situaciones perturbadoras, referentes a ésta o a otra (posible) vida, deba ser cuidadosamente omitida. En definitiva, sigue siendo extremadamente grave el artificioso artilugio puesto en práctica por la moderna Liturgia, cuyo objetivo no es otro que el de incentivar sentimientos *puramente humanos*; los mismos que poseen la virtud de convertir un culto cuya naturaleza no puede ser sino teocéntrica, en otro meramente antropocéntrico.

Como es lógico y según lo dicho, se han dado muchas razones para justificar tamaño cambio de rumbo. Se ha insistido en la necesidad de que el cristiano de este tiempo participe más intensamente en la Liturgia; o en la importancia de adaptar el culto a las necesidades de una época, de mentalidad moderna, cuyo ritmo de vida es también mucho más rápido. Se admite como cosa indiscutida, por más que no siempre se diga claramente, que el hombre actual depende más de su propia razón, incluso en sentido kantiano, que el de tiempos pasados; por lo que solamente está dispuesto a aceptar lo que su razón es capaz de comprender y a poner en duda, por lo menos, todo lo que está fuera de ella o más allá de su alcance.⁹² Una situación irreversible a la que la Iglesia de hoy y la moderna Liturgia deben necesariamente adaptarse.

Sin embargo, los propugnadores de estas nuevas tendencias saben muy bien que sus razonamientos *son falsos*. La nueva doctrina (teó-

⁹²Que es lo mismo que decir *todo*, en cuanto que es imposible comprobar la realidad de lo que está fuera de la mente del hombre. El único principio de certeza, realmente seguro por lo tanto, es la duda universal. Aunque no siempre se diga tan crudamente, el hombre moderno es más kantiano de lo que él mismo cree.

rica y sobre todo llevada a la práctica) acerca de la participación en el Sacrificio de la Misa (ahora llamada Eucaristía, con especial cuidado de evitar cualquier referencia al Sacrificio del Calvario), nada tiene que ver con la doctrina que siempre ha sostenido y practicado la Iglesia. Creer que la participación en la Liturgia consiste en cosas como distribuir la Eucaristía, practicar el oficio de Lector, asumir cometidos y funciones propias y exclusivas de los clérigos, danzar y multiplicar estridencias y extravagancias a base de gestos y actitudes profanas y teatrales, etc., etc., es un completo error. Y los responsables y difusores de estas creencias saben bien que su enseñanza se encuentra al margen y en contra de la Doctrina católica.

Tal vez sería oportuno traer aquí a colación las palabras de Jesucristo (citando a Isaías) con respecto a los falsos cultos, henchidos de hipocresía: *Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está muy lejos de mí. Inútilmente me dan culto, mientras enseñan doctrinas que son preceptos humanos.*⁹³ Aunque es verdad que tomado el texto al pie de la letra no tiene aquí exacta y completa aplicación. Ante todo porque esta nueva Liturgia no suele proponerse honrar con los labios a Jesucristo; en cuanto que su punto de mira no es precisamente el culto a su Persona (y basta asistir a ellas para que quede disipada cualquier duda). Ni tampoco trata de sustituir las enseñanzas divinas, contenidas en los Evangelios, por preceptos puramente humanos; puesto que, en realidad, apenas si aparecen en ella las enseñanzas divinas, a las que con frecuencia ni siquiera se alude. De donde es cosa clara que no se trata ya meramente de *cam- biar* tales enseñanzas, sino de *desarraigarlas* por completo. Incluso algunos elementos válidos y perfectamente legítimos de la moderna Liturgia (como la Misa de Pablo VI, ahora oficial en toda la Iglesia), difícilmente evitan la impresión de ser instrumentos litúrgicos *desca-*

⁹³Mt 15: 8-9.

feinados, en los que el elemento sobrenatural y la idea de *Sacrificio* han quedado reducidos al mínimo.

Más susceptibles, en cambio, serían estas tendencias de ser tachadas de contener atisbos de pelagianismo. Puesto que, al mismo tiempo que parecen olvidar la necesidad de la gracia, ponen el énfasis en la actividad y las virtualidades puramente humanas. Aunque también en este caso sería necesario puntualizar. En cierto sentido, por supuesto. Cual es el de que estas modernas Pastorales, no es ya que traten de poner en un segundo plano la absoluta necesidad de la gracia, la indudable realidad del pecado original, o la impotencia de los actos puramente humanos para alcanzar un objetivo sobrenatural; sino que más bien parecen pretender *prescindir de la gracia por completo*. Y aunque por lo general no se quiera reconocer así, basta examinar la cuestión a fondo y desapasionadamente para que la sospecha se convierta en certidumbre.

Ahí es donde ha venido a parar el empeño en enfatizar los sentimientos y las emociones en el hombre, hasta considerarlos como un *constitutivo* de su persona. Y así es como las nuevas Liturgias, cuyo principal instrumento de actuación parece ser el de estimular los sentimientos en el hombre, dígame lo que se quiera, han terminado por reducir su horizonte al *hombre como sujeto-capaz-de-sentimientos*.

De este modo el teocentrismo se ha convertido en antropocentrismo. Para Protágoras, en el siglo V antes de Cristo, el hombre era la medida de todas las cosas; mientras que para Petrarca, ya en los albores del Renacimiento, el hombre era además el centro del universo creado. Pero las modernas teologías y sus consiguientes liturgias *progres* han ido más allá; puesto que parecen mirar al ser humano como el centro del universo visible y único que existe. ¿Se trata de afirmar con este proceso, que se supone de ascenso progresivo, que la naturaleza humana ha llegado al fin hasta la cúspide de su ser y

de sus posibilidades...? ¿O es quizá más bien el punto final de su descenso hasta la degradación y la nada?

En cuanto a las consecuencias sobre el Catolicismo actual (plasmadas sobre todo en la Liturgia), y de la influencia sufrida por la doctrina de la *edificación de la comunidad* como lo propio y constitutivo del hombre, basta con darse cuenta de algo evidente y tan público como que se ha extendido por toda la Iglesia. El Sacrificio de la Misa, ahora llamado *Eucaristía*, ha quedado reducido, en bastantes lugares, a una comida o acto puramente social; en el que ha desaparecido cualquier elemento de carácter sobrenatural, además de toda referencia a la Cruz como elemento Redentor y Expiatorio a través de la muerte de Cristo. Se trata de construir y fomentar la comunidad, y no de participar en un pretendido Sacrificio de Cristo cuya existencia incluso suele ser negada. Tal doctrina es la que sustenta la *teología* de la que hacen gala, por ejemplo, dos de los más principales e influyentes Grupos que hoy integran el Catolicismo: el *Camino Catecumenal* y las *Comunidades de Base*.

También ha originado consecuencias el nuevo concepto del *Diálogo*; el cual ya no tiene por objeto la sincera búsqueda en común de la verdad en la caridad, sino todo lo más el de conseguir la mutua tolerancia, respetando cada cual *la verdad* o la identidad del otro. Sus resultados están a la vista en la nueva política ecumenista emprendida por la Iglesia Católica. Como dice Trower, *la noción de "Diálogo" es susceptible de ser mal entendida. Y por supuesto que, tal como la expresa Buber, no coincide con la de la Iglesia. Para la Iglesia, el Diálogo no es otra cosa que un método apostólico que consiste en hablar de ciertos temas dentro de una atmósfera de caridad y buena voluntad. Su principal propósito es el de conseguir un acuerdo acerca de una verdad objetiva. Para Buber, en cambio, su objetivo primario es el de promover un mutuo respeto dentro de una*

*comunidad de sentimientos; o bien la universal tolerancia de todos los puntos de vista que, ya sea físicamente o de otra manera perceptible, no puedan perjudicar al hombre. De esta forma es posible, por lo que a los cristianos se refiere, encontrar un pretexto para evitar cuestiones difíciles, relegando las verdades impopulares al reino de lo irrelevante o de lo imposible de saber.*⁹⁴ Un Diálogo absolutamente imposible por otra parte, tanto a efectos teóricos como prácticos; como ha quedado bien patente por los resultados.

Ante todo porque, por lo que se refiere a los Hermanos Separados (protestantes, ortodoxos cismáticos, etc.) no existe por parte de ellos la menor voluntad de ceder absolutamente en nada. Como ha quedado demostrado a lo largo de los muchos años transcurridos, después de que la Iglesia iniciara la nueva política de acercamiento a partir del Concilio Vaticano II. Aunque es lo cierto que el Catolicismo, pese a las numerosas concesiones realizadas (muchas de ellas cuestionables), no puede ceder en lo que respecta a las verdades de la Fe sin negarse a sí mismo.⁹⁵

Sin embargo son muchos los que siguen creyendo en la posibilidad de la fusión de las diversas Iglesias cristianas en una pretendida Iglesia de Cristo, en la que el Catolicismo renunciaría a su pretensión de ser la única Iglesia salida de las manos del Divino Fundador.

Sucede, sin embargo, entre otras cosas, que la doctrina según la cual todas las religiones poseen la verdad, siquiera sea parcialmente pero en grado suficiente para legitimarlas (y por lo tanto para aceptarlas), contradice abiertamente las palabras de Jesucristo: *Tengo otras ovejas que no son de este redil y también es necesario que las*

⁹⁴ Philip Trower, *o.c.*, pag. 108.

⁹⁵ Si el Magisterio admite la posibilidad de negar o de cuestionar cualquiera de sus enseñanzas, presentes o pasadas, se pone en peligro de destruirse. Y sin Magisterio legítimo no puede existir la Iglesia fundada por Jesucristo.

*traiga; y habrá un solo rebaño con un solo pastor.*⁹⁶ No deja de ser aberrante la posibilidad de pensar que se puede reunir en una sola Iglesia religiones que profesan dogmas diferentes; e incluso con bastante frecuencia contradictorios. No existe nada más *absolutamente contrario* a la doctrina del Nuevo Testamento, que la creencia de que Cristo tuvo voluntad de fundar una Iglesia, gregaria y heterogénea, en la que tendrían cabida creencias, no solamente dispares y extrañas a la esencia del Cristianismo, sino contradictorias con dogmas que la Iglesia ha defendido como tales durante muchos siglos desde su fundación. Cristo puso como fundamento de su Iglesia una Piedra (Mt 16:18; Lc 22:32) como Roca incommovible: justa y precisamente para preservar la unidad en la Fe y en la caridad.

* * *

De lo dicho hasta aquí se desprenden dos cuestiones cuya relación plantea, a su vez, nuevos interrogantes. Por un lado, es doctrina segura la que se refiere a la universal y general extensión que habrá de alcanzar en la Iglesia la *gran apostasía*. La cual tendrá lugar, según los textos, en los tiempos que inmediatamente precedan a la *Parusía*. Por otra parte, cualquier cristiano es consciente de que el *radicalismo*, o una postura de auténtica seriedad, es una cualidad que forma parte de la estructura de la existencia cristiana. Lo cual conduce a preguntar acerca de la posible interacción entre ambas cuestiones y sobre las consecuencias que de ahí se pueden derivar.

Que la gran apostasía tendrá carácter universal, dentro de la misma Iglesia, es algo de lo que es imposible dudar. Las palabras del

⁹⁶ Jn 10:16.

Señor son tan terminantes que no admiten contestación ni eufemismos: *Verumtamen Filius hominis veniens, putas, inveniet fidem in terra?*⁹⁷ El Sistema, o la Teología progresista imperante en la Iglesia desde la muerte del Papa Pío XII, tienden a olvidar el problema y a ocultarlo o disimularlo ante los fieles; a pesar de que las palabras del Señor son incommovibles: *Verba autem mea non transibunt.*⁹⁸ Efectivamente es un rasgo peculiar de la teología progresista, tomado a su vez de la filosofía racionalista, el desinterés hacia la evidencia de los hechos. El Sistema afirma o niega lo que le parece conveniente, sin admitir discusiones. Si alguien pretende llamarlo a debate, se hace acreedor a recibir algún sambenito del que ya no podrá liberarse. Y es evidente que el Sistema sabe explotar el miedo universal a tal tipo de castigo.

El miedo es un fenómeno que en los últimos tiempos parece haber afectado profundamente a la Iglesia universal, y de modo especial a la Jerarquía. Se extiende a todos los ámbitos de actuación: a las ideologías que se han impuesto en el mundo, a los avances de la técnica, al Poder político, a los medios de comunicación, a la opinión del mundo (y especialmente a la acusación de intransigencia o de intolerancia), a ser tachados de conservadores o enemigos del progreso, a ser tenidos por antidemócratas, a la pérdida de influencia, a la de las subvenciones. . . , y algún etcétera más. Es lo que ha dado lugar, por ejemplo, a que tanto en la Predicación, como en numerosos Documentos emanados de la Jerarquía, sea frecuente evitar cualquier referencia a temas que pueden parecer desagradables o inquietantes al hombre de hoy; o a que se note demasiado que se quiere aparecer como estando en línea en todo momento.

En cuanto a la explicación del fenómeno, hace ya mucho tiempo que fue dada por el Apóstol San Juan: *En el amor no hay temor, pues el amor perfecto echa fuera el temor.*⁹⁹ Como se ve, la declaración del Discípulo Evangelista no puede ser más contundente: al disminuir la caridad, aparece el temor. Y que

⁹⁷Lc 18:8.

⁹⁸Mc 13:31; Lc 21:33; cf Mt 24:35.

⁹⁹1 Jn 4:18.

el Amor, o el fervor de la caridad, se han enfriado en la Iglesia es cosa obvia; aunque Jesucristo ya había anunciado que el hecho alcanzaría su culminación en los últimos tiempos de la Historia: *Y al desbordarse la iniquidad, se enfriará (refrigescet) la caridad de muchos.*¹⁰⁰ El mismo Apóstol San Juan añade todavía, en el versículo que se acaba de citar, que *quien teme no es perfecto en el amor.* Lo cual se puede completar con la afirmación que hace en otro lugar, según la cual *quien no ama no conoce a Dios; porque Dios es Amor.*¹⁰¹

Pero el miedo del Catolicismo progresista, por penoso que sea reconocerlo, no es más que la degradación, llevada al extremo, de una debilidad que ha llevado el hombre consigo desde la Caída. Porque el miedo se convirtió en constante compañero suyo después de la expulsión del Paraíso. Aunque de forma menos grosera y burda que la actual, la cual posee un carácter en cierto modo diferente. Todo parece indicar que el temor actual induce al Catolicismo a sentirse acorralado por el mundo y a ruborizarse cuando es acusado de creer todavía en la historicidad de los Evangelios, en la figura de Jesús, o en la viabilidad de las Bienaventuranzas. Como que lo impulsa, y a veces lo consigue, a volverse de cara al hombre y de espaldas a Dios. Por eso trata de refugiarse en zonas de mayor seguridad; una vez que se ha convencido de que va cobrando relieve la figura del hombre, al mismo tiempo que la de Dios se va desvaneciendo, paulatinamente pero sin remedio, entre la niebla de mitos ya superados por la humanidad.

Algunos tacharían el miedo del actual Catolicismo de cobardía. Sin duda alguna es a lo que se refería Jesucristo cuando decía que *quien se avergüence de mí y de mis palabras, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en su gloria.*¹⁰² Por eso San Pablo confesaba abiertamente su actitud con respecto a las enseñanzas del Señor: *Yo no me avergüenzo del Evangelio.*¹⁰³

La Historia de la Espiritualidad Cristiana no ha podido sino reconocer que el miedo se ha hecho presente, en algunas ocasiones, en la misma estructura de la existencia cristiana.

También es verdad que el miedo es también un sentimiento de salvaguardia en especiales circunstancias de la vida humana. Algo así como un sexto sentido, otorgado por Dios al hombre, con el evidente fin de asegurarlo contra ciertos peligros en determinadas ocasiones. Cuando eso sucede, y si además es asumido con ánimo sobrenatural, puede convertirse incluso en elemento santificador. El

¹⁰⁰Mt 24:12.

¹⁰¹1 Jn 4:8.

¹⁰²Lc 9:26.

¹⁰³*Non enim erubescio evangelium* (Ro 1:16).

temor ante la muerte, tan connatural al ser humano, fue aceptado para Sí por el mismo Jesucristo y desde entonces sublimado: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum eius*.¹⁰⁴ Sin olvidar tampoco el temor reverencial y justificado que tan sabiamente reconocía el autor del Libro de los Proverbios: *Timor Domini principium scientiæ*.¹⁰⁵ Sin embargo, cuando se identifica con la claudicación ante el mal o ante el error, motivada por la pusilanimidad o por ignorancias imperdonables, no queda sino considerarlo como cobardía.

El maniqueísmo incluso llegó a dejar su huella en el Cristianismo, pese a todo, bajo la forma del miedo a la materia y más concretamente al cuerpo. Así aparece en el platonismo de algunos Padres, quienes llegaron a considerar el cuerpo como un lastre o impedimento para el alma. San Agustín, por ejemplo, pensaba en el cuerpo humano como *cárcel* del alma. Extraña creencia que, de una forma u otra, ha llegado hasta nuestros días, y que incluso fue a veces compartida por los grandes místicos. Hasta el extremo de dar cabida a la idea de la Humanidad de Jesucristo... como *impedimento del que se ha de prescindir*, una vez llegados a los grados más altos de la vida contemplativa, o de la unión con Dios. Algo que, por supuesto, pertenece ya a la Historia, después de los afortunados avances llevados a cabo por la sana Antropología Cristiana.

Sin embargo, el temor que afecta al mundo eclesial de hoy, si bien su telón de fondo es ahora la herejía modernista, tiene más bien el carácter del *arrodillamiento ante el mundo* del que hablaba Maritain. Son muchos los que se han acogido a las posiciones ofrecidas por el mundo, las cuales les han parecido más firmes y seguras que las que aporta lo que es para ellos el *refugio* de la Fe. Con lo que se ha desembocado en conclusiones doctrinales extrañas, y hasta contrarias, a los principios cristianos.

Uno de los capítulos más clamorosos de la política de rendición de la nueva Moral católica, elaborada a base de concesiones, tuvo lugar con respecto a los problemas suscitados por la posibilidad de legitimar la anticoncepción. Desde el primer tercio del siglo pasado se habló con entusiasmo, e incluso fue considerado como hallazgo triunfal por algunos, de algo que fue saludado como gran descubrimiento práctico en el campo de la Moral: *el método natural de abstención durante los días fértiles de la mujer*. Algo que solucionaba definitivamente el problema a quienes, queriendo evitar la procreación de nuevos hijos, no deseaban utilizar métodos anticonceptivos claramente pecaminosos. Con el descubrimiento de tan feliz solución, por fin la Moral quedaba reconciliada con el aspecto práctico de la vida; o al menos así se pensó.

¹⁰⁴Sal 116:15.

¹⁰⁵Pr 1:7.

Hasta aquí todo hubiera ido bien. . . , de no ser porque el planteamiento del problema olvidaba un detalle fundamental. Cual es el de que los preceptos de la Moral cristiana, como aplicación que son de los principios evangélicos, no han sido dictados con vistas a la vida *práctica*. Sobre todo si por vida práctica se entiende una vida cómoda, confortable y sin problemas. El Evangelio es un Manual de lucha (Mt 10:16; Jn 16:33; 2 Tim 3:12), y sus métodos de actuación no pueden dejar de tener en cuenta la famosa *senda estrecha y angosta*, seguida por pocos (Mt 7:14). Los intentos para conciliar la autenticidad de la existencia evangélica con una vida fácil, jamás han tenido éxito. Debido a lo cual, y a la circunstancia de que la Naturaleza no parece partidaria de ser burlada, el *método natural de abstención, etc.*, acabó en fracaso. Ciertamente no se puede afirmar que el método como tal fuera pecaminoso. El mismo Apóstol San Pablo recomendaba la abstención durante un tiempo si existía acuerdo entre los cónyuges; aunque el problema, aparentemente sencillo, se complica si se tiene en cuenta que el Apóstol entendía que el acuerdo se tomaba *para dedicarse a la oración* (1 Cor 7:5); con lo que venía a excluir de hecho cualquier intención de tipo *práctico*. Por otra parte, como ya se ha dicho, si bien el *método natural de abstención, etc.* no se puede afirmar en modo alguno que sea contrario a la Ley Natural, ni por lo tanto pecaminoso, no se puede decir lo mismo (algo que no se acostumbraba a tener en cuenta) respecto a dar de lado a los principios evangélicos; y concretamente al fundamental de la confianza en la Providencia Divina (Mt 6: 25–32; 7: 7–11; Lc 12: 27–30).¹⁰⁶

En vista de lo cual todo pareció perdido. . . , hasta que tuvo lugar otro nuevo descubrimiento. Que también gozó de gran predicamento durante la mitad del siglo pasado, y aun parte de la segunda: *la paternidad responsable*. El método y la terminología fueron acuñados para adoctrinar a los padres temerosos (y a los no temerosos) ante el posible aumento de su prole. Pretendía animarlos a considerar si disponían de lo necesario para las obligaciones que se iban a derivar:

¹⁰⁶ Algo parecido ocurrió con otro hallazgo de la nueva Moral que adquirió carta de ciudadanía a mediados del pasado siglo. Nos referimos a la *restricción mental*; la cual no era sino un intento de legitimación de algunas circunstancias en las que sería lícito mentir. Y como no podía ser de otro modo, también el principio finalizó en fracaso. Dada la irrefutable lógica de las cosas, una mentira es siempre una mentira; y si alguien defiende lo contrario, no hace otra cosa que añadir otra mentira. Evidentemente es difícil pretender elaborar una Moral a base de cataplasmas. En cuanto a la diferencia existente entre la clara negación de los principios evangélicos, de una parte, o el procedimiento de ponerlos meramente entre paréntesis, de otra, es una difícil tarea que no hay sino dejarla a los investigadores.

mantenimiento de los hijos, educación, etc.; sin otra intención que la de inducirlos a practicar la abstención en caso contrario.¹⁰⁷ Y como no podía suceder de otra manera, el resultado final no fue tampoco halagador. La *paternidad responsable* se convirtió enseguida en comportamiento irresponsable. Algo no muy difícil de comprender, puesto que es bien sabido que, una vez abierto un aliviadero para que discurran las aguas, no es raro que acaben irrumpiendo en amplio desbordamiento. Al fin y al cabo, no siempre se puede esperar demasiado de la naturaleza humana. La verdad es que el *hallazgo* adolecía de los mismos defectos del anterior: desconocía la confianza en la Providencia, olvidaba el contexto de las enseñanzas evangélicas y, como siempre ocurre cuando se pone un paño nuevo a una tela vieja (Mt 9:16), al fin no quedó sino la rotura. Hoy apenas si se acuerda nadie de la *paternidad irresponsable*, una vez que se ha generalizado el uso de anticonceptivos.

El caso del *divorcio* es peculiar y alarmante en grado sumo. La Iglesia no ha dudado jamás, a lo largo de su Historia, con respecto a la doctrina de que la indisolubilidad del matrimonio cristiano es de Derecho Divino. Doctrina claramente confirmada por la Escritura, además de contar en su favor con la Tradición y el Magisterio de veinte siglos. Sin embargo, al cabo de dos mil años, he aquí que el divorcio ha sido legitimado. Para lo cual ha bastado el sencillo procedimiento de sustituir el nombre: de manera que ahora se conoce como *declaración de nulidad del vínculo*. Algo parecido al trámite utilizado con el aborto, disimulado en la actualidad bajo el eufemismo de *interrupción del embarazo*.

Con todo, la legitimación del divorcio, por parte de la Iglesia, ha dado lugar a tres hechos inquietantes:

Ante todo, porque consentir en prestarse al juego de palabras y a la manipulación del lenguaje, tal como ahora es costumbre generalizada, puede dar lugar a la aparición de un instrumento de confusión. Capaz de conducir a graves e imprevisibles consecuencias.

Por otra parte, la maniobra se ha llevado a cabo sin la aparición de síntomas de alarma colectiva. Lo que parece indicar que el *sensus fidei* del Pueblo cristiano se encuentra adormecido; o que ha sido convenientemente anulado.

Y por último, son más que previsibles las consecuencias de hacer caso omiso del Derecho Divino. Que no pueden conducir sino a la consiguiente desaparición

¹⁰⁷Y ya se puede suponer que el *caso contrario* se daba siempre, pues no de otra forma se suelen comportar los seres humanos. El invento surgió además en la época de la fiebre por la *justicia social*, en la que los problemas del bienestar económico parecieron adquirir puesto de prioridad entre los teólogos, moralistas y pastoralistas católicos. En definitiva, lo mismo de siempre: el bienestar material frente al principio evangélico de la confianza en la Providencia.

del Derecho humano, como muy bien queda demostrado por la Historia. Y en la ausencia de la Ley aparece irremediamente el fantasma de la anarquía. ¿Y quién se atreverá a dudar de que el *estado de Derecho* dejará de existir en la Iglesia, una vez que ha sido voluntariamente ignorado el Derecho Divino? *Si esto hacen con el leño verde...* (Lc 23:31).

Pero lo más doloroso y duro de sufrir, dentro del clima de rendición que actualmente afecta a una importante parte del Catolicismo, es la pérdida general de la fe en la presencia real eucarística. ¿Y adónde podría ir una Iglesia que se ha quedado sin Eucaristía...? Semejantes claudicaciones ante los principios del mundo, aún más que una actitud de temor, lo que realmente demuestran es que se ha perdido la Caridad. Si ya no se considera un valor irrenunciable la indisolubilidad del matrimonio (principio ahora estimado como obsoleto y poco práctico, conforme a los criterios del mundo) es porque se piensa que el Amor no posee los caracteres de totalidad, incondicionalidad y perennidad. En definitiva, porque se ha dejado de creer en el Amor, que es la única cosa que habría de provocar lágrimas y de asustar a los cristianos. De nuevo alguien se ha llevado el Cuerpo del Señor y no se sabe dónde lo han puesto:

*En el lecho, entre sueños, por la noche,
busqué al amado de mi alma,
busquéle y no le hallé.¹⁰⁸*

Vale la pena observar que la pérdida del Esposo, por parte de la esposa, tiene lugar por la noche, estando en el lecho y entre sueños. Lo cual parece sonar como una lejana referencia al *dum dormirent homines* de la parábola de la buena semilla y la cizaña. Como si alguien se hubiera descuidado, olvidando la advertencia de San Pedro (1 Pe 5:8), y permitido con su falta de vigilancia que *el humo de Satanás haya penetrado en la Iglesia*, en frase del Papa Pablo VI.

La actual crisis de la Iglesia no se debe a otra cosa sino al hecho de que muchos de sus miembros han perdido la Fe... porque previamente habían dejado de amar. Algo que los voceadores de la actual *Primavera de la Iglesia* se negarán a reconocer, a pesar de todas las evidencias. Así se ha dado lugar a que muchos Pastores abandonen a sus ovejas, si es que no las extravían además por malos y errados caminos. Jesucristo ya lo había advertido: el mal Pastor, o mercenario, abandona a sus ovejas ante el peligro precisamente *porque no son suyas* (Jn 10:12). Lo cual es una alusión, bien que indirecta, al hecho de que el Pastor

¹⁰⁸Ca 3:1.

no ama a sus ovejas. Pues no debe olvidarse que la posesión, como consecuencia que es de la mutua entrega de los que se aman, es el distintivo principal del Amor.

La esposa del *Cantar de los Cantares* era bien consciente, sin embargo, de que sus andanzas podían ocasionarle la pérdida del Esposo. Que sería lo mismo que decir de su vida y del sentido de su vida, los cuales no son otros que el Amor y el objeto de su Amor. Por eso trata de inquirir ante el Esposo dónde lo puede hallar. Como previendo la posibilidad de su propio extravío y la dificultad de hallarlo de nuevo, caso de verse sujeta a tal desgracia:

*Dime tú, amado de mi alma,
dónde pastoreas, dónde sesteas al mediodía,
no vaya yo a extraviarme
tras los rebaños de tus compañeros.*¹⁰⁹

Algo a tener en cuenta pero que suele pasar desapercibido, con respecto a la gran apostasía, es que afectará también a la Jerarquía de la Iglesia.

Lo cual no es difícil comprender. Pues, ¿cómo sería posible la dispersión del rebaño si los Pastores, conscientes de su responsabilidad, actuaran conforme a ella...? ¿Es imaginable una desbandada del rebaño cuando existe una postura firme y decidida por parte de los Pastores? La teología neotestamentaria del Buen Pastor (Jn 10) solamente admite, como explicación del hecho, la posibilidad de que los Pastores se hayan convertido en mercenarios: *Heriré al Pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño.*¹¹⁰ Con la particularidad de que la infidelidad de los Pastores es mucho más grave que la de las ovejas, aun prescindiendo de la relación causa efecto que pueda darse en el caso.

Se podría discutir en cuanto a la infidelidad de los Pastores y sus causas. Si acaso se debe a la pérdida de la fe, o tal vez a la

¹⁰⁹Ca: 1:7.

¹¹⁰Mt 26:31.

circunstancia de que, como dice la Biblia, *initium superbiæ hominis apostatare a Deo*.¹¹¹ Aunque es más probable que tenga aplicación aquí la situación de la que hablaba San Pablo: *Porque Demas me ha abandonado por amor a este mundo*.¹¹² Es indudable que resultaría interesante realizar un estudio acerca de las causas de la defección de tantos Pastores. Por más que el problema no corresponda a este lugar, además de la dificultad que supondría su extraordinaria complejidad.

De todos modos, quizá valga la pena señalar la influencia de la política seguida durante años por las Nunciaturas, las Conferencias Episcopales, y hasta por el mismo Vaticano, concerniente a la elección de Obispos. Con frecuencia se ha tenido demasiado en cuenta la ideología política de los candidatos, al mismo tiempo que se ha relegado a un segundo término sus cualidades como Pastores y la intensidad de su fe.

Por otra parte, si se admite que la apostasía tendrá carácter de universalidad, no es posible limitarla a un número determinado de Pastores; más o menos extenso o más o menos reducido. Pues la defección general de las ovejas no sería posible sin la infidelidad general de los Pastores.

Demas me ha abandonado por amor a este mundo, exclamaba San Pablo en un lamento que ya conoce veinte siglos de Historia. Desde entonces han sido muchos a través de los tiempos los que han abandonado también, por amor a este mundo, un modo de vida que aparecía ante ellos como demasiado *radical* o exigente: *Dura es esta doctrina, ¿quién puede escucharla?*¹¹³ Aunque es necesario reconocer que una *desbandada* como la actual, que además ha afectado

¹¹¹Eco 10:14.

¹¹²2 Tim 4:10.

¹¹³Jn 6:60.

incluso al Estamento Jerárquico, apenas se había conocido antes en la historia de la Iglesia, si se exceptúa el caso del arrianismo en el siglo IV.

Y aquí procedería preguntar si acaso ha sido el amor a este mundo lo que ha influido negativamente en la Jerarquía de la Iglesia. Difícil sería negar que algo de eso debe haber en el fondo del problema; aunque es probable que haya que contar también con el miedo como uno de los principales factores: ante los avances de la técnica y ante la pujanza de las ideologías, dispuestos todos ellos, al parecer, a configurar un mundo que ya no necesita de Dios. Con respecto al marxismo, es bien sabido que, durante los tiempos del Concilio Vaticano II, muchos estamentos de la Jerarquía Eclesiástica estaban convencidos de que acabaría por imponerse en todo el planeta. Más allá de todo eso, tampoco es posible excluir la falta de generosidad ante la *radicalización* que supone la práctica vivencia de las consignas evangélicas. Y aún habría que añadir, como motivo impulsor de los más importantes, el extraordinario auge e influencia que la Masonería ha adquirido dentro de no pocos ámbitos de la Iglesia.

Claro que la razón última de todas es eminentemente sobrenatural, cual es el gran poder del Mal. De ahí la indecisión y las vacilaciones de tantos Pastores. Como si fueran víctimas del temor a proclamar abiertamente la Fe que un mundo paganizado y postcristiano ya no está dispuesto a admitir.

No tiene nada de extraño, por lo tanto, que ciertas *condenaciones* de la Jerarquía, contra determinadas actuaciones o personas, no traten de fundamentarse en motivos sobrenaturales, o en razones específicas derivadas de la misión propia de la Iglesia. Más bien se apoyan en los criterios y razones que el mundo estaría dispuesto a admitir, y solamente en ellos. Después de haber dado carta de naturaleza al dogmatismo que establece el *Diálogo* como elemento único

y determinante en cualquier intento de acuerdo, muchos en la Iglesia han aceptado el método; además de mostrarse convencidos, al parecer, de que es imposible convencer al mundo si no es utilizando sus mismos principios, y dando por supuesto que no va a estar dispuesto a admitir otros. Como si nada importara que ese mundo sea pagano y enemigo del Cristianismo.

Todo considerado, es lo más probable que efectivamente sea el temor lo que motiva estos modos de proceder, acompañado como siempre por los consiguientes complejos de inferioridad. Sin embargo, está demostrado que las explicaciones fáciles no suelen agotar la verdad; por lo que quizá sea posible profundizar en nuevas conclusiones.

La forma de proceder y de enfrentarse hoy la Jerarquía de la Iglesia, con las correspondientes Pastoral y Teología vigentes, a los desafíos planteados por la Modernidad, demuestra que la estrategia defensiva utilizada responde a parámetros más bien basados en una filosofía racionalista, no siempre acorde con la Fe. De tal manera que, como se ha dicho más arriba, no solamente se adopta el lenguaje propio del Mundo, sino que también se aceptan su filosofía y sus planteamientos para llevar a cabo el *Diálogo*. Conviene insistir en este último concepto, puesto que se trata meramente de *dialogar*, y no de otra cosa; ya que la más inocente pretensión de discutir o de enfrentarse al Mundo está de antemano rechazada, cuando no condenada. No es difícil adivinar, aunque nadie se atreva a reconocerlo, que la Masonería no anda muy lejos de todo esto.

Como fácilmente puede comprenderse, la estrategia utilizada que se acaba de describir —si es que todavía de estrategia se trata— sería suficiente para otorgar de antemano la victoria al enemigo. Y también para dar acogida a la duda razonable acerca de la existencia de una firme y seria voluntad de defender la Fe.

* * *

Ya en la Ley Antigua se había dicho que *el Señor tu Dios es un fuego devorador*.¹¹⁴ No es extraño, por lo tanto, que el Precursor anunciara que Jesucristo había venido para administrar un *bautismo de fuego*;¹¹⁵ cosa que fue confirmada luego por las mismas palabras del Señor: *Fuego he venido a traer a la tierra, y ¿qué voy a querer sino que ya arda?*¹¹⁶ Y efectivamente, porque una vez que en la relación de amor divino–humana el Amor ha alcanzado su estado de perfección, después de que *la desaparición de lo imperfecto ha dado lugar a la aparición de lo perfecto*,¹¹⁷ tiene lugar un cambio como una metamorfosis inefable. Cuando la parte humana de la relación, como material combustible para ser quemado, ha sido enteramente consumida por el fuego y ya no es capaz de alimentar llama alguna, se convierte a su vez en ardiente brasa. Realizada su labor, el fuego parece identificarse con un material que fue de combustión, pero que ahora no es sino ascua incandescente. Y si bien ninguno de ellos ha perdido su identidad (el fuego como tal sigue alimentando un material que ahora se ha convertido en brasa ardiente, compartiendo la naturaleza del fuego), es evidente que se ha producido una transformación: al menos por parte de la creatura, que ha pasado ahora, en forma de ascua llameante, a compartir la naturaleza del fuego (2 Pe 1:4). Que la creatura, pese a todo, sigue siendo tal creatura lo prueba el hecho de que ahora es un *ascua abrasadora*, aun sin haberse transformado en fuego; tal como decía el Apóstol: *Vivo*

¹¹⁴De 4:24.

¹¹⁵Mt 3:11.

¹¹⁶Lc 12:49.

¹¹⁷1 Cor 13:10.

autem iam non ego, vivit vero in me Christus,¹¹⁸ en una expresión que parece romper todos los esquemas de comprensión según la lógica puramente humana: de manera que, según su afirmación, *vivo ego* y sin embargo, por más que parezca contradictorio, *iam non ego*; porque es Cristo quien vive *in me*.¹¹⁹

Sin embargo un católico de hoy, o alguien que sinceramente buscara la verdad e intentara considerar este tipo de cosas, se encontraría con un asombroso contraste.

Porque evidentemente, el Amor divino–humano, con todo el sustrato de la Revelación Neotestamentaria y todo lo que supone la existencia cristiana, queda demasiado lejos de los detritos del Evangelio que han legado al Catolicismo los modernos *pensadores–evangelizadores* del siglo XX. Y no es injusto calificarlos de detritos, puesto que no son otra cosa. Así es como los *humanismos integrales*, los *derechos del hombre*, las denominadas *democracias* (sobre todo los autodenominadas cristianas, en expresión que hasta parece una burla), el descubrimiento de tan numeroso grupo de determinadas *libertades* del hombre, junto a no pocas *autonomías temporales*, etc. . . , si acaso pretendían exaltar y elevar la condición humana, no han hecho sino destruirla; no dudando en reducir a la nada un Cristianismo floreciente para implantar en su lugar extrañas doctrinas, calificadas justamente como secuelas de la herejía modernista; aunque en realidad, y en el fondo, no son sino la prueba de que la milenaria y nunca muerta herejía de la gnosis está más pujante que nunca. La apuesta en favor del hombre, emprendida como en jugada de dados por el moderno Catolicismo, sin vacilar en arriesgar para ello la parte de Dios en la relación divino–humana, ha sido perdida. Y tal como suele ocurrir en las apuestas fracasadas, el perdedor se queda sin nada: en esta ocasión sin Dios y, por supuesto, también sin el hombre. Existen apuestas

¹¹⁸Ga 2:20.

¹¹⁹La aparente aporía o paradoja, por más que parezca contradecir a las exigencias de la Lógica, no hace sino superar los esquemas según los cuales funciona el entendimiento humano. La revelación de la Palabra, que no es sino la manifestación de los misterios divinos, aun siendo cosa de Dios, tropieza a veces con el hecho de que tampoco ella es capaz de quebrantar los límites del entendimiento humano; al menos por ahora. El misterio ha sido expresado, y por el momento queda ahí; hasta que un día sea enteramente desvelado en la Patria.

en las que el mero hecho de aceptarlas supone de antemano la voluntad decidida de perderlas.¹²⁰

La criatura humana, una vez alcanzada la perfección en el Amor, se encuentra a sí misma en un cierto estado de reposo o descanso. Una expresión que, como fácilmente puede comprenderse, no es más que una forma de hablar y en cierto modo inexacta; aunque valdiera como introducción a la cuestión. Se trata de una situación de paz que contempla hacia atrás unas ansias que fueron, pero que ahora ya se sienten sosegadas; además de unos intensos deseos de Felicidad, que también por fin se sienten colmados. Cuando el fuego ya no encuentra material para consumir, el todo queda transformado en ascua candente capaz de despedir luz cegadora y calor abrasador. Con lo que se completa un estadio final de la existencia humana que, por otra parte, es lo más opuesto a cualquier forma de *quietismo*.

Tal situación de descanso o consumación se hace ya realidad en esta vida, siquiera sea en forma de adelanto o de primicias. Pues la verdad es que, tanto el Esposo como la esposa, están ansiosos por encontrarse. Por otra parte, el Esposo desea ardientemente regalar a la esposa con alguna prenda de su Amor; el cual, por otra parte, Él anhela verlo pronto convertido en totalidad. Bien entendido, no obstante, que tal prenda o primicia no tiene carácter primordial de demostración; en cuanto que, más bien que el deseo de convencer a la esposa, no hay otra cosa aquí que la irrupción de un Corazón que se siente arrebatado por un Amor incontenible.

¹²⁰ Atribuir a las cosas temporales una pretendida *autonomía* (la cual nunca había sido negada u olvidada por el Cristianismo), pretendiendo reconocerles un *valor en sí mismas*, no es otra cosa en el fondo, se reconozca o no, que tratar de sustraerles su condición de cosas creadas: en definitiva, un intento de *reconciliarse* con el mundo olvidando a Dios. Como si tan vano empeño fuera a lograr algo positivo por parte del mundo.

La verdadera *autonomía* de cualquier cosa creada se fundamenta siempre en cuanto que tiene su *consistencia* en Cristo, y no en otra cosa: *Todo ha sido creado en Él y para Él. Él es antes que todas las cosas y todas subsisten en Él* (Col 1: 16-17).

En cuanto a la esposa, también ella es consciente de que ha alcanzado, por fin, lo (único) que tanto ansiaba su alma:

*Mi alma se ha empleado,
y todo mi caudal en su servicio;
ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio.*¹²¹

.....

*Quedéme, y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.*¹²²

Todo parecería indicar que el *todavía no* por fin ha desaparecido y dado paso al *ya*. Se ha consumado una etapa de búsqueda y de duro caminar para llegar finalmente a un estado de quietud, de paz, de serenidad y de felicidad absoluta. La puerta angosta por la que hubo que pasar, y el camino empinado y estrecho que fue necesario recorrer, han desembocado finalmente en la Vida (Mt 7:14) por tanto tiempo y con tanta intensidad deseada.

Solamente es importante advertir que la situación de Amor ya consumado no se reduce a un estado de mera quietud; en el sentido al menos en el que ordinariamente suele usarse este vocablo. La *Vida más abundante*, prometida por Jesús a los suyos (Jn 10:10),¹²³ nada tiene que ver con la *quietud*. Pues Vida en Plenitud equivale

¹²¹San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

¹²²San Juan de la Cruz, *Noche Oscura*.

¹²³Cf Jn 5:40.

aquí justamente a *Actividad* en Plenitud. Y por supuesto teniendo en cuenta, una vez más, las limitaciones del lenguaje. Las cuales son las mismas que impone al entendimiento humano, en este caso concreto, el concepto de *actividad*; a falta de otro mejor. Cuando en realidad, para encontrar el más adecuado, sería necesario conocer los profundos misterios de la verdadera Vida. Debe tenerse en cuenta que siendo Dios Acto Puro, y precisamente por serlo, es Actividad Infinita; aunque sin que exista en Él sombra alguna de cambio. Es la Vida Infinita en toda su Plenitud, con todas sus infinitas virtualidades hechas realidad. Una Vida Infinita que además discurre —otro portentoso *descubrimiento* de la Revelación Neotestamentaria— en forma de Puro Diálogo de Amor entre Personas; a saber: Dos que se aman y otra Tercera como Vínculo de Amor que las une. Contenido todo ello en la absoluta Unidad y Simplicidad de una única Naturaleza.

Pero el Amor divino–humano —sobre todo el que ha llegado a un cierto estado de perfección— no es sino un analogado del Amor Divino. La *serena quietud* del corazón humano arrebatado por el Amor divino es también, por lo tanto, otro concepto en el que interviene la analogía, con respecto a la verdadera Vida tal como discurre en Dios. Y por lo tanto donde también hay de todo: a excepción de la quietud, tal como se entiende en el común modo de hablar.

Todas las herejías, pese a su bagaje de (aparente) verdad (necesario por otra parte para su subsistencia), son absolutamente irrazonables. El *quietismo*, por ejemplo, sostiene el enorme sinsentido de suponer quietud y pasividad allí donde no existe sino esa *máxima actividad* que es propia, por otra parte, del apasionamiento amoroso; a saber: la absoluta, constante, y recíproca entrega de los amantes que ha lugar en el Amor divino–humano; la cual no puede entenderse sino como el fenómeno de la Vida llevada hasta su grado más

elevado, como en un paroxismo de actividad o plenitud. Pues no debe olvidarse que el Amor, en su fuente más originaria, no es sino la Vida Infinita del Acto Puro; el cual es también Fuego Infinito. Un fuego que, además, por su propia naturaleza, nunca dice *¡Basta!* (Pr 30:16).

Pero si la Vida Infinita en Dios —*Ipsa Vita*— transcurre en forma de Diálogo Amoroso entre Personas Divinas —las Dos que mutuamente se entregan y el Vínculo que las une, que también es Persona Divina—, y siendo el divino–humano un verdadero analogado con respecto al Amor divino, es lógico que también habrá de discurrir en forma de diálogo. Sin embargo es un diálogo entre enamorados que anda demasiado lejos de quedar reducido a mero diálogo. Al menos tal como el diálogo suele ser entendido por el entendimiento humano.

El Diálogo, en su forma normal y tal como es entendido por el hombre, es una comunicación entre personas que tiene lugar por medio de palabras. Y las palabras, como es sabido, no son sino vehículos que contienen y transportan ideas o conceptos. Aunque ninguno de ellos —ni las palabras ni los conceptos— son capaces de expresar de forma exhaustiva los sentimientos que intentan transmitir. Las posibilidades de su capacidad de almacenamiento —de los vocablos con respecto a las respectivas ideas, y de las ideas con respecto a las realidades que intentan expresar— son extremadamente limitadas e insuficientes. De ahí la necesidad en la que se encuentra el ser humano de multiplicar indefinidamente su lenguaje —sus palabras— a fin de intentar llevar a cabo una comunicación con sus semejantes que nunca llega a ser perfecta ni completa.

Pero sucede que el Diálogo, llevado hasta el ápice de la suma perfección, no utiliza palabras. Cual es el que ha lugar en el seno de la Trinidad, en el que el uso de palabras no tendría sentido alguno. En cuanto que, tal como se acaba de decir, las palabras son siempre insuficientes y limitadas en su capacidad de expresión; y de ahí la necesidad de acumularse y multiplicarse, aunque sin llegar nunca a la forma perfecta de comunicación. Pero en la vida Trinitaria, el Padre no tiene que comunicar idea alguna nueva al Hijo, puesto que se lo ha dicho y entregado *todo* en una sola Palabra; la cual es precisamente el Verbo, o la segunda Persona de la

Trinidad. Dado que *todo* ha sido entregado al Hijo por el Padre, y puesto que el Hijo también ha respondido al Padre con la misma *totalidad*, ninguna otra cosa habría que comunicar ni que decir: *Todo me ha sido dado por el Padre. . . , y todo lo que tiene el Padre es mío* (Mt 11:27; Jn 16:15). El *diálogo perfecto*, llegado pues a su punto culminante, se ha convertido en una forma de comunicación en que la que no existen palabras; o bien, en todo caso, solamente una: la *Palabra*. La cual, junto con Quien la ha pronunciado y el Vínculo que las une, forma la única y misma Esencia Divina.

No por eso el diálogo entre seres humanos deja de ser un analogado con respecto al que se consume en el seno de la Trinidad. La distancia del primero, con respecto a la perfección, habría de medirse conforme a su distancia al segundo. Pero con todo, el diálogo humano siendo verdadero diálogo —una comunicación por medio de palabras—; siempre insuficiente en efecto, pero que realiza cumplidamente su cometido.

Lo realmente increíble del tema, es el hecho de que los filósofos *personalistas* hayan logrado desvirtuar y convertir en un sinsentido el concepto del diálogo. El cual, según su doctrina, no tiene ya por objeto el de comunicar ideas y sentimientos entre personas humanas: ¿Y cuál podría ser ese objeto cuando no puede pretender sino respetar *la verdad del otro*, sin intentar en modo alguno, ni de lejos, influir en su forma de pensar, en su ánimo, ni menos aún en su conducta. . . ? Y de ahí que si el diálogo está obligado, siempre y en todo caso, a respetar *la verdad del otro*, sin sombra alguna de intento de *comunicación* (que no sería sino una *transmisión* de ideas o sentimientos), he aquí que se ha convertido en una mera charla que te charla; a saber: hablar por hablar. Forma de hablar, sin embargo, en la que cada cual posee *y se queda* con su verdad; y donde no existe, por lo tanto, verdad alguna objetiva y universal que valga para todos.

Así es como el diálogo de los *personalistas* franceses y alemanes no es sino una vuelta a la Torre de Babel pero con ínfulas de modernidad e invención luminosa. Sus consecuencias en la Teología, en la Liturgia y la Predicación de la Iglesia, y en la política Ecueménica entre otras cosas, son tan patentes y se encuentran tan a la vista de todos que no requieren más tareas de pormenorización. Incluso ha llegado su influencia a la Poesía y al Arte modernos (pintura y escultura), los cuales, por lo general, *no suelen pretender decir nada* (y por supuesto que no lo dicen), dejando a cada cual sentir lo que le parezca (de nuevo el subjetivismo de *la propia verdad*).

Y para resumir; lo que aquí ha tenido lugar no es otra cosa que una transición: desde el *diálogo perfecto*, que no utiliza palabras porque lo dice *todo*, al

diálogo personalista, que tiene sumo cuidado en no transmitir *nada*, a saber: ni ideas ni sentimientos. Tal vez porque él mismo carece por completo de ellos; pese a su histrionismo de acontecimiento brillante y cultural cuando en realidad no es sino nihilismo.

La soledad y la quietud buscada por ambos —el Esposo y la esposa— para lograr la mejor realización de su Amor, es un leitmotiv en el *Cantar de los Cantares* y, en general, en todos los lugares donde se habla del Amor divino–humano:

*Introdúcenos, rey, en tus cámaras,
y nos gozaremos y regocijaremos contigo. . .*¹²⁴

Siempre en busca de la soledad y en huida de todo lo demás. Por eso el Esposo exhorta a las demás creaturas a que no molesten a la esposa:

*Os conjuro, hijas de Jerusalén,
por las gacelas y las cabras monteses,
que no despertéis ni inquietéis a la amada
hasta que ella quiera. . .*¹²⁵

*Ven, amado mío, vámonos al campo;
haremos noche en las aldeas. . .
y allí te daré mis amores.*¹²⁶

Siendo nota esencial del amor la *reciprocidad*, se hace difícil entender ciertos puntos de doctrina de algunos místicos. Aunque hayan

¹²⁴Ca 1:4.

¹²⁵Ca 2:7; 3:5; 8:4.

¹²⁶Ca 7: 12–13.

sido admitidos siempre como doctrinas ciertas, y a las que el transcurso de los siglos les ha otorgado carácter de tradición consagrada. Doctrinas venerables, avaladas por el genio de Santos e ilustres Doctores de la Iglesia, han sido tenidas por ella en gran estima, con toda razón. Lo que no debe constituir un obstáculo para el planteamiento de alguna cuestión con respecto al tema y que, en cierto modo, tal vez pueda contribuir al mejor conocimiento del problema:

Si se reconoce como cualidad del Amor la reciprocidad (*Mi Amado es para mí y yo soy para mi Amado*),¹²⁷ ¿cómo admitir que en la llamada *contemplación pasiva* toda la actividad haya de ser meramente divina, sin que se le reconozca a la creatura humana apenas otra opción que la de disponerse a recibir pasivamente la gracia?¹²⁸ La lluvia torrencial que cae del cielo, sin esfuerzo ni actividad alguna por parte de la creatura, se suele contraponer a la actividad que supone el agua extraída con trabajo de la noria. Se admite una absoluta *pasividad* de la creatura, sin intervención alguna por su parte, ante el torrente de gracias especiales y singulares que baja del Cielo. *Todo es gracia*, decía Bernanos con entera razón, aunque hablando en otro contexto. Y tal ha sido la doctrina de la teología católica desde el principio; la cual nunca le ha impedido, sin embargo, reconocer la necesidad de la cooperación de la creatura. Por lo demás, ¿cómo es posible imaginar que Dios, al otorgar al ser humano el carácter

¹²⁷Un lugar común en el *Cantar de los Cantares*, al que podría añadirse el *Ya no os llamaré siervos, sino amigos*, del Sermón de la Última Cena, además de otros muchos textos.

¹²⁸Por supuesto que todo depende de la gracia; y más todavía en un ámbito en el que se supone que actúan gracias sobrenaturales especialmente elevadas. Pero aquí no se trata de eso. En ningún tipo de relaciones divino-humanas, una vez reconocida la prioridad y la absoluta necesidad de la gracia, se excluye la cooperación humana; al menos en teología católica. ¿Por qué iba a serlo cuando se trata del Amor?

de partícipe privilegiado de su misma Vida, como amigo ya que no como siervo, admitido al diálogo y a la ternura de la relación íntima de Amor del *tú* y del *yo*, iba a dejarlo en el papel de mero espectador o de recipiente pasivo? *Dígase lo que se quiera, si no existe en el Amor una relación de un “yo” a un “tú”, no hay Amor en modo alguno.* Que el *yo* humano sea capaz de convertirse en un *tú* para el *Yo* divino es el mayor, el más misterioso, y el más admirable milagro de la Gracia. Si bien todo es gracia, hasta el punto de que habrá que excluir todo mérito, por parte de la creatura, que no tenga su origen en ella, tampoco es posible negar el hecho de que, en la relación de Amor divino–humana —tanto más cuanto más elevada—, el papel de la creatura alcanza cotas de *actividad* íntima y profunda —de Vida intensa— que escapan a cualquier intento de medición humana. En definitiva es la Gracia la que realiza el prodigio de que el ser humano sea realmente un *yo* en su relación con Dios. . . y, por lo tanto, también con los demás hombres. Solamente cuando Dios lo trata como a un *tú* es cuando el hombre comienza a ser *él mismo*. Lo cual es posible desde el momento en que ha comenzado el mutuo diálogo de Amor del *yo* y del *tú*.¹²⁹ De donde parece posible concluir que todo Diálogo, o bien es diálogo amoroso o bien no es diálogo en modo alguno. Y así es como la moderna Pastoral no siempre va bien encaminada: el hombre es *él mismo* solamente y una vez que *se ha perdido a sí mismo*; que es lo que viene a decir la enseñanza del Maestro: *El que pierda su vida por mí, la encontrará*.¹³⁰ Pues el hombre, en efecto, no tiene otro modo de encontrarse a sí mismo —o de ser *él mismo*— sino a través del Amor. Y por eso decía San Juan de la Cruz:

¹²⁹Tal diálogo, en la relación de amor divino–humana, comienza en el momento de la recepción del bautismo. Iniciado desde la inconsciencia oscura de la fe, su destino no es otro que el de ir madurando hasta llegar a la claridad de la luz del *cara a cara* de la Patria.

¹³⁰Mt 10:39.

*Pues si ya en el ejido
de hoy más no fuere vista ni hallada,
diréis que me he perdido;
que andando enamorada,
me hice perdidiza, y fui ganada.*¹³¹

Suponer que en la oración contemplativa no le queda al hombre otro papel que el disponerse a recibir *pasivamente* el caudal de la Gracia que viene de lo Alto, sin actuar por lo tanto como un *yo*; condición indispensable, por otra parte, para que tal contemplación pasiva fuera realmente *Diálogo* amoroso. . . ,¹³² correría el peligro de recordar las doctrinas de Molinos.

Debe tenerse en cuenta que la relación amorosa es enteramente peculiar y única en cierto sentido. Ante todo, la condición de los amantes como tales sigue siendo la misma dentro de la relación; dado que cada uno de ellos conserva su propia individualidad y diferenciación, como es normal en cualquier relación. En ésta, sin embargo, la nota de *diferenciación*, no solamente va todavía más lejos hasta convertirse en *oposición*, sino que es exigida por la condición misma de la relación de Amor.¹³³ Puesto que la relación amorosa que

¹³¹San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

¹³²Se ha dicho más arriba que cualquier Diálogo que se precie de serlo tiende a ser amoroso, así como tampoco puede concebirse un Amor que no sea Diálogo. La facultad de comunicarse no fue concedida al hombre solamente como instrumento de transmisión de ideas, sino también de sentimientos. En cualquier *comunicación* humana no es el cerebro quien habla, sino el *hombre*: cerebro y corazón. El hombre fue creado para el Amor: para amar y para ser amado. Por lo que aquí cobraría especial fuerza la consigna del Maestro: *Amáos los unos a los otros*, que no tendría ya un valor de contenido meramente religioso, sino como ingrediente institucional de algo que se deriva de la constitución de la naturaleza humana.

¹³³La *oposición* en los seres creados es a su vez un analogado —otro más— con respecto a las relaciones divinas en la Trinidad.

constituye a los Amantes como tales solamente puede establecerse entre *personas distintas*. Lo que no podría ser de otro modo, desde el momento en que se admite que el Amor consiste en la *salida* del uno para *ir* hacia el otro; o en la *entrega* de uno para ser *recibido* por otro. Y todo ello a su vez de modo recíproco. De donde se desprende que, en el juego del Amor, la *distinción* de las personas y la condición de *reciprocidad*, son constitutivos esenciales.

Sin embargo, según ya se ha visto más arriba, Dios es un *fuego devorador*. Y que como tal, siendo Amor Infinito, abrasa y *consume* a su creatura hasta donde ella es capaz de soportar la intensidad de un Fuego de Amor Infinito. En este caso, la *Infinitudo originis* actúa sobre la *finitudo recipientis* para dar lugar al Amor divino participado y recibido como un don por la creatura. Hay pues un lugar de origen *a quo*, otro lugar de destinación *ad quem*, y el vínculo que se establece entre uno y otro para constituir el todo, que es en lo que consiste la relación amorosa. Se puede comprender mejor si se *analiza* en sus diversas partes el texto del Apóstol: *El amor de Dios (a) ha sido derramado en nuestros corazones (b) por medio (c) del Espíritu Santo que se nos ha dado.*¹³⁴ Bien se puede decir, por lo tanto, con respecto a la relación amorosa divino–humana, que el ser humano es *devorado* por el Fuego de Amor que desciende de Dios y *consume* a su creatura:

*Son sus dardos saetas encendidas,
son llamas de Yavé.*¹³⁵

Pero entonces —cabe preguntar—, ¿dónde se encuentra aquí la reciprocidad? ¿Podría decirse que el fuego del corazón de la esposa es capaz de *afectar* el corazón del Esposo? ¿Sería capaz el fuego de

¹³⁴Ro 5:5.

¹³⁵Ca 8:6.

un corazón humano, abrasado por el Amor, *lacerar* el Corazón de Dios en su deseo de hacerlo suyo y poseerlo?

Y la respuesta, por supuesto, es afirmativa.

Para aportar una posible explicación al tema, quizá valga la pena echar mano de algún texto curioso del *Cantar de los Cantares*:

*Yo te llamaría,
y te entraría en la casa de mi madre,
en la alcoba de la que me engendró,
y te daría a beber vino adobado
y mosto de granados.*¹³⁶

Es evidente que hay aquí como un deseo contenido, por parte de la esposa, de *apoderarse* del Esposo. Busca conducirlo a un lugar solitario y seguro, de grado o por fuerza, para agasajarlo hasta la embriaguez. A fin de cuentas, lo que ella desea es encontrarse en soledad con su Esposo a fin de regocijarse ambos con su mutuo Amor. Preciso es reconocer que los desvaríos y desatinos, capaces de convertirse a veces en verdaderos delirios, que cualquiera de los Amantes es capaz de realizar con respecto al otro, solamente pueden parecer tales a quien nunca ha conocido el Amor.

Lo admirable del caso es que el Corazón enamorado de Dios efectivamente puede sentirse lacerado. Justamente también a lo humano, si se quiere hablar así (en un lenguaje atrevido pero cierto), *a través del Amor experimentado por el Corazón de carne de Jesucristo*. O por el Corazón humano de Jesucristo, si se quiere hablar con toda propiedad.

Para entender de algún modo lo cual, es necesario tener en cuenta que Dios quiso hacer suyo el amor humano, pero *experimentado al*

¹³⁶Ca 8:2.

modo humano.¹³⁷ Pues Dios quiso que el hombre pudiera amarlo libre y abiertamente, a su manera, según su naturaleza y modo de amar humanos. Por eso Jesús come ante sus discípulos, después de la resurrección, a fin de *convencerles* que no es un espíritu (Lc 24: 36–44). Y en cuanto a que Dios estaba interesado en demostrarle al hombre su Amor, es algo que queda evidente en el hecho de que entrega su propia vida precisamente para eso (Jn 15:13). A tales desvaríos llegan las exigencias del Amor, junto al deseo de sentirse en igual situación y al lado de la Persona amada: *Ya no os llamaré siervos...* Y de nuevo vale aquí lo dicho en la última nota. Dios no necesita *sentirse* al lado del hombre, en cuanto que de hecho lo está, y de una forma más transcendente: *Más íntimo a mí que yo mismo*, decía San Agustín.¹³⁸ Pero el hombre sí necesita, para que su amor sea auténtico y verdadero, sentir a Dios a su lado y poder amarlo a su modo.

Y ahora es cuando se cumplen las condiciones que exige el verdadero Amor. Una vez que se ha hecho posible lo que hubiera parecido imposible, cual es la reciprocidad. Ahora, por fin, *sentida y percibida* por el hombre.¹³⁹

¹³⁷Ya puede comprenderse que tal *experimentación* mira más hacia el hombre que hacia Dios. Dios no necesita experimentar nada. En cambio el hombre sí que necesita saber que Dios lo ama también *a su propia manera de hombre*. Al fin y al cabo, es la única manera de amar que el hombre conoce por ahora. Y el Amor, o al menos un Amor llamado a ser perfecto, difícilmente podría ser tal si no hay de por medio una comunidad de sentimientos. De vuelta al plano de igualdad, tanto de niveles como de situaciones, tan propio del Amor: le basta al discípulo ser como su Maestro, y al siervo como su Señor (Mt 10:24; Lc 6:40).

¹³⁸*Intimior intimo meo* (San Agustín, *Confesiones*, III, 6.)

¹³⁹El Amor no es un mero producto del conocimiento, sino también de la voluntad: *Nihil volitum quin præcognitum*. El bien y la belleza son deseados una vez que han sido percibidos. Al hombre no le bastaría con *saber* que Dios le ama, sino que necesita *sentir* tal Amor; y como siempre, en reciprocidad. Por eso parece insuficiente hacer consistir la *Beatitudo* en la contemplación saciativa de la Verdad.

Ahora se ha hecho posible que el Corazón humano de Jesucristo se sienta traspasado por los dardos encendidos del Amor de su creatura. Los mismos que provienen de un Amor ardiente que desea corresponder al suyo propio. Mientras que la creatura, por su parte, puede percibir que el Verbo hecho Carne vive también los *sufrimientos y angustias* que, por ahora, suelen acompañar al Amor; que es decir durante el tiempo en el que la dulzura del Amor se colma cuando se gusta sobre el fondo de la Cruz. Solamente así es capaz el hombre de vivir el Amor verdadero: en totalidad y a su manera. Y Dios, por su parte, también quería vivirlo como su creatura y juntamente con su creatura. Así se comprenden mejor las palabras llenas de ternura de la esposa del *Cantar de los Cantares*, sin necesidad de echar mano del recurso de la metáfora poética:

*Su izquierda descansa bajo mi cabeza
y su diestra me abraza cariñosa.¹⁴⁰*

Al fin el Amor divino, correspondido por la creatura, se ha convertido en Amor divino–humano. Ahora Dios ama como Dios y como Hombre. Mientras que el hombre, elevado por la gracia, puede ahora amar con un Amor divinizado, o cuasi–divino; al tiempo que comparte la misma Vida y el mismo Amor del Dios Infinito: *Para que el Amor con que Tú me amaste esté en ellos y Yo en ellos.*¹⁴¹

Jesucristo es el testigo cualificado cuyo Corazón, inundado en deseos de demostrar su Amor (Jn 15:13), vive angustiado hasta el

¹⁴⁰Ca 8:10.

¹⁴¹Jn 17:26. Una de las cosas que se han echado en falta en la teología católica es una doctrina más seria y profunda acerca de la devoción al Corazón de Jesús. Hasta ahora reducida prácticamente a prácticas piadosas para personas devotas; cuando no a teorías con poco fundamento en el dogma.

momento de la donación de su vida: *He de ser bautizado con un bautismo, y ¡cómo me angustio hasta que se lleve a cabo!*¹⁴² Texto demasiado importante, trasladado por la Neovulgata del original griego como: *Baptisma autem habeo baptizari et quomodo coartor, usque dum perficiatur*. Donde es de tener en cuenta que el verbo συν-έχω, aquí en forma pasiva, significa *contineor* (mantener unido o atado, encerrar, abarcar; en pasiva, estar cercado o rodeado, etc.); o *coartor* (estrechar, apretar, comprimir, etc.); o *affigor* (afijar, clavar, hincar, etc.); o *animo angor*.

Llevado de su deseo natural de saber, el hombre es dado a formular hipótesis y teorías que luego se convierten, o tal vez no, en verdades comprobadas. En cambio es menos proclive a deducir las consecuencias pertinentes, aunque a veces se hayan mostrado como convenientes o incluso necesarias. Así se explica, por ejemplo, que en el amor divino–humano (la relación amorosa entre Dios y el hombre), no se haya insistido demasiado en que se trata de un amor divino y humano a la vez. Y puesto que afecta a los dos términos de la relación, el Amor del hombre a su Dios es tan Humano como Divino; o al menos cuasi–divino. Y dígase lo mismo respecto al Amor de Dios por su creatura, que *es divino y humano al mismo tiempo*. De este modo, así como Dios es amado por el hombre con un Amor humano, por más que divinizado o elevado por la Gracia, recíprocamente también Dios ama al hombre con Amor humano a través del corazón de Cristo. Por lo que, si acaso pudiera pensarse aquí en una especie de *comunicación de idiomas* entre el Amor del uno y del otro, se podrían aplicar a ambos idénticas o semejantes cualidades. El hombre sufre el impacto del fuego del Amor divino, así como Dios es afectado también por el que procede del Amor de su creatura. Sobre todo lo cual puede suceder que pasen inadvertidas

¹⁴²Lc 12:50.

las consecuencias derivadas de la reciprocidad en el Amor, así como el significado profundo de los textos. Con respecto a los cuales, no es infrecuente que se atiende más a su carácter literario, metafórico o poético, que a la profundidad de su contenido. Como puede comprobarse en una de los más impresionantes exclamaciones que, puesta en boca de la esposa, aparecen en el *Cantar de los Cantares*:

Mi amado es para mí y yo soy para mi amado.

* * *

Cuando se habla de las relaciones de Amor entre Dios y el hombre, suele insistirse más en el Amor del hombre a Dios que en el de Dios al hombre; aunque es evidente que las razones pastorales, o que miran a la salvación del hombre, son aquí las determinantes. La relevancia del precepto según el cual *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, etc.* está sobradamente justificada si se considera la condición de la creatura con respecto a su Creador. Otra cosa sería el hecho de que el precepto sea considerado como *mandamiento* más bien que como un acto de verdadero Amor; el cual, como es sabido, es esencialmente libre. Pero la oportunidad de tal *mandato* no puede ser objeto de discusión, por razones obvias; aunque no dejaría de ser interesante un estudio más a fondo y detenido del problema. Con todo, ambos términos de la relación (el Amor de Dios al hombre y el Amor del hombre a Dios), aparecen en la Biblia con semejante predicamento aunque, como era de esperar, con preponderancia del primero.¹⁴³

¹⁴³Con respecto a esta prioridad, podrían traerse a colación textos como el de *Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito* (Jn 4:16), o el de *Nosotros amamos porque Él nos amó primero* (1 Jn 4:19), etc.

De todos modos es importante subrayar la condición de reciprocidad en la relación amorosa divino–humana. En ella Dios siempre es Dios, mientras que el hombre sigue siendo hombre; como no podía ser de otro modo. Pero Dios quiso ser amado por el hombre con Amor perfecto y auténtico; aunque en la medida, claro está, en que la creatura es capaz de alcanzar tal perfección. Lo cual puede hacer a un nivel elevado y otorgado por la Gracia, que sin embargo sigue siendo humano; o si se quiere mejor, sobrehumano. No hay que olvidar que la gracia no suprime la naturaleza. Por lo demás, es lógico pensar que, si Dios se hizo Hombre, es de suponer que seguramente fue *para algo*. Para redimir al hombre, por supuesto; aunque todo hace suponer que para algo más. Sin duda que para actualizar un buen número de virtualidades a derivar del hecho de la Encarnación. Mucho más difíciles de descubrir por parte del hombre, tanto en su profundidad como en su abundancia, que la posibilidad de conocer el número exacto de estrellas existentes en el firmamento.

Por lo tanto, como ya se ha dicho más arriba, es de esperar que el Corazón de Dios, a través de la Persona del Verbo hecho Hombre, también se sienta afectado, y aún lacerado, por el Amor que recibe de su creatura. De este modo adquieren sentido las representaciones que suelen hacerse, tanto en pintura como en escultura, de la imagen del Corazón de Jesús: herido, sangrante y rodeado de espinas. Es de lamentar que esta Devoción haya encontrado en la Iglesia más apoyo en vientos de *devoción* que en los de la auténtica *teología*. A propósito de lo cual, vale la pena recordar que nadie se siente atraído por *el amor* del que es objeto, sino por la *Persona* que se lo profesa.

Una vez más, como siempre, el *Cantar de los Cantares* abunda en la materia poniendo sublimes expresiones en labios del Esposo:

*Aparta ya de mí tus ojos,
que me matan de amor.*¹⁴⁴

.....

*Prendiste mi corazón, hermana, esposa,
prendiste mi corazón en una de tus miradas...*¹⁴⁵

Que el Corazón humano de Jesucristo se ha sentido afectado por pasiones tan propias de la naturaleza humana, como pueden serlo el sufrimiento y el amor, es cosa que se desprende con toda claridad de los episodios evangélicos. Como el que describe San Juan con motivo de la resurrección de Lázaro:

Todavía no había llegado Jesús a la aldea, sino que se encontraba aún donde Marta le había salido al encuentro. Los judíos que estaban con ella en la casa y la consolaban, al ver que María se levantaba de repente y se marchaba, la siguieron pensando que iba al sepulcro a llorar allí. Entonces María llegó donde se encontraba Jesús y, al verle, se postró a sus pies y le dijo:

—Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano.

Jesús, cuando la vio llorando y que los judíos que la acompañaban también lloraban, se estremeció por dentro, se conmovió y dijo:

—¿Dónde le habéis puesto?

Le contestaron:

—Señor, ven a verlo.

*Jesús rompió a llorar.*¹⁴⁶

Es cosa frecuente en la Espiritualidad cristiana, así como en el común sentir de los fieles, poner más énfasis en la voluntad divina

¹⁴⁴Ca 6:5.

¹⁴⁵Ca 4:9.

¹⁴⁶Jn 11: 30-35.

de Jesucristo que en su voluntad humana. Como si se dejara en la sombra la realidad de que es *también* verdadero Hombre, hasta dar la impresión, algunas veces, de que todavía rondan por ahí vestigios de monotelismo.

Y sin embargo, la contemplación de Jesucristo como verdadero Hombre es esencial para la espiritualidad y la existencia cristiana en general. De otro modo, el hombre no podría amar a Dios de la manera *perfecta* —a lo humano-divino— como Dios desea ser amado por él. No se comprende bien cómo el hombre podría hacerlo sin pasar por el Corazón de Jesucristo, reconocido por él como también verdaderamente humano. Habida cuenta de que el adverbio *también*, por más que pueda sonar a extraño, posee aquí una importancia fundamental. Cuando el hombre percibe el Corazón de Cristo como auténticamente humano, no sería capaz de sentir un Amor loco por Él si no lo reconociera al mismo tiempo como el Corazón de su Dios. El mismo Dios que se hizo hombre para dar la vida por su amor y poder ser correspondido en forma de totalidad: *Nadie viene al Padre sino por mí...*¹⁴⁷ *Sin mí no podéis hacer nada.*¹⁴⁸ Por eso decía la esposa:

*Allí, junto al Amado,
en silencio de amor correspondido,
estar quise a su lado,
y díjome al oído
que Él también por mi amor estaba herido.*

* * *

¹⁴⁷ Jn 14:6.

¹⁴⁸ Jn 15:5.

... *Pero tengo contra ti que has perdido el ímpetu de tu primer amor.*

Luego es posible que el Amor alguna vez se desvirtúe y se vea despojado de su dinamismo y de su fuerza. En cuyo caso quedaría privado de aquella impetuosidad que tuvo en un principio y que suele marcar el comienzo de toda historia amorosa: el flechazo del Amor. El instante en el que alguien se siente dulcemente herido por un impacto que lo induce a rendirse, en totalidad y sin condiciones, ante otra persona. Ese momento de elevada intensidad y destinado, por su propia naturaleza, a convertirse en inmensa hoguera capaz de abrasarlo todo.

¿Acaso no es verdad que el Amor encadena y a la vez otorga la libertad?¹⁴⁹ *Nexus dourum*, llamaron los Padres al Espíritu Santo. Y un nexo es lo que traba y une, aunque éste en particular es la única cosa que otorga la verdadera libertad: *Ubi Spiritus Domini, ibi libertas*.¹⁵⁰

Sin embargo, el enamorado no desea otra cosa que sentirse atado y apresado por la persona que ama. Diego de San Pedro escribió en el siglo XV su *Cárcel de amor*, enmarcada en el ambiente que

¹⁴⁹Jesucristo establece una íntima relación entre la práctica de sus enseñanzas, el conocimiento de la verdad y la libertad (Jn 8: 31-32). Asimismo, entre la fidelidad a sus palabras y el amor (Jn 14: 15,23).

¹⁵⁰He aquí una importante diferencia. Para el liberalismo (tantas veces condenado por la Iglesia) la libertad se fundamenta en la ausencia de coacción: libertad de pensamiento, libertad de expresión, libertad de asociación, libertad de comercio, libertad de acción... y, en definitiva, libertad para hacer cada uno lo que desee. Así es como lo entienden los que ven en la democracia el supremo y único bien... y en el Estado—tutelar el único y supremo mal. Para Jesucristo, sin embargo, la libertad únicamente puede estar fundamentada y ser consecuencia de *la verdad* (Jn 8:32).

historiadores posteriores denominarían como *Amor Cortés*, y según un tema que ha sido considerado siempre como constitutivo de la relación amorosa. Todo parece indicar que los amantes de todos los tiempos no han deseado otra cosa que sentirse apresados, e incluso puestos en situación de encarcelados por (o a causa de) la persona amada. De tal manera que solamente así, y no de otro modo, es como podían imaginarse en libertad:

*Llévanos tras de ti, corramos.
Introdúcenos, rey, en tus cámaras...*¹⁵¹

Desde luego, no es lo mismo amar que estar enamorado. Porque amar tal vez sería algo que podría estar al alcance de cualquiera; mientras que sentirse enamorado correspondería, como privilegio exclusivo, a los que realmente saben amar.

Pero, ¿acaso un Amor que ha perdido su *ímpetu*, su fuerza y su dinamismo, puede todavía ser considerado como Amor? A juzgar por lo que se desprende del texto de Ap 2:4, tomado al pie de la letra, parece que sí.¹⁵² De ser así, nos encontraríamos entonces con un Amor *rebajado* de calidad y precio; puesto ahora, por fin, al alcance de cualquiera.

Sin embargo debe tenerse en cuenta, frente a toda esta problemática, que los enigmas que plantea el complejo fenómeno del Amor son muy complicados. Lo que se ha venido diciendo de él aquí, como cualquiera puede ver, no pasa de ser un mero bosquejo superficial. Lo referente a su intensidad y a su posible disminución, o a la totalidad

¹⁵¹Ca 1:4.

¹⁵²A efectos del problema, es indiferente hablar de la pérdida del *primer amor* o de la pérdida del *ímpetu del primer amor*; en cuanto que el significado es el mismo.

en cuanto a si esta cualidad pertenece o no a la esencia del Amor, entre otras, no son sino algunas de las muchas cuestiones susceptibles de una mayor profundización en el Misterio. Y conviene subrayar lo de *profundizar*, puesto que no es posible aspirar a otra cosa. Al fin y al cabo el Amor se identifica con Dios, Misterio Infinito. Por lo que incluso el amor creado, como participación que es del Amor Infinito, contiene multitud de aspectos que jamás el hombre será capaz de desvelar enteramente en esta vida.

Pese a lo cual, parece tentadora la idea de realizar una rápida incursión en alguno de tales problemas, aunque sin pretender ir más allá de lo que puede esperarse de un mero ánimo de curiosidad.

Puede servir de ayuda a la tarea dedicar una ligera atención a la aludida novela de Diego de San Pedro. Teniendo en cuenta el acuerdo, casi total entre los críticos, según el cual la *Cárcel de Amor* es una obra emblemática del llamado *Amor Cortés*; tal como fue entendido y cantado por los juglares y poetas provenzales de la Baja Edad Media.

Precisamente una de las cuestiones que, con relación al *Amor Cortés*, han inducido a los críticos a ver motivos de exageración ha sido la presunta *divinización* de la amada por parte del amante. De ahí las objeciones, e incluso el rechazo, por parte de bastantes teólogos moralistas; hasta el punto de que la *Cárcel de Amor* estuvo prohibida por la Inquisición.

Sin embargo, si hoy se examina, con talante más benigno y sin prejuicios, este tipo de literatura florecido en el otoño de la Edad Media, es fácil descubrir el escaso fundamento de tales acusaciones. Por lo menos en lo que se refiere a la *Cárcel de Amor*, incluidos los epítetos y expresiones dirigidos en ella a las mujeres en general con ánimo de ensalzarlas. Aunque no siempre se puede decir lo mismo de otras creaciones literarias; como sucede, por ejemplo, con la *Tragico-*

media de Calisto y Melibea, cuyo carácter eminentemente pagano y de elevada concupiscencia es imposible negar. En cambio, al menos en este punto, Diego de San Pedro escribe sobre la base de insistir en las virtudes cristianas; con expresiones exageradas si se quiere, y aún más las dirigidas a la heroína, pero que no van más allá de las que suelen usar los supuestos *locamente* enamorados. Una vez que han sido consideradas serenamente, no se puede dictaminar con ligereza que la intención del autor haya ido más allá del deseo de servirse de la metáfora; después de todo, un lenguaje casi obligado en escritores y poetas que hablan del amor.

Los epítetos *exagerados* dirigidos a la amada, ordinariamente ardorosos y encendidos, son una constante tan común en el mundo de los enamorados que hasta el mismo *Cantar de los Cantares* los utiliza en abundancia rayana en el derroche. El Libro Sagrado llega incluso a comparar a la amada con las bestias de tiro del carro del Faraón (Ca 1:9): un extraño tropo, a buen seguro; difícil de entender para la mentalidad moderna, pero que contiene una detonante carga poética, además de un alto valor de evocación según las concepciones de los antiguos.

El problema radica, tal vez, en que con frecuencia se ha identificado la pasión con la concupiscencia. Y también han sido bastantes los que han entendido el Amor como necesariamente carnal. A todo lo cual habría que añadir la resistencia de muchos moralistas cristianos (en las edades Antigua y Media, aunque también en tiempos posteriores) a no considerar pecaminoso el acto conyugal llevado a cabo con pasión; lo que lo convierte al menos en pecado venial o en acto defectuoso.

La verdad es que el problema, ya de por sí bastante complejo, requiere un uso cuidadoso de la terminología. Si la pasión es identificada con la concupiscencia, queda abierto el camino para tildar

de defectuoso el acto carnal conyugal.¹⁵³ Pero todo hace pensar que los moralistas cristianos (sobre todo los medievales) extremaron a veces sus requerimientos en este punto; o al menos así lo parece. Exigir, por ejemplo, que el esposo, para llevar a cabo el débito con su esposa, ha de considerarla siempre y en todo caso como *esposa*, y nunca como simple *mujer*, puede sonar a excesiva extremosidad; así como recabar que determinados actos o instantes de la vida íntima conyugal hayan de efectuarse en todo momento *cum moderatione*, etc.

Sea de ello lo que fuere, es evidente que la pasión, o el *apasionamiento*, entendido aquí en sentido fuerte, es cosa inherente al Amor. No debe olvidarse que la acusación que el Espíritu dirige al Ángel de la Iglesia de Éfeso se fundamenta precisamente en ese punto: porque ha perdido el *ímpetu* de su primer amor; o sencillamente el penetrante e hiriente fuego del *primer* amor, que viene a ser lo mismo:

*Que es fuerte el amor como la muerte
y son como el sepulcro duros los celos.
Son sus dardos saetas encendidas,
son llamas de Yavé.¹⁵⁴*

Y cuando se habla del que Jesús profesó a los suyos, se dice que fue un amor *hasta el fin* (Jn 13:1). Una expresión que encierra efectivamente cierta ambigüedad, pero que siempre deja abierta la puerta a una mayor profundización en sus posibles sentidos. Por otra parte, cuando el mismo Jesús habla del modo y manera como el hombre

¹⁵³Único del que aquí se habla, por cuanto el acto carnal fuera del matrimonio es siempre pecaminoso.

¹⁵⁴Ca 8:6.

ha de amar a Dios, no se anda con rodeos ni eufemismos: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas.*¹⁵⁵ Y es que el Amor supone una entrega desbordante a la persona amada, a la espera, por supuesto, de una respuesta en el mismo sentido. La relación que así se establece —la corriente amorosa— no puede ser expresada mediante palabras. En cuanto que el lenguaje no está capacitado para expresar el casi infinito volcán de sentimientos que anida en el corazón del hombre (*Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en ti*).¹⁵⁶ Solamente puede hacerlo de forma parcial y balbuciente, mediante el artificio de acudir a todos los recursos del lenguaje: el tropo en todas sus formas y el variado manejo de los vocablos y sus diversos sentidos. Procedimientos que son siempre insuficientes. El amor humano, en su condición de creado y de analogado con respecto al Amor divino, trasciende a la intelección de la propia creatura. En el seno de la Trinidad, el Padre *se dice* a Sí mismo lo que es en la exhaustividad de una sola Palabra, puesto que ambos —el Padre y su Verbo— se identifican en la misma Esencia. Pero el hombre es incapaz de expresarse a sí mismo la totalidad de su ser: lo que es o lo que siente; al menos durante el presente eón, pues *ahora conozco de modo imperfecto, pero entonces conoceré como soy conocido*.¹⁵⁷ Por su parte, cuando Dios habla al hombre y puesto que desea ser entendido, utiliza el lenguaje propio de los seres humanos. Si además de eso, habida cuenta de la dificultad del problema, pretende comunicarse con respecto al misterio del Amor y de la relación que desea establecer con su creatura, no puede sino utilizar los procedimientos propios de las formas de expresión humanas. Obsérvese, por

¹⁵⁵Mc 12:30.

¹⁵⁶San Agustín, *Confesiones*.

¹⁵⁷1 Cor 13:12.

ejemplo, el empleo de la metáfora, trascendente a toda capacidad de aprehensión humana en cuanto a su contenido y belleza, tal como aparece en los siguientes versos del *Cantar de los Cantares*. Lo que podría parecer una mera composición poética, es en realidad un *intento* de llegar hasta lo más profundo del corazón humano a través de hacerle *presentir* la sobreabundancia del Amor. ¿Y con qué palabras, y mediante cuáles figuras del lenguaje se podrían expresar semejantes realidades...? De ahí que quede patente, una vez más, lo que siempre sucede con la verdadera Poesía: en la que significa mucho más lo que se *insinúa* (por parte del que habla), y también lo que se *presiente* (por parte del que escucha), que lo que abarca el mero significado de las palabras:

*Voy, voy a mi jardín, hermana mía, esposa,
a coger de mi mirra y de mi bálsamo;
a comer la miel virgen del panal,
a beber de mi vino y de mi leche.
Venid, amigos míos, y bebed
y embriagaos, carísimos.*¹⁵⁸

Es la voz del Esposo, expresando su deseo de ir con su esposa. Lo dice y lo repite con impaciencia: *Voy, voy a mi jardín*... Pues la ansiedad de la esposa por acogerlo, *¡Ven, Señor Jesús!*,¹⁵⁹ es precedida y correspondida por el anhelo todavía mayor del Esposo por encontrarse con ella: *Sí, voy enseguida*...¹⁶⁰

Y compara a la esposa con un jardín. Ubérrimo y bellissimo, en el que existen con abundancia mirra, bálsamo, miel virgen, vino, leche... ¿Qué puede hacer el que ama sino comparar a la persona

¹⁵⁸Ca 5:1.

¹⁵⁹Ap 22:20.

¹⁶⁰Ap 22:20.

amada —pues que se trata de expresar la belleza de ella y también su propio amor— conforme a lo mejor que puede imaginar el entendimiento humano y son capaces de expresar las palabras?

*Eres jardín cercado, hermana mía, esposa,
eres jardín cercado, fuente sellada.*¹⁶¹

Hubiera sido motivo de desesperación para el Esposo la imposibilidad de describir, bien fuere la belleza de la esposa, o bien el amor que siente por ella. Aunque no se entristece, sin embargo. Él sabe bien que nunca podrá describirla a ella ante los extraños... , ni hacer otra cosa que reservar para sí mismo la profundidad de sus sentimientos. En realidad no podría ir más allá ni sería jamás comprendido. Tampoco es algo que importe a ninguno de los enamorados, empeñados al fin y al cabo en buscar la soledad:

*Ven, amado mío, vámonos al campo;
haremos noche en las aldeas...*¹⁶²

Es interesante notar que el Esposo se dirige a la esposa con apasionados epítetos amorosos aparentemente incompatibles: *Hermana mía, esposa...* Que a veces acumula en abundancia:

*Ábreme, hermana mía, esposa mía,
paloma mía, inmaculada mía...*¹⁶³

¹⁶¹Ca 4:12.

¹⁶²Ca 7:12.

¹⁶³Ca 5:2.

Como si quisiera dar a entender que lo que siente por la esposa abarca todas las formas posibles de Amor.¹⁶⁴ No es sino un nuevo *intento* de expresión destinado esta vez a dar a entender, hasta donde es posible y de la manera que es posible, la *totalidad* y el carácter absoluto de un amor que abarca todas las formas y modalidades. Jesucristo mismo parece aludir en alguna ocasión a esta forma de calificar el Amor divino por su creatura: *Alguien le dijo: "Mira, tu madre y tus hermanos están ahí fuera intentando hablar contigo". Pero Él respondió al que se lo decía: "¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?" Y extendiendo la mano hacia sus discípulos dijo: "Éstos son mi madre y mis hermanos. Porque todo el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre".*¹⁶⁵

Lo cual nos conduce a considerar uno de los problemas más difíciles y delicados del misterio del Amor, cual es el del *amor total*.

¿Qué significa la expresión *amor total*, aparentemente tan sencilla y fácil de explicar? Pues todo induce a pensar que la cualidad de la *totalidad*, como algo consustancial al fenómeno del Amor, es una verdad definitivamente adquirida.¹⁶⁶ Las dificultades surgen cuando se considera que el amor otorgado por Dios al hombre, tal como ocurre siempre con las cosas creadas, se realiza según diversos modos de analogía; que es lo mismo que decir en variados grados de perfec-

¹⁶⁴El amor creado, que no es sino un reflejo o participación con respecto al Amor Infinito, se expresa en el ser humano en formas variadas y distintas, en las que sólo lo esencial es común: el amor paterno-filial, el conyugal, el fraterno, el de amistad. . . En cada una de las cuales la analogía se refleja de forma diferente, en grados de mayor o menor perfección.

¹⁶⁵Mt 12: 47-49.

¹⁶⁶En el conjunto de nuestros escritos así ha quedado establecido. Y parece que el problema no da lugar a mayores inquietudes. . . mientras no se pretenda profundizar en él. Cuando se intenta hacerlo, se muestra enseguida en toda su complejidad y acritud.

ción. El amor conyugal, el amor fraterno, o el amor de amistad, por ejemplo, parecen irreductibles a una significación unívoca.

Sin embargo, parece que, al menos en principio, debe ser normal y hasta necesario considerar a la *totalidad* como ingrediente de todas las formas del amor. Aunque no de la misma manera ni en el mismo grado. Por lo que será necesario admitir una totalidad en sentido amplio, o impropio, y otra en sentido estricto o propio. Lo que nos conducirá a la conclusión de que es en el amor divino–humano donde aparece claramente la cualidad de *totalidad*; lo que no sucede así en el amor puramente humano (conyugal, paterno–filial, fraterno...), aun en el elevado por la gracia.

El mismo Jesucristo establece la distinción entre uno y otro amor. Interrogado por uno de los doctores de la Ley, tiene lugar entre ellos el siguiente diálogo: “*Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?*” Él le respondió: “*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste [simile est huic]: Amarás a tu prójimo como a ti mismo*”.¹⁶⁷

Donde claramente puede verse que el primer mandamiento impone al hombre amar a Dios *con todo su ser*; mientras que el segundo, en cambio, que es solamente semejante al primero, ordena amar al prójimo *como a uno mismo*. La diferencia va mucho más allá del puro matiz, por lo que ha de ser considerada como importante. Pues las cualidades de uno y otro amor son bien distintas: la *desemejanza* contenida en la analogía del amor creado con respecto al Amor Infinito de donde procede, es mucho mayor en el puramente humano que en el divino–humano.

Lo que no quiere decir que la llamada totalidad en sentido impropio, que es la que corresponde al amor puramente humano, quede

¹⁶⁷Mt 22: 36–39.

reducida en definitiva a una parcialidad. Sin embargo, si se tiene en cuenta aquí la analogía con respecto al Amor Sustancial, su grado de perfección es muy inferior al del amor divino–humano. Por lo que no puede existir sino en forma de tentativas y amagos que, si bien miran a la totalidad como a su término, se reducen siempre a intentos que no pasan de ahí. Al fin y al cabo el amor puramente humano está contenido dentro del ámbito del segundo mandamiento; a diferencia del divino–humano, cuya esfera de realización es con toda propiedad el del primero: *con todas tus fuerzas*, ordena el primero de los mandamientos; *como a ti mismo*, prescribe en cambio el segundo de ellos.

Con todo, es conveniente un examen más pormenorizado de las cosas a fin de aclarar lo dicho.

El amor puramente humano, como sucede en toda clase de amor, se traduce en recíproca entrega de los que se aman. Sin embargo, aun en el caso de que se trate de un amor perfecto, la *totalidad* que supone tal entrega no pasa de ser un intento destinado a desvanecerse; o bien de una entelequia que nunca se ha de ver realizada, aun en el caso de un amor elevado por la gracia. Para comprenderlo, basta con examinar el amor conyugal, al fin y al cabo el más característico y típico de todos ellos.

Es cierto que *El Cantar de los Cantares* utiliza el amor conyugal como medio el más adecuado, a pesar de su *insuficiencia*, para referirse al amor divino–humano y describir su peripecia. Y lo hace así por ser la forma de amor más adecuada para llevar a cabo tan difícil tarea. Es la más próxima al amor divino–humano, a pesar de su lejanía, y la que mejor puede ilustrar en cuanto al misterio de la relación amorosa divino–humana. Dios ha de utilizar el lenguaje, con el entero mecanismo de los modos de comunicación del hombre, si quiere ser entendido por él. Con todo, la mutua entrega que supone

el amor conyugal, por amorosa y perfecta que sea, queda muy lejos de la relación de amor divino–humana. El intercambio de afectos, de sentimientos, de ideas y de voluntades... , cuya culminación se consuma de alguna manera en el acto conyugal, poco o nada tiene que ver con el completo *intercambio de vidas* que se lleva a cabo en el amor divino–humano. Es cierto que el acto conyugal hace que ambos cónyuges lleguen a ser *una caro* —una sola carne—, dentro de la más elevada y posible expresión de su mutuo amor, destinada además a ser confirmada mediante el fruto de los hijos. Algo sublime a lo que San Pablo no tuvo reparo en parangonar, siquiera en forma de lejano analogado, a la entrega y amor de Cristo por su Iglesia (Ef 5:32). Sin embargo, ¿qué grado de comparación admite eso con lo que también decía el Apóstol: *Estoy crucificado con Cristo. Vivo yo, pero ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí?*¹⁶⁸

La unión carnal de los esposos, llevada a cabo honestamente dentro de un legítimo matrimonio, es a la vez gloria y miseria para el hombre.

Lo más sublime del acto es que significa y consuma, en la forma mayor de expresión de que es capaz la naturaleza humana, el amor de los esposos. Y algo más importante todavía, puesto que es el instrumento con el que el hombre colabora con Dios en la más elevada de las creaciones, a saber: la de otros seres humanos, constituidos como personas y destinados a ser hijos de Dios y a la beatitud eterna.

A la vez que significa también la miseria de la insuficiencia humana. Es una relación amorosa en la que el hombre *desearía* llevar a cabo, a la vez, tanto una entrega como una recepción totales con respecto a la persona amada. Al fin y al cabo, corresponde a la esencia del verdadero Amor la totalidad. Sin embargo el hombre sabe bien, por su propia experiencia y por el análisis de sus sentimientos,

¹⁶⁸Ga 2: 19–20.

que todo queda en un intento que no sobrepasa los límites de las escasas posibilidades de la naturaleza humana. Existe una mutua comunicación de ardorosos afectos, de sentimientos, de voluntades, de amor. . . , *pero en modo alguno tiene lugar allí un intercambio de vidas*. Por otra parte, que el amor conyugal queda comprendido dentro del ámbito del segundo mandamiento, lo viene a significar con claridad la doctrina de San Pablo: *Así deben los maridos amar a sus mujeres, como a su propio cuerpo. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. . .*¹⁶⁹ *En todo caso, que cada uno de vosotros ame a su mujer como a sí mismo, y que la mujer reverencie al marido.*¹⁷⁰ Por si fuera poco, y dentro de la línea que establece la diferencia, con respecto al grado de totalidad (y por lo tanto de perfección), entre el amor puramente humano y el divino–humano, todavía insiste el Apóstol: *El que no está casado se preocupa de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor; el casado se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer, y está dividido.*¹⁷¹

El fundador del *Opus Dei*, San Josemaría Escrivá, escribió en la primera mitad del siglo pasado, en el libro emblemático de su espiritualidad y refiriéndose a la vida consagrada, que *el matrimonio es para la clase de tropa, y no para el Estado Mayor de Cristo.*¹⁷² Con el paso del tiempo, la expresión ha sido causa de honda polémica; y por extraño que parezca, hasta de confusión para sus propios discípulos e hijos espirituales. Quienes a menudo dan la impresión de que intentan disimularla o de que preferirían que no hubiera sido escrita.

Los motivos de tal situación son bien conocidos. La exagerada exaltación de los seglares con el consiguiente deterioro de la idea del sacerdocio ministerial, el descrédito y hasta desprecio en que ha sido sumida la vida consagrada, el complejo de inferioridad ante el mundo y las nuevas ideologías, la influencia del neomodernismo y la difusión de las doctrinas sobre la superioridad del matri-

¹⁶⁹ Ef 5:28.

¹⁷⁰ Ef 5:33.

¹⁷¹ 1 Cor 7: 32–33.

¹⁷² Josemaría Escrivá, *Camino*, 28.

monio sobre el celibato etc. El esperpento ideológico de la llamada *promoción de los laicos*, por ejemplo, utiliza como estandarte de batalla la fantasmagórica idea del despotismo y abuso con los que el clero ha manejado a los laicos durante muchos siglos.

El hecho, que no cabe citar aquí sino a modo de anécdota aislada, bien que lamentable, no es sino un exponente más de la crisis de fe que atenaza al actual catolicismo. Por otra parte y por más que sea propia de su época, la expresión es absolutamente correcta; y no cabe sino la más profunda perplejidad al contemplar la confusión de quienes se avergüenzan de ella.

Pero la diferencia principal ya ha sido indicada arriba. La perfección a la que es elevado el hombre por la gracia, por la que tiene lugar un verdadero *intercambio de vidas*, solamente se manifiesta en el amor humano-divino: *El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Igual que el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así, aquel que me come vivirá por mí. . .*¹⁷³ *Quien encuentre su propia vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, la encontrará.*¹⁷⁴

Por otra parte, por estrecha que sea la relación amorosa en el vínculo conyugal, y siempre que se pretenda mantener tal unión dentro de los cauces de lo que es *natural y normal*, existe un elemento que nunca puede faltar en ella; a saber: la relación de autoridad. Al fin y al cabo la vida conyugal discurre como sociedad, y de ahí la necesidad de una cabeza rectora; tal como ocurre en toda agrupación humana. Papel que, según la Biblia —que es la Palabra de Dios—, y lo que siempre se ha entendido como de Ley natural, corresponde al varón. A no ser que se quiera desnaturalizar la institución: *El marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia, que es su cuerpo, del cual Él es el salvador. Pues como la Iglesia está sujeta a Cristo, así también las mujeres a sus maridos*

¹⁷³Jn 6: 56-57.

¹⁷⁴Mt 10:39.

en todo.¹⁷⁵ Por supuesto que los Movimientos feministas, coreados por el conjunto de ideologías surgidas en un mundo que fue cristiano pero que ha dejado de serlo, esgrimirán aquí sus acusaciones de machismo, de discriminación de la mujer, de ignorancia acerca de los derechos fundamentales, etc. Todo lo cual, aparte de *no poder cambiar la realidad de las cosas, como no sea para subvertirla*, no hará sino poner de manifiesto la crisis de una sociedad pagana y en plena descomposición.

En el amor divino–humano, sin embargo, la idea de *autoridad* se difumina, al mismo tiempo que cobra relieve la de la *mutua y recíproca posesión*. A diferencia de lo que sucede en el amor conyugal, donde también el carácter de posesión adquiere un matiz más bien de exclusividad: *mi* mujer, en sentido unilateral; *mi* marido, también en sentido unilateral. En el amor divino humano, por el contrario, la posesión es siempre mutua y recíproca, en una especie de relación de igualdad en la que todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío (Jn 16:15; Mt 11:27; Jn 15:11; 17:10):¹⁷⁶

*Mi amado es para mí y yo soy para él.*¹⁷⁷

*Yo soy para mi amado y mi amado es para mí.*¹⁷⁸

*Yo soy para mi amado y a mí tienden todos sus anhelos.*¹⁷⁹

Lo cual se explica por el grado de perfección que contiene el amor divino–humano, imposible de alcanzar por el simple amor humano.

¹⁷⁵Ef 5: 23–24.

¹⁷⁶En las formas más inferiores del amor en el orden jerárquico, como es el amor de simple amistad, no aparece el concepto de *autoridad*. Pero también está en ellas ausente el de *posesión*, tanto en sentido unilateral como en el recíproco.

¹⁷⁷Ca 2:16.

¹⁷⁸Ca 6:3.

¹⁷⁹Ca 7:11.

El amor divino establece una relación entre Dios y su creatura que coloca a ambos en un cierto *plano de igualdad*, como una nota que es característica de los grados más elevados del amor: *Cuando me haya marchado y os haya preparado un lugar, de nuevo vendré y os llevaré junto a mí, para que donde yo estoy estéis también vosotros...*¹⁸⁰ *Entraré con él, y cenaré con él y él cenará conmigo.*¹⁸¹

El *Cantar de los Cantares* habla del Amor divino–humano presentándolo bajo la especie de amor conyugal. Pero con una curiosa peculiaridad en este caso, la cual parece ser contraria a lo que se dijo más arriba con respecto al amor conyugal, puesto que aquí se halla enteramente ausente la idea de autoridad. Ahora bien, y dado caso que el Libro gira en torno al Amor divino–humano, se explica que sea más bien el supuesto de un nivel de igualdad lo que se da como establecido a lo largo de todo el Poema. Por eso parecen normales ciertas exclamaciones del Esposo, dirigidas a la esposa, que poseen un marcado tinte de ruego humilde e impetratorio:

*Ábreme, hermana mía, esposa mía,
paloma mía, inmaculada mía.
Que está mi cabeza cubierta de rocío
y mis cabellos de la escarcha de la noche.*¹⁸²

Todo esto tenido en cuenta, hay motivos para pensar que la Inquisición podía haberse ahorrado la molestia de proscribir la lectura de la *Cárcel de Amor*. Si el tema de la *divinización* de la Amada era lo que preocupaba a los guardianes de la Fe, es de reconocer que tales inquietudes eran excesivas e innecesarias. Lo mismo si se refieren al

¹⁸⁰ Jn 14:3.

¹⁸¹ Ap 3:20.

¹⁸² Ca 5:2.

tema, tal como aparece en la novela de Diego de San Pedro, que si apuntan al conjunto de la filosofía del *Amor Cortés*.

Pues si la divinización de la Amada no va más allá de la categoría de metáfora literaria, no hay motivo alguno para el desasosiego. Sobre todo si se tiene en cuenta también que la metáfora es poco afortunada en este caso, según lo que aquí se viene diciendo.

Mientras que si, por el contrario, tales expresiones ditirámicas hubieran de ser tomadas en serio, los motivos de alarma serían más infundados todavía. Pues si la divinización de la Amada se entiende tal como suena, no hay sino reconocer que el *Amor Cortés* incide en un absurdo sin sentido; pues tal categoría de amor se aleja aún más de la noción del verdadero amor. En cuanto que queda empobrecida y difuminada, como no podía ser menos, al dar de lado a dos cualidades esenciales del amor que tiende a la perfección: cuales son la igualdad de nivel y la reciprocidad. El *Amor Cortés* se aparta así de la noción del verdadero amor para aproximarse a la de un amor puramente humano que, en realidad, no es otra cosa que una caricatura del Amor. En definitiva, caso de que hubiera de ser tomado en serio, el *Amor Cortés* quedaría en una situación más cercana a una disparatada adoración idolátrica que al verdadero amor.

No es necesario decir, con respecto al amor divino–humano, que se trata de una relación en la que Dios sigue siendo Dios y la creatura sigue siendo creatura. Por lo demás, la creatura no desearía otra cosa sino reconocer en el Esposo su condición divina, con el ardiente *deseo* de que sea así y no de otra manera. O dicho del único modo posible, por más que insuficiente, al modo como se puede expresar lo inexpresable, la esposa desea al Esposo tal y como es; simplemente porque es Él, y no otro. Y por eso se dice de algunos santos que expresaban el sentimiento que ardía en su corazón exclamando gozosos: *¡Dios es!*

Curiosamente, sin embargo, no se encuentra en el *Cantar* huella alguna de divinización, bien por parte del Esposo con respecto a la esposa, y ni siquiera por parte de la esposa en su reconocimiento del Esposo. Por lo que bien podría decirse en ese sentido que el *Cantar* es un libro ateo; y de ahí que no hayan sido pocos los que han pensado que no es sino un poema epitalámico. Conclusiones que, tomadas en consideración, no conducirían a otra cosa que a una completa distorsión de la realidad.

El Poema no pretende sino cantar la gloria inefable del Amor divino–humano. Sucede, sin embargo, que la realidad de unos desposorios de Dios con su creatura —*mysterium tremendum*— es cosa *excesiva*; en el sentido al menos de que supera con mucho las posibilidades del entendimiento y del corazón humanos. De ahí que afirmar que el acontecimiento sorprende al hombre como enteramente *desprevenido*, siempre es decir algo, aunque no mucho.

Esa es precisamente la razón del peculiar estilo literario del *Cantar*. Y puesto que el Libro no es un tratado catequístico para ilustración y formación de neófitos, de ahí su aparente carencia de didactismo. Aquí no existe el propósito de insistir en la obligación (*ob-ligare*), por parte de la creatura, de reconocer su relación de dependencia con respecto a su Creador y de actuar en consecuencia. Ni de proclamar, por parte del Creador, la vinculación por la que la creatura le queda enteramente sometida y ligada (*re-ligare*, como etimológico de *religio*). Como si de un libro bíblico más se tratara. Aquí se trata de cantar las excelencias del Amor divino–humano, el cual, por ser precisamente Amor y en su grado más elevado, es *entrega voluntaria, mutua y recíproca y en absoluta libertad*. Aquí se dejan de lado los derechos y prerrogativas del señor y las obligaciones y deberes del siervo, puesto que el Amor coloca a los amantes en igualdad de planos y condiciones: *Ya no os llamo siervos... a vo-*

*sotros, en cambio, os he llamado amigos.*¹⁸³ La *divinización* de la amada, al modo como la entiende el *Amor Cortés*, queda tanto más alejada del concepto del verdadero Amor cuanto más se tome al pie de la letra.¹⁸⁴ El libro intenta cantar la más maravillosa relación de amor que jamás haya existido: la más alta que hubiera podido ser creada por Dios y la nunca capaz de haber sido imaginada por el hombre. Por eso no habla de señores y de siervos, de autoridades o de servidumbres, de derechos y de obligaciones. . . Porque en el amor todo lo tuyo es mío, y todo lo mío es tuyo; cada uno de los amantes cambia su vida por la del otro; ambos entablan amorosa contienda para conseguir entregarle más al otro; y por si fuera poco, ¡oh cosa inaudita!, la victoria en la pugna no está asegurada de antemano ni para el uno ni para el otro: *Cuando se presentó el que había recibido cinco talentos, entregó otros cinco diciendo: “Señor, cinco talentos me entregaste; mira, he ganado otros cinco”*.¹⁸⁵ Y es que el verdadero Amor no tiene lugar dentro de una relación de siervo–señor, sino de tú–yo: *Ya no os llamaré siervos, sino amigos. . .* De nuevo queda atrás la divinización de la Amada en el *Amor Cortés*, donde los

¹⁸³Jn 15:15.

¹⁸⁴Dentro de este mismo contexto, es la clase de amor que Don Quijote profesaba a Dulcinea; recuérdese el encabezamiento de la famosa Carta que habría de ser llevada por Sancho Panza: *Soberana y alta señora. . .* (*Quijote*, I, 25). Cervantes fustiga con ironía las expresiones de amor de los Caballeros Andantes, exageradas hasta el ridículo pero muy propias de la época (referencias, directas o indirectas, al libro de Amadís de Gaula, Al Florisel de Aniquea, al Caballero de la Cruz, al de Don Olivante de Laura, etc.).

¹⁸⁵Mt 25:20. La posibilidad de devolverle al dueño el doble de los talentos recibidos indica *la verdad* y la realidad de la cooperación humana. Todo depende en último término de la gracia; incluso que la libertad concedida por Dios al hombre no sea una entelequia, y que el *juego* del amor sea tan real como que cualquiera de las dos partes pueda alzarse con la victoria en la pugna (Ge 32: 25–33; Ca 2:4).

enamorados aparecen en planos de tan diferente altura; como para dar lugar a una relación más parecida a la de amo y criado que a otra cosa. De esta especie, y siguiendo esta misma filosofía, está tejido el amor de Don Quijote por su idealizada Dulcinea: *Alta y soberana señora*. . . El verdadero concepto del Amor se ha difuminado.

De todas formas, dentro de ese concepto del verdadero Amor, la aludida equiparación de niveles se lleva a cabo desde arriba hacia abajo, mejor que desde abajo hacia arriba. Tal como lo exige la génesis de la relación amorosa divino–humana, y más aún si se tiene en cuenta que la iniciativa ha de partir necesariamente de Dios (1 Jn 4: 10.19). Con todo la situación de *equiparación* entre los que se aman es real, por más que aquí haya de tomarse el concepto en un sentido más bien equívoco. O dicho de otra manera, en la medida en que afecta, no tanto a las personas como tales, cuanto al estado o situación en que el Amor las coloca: cf Mt 10:24; 20:28; Mc 10:45; Lc 12:37; Jn 13:16; 15:20; Flp 2: 6–8; además del episodio del lavatorio de los pies en la Última Cena, narrado en Jn 13: 2–16.

Bien considerados los textos, podría parecer que el amante divino queda situado, por causa de la relación de amor, en una situación de *servicio*, que es tanto como decir de inferioridad, con respecto al amante humano. Interpretación que, tomada en su significación extrema, acabaría conduciendo a desvirtuar el contenido del dato revelado.

Pero el significado de los textos ha de ser considerado en su conjunto, si es que se quiere obtener de ellos una interpretación correcta; teniendo en cuenta, además, el sentido en el que ha sido leído por la Tradición y el perenne Magisterio eclesial. Según todo lo cual, el Verbo no hizo suya una naturaleza humana para ser constituido como inferior o superior al hombre: *El Verbo se hizo carne*, que es lo mismo que decir *hombre verdadero*, ni más ni menos. El texto de

los Filipenses dice efectivamente que se anonadó y tomó la forma de siervo: *formam servi accipiens* (v. 7).¹⁸⁶ Para añadir a continuación que se hizo semejante a los hombres e igual que los demás hombres: *in similitudinem hominum factus; et habitu inventus ut homo*.

La actitud de *servicio*, según el concepto del verdadero Amor, se encuentra a años luz de la actitud de *vasallaje* característica del *Amor Cortés*. En este último el enamorado rinde su libertad y renuncia a su libre albedrío: un concepto incompatible con el del verdadero Amor, en el cual la libre voluntad sería la última cosa a la que renunciaría el amante, dado que tal renuncia supondría, de manera absoluta, la desaparición del Amor. Pero los poetas y cortesanos de la Baja Edad Media, por más que cristianos, no llegaron a calar en lo profundo del misterio de la Encarnación: según el cual, si bien es verdad que el Verbo se hizo Hombre para redimir a la humanidad, no es menos cierto que también hizo posible la verdadera relación de amor entre Dios y el hombre. Si los textos hablan de una actitud de servicio, por parte del Verbo Encarnado, es precisamente para subrayar el salto infinito que, impulsado por el Amor, hubo de llevar a cabo a fin de tomar para sí la naturaleza humana: *semetipsum exinanivit*. Y de ahí que sean los mismos textos los que insisten en la paradoja: *Me habéis llamado Maestro y Señor, y con razón, porque lo soy. Pues si yo, que soy el Señor y el Maestro, os he lavado los pies...*¹⁸⁷

La actitud de servicio hacia la persona amada, determinada por el Amor, en modo alguno coloca al amante en situación de inferioridad: *No está el discípulo por encima del maestro, ni el siervo por encima*

¹⁸⁶La palabra *forma* ha de ser entendida aquí en sentido filosófico, y no en el de *apariencia*; a no ser que se quiera incurrir en la herejía docetista.

¹⁸⁷Jn 13: 13-14.

de su señor.¹⁸⁸ Pues tal actitud no responde a obligación alguna (*ob-ligatio*), sino que es consecuencia exclusiva del Amor. El cual es esencialmente libertad: el amante ama porque ama, y sirve porque quiere, sin nada que le impulse a hacerlo aparte del Amor: *El Padre me ama porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que yo la doy libremente.*¹⁸⁹ Si el enamorado, a diferencia de lo que sucede en el *Amor Cortés*, renunciara a su libre albedrío, dejaría de amar en ese mismo instante; puesto que sin libre voluntad no hay amor: se ama porque se ama, y se quiere porque se quiere. Por lo demás, esta actitud de servicio no es sino la manifestación de una corriente de pensamiento, al parecer disparatadamente paradójica, y que recorre como sustrato todo el Evangelio: *Quien de vosotros quiera ser el primero, que sea el esclavo de todos.*¹⁹⁰ Corriente de pensamiento que no es sino la consecuencia del hecho de que Dios se hizo hombre. Con lo que se hizo posible que el hombre aprendiera a mirar a los demás antes que a sí mismo. A practicar el olvido del propio yo y relegarlo al último lugar, a fin de colocar delante al otro y preferirlo a él mismo, que es en lo que consiste la esencia del Amor. Claro que después de la lección de humildad que supone la Encarnación del Verbo, fruto no de otra cosa sino del Amor, cualquier actitud de sumisión por parte de la creatura está justificada; al paso que cualquier postura de soberbia está de antemano destinada a la condenación.

La divinización y excesiva idealización de la amada en el *Amor Cortés* conduce a la conclusión de que es imposible conseguirla. De hecho, la posición de la amada como algo inalcanzable es considerada como esencial en los poetas cortesanos de la Baja Edad Media, en los

¹⁸⁸Mt 10:24.

¹⁸⁹Jn 10: 17-18.

¹⁹⁰Mc 10:44. Cf 10:31; Mt 19:30; 20:16; Lc 13:30.

cantores provenzales del *Amor Cortés* y, en general, en una línea de pensamiento que llega prácticamente hasta el Romanticismo. De ahí el sentimiento de insatisfacción y de tristeza, llevado hasta el paroxismo, por parte del enamorado que sabe que no conseguirá jamás el objeto de su deseo: *El más sin ventura de los demás desventurados*, confiesa de sí mismo el personaje de la *Cárcel de Amor*. Con tales premisas el final de un Amor, convencido de que nunca verá saciado su deseo, no puede ser sino trágico; según un desenlace obligado que lo coloca en los antípodas del verdadero concepto del Amor.

El concepto cristiano del Amor —que alcanza la máxima perfección que es asequible a la creatura en el amor divino–humano— es diametralmente opuesto.

De todas formas, no deja de ser curioso que la mente humana haya sido capaz de aceptar las ideas de *tristeza* y de *insatisfacción* en la más sublime de las pasiones humanas. Dado que son sentimientos tan opuestos a la esencia del Amor, resulta difícil explicar, por más que sea evidente como hecho que está ahí, el enorme estado de confusión y retorcimiento al que es capaz de llegar el pensamiento del hombre. Cuando en realidad la Felicidad, o la Alegría Perfecta, es la única cosa que sacia al hombre y la única que es buscada por él; lo reconozca o no. Y sucede, sin embargo, que la Alegría Perfecta o Gozo es el primer resultado del Amor; y siendo ambos fruto de la presencia del Espíritu Santo, no hay sino reconocerlos como la única realidad capaz de saciar al hombre, ya en la Tierra o ya en el Cielo: *Nos hiciste, Señor, para ti, y por eso nuestro corazón estará inquieto hasta...*

Es cierto que, según el Apóstol San Pablo, una de las primicias del Espíritu es la de provocar profundos gemidos de añoranza, experimentados por el alma humana mientras aguarda la consumación de la redención y la consiguiente adopción: *Nosotros, que poseemos ya los*

*primeros frutos del Espíritu, también gemimos en nuestro interior aguardando la adopción de hijos, la redención de nuestro cuerpo.*¹⁹¹ Pero cometería el mayor de los errores quien interpretara tales gemidos como sentimientos de tristeza. Puesto que su causa u origen es el Espíritu Santo, en realidad no son otra cosa sino sino irrupciones de gozo; aunque de tal intensidad y deleite que el mismo Apóstol los califica, dos versículos más adelante, como inefables: *gemitibus innarrabilibus*.¹⁹² Por lo demás, suponer que la presencia del Espíritu Santo en el alma fuera capaz de causar tristeza, sería cosa absolutamente impensable, además de incompatible con lo más elemental de la enseñanza cristiana.

Cuando la esposa del *Cantar de los Cantares* habla de su ansiedad por la ausencia del Esposo, lo hace aludiendo a sentimientos los más alejados de la tristeza o de la amargura:

*Confortadme con pasas, recreadme con manzanas,
porque desfallezco de amor.*¹⁹³

De hecho, la expresión *morir de amor* ha pasado al lenguaje común de los enamorados para significar la más dulce y hermosa de las muertes; o mejor aún, como el modo el más sublime con el que el lenguaje humano puede expresar el sentimiento amoroso, a su vez tan profundo y deleitable como para ser capaz de *atravesar* el corazón. Sería éste el momento de recordar el caso del fenómeno místico de la llamada *transverberación* de Santa Teresa de Ávila, así como su conocida expresión de *que muero porque no muero*. Aquí son los poetas quienes tienen la última palabra. Pues es la poesía,

¹⁹¹ Ro 8:23.

¹⁹² Ro 8:26.

¹⁹³ Ca 2:5.

según tantas veces se ha dicho aquí, la que puede llegar a vislumbrar o presentir, mejor aún que la prosa, algo del gran Misterio por el que (y para el que) el hombre fue creado y que, en definitiva, es el *que mueve al sol y a las demás estrellas*. Ciertamente las palabras circulan aquí a medio camino entre el mundo de la metáfora y el de la realidad, sin que sea fácil asegurar dónde acaba uno y dónde comienza el otro:

*Si de nuevo me vieres,
allá en el valle, donde canta el mirlo,
no digas que me quieres;
no muera yo al oírlo
si acaso tú volvieras a decirlo.*

Pues del Amor se puede decir con toda verdad, según el *Cantar de los Cantares*, que

*Son sus dardos saetas encendidas,
son llamas de Yavé.¹⁹⁴*

En el sermón de la Última Cena, Jesucristo contraponen la tristeza y el sufrimiento causados por el mundo a la Alegría cristiana. Y tal como siempre ocurre en el Evangelio, de nuevo surge la paradoja de la existencia cristiana: pues todo parece indicar que la Alegría sigue siempre a los otros dos sentimientos, como si fuera un resultado en razón de efecto a causa: *En verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis, y en cambio el mundo se alegrará; vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría... Así pues también vosotros ahora os entristecéis, pero os volveré a ver y se os alegrará el corazón, y nadie os quitará vuestra alegría.¹⁹⁵* Como si todo esto

¹⁹⁴Ca 8:6.

¹⁹⁵Jn 16: 20.22.

fuera un eco lejano de algunas palabras pronunciadas en el sermón de la Montaña: *Bienaventurados los que lloran...* Y donde es de notar también que la Alegría cristiana, prometida por Jesucristo a los suyos, tiene su fuente y fundamento en que volverán a verlo: *Os volveré a ver y nadie os quitará vuestra alegría.*

¿Y acaso puede existir otra fuente de Alegría que no sea la contemplación amorosa de la mirada recíproca de la persona amada...? Tanto es así que los ojos de la esposa, los cuales *son como palomas a través de tu velo* según afirma el Esposo,¹⁹⁶ también son capaces de matarlo a Él de amor. Por eso es Él quien se dirige con ansiedad a la esposa:

*Prendiste mi corazón, hermana, esposa,
prendiste mi corazón en una de tus miradas,
en una de las perlas de tu collar.*¹⁹⁷

.....

*Aparta ya de mí tus ojos,
que me matan de amor.*¹⁹⁸

Pues en el Amor todo es reciprocidad y entrega mutua: tú para mí, yo para ti: *Yo soy para mi Amado y a mí tienden todos sus anhelos.*¹⁹⁹ Pero, ¡atención! Porque si el Maestro promete a sus discípulos que nadie podrá arrebatárles su alegría es *porque habla para este mundo*, sin que se trate ahora en modo alguno de hacer promesas de un futuro escatológico.

¹⁹⁶Ca 4:1.

¹⁹⁷Ca 3:9.

¹⁹⁸Ca 6:5.

¹⁹⁹Ca 7:11.

Aquí quedan ya muy lejos la desdicha y la amargura, con un final casi siempre trágico, que la imposibilidad de conseguir el objeto tan deseado causan en la persona enamorada. Pues así es como suceden las cosas en el *Amor Cortés* y, en general, en el ámbito del amor mundano. Una vez que se ha perdido de vista, no ya *el ímpetu del primer amor*, sino el objeto mismo del verdadero Amor, no queda sino el hundimiento en la nada de los mejores sentimientos humanos. Es doloroso pensar que los hombres tuvieron siempre a mano la luz que hubiera podido alumbrarles el camino. Pues *la luz brilla en las tinieblas, pero las tinieblas no la recibieron.*²⁰⁰

En una actitud enteramente opuesta, San Pedro exhortaba a los cristianos mostrándoles el camino que conduce a la verdadera Alegría. El cual, según el Apóstol, no es otro que Jesucristo: *A quien amáis —les decía— sin haberlo visto; y en quien, sin verlo todavía, creéis y os alegráis con un gozo inefable y glorioso.*²⁰¹

* * *

Pero tengo contra ti que has perdido el ímpetu de tu primer amor... Palabras tan sorprendentes como misteriosas en su contenido. Porque, ¿qué puede significar un Amor que ha perdido su ímpetu, y hasta qué punto sigue siendo verdadero Amor? El problema consiste en que resulta difícil, si no imposible, creer en la autenticidad de un Amor *tibio*; pues parece que el Espíritu también aborrece las actitudes de apatía o abulia: *Conozco tus obras, que no eres frío o caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Y así, porque eres tibio, y no caliente ni frío, voy a vomitarte de mi boca.*²⁰²

²⁰⁰ Jn 1:5.

²⁰¹ 1 Pe 1:8.

²⁰² Ap 3: 15–16.

La Carta al Ángel de la Iglesia de Éfeso contiene alabanzas y reproches a la vez. Lo cual da paso a una pregunta que parece lógica: ¿Equivale o no a un reproche esta declaración? ¿Se trata meramente de un simple aviso?

Sin embargo todo parece indicar que la frase es una verdadera acusación. La expresión *tengo contra ti* que contiene el versículo es suficientemente indicativa. Y está avalada, además, por lo que advierte el Espíritu a continuación: *Recuerda, por lo tanto, de dónde has caído; arrepíentete y practica las obras de antes. De lo contrario...*²⁰³

Sea como fuere, la pérdida del ímpetu en el Amor, o la disminución del fervor de la caridad, es una inmensa desgracia. Muy probablemente la mayor de todas. Y puesto que el verdadero Amor lleva consigo la nota de *totalidad*, la evanescencia del fuego inicial equivale prácticamente a la pérdida del Amor; o por lo menos, a correr el riesgo próximo de que desaparezca.

Establecido, además, que el Amor es esencialmente libertad, su pérdida ha de ser fruto necesariamente de una opción libre de la voluntad. Lo cual supone la renuncia voluntaria al sentido de la propia existencia; nada más y nada menos.

Pues el hombre fue creado para amar, y ése es el fin al que está destinado. Por lo tanto, y puesto que el Amor significa el sentido y la armazón de su propia existencia, forzoso es reconocer que ha nacido para encontrar su verdadera vida... renunciando a la que él considera como propia; puesto que el Amor exige salir de sí, mediante el olvido y la renuncia a sí mismo, para encontrar y entregarse al *otro*.

Aunque conviene añadir una advertencia importante. Porque la madurez existencial de la que aquí se habla, y que el hombre está destinado a alcanzar, se refiere al plano sobrenatural. Pues para *rea-*

²⁰³ Ap 2:5.

lizarse como verdadero ser humano completo, el hombre no precisa del encuentro con el *otro*, pese a lo que quieran decir las doctrinas *personalistas*. La referencia apunta aquí a la vivencia del verdadero Amor; el cual solamente alcanza su auténtica perfección, en la medida en que puede ser compartida por la creatura, en el Amor divino–humano.

Es importante recordar que la existencia cristiana está configurada sobre la dialéctica *perder–para–encontrar*, hasta el punto de que sólo en ella es posible al discípulo alcanzar la madurez en Cristo: *Quien encuentre su vida la perderá; pero quien pierda su vida por mí, la encontrará.*²⁰⁴

Lo cual se debe a que el hombre está hecho para la Felicidad. Aunque no meramente para una felicidad abundante, ni todo lo grande que sea posible imaginar; sino a la que responde a una capacidad de recepción que es infinita (*Nos hiciste, Señor, para ti; y por eso nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en ti*). Y dado que el hombre es un ser creado, que es tanto como decir finito o limitado, jamás podrá encontrar tal infinitud en sí mismo. . . , por lo que necesariamente —quiera o no quiera— se verá impulsado a salir *fuera de sí* para encontrar lo que le falta; y de otra manera nunca podrá sentirse saciado. Solamente Dios, que es el Ser Infinito, es absolutamente autosuficiente y no necesita salir fuera de Sí para encontrar algo que le pudiera faltar; ni tal cosa tendría sentido alguno. Luego en definitiva la conclusión es clara: el hombre ha sido creado para salir *fuera de sí mismo* a fin de colmar su ansia infinita de Felicidad en otra cosa.

Pero como ya se ha advertido más arriba, lo dicho vale cuando se tiene en cuenta el fin *sobrenatural* o último del hombre. El cual,

²⁰⁴Mt 10:39. Cf Mt 16:25; Mc 8:35; Lc 9:24. *En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo no muere al caer en la tierra, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto. El que ama su vida la perderá, y el que aborrece su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna (Jn 12: 24–25).*

puesto que no le es debido, tampoco puede ser considerado imprescindible en cuanto a constituir la naturaleza humana como tal. Otra cosa es que el hombre, si acaso quiere alcanzar el último fin para el que ha sido gratuita y definitivamente destinado, haya de orientarse hacia el orden sobrenatural.

Pero las doctrinas *personalistas* prescinden por completo del orden sobrenatural en su concepción del ser humano. Y sin embargo consideran la salida de sí mismo hacia *el otro* como componente integral e indispensable del ser humano en el orden natural. Una salida de sí mismo que, por otra parte, carece de sentido; en cuanto que cada hombre está obligado a respetar siempre *la verdad* del otro. En definitiva, lo que sí parece deducirse claramente de todo este conjunto de teorías, es una enorme confusión acerca de los conceptos de la naturaleza humana y del amor.

Sucede, no obstante, que en el camino del hombre hacia la Felicidad, el objeto de la búsqueda no puede consistir *en otra cosa*. Puesto que no existe creatura alguna en el Universo que pueda saciar el corazón humano; desde el momento en que una capacidad de infinito no puede ser colmada por cosas finitas, por más que fueran multitud. De donde se deduce que tal objeto capaz de saciar no puede consistir en realidad en *cosa* alguna, sino solamente en un *otro* que en definitiva es *una persona*. Cuando por otra parte el Amor, por su propia naturaleza, solamente puede existir como *relación personal*, o entre personas.

La renuncia al verdadero Amor supone la renuncia a alcanzar la perfección y el sentido de la propia existencia. Puesto que el Amor consiste en el olvido de sí mismo, junto al impulso de *salir* hacia afuera y *entregarse* al otro, su desaparición ocasiona que alguien se quede encerrado en su propio yo. Se produce un modo de confinamiento o compartimento aislante, como una celda donde queda

recluido el egoísmo, y que a su vez impide cualquier relación con otro. Quien queda encerrado es un verdadero *yo*, por supuesto; un ser humano completo. Que había sido destinado a alcanzar una perfección —natural primero, y en último término sobrenatural— mediante la entrega a un *tú* que hubiera sido hecha posible mediante el Amor; aunque ahora el sujeto en cuestión no sea otra cosa que un proyecto fracasado, cuyo destino no es otro que el cubo de la basura.²⁰⁵

La doctrina se comprende mejor acudiendo a las parábolas de los talentos (Mt 25: 14–30) y de las minas (Lc 19: 11–27). Suele pasar desapercibido que la consigna impartida a sus siervos, después de repartir sus bienes entre ellos, por el hombre que se marchó a lejanas tierras —*¡Negociad hasta que yo vuelva!*—, define el sentido de la existencia cristiana. No se trataba en este caso de una sugerencia amistosa, sino de un mandato absolutamente compulsivo. El resultado es bien conocido. Tanto el siervo que enterró su talento, como el que escondió su mina, se encontraron de pronto sorprendidos, sin haber producido ningún fruto y en la más completa esterilidad. Y ya se sabe cual es el destino de los árboles que nada producen: *Todo árbol que no da buen fruto se corta y se arroja al fuego.*²⁰⁶ Ni el uno ni el otro quisieron arrostrar el riesgo de negociar. Que es lo mismo que decir que se negaron a afrontar la gran Aventura que está obligado a emprender todo hombre que viene a este mundo; cual es la de recorrer la senda angosta que conduce a la Vida, con todos los

²⁰⁵La perfección natural, o aquella que el hombre estaba destinado a alcanzar mediante el Amor, se reduce en último término a cuestiones de detalle; como el acompañamiento en el plato confeccionado por el *chef*. En este sentido, incluso los réprobos en el Infierno siguen siendo su propio *yo*. La perfección sobrenatural en cambio, la cual pertenece a otro orden, eleva al hombre a una condición que no le era debida; aunque también aquí el *yo* sigue siendo el mismo; pues la gracia no cambia la naturaleza, sino que la perfecciona.

²⁰⁶Lc 3:9.

lances consiguientes a encontrar por el camino y que es necesario superar. Prefirieron vivir su *propia* existencia, temiendo asumir el riesgo de la batalla que presenta el Amor (Ca 2:4): la misma que supone salir de sí mismo para entregarse al *otro* en misteriosa pugna de *quién-entrega-más*. A la que además concurren un conjunto de imponderables, aceptados por Amor, en donde la única cosa segura de antemano es la renuncia a diseñar el rumbo y el sentido de la propia existencia.

Precisamente en eso estriba uno de los puntos fuertes de ambas parábolas. En el reconocimiento de la existencia de tales imponderables y en el modo de abordarlos. Los cuales se reducen a dos:

Porque, o bien pueden ser devueltos a su dueño los bienes recibidos, aunque aumentados, después de haberlos negociado y hecho producir; o bien puede serle devuelto lo recibido estrictamente, sin más, cuando impele la fuerza de lo que es necesario e inevitable.

Lo primero supone un riesgo voluntariamente asumido. Pero que resuelve la pugna en victoria frente al dueño de los bienes, puesto que *se le devuelve más de lo que se había recibido*. ¿Se trata de un triunfo de la creatura, conseguido en buena lid en contienda de amor con su antagonista divino? No cabe duda de que esta victoria de la gracia, en la que todo parecería indicar que ha sido superada la misma gracia, es uno de los misterios que contienen ambas parábolas y, en definitiva, de la generosidad y del Amor divinos. Lo cual es consecuencia de que el Amor divino-humano es, entre todas las formas posibles de Amor creado, el analogado más perfecto con respecto al Amor Divino. Por eso Dios ha querido que esta relación amorosa sea absolutamente *real*, a diferencia de las otras formas de Amor humano, en las que interviene como ingrediente fundamental el mero conato que se queda en *tentativa*.²⁰⁷ Y por lo tanto, a fin de hacer patente el componente *humano* (integrante al fin y al cabo de una relación que es bilateral

²⁰⁷La forma de expresarse los esposos su mutuo amor no es más que un vano intento de conseguir una completa comunión o un verdadero intercambio de vidas; cosas todas a las cuales no puede llegar nunca la realidad del *una caro*. Y así sucede en todas las formas de expresión del Amor humano, en las que es forzoso acudir constantemente a la metáfora: *mi amor, mi vida, todo para ti y para siempre*, etc. Bien es verdad que la metáfora responde siempre a una cierta realidad; aunque exigua en este caso y bien alejada de la plenitud.

y recíproca), que también permanezca abierta a todo evento: el del fracaso, por supuesto; aunque más comúnmente y como cosa más normal, al triunfo... de cualquiera de las partes. Única forma de que la creatura la perciba, desde su punto de vista al menos, como verdadera y auténtica relación de Amor.²⁰⁸

Lo segundo denota una clara postura de cobardía. En la medida en que alguien se niega a afrontar el riesgo de la gran Aventura de la existencia, o aquella que estaba destinada a recibir la *corona iustitiae* después de haber luchado el *buen combate* (2 Tim 4: 7-8). Todo ello además del intento de poner a Dios en ridículo, mediante la petulancia implícita de que sus dones y su gesto de Amor son inútiles.

Conviene notar que las dos parábolas subrayan otra de las notas fundamentales del Amor: la bilateralidad o reciprocidad. El texto de Mateo lo expresa diciendo que *a todo el que tiene se le dará y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, incluso lo que tiene se le quitará* (v. 29; texto paralelo en Lucas 19:26). De ahí que una entrega *abundante*, por parte de uno de los amantes, haya de ser correspondida con otra entrega no menos *abundante*, en clara reciprocidad: *Dad y se os dará; echarán en vuestro regazo una buena medida, apretada, colmada, rebosante: porque con la misma medida con que midáis se os medirá.*²⁰⁹ El término abundancia en este caso es sinónimo de *totalidad* en el amante humano, a saber: con todo su ser (término *a quo* y término *ad quem*); por parte del Amante divino (término *a quo*), también queda afectada su Infinitud... , aunque en la medida en que puede ser colmado un recipiente creado (finito) cual es el corazón humano (término *ad quem*).²¹⁰

²⁰⁸Es verdad que también aquí el Amor divino-humano se reduce a *tentativa*. Aunque no se debe olvidar, después de todo, que se trata de un Amor analogado y por lo tanto creado, si bien el más perfecto; pues solamente existe un Amor Sustancial o Increado.

²⁰⁹Lc 6:38; cf 7:47.

²¹⁰Ya puede comprenderse que, por parte del hombre, los términos *a quo* y *ad quem* han de tomarse en sentido estricto; mientras que, en lo que se refiere al Amor divino por su creatura, el término *ad quem* tendría un sentido solamente relativo.

En cambio una entrega *mezquina*, tacaña o cicatera, no es respondida con otra de la misma clase, sino puramente con la *nada*. En lo cual también se salvan las notas de la bilateralidad y reciprocidad en la relación: por la sencilla razón de que un Amor calculado, medido y escatimado, equivale a la pura nada. El Amor es siempre totalidad, como enseñaba el Apóstol: *La caridad todo lo aguanta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. La caridad no pasa jamás.*²¹¹ Y al joven rico, que aseguraba que ya cumplía todos los mandamientos, le responde Jesús: *Aún te falta una cosa: anda, vende todo lo que tienes y tendrás un tesoro en el cielo. Luego, ven y sígueme.*²¹²

Y efectivamente, porque un Amor al que le falta el ímpetu de la totalidad ya no es el *primer Amor*. Aquél que una vez fue recibido en forma de torrente impetuoso, *como una fuente de agua que salta hasta la vida eterna.*²¹³

* * *

Cuando se llega al cenit de la vida, y sobre todo en el tiempo de su ocaso, puede resultar atrevido mirar atrás. Se puede caer en la más profunda de las depresiones. . . si se descubre que se ha perdido la oportunidad de haber vivido por el Amor y para el Amor: el único fin para el que se había recibido la existencia y la única cosa que le habría otorgado sentido. Además la oportunidad era única e irrepetible, puesto que jamás se va a disponer de otra. De ahí que se haya dicho con razón que solamente existe la tristeza de comprobar que no se es santo.

²¹¹1 Cor 13: 7-8.

²¹²Mc 10:21.

²¹³Jn 4:14.

Por supuesto que el hombre moderno, después de haber comprobado hasta la saciedad —o al menos eso parece— que el ideal era inalcanzable, ha preferido renunciar a él. En realidad más bien ha pretendido olvidarlo. O peor todavía, puesto que no ha vacilado en ponerlo en la picota para exponerlo al ridículo y al desprecio, además de llegar incluso a perseguir a los pocos que aún creían en él.

Incluso la Iglesia parece haber sido afectada, de algún modo al menos, bajo una sensación de impotencia. El mundo se encuentra cada vez más sumergido en el error, después de más de veinte siglos de cristianismo, mientras que el Evangelio en cambio se bate en retirada. Se imponen como realidades prominentes las Ideologías ateas y las avances de una Técnica agnóstica y escéptica, cuando no descreída; además aumentan en todas partes las deserciones entre los creyentes, al mismo tiempo que cobran nuevo ímpetu otras religiones. Y todo ello mientras que en el mismo seno de la Iglesia se va desvaneciendo la fe en el Mensaje del Nazareno. No es extraño, por lo tanto, que la Iglesia de hoy parezca haber *bajado el listón* que habrían de superar los modernos cristianos; menos atléticos y fornidos, al parecer, que los antiguos. De ahí que, cuando se contempla —por ejemplo— el panorama de las nuevas beatificaciones y canonizaciones, sea difícil evitar la idea, con respecto a las que ahora se llevan a cabo, de que el Santoral moderno no es más que un borrador a la espera de su redacción definitiva; la misma que solamente tendrá lugar en el Cielo. Válido y legítimo, por supuesto, pero borrador al fin y al cabo.

Sin embargo, eso mismo —y muchas otras cosas— es una prueba de que el Mundo y la Iglesia están más necesitados que nunca de auténticas santidades. Es en los momentos de tinieblas cuando más falta hace la luz. Y solamente cuando parece que huye, en vergonzosa retirada, es cuando la Fe se hace capaz de vencer al Mundo

(1 Jn 5:4). Como la Esperanza, que solamente es eficaz cuando tiene que actuar contra sí misma: *spes contra spem* (Ro 4:18). Y al cristiano no le es lícito mirar atrás, ni menos aún pecar contra la Esperanza.

La prueba más difícil que ha de afrontar la Iglesia no consiste en alguna especie de lucha contra el Mundo; el cual, en realidad, nada puede contra ella. La prueba más delicada y peligrosa contra la que ha de enfrentarse... es precisamente contra Sí misma. Y de la que, por supuesto, también resultará vencedora: *Portæ inferi non prævalebunt...* Pese a que los enemigos más fornidos no son los que están fuera, sino los que ya han logrado sobrepasar los muros de la fortaleza y se han introducido dentro.

*Inimicus homo hoc fecit.*²¹⁴ Nada va a pasar, sin embargo. Porque, si bien de momento el Enemigo será incluso capaz de disminuir la intensidad de sus llamas —*el ímpetu del primer Amor*—, jamás podrá extinguir en la Iglesia el Fuego de lo que siempre ha sido el verdadero Amor: *Caritas numquam excidit.*²¹⁵ Pues

*el Amor es fuerte como la muerte...
Son sus dardos saetas encendidas,
son llamas de Yavé.
No pueden aguas copiosas extinguirlo
ni arrastrarlo los ríos.*²¹⁶

²¹⁴Mt 13:28.

²¹⁵1 Cor 13:8.

²¹⁶Ca 8: 6-7.

*... Et oves vocem eius audiunt,
et proprias oves vocat nominatim et educit eas.
Cum proprias omnes emiserit, ante eas vadit,
et oves illum sequuntur, quia sciunt vocem eius*
(Jn 10: 3-4)

*Prædica verbum, insta opportune, importune,
argue, increpa, obsecra
in omni longanimitate et doctrina*
(2 Tim 4:2)

Quis enim filius, quem non corripit pater?
(Heb 12:7)

III

DIOS CORRIGE A LOS QUE AMA

La Carta del Espíritu al Ángel de la Iglesia de Éfeso es una alocución que contiene 1) simples instrucciones doctrinales: *El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias. Al que venza le daré a comer del árbol de la vida que está en el paraíso de Dios.* 2) Alabanzas: *Conozco tus obras, tu fatiga y tu paciencia; que no puedes soportar a los malvados y que has puesto a prueba a los que se dicen apóstoles y no lo son, y los encontraste mentirosos; que tienes paciencia y has sufrido por mi nombre, sin desfallecer... Aborreces las obras de los nicolaítas, que yo también aborrezco.* 3) Amonestaciones: *Pero tengo contra ti que has perdido el ímpetu de tu primera caridad.* 4) E incluso amenazas: *Recuerda de dónde has caído, arrepíentete y practica las obras de antes. De lo contrario, iré adonde estás tú y desplazaré tu candelabro de su sitio, a no ser que te conviertas.*

Si bien se examina, las Cartas de los Apóstoles en el Nuevo Testamento son del mismo tenor.

Y todo porque la naturaleza humana es un complejo de virtudes y debilidades en el que predominan unas u otras, según el individuo y el momento. A no ser que se haya optado por una rotunda y continuada decisión a favor del bien (santidad), o quizá del mal (perfidia

o maldad), aunque sería difícil encontrar a cualquiera de ellas en estado puro. De ahí que pueda considerarse como algo normal que las exhortaciones del Pastor a las ovejas sean susceptibles de contener, según los momentos y las circunstancias, tanto simples avisos como alabanzas o imprecaciones; con la probabilidad de que estas últimas se conviertan alguna vez en amenazas.

La Exhortación del Espíritu al Ángel de la Iglesia de Éfeso es emblemática en un doble sentido.

En primer lugar, puesto que se trata de una Alocución que proviene del Espíritu, requiere por parte de aquél o de aquéllos a quienes va dirigida una actitud de docilidad. La cual exige, a su vez, ciertas condiciones a fin de que la escucha sea efectiva; o si se quiere decir de otro modo, para que las palabras del Espíritu produzcan el efecto deseado.

En segundo lugar, y en un sentido diferente, puesto que el Ángel a quien va dirigida la Exhortación es también un Pastor con ovejas a su cargo, una vez que ha sido llamado a adoptar un papel de intermediación (*pontifex*) y de transmisión con respecto a las Palabras recibidas, deberá desempeñar esa función del modo y forma según los cuales el Espíritu desea que se lleven a cabo. Debe tenerse en cuenta que los *Ángeles* de las siete Iglesias del Apocalipsis son a su vez Pastores, a quienes les ha sido conferida la grave responsabilidad de asumir el oficio de *Vicarios* con respecto al Gran Pastor de las ovejas (Heb 13:20).¹ De tal manera que su misión no es sino la continuación de la que compete al Pastor Supremo: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.*²

Tanto en uno como en otro sentido, todo *Pastor* a quien le haya sido conferido el oficio dentro de la Iglesia, cualquiera que sea su

¹Cf 1 Pe 2:25; 5:4.

²Jn 20:21.

grado de responsabilidad, deberá asumir obligaciones con respecto a las Instrucciones recibidas del Espíritu. Ante todo la de *escucharlas* escrupulosamente, a fin de desechar todo peligro de error; y luego la de *transmitirlas* con fidelidad a las ovejas que le han sido encomendadas. He ahí la trayectoria que siguen las Palabras que vienen de lo Alto, cuyo destino no es otro que el de los miembros que componen el Cuerpo Místico. En un primer momento, del Pastor Supremo, a través del Espíritu, al Pastor a quien le ha sido conferida la misión de intermediario; seguidamente, en un segundo momento, desde este último a las ovejas a las que ha recibido con el cargo de apacentar: *Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos... , enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado.*³

Dicho de otra manera, es evidente que hay que contar con una doble disposición, por parte del *Ángel* de una Iglesia, con respecto a las Palabras recibidas del Espíritu. Una que mira *hacia arriba*, en cuanto al modo de escuchar tales Palabras, a fin de poder actuar luego en consecuencia. Y otra que apunta *hacia abajo*, por lo que respecta al mejor hacer para transmitir las pertinentes enseñanzas al resto de las ovejas. Todo ello consecuencia lógica del hecho de que el *Ángel* de una Iglesia es, a la vez, miembro del Rebaño perteneciente al Gran Pastor de las ovejas y Pastor de la porción que a él le ha sido encomendada.

Antes de seguir adelante, y a modo de paréntesis, conviene hacer dos advertencias con miras a la mejor comprensión del tema a desarrollar.

La primera se refiere al título que encabeza este capítulo: *Dios corrige a los que ama*. Una expresión que, si bien a primera vista podría interpretarse justamente como amonestación, aquí se toma en un sentido más general de didacticismo de Dios con respecto a los suyos. Lo cual incluye, como ya se ha indicado más arriba, tanto reprensiones como alabanzas o aun meras instrucciones para el camino.

³Mt 28: 19-20.

La segunda tiene que ver con dos de los textos elegidos figurando en la cabecera del capítulo: el de Jn 10: 3-4 y el de 2 Tim 4:2. Fácilmente se comprende, en cuanto a las disposiciones del *Ángel* de una Iglesia con respecto a las Palabras del Espíritu (referentes una a la audición y otra a la transmisión), que ambos textos convienen mejor y más propiamente a la segunda; si bien, en un contexto más amplio, los dos contienen indicaciones que son aprovechables en los dos sentidos. En cuanto al texto de San Pablo, parece contener a la vez, tanto el matiz de amonestación (*argue, increpa*), en el sentido de Pr 3:12 (*Quem enim diligit, Dominus corripit et quasi pater in filio complacet sibi*), como el referente a la paciencia y al cuidado que un Pastor amoroso ha de mostrar por sus ovejas (*in omni longanimitate et doctrina*).

Es innecesario advertir que el segundo momento (transmisión) depende del primero (audición). No se pueden *transmitir* palabras de otro si primero no han sido oídas y *escuchadas*. Teniendo en cuenta además que, puesto que el Pastor o apóstol es un mero *enviado* o mensajero, *nada tiene que decir de su propia cuenta*; pues no hay otra forma de dar cumplimiento a una tarea que ha de limitarse a ser correa de transmisión (Mt 28: 19-20). Si ya el mismo Jesucristo había advertido, hablando de Sí mismo, que *mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado*,⁴ fácil es deducir el modo de comportamiento de sus propios apóstoles o enviados.

En el entramado que conforma la existencia cristiana nadie, a excepción del Padre, parece llamado a hablar por sí mismo. Jesucristo no es sino la Palabra del Padre (Jn 14:24). Y en cuanto al Espíritu Santo, que nunca habla de Sí mismo y sí solamente de lo que ha oído (Jn 16:13), su papel respecto al Rebaño de Jesucristo se concreta en transmitirle lo escuchado y guiarlo hasta la *verdad completa* (Jn 16:13; 1 Jn 2:27). La cual no es otra sino el mismo Jesucristo (Jn 14:6), Camino único y obligado a su vez para llegar hasta el Padre.

⁴Jn 7:16; cf Jn 14: 10.24; etc.

Sería curioso anotar el modo como generalmente ha sido entendida por los cristianos la expresión *verdad completa*, transmitida por el Espíritu Santo y solamente por Él. El *deducet vos "in omnem veritatem"*, de Jn 16:13, y el *docet vos "de omnibus"*, de 1 Jn 2:27, suelen ser interpretados de modo minimalista, a saber: *Os conducirá a la verdad*. Cuando lo cierto es que el texto habla de la *verdad completa*, de tal manera que el adjetivo pasa a menudo desapercibido; o al menos no es leído en toda la fuerza de su contenido.

La experiencia de cada día demuestra que es muy difícil encontrarse con frecuencia con *la verdad pura y total*. En el habla y en los escritos de demasiadas personas —incluidas, por supuesto, las de buena voluntad— es absolutamente normal hallar la verdad mezclada con el error. El lenguaje vulgar suele afirmar lo mediante la expresión de *tomar y dejar*: incluso en los buenos libros o discursos, no es extraño que el lector o el oyente perciban que, aun en medio de numerosas y profundas verdades (enteramente admisibles), se encuentren mezclados algún error o alguna inexactitud al menos (imposible de ser aceptados). O quizá puede suceder también que tales afirmaciones verdaderas se queden a medio camino, en el sentido de que, por falta de profundización, no lo dicen todo (verdades a medias o incompletas). La misma Iglesia —Maestra de la Verdad, y siempre tan prudente—, por ejemplo, reserva la atribución de la infalibilidad al Papa sólo cuando se cumplen determinadas y muy estrictas condiciones.⁵

La verdad completa es competencia exclusiva del Espíritu Santo, y solamente es poseída por aquéllos a quienes les es comunicada, a saber: por los que están enteramente bajo la influencia del Espíritu: *Animalis autem homo non percipit, quæ sunt Spiritus Dei, stultitia enim sunt illi, et non potest intellegere, quia spiritaliter examinantur; spiritalis autem iudicat omnia, et ipse a nemine iudicatur*.⁶ Donde probablemente sería un error interpretar el *animalis homo* necesariamente como hombre malvado, sino que más bien habría que hacerlo como alguien que no está enteramente conducido por el Espíritu. Incluso aunque las afirmaciones no sean aprehendidas como *stultitia*, es evidente que no se llegará en ellas al fondo de su contenido, *quia spiritaliter examinantur*. Así se explica que muchas exégesis del texto sagrado, bien que sobradas de erudición, se encuentren carentes de espíritu; por lo que pueden contribuir sin duda alguna, en orden a su didactismo, al incremento *cultural* de los otros, pero en modo alguno al enriquecimiento espiritual de las almas.

⁵No entramos aquí en el tema de la obediencia debida a un Magisterio, en general, que se presenta en grados que exigen obligatorio asentimiento.

⁶1 Cor 2: 14–15.

La fidelidad del Pastor de cualquier Iglesia,⁷ por lo que respecta a su oficio de transmisor de la Palabra recibida, no se reduce a un mero asunto de cumplimiento de un deber, como normalmente podría creerse, sino que se traduce en un verdadero trasunto de la Vida Trinitaria. En ella, el Padre y el Hijo son una misma cosa (Jn 10:30), mientras que el Espíritu Santo, que procede de ambos —*Qui ex Patre Filioque procedit*—, se identifica con ellos en la realidad de una misma Esencia. La *Palabra* carece de todo sentido sin la referencia a *Aquél* que la pronuncia: lo cual es una afirmación valedera de carácter universal. Pero en el caso de la Trinidad, la identificación (similitud) de la Palabra pronunciada es tan perfecta con respecto al Origen de donde (de Quien) procede, que ambos dos, junto con la *Relación Amorosa* que los liga, se identifican realmente en la perfección infinita de una misma Esencia. En el Universo de las cosas creadas, en cambio, las cosas existen en razón de un cierto paralelismo (o mejor, analogía) con respecto a su origen. Aunque de todas formas, también en ese Universo la fidelidad del Pastor a la Palabra recibida es algo más que fidelidad, puesto que requiere que el Pastor se identifique con esa Palabra; por más que la identificación haya de ser considerada aquí como analógica con respecto a la Trinidad. Aun así, no puede esperarse de ella otra cosa que una similitud tendente a la perfección: *Quien a vosotros oye, a mí me oye*.⁸ Y por si esto no fuera suficiente, el *Ángel* de una Iglesia tampoco puede olvidar

⁷Fácilmente se comprende que el término *Iglesia* habrá de ser interpretado en cada caso según el contexto. Mientras que algunas veces, como sucede aquí, se aplica a lo que hoy se conoce como el distrito eclesiástico equivalente a *Diócesis*, otras veces incluye en su contenido a todo el Cuerpo de la Iglesia en general. En cuanto al vocablo *Pastor*, es innecesario advertir que siempre se considera aquí en sentido neotestamentario, el cual nada tiene que ver con cualquier connotación referente al Protestantismo.

⁸Lc 10:16.

que su fidelidad no se refiere a una mera *Palabra* recibida, sino a una *Persona* real. De tal modo que, como más adelante veremos, del hecho de que los oyentes no perciban discontinuidad entre las Palabras recibidas y quien las transmite, depende la eficacia de la Predicación. En este sentido, el testimonio del Pastor no es ya un mero *eco* de las Palabras recibidas, sino un elemento capaz de hacer presente entre los oyentes a *Aquél mismo* de donde proceden como fuente de origen. El oficio de intermediación adquiere entonces la virtud de convertir al Pastor en el *alter Christus* al que viene a referirse Ga 2:20.

Sin embargo, la expresión *alter Christus* ha de tomarse en sentido fuerte, y no en un mero sentido moral que es como suele hacerse. De este modo, la transmisión fiel de la Palabra recibida, más que hacer del mismo Pastor un *alter Christus*, lo que hace en realidad es difuminar su propia figura ante la Comunidad para dar lugar a que Cristo sea más fácilmente percibido: *Es necesario que él crezca y que yo disminuya*, decía el Bautista.⁹ E incluso es probable que también las palabras del Precursor hayan de entenderse en un sentido bien estricto. Puesto que, más bien que de disminuir o menguar, es misión del apóstol la de *desaparecer* personalmente. Según Jesucristo, sus discípulos deben renunciar a todos sus bienes, incluida su propia vida (Lc 14: 26.33). Y son repetidas las ocasiones en las que el Maestro habla de la disposición a *perder la propia vida* por amor de Él. Insistiendo en que se trata de una actitud que han de hacer suya quienes deseen ser sus discípulos,¹⁰ lo que induce a pensar que tal cualidad ha de referirse, con mayor razón, a los Pastores de su Iglesia.

De donde se deduce que la renuncia a todo *protagonismo* es condición indispensable para el ejercicio del oficio de Pastor, a fin de que

⁹ Jn 3:30.

¹⁰ Mc 8:35; Lc 9:24; Jn 12:25; Mt 10:39. Es evidente que la expresión *perder la vida* ha de tomarse aquí también en referencia a la vida corporal.

la Palabra sea transmitida fielmente y produzca fruto. Bien puede decirse, por lo que se refiere al campo de la Pastoral, que la cantidad de cosecha a recoger suele estar en proporción inversa al protagonismo desempeñado por el sembrador. A mayor relieve adquirido por la persona del enviado, más se desvanece la figura de quien lo envía. En la Existencia Cristiana, solamente Jesucristo posee legitimidad para utilizar con propiedad el *Yo soy* (Jn 8:58; 13:19) como punto Primero y Último de referencia, Alfa y Omega que es al fin y al cabo (Ap 1:8; 21:6; 22:13). En cuanto a los designados por Él para la tarea de pastorear, solamente pueden ofrecer garantía de eficacia quienes estén dispuestos a desaparecer. De ahí que el culto a la personalidad, ya sea buscado expresamente o meramente aceptado, desemboque siempre en la Pastoral en actitudes nada acordes con la esencia del Mensaje Evangélico. En realidad, ni el simple mensajero ni el embajador tienen necesidad de utilizar sus habilidades de inventiva; en cuanto que al primero le basta con entregar el mensaje que le ha sido encomendado y, por lo que hace al segundo, es suficiente con que se atenga estrictamente a las instrucciones recibidas de su Gobierno. Sin embargo la tarea de los *dispensadores* de los misterios de Dios es mucho más importante y delicada que la que se desprende de esos oficios; por lo que es imprescindible esperar de ella una absoluta y estricta *fidelidad* (1 Cor 4: 1-2).

El problema posee transcendencia como para merecer ser tratado más adelante con mayor extensión. De momento, basta con subrayar que el tema del protagonismo ha adquirido relieve en la Iglesia, con intensidad cada vez mayor, a partir sobre todo del último tercio del siglo veinte. La necesidad de que el *oficio* haya de ser detentado por un ser humano que es una *persona*, convierte en inevitable el peligro del culto a la personalidad. Bien advertido que al hablar de inevitable nos referimos, no tanto al hecho ya producido, cuanto al peligro de que suceda. Pero, puesto que todos los humanos están sujetos a las

secuelas del pecado original, la confusión del oficio con la persona, con el posible traslado del acento del uno hacia la otra, es un riesgo difícil de disipar.

Como fácilmente puede comprenderse, metidos ya de lleno en el campo de la Pastoral, la responsabilidad de las consecuencias —en el caso de que el peligro se convierta en realidad— recae sobre el Pastor con más intensidad que en los miembros del rebaño. Ante todo es a él a quien corresponde la tarea de *canalizar* la devoción a su persona, comprensible y hasta deseable (y más si se tiene en cuenta que los humanos actúan según aquello de *per visibilia ad invisibilia*), hacia el objeto último a quien debe ir dirigida, que no es otro sino Jesucristo. Caso de no hacerlo así, será inevitable que el culto se desvíe de su objeto propio para adentrarse por caminos que nada tienen que ver con el entramado de la Existencia Cristiana.

El culto tributado a la persona del Pastor humano, abstracción hecha de si se realiza de modo consciente o inconsciente por parte de las ovejas, desemboca en una disminución del que es debido a la Persona Divina de Jesucristo. Recuérdese lo dicho acerca de la necesidad de que la figura del Pastor humano disminuya, a fin de que crezca la del Pastor Supremo (Jn 3:30). De nuevo la sutileza del Enemigo se despliega aquí a través de una argucia refinada pero que encierra, como siempre, una mortal falsedad. Pues parece lógico que el entusiasmo por la persona haya de conducir, como cosa normal, a la devoción por el oficio; o al menos eso se supone. Sin embargo la punzante realidad es otra cosa, hasta el punto de que, a fin de cuentas y se diga lo que se quiera, el entusiasmo desmedido por la *persona humana* se acaba convirtiendo en algo bastante parecido a un mero *fanatismo* humano.

El problema guarda relación con la devoción a los santos. Tanto por el entusiasmo que han suscitado durante su vida como por la devoción de que son objeto después.

Pero el culto a la personalidad nada tiene que ver con la devoción a los santos. El fervor hacia el santo es algo en cierto modo *centrífugo*, por decirlo de alguna manera: orientado más allá del sujeto que lo provoca se refiere siempre a Jesucristo, que es donde alcanza su plenitud y adquiere su sentido. El suscitado por el histrión, en cambio, es siempre *centrípeto*; a saber: orientado hacia sí mismo, como objeto propio a quien se dirige. Los fieles no suelen advertir el hecho, a pesar de tratarse de una realidad bien palpable y que está ahí; de manera que bastaría una sencilla reflexión para que todo el mundo lo comprendiera. Y así sucedería, de no ser porque el montaje de una propaganda bien organizada pone buen cuidado en impedirlo.

El culto a la persona del ídolo, que tanto relieve ha adquirido en la moderna Pastoral dentro de la Iglesia, no es sino el resultado de la aceptación de criterios mundanos. Así es como ha sucedido que el teocentrismo se haya difuminado para dar paso al antropocentrismo. De modo que la búsqueda del éxito y de la aceptación de las masas ha sustituido a la devoción a la Cruz (al fin y al cabo escándalo para los judíos y locura para los gentiles),¹¹ mientras que la Parenética ha quedado reducida a lecciones de Psicología... En definitiva y para resumir, todo conduce a que una religión sobrenatural sea reemplazada por otra racionalista, más en consonancia con los gustos de un mundo que ya no cree en Dios. Ahora todo parece indicar que el culto católico ya no se propone como objeto propio el de honrar a Dios, ni el de proporcionar a los fieles los medios conducentes a la Salvación; sino que más bien pretende suscitar sentimientos de tinte psicológico, de contenido y finalidad puramente humanos... , cuya característica principal es la de carecer de contenido sobrenatural.

¹¹Cf 1 Cor 1: 18-28.

Por lo que respecta a España concretamente, algunos Obispos han decidido imponer el uso de lenguas regionales en la Liturgia, pese a que sólo son conocidas y utilizadas por una ínfima minoría, postergando así el uso del idioma común o castellano. En cuanto a las razones que les hayan impulsado a hacerlo, parece difícil descartar un cierto afán de protagonismo, concretado en el deseo de congraciarse con el Sistema y el Poder del momento, cuya ideología progresista anticristiana es de sobra conocida.¹²

Los daños producidos así en el sentimiento religioso de los fieles son irreparables. Por supuesto que existen otras causas, aunque de todos modos es un hecho que en regiones como Cataluña el asunto ha conducido a la *desertización* de las iglesias (la asistencia a los cultos del domingo se ha visto reducida casi a cero) y, en general, a la práctica desaparición del Catolicismo.

Lo curioso del caso es que la imposición proviene de los mismos que impiden la celebración de la Misa de San Pío V, alegando que el latín es un obstáculo a la participación litúrgica de los fieles y a su *comprensión* de los textos.

Así es como los Pastores toman partido a favor de unos enemigos del rebaño que no desean sino devorarlo, olvidando su deber de cuidar y alimentar a sus ovejas. Algo que sería difícil de creer, de no ser por el hecho patente de la casi total desaparición del Catolicismo en vastas regiones como Cataluña y Vascongadas.

Sin embargo, el deseo de los Pastores de *ser aprobados* por los Poderes mundanos, aceptando para ello ideologías enteramente ajenas al Cristianismo, por no decir enemigas, no solamente es extraño al Evangelio, sino que se opone a él: *¡Ay cuando los hombres hablen bien de vosotros...!*¹³ La Iglesia, que nunca ha considerado como misión propia la de conseguir el aplauso del mundo, siempre ha estado convencida de que su destino discurre por opuestos caminos: *Nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos y necesidad para los gentiles.*¹⁴

El afán de protagonismo, que induce a conseguir a toda costa la *aprobación* de los Poderes, obedece a un extraño error de óptica que, como era de esperar, acaba siendo fatal. El Mal, por su propia naturaleza, no puede nunca pactar con

¹²La imposición de las lenguas regionales, postergando el idioma común, no obedece a ninguna banalidad o al deseo de procurar un pretendido *patriotismo*. Es evidente que se trata de desvincularse de un país —hasta ahora con sentido de Patria y donde se vivían los valores e ideales cristianos— para introducir sin oposición una ideología marxista-masónica.

¹³Lc 6:26.

¹⁴1 Cor 1:23.

el Bien; si lo hiciera haría una cosa buena, lo cual es tan contradictorio como que entonces dejaría de ser el Mal. El único aplauso que los Pastores pueden conseguir de ese modo no es sino el desprecio por parte del Mal. . . , y la indiferencia más completa, además de la pérdida de prestigio, por parte de los fieles.

Y si parece extraño que algo tan patente pase desapercibido, de todos modos cabe una explicación. Pues es un hecho conocido que un Pastor de la Iglesia deja de *tocar tierra* cuando ha perdido el contacto con el Cielo. No se debe olvidar que todo sacerdote de Jesucristo es un *pontifex ex hominibus assumptus pro hominibus constituitur*;¹⁵ de donde, si desempeña el papel de *pontifex* (puente) es que ha sido constituido elemento de unión entre Dios y los hombres, por lo que la pérdida de contacto con uno de los extremos supone la desconexión con respecto al otro. La falta de oración y de vida interior incapacitan a los Pastores para conocer la realidad circundante sobre la que tendrían que actuar; y de la que habrían de ser responsables en lo que respecta a la salvación de las almas.

Según lo dicho más arriba, antes de que el *Ángel* de una Iglesia se dirija a sus ovejas es necesario que oiga y escuche. Pues de otro modo, ¿cómo va a transmitir un Mensaje que se supone que es recibido? Cualquier Mensaje de un Pastor a sus fieles pierde su validez si pretende ser original y no una mera transmisión. *Nihil innovetur, nisi quod traditum est*, decía San Vicente de Lerins.¹⁶ El Pastor en la Iglesia no es sino un ministro de Cristo y administrador de los misterios de Dios, sometido a la obligación estricta de guardar la fidelidad a su oficio (1 Cor 4: 1-2). Si ya Jesucristo decía que *las palabras que yo os digo no las hablo por mí mismo. . . ; la palabra que escucháis no es mía, sino del Padre que me ha enviado*,¹⁷ cualquier

¹⁵Heb 5:1.

¹⁶Aunque la frase es original del Papa San Esteban (254-257), parece que la difundió San Vicente de Lerins, un monje del siglo V famoso por su importante obra *Commonitorio* (la única de las suyas que se ha conservado). A pesar de que defendió con buena fe el semipelagianismo, cuando esta doctrina no estaba todavía condenada por la Iglesia, su santidad y sentido de la Catolicidad están fuera de toda duda.

¹⁷Jn 14: 10.24.

intento de inventar doctrinas, por parte de un Pastor en la Iglesia, queda descalificado de antemano: *Id y haced discípulos a todos los pueblos...*, “enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado”.¹⁸

Así pues, antes de entregar cualquier mensaje a los hombres, como algo que procede de Dios, es necesario que el Pastor de los fieles se haga cargo, de la manera más fidedigna posible, del contenido y del significado de tal Mensaje. O dicho de otra manera, es imprescindible que el Pastor oiga y escuche a Dios antes de dirigirse a los hombres. Por más que parezca una verdad de Perogrullo, la razón de la normal inocuidad de las exhortaciones de los Pastores suele ser la indolencia que muestran con respecto a la oración. Si no se habla con Dios, es inútil pretender hacerse oír por los hombres y menos aún llegar a su corazón. Ni más ni menos.¹⁹

La vida de oración es, por lo tanto, una necesidad imprescindible para todo Pastor en la Iglesia... , si de verdad desea que su voz sea escuchada por las ovejas que le han sido encomendadas. De una manera o de otra, antes de hablar con ellas, necesita oír y escuchar a Dios.

Pero escuchar a Dios significa también hablar con Él. Pues la oración no es monólogo, sino diálogo, e incluso más que un diálogo. Si ya en el Antiguo Testamento, *el Señor hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo*,²⁰ ¿qué decir del Nuevo,

¹⁸Mt 28:20.

¹⁹La casi total ineficacia de las exhortaciones de los Pastores (homilias, discursos, exhortaciones, documentos de mayor o menor rango, etc.), es cosa que, por bien sabida y universalmente admitida, no requiere demostración alguna. Los templos vacíos, las funciones litúrgicas con escasa asistencia de fieles (además de la total ausencia de los jóvenes), y la indiferencia general, cuando no desprecio, que se advierte por todas partes con respecto a la Jerarquía (clero alto y bajo), hablan por sí mismos.

²⁰Ex 33:11.

en el que Dios ha querido establecer con el hombre una mayor y más íntima relación de amistad y amor (Jn 15:15)?

De donde he aquí que por inesperados caminos hemos desembocado en *la necesidad del diálogo*, aunque esta vez con un sentido bien diferente al usado por la teología *progre*. Pues ahora se trata de tener a Dios como interlocutor, convencidos de que el esfuerzo por entenderse con los hombres, prescindiendo del diálogo previo con Él, no pasa de ser una inanidad. Por más que la moderna Pastoral Ecumenista, de forma explícita o implícita, pretenda lo contrario.

La fiebre moderna del *diálogo a cualquier precio* se ha introducido en la Iglesia gracias a la teología *progre*. La cual lo lleva a cabo mediante iniciativas y procedimientos cuya principal peculiaridad es la de que prescinden de Dios.

Aunque no se trata de un simple descuido. La tergiversación del contenido de la Revelación, junto al olvido (o puesta entre paréntesis) del Magisterio de la Iglesia, es frecuentemente utilizado por cierta Pastoral Ecumenista. Y en cuanto al objetivo a alcanzar, según se dice, apunta a realizar un esfuerzo a fin de establecer un puente con los *hermanos separados*. Y también con quienes ya no son tan hermanos, como increyentes, ateos de cualquier signo, miembros de cultos esotéricos, Sociedades de *fraternidad* más o menos secretas y enemigos declarados de la religión (entiéndase Masonería).

Es uno de los intentos más risibles de los inventados por la moderna Pastoral, si no hubiera de tenerse en cuenta su gravedad. Parece dar por supuesto que el diálogo posee la virtud de actuar *ex opere operato*, por lo que basta ponerlo en práctica para que automáticamente los problemas se encaminen hacia vías de solución.²¹ Los alquimistas medievales dedicaron sus esfuerzos a la búsqueda de la piedra filosofal y del elixir de la eterna juventud... con el consiguiente

²¹Una de las características más notables de las utopías (lo mismo se podría decir ideologías) es el recurso a la magia. Bastaría con hacer unos pases misteriosos para extraer un conejo de la chistera. Así sucede con la lucha de clases o el saneamiento de las estructuras para el marxismo, o con el diálogo para la teología *progre*. Aplicados en convenientes dosis se solucionan todos los problemas, tal como sucedía con el bálsamo de Fierabrás, en el que tan ciegamente creía Don Quijote. Después de tantos años de achacar a la teología clásica la *cosificación* de los sacramentos (con la producción de efectos milagrosos), al final son los mismos detractores quienes han acabado creyendo en el hechizo de los conjuros.

fracaso, como era de esperar. Pero a los modernos teólogos y pastoralistas parece no importarles que los hechos pongan en evidencia la inutilidad de sus empeños.

Y llegados a este punto, una vez que hemos citado como de pasada el *desprecio hacia los hechos*, quizá valga la pena introducir una observación.

El desprecio de los hechos, como resultado de la opción por la ideología, es uno de los principios de la praxis marxista, como es sabido. Justamente en la línea del conocido lema que utilizaba Lenin: *Y si los hechos están contra nosotros... , ¡peor para los hechos!* Lo cual supone la opción por la Mentira y el desprecio de la Verdad.

Lo que ya no es tan conocida es la realidad indudable de que la filosofía marxista sigue viva, de forma más o menos latente, e influyendo en la vida de Occidente. Y todavía pasa más desapercibido el hecho de que su praxis, después de haber incidido en el Catolicismo durante bastante tiempo,²² sigue gozando de relevancia en la vida de la Iglesia, tanto doctrinal como práctica. Lo demuestra el hecho, entre otros, de que la mentira es utilizada como instrumento también en el campo doctrinal. Y de forma descarada a veces.

En la Facultad de Teología de una Universidad eclesiástica, considerada durante mucho tiempo como Institución señera y baluarte seguro del Catolicismo, se adoctrina a los alumnos con teorías que, además de apartarse de la verdad, suscitan prejuicios y actitudes negativas contra legítimas disposiciones de la Jerarquía. Según las enseñanzas que se están impartiendo, por ejemplo, el sentido sacrificial de la Misa, que había sido desvirtuado por el Concilio de Trento, tuvo que ser puesto en su lugar por el Concilio Vaticano II.²³ La ocasión es aprovechada además para lanzar invectivas contra Trento sobre la base de las doctrinas del Concilio Vaticano II.

La falsedad de la manipulación es tan patente que no vale la pena refutarla. Si bien, de todos modos, hay aquí algo más que un mero desconocimiento de la realidad. La verdad es justamente lo contrario, siendo de sobra conocido que el aspecto sacrificial de la Misa, tan brillante y claramente resaltado en la Misa de San Pío V, queda más diluido en la del Nuevo Rito de Pablo VI. El asentimiento es prácticamente universal acerca de que la última es más afín a la teología protestante (intento realizado al parecer con intenciones ecumenistas), la cual,

²²A través de la *Teología de la Liberación* sobre todo, aunque no solamente por ella.

²³Universidad de Navarra. Facultad de Teología. Materia: *Instituciones de Sagrada Liturgia*. Curso Académico 2007–2008. Información facilitada al autor por alumnos merecedores de toda confianza. Por desgracia, no creemos que se trate de un hecho aislado.

como todo el mundo sabe, niega el verdadero carácter sacrificial de la Misa. La bibliografía que lo demuestra es bastante seria y abundante.²⁴ Aunque esto no es todavía lo más grave del problema.

Pues no se puede desacreditar un Concilio sobre el fundamento y la base de las doctrinas de otro. La operación es tan peligrosa que corre el peligro de hacer daño a quien la intente, como un arma de doble filo o como una especie de *boomerang*. Es demasiado evidente que el argumento se vuelve contra sí mismo, en cuanto que, por la misma razón, *se podría argumentar contra el Concilio Vaticano II partiendo del de Trento*. Y más teniendo en cuenta que este último es un Concilio dogmático, mientras que el Vaticano II es puramente pastoral, según declaración propia. Además de eso, la Iglesia no utiliza como punto de apoyo la doctrina de un solo Concilio, sino la de *todos sus Concilios*. Debe tenerse en cuenta que todos los Concilios Ecuménicos, legítimamente presididos o aprobados por el Papa, merecen la misma intensidad de asentimiento por parte de los fieles. Atentar contra cualquiera de ellos, partiendo de otro, es una operación excesivamente arriesgada y delicada; como que pone en peligro la autoridad de todo el Magisterio de la Iglesia. La práctica de hoy día, bastante frecuente y puesta de moda desde el Concilio Vaticano II por la teología *progre*, de esgrimir el *espíritu del Concilio*, no es sino una burda manipulación. El único apoyo magisterial utilizado siempre por la Iglesia no es el que se fundamenta en el *espíritu* de uno solo, sino el que se deriva y desprende de *todos los Concilios*.

El desprecio con respecto a los hechos según el principio marxista, en consideración a alguna ideología o a ideas preconcebidas, alcanza en la actualidad una importancia mucho mayor de lo que ordinariamente se cree. Incluso la práctica ha penetrado en la Iglesia.

Ante la grave crisis que padece la Institución desde los tiempos del Concilio Vaticano II, muchos han imaginado, como el mejor procedimiento para combatirla, el de disimularla, o mejor, el de ignorarla por completo. La teología *progre* y los Movimientos neomodernistas han ido mucho más allá, sin embargo: teniendo en cuenta el dicho de que *la mejor defensa es el ataque*, han trabajado con esmero para inclinar la opinión popular en sentido contrario; a lo que han contribuido eficazmente los avances técnicos de los *media* y las modernas facilidades

²⁴Existen numerosos estudios bien fundamentados sobre el tema. Aunque quizá el más importante de todos es el de Michael Davies: *Liturgical Revolution*. Tres volúmenes: *Cranmer's Godly Order*, Roman Catholic Books, Fort Collins, Colorado, 1995; *Pope John's Council*, Angelus Press, Kansas City, Missouri, 1992; *Pope Paul's New Mass*, Angelus Press, Dickinson, Texas, 1980.

para manipular a las masas. Según lo cual, la Iglesia se encuentra en un período de triunfalismo como jamás había conocido antes: es la *Primavera* de la Iglesia, una época de florecimiento y esplendor jamás contemplada antes en su Historia. Inútil argumentar con los hechos que son patentes ante todo el mundo: los seminarios y noviciados vacíos, las Órdenes y Congregaciones Religiosas en estado de total relajación, el clero secular en situación de ruina moral y abandono aunque no tan grave como la del clero religioso, la pérdida de la fe y secularización de la religiosidad, la asistencia a Misa en número descendente tendiendo a cero, el casi total abandono de la práctica de los sacramentos, la juventud apartada de la Iglesia, la enseñanza católica desaparecida, el desprestigio de la Jerarquía eclesiástica, la gran multitud de los que a sí mismos se llaman *teólogos* y se oponen (con total impunidad) al Magisterio, las legislaciones de casi todos los Estados inspiradas en principios masónicos, etc., etc.

En los tiempos actuales, los últimos Pontífices han hecho costumbre la celebración de los llamados *Encuentros Internacionales de Juventud*. Cientos de millares de jóvenes se concentran en alguna importante ciudad del planeta, dispuestos a manifestar su fe en tumultuosos actos de culto presididos por el Santo Padre, y en los que se cuenta además con la asistencia de innumerables Cardenales y Obispos de todo el Mundo. Un espectacular *show* y un magnífico exponente del auge atribuido por algunos al Catolicismo actual. Por lo demás, puesto que tales actos son promovidos y organizados por la Santa Sede, y dado su objeto, a los fieles católicos nada les queda por hacer sino aplaudirlos y congratularse con el éxito que se les atribuye.

Lo cual no debe ser obstáculo para la exposición de alguna reflexión, contando siempre de antemano con que prevalezcan la serenidad y la racionalidad de los fundamentos. Efectivamente, transcurridos algunos días una vez acabado el último de tales *Encuentros* (en Sidney, Australia, Julio del año 2008), Su Santidad Benedicto XVI afirmó en algún discurso que *en Australia había tenido ocasión de conocer el rostro joven de la Iglesia*. Una hermosa frase, sin duda alguna veraz y merecedora de plena acogida, dada la Persona que la ha pronunciado.

Sin embargo, como todo el mundo sabe, en la vida civil (la cual, en contraposición a lo que sucede en la vida eclesiástica, produce a menudo la impresión de ser *el único territorio de las realidades*), tanto en las grandes (o pequeñas) empresas de negocios como en cualquiera de las que emprenden movimientos sociológicos de envergadura, los *análisis de resultados* no suelen tener en cuenta como fundamento ni el contenido ni el encanto de las bellas frases. Desde luego no se sienten vinculados a la Literatura o la Poesía. Muy al contrario, puesto

que son estudios concienzudos, mediante la aportación de minuciosos cálculos de datos económicos, financieros, matemáticos y estadísticos, los que examinan con pulcritud las vicisitudes hasta del último centavo, tratando de concluir, como cuestión vital, si la gestión ha resultado con un saldo de pérdidas o de ganancias.

Indudablemente el *Encuentro* no pertenece a ese tipo de actividades, lo que tampoco debe ser óbice para que se examinen con diligencia sus resultados. Al fin y al cabo es también un *negocio*, si bien referido en este caso exclusivamente al bien de la Iglesia y a la salvación de las almas. Y en este sentido es bien conocido que el *Encuentro* ha dado ocasión a algunas observaciones de carácter negativo. Merecedoras en todo caso de tenerse en cuenta puesto que, además de haber sido formuladas con buena voluntad, se fundamentan en hechos patentes imposibles de negar.

Se sabe con toda certeza, por ejemplo, acerca de la actividad desplegada entre los jóvenes asistentes por grupos de activistas promotores de la homosexualidad y del lesbianismo; así como también del trabajo realizado por las sectas protestantes y propagandistas judíos, los cuales han llevado a cabo una labor incansable y a menudo bastante fructuosa. Igualmente evidente ha resultado la profusión y circulación de anticonceptivos, así como el uso del sexo y el consumo de droga (existen también documentos gráficos que no admiten duda). Dado además que en estos actos de culto de carácter tumultuoso existe la costumbre de recibir la Eucaristía indiscriminadamente, la profanación en masa del Cuerpo del Señor es algo más que una mera posibilidad. Por otra parte, ni en este último ni en los demás *Encuentros* ha podido apreciarse resultado alguno en cuanto al incremento de la conducta cristiana de los jóvenes; puesto que las cosas han continuado, a su regreso a los respectivos países, *exactamente igual que antes*; e incluso se ha comprobado una importante regresión en su Fe que ni siquiera ellos mismos han tratado de ocultar.

Aunque esto no es todavía lo más importante.

Pues todo parece indicar que existe satisfacción general con el hecho de que el acontecimiento se haya celebrado; simplemente y sin más. Como si ése y no otro hubiera sido el único objetivo propuesto. En realidad todos los datos negativos aportados serían todavía cuestionables, si acaso alguien se empeñara en hacerlo (como siempre ocurre). Pero existe un hecho que es absolutamente indiscutible: *Cual es la tremenda realidad de que nadie parece haberse cuidado de examinar los resultados producidos por el Encuentro.*

¿Acaso (consciente o inconscientemente) no se había pensado en otro objetivo que en el mero hecho de celebrarlo...? Lo razonable, como es lógico, es

dar por supuesta la existencia de los suficientes motivos pastorales referentes al bien espiritual de la juventud. Pero, de ser así, ¿han procurado los analistas de Pastoral, una vez consumado el acontecimiento, examinar concienzudamente sus resultados (favorables o no, teniendo en cuenta también los elementos negativos en concurrencia)? En todo caso, ¿dónde y cuándo se han hecho públicos los resultados de tales investigaciones? La verdad es que los pocos que se han atrevido, casi siempre con buena voluntad, a formular reparos han sido inmediatamente silenciados. Tachados de preconciarios, tradicionalistas, enemigos del progreso y, sobre todo, ajenos al *espíritu* del Concilio Vaticano II. Y es de todos sabido que la apelación al *espíritu del Concilio* es el arma secreta (aunque bastante eficaz) esgrimida por la teología *progre* para descalificar a quienes intenten oponer algún reparo.

Quien recibe en la Iglesia la misión de Pastorear (Heb 5: 1-4), debe transmitir a las ovejas que le han sido confiadas el Mensaje de la Buena Nueva. Para lo cual es necesario que previamente lo conozca. El comisionado debe mantener una estrecha relación con quien lo envía y conocer sus instrucciones. Y solamente después es cuando está preparado para contactar con los destinatarios: *Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos.*²⁵

Pero en la transmisión del Mensaje Evangélico no basta con el mero estudio, por parte del Pastor, de la Palabra revelada. A fin de llevar a cabo su misión de manera eficiente necesita las gracias otorgadas por el Espíritu Santo, que es quien conduce al conocimiento de Jesucristo y a la verdad completa (Jn 14:26). Las cuales gracias se transmiten ordinariamente a través de la oración, aunque nunca sin ella.

Es de notar la imperiosa necesidad de que el Pastor, o el apóstol, haga de la oración una parte importante de su vida. Lo cual supone una íntima relación entre una y otra, dando lugar así a una mutua dependencia. De ahí que, así como el ejercicio de las virtudes cris-

²⁵ *Quod vidimus et audivimus annuntiamus et vobis* (1 Jn 1:3).

tianas hace posible y valedera la oración, la práctica de la oración es esencial para el funcionamiento de una existencia cristiana.

La vida de oración en la existencia del Pastor de las ovejas responde a la necesidad de escuchar la voz de Dios. El mensajero ha de conocer el contenido y el significado del mensaje para poder transmitirlo. Por otra parte, es imposible llegar al corazón de los hombres si no se posee trato de familiaridad con el corazón de Dios. Cualquier intento de diálogo con los hombres, en orden a la salvación, carece de posibilidades de éxito si no está avalado previamente por el diálogo con Dios.²⁶

Acerca de este tema, el texto de San Lucas 10: 38–42, en el que se narra la acogida que las hermanas Marta y María dispensaron en su casa a Jesús, es un importante punto de referencia. El texto es bastante profundo, aunque sencillo a primera vista, y ha sido muy comentado a lo largo de la Historia del Cristianismo. Los estudiosos de la Espiritualidad le han dedicado especial atención, por razones fáciles de comprender. Por otra parte, el texto suscita múltiples y profundos problemas para los que no se han encontrado todavía so-

²⁶Decimos *en orden a la salvación*, aunque lo mismo se podría asegurar con respecto a cualquier tipo de diálogo entre los hombres. Tal como los hechos están demostrando claramente. . . , aunque sólo sea para quien quiera verlo. Cuando los hombres prescinden de Dios para construir su propio Paraíso, con el intento de elevarse hasta el Cielo en su propia Torre de Babel, el resultado final no es otro que el de la imposibilidad de cualquier entendimiento. Claro está que el fondo del problema va más allá de lo que sería el simple fracaso de la comunicación. Es un hecho comprobado que cada cual, al mismo tiempo que se limita a hablar su propia lengua, no suele interesarse demasiado en entender la de los otros. Por supuesto que las filosofías *personalistas* dirían que el hecho carece de relevancia, una vez establecido que cualquier diálogo entre humanos debe esforzarse en respetar *la verdad* del otro. El problema surge desde el momento en que se afirma que cada uno posee *su propia verdad*, puesto que tal cosa equivale a decir, ni más ni menos, que la verdad como tal no existe en ninguna parte.

luciones definitivas, tales que satisfagan a todos y den por cerrado el caso.

Y aunque la Biblia no es un libro de criptogramas, es evidente que ciertas enseñanzas en ella contenidas son difíciles de entender, según reconocía el mismo San Pedro (2 Pe 3:16). Si bien también es cierto que mucho tiene que ver en el problema la debilidad de la naturaleza humana, la cual siempre se resiste a aceptar lo que le parece duro o difícil.²⁷ A primera vista al menos, el texto sólo pretende, de una parte, ponderar la importancia de la oración, con especial énfasis en la de mayor intimidad con Dios; y de otra, insistir en su prioridad con respecto a la acción.

A pesar de lo cual ha sido objeto, a través de la Historia de la Espiritualidad Cristiana, de diversas y encontradas interpretaciones.

Una de las cuales tiene que ver con la reacción suscitada contra la lectura del texto, clásica y al parecer demasiado literal, en la que se concede la primacía a la oración en detrimento de la acción.

Esta segunda interpretación, opuesta a la que se decide por la superioridad de la oración, tiene a su favor la claridad de los textos que inducen a la acción apostólica. Como puede verse, por ejemplo, en la conclusión del Evangelio de San Mateo: *Id y haced discípulos a todos los pueblos... , enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado.*²⁸

²⁷Profundidad de contenido no significa necesariamente dificultad de intelección. Las palabras del Señor, que según Él mismo son espíritu y son vida (Jn 6:63), son a menudo demasiado profundas, al mismo tiempo que extremadamente claras. No es extraño, sin embargo, que la naturaleza humana se resista con frecuencia a aceptarlas. Quizá porque se trata de doctrinas duras de poner en práctica, bien distintas de las posibilidades que ofrece el camino fácil (Mt 7: 13-14). Por otra parte, el Diablo ha logrado difundir la idea de que la santidad es contraria a la naturaleza humana; y al revés, puesto que se ha esmerado en presentar como naturales, placenteros y encomiables los vicios más nefandos.

²⁸Mt 28: 19-20.

A los cuales habría que añadir, entre otros, los que se desprenden del contenido de algunas parábolas; como la de los enviados a trabajar a la viña o la del sembrador. Por otra parte, es bien sabido que *apóstol* significa *enviado*.

La verdad, sin embargo, es que nunca pretendió la interpretación clásica postergar la *vida activa* apostólica en beneficio de la oración. Basta acudir a los hechos patentes, acaecidos a lo largo de la Historia de la Iglesia en general y de la Misionología en particular, para confirmarlo. Para la Espiritualidad Cristiana, la *prioridad* de la oración jamás llegó a suponer *abandono* o desestima de la acción.

El problema pudo haber sido objeto de un estudio objetivo capaz de alcanzar conclusiones provechosas. Pero, una vez más, los hechos y la seriedad histórica hubieron de ceder ante opiniones preconcebidas. Un fenómeno que, por lo general, suele presentarse con mayor agudeza cuando los prejuicios son fruto de ideologías enemigas del Cristianismo, agravados en este caso concreto por su actitud de desprecio hacia la oración. El resultado fue el inicio de una campaña contra la vida contemplativa, la cual fue creciendo en intensidad a partir del momento en que el marxismo iba adquiriendo mayor influencia en la vida de la Iglesia.

La campaña se desató en un frente teórico y práctico a la vez. En cuanto al primero, se difundieron argumentos contra el principio de la primacía de la oración. Sin molestarse siquiera en insistir en los textos neotestamentarios que magnifican el apostolado,²⁹ ponían más bien el acento en la conveniencia de abandonar una pretendida *contemplación*, hasta ahora al parecer inútil o de escasos resultados, para emprender con urgencia la *acción* que habría de reformar el mundo y sus estructuras. Fácilmente puede apreciarse en estas

²⁹ *Sal a los caminos y a los cercados y oblígalos a entrar, para que se llene mi casa* (Lc 14:23); etc.

doctrinas la vigencia del principio marxista, según el cual la pura Filosofía no ha servido para nada hasta ahora; y de ahí la urgencia en acudir a la práctica, como única cosa que puede transformar el mundo.

La influencia de la filosofía marxista, que desde mediados del siglo XX había adquirido bastante consistencia en la vida de la Iglesia, estaba clara. Quizá no para la mayoría, cuyo *dejar hacer* facilitaba así los planes de una minoría bien organizada y conocedora de sus objetivos. Según Marx, seguidor fiel en este punto de las doctrinas de Engels, la Filosofía había sido hasta ahora una ciencia inútil y hasta perniciosa, puesto que se había dedicado a la *contemplación* del mundo cuando su verdadera tarea hubiera sido la de *transformarlo*.³⁰ Es evidente que los Movimientos Obreros de la época, junto a la fiebre obsesiva desatada en la Iglesia con respecto a la llamada *Cuestión Social*, tuvieron mucho que ver en el desarrollo de los acontecimientos.³¹

La idea de la necesidad de la acción alcanzó amplia difusión, aunque acompañada esta vez por otra nueva, cual era la de dar testimonio.³² Se hicieron de uso corriente los eslóganes que trataban

³⁰Quizá la obra decisiva de Marx en este punto es la conocida como *Tesis sobre Feuerbach*, escrita en la primavera de 1845 y publicada por primera vez por Engels en 1888. El escrito tuvo entonces la forma de apéndice a la edición aparte del libro de este último, *Ludwig Feuerbach y el Fin de la filosofía clásica alemana*.

³¹Parece que, al menos en este punto de lo social, la fiebre ha remitido algo. Son pocos, por ejemplo, los que aún recuerdan los seis gruesos volúmenes del Cardenal Herrera Oria, Obispo de Málaga († 1968), dedicados todos ellos a la Cuestión Social (la última edición de su obra: Ángel Herrera Oria, *Obras Completas*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 6 volúmenes, 2002–2006).

³²Ideas viejas y tradicionales, que conformaron desde siempre la estructura del Cristianismo, se presentaban como maravillosos descubrimientos hasta este momento desconocidos. Claro que ahora aparecían con un ropaje enteramente secularizado.

de justificar, si no todavía el abandono, sí al menos el retroceso de la oración a un segundo plano; o tal vez a un tercero: *La misma acción es ya oración*, fue uno de los que más circularon por el mundo clerical. Y como era de esperar, pronto acabó por darse el paso que faltaba para dar de lado a la vida de oración. En definitiva lo de siempre, ya que las pautas de comportamiento de la naturaleza humana rara vez dejan de funcionar.

Así es como se produjo, en forma de desbandada, el abandono de la oración en la vida eclesial. Quedaba muy atrás, y bastante empequeñecida, la fiebre del oro desatada en California a mediados del siglo XIX. Casi todos los religiosos, tanto frailes como monjas incluidos los de clausura, se apresuraron a abandonar en masa los conventos y la vida contemplativa. Movidos, según decían, por la necesidad de *dar un testimonio* ante el mundo. Con lo que parecía darse a entender que los hombres habían carecido de él durante veinte siglos de Cristianismo. Por su parte, los sacerdotes seculares abandonaron la práctica del rezo del Oficio Divino, además del rosario y de casi todas las actividades *piadosas*. Palabra esta última que debía ser cuidadosamente evitada, como un tabú. Se aceptó como indiscutible la necesidad de hacerse presente en las fábricas y actividades del mundo obrero, así como en los suburbios y, en general, en todos los lugares donde pudiera mostrarse al mundo que los eclesiásticos *estaban con los pobres*. Y de ahí la abundancia de sacerdotes fontaneros, electricistas o en otros oficios semejantes.³³ Nada importaba que la solidaridad con la clase obrera se tradujera en el

³³Todo lo cual dio origen a curiosos fenómenos que no dejaban de ser ridículos y hasta tragicómicos, según se mire. No era infrecuente que el cura del lugar se encontrara impedido de atender a las catequesis o de asistir a los enfermos, por encontrarse de *reparaciones* en algún domicilio. Por lo demás, también las cosas aportaban su contrapartida, pues los beneficios de tales ocupaciones solían ser mucho más pingües que los del ministerio sacerdotal.

abandono espiritual de la clase alta, de la clase burguesa. . . , y por supuesto también de la clase obrera: en general, de todo el Rebaño que se suponía que Cristo había encomendado a tales Pastores. Era necesario demostrar que el sacerdote era un hombre capaz de *estar con todos* (a excepción de las clases alta y burguesa, ya por entonces suficientemente demonizadas), aunque luego los hechos dejaran bien patente, como acabamos de decir, que *no estaba con nadie*.

La fiebre que surgió en el mundo eclesial respecto a *la necesidad de dar testimonio*, que alcanzó su punto álgido a partir de mediados del siglo XX, es uno de los fenómenos más interesantes y extraños de los que han afectado a la vida de la Iglesia en toda su Historia. Y como es de suponer, también formó parte del conjunto de ideas que condujo al abandono de la oración.

Puestos a considerar el fenómeno, parece obligada una pregunta inicial: ¿Acerca de qué, o acerca de quién, era tan necesario y urgente dar testimonio?

Planteadas la pregunta en aquellos momentos, la respuesta no parecía ofrecer dificultades, por lo que cualquiera de los implicados en aquel tumultuoso torrente de ideas la habría respondido sin vacilación. Se trataba de hacer patente que la Iglesia estaba con la clase trabajadora y que el sacerdote, por supuesto, además de ser un hombre como cualquier otro, se sentía enteramente comprometido con los que sufren, los discriminados, las víctimas de las injusticias, etc., etc.

Era evidente que las respuestas carecían de contenido sobrenatural, sin otra orientación que la puramente social y política. Según lo cual, y después de asentar como postulado que la Iglesia había estado siempre con los ricos, era necesario *demonstrar*, siguiendo los mismos criterios socio-políticos, que el sacerdote estaba con los pobres y que él mismo, a su vez, era el primero (o el último) entre ellos.

Ni es éste el lugar, ni tampoco vale la pena discutir el cúmulo de dislates que por entonces adquirieron carta de naturaleza en la Iglesia. Lo más admirable del caso no es tanto el hecho de que se extendieran con tanta profusión, sino el de que fueran aceptados sin vacilación y sin la menor crítica. Aquí nos vamos a limitar a realizar un somero examen de lo sucedido, visto desde la perspectiva de la Teología y de la existencia cristiana.

El lenguaje eclesial corriente, con especial mención del clerical, se pobló de expresiones que causaron profundo impacto entre la gente, a pesar de que nadie conocía (y sigue sin conocer) exactamente su significado. Ni quienes las propagan ni menos aún quienes las escuchan.

Es un hecho conocido, por más que se intente hacerlo pasar desapercibido, que en la época de la modernidad el significado de los vocablos no importa tanto como el hecho de que *suenen* bien. De ahí que la *farsa* teatral se haya convertido en *farsa* cotidiana como cosa corriente, una vez que el sonido o la apariencia tienen más relevancia que la fuente de donde proceden. El *parecer* prevalece sobre el *ser*. Con lo que el teatro ha adquirido así un carácter profundamente interactivo, donde los escenarios y tabladros se prolongan hasta los espectadores y se integran con ellos. Como en las *Pasiones* que se celebran en algunas localidades conocidas, en las que intervienen todos los lugareños. Sólo que en la vida moderna, los espectadores-actores suelen olvidar su condición de tales para creer que viven dentro de la realidad. No es extraño que la Iglesia de las edades antiguas fuera enemiga del teatro y que sólo lo admitiera paulatinamente, aunque con cierto recelo, hasta aceptarlo enteramente en la actualidad.

Todo indica que se ha pretendido inducir en el Pueblo cristiano la idea de la aparición de una nueva Era, considerada en realidad como la única auténtica en la Historia del Cristianismo. Según la cual, el sacerdote sería el portador testimonial de un compromiso con los obreros, los pobres, los oprimidos, los desfavorecidos, las etnias minoritarias y, en definitiva, con todos los marginados del mundo. En fin, y para resumirlo en una frase breve y compendiosa, el sacerdote sería un hombre comprometido llamado a prestar un rutilante testimonio de pobreza. La caridad (otra palabra también convertida en tabú) quedaba privada de su condición de principalidad entre las virtudes para dar paso a la pobreza y su monopolizado valor testimonial.³⁴

Todo lo cual ha dado origen a una gran confusión. La verdad es que el sacerdote nunca ha tenido por misión la de dar testimonio de alguna *cosa* concreta, sea o no sea virtud. Su papel no consiste en dar testimonio de *algo*, sino de *alguien*: concretamente de una Persona, que no es otra sino Jesucristo. El error en este punto ha conducido a consecuencias trágicas, tal como decía un antiguo

³⁴Bien entendido que el Sistema jamás ha pensado en la pobreza en el sentido que siempre ha tenido como virtud cristiana; ni tampoco como situación de indigencia o miseria. La pobreza no es otra cosa, en realidad, según el matiz puramente socio-político que se le atribuye, que el receptáculo de todos los elementos que luchan contra el capitalismo. Además de lo cual, la *pobreza* del Sistema se encuentra situada en los antípodas de la virtud cristiana del mismo nombre. Pues mientras que esta última carece de todo, incluido su propio prestigio, la del Sistema se rodea de todos los elementos característicos de la farándula; y por eso suele convocar a los públicos, mediante abundante luz y derroche de megafonía, a fin de que acudan con prontitud a aplaudirla, a admirarla... , y por supuesto a socorrerla.

adagio americano: *la exagerada insistencia en el trabajo del Señor puede conducir al olvido del Señor del trabajo.*

La misión del sacerdote consiste en ser *otro Cristo*. Por eso ha de dar testimonio de Él y ha de actuar en todo momento *in persona Christi*. He ahí una verdad fundamental sobre la que gira toda la Pastoral cristiana y de la cual extrae su sentido. No ha de olvidarse que el sacerdote es enviado al mundo con la misma misión con la que el Padre envió a su Hijo Jesucristo: *Como el Padre me envió, así os envió yo a vosotros.*³⁵ El mismo Jesucristo tuvo buen cuidado de expresarlo con suma claridad, como luego sería confirmado también por los apóstoles: *Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra.*³⁶ De ahí que la labor del sacerdote ha de girar en torno a la identificación con Jesucristo, a fin de que sea Él *lo único* que perciban los fieles, por más que hayan de hacerlo a través de la persona del discípulo: *Quien a vosotros os oye, a mí me oye; quien a vosotros os desprecia, a mí me desprecia.*³⁷ San Pablo, por su parte, insistía en que a él solamente le interesaba dar testimonio de Jesucristo, fuera como fuese acogida su predicación: *Porque los judíos piden signos, los griegos buscan sabiduría; nosotros en cambio predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero para los llamados, judíos y griegos, predicamos a Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios.*³⁸

Hay que tener en cuenta que la pobreza, como cualquiera de las demás virtudes, *si no está fundamentada en Jesucristo, no tiene sentido*. La pobreza por la pobreza carece de significado, como no sea el de un enfermizo sentimiento de masoquismo. Suele decirse de la Madre Teresa de Calcuta que entregó su vida

³⁵ *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos* (Jn 20:21).

³⁶ Hech 1:8. Cf 2:32; 3:15; 5:32.

³⁷ Lc 10:16.

³⁸ 1 Cor 1: 22–24. Es importante observar que el acontecimiento capital del Cristo *crucificado* continúa hoy siendo escándalo para muchos. Las protestas contra las injusticias sociales, supuestamente a favor de los marginados de este mundo, no suelen ser otra cosa en el fondo que una rebelión ante el sufrimiento y el sentido redentor que le otorga el Cristianismo. En ellas se aprecia en realidad un sentimiento de *rabia*, e incluso de odio, junto al deseo de eliminar a los presuntos causantes de tales injusticias. Mírese como se mire, no aparece ahí sentimiento alguno de amor ni un verdadero deseo de ayudar a los que sufren.

Todo está suficientemente claro: aunque el lenguaje cristiano se ha transmitido a través de los vocablos de siempre, sus correspondientes conceptos han sido enteramente subvertidos.

por los pobres, aunque *simplemente por amor a ellos mismos* y sin utilizarlos como medio para crearse un prestigio de santidad, a diferencia de otros que sí lo hicieron. Sin embargo, tal forma de hablar demuestra un grave desconocimiento de lo que constituye la esencia de la Existencia Cristiana.

Pues esa forma de pobreza *nada tiene que ver con la necesidad de dar testimonio de Jesucristo*. ¿De qué se trata entonces...? Siendo el cristiano, por definición, un testigo de Jesucristo en todo momento (Hech 10:39; 1 Jn 1:2), ¿acaso se pretende dar un testimonio de pobreza, pero de forma abstracta y sin ninguna referencia a Jesucristo? De ser eso así, ¿qué significado tiene entonces la pobreza *como tal pobreza*?

Dado, sin embargo, que la pobreza cristiana es una virtud, solamente tiene sentido desde el Amor y en el Amor: *Y aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo para dejarme quemar, si no tengo caridad, de nada me aprovecharía*.³⁹ Si algo hay claro en todo este asunto, es la verdad indiscutible de que la mera pobreza, desconectada de su fundamento en Jesucristo pero todavía con pretensiones de virtud, no es sino la pura nada. ¿Qué sentido puede tener una virtud desconectada de toda referencia de amor a una persona? ¿Pueden existir una pobreza, una caridad o cualquier otra virtud, *flotando en el vacío*? En cuanto al tema del amor al hombre por el hombre, sin necesidad de fundamentarlo en el amor a un Dios que se supone que no existe, aludiremos a él más adelante.

Existe un texto evangélico que contiene pormenores de importancia en relación al tema que nos ocupa. Se trata del episodio del joven rico, relatado por los tres sinópticos.⁴⁰ Según el cual, ante el requerimiento del joven, después de haber respondido Jesucristo que el camino para entrar en el Reino de los Cielos pasa por el cumplimiento de los mandamientos, y luego de aclarado que el requisito era cumplido por el joven, todavía añade Jesucristo una observación. Contendida en el versículo que es tal vez el más fundamental del episodio: *Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Luego, ven y sígueme*.⁴¹

Si se conviene, como parece claro, en considerar el versículo dividido en dos hemistiquios: *Vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres... Luego, ven y sígueme*, todo el mundo estará de acuerdo en que el segundo depende del primero. Y así es en efecto, puesto que el motivo determinante de desprenderse de todo no es otro que el seguimiento de Jesucristo. Si así no fuera, ¿para qué y por qué iba el joven a desprenderse de todas sus riquezas? Es evidente que, para

³⁹1 Cor 13:3.

⁴⁰Mt 19: 16-30; Mc 10: 17-31; Lc 18: 18-30.

⁴¹Mc 10:21.

el texto revelado, el desprendimiento de todo solamente tiene sentido *cuando es realizado con el ánimo puesto en Jesucristo*, y solamente por eso.

Lo que hace en realidad la Escritura no es sino prolongar los dictados del sentido común. Lo cual tal vez no sea mera casualidad. Desprenderse de lo que se posee sin razón que lo justifique, o solamente para aparecer ante el mundo como pobre, no deja de ser producto de alguna especie de demencia; cuando no de alguna disimulada soberbia o deseo de ostentación. El ser humano, como creatura libre e inteligente que es, solamente obra por *razones*, sean naturales o sobrenaturales cuando no por ambas a la vez. En este caso no existirían razones sobrenaturales. Y en cuanto a las posibles razones naturales, forzoso es reconocer que serían difíciles de encontrar: bien sea por el deseo de dar un testimonio de pobreza ante el mundo, o de solidaridad con los desvalidos, o de protesta contra el capitalismo, u otras razones semejantes, y suponiendo que de algo de eso se trate, es obvio que tal conducta exigiría a su vez nuevas razones para justificarla. A no ser que solamente se pretenda hablar por hablar, acumulando palabras y expresiones que nada tienen que ver con argumentos racionales y sí sólo con logomaquias, las cuales se pueden prolongar hasta el infinito. . . , sin llegar jamás a ninguna parte.

En algún otro lugar, Jesucristo llega incluso a establecer una relación *necesaria* entre la adscripción a su Persona y el abandono de todos los bienes: *Cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes no puede ser mi discípulo.*⁴² De todas formas, la renuncia a todos los bienes tiene sentido sobrenatural (puesto que cualquier otro carecería de relieve en el asunto de que se trata), según Jesucristo, cuando está motivada por la decisión de seguirlo a Él por amor: ¿Y acaso pueden existir otros motivos para seguir a Jesucristo?

Algunos, sin embargo, estarían dispuestos a objetar. Por supuesto que existe el amor en esta clase de testimonio, puesto que se trata de practicar la pobreza *por amor a los pobres*, sin necesidad de apelar a ninguna otra referencia. Tal como lo hacía la Madre Teresa de Calcuta, según es voz común.

Ante todo, habría que decir que el amor a los pobres por ellos mismos, prescindiendo de toda consideración sobrenatural, no deja de ser una quimera. Quizá sería llegada la hora en que la Teología *progre* dejara de esgrimir vanas palabras, de cuyo significado y contenido jamás aporta razón que los justifique. La pura filantropía, fundamentada (por definición) en razones humanas puramente naturales, es algo tan endeble y frágil como para que nadie ponga en ella su confianza. ¿Es cierto que el puro altruista, o el que no arguye más razones que las que *están*

⁴²Lc 14:33.

a la vista, aparte quizá de un pretendido amor a la humanidad por ella misma, realmente no está movido por otras motivaciones? El multimillonario que derrocha alegremente millones para contribuir, por ejemplo, a la lucha contra el calentamiento global, ¿es cierto que no le mueve otra razón que la de una justa preocupación ecológica por el medio ambiente, acompañada tal vez por el miedo de que se produzca el amenazador y futurista suceso?

Pero si decidimos prescindir de especulaciones con base a suposiciones, todavía podemos echar mano de razones más convincentes. Bien capaces, por supuesto, de socavar las bases de la teoría del amor a los pobres meramente por ser pobres. Y así por ejemplo, según el evangelista San Juan, *En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: en que amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos*.⁴³ Por lo tanto, y siempre según San Juan, conocemos verdaderamente que amamos a los hijos de Dios (en este caso los pobres) *cuando amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos*.

Claro está que esta última razón, por lo demás concluyente, solamente es válida para los cristianos. Sucede, no obstante, que los que enarbolan la bandera de las teorías mencionadas se proclaman a sí mismos tales, y hasta como los únicos que saben interpretar el auténtico sentido del Mensaje Evangélico. Desgraciadamente, sin embargo, es un hecho evidente que por razones solamente conocidas por los iniciados en la Teología *progre*, la Primera Carta de San Juan es uno de los textos del Nuevo Testamento que con más frecuencia pasan desapercibidos: ¿Tal vez por los problemas que podría suscitar contra algunos planteamientos de la Teología de avanzada? ¿Como algunos de los que se refieren al ecumenismo, por ejemplo...?

Frente a todo esto, como era de esperar, el Mundo se ha apresurado a aprobar todo aquello que, de forma más o menos declarada, se muestra dispuesto a prescindir de la Cruz de Cristo. Los intrépidos luchadores, empeñados en la causa contra las injusticias sociales y pregoneros de su compromiso en favor de los oprimidos, no ofrecerán quizá testimonio alguno en favor de Jesucristo; aunque es seguro que conseguirán el aplauso y el favor del Mundo. En todo caso, y puesto que su testimonio carece de referencia a Jesucristo, queda limitado a ellos mismos y así les proporciona un merecido prestigio: *Tibi soli honor et gloria!* De este modo, la figura del sacerdote obrero, la del religioso o religiosa rebeldes, o la de los comprometidos con los desfavorecidos del Mundo cuya causa han abrazado también ellos asumiendo una pobreza voluntaria, aparecen con un aura de grandeza ante una sociedad que los contempla admirada. Seguramente su

⁴³1 Jn 5:2.

conducta no va a dar ocasión a que surjan sentimientos de adhesión a Jesucristo, aunque sí quedará bien patente que son ellos los indiscutibles campeones de la libertad, los arriesgados detractores de las injusticias sociales y los enemigos declarados del Capitalismo. O por decirlo más brevemente: *se proporcionan un firme testimonio para sí mismos* que les vale ante el Mundo. El cual, a partir de ese momento, estará dispuesto a aplaudirlos con entusiasmo y a no escatimarles su admiración.⁴⁴

El único problema que se presenta aquí, y no pequeño, se origina desde el punto de vista de la misma filosofía cristiana. Cosa lógica, puesto que se supone que el problema gira en torno a un conjunto de ideas en el que se dilucida el auténtico significado del Cristianismo. Y sucede precisamente que, por un increíble contrasentido, tal pretendido planteamiento, en el que los campeones comprometidos con los pobres, oprimidos, etc., consiguen para sí mismos un reconocido prestigio, *aparece como enteramente incompatible con la Existencia Cristiana*. Es Jesucristo mismo quien se encarga de desautorizar el planteamiento y de poner las cosas en su sitio: *Si yo diera testimonio de mí mismo, mi testimonio no sería verdadero. Otro es el que da testimonio de mí, y sé que es verdadero el testimonio que da de mí.*⁴⁵ Es verdad que Jesucristo especifica también en otro lugar: *Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero porque sé de dónde vengo y adónde voy* (Jn 8:14). Pero para añadir casi a continuación: *Yo soy el que da testimonio de sí mismo, y el Padre, que me ha enviado, también da testimonio de mí* (8:18). La enseñanza es bastante clara: aunque el testimonio de Sí mismo es verdadero (porque Él sabe bien de dónde viene y adónde va), cuenta siempre con el testimonio de otro (el Padre, el Espíritu, el Bautista...). Como si pretendiera establecer que el mero *autotestimonio* es insuficiente. Desde luego, para Jesucristo, el testimonio de sí mismo a fin de recibir la aprobación del Mundo, es nulo y reprobable: *Yo no recibo testimonio de hombre* (5:34). En cuanto al testimonio del Bautista (1:7), debe ser integrado en el conjunto de una revelación que viene de lo Alto, como lo demuestra el episodio del Bautismo en el Jordán y el descenso del Espíritu en forma de paloma. Aparte de eso, fue el

⁴⁴Es evidente que la existencia humana está llena de extrañas paradojas. Porque es ahora cuando estos testigos de la pobreza, autoproclamados campeones de los oprimidos, van a recibir el reconocimiento y el premio de manos del Mundo. Una recompensa que puede oscilar, según un amplio espectro de posibilidades, desde una simple aureola de prestigio, pero capaz de abrir muchas puertas y dar opción a la multitud de posibilidades que el Mundo ofrece, hasta la apertura del camino a la fama, a la influencia... , y a la consecución de algún Premio Nobel.

⁴⁵Jn 5: 31-32.

mismo Jesucristo quien se encargó de autenticar que la totalidad de la misión del Precursor era cosa que procedía del Cielo (Mt 21:25).

Rechazada como falsa y perniciosa la doctrina del abandono de la oración en beneficio de la acción, permaneció latente sin embargo, en los espacios católicos que aún conservaban la serenidad, la idea de la necesidad de un compromiso. Por otra parte, los resultados catastróficos de la renuncia a la oración abogaban por una reacción que apareció al fin, hacia mediados de la centuria pasada, aunque de forma tímida y sólo parcialmente. . . , para ser abandonada de nuevo y definitivamente algún tiempo después, según una tendencia que ha continuado de manera implacable a lo largo de lo que va transcurrido del siglo XXI, en plena *Primavera Eclesial*. De momento, sin embargo, hacia los años que precedieron al Concilio Vaticano II, hasta la muerte de Pío XII (1958) e incluso durante el Pontificado de Juan XXIII, todavía permaneció vigente la teoría que podría ser llamada como de la moderación.

Según la cual no existe incompatibilidad entre la vida de oración y la vida activa. Más todavía; puesto que, según esta doctrina, ambas son necesarias y mutuamente dependientes. Con una precisión, sin embargo: puesto que si bien es concebible una vida dedicada exclusivamente a la oración (vida contemplativa), en cambio no es dable pensar en una acción apostólica fructuosa cuyo dinamismo no se fundamente en la oración.⁴⁶ De todos modos, casi todos los autores de Espiritualidad, como igualmente los de Historia de la Iglesia, han estado siempre de acuerdo en la posibilidad de una simbiosis de ambas dedicaciones.

⁴⁶Más adelante habrá que volver a la interrelación existente entre la vida contemplativa y la acción apostólica. El principio a establecer es firme: así como carece de consistencia una vida apostólica sin el previo sustrato de la oración, tampoco es imaginable una vida puramente contemplativa que no produzca frutos en la vida de la Iglesia.

El paradigma más perfecto lo ofrecen Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, las dos estrellas rutilantes de la Mística universal. La Santa de Ávila, o la monja por excelencia de la oración contemplativa, es conocida también con el sobrenombre de *Monja Andariega*; su libro de *Las Fundaciones* no es sino un breve resumen de su intenso deambular por los caminos de España, visitando y fundando conventos y afrontando multitud de avatares. En cuanto al Santo poeta de Fontiveros, sus constantes correrías por las tierras de Castilla y de Andalucía, junto a las muchas incidencias y persecuciones que jalonaron su vida, no le impidieron convertirse en el Doctor de la Iglesia más cualificado como exponente de la oración de contemplación.⁴⁷

Aparentemente al menos, el dilema quedaba resuelto. La vida activa es tan necesaria como la vida contemplativa, fundidas ambas en perfecto sincretismo y beneficiosa conjunción. Sin embargo, las soluciones simplistas suelen dar de lado a menudo a problemas que, o bien no ofrecen una solución fácil, o quizá no demasiado convincente. Y por lo que respecta a este caso concreto, las dificultades aparecen a poco que se considere, tanto en el orden teórico como en el práctico.

En cuanto a la práctica, el hecho de que la doctrina haya terminado en *débâcle*, como se ha dicho más arriba, proporciona una pista acerca de la posibilidad de que contenga algún fallo. La *perfecta conjunción* de ambas caras de la moneda (la vida activa y la contemplativa), tal como suele suceder en los equilibrios demasiado perfectos (y quizá inestables), es cosa más fácil de ser *pensada* en

⁴⁷El libro de *Las Fundaciones* no es sino un pálido reflejo de los muchos trabajos y andanzas de la monja fundadora, trajinera y andariega que fue Santa Teresa de Ávila. Su comparación con *Las Moradas o El Castillo Interior* y su *Autobiografía* es sorprendente. Plantea en toda su crudeza el problema del que aquí se viene hablando, cual es el de la perfecta conjunción entre una vida de intensa actividad y la total inmersión en las profundidades de la oración contemplativa.

el universo de la teoría que de ser *observada* en el mundo real de la práctica. En cuanto a los casos de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa de Ávila, u otros semejantes, es preciso reconocer que no suelen prodigarse como hechos normales y ordinarios. Y es evidente que lo que sólo aparece como extraordinario no puede ser establecido como regla normal del ordinario vivir. No hace falta ser un experto conocedor de la naturaleza humana para darse cuenta de algo bien patente: la facilidad con la que se inclina al lado más fácil de las cosas... , para olvidarse en cambio del más difícil o del más incómodo. La santidad solamente se encontraría al alcance de aquéllos que, además de recibir un diluvio de gracias de lo Alto (o precisamente por eso), hayan demostrado ser capaces de practicar las virtudes en grado heroico. O al menos así era hasta los tiempos que siguieron al Concilio Vaticano II.

Las dificultades en el orden teórico son de mayor consistencia todavía. Podrá hablarse, todo lo extensamente que se quiera, del ideal de la perfecta armonía y de la complementariedad entre la vida activa y la contemplativa. Y sin duda alguna que es un ideal al que todos los cristianos, y especialmente los de vida consagrada, deben aspirar. Pero es bien sabido que los ideales, como su nombre indica, apuntan más hacia metas a conseguir que a realidades a las que con frecuencia no se llega. El ideal de la perfección o de la santidad, por ejemplo, ¿qué cristiano digno de ese nombre no debe aspirar a él como meta de su vida? *Sed vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*,⁴⁸ proponía Jesucristo a sus discípulos. He ahí un camino a seguir cuyo final jamás va a ser alcanzado. Entre otras cosas, porque la finalidad de tal consigna *no es la de llegar a su consumación efectiva, sino simplemente la de inducir a esforzar-*

⁴⁸Mt 5:48.

se en ponerla en práctica. Y una vez cumplido esto último, *ya ha conseguido su objetivo.*⁴⁹

Todo lo extensamente que se quiera, en efecto. Y hasta cabe la posibilidad de adoptar conclusiones que satisfagan las inquietudes intelectuales; siquiera sea de momento. En este sentido, la doctrina (por otra parte tan útil, como ideal a conseguir) de la perfecta conjunción entre contemplación y acción cumple los objetivos.

Pero no puede dar de lado a un texto evangélico lo bastante claro y rotundo.⁵⁰ *Marta, Marta; te preocupas e inquietas por muchas cosas. Pero una sola cosa es necesaria: María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada.* De manera que, según Jesucristo, puestos a señalar lo imprescindible en este problema, *una sola cosa es necesaria.* Y puestos a establecer una escala de valores, *María ha escogido la mejor parte.* En cuanto a señalar aquello a lo que concretamente se refiere Jesucristo, como lo mejor y como lo único necesario, es algo que está suficientemente expresado en el pasaje.

Por supuesto que siempre se puede intentar *difuminar* las diferencias que establece el texto, hasta el punto de suponer que han desaparecido; o que han perdido al menos su relevancia y ya no son perceptibles los contrastes. Sin embargo no deja de ser una operación arriesgada, en cuanto que podría inducir a sospechar, por parte de algunos, la posible manipulación del texto.

⁴⁹Es éste otro de los aspectos en los que la doctrina evangélica se diferencia de las utopías. Las cuales son tan irrealizables como engañosas, pues se presentan, no ya como realidades posibles de alcanzar, sino como metas a conseguir de necesaria aspiración.

⁵⁰Aunque no es probable que, al menos en este caso, exista intención alguna de escamotear o de manipular el texto. Pero sí parece existir cierta voluntad de *pasar de largo* ante las palabras de Jesucristo. En definitiva, un leve *olvido*, más o menos inconsciente; pero que posee la virtud de solucionar el problema, o de inducir al menos a pensar que ha quedado resuelto.

¿La solución última? Sin duda que puede admitirse, siquiera sea como hipótesis de trabajo y como ideal a conseguir, la doctrina de la perfecta conjunción. Con tal de que quede claramente establecida la *necesidad absoluta* de la oración y su primacía sobre la actividad apostólica. Según lo cual, todo lo que pudiera ser contenido bajo los epígrafes de Pastoral y Apostolado tendría que ser calificado como de *necesidad relativa*. Y aun este último término requiere una importante precisión, en cuanto que tal relatividad en modo alguno significa accidentalidad. Sino que su irrenunciable necesidad no puede dejar de ser reconocida; de manera que solamente cabría admitir en ella el carácter marginal de accidentalidad cuando fuera puesta en parangón con la vida de oración.

Las cosas no son buenas porque Dios ordena que se hagan, sino que Dios exige que se hagan porque son buenas. Y algo parecido podría decirse en este caso en particular. Sin duda que la primacía de la oración, así como el reconocimiento de su mayor necesidad, no obedecen a un mero precepto divino. Debe existir también aquí alguna *razón ontológica* por la cual las cosas son así. Tal vez porque Dios es Acto Puro, o Diálogo Amoroso, *antes* que cualquier actividad *ad extra*.

Es de tener en cuenta que las obras *ad extra* en Dios, como la Creación o la Encarnación–Redención, dependen de su libérrima voluntad, sin que medie en ellas necesidad alguna por parte de Dios. Mientras que la Naturaleza de Dios (el Dios Uno y Trino) es inherente a su Ser con estricta necesidad: Dios *Es* y no podría no ser, y es *Como Es* y no podría ser de otro modo.

Y si excluimos la prioridad de tiempo y nos quedamos con la de naturaleza, habremos de concluir, como hemos dicho antes, que el Diálogo Amoroso en Dios es *anterior* a sus obras *ad extra*. Las cuales excluyen toda idea de necesidad, que es justamente lo contrario de

lo que sucede con el *Ser* de Dios. De ahí las palabras de Jesucristo, dirigidas a su Padre, en el Sermón de Despedida en la noche de la Última Cena: *Padre, quiero que donde yo estoy también estén conmigo los que Tú me has confiado, para que vean mi gloria, la que Tú me has dado porque “me amaste antes de la creación del mundo”*.⁵¹ De donde el diálogo–amoroso, que aquí podríamos asimilar a la *oración*, es siempre anterior a cualquier idea referente a la *acción*. Y no solamente anterior sino que, como hemos visto también, es de absoluta necesidad frente a la dependencia de una voluntad libre cual corresponde al carácter de la acción.

Así adquieren todo su sentido las palabras de Jesucristo que, dirigidas a Marta, tanto han preocupado durante siglos a los estudiosos de la Espiritualidad Cristiana: *Una sola cosa es necesaria: María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada*.⁵² Si se parte de la base de que el ser humano ha sido creado a imagen de Dios, destinado además a participar de la misma naturaleza divina, no es difícil concluir que la *actividad* de Marta pertenece al orden de cosas que dependen de la *contigencia*; mientras que el diálogo amoroso de María con Jesucristo, al que podemos llamar oración y sin dejar de echar mano además a la noción de analogía, pertenece al orden de la *necesidad*. Doctrina que el mismo Jesucristo confirma en otros lugares: *Yo no puedo hacer nada por mí mismo: “Según oigo, así juzgo”; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad sino la voluntad del que me envió*.⁵³

Los santos también lo entendieron siempre de ese modo. Quizá con más intuición que clara intelección, pero es innegable que fue para ellos una vivencia cierta. Por eso las bellas estrofas de San Juan de la Cruz:

⁵¹ Jn 17:24.

⁵² Lc 10:42.

⁵³ Jn 5:30; cf 8: 26.40; 15:15.

*Mi alma se ha empleado,
y todo mi caudal en su servicio;
ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio.*⁵⁴

Es cierto que, según el Santo, todo su caudal, durante toda su vida, se ha empleado *en su servicio*. Pero ahora, llegado el momento culminante, o encontrado el lugar donde se percibe la auténtica verdad de la existencia, es la ocasión de dar paso a *lo único necesario*. Por eso, *ya no guardo ganado, ni ya tengo otro oficio, que ya sólo en amar es mi ejercicio*.

De ahí también la conocida estrofa que cierra el poema de la *Noche Oscura*:

*Quedéme, y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado,
entre las azucenas olvidado.*

En definitiva, llega un momento en que para el Santo *cesó todo*. Aunque lo importante aquí es la realidad de que tal cosa no le importa demasiado, por lo que no tiene inconveniente alguno en dejar su cuidado *olvidado entre las azucenas*. Ha encontrado, por fin, el auténtico significado de su existencia y aquello que es lo único *que es realmente necesario*.

Con lo cual se comprende mejor la auténtica aberración que supone el dicho según el cual *la misma acción es ya oración*. Pues no solamente son cosas en absoluto diferentes, sino que pertenecen a órdenes distintos de realidades: la una, al de la necesidad; y la

⁵⁴ *Cántico Espiritual*.

otra, al de la contingencia. De donde se deduce que solamente la oración, además de ser la más importante, es absolutamente necesaria. Abandonar, por lo tanto, la oración en aras de la acción o de una pretendida necesidad de dar testimonio, no es sino una muestra más de la capacidad del espíritu humano para aceptar las mentiras y falsedades del Mal Espíritu. De no ser por los terribles desastres que de ahí se derivan, y caso de que aquí fuera dable utilizar la ironía, sería llegado el momento de calificar de estúpidos majaderos a los que tales cosas proclaman.

Tal como hizo el Espíritu con el Ángel de la Iglesia de Éfeso, es función del Pastor dirigirse al Rebaño que le ha sido encomendado para *corregirlo*, a fin de encauzarlo por el buen camino. Pero el término *corregir* posee aquí un carácter más bien general que incluye normalmente, como vimos al comienzo de este comentario, un conjunto de instrucciones de carácter doctrinal; aunque sin excluir posibles alabanzas, amonestaciones e incluso amenazas. Téngase en cuenta que el oficio del Buen Pastor incluye dos clases de operaciones con respecto a las propias ovejas: ante todo, la de encaminarlas hacia los buenos pastos para procurarles el alimento; y luego, la de liberarlas de las asechanzas del lobo u otros peligros que amenazan sus vidas. La doble tarea exigirá de él que las dirija y anime en determinadas ocasiones, así como en otras tendrá que amonestarlas y reprenderlas.

Hasta aquí la doctrina es clara y no ofrece dificultad. Pero, ¿qué sucedería si el conjunto del Rebaño de ovejas no estuviera dispuesto a escuchar al Pastor y menos aún a seguirlo? ¿Y si hubiera que añadir a esa situación la de una deserción en masa por parte de los Pastores? Aunque en realidad no tendría mucho sentido práctico tratar de averiguar cuál de los dos aspectos del fenómeno surgió primero: si la crisis de Fe en el conjunto de la Cristiandad o la deserción de los

Pastores. De hecho la situación aparece como un *todo* homogéneo y simultáneo, aunque no sería muy difícil achacar a los Pastores el principal capítulo de responsabilidades.

Cualquiera diría que estas preguntas, formuladas como posibilidades en un momento como el actual, en el que se admite como categórica la existencia de una *Primavera Eclesial* y de un resurgimiento postconciliar, suenan a derrotistas y consiguientemente a falsas. Sin embargo *el planteamiento de ambas cuestiones refleja justamente la situación en la que se encuentra la Iglesia en la actualidad*. La cual, por otra parte, es completamente nueva en su Historia. Dado que hasta ahora, si bien todo era cuestión de evangelizar a Sociedades paganas (*precristianas*), o de seguir apacentando a las ya cristianas, ahora todo es completamente distinto. Puesto que se trata de volver a evangelizar a Sociedades *postcristianas* que, después de haber conocido el Cristianismo, lo han rechazado formalmente. De ahí que la labor de un Pastor, deseoso de ser fiel a la misión que le ha sido encomendada, sea en estos momentos extraordinariamente difícil: como una ardua y espinosa tarea que, en cierto modo, puede considerarse nueva en la Historia de la Iglesia. De tal manera que no podría calificarse de excesiva exageración hablar de una *misión casi imposible*. Ya lo advertía San Pedro: *Porque si después de haber escapado de las impurezas del mundo por el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, se dejan atrapar nuevamente por ellas y son vencidos, sus postrimerías resultan peores que los principios. Más les valiera no haber conocido el camino de la justicia que, después de conocerlo, volverse atrás del santo precepto que se les entregó. Se ha cumplido con ellos aquel proverbio tan acertado:*

*El perro vuelve a su propio vómito
y la cerda lavada a revolcarse en el fango.*⁵⁵

⁵⁵2 Pe 2: 20-22.

La situación es lo suficientemente grave, pese a lo que pretenden hacer creer las cortinas de humo y la propaganda en sentido contrario, como para dar pábulo a pensar que se están cumpliendo las predicciones de San Pablo: *Vendrá un tiempo en que no soportarán la sana doctrina, sino que se rodearán de maestros a la medida de sus pasiones para halagarse el oído. Cerrarán sus oídos a la verdad y se volverán a los mitos.*⁵⁶ No se puede negar la *posibilidad* de que las palabras del Apóstol sean de actualidad en este momento, aunque no parece probable. Pues todo induce a pensar que la antedicha profecía podría referirse a cualquiera de las notables crisis que la Iglesia ha padecido a lo largo de los tiempos. Algunas de las cuales, con ser tan graves como la herejía arriana en el siglo IV y la suscitada por la Reforma Protestante en el XVI, ni siquiera son comparables con la tragedia actual. Aquellas herejías se centraban en problemas de Fe, mientras que la crisis actual afecta al sentido de la existencia misma de la Fe. Por otra parte, mientras que aquellos Movimientos *desgarraron* la Cristiandad, los actuales la están conduciendo a un estado de desolación rayano en la *destrucción*.

Más probable parece que nos encontremos próximos a la situación anunciada por las palabras de Jesucristo: *Mirad que nadie os engañe; porque vendrán en mi nombre muchos diciendo “Yo soy el Cristo”, y a muchos los seducirán. Vais a oír hablar de guerras y de rumores de guerras... Se alzarán pueblo contra pueblo y reino contra reino, y habrá hambres y terremotos en diversos lugares... Surgirán muchos falsos profetas y seducirán a muchos. Y, al desbordarse la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos.*⁵⁷ Que tales palabras se refieren a una *deserción universal* en la Cristiandad, no ofrece la menor duda: *Surgirán falsos mesías y falsos profetas, y se presenta-*

⁵⁶2 Tim 4: 3-4.

⁵⁷Mt 24: 4-6.7.11-12.

*rán con grandes señales y prodigios para engañar, si fuera posible, incluso a los elegidos... Y de no acortarse esos días no se salvaría nadie; aunque en atención a los elegidos esos días se acortarán.*⁵⁸

Según el conocido analista y escritor americano Christopher A. Ferrara, es difícil considerar como mera coincidencia el hecho de que, nada más acabado el Concilio [Vaticano II] en 1965 la Iglesia sufriera la equivalencia eclesial de una guerra mundial: una caída catastrófica en todos los aspectos de su vida; desde el número de vocaciones religiosas hasta la asistencia a Misa y el número de bautismos y de conversiones.⁵⁹ Transcurridos muy pocos años desde el Concilio, los seminarios y conventos quedaron vacíos, al mismo tiempo que decenas de miles de sacerdotes y de monjas abandonaban su vocación. Según las propias estadísticas del Vaticano, publicadas en *L'Osservatore Romano* en 2006, de los 455.000 sacerdotes católicos existentes en el mundo en 1965, solamente quedaban 400.000 en 1975. Por lo tanto, un descenso de 55.000 en el número de sacerdotes solamente diez años después de acabado el Concilio. Una deserción en masa de tantos sacerdotes no se había visto jamás en la Historia de la Iglesia. Hasta hoy, la Iglesia no ha logrado recobrar el hecho. En la actualidad solamente existen 406.000 sacerdotes en el mundo, 49.000 menos que hace 42 años, cuando la población católica era mucho menor.⁶⁰

Hay que tener en cuenta que estos datos tienen ya unos pocos años, aparte de que es difícil evitar la sensación de *eufemismo* que produce la lectura de las estadísticas publicadas por el Vaticano. Sea de ello lo que fuere, es evidente que la situación ha empeorado considerablemente en estos últimos años. La crisis de Fe se ha hecho prácticamente universal en la Iglesia.

Por supuesto que todo esto puede ser negado y de hecho son muchos los que lo hacen. Aunque es forzoso reconocer, dada la evidencia de los hechos, que tal negativa no puede obedecer sino a una ceguera voluntariamente asumida o a una

⁵⁸Mt 24: 24.22.

⁵⁹Para un análisis estadístico definitivo, ver Kenneth Jones, *Index of Leading Catholic Indicators: The Church Since Vatican II*, Oriens Publishings, 2003.

⁶⁰*L'Osservatore Romano*, Abril, 30, 2006, refiriéndose a su vez a la publicación del *Annuarium Statisticum Ecclesiae*, 2004, Editorial Librería Vaticana. El texto citado arriba ha sido traducido por el autor de este escrito y tomado del libro de Ferrara, *The Secret Still Hidden*, Good Counsel Publications, Pound Ridge, New York, 2008, pag. 25. Christopher A. Ferrara es un intelectual y un escritor reputadamente serio y respetado en USA.

clara mala voluntad. También se puede negar que dos y dos son cuatro; o que la noche sigue al día y viceversa. Ante la realidad aplastante de lo que está ante la vista de todo el mundo, no queda sino pensar que el texto arriba citado de Ferrara no es sino un grano de anís.

De ahí que quizá convenga cerrar este tema con testimonios mucho más autorizados y, por decirlo de alguna manera, irrefutables. En el año 1968 el Papa Pablo VI afirmaba que *la Iglesia se encuentra sumida en un período de autocrítica o, de lo que quizá podría llamarse mejor, de auto destrucción*.⁶¹ Asimismo, en 1973 el mismo Pablo VI admitía que *la apertura al mundo se ha convertido en una verdadera invasión de la Iglesia por obra del pensamiento del mundo. Quizá hemos sido demasiado débiles e imprudentes*.⁶² Y algo todavía más serio en la Alocución del mismo Papa de fecha 30 de Junio de 1972: *De alguna que otra parte el humo de Satanás ha penetrado en la Iglesia de Dios. También en la Iglesia reina este estado de incertidumbre. Se creía que, después del Concilio, amanecería un día esplendoroso en la historia de la Iglesia; pero lo que ha venido, en lugar de eso, ha sido un día de nubarrones, de tormentas y de oscuridad*.⁶³

Por supuesto que tales palabras del Señor, u otras semejantes contenidas en el Nuevo Testamento, no autorizan a dictaminar que estamos ante el final de la Historia: *Nadie sabe de ese día ni de esa hora; ni los ángeles de los cielos, ni el Hijo, sino sólo el Padre*.⁶⁴ Palabras de Jesucristo corroboradas además en los momentos inmediatamente precedentes a la Ascensión: *No es cosa vuestra conocer los tiempos o momentos que el Padre ha fijado con su poder*.⁶⁵ Nada tiene de extraño, por lo tanto, el hecho de sus repetidos avisos a lo largo de todo el Evangelio: *Por eso velad, porque no sabéis en qué día vendrá vuestro Señor*.⁶⁶

Pero utilizando exactamente el mismo argumento y sin necesidad de acudir a otro, *tampoco se puede decir que no estamos ya de lleno*

⁶¹ Discurso en el Colegio Lombardo, 7, Diciembre, 1968.

⁶² Discurso del 23 de Noviembre de 1973.

⁶³ Citaciones de Pablo VI tomadas de Ferrara, *o.c.*, pag. 28.

⁶⁴ Mt 24:36.

⁶⁵ Hech 1:7.

⁶⁶ Mt 24:42; *passim*.

en los Últimos Tiempos. Es cosa que no se puede afirmar, así como tampoco se puede negar. Lo único seguro, por lo tanto, *es que no sabemos ni el día ni la hora...*, y que por eso mismo debemos estar preparados.

Aunque también es patente lo que estamos presenciando con nuestros propios ojos. Con lo cual nos referimos, aunque muchos se empeñen en negarlo, a la situación antes aludida: la deserción universal de los cristianos. El hecho es que somos espectadores, a la vez que miembros, de una Cristiandad que, además de haber dejado de serlo, intenta cubrir su agonía con profusión de *shows* y espectáculos de aturdimiento que, en el fondo, no responden a nada. Y todo ello mientras mendiga su aceptación por el Mundo mediante el procedimiento de exhibir un nuevo Evangelio Doctrinal. Caracterizado, sobre todo, por haber sustituido los valores sobrenaturales por idearios y proyectos que jamás rebasan el horizonte puramente humano.

Por cierto que uno de los aspectos más impresionantes y alarmantes de la crisis es el silencio en el que parece haberse sumido la Jerarquía Eclesiástica. En España, por ejemplo, y en contraste con las numerosas *denuncias proféticas* (así se autodenominaban) de carácter político, prodigadas con profusión en los tiempos de decadencia del franquismo cuando ya no asumían ningún riesgo, ante la situación actual de absoluta descomposición social (religiosa, social, económica y política) parece que nadie tiene nada que decir.

La intención de atribuir a ciertas denuncias el carácter de *proféticas*, en la ausencia de razones graves y serias que hagan suponer la actuación del Espíritu Santo, requiere prudencia y sumo cuidado. Aunque en los tiempos actuales suelen olvidarse tales requisitos y el Espíritu Santo es *conjurado* dondequiera, en cualquier momento y sin especiales motivos. Como si fuera una especie de dispositivo *self-service*, es frecuente dar por supuesto que el Espíritu se encuentra a disposición de quien desee invocarlo.

A las *denuncias proféticas* de la época del franquismo tardío se atribuía el papel representado por los profetas del Antiguo Testamento, que denunciaban

con la voz de Dios los pecados del Pueblo de Israel o de sus Reyes o Gobernantes. En el caso al que ahora nos referimos, ya en la época moderna, no tenía objeto denunciar al Pueblo —*absit!*—, malamente oprimido, según se daba por supuesto, por el Dictador opresor; sino que solamente se acusaba a este último. En los momentos actuales por los que atraviesa España, y a pesar del absoluto empeoramiento de la situación, no existen denuncias proféticas. Seguramente por la ausencia de profetas, y de ahí el lamentable caos y el vacío en que se debate la sociedad actual, cuando el Espíritu parece encontrarse en la imposibilidad de hacer oír su voz en defensa de los oprimidos.

Por contra, han proliferado abundantemente en toda la Iglesia los Movimientos así llamados *carismáticos*, *catecumenales*, etc., unidos todos ellos en el denominador común de la referencia a una íntima conexión con el Espíritu. Sobre el cual parecen pretenden poseer un cierto control ejercido *a voluntad*, tanto en lo que se refiere a los carismas como a la misma presencia e influencia directa del Paráclito.

Todo lo cual podrá ser objeto de discusión, si así se desea hacerlo. A nosotros no nos corresponde el juicio acerca de este conjunto de operaciones atribuidas al Espíritu y que, al parecer, lo mantienen en continua actividad dentro de estos Movimientos. Si tales actuaciones son buenas o malas, legítimas o ilegítimas, justificadas o ilusorias, respetuosas o temerarias, *Doctores tiene la Iglesia*. Pues es a Ella a quien corresponde el juicio y la responsabilidad última sobre el asunto. A nosotros nos queda solamente el acatamiento respetuoso. Y todo lo más, si acaso, el sentimiento de perplejidad; pues cualquiera puede comprender que ambas cosas no son incompatibles.

Tal posible perplejidad se fundamenta en el hecho de que el juicio acerca de la acción del Espíritu en la Iglesia, de la que nadie puede dudar ni de hecho duda, siempre ha sido considerado con suma prudencia cuando ha llegado el momento de dictaminar sobre acciones concretas o declaraciones determinadas. Los Papas, por ejemplo, han reservado la *certeza* acerca de la asistencia del Espíritu sobre sí mismos para el *solo caso* en que ejercen *ex cátedra* el Magisterio solemne y extraordinario.⁶⁷ Aparte de eso, el hecho de que una persona determinada se atribuya a sí misma la asistencia o la inspiración del Espíritu, pretendiendo (aunque sea implícitamente) el acatamiento por parte de otros, es cosa que la Iglesia ha considerado siempre con tanta prudencia como para negar una *confir-*

⁶⁷Hablamos de la calificación de *certeza* en lo que se refiere a la asistencia del Espíritu en un caso determinado; sin referirnos ahora a la normal e indudable asistencia del Espíritu en cuanto al Magisterio Extraordinario u Ordinario.

mación oficial. El Papa Juan XXIII atribuía su iniciativa para la convocatoria del Concilio Vaticano II a una inspiración del Espíritu Santo. En realidad, como todo el mundo sabe, aun en el caso de la existencia de una verdadera *revelación privada* recibida por el Pontífice, su constatación oficial hubiera sido imposible y los fieles no estarían obligados a hacerla suya. Aparte del respeto reverencial voluntariamente profesado al Papa, claro está. Si bien es forzoso reconocer que los acontecimientos que acompañaron a la Historia del Concilio, tanto durante su ejecutoria como principalmente después, debidamente constatados todos ellos y de conocimiento universal, no ayudaron precisamente a sostener la actitud de buena voluntad por parte de los fieles; ni menos aún la posible autenticidad de la *fente* de procedencia de los indudables piadosos deseos del Papa.

Sin embargo, el problema que aquí se ventila es de orden estrictamente teológico y merecedor, por lo tanto, de mayor profundización.

El Nuevo Testamento contiene unas palabras del mismo Jesucristo muy relevantes en este contexto: *Spiritus ubi vult, spirat, et vocem eius audis, sed non scis unde veniat et quo vadat; sic est omnis, qui natus est ex Spiritu.*⁶⁸ De donde se desprende que el Espíritu sopla *donde quiere* y además, siempre según Jesucristo, *oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va*. Lo que probablemente significa que, siendo el Espíritu soberana e infinita Libertad —*Ubi autem Spiritus Domini, ibi libertas*—,⁶⁹ su actuación es absolutamente *imprevisible*, además de *impredecible*, para el entendimiento humano. No puede existir relación de proporcionalidad, ni menos aún vinculante, entre cualquier iniciativa humana y una respuesta *necesaria* por parte del Espíritu. Una invocación no es un conjuro.⁷⁰ Cualquier acción o invocación realizadas por el hombre, por más que sean realmente suyas y verdaderamente meritorias, también son obra de la Gracia.⁷¹ De tal manera que la Gracia es siempre Gracia, siempre presente incluso en el mérito auténtico merecido por el hombre. Aunque la creatura humana pueda (y deba) *invocar*lo con humildad y reverencia, el Espíritu *ubi vult, spirat*: sopla donde quiere y cuando quiere. La verdad es que una inteligencia creada no puede conocer jamás ni los límites, ni la extensión, ni los propósitos

⁶⁸Jn 3:8.

⁶⁹2 Cor 3:17.

⁷⁰La Liturgia Católica que contempla el culto al Espíritu Santo contiene piezas de inmarcesible belleza y de contenido teológico tan profundo como el himno invocación *Veni, Creator Spiritus*. Más que suficiente, por sí solo, para distinguir claramente entre una humilde y hermosa *invocación* y lo que podría parecerse a un *conjuro*.

⁷¹*Todo ya es gracia*, decía el Cura Rural de Bernanos en el momento de su muerte.

de la Infinita Libertad. Por lo que sería verdaderamente imprudente, por decir lo menos, pretender cosas como la que supone decir que *el Espíritu va a soplar aquí o allá, o en tal lugar o en tal momento*. Confundir una humilde invocación con algo equiparable a un conjuro suena a pelagianismo. La Infinita y Perfecta Libertad, que no es sino un atributo inherente a la Bondad Infinita con la que se identifica, son tan impredecibles para el hombre como para superar hasta el infinito las posibilidades de un ser creado: *¿Quién conoció los designios del Señor?, o ¿quién llegó a ser su consejero?*⁷²

Por otra parte, la pretensión de que el momento actual la Iglesia contempla otra nueva *lluvia de carismas*, tal como sucedió en la Iglesia primitiva, requeriría una confirmación seria, si no quiere ser considerada como un anacronismo sin sentido. Pero las razones o motivos graves, suficientes para acreditar de algún modo la autenticidad de tal lluvia de carismas, no han sido aportadas hasta ahora.⁷³

Y aun prescindiendo de su posible autenticidad, ha de tenerse en cuenta que la presencia de carismas no supone necesariamente la acción del Espíritu (Ex 7: 11–12; Mt 7:22).

Por otra parte, en la Primera Carta a los Corintios,⁷⁴ San Pablo procura regular la abundante profusión de carismas en la Iglesia de los comienzos, para lo cual insiste en que debe procederse con orden y procurando la edificación de todos. Al mismo tiempo que deja bien sentado que lo más importante es la caridad, sin la cual cualquier carisma carece de valor.

La doctrina sobre el Espíritu Santo, tal como se desprende del Sermón de la Última Cena,⁷⁵ describe la acción del Paráclito actuando como *Enviado*, al cual los fieles esperan y sin que nadie pueda conocer ni provocar el momento exacto de su venida. Por lo demás, su misión no es otra que la de dar testimonio de Jesucristo y recordar a los discípulos las enseñanzas recibidas. En cuanto a reducir su papel a la mera promoción de carismas —que no suponen necesariamente su presencia, como se ha dicho arriba—, es minimizar su Obra casi a la nada. En realidad, la prueba inequívoca de la acción del Espíritu no es otra que la presencia de los *frutos* por Él producidos: *la caridad, el gozo, la paz, la longanimidad, la benignidad, la bondad, la fe, la mansedumbre, la continencia*.⁷⁶

⁷²Ro 11:34.

⁷³La aprobación por la Iglesia de los Estatutos de un determinado Movimiento no lleva consigo la confirmación de la autenticidad de pretendidos carismas.

⁷⁴Capítulos 12, 13 y 14.

⁷⁵Jn 15 y 16.

⁷⁶Ga 5: 22–23.

El Espíritu es el *Santificador* y su función no es otra que la de santificar. Él es quien habla con autoridad sobre Jesucristo, quien recuerda y hace comprender sus enseñanzas y el único que puede conducir las almas al Salvador. Nadie viene al Padre sino a través de Jesucristo (Jn 14:6). Ni tampoco nadie, sino solamente el Espíritu como ya hemos dicho, puede dar un testimonio auténtico de Jesucristo (Jn 14:26; 15:26; 16: 13–14) y hablar cumplidamente de Él a fin de darlo a conocer. En cuanto a la función santificadora llevada a cabo por el Espíritu en la Iglesia, es algo demasiado serio como para intentar reducirla al recuerdo de un número circense: *El Reino de Dios no viene con espectáculo; ni se podrá decir: “Mirad, está aquí”, o “está allí”; porque el Reino de Dios está ya en medio de vosotros.*⁷⁷

La verdadera vida cristiana *interior* es incompatible con cualquier manifestación o cosa que suene a *bombo y platillo*, lo mismo que la auténtica santidad siempre abominó, como algo puramente satánico, de todo lo que pudiera parecer manifestación–espectáculo. Y también conviene recordar la filosofía de una de las tentaciones propuestas por el Diablo a Jesucristo: un prodigio espectacular que, al mismo tiempo que procuraría el aplauso exitoso de la muchedumbre, proporcionaría un triunfo fácil para el cumplimiento de su misión como Mesías (Mt 4: 5–6). Los frutos del Espíritu Santo, que son los que realmente configuran el entramado de una existencia cristiana, jamás han buscado el aplauso o el reconocimiento del Mundo. De ahí que se haya dicho que nuestro Dios es un *Dios Escondido*,⁷⁸ tal como han reconocido incluso los Profetas de la Ley Antigua: *Y delante de él pasó un viento fuerte y poderoso que rompía los montes y quebraba las peñas; pero no estaba Yavé en el viento. Y vino tras el viento un terremoto; pero no estaba Yavé en el terremoto. Vino tras el terremoto un fuego, pero no estaba Yavé en el fuego. Tras el fuego vino un ligero y blando susurro. Cuando lo oyó Elías, cubrióse el rostro con su manto, y saliendo, se puso a la entrada de la caverna.*⁷⁹

Pero el problema que aqueja a una gran parte del Cristianismo actual es más grave de lo que parece. Pues no se trata ahora de meras manifestaciones de

⁷⁷Lc 17: 20–21. *Ecce enim regnum Dei intra vos est* (Nova Vulgata); *The kingdom of God is among you* (The New Jerusalem Bible); *Le Royaume de Dieu est au milieu de vous* (La Bible de Jérusalem). El griego ἐντός funciona aquí como preposición, y significa *dentro de o dentro* (cf Mt 23:26). En cualquier caso, queda excluida la idea de exhibición o espectáculo exterior.

⁷⁸Is 45:15.

⁷⁹1 Re 19: 11–13.

hipocresía, llevadas a cabo por los hombres para ser vistos y reconocidos, tal como las denunciaba enérgicamente Jesucristo (Mt 6: 1-6), sino de la sustitución que se ha producido en el meollo de la existencia cristiana del *ser* por el *parecer*. Ha habido un escamoteo, por parte del hombre, de los sentimientos de veneración y amor a Dios para poner en su lugar los de autosatisfacción, con vistas a sí mismo y a la consideración de los demás. Estamos ante la eliminación de una vida interior animada y movida por el Espíritu Santo, la cual ha sido cambiada por sentimientos psicológicos que, por su naturaleza, no son sino puramente humanos. O dicho de otro modo, es el profundo misterio del diálogo amoroso entre Dios y el alma, sólo de ambos conocido, y ahora eliminado:

*Y luego a las subidas
cavernas de la piedra nos iremos,
que están bien escondidas,
y allí nos entraremos,
y el mosto de granadas gustaremos.⁸⁰*

Es cierto que Jesucristo advirtió a sus discípulos: *Brille vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos.*⁸¹ Pero es evidente que la conjunción *para que* no tiene en este caso valor de *finalidad* sino puramente de *causalidad*. La luz no luce para que la vean, sino simplemente luce y así es como cumple su función. Que el cristiano no obra para ser visto es algo que queda suficientemente claro en las graves advertencias del Señor, antes citadas (Mt 6: 1-6). Es un testigo de Jesucristo, quedando bien entendido que el testimonio, por su propia naturaleza, nunca se refiere al mismo que lo da, sino simplemente a otro: *Y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra.*⁸²

Uno de los graves problemas con los que se enfrenta la Iglesia actual es el recurso a la actividad teatral, del que echa mano con frecuencia; o para decirlo con más propiedad, el fenómeno moderno de la *Iglesia-espectáculo*. Nos referimos a la Iglesia de las grandes concentraciones de masas, de los Encuentros multitudinarios de Juven-

⁸⁰San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

⁸¹Mt 5:16.

⁸²Hech 1:8.

tud, de las canonizaciones espectaculares al aire libre, de las grandes Asambleas y fastuosos desfiles de Obispos, del ministerio Papal volcado en un continuo ajeteo itinerante internacional, de la lluvia universal de *Congresos* cuya utilidad y resultados prácticos jamás de nadie han sido conocidos, etc. Por no hablar de la Liturgia-espectáculo, practicada en tantos lugares y en la que se busca, no ya el culto divino y la edificación espiritual de los fieles como objeto principal, sino excitar psicológicamente a los asistentes en un aquelarre de sentimientos puramente humanos sin contenido sobrenatural.⁸³ Una vez más conviene repetirlo: el culto a Dios ha sido sustituido por el culto al hombre, el teocentrismo por el antropocentrismo, y lo que antes era sagrada Liturgia reducida ahora a mera sociología, bastante difícil de reconocer como incluida en el ámbito de la que fue Teología Católica.

Ante la realidad indiscutible de la *Iglesia-espectáculo* caben tres posiciones, a manera de explicación:

a) El hecho no es sino la manifestación de una vitalidad exuberante. Se trata de la famosa *Primavera Eclesial* surgida del Concilio Vaticano II. Como decía el Papa Benedicto XVI en el último Encuentro con la Juventud Mundial en Sidney, *he tenido ocasión de conocer la juventud de la Iglesia*.

b) Es un intento inútil de disfrazar el estado de crisis en el que se encuentra la Iglesia. Acosada por un aluvión de deserciones, tanto

⁸³Sería interesante comparar el espectáculo que ofrecieron los últimos Concilios Ecuménicos: el de Trento, el Vaticano I y el Vaticano II. La espectacularidad de este último, incluso sin tener en cuenta la increíble efectividad de los *media*, contrasta extraordinariamente en magnitud y profundidad con la de los otros dos. En cuanto a los resultados, si bien fueron importantes en todos ellos, no todos se ponen de acuerdo en cuanto a su carácter: para algunos el Concilio de Trento merece una condenación al estilo del *delenda est Carthago*, mientras que otros piensan, por el contrario, que ha sido el Vaticano II la causa de la gran crisis que sufre la Iglesia actual.

en el ámbito eclesiástico como en el laical, abandonados su misión y sus contenidos sobrenaturales, desprestigiada la Jerarquía en muchos lugares, trata de dejar constancia de su vitalidad ante el mundo de la única forma que aún le es posible y que el mundo está dispuesto a reconocer.⁸⁴

c) Aun dando por cierto el hecho de la buena fe de alguna parte de la Jerarquía y de un gran número de fieles, el fomento y auge de la actividad espectáculo en la Iglesia no es sino la consumación de una maniobra inteligente y sagaz de parte de sus enemigos; más concretamente de la Masonería, que ha sabido aprovechar la deserción de la Compañía de Jesús y la infiltración del marxismo en el Organismo Eclesial.⁸⁵ De todos modos, es indudable, que más pronto o más tarde, el fenómeno quebrantará la fe de muchos cristianos, como de hecho ya está sucediendo.

Pero la primera hipótesis queda enteramente descartada por los hechos. La intención y la capacidad de engañar, ayudadas por el montaje de una inmensa propaganda y por el deseo de muchos de ser engañados, también tiene sus límites. Al fin llega un momento en que resulta imposible negar la realidad. Cada día se va conociendo mejor la Historia de la Iglesia de la segunda mitad del siglo XX, con abundante y suficiente documentación capaz de deshacer las maniobras que han intentado disfrazar la verdad en muchos sectores eclesiales.

⁸⁴A reconocer según criterios mundanos, por supuesto. Las cosas del Espíritu no son capaces de ser conocidas (ni menos aún reconocidas) por el hombre carnal de la moderna sociedad (Jn 14:17; 1 Cor 2:14).

⁸⁵Si bien es lo más probable que haya sido la propia Masonería la que más ha influido en la deserción de los jesuitas y la infiltración del marxismo. Se trata seguramente de una interrelación de causas y concausas: hoy se conoce perfectamente el hecho (sobradamente documentado) de que fue la Compañía de Jesús la inventora y propagadora en toda Hispanoamérica de la Teología de la Liberación.

La segunda explicación podría ser aceptada con reservas. Es posible que se encuentre en el ánimo de muchos y se acerque bastante a la verdad, aunque no puede ser considerada como la razón más profunda de una crisis como hasta ahora no había conocido la Iglesia.

Queda, por lo tanto, como explicación la más plausible de todas la tercera. Aunque tampoco como razón última, sino más bien penúltima en todo caso: ¿Cómo se dio lugar en la Iglesia a la actividad de las Sociedades Secretas o al hecho de que la Orden Ignaciana, la antigua y eterna abanderada de la Iglesia, renegara de sus principios e incluso de la Fe de la Iglesia? ¿Cómo fue posible que los Papas Juan XXIII y Pablo VI pudieran creer de buena fe en la posibilidad de un diálogo sincero con el marxismo? Y las preguntas podrían continuar. Pero la Historia completa de la Iglesia, incluso la que queda simplemente *del lado de los hombres*, está por escribir y seguramente no se escribirá nunca. En cuanto a la Historia real y definitiva, o la que queda *del lado de Dios* y es contemplada por Él, se hará patente algún día; aunque como Metahistoria, y no como Historia. Lo cual significa que el Libro que contiene la verdad de todas las cosas solamente se abrirá a la mirada de los hombres al final del Tiempo, cuando ya todo haya transcurrido a fin de dar paso al *Ecce nova facio omnia*.⁸⁶

Mientras tanto y a la vista de los acontecimientos, el cristiano no tiene otra salida que la de hacer realidad en su vida la consigna de San Pablo: *El justo vivirá de la fe*.⁸⁷

Y en efecto, porque el verdadero cristiano sabe que es hijo de la Iglesia y que no puede ubicarse fuera de Ella. Aunque a menudo sea más patente en Ella la parte humana que la divina y a pesar de que la

⁸⁶ Ap 21:5.

⁸⁷ *Justus autem ex fide vivet* (Ro 1:17; Heb 10:38; Ga 3:11). El Apóstol está aquí citando, a su vez, a Habacuc 2:4.

Jerarquía, o buena parte de ella, se encuentre corrompida, en estado de descomposición y enteramente ajena a sus deberes de Pastoreo. El verdadero cristiano conoce la necesidad de ser fiel a Jesucristo y a las exigencias de la Fe recibida en el bautismo, y tiene en cuenta el adagio de *Ubi Petrus, ibi Ecclesia*. De ahí la verdad inconcusa según la cual alguien desvinculado de Pedro queda desvinculado de la Iglesia. Pues la Iglesia demasiado humana sigue siendo la Iglesia, así como la Jerarquía corrompida sigue siendo la Jerarquía. Nadie, fuera de Pedro (y con él sus legítimos sucesores) ha recibido el mandato de constituirse como fundamento de la Iglesia, o de fundar otra nueva con pretensiones de ser la única verdadera. Por atinadas y justas que puedan parecer las razones que alguien esgrime para desvincularse de la Jerarquía (y seguramente lo son, en todo o en parte), pierden su legitimidad en el momento mismo en que se lleva a cabo la ruptura. Quien se separa de Pedro, aun admitiendo la posible profundidad y verdad de las razones (en todo o en parte) en las que pretende apoyarse, *pierde toda su verdad* al separarse de la legítima Jerarquía, que es lo mismo que decir apartarse de la Iglesia.⁸⁸

De ahí la necesidad, hoy más apremiante que nunca, de que el cristiano considere a la Iglesia como lo que realmente es, a saber: un verdadero *Mysterium Fidei*, como explícitamente se confiesa en el *Credo*. Configurada a la vez como Divina y Humana, le afecta la particularidad de que la parte divina solamente es asequible a través de la Fe, mientras que la percepción de la parte humana depende del simple hecho de que el cristiano posea ojos y oídos. Por supuesto que

⁸⁸Por lo que no tiene sentido alguno hablar de la rehabilitación de Lutero, por ejemplo, pese a las muchas razones de conveniencia ecuménica que puedan aducirse para llevarla a cabo. Las razones de *conveniencia ecuménica* no serían, tanto en este caso como en otros, más que razones de *conveniencia política*. Y la Historia es testigo de los resultados nefastos producidos cuando la Iglesia se ha dejado conducir por esa clase de razones.

con el consiguiente peligro de escándalo para aquéllos que, incapaces de trascender a sus sentidos, no lleguen a fundamentarse en la Fe.

Y volviendo a los *motivos de credibilidad*: ¿Realmente era necesario que el Papa Juan XXIII firmara con Kruschef el Pacto de Metz, en Agosto de 1962, por el que la Iglesia se comprometía a no condenar el Comunismo en el Concilio Vaticano II y ni siquiera a nombrarlo? ¿Pacto que, a su vez, fue luego ratificado y mantenido por el Papa Pablo VI hasta el final del Concilio...?

No vamos a entrar a juzgar acerca de las intenciones. Es una tarea que no nos corresponde y de la que estamos convencidos de que, por parte de los Papas, fueron buenas. Pero las *buenas intenciones* nunca son suficientes, y tampoco bastaron en esta ocasión para impedir el inmenso daño que se infligió a la Iglesia Universal con tal Acuerdo. La puesta en marcha de la *Teología de la Liberación*, junto a la programada invasión del Comunismo en toda Hispanoamérica, son solamente algunas de las consecuencias directas que fueron enormemente facilitadas por el Pacto de Metz.

Por otra parte, es un hecho históricamente demostrado que, tanto Juan XXIII como Pablo VI, estaban convencidos del triunfo universal e irreversible del Comunismo. Y de ahí la necesidad (quizá éstas pudieron ser algunas de las *buenas intenciones*) que probablemente sintieron los Papas de llegar a una *entente*, a fin de dar lugar también a una situación en la que los cristianos de los Países sometidos al yugo marxista no fueran perseguidos. Todo parece indicar que tan buenos Pontífices olvidaron que a la Iglesia jamás le han ido bien las especulaciones acerca de la Historia (de presente o de futuro), dado que esta ciencia, lo mismo que la Política (la interior y más aún la exterior) son campos de conocimiento y actividades humanas que se encuentran *fuera de su jurisdicción*.⁸⁹ De hecho, por ejemplo, los

⁸⁹Ya puede suponerse que aquí no nos referimos al *juicio moral* que de hecho le corresponde a la Iglesia sobre los acontecimientos de la Historia.

sucesos que tuvieron lugar en los años posteriores a la terminación del Concilio demostraron sobradamente que, por lo que se refiere al cese de las persecuciones a los cristianos, nada de nada. En realidad no se sabe de nadie, lo que se dice absolutamente de nadie, que haya obtenido algo bueno de un pacto convenido con el Diablo. Además de que el Magisterio anterior de la Iglesia (ininterrumpidamente hasta Pío XII) había condenado rotundamente el Comunismo.

Un ejemplo referente a España es extraordinariamente esclarecedor. ¿Qué necesidad apremiaba tanto al Papa Pablo VI, en su apasionado intento de establecer en España el Partido Político de la Democracia Cristiana hacia finales del franquismo, para emprender una demoleadora y soterrada (y no tan soterrada) campaña para derribar a Franco? Como hemos dicho arriba, los manejos políticos nunca resultan bien para la Iglesia. El resultado a que dio lugar, por ejemplo, el procedimiento de los Obispos Auxiliares (casi todos elegidos filomarxistas) en los años siguientes, está a la vista de todo el mundo, con el consiguiente desastre para la Iglesia Española, dígase lo que se quiera. No dio resultado lo de la Democracia Cristiana. Por supuesto que afortunadamente, después de que ha quedado bien demostrado que el *Partido de la Iglesia* (establecido sobre todo en Italia) es bastante proclive a la corrupción y extraordinariamente apto para conducir a los países al desastre político.⁹⁰

He aquí un caso envuelto todavía en el misterio histórico, si bien solamente en parte, pero que ha afectado en profundidad a la vida de la Iglesia a partir del Concilio Vaticano II:

⁹⁰Cabe pensar que la misión de la Iglesia no es la de fundar Partidos Políticos. Su tarea es la de hacer fermentar a la masa, pero en modo alguno la de organizar la forma o el tamaño de los panes, su sistema de *marketing* y la de proporcionar las oportunas instrucciones a los panaderos. Acerca del problema de Pablo VI y la Democracia Cristiana en España, puede consultarse con provecho a Ricardo de la Cierva, *La Hoz y la Cruz*, Fénix, Madrid, 1996, pags. 230 y ss.

El Arzobispo Aníbal Bugnini, Secretario de la Comisión para la Reforma Litúrgica en el Concilio Vaticano II, fue acusado en su momento de pertenecer a la Masonería. Aunque él negó los cargos, la cuestión fue muy discutida en los años del Concilio y posteriores, teniendo en cuenta sobre todo que el Arzobispo fue el autor de la revolucionaria reforma de la Liturgia Católica y especialmente de todo lo concerniente a los ritos de la Misa. Michael Davies es uno de los historiadores que defienden la verdad del hecho, argumentando que el dossier conteniendo las pruebas contra el Arzobispo había sido puesto en manos de Pablo VI.⁹¹ Sea de ello lo que fuere, es un hecho cierto que el Papa lo depuso de su cargo y lo envió como Nuncio a un lejano país tercermundista. Lo que convierte la cuestión de disipar las dudas sobre la condición masónica de nuestro personaje en un problema difícil.

Pero Pablo VI mantuvo la nueva liturgia de la Misa tal como había salido de las manos de Bugnini. Sin duda alguna porque la consideraba válida y conveniente para los fines de reforma que el Concilio perseguía, aunque es imposible despejar por completo cierto carácter de inexplicable que el hecho no deja de ofrecer.

Por supuesto que nadie (o casi nadie) duda de la validez de la Misa de Pablo VI, impuesta a toda la Iglesia desde la aprobación definitiva de la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II. Lo cual, como es lógico, nada tiene que ver con el hecho de que multitud de sacerdotes, además de mantener las sospechas contra el Arzobispo Bugnini (nunca enteramente disipadas), hayan vivido en la nostalgia de la grandiosidad y profundidad del rito de la Misa de San Pío V. No obstante, los sacerdotes que ya lo éramos antes del Concilio hicimos lo que debíamos hacer, a saber: *obedecer fielmente, sin la menor protesta, el mandato de la Iglesia*. Y así es como, durante más de cuarenta años, hemos celebrado ininterrumpida y fielmente

⁹¹Cf nota 24.

la nueva liturgia de la Misa. Sintiendo siempre en corazón lacerado la nostalgia del sentido sacrificial de la Misa de San Pío V, ahora tan difícil de *adivinar* en la de Pablo VI. Convencidos también, sin embargo, de que no podía existir para nosotros *sacrificio* mejor, y Misa más completa por lo tanto, que el de someterse a los dictados de la legítima Jerarquía.

Actualmente el Papa Benedicto XVI ha autorizado, como Rito Extraordinario, la posibilidad de volver a celebrar la Misa de San Pío V. Aquella misma en la que tantos sacerdotes habíamos encontrado, con tan profunda propiedad, el sentido de inmolación de nuestro sacerdocio. Después de tantos años es como si hubiéramos vuelto a ser jóvenes. En definitiva, Dios ha querido devolvernos de nuevo aquella Misa antes de que podamos recoger gloriosamente sus frutos en el Cielo.

¿Conclusiones? La inobjetable verdad de que, siendo la Iglesia un Misterio de Fe, no hay sino creer en Ella y vivir según sus dictados. Sin duda que todo forma parte del plan de Dios para el verdadero cristiano. Cual es la necesidad de convertirse en grano de trigo que se inmola a sí mismo en la esperanza de los sazonados frutos de mañana. Pues ésa y no otra es la existencia cristiana.

Recuerdo una tensa conversación, aunque respetuosa por mi parte, que mantuve con uno de los varios Obispos bajo cuya jurisdicción he vivido. El Prelado en cuestión, que en definitiva era buena persona, estaba aquejado de la debilidad de no admitir fácilmente sugerencias de ninguna clase; además de ser proclive a pensar que sus conocimientos, que abarcaban casi todos los campos del saber, solamente conocían los límites que él mismo les había impuesto; difíciles de distinguir, en realidad, dada la enorme lejanía en la que parecían encontrarse.

Hablábamos de la situación de la Iglesia del momento y de mis preocupaciones al respecto. Mi querido señor Obispo, que como sue-

le suceder siempre en tales casos tenía fama de *carca* pero que en realidad era un *progre* rematado, expresó un tanto agriamente su disconformidad con mis opiniones. Cosa nada extraña, por otra parte, dada su condición de furibundo rahneriano.

Sabiendo a lo que me exponía, quise hacer partícipe al Obispo de mis profundas inquietudes sobre la dudosa ortodoxia de la Teología de Rahner, causante en gran parte, según mi modesta opinión, de la enorme confusión y desasosiego que acongojaban a la Iglesia en estos momentos. Y como era de prever, mi superior jerárquico se mostró escandalizado y hasta indignado de mis opiniones, demasiado rancias y conservadoras, amén de ser enteramente contrarias al *espíritu del Concilio*, según me declaró.⁹²

Intenté un tímido contraataque por mi parte, aun a sabiendas anticipadamente de mi fracaso. Dije a mi Obispo que, reconocido universalmente Rahner como el *Pontífice Máximo y Definidor Supremo* de toda la Teología Católica Postconciliar, después de haber sido constituido como Árbitro definitivo en las deliberaciones del Concilio, sería conveniente tener en cuenta la vida y conducta del *Definidor*, públicamente conocida por otra parte y muy poco conforme a las enseñanzas del Evangelio. Al fin y al cabo, la sinceridad y honradez de las opiniones de los hombres quedan avaladas por su vida y sus obras; según se me ocurrió decir.

Y fue en ese momento donde se agotó la paciencia de mi Pastor. Con voz airada y potente me advirtió que no era de mi incumbencia

⁹²Esto del *espíritu del Concilio*, según tengo comprobado, es el arma secreta utilizada por el Movimiento *progre* para desarmar a los posibles opositores. Como en realidad todo el mundo desconoce en lo que consiste y su modo de funcionamiento (es un arma secreta), nadie se atreve a oponerse a quienes la manejan. Los cuales, como se ha dicho, aunque tampoco saben nada acerca de la composición y manejo del artefacto, no necesitan saberlo en realidad. Pues sucede lo mismo que con los niños con respecto al *Coco*: que basta simplemente con nombrarlo.

inmiscuirme en la vida privada de las personas. *No juzguéis y no seréis juzgados*. Además de que la vida privada de una persona nada tenía que ver con su doctrina; máxime cuando gozaba de la excelcitud y profundidad de la sostenida por Karl Rahner, etc.

Respetuosamente no quise contradecir a mi Obispo. Yo le superaba en edad en un buen número de años, y probablemente también en experiencia. Lo que podía haber sido suficiente para merecer un trato menos desagradable, a pesar de mi condición de subordinado. Y aunque me consta que no hubo cobardía por mi parte, es ahora, después de transcurrido el tiempo, cuando reconozco que mi conducta no fue muy acertada. Después de todo, el respeto (al que yo nunca hubiera faltado) es enteramente compatible con la verdad. Según la cual, yo podía haber argumentado que, ante una persona que era reconocida como el *Definidor* de toda la Teología del momento, era perfectamente lógico y normal tener en cuenta su conducta y su vida. *Por sus frutos los conoceréis*. Ciertamente que Jesucristo prohibió a sus discípulos juzgar mal de otros *sin fundamento*, pero en modo alguno quiso anular la facultad de tener opiniones; sin la cual se haría imposible toda convivencia entre los hombres. Cuando además, según el mismo Jesucristo, son las obras, o los *frutos*, el único modo de conocer con seguridad a las personas. Por otra parte, yo tenía presente el consejo de San Pablo a Tito: porque hay muchos, dice el Apóstol, *que declaran conocer a Dios, pero lo niegan con sus obras, puesto que son abominables y rebeldes*.⁹³ Donde es de suponer que San Pablo no habría pretendido que se hiciera caso omiso de la vida y conducta de tales doctores.

Realmente la Iglesia es un *Misterio de Fe*.

Los que ahora somos ancianos la habíamos conocido tal como era hasta la muerte de Pío XII. Después vino Juan XXIII y *abrió*

⁹³Tit 1:16.

las ventanas del Vaticano, con lo que quizá dio entrada a los vientos que luego configuraron la llamada *Primavera de la Iglesia*; o tal vez al *humo de Satanás*, según expresión que el Papa Pablo VI utilizaría pocos años después. Ignoramos la razón de que sea considerado como *Primavera* el momento de la Iglesia actual, cuando lo que realmente vemos los ya ancianos es una Iglesia Católica en estado de desolación y descomposición. Menos aún comprendemos por qué nos catalogan como pesimistas y derrotistas. Claro que si ver las cosas tal como son significa pesimismo, entonces es absolutamente cierto que somos pesimistas.

No obstante, seremos derrotistas según el lenguaje y el pensamiento del Mundo; pero de ninguna manera según nuestra Fe. La cual, como es sabido, no admite jamás el pesimismo: *Tened confianza, pues yo he vencido al mundo.*⁹⁴ Y además, por si fuera poco, confiamos en dos importantes promesas del Señor: *Yo estoy con vosotros, todos los días, hasta la consumación de los siglos;*⁹⁵ y con respecto a la Iglesia concretamente: *Y las puertas del Infierno no prevalecerán contra Ella.*⁹⁶

Lo que no impide, sin embargo, que de momento vivamos en la oscuridad, sumidos en esta especie de *kenosis* en la que todo parecería indicar que el Espíritu hubiera abandonado a su Iglesia.

Por eso nos atenemos a la Fe. Con más fuerza y confianza que nunca y sabedores de que ella es el *fundamento de las cosas que se esperan. . . y la prueba de las que no se ven.*⁹⁷

El fundamento de las cosas que se esperan. Y si se esperan, es porque ahora no se poseen, y de ahí que la contemplación de la Cris-

⁹⁴ Jn 16:33.

⁹⁵ Mt 28:20.

⁹⁶ Mt 16:18.

⁹⁷ *Est autem fides sperandorum substantia, rerum argumentum non apparentium* (Heb 11:1).

tiandad desolada no amilana nuestro espíritu. Porque efectivamente no poseemos ahora aquello de lo que sentimos nostalgia y anhelamos ardientemente. Pero sabemos firmemente, por la fe, que llegará un tiempo (o un final del Tiempo) en el que habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, en los cuales podremos contemplar la Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén bajada del Cielo, ataviada para su Esposo, y que será la morada definitiva de Dios con los hombres (Ap 21: 1-3). Es por eso por lo que, sin la Esperanza, sería para nosotros imposible seguir viviendo. Pues nada tendría sentido si el Mundo fuera simplemente lo que estamos viendo, sin poder esperar otra cosa.

Y así se comprende mejor el hecho de que la Iglesia sea un Misterio de Fe. El mismo estado de desolación en el que ahora la contemplamos, es al mismo tiempo *el fundamento* y la garantía de lo que esperamos. En nosotros se cumple a la letra, quizá con más propiedad que en ellos, lo que se dice de los Patriarcas en la Carta a los Hebreos: *En la fe murieron todos ellos, sin haber conseguido las promesas, sino viéndolas y saludándolas desde lejos, y reconociendo que eran peregrinos y forasteros en la tierra. Y los que hablaban así manifestaban que iban en busca de una patria.*⁹⁸

También nosotros sabemos que moriremos sin haber conseguido las promesas. Al menos las que se refieren a la posesión de una Iglesia Santa, tal como de alguna manera la conocimos y tal como la habíamos entrevisto en nuestros sueños. Sabemos, sin embargo, que las cosas no serán de otra manera: a la Iglesia actual no la va a suceder una Iglesia Santa medida según el presente eón; sino solamente la nueva Jerusalén Celestial y la Morada definitiva de Dios con los hombres. Y lo que ahora vemos como restos y ruinas (que tampoco significan la destrucción total) no es sino el anuncio cierto de su llegada.

⁹⁸Heb 11: 13-14.

A partir de ahora las cosas irán de mal a peor, sin vuelta atrás. Aunque nunca en tal grado como para hacer que desaparezca la Iglesia. Siempre quedará un resto —el *pusillus grex*—, que se irá purificando cada vez más en el crisol del sufrimiento.

Pero gracias a la desolación presente hemos comprendido y sentido mejor nuestra condición de *peregrinos y forasteros en la tierra*. La verdad es que siempre anduvimos enfrentados al peligro de establecernos como sedentarios, olvidando que no tenemos aquí ciudad permanente y vamos más bien en busca de la futura (Heb 13:14). ¿Por qué, si no, habría Dios permitido la situación actual. . . ?

Pero la Fe es también *la prueba de las cosas que no se ven*.⁹⁹ O de las que no se ven. . . , y sería conveniente o necesario verlas. O también de las cosas que se ven. . . , y seguramente sería preferible no verlas: que de todas esas maneras podría entenderse la definición de la Carta a los Hebreos.

Y una Iglesia Santa, preocupada verdaderamente por su *misión sobrenatural* de la salvación de los hombres, es ahora una de las cosas que *no se ven*. Quizá porque es difícil de ver, o tal vez de encontrarla aquí o allá. El verdadero cristiano, que vive en la Iglesia y forma parte de Ella, se encuentra a menudo en verdaderas dificultades para reconocerla; e incluso es frecuente que casi todo lo que le rodea le hable en sentido contrario. De ahí la necesidad de la Fe, sin la que su apostasía sería cosa segura. Bien entendido que la Fe no es para él algo así como un remedio a una situación difícil o comprometida, sino una verdadera *necesidad ontológica*: el caldo de cultivo o el medio necesario en el que ha de vivir (Ro 1:17), y la única forma de agradar a Dios (Heb 11:6).

En cuanto a las cosas que se ven y que sería preferible no verlas, son demasiadas y no hay necesidad de que volvamos a confeccionar listas que llenarían abultados catálogos.

⁹⁹Heb 11:1.

Todo se complica desde el momento en que, para reconocer a la Iglesia como Santa y Divina, hace falta una percepción sobrenatural. Mientras que para percibirla en su parte Humana basta con poseer ojos y oídos.

El problema actual no radica tanto en el hecho de que el cristiano acepte el contenido de los Misterios *que no se ven*, como el de la Santa Trinidad o el de la Presencia Real de Cristo en la Eucaristía. El verdadero problema, hoy en día, estriba en incluir en el panorama de la propia Fe *el misterio de las cosas que se ven*. Por ejemplo, por nombrar uno entre tantos, aceptar que los Obispos, tal como son conocidos, fueron puestos por el Espíritu Santo (Hech 20:28). El cristiano actual, como el de todos los tiempos, vive de la Fe. La cual consiste, según se entiende comúnmente, en aceptar el misterio de las cosas que no se ven —*rerum argumentum non apparentium*—, pero poniendo ahora especial énfasis en la Fe con respecto a las cosas que se ven... y que sería necesario no ver, a saber: aquéllas que provocan dolor ante el gélido invierno en que han convertido a la Iglesia actual y, al mismo tiempo, han dado lugar a la Esperanza por la llegada de la verdadera Primavera, cuyo momento sólo Dios conoce —*substantia rerum sperandorum*—.

Ante el estado de desolación en el que se encuentra la Iglesia, cuya solución queda sustraída a las instancias meramente humanas, ¿qué puede hacer un buen Pastor que contempla con angustia la confusión y el descarrío de sus ovejas...?

Por supuesto que tendrá que adoptar una cierta actitud y llevar a cabo algunas determinaciones. Ante todo no debe dejarse dominar por la angustia, a fin de no caer en el pecado de la desesperanza en la convicción de que *nada se puede hacer*. La falta de confianza en la victoria final del Señor, es un grave pecado para cualquier cristiano y más todavía si se trata de un Pastor.

Pero en cuanto a los modos concretos de actuación, ¿cómo ha de proceder?

La predicación (contenido, estilo, fidelidad al mismo tiempo que adaptación, frecuencia, etc.) será indudablemente una de las más importantes actividades que habrá de afrontar. Deberá reconocer más relevancia y más actualidad que nunca a la consigna de San Pablo: *Predica la palabra, insiste con ocasión y sin ella, reprende, reprocha y exhorta siempre con paciencia y doctrina.*¹⁰⁰ Es de notar que el Apóstol fundamenta la seriedad de la exhortación a su discípulo Timoteo precisamente en la gravedad de la situación: *Pues vendrá un tiempo en que no soportarán la sana doctrina, sino que se rodearán de maestros a la medida de sus pasiones para halagarse el oído. Cerrarán sus oídos a la verdad y se volverán a los mitos.*¹⁰¹

Como algo muy importante a tener en cuenta en los momentos presentes, el Pastor ha de considerar la posibilidad de que su palabra (la Palabra) sea escuchada y seguida por muy pocos; e incluso que, *al menos aparentemente, no encuentre eco en nadie.* Quizá convenga repetirlo más insistentemente: *absolutamente en nadie.*

Cualquier Pastoral (en este caso moderna) necesita acomodar su estrategia a los tiempos en que vive. Por eso el Pastor ha de saber que, a medida que se aproxime el fin de los Tiempos, el número de falsos Cristos y de falsos doctores y profetas irá en aumento. *En los últimos días se presentarán tiempos difíciles.*¹⁰² Y si siempre ha de tener en cuenta las advertencias de la Escritura, ha de poner especial atención en éstas; puesto que todo parece indicar que cobran extraña actualidad. Lo que no debe hacer el Pastor es dejarse llevar por una confiada seguridad basada en las palabras del Señor

¹⁰⁰2 Tim 4:2.

¹⁰¹2 Tim 4: 3-4.

¹⁰²2 Tim 3:1. Cf Mt 24: 5.11.24.

según las cuales nadie, a excepción del Padre (y solamente Él) conoce el momento de la Parusía (Mt 24:36; Hech 1:7). Tales palabras son efectivamente verdaderas, como pronunciadas que han sido por Quien dijo de Sí mismo que es la misma Verdad. Pero también son verdaderas aquéllas en las que Él mismo nos advierte, en relación a las tribulaciones de los tiempos finales, en el sentido de que *podemos intuir su proximidad de alguna manera*: como nos sucede con la higuera, a la que cuando vemos reverdecer y que aparecen sus primeros brotes, conocemos que está cerca el verano (Mt 24:32). A este propósito, y a efectos de confirmación de lo dicho, habría que prestar especial atención a una de las más misteriosas expresiones del Señor; referida precisamente a los sucesos de los últimos tiempos. Se trata de la extraña expresión, tomada a su vez del profeta Daniel, de la *abominación de la desolación*. De la que dice Jesucristo que, llegado el momento de los Últimos Días, *se erigirá a sí misma en el lugar santo* (Mt 24:15). ¿A qué o a quién se refiere Jesucristo con tan enigmática expresión? Después de veinte siglos de exégesis y comentarios sobre la Escritura, nadie lo sabe. Sin embargo habrá que tener en cuenta que, precisamente a continuación y en el mismo versículo donde está contenida, añade el Señor otra advertencia no menos intrigante a tal propósito. Dice expresamente Jesucristo que *quien lea, entienda*. De donde está claro, según esto, que si bien será difícil (o bastante difícil) adivinar a lo que se refiere la expresión, *de ninguna manera será imposible llegar a conocer, por lo menos, algún atisbo o señal que nos proporcione la clave de su significado*. Así pues, por lo tanto, *quien pueda entender, que entienda*. Y es que, efectivamente estamos muy acostumbrados a dar de lado a expresiones de la Escritura demasiado difíciles de comprender; o quizá porque su interpretación es demasiado arriesgada. Sin tener en cuenta que no cabe suponer a Jesucristo hablando en forma jeroglífica o

con intención de no decir nada; cosa esta última que parece haber quedado reservada al lenguaje de muchos miembros de la Jerarquía Eclesial. Es cierto que en algunas ocasiones el Maestro habla aparentemente para no ser entendido por muchos, tal como puede verse en las parábolas (Mt 13: 11–13); pero de ningún modo se aprecia la intención de que sus palabras queden para siempre en el misterio: ¿Y para qué desearía Jesucristo hacer tal cosa? A este propósito, por ejemplo, San Marcos se cuida de advertirnos que *con muchas parábolas semejantes les anunciaba la Palabra, conforme a lo que podían entender; y no les solía hablar nada sin parábolas. Pero a solas, les explicaba todo a sus discípulos.*¹⁰³

Quizá debiéramos prestar mayor atención a ciertas palabras de San Juan en su Primera Carta: *Hijos, es la última hora. Habéis oído que tiene que venir el Anticristo: pues bien, ya han aparecido muchos anticristos. Por eso sabemos que es la última hora.*¹⁰⁴ Es cierto que han transcurrido cerca de dos milenios desde el momento en que fue escrito el texto hasta nosotros. Aunque sabemos, sin embargo, que el concepto *tiempo* en la Escritura es extremadamente delicado y difícil de manejar. No en el sentido de que nada tenga que ver con la realidad, o en el de que la Escritura utilice, en este punto, una forma de hablar figurada, simbólica o metafórica. Bien al contrario, puesto que sin duda se trata de un *lenguaje real*, por más que nosotros no hayamos llegado a percibirlo —seguramente porque excede nuestra capacidad de intelección durante nuestra peregrinación terrena— en toda la profundidad de su misterio. De tal manera que tan extrema dificultad reside solamente en nosotros, y no en el lenguaje de la Escritura. Ya Hans Urs Von Balthasar había llamado la atención sobre la aparente ambigüedad del concepto *hora* en el

¹⁰³Mc 4: 33–34.

¹⁰⁴1 Jn 2:18.

Evangelio; en el sentido de que es utilizado, por el mismo Jesucristo, abarcando un adelantado futuro que sin embargo es capaz de retrotraerse hasta el presente: *Pero llega la hora, y es ésta, en la que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad.*¹⁰⁵ Por lo que es bastante probable que el texto de 1 Jn 2:18 nos esté indicando que, si bien la acción del Anticristo alcanzará su clímax en los momentos inmediatos a la Parusía, en realidad *ya está actuando entre nosotros.*¹⁰⁶

El Pastor avisado debe tener en cuenta las exigencias que lleva consigo el cuidado amoroso de las ovejas. Y que el Lobo, como síntesis o compendio de los peligros que las acechan (en realidad todos provienen de él como su origen) ha de ser tomado muy en serio, con la consiguiente obligación de permanecer vigilante y prevenido. Uno de los campos de actividad de un Pastor, en el que el Diablo pone especial cuidado, tiene que ver con la operación de desvirtuar la Palabra de Dios, influyendo a tal fin en quienes han de proclamarla. Y no hay que subestimar el poder y la influencia de quien, al fin y al cabo es el *Príncipe de este mundo* (Jn 12:31; 14:30).

El peligro se acrecienta desde el momento en que la declaración de que el Diablo es el Dueño del mundo, formulada por el mismo Jesucristo, jamás ha sido tomada muy en serio por los cristianos. Quienes se han limitado a ver en ella una especie de advertencia acerca de la vigilancia a mantener frente al Mal; de forma similar a lo que se desprende del aviso que también formula San Pedro (1 Pe 5:8).

¹⁰⁵ Jn 4:23.

¹⁰⁶ La relación del tiempo con la eternidad, y aun el concepto mismo de tiempo, pertenecen al orden de los muchos misterios que aún están por investigar y que, muy probablemente, el hombre nunca llegará a aclarar en el presente eón. La Escritura no puede menos que utilizarlos indiscriminadamente, por más que tenga conciencia de que su intelección por parte humana quedará reducida siempre a la parte más superficial del arcano.

Sólo que aquí no se trata de un mero aviso, sino de la afirmación rotunda acerca de quién es el Señor de este Mundo; refrendada a su vez por San Juan de manera, si cabe, aún más expresa que aquélla en la que lo hizo el Maestro: *El mundo entero yace en poder del Maligno*.¹⁰⁷ Y si a esto se añaden las palabras del Apocalipsis, según las cuales el Diablo *seduce a todo el universo*,¹⁰⁸ tendremos una base sólida, con tal que estemos dispuestos a otorgarle a las palabras su significado propio, para explicar cumplidamente la situación en la que se encuentran actualmente tanto la Iglesia como el mundo. El mismo Jesucristo nos advierte expresamente acerca de la influencia negativa del Maligno con respecto a la predicación de la Palabra; tal que parece indicar, según Él, que el Diablo puede conseguir, no ya desvirtuarla, sino incluso impedir la, reduciéndola a la nada: *Ya no hablaré mucho con vosotros, porque viene el Príncipe de este Mundo; aunque contra mí no puede nada*.¹⁰⁹ El llamado irónicamente por algunos, aunque con toda razón, *lenguaje episcopal* es una de las manifestaciones de este fenómeno. Si el Maligno consigue que los Pastores no le hablen nunca o casi nunca a las ovejas; o bien que lo hagan utilizando un lenguaje vacío o ininteligible, o también tal vez ajeno a los verdaderos problemas del Rebaño, se ha apuntado una verdadera victoria.

Cuando el Pastor de las ovejas *las ha sacado todas, va delante de ellas y las ovejas le siguen, "porque conocen su voz". Pero a un extraño no le seguirán, sino que huirán de él, "porque no conocen la voz de los extraños"*.¹¹⁰ Donde es de notar la contundente declaración de Jesucristo de que las ovejas no siguen a un Pastor *cuya voz no*

¹⁰⁷ 1 Jn 5:19.

¹⁰⁸ Ap 12:9; cf 20:10.

¹⁰⁹ Jn 14:30. ¿Es el Diablo capaz de obstaculizar, mediante su presencia y acción, el resultado fructuoso de la Palabra, llegando incluso hasta silenciarla?

¹¹⁰ Jn 10: 4-5.

conocen, en una relación de causa y efecto. Aunque no se trata meramente del hecho de que las ovejas no seguirán a su Pastor, sino que incluso *huirán de él*, puesto que no conocen su voz. Un interesante tema como para reflexionar más intensamente en la extrema importancia de la predicación: *Quomodo credunt ei, qui non audierunt? Quomodo autem audient sine prædicante?*¹¹¹

En este texto de San Juan aparece el concepto de *extraño* aplicado al Pastor en referencia a las ovejas que tiene encomendadas. Según las palabras del Evangelista San Juan, puestas en boca de Jesucristo, las ovejas dejan de seguir al Pastor cuando lo consideran un *extraño*. Lo cual sucede, según el texto, en el momento en que *no conocen su voz*. Ante lo que cabe preguntar por la causa o causas de que no reconozcan tal voz.

Que parecen ser fundamentalmente dos: O bien porque no la oyen nunca, o casi nunca, de manera que las ovejas no llegan jamás a acostumbrarse a ella. O bien porque adivinan que esa voz no es la de un verdadero Pastor.

Aunque conviene precisar mejor esta segunda causa:

Ante todo, ¿cómo perciben las ovejas la falsedad de aquella voz y que no pertenece a su Pastor? El Señor mismo da la clave del problema. Se trata de que a quien las conduce no le importan las ovejas, justamente porque no son suyas: *El asalariado, el que no es Pastor y al que no le pertenecen las ovejas, ve venir el lobo, abandona las ovejas y huye (y el lobo las arrebató y las dispersó), porque es asalariado “y no le importan las ovejas”* (10: 12–13) Y las ovejas se dan cuenta de que no significan para el mercenario otra cosa que el provecho que pueda obtener de ellas. El tal mercenario no las ama, y de ahí que, ante una situación de peligro, solamente mirará por sí mismo sin importarles lo que pueda ocurrirle a las ovejas.

¹¹¹Ro 10:14.

Algo importante a notar aquí, aunque no por sabido deja de pasar desapercibido, es que todas las criaturas de vida animal, sean racionales o irracionales, *saben percibir la presencia del verdadero amor: cuándo son realmente amadas y cuándo no lo son*. De aquí que las ovejas sean conscientes de que no suponen nada, o quizá muy poco, para el mal Pastor.

Aunque en realidad tal mercenario ni siquiera merece la consideración de un mal Pastor. Para el texto escriturístico, sencillamente *no es Pastor* (10:12). Algo que debiera ser tenido en cuenta por muchos Pastores de la Iglesia, pero de lo que suelen olvidarse cuando asumen el oficio solamente *en concepto de un cargo conseguido, con prebendas aseguradas*; y que incluso, si acaso no es demasiado importante, no es considerado sino como trampolín para alcanzar otro mejor.¹¹²

A este apartado habría que añadir aquellos Pastores que dejan de proporcionar pastos a sus ovejas por razones egoístas, puramente humanas. Por ejemplo, bien porque dejan de denunciar situaciones que perjudican el bien de las almas o que incluso ponen en peligro su salvación, simplemente por cobardía; o porque no desean enfrentarse a posibles complicaciones; tal vez también por no dejar de recibir ciertos beneficios o subvenciones y, en definitiva, por no molestar y enfrentarse al Sistema y a su poderoso Aparato de Propaganda.

A este respecto, sería conveniente recordar las terribles invectivas de los Profetas del Viejo Testamento contra los malos Pastores. Como Ezequiel, por ejemplo.¹¹³ O lo airados sermones de los Padres, como San Agustín, llenos de palabras fuertes también contra ellos.¹¹⁴

¹¹²No son pocos los Pastores de la Iglesia que emplean la mayor parte de su tiempo (viajes incluidos) en la búsqueda y manejo de posibles influencias, con el exclusivo fin de subir de categoría.

¹¹³Ez 34:2 y ss. Cf Is 56: 9–11.

¹¹⁴Cf, por ejemplo, su durísimo *Sermón 46*.

Increpaciones que en realidad se limitan a seguir las enseñanzas de Jesucristo haciéndose eco de sus Palabras, si cabe más duras y graves todavía: *Ladrón y salteador* (10:8)... *No viene sino a robar, matar y destruir* (Jn 10:10)... *Abandona las ovejas y huye* (10:12).

Suponiendo que no nos encontremos ya en los Últimos Tiempos, en cuyo caso la espiral del Mal iría en aumento sin nada que la detuviera hasta el instante mismo de la Parusía, será el momento de preguntarnos por posibles soluciones. Todos los problemas las exigen, aunque sean muy numerosos los que no las encuentran nunca: bien porque no se sabe (o no se quiere) hallarlas, o bien porque no existen, sencillamente. En nuestro caso, dada la voluntad salvífica universal de Dios, es de admitir que debe existir alguna que sea capaz de enfrentarse a esta situación, aparentemente abocada a la desesperanza.

Aunque tal remedio no es probable que llegue de mano de las estructuras eclesiales. Si se da por supuesto que la Iglesia se encuentra en un estado de florecimiento denominado por muchos como *Primavera eclesial*, no hay por qué pensar en la necesidad de una reforma. Y eso es exactamente lo que está sucediendo. Lo primero que ha de hacer un enfermo para ponerse en camino de curación es reconocer que está enfermo. Pero con respecto a la Iglesia en su conjunto, por ahora no se vislumbra en el horizonte, ni a corto ni a medio ni a largo plazo, una decidida voluntad de fidelidad a los deseos de su Fundador y a una Tradición de más de veinte siglos. La última verdadera reforma que tuvo lugar en la Iglesia fue la emprendida por el Concilio de Trento. La cual, precisamente en el colmo de la ironía se llamó *Contrareforma*, y de ahí que muchos hayan llegado a pensar en la necesidad de alguna *Contra-Primavera*, capaz de curar a la Iglesia de sus actuales desgracias. El Concilio Vaticano I, cuya historia interna nos muestra un ambiente bastante agitado, estuvo más bien

preocupado por erradicar el conciliarismo y asegurar la autoridad del Papa. Mientras que el Concilio Vaticano II, con una historia interna mucho más agitada que el anterior, sí se preocupó de proporcionar un fuerte *impulso* a la Iglesia; aunque, según algunos, justamente en la dirección contraria a la que hubiera sido correcta. Para nosotros, si bien las cosas no sucedieron exactamente así, es de justicia reconocer que los Grupos de Presión, una vez acabada la Asamblea, tuvieron buen cuidado en maniobrar unas cuantas vueltas de volante a fin de corregir la dirección del vehículo a su capricho. ¿Entonces...? Y he aquí el momento en que llegan a nuestra memoria, como impulsadas por el viento, las palabras de San Pedro: *Señor, ¿a quién iremos?*¹¹⁵

Sucede aquí algo semejante a los problemas que plantea la Cuestión Ecuménica y las soluciones que están siendo aportadas. Cuando en realidad tales dificultades sólo pueden ser solucionadas por el Señor mismo y *sólo por Él*, según sus propias y claras palabras: *Tengo otras ovejas que no son de este redil; a éstas también es necesario que las traiga, y oirán mi voz, y formarán un solo rebaño, con un solo Pastor.*¹¹⁶

De manera que tenemos otra vez sobre el tapete lo que siempre se ha sabido: que la salvación no va a venir sino por la santidad y la oración. Soluciones que en realidad serán proporcionadas, una vez más, por el *pusillus grex* de los pobrecitos del mundo, tal como son siempre los auténticos amadores de Jesucristo; y no por la Alta

¹¹⁵Jn 6:68.

¹¹⁶Juan 10:16. Conviene prestar importancia al hecho de que Jesucristo habla aquí en primera persona, en clara referencia a Él mismo (*illas oportet me adducere*). Es Él, según sus palabras, quien va a traer de nuevo a las ovejas, y es *su voz* —¡su voz!— lo que necesitan oír las descarriadas para volver al aprisco. De nuevo queda de manifiesto la tendencia de la naturaleza humana, por lo general demasiado *natural*, a olvidar, o al menos a poner entre paréntesis, las palabras del Señor. Y de ahí que no convenga esperar mucho de las Comisiones Mixtas, ni de las políticas de muchos Jerarcas de la Iglesia.

Política Eclesiástica ni las Pastorales de laboratorio. Lo que viene a desembocar, como punto de partida previo e indispensable, en la necesidad de Obispos íntegros y tan llenos de Fe como enamorados de Jesucristo. Para lo cual sería necesario, en orden a los nombramientos, que el conjunto formado por el Vaticano, las Nunciaturas y las Conferencias Episcopales concediera especial prioridad, antes que a otras cosas, a las exigencias derivadas de la verdadera Pastoral y el bien de las almas. Una medida a la que seguiría, con toda seguridad, un extraordinario resurgir, tanto de sacerdotes santos, como de laicos convencidos y firmes en la Fe de Jesucristo.¹¹⁷

*El Señor reprende a quien ama, como un padre a su hijo amado.*¹¹⁸ La Carta a la Iglesia de Éfeso, como ya dijimos más arriba, contiene graves reprensiones e incluso amenazas: *Recuerda de dónde has caído, arrepiéntete y practica las obras de antes. De lo contrario, iré adonde estás tú y desplazaré tu candelabro de su sitio, a no ser que te conviertas.*¹¹⁹

¹¹⁷ Aunque las utopías queden relegadas siempre, o casi siempre, al reino de la *idealidad* y de la fantasía, algunas de ellas, como ésta por ejemplo, son *el único camino* para afrontar seriamente el problema en cuestión. Quizá estemos ante el único caso en que una utopía, sin perder su carácter de tal, represente una condición indispensable para llegar al término. Con lo que estamos afirmando que el presente caso perdería su condición de utopía si los hombres realmente quisieran afrontar la dificultad. Ha de tenerse en cuenta que el concepto de utopía no es sinónimo de *imposibilidad* de realización, como ha demostrado cumplidamente el marxismo. Según lo cual, alguien se preguntará por qué seguimos calificando al caso que nos ocupa como utopía. Aunque la respuesta es obvia: *Porque no esperamos que el problema al que apunta se llegue a resolver...*, al menos por lo que hace al presente eón.

No deja de ser curioso que las utopías radicadas en la perversidad sean capaces de convertirse en situaciones reales, al contrario de las animadas por la bondad, que siempre se reducen al terreno literario de la fantasía y de los sueños: *Pues los hijos de este mundo son más sagaces en lo suyo que los hijos de la luz* (Lc 16:8).

¹¹⁸ Pr 3:12. Cf Pr 13:24; 23:13; Eco 30:1.

¹¹⁹ Ap 2:5.

La reprensión, por su propia naturaleza, es un fruto del Amor más aún que de la mera Justicia. Sobre todo es un acto de amor hacia la persona objeto de la corrección, según una condición que no se pierde ni aun cuando lleve consigo, además, el carácter de castigo. Es de tener en cuenta que, en el tiempo en el que transcurre la peregrinación terrena para los seres humanos, más bien que desplegar Dios sobre ellos su justicia, les distribuye a manos llenas su misericordia. Al contrario de lo que sucede una vez acabado el tiempo de prueba, en el que cesa la misericordia para dejar paso a la justicia. Y puesto que en Dios la justicia y la misericordia son la misma cosa, todo depende de la cara o la cruz de la moneda que decide su destino, según lo que se muestre ante la faz del hombre en el antes o el después del momento del tránsito.

El carácter *amoroso* de la corrección queda bien patente en los textos citados más arriba, extraídos del Libro de los Proverbios y del Eclesiástico. Lo mismo ocurre con cada una de las Siete Cartas a las Iglesias de Asia contenidas en el Apocalipsis, donde predomina un sentimiento de tierna caridad sobre el carácter de reprensión.

Lo curioso e interesante del caso es que la reprensión, incluso cuando va acompañada de su matiz punitivo de castigo, entra a formar parte como ingrediente a veces necesario en la relación de amor. Claro que se trataría entonces de la condición de amor *todavía imperfecta* o no consumada, que es donde siguen teniendo cabida los reproches, o tal vez simples quejas según el caso, de uno u otro de los enamorados.

Por parte de Dios con respecto a su creatura, el problema de la reprensión no ofrece dificultad alguna. Dada la debilidad e imperfección del ser humano,¹²⁰ es lógico, y hasta necesario, que Dios haya de corregirlo con frecuencia. Aunque de maneras diversas y en diferentes grados de intensidad.

¹²⁰Cf Sal 78:39; Eco 18: 7-13; Jb 4: 17-21; Ro 7: 14-25; *passim*.

La relación de Dios con el hombre es siempre una relación de amor. Fue la razón por la que el ser humano fue creado y el fin al que fue destinado: por Amor y para el Amor. Otra cosa es que el hombre secunde o no el requerimiento de amor que Dios le dirige. Pero si la respuesta es afirmativa, es entonces cuando entra en juego el grado de perfección que logra alcanzar la relación amorosa; el cual depende a su vez de la generosidad de la creatura. A una relación cada vez más perfecta corresponde el diferente y peculiar matiz en el que se va envolviendo la corrección, cada vez más informada por el amor. Lo cual significa, en aparente paradoja, que adquiera mayores grados de intensidad a medida que el amor es más perfecto; precisamente por esa razón. Los místicos hablarían aquí de la necesidad de la *Purificación*, de las *Noches del Sentido* o *del Espíritu* y términos semejantes, si bien el problema parece ir aún más allá de tales realidades. A una más generosa respuesta de amor por parte de la creatura, corresponde efectivamente un mayor grado de *purificación* o de sufrimiento a que es sometida por parte de Dios, que es, en definitiva, quien la corrige y dirige a través del único camino que conduce hasta el verdadero Amor.¹²¹

Lo que vamos a decir a continuación parte de la base de que la relación de amor divino–humana ha alcanzado ya un alto grado de perfección. Estamos, pues, en los caminos del verdadero Amor.

Y como se trata ahora de *corrección* (cuyo fin, como ya sabemos, es el de intensificar y perfeccionar el Amor), es lógico que haga su

¹²¹La senda estrecha de Mt 7:14. Si además de angosta es empinada y difícil, es debido al hecho de que es un medio para *corregir*. Que viene a ser lo mismo que *enderezar* o poner en *rectitud*. Y efectivamente, pues el objeto de la corrección es hacer que algo sea *recto*; o quizá *correcto*, que es lo mismo. De ahí que la senda que conduce a la vida, además de angosta y empinada, sea también recta; o lo que se definiría en términos geométricos como el camino más corto para llegar a ella. La *corrección* divina no es sino otra manifestación del amor de Dios por el hombre.

aparición el elemento *sufrimiento* en lo que se refiere a la creatura, tal como hemos expuesto más arriba. Ahora bien, ¿qué es precisamente lo que más hace sufrir a un verdadero enamorado...?

En una relación de verdadero Amor,¹²² lo que más hace sufrir a un enamorado es la ausencia de la persona amada.

Pero la *ausencia* de la que aquí se habla es la que da lugar al período que los místicos y autores de Espiritualidad llamarían de *purificación*, del que podemos pensar que no es sino la consecuencia de la *corrección* divina a su creatura. Una etapa del itinerario espiritual que también aparece en forma de ocultamiento o *kenosis* de la persona amada, que en este caso sería Dios mismo.

Que Dios practica esta clase de corrección, especialmente dolorosa, con aquéllos a quienes ama, y aún más intensamente con quienes hace *especial* objeto de su Amor, es cosa sabida y universalmente admitida:

*¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
habiéndome herido;
salí tras Ti clamando, y eras ido.*¹²³

Esta clase de *ausencia* se encuentra en el extremo opuesto a la que experimentan los que han rechazado a Dios. Es ésta una ausencia

¹²²En cuanto al modo de escribir este término en la presente obra, con minúscula o con mayúscula, la atención al contexto resolverá cualquier duda. Cuando el vocablo se refiere a Dios mismo (Dios es Amor) aparece escrito en letra capital. Ordinariamente, también cuando se refiere al Amor llegado a un alto grado de perfección; o bien a la relación amorosa divino-humana, que es en realidad donde únicamente se alcanzan tales alturas en una relación de amor.

¹²³San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

amorosa, causante de ansiedades nostálgicas, animadas esperanzas y hasta, en último término, un gozo indefinible.¹²⁴ Mientras que la ausencia de Dios, motivada por el rechazo expreso y voluntario de los hombres, no es sino el adelanto de la que ha de tener lugar, de modo ya total y definitivo, en la condenación eterna; cuya esencia, que sobrepasa a toda descripción capaz de ser apreciada por el entendimiento humano en esta vida, equivale a lo que siempre ha sido conocido en Teología católica con el nombre de *pena de daño*. En cuanto a la ausencia amorosa, el dolor y el sufrimiento producidos por la ocultación o desaparición del Amado, pese a la presencia de la antítesis sufrimiento–gozo, también superan a cualquier explicación enmarcada en parámetros puramente humanos.

Bien entendido que la ausencia de Dios, motivada por el expreso deseo de los hombres de que *se quite de en medio*, no ha de ser considerada meramente en referencia a alguno o algunos individuos; con independencia de su número. En realidad *también tiene que ver con una buena parte de la Iglesia Institucional* como tal: y aquí ha de entenderse comprendido un número indefinido, aunque numeroso, de Cardenales, Obispos, sacerdotes y, en general, gente oficialmente católica que hace su trabajo y ejerce su influencia desde cargos de grave responsabilidad.

La Iglesia *Santa*, o Cuerpo Místico de Cristo, formada por la parte que se ha mantenido fiel dentro de la Iglesia Militante, por la Iglesia Sufriente del Pur-

¹²⁴La antítesis sufrimiento–gozo viene a ser una parte fundamental en la relación de Amor divino–humana durante el período de prueba. Recuérdese el caso peculiar de los estigmatizados, en los que parece haber alcanzado el Amor un alto grado de perfección. Con respecto al texto de San Pablo en Ga 6:17, según el cual el Apóstol afirmaba llevar en su cuerpo los estigmas de Jesucristo, se sigue discutiendo todavía acerca de su significado; aunque sea lo que fuere a lo que se refería el Apóstol, es indudable que pretendía expresar sus profundos padecimientos, a la vez que el intenso gozo que sentía a causa de su íntima relación con el Señor.

gatorio y la Iglesia Triunfante del Cielo, no ha de ser confundida con la parte *humana* (excesivamente humana) de la Iglesia Terrena: cual es la de aquellos miembros suyos que prácticamente, o bien han desertado claramente de su Fe (aunque muchas veces no lo confiesen expresamente), o bien no se atreven a proclamarla por pura cobardía ante el Mundo (Mt 10:33; Lc 12:9; Ap 21:8).¹²⁵ La promesa de Jesucristo acerca de que las Puertas del Infierno no prevalecerán nunca contra la Iglesia (Mt 16:18), parece que no se refiere a esta última: *Super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam*; donde pocas veces se repara en el adjetivo posesivo *mi*, que acompaña al sustantivo Iglesia. Pues es *su Iglesia* la que prevalecerá, y no la parte meramente humana formada por quienes, de hecho, han sustituido el amor a los principios del Evangelio por el amor a los de este Mundo (2 Tim 4:10).

El episodio de los endemoniados de Gadara es instructivo a este respecto.¹²⁶ Los gadarenos se habían quedado sin sus cerdos después de que éstos, a causa de la intervención de Jesús en favor del endemoniado, se ahogaran en el lago; por lo cual le pidieron que se marchara de su territorio: *Le rogaron que se marchara de su región*.¹²⁷ Cosa a la que accedió sin más y sin añadir una palabra. Y aún fue peor lo sucedido en Nazaret,¹²⁸ donde, después de haber predicado en la Sinagoga, Jesucristo fue rechazado violentamente e incluso con intención de despeñarle; aunque Él *se marchó tranquilamente* y también en silencio.

Pero volviendo a nuestro tema de la ausencia amorosa, por lo que respecta a la esposa del *Cantar de los Cantares*, también ella expresa su dolor por la ausencia del Esposo. En definitiva, una serie

¹²⁵Tales *desertores* siguen formando parte de la Iglesia. A no ser que hayan renegado expresamente de su Fe o hayan incidido en una clara herejía formal. Pero es probable que la promesa de indefectibilidad, hecha a la Iglesia por su Fundador, se refiera más bien a la Iglesia *viva* o Cuerpo Místico de Jesucristo, formada por aquéllos que de alguna manera se encuentran en comunión con Él; como se va a decir a continuación.

¹²⁶Mt 8:28 y ss.; Mc 5:1 y ss.; Lc 8:26 y ss.

¹²⁷Mt 8:34.

¹²⁸Lc 4:16 y ss.

de sentimientos que de ninguna manera podían faltar en un Poema de Amor divino–humano. Manifestados alguna vez de forma discreta, cuando el alejamiento del Esposo aún no es percibido en toda su crudeza, coincidente por lo tanto con el momento en que la esposa se encuentra todavía en un período inicial de mera búsqueda:

*Dime tú, amado de mi alma,
dónde pastoreas, dónde sesteas al mediodía,
no venga yo a extraviarme
tras de los rebaños de tus compañeros.*¹²⁹

Otras veces, sin embargo, a causa de que la ausencia del Esposo se hace sentir con más gravedad, provoca de inmediato una búsqueda angustiada por parte de la esposa:

*En el lecho, entre sueños, por la noche,
busqué al amado de mi alma,
busquéle y no le hallé.
Me levanté y recorrí la ciudad,
las calles y las plazas,
buscando al amado de mi alma.
Busquéle y no le hallé.
Encontráronme los guardias
que hacen la ronda en la ciudad:
¿Habéis visto al amado de mi alma?*¹³⁰

Los lamentos y quejas por la ausencia de la persona amada, fruto del Amor aún no consumado en la Patria, son inherentes al concepto de este último y de presencia obligada en la literatura amorosa

¹²⁹Ca 1:7.

¹³⁰Ca 3: 1–3.

de todos los tiempos. En cuanto al Amor divino–humano, es imposible que alcance su perfección sin recorrer el camino de la Cruz, único modo de compartir la existencia de Cristo y de consumir el mutuo Amor. Pues, ¿cómo podría perfeccionarse el mutuo amor sin la previa comunión de vidas? De ahí la necesidad, en esta especial relación amorosa, de las purificaciones por parte de la esposa, entre las que hay que contar de manera especial las llamadas *Noches* por los místicos, ocasionadas en definitiva por la *ausencia* purificadora por parte del Esposo.

Sin embargo aquí hace su aparición un problema espinoso.

El Esposo, llevado de su pasión por la esposa y deseoso de un Amor total, la corrige y *castiga* (purifica). Por lo que ésta, ser humano al fin y al cabo y enamorado además, expresa el dolor de su corazón a través de lamentos angustiosos. Sin embargo, tal como hemos venido insistiendo con frecuencia, en el Amor todo es recíproco y bilateral. Según lo cual, y una vez aceptado como evidente que la esposa necesita ser objeto de purificaciones, surge la pregunta acerca de si también cabe esperar, de parte del Esposo, quejas y lamentos; motivados tal vez, por ejemplo, por las ausencias culpables o desdenes amorosos de la esposa.

Más todavía. Puesto que incluso se podría preguntar si algunos de tales lamentos y quejas, en cierta manera al menos, podrían ser imputados al Esposo como ocasionados por sus propias actuaciones. De donde la cuestión se plantearía de esta manera: la esposa se lamenta por la ausencia y (¿aparentes?) desdenes del Esposo; cosas todas de las cuales, en último término, es ella misma la causante. Pero, ¿cabe también afirmar, en posible reciprocidad, que los lamentos y quejas del Esposo pueden encontrar fundamento en su propia conducta? La esposa se lamenta y llora dolores y ausencias de los que ya hemos dicho que es ella la causante. Sin embargo, cuando es el

Esposo quien se lamenta y sufre, ¿es posible afirmar que tales sufrimientos pueden ser imputables a Él? En otras palabras: si la esposa es objeto de necesarias purificaciones, ¿podrá decirse también que el Esposo ha de hacerse cargo de los sufrimientos y dolores que suele llevar consigo —siquiera como fase previa— el negocio del amor?

Y la respuesta a ambas cuestiones es indudablemente afirmativa.

En primer lugar, por lo ya dicho: En la relación de Amor todo discurre según las instancias de la bilateralidad y de la reciprocidad. De donde se deduce, si es que se admite que estamos ante una verdadera relación amorosa (y en este caso la más arquetípica), que no pueden faltar en ella tales cualidades, al fin y al cabo consideradas como fundamentales a la esencia y al concepto del Amor. Y toda relación afecta a las dos partes.

En segundo lugar, porque así lo proclama la Escritura. Ya en el mismo Poema Sagrado cual es *El Cantar de los Cantares*, se habla de que la relación de Amor divino–humana es un verdadero combate: *Y la bandera que ha alzado contra mí es bandera de amor*, dice la esposa refiriéndose al Esposo.¹³¹ Recuérdese también la lucha de Jacob con un Ángel, que no es otro que Dios mismo, según reconocen algunos textos en los que precisamente se hace constar la *victoria* de Jacob.¹³²

Que la idea de *combate* aparezca contenida en el concepto del Amor no tiene por qué producir extrañeza, e incluso resulta bastante familiar. Demasiadas veces se ha hablado del Amor divino–humano como la puesta en marcha de un auténtico torneo, en el que se dirime la cuestión de *cuál de los dos amantes entrega más al otro*. Y también se ha mostrado, aludiendo a las parábolas de los talentos y la de las minas, que el hombre es capaz de devolver a Dios incluso más de lo

¹³¹Ca 2:4.

¹³²Ge 32: 25–29 y Os 12: 4–5.

recibido: *Cinco talentos me entregaste; he aquí otros cinco más que he ganado.*¹³³ Por otra parte, si el torneo de Amor de que aquí se habla no fuera real, tampoco la relación de Amor divino–humana trascendería más allá del reino de las puras ideas.

La clave del problema, con su posible solución, tiene que ver con el hecho de que Dios quiso mantener con el hombre una relación *perfecta* de Amor. Para lo cual *era preciso que se colocara a la misma altura y en idéntica condición que el hombre*. Con lo que se está afirmando que el hombre ha de subir. . . , o Dios ha de bajar; o quizá ambas cosas a la vez. Y así es como hace su aparición otra nota fundamental en el concepto del Amor: Pues, *no está el discípulo por encima del maestro, ni el siervo por encima de su señor. Al discípulo le basta llegar a ser como su maestro, y al siervo como su señor.*¹³⁴ Palabras de Jesucristo que ya puede verse que son tan punzantes como difíciles de ser captadas en su completo significado por el entendimiento humano. En realidad no se trata ya de que el discípulo sea más que el maestro ni el siervo más que su señor, o viceversa; sino de que el discípulo, o el siervo, *sean iguales a su maestro o a su señor*. De ahí las palabras de Jesucristo en otro lugar: *Porque, ¿quién es mayor: el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Sin embargo, yo estoy en medio de vosotros como quien sirve.*¹³⁵

Tan sublime plan de Dios se hizo posible con Jesucristo. Una vez que Dios se hizo Hombre, asumiendo como suya una naturaleza humana, ya puede decirse que se encuentra al mismo nivel o en idéntica situación que su criatura. Situados ambos en paralela con-

¹³³Mt 25:20. Tampoco hace falta recordar que tan increíble capacidad del hombre también es obra de la gracia. La cual otorga dones que son reales y que nada tienen que ver con el lenguaje figurado.

¹³⁴Mt 10: 24–25; Lc 6:40; cf Jn 13:16; 15:15.

¹³⁵Lc 22:27.

dición, se ha posibilitado el diálogo del *tú* a *tú* y hecha realidad la reciprocidad. Ahora el hombre puede amar a su Dios, con un Amor sobrenaturalizado, pero desde y según su condición humana. Único modo *para él* de amar con perfección, puesto que cada cosa ha de obrar según su propia naturaleza.¹³⁶ Y eso no es todo. Puesto que, al tomar para sí la naturaleza humana, el Verbo lo hizo asumiendo también, *como si fuera propia*, la situación de debilidad en la que ahora se encuentra por su culpa tal naturaleza. Lo que significa que, a pesar de ser el *Cordero Inocente*,¹³⁷ Cristo aparece cargado con las miserias y debilidades de todos los hombres. El texto capital aquí es del Profeta Isaías: *Tomó sobre sí nuestras enfermedades*,¹³⁸ *cargó con nuestros dolores, y nosotros lo tuvimos por castigado, herido de Dios y humillado. Fue traspasado por nuestras iniquidades, molido por nuestros pecados. El castigo, precio de nuestra paz, cayó sobre él, y por sus llagas hemos sido curados. Todos nosotros andábamos errantes como ovejas, siguiendo cada uno su propio camino, mientras el Señor cargaba sobre él la culpa de todos nosotros.*¹³⁹ Donde es de tener en cuenta que la afirmación de que *tomó sobre sí nuestras iniquidades y cargó con nuestros pecados* debe ser entendida en sentido real y fuerte, a saber: no *como si* hubiera tomado nuestras miserias, sino como que *de hecho las hizo suyas*. Por si hubiera alguna duda, San Pablo es todavía más explícito: *A Él, que no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros, para que llegáramos a ser en Él*

¹³⁶El hecho de que en este caso haga falta además la sobrenaturaleza, no anula lo que se acaba de decir. El conocido dicho común: La gracia no anula la naturaleza, sino que la eleva.

¹³⁷Cf Jn 1: 29.36; Heb 7:26.

¹³⁸*Languores nostros ipse tulit*. El vocablo griego correspondiente a *languores* es ἁμαρτίας, que significa pecado o acción pecaminosa.

¹³⁹Is 53: 4-6.

*justicia de Dios.*¹⁴⁰ Según San Pedro, *Él no cometió pecado, ni en su boca se halló engaño...*¹⁴¹ *Subiendo al madero, Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo...*¹⁴²

Como puede verse, dos cosas a la vez diferentes, pero importantes, se subrayan juntamente en los textos. En primer lugar, que los pecados son *nuestros*. Y en segundo término, *que Él [Jesucristo] los tomó sobre sí y los hizo suyos*.

Ahora bien, cabría preguntar cómo es posible que un Hombre Inocente, que además es el Hijo de Dios, haga *suyos* los pecados de sus hermanos los hombres hasta el punto de aparecer, ante ellos y ante su Padre, como culpable.

La respuesta a esta pregunta nos conduciría hasta el abismo insondable de los misterios del Amor. En este caso hasta el mismo Amor Divino, o el Amor sin más. Si ya es un misterio, inalcanzable para el hombre, el hecho de vislumbrar (solamente vislumbrar) *las profundidades de Satán* (Ap 2:24), ¿qué podría decirse del misterio, mucho mayor y todavía más inaccesible a la creatura, cual es el referente a las desconocidas profundidades del Amor Infinito? ¿Es posible que la Santidad Infinita haya estado dispuesta por Amor a cargar con la imputabilidad de la Maldad infinita?¹⁴³ Solamente un Amor Infinito puede consentir en el extremo de una *locura infinita*, enteramente incomprensible para el hombre tanto en esta vida como en la otra.¹⁴⁴ De ahí que, cuando la Escritura habla del *escándalo*

¹⁴⁰2 Cor 5:21.

¹⁴¹1 Pe 2:22, citando a Is 53:9.

¹⁴²1 Pe 2:24.

¹⁴³La maldad del pecado grave es infinita en cierto sentido, *ratione termini*, si se considera su objeto y se mide por la dignidad de la Persona ofendida, la cual es infinita por naturaleza desde el momento en que es Dios mismo.

¹⁴⁴Solamente un Amor Infinito puede perdonar una ofensa infinita inferida a Él mismo; pero no sin satisfacer al mismo tiempo a la Justicia Infinita. Sucede, sin embargo, que en Dios se identifican en su infinitud la Justicia y la Misericordia.

de la Cruz (Ga 5:11), no hace otra cosa que aludir a este misterio. Todo lo cual considerado nos conduce a la siguiente conclusión:

La cual no es otra sino que la penúltima razón, en cuanto a explicar el hecho de que Jesucristo cargue con los pecados de todos los hombres, debe buscarse en la realidad del Cuerpo Místico. Y la última razón, en el Amor.

En cuanto al hecho de asumir la responsabilidad de la raza humana, por parte de Jesucristo, es algo que se comprende mejor cuando se piensa que, al fin y al cabo, se trata de su propio Cuerpo: *Así como por la caída de uno solo la condenación afectó a todos los hombres, así también por la justicia de uno solo la justificación, que da la vida, alcanza a todos los hombres. Pues como por la desobediencia de un solo hombre todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos.*¹⁴⁵ Un misterio que a su vez depende de otro: el de la relación existente entre el primero y el nuevo Adán: *El primer hombre, Adán, fue hecho ser vivo; el último Adán, espíritu que da vida.*¹⁴⁶ El hecho de asumir los pecados, por parte de Cristo, afecta a toda la raza humana y no solamente a los cristianos: *Ipse est propitiatio pro peccatis nostris, non pro nostris autem tantum sed etiam pro totius mundi.*¹⁴⁷

La Teología moderna es un tanto reacia a reconocer claramente la relación del Cuerpo Místico de Cristo con el Misterio de la Encarnación–Redención. De ahí que tienda a preferir explicar la ascensión, por parte de Cristo, de los pecados de todos los hombres

¹⁴⁵ Ro 5: 18–19; cf 5: 12–21.

¹⁴⁶ 1 Cor 15:45.

¹⁴⁷ 1 Jn 2:2. Cristo es el Salvador de todos, aunque más especialmente de los fieles: *Salvator omnium hominum est, et maxime fidelium* (1 Tim 4:10). Aquí es donde se esconde el peligro de interpretar mal la salvación de *todos los hombres*. Cristo asume los pecados de todos y es efectivamente el Salvador de todos, *pero no todos los hombres se salvan*, como vamos a ver enseguida.

acudiendo al procedimiento de la *solidaridad*. Cristo, nuevo Adán, ejerce su capitalidad sobre toda la raza humana mediante su solidaridad con todos los hombres, llevada a cabo por el hecho de la Encarnación y consumada al fin, como fruto de Salvación, mediante la Redención o muerte en la Cruz. Es posible que las corrientes teológicas modernas hayan sido influenciadas por las teorías de la salvación universal de *todos* los hombres y del *cristianismo anónimo*; más fáciles de poner de acuerdo, por lo que hace a la salvación de *toda la raza humana* con la que se solidariza Cristo en la Encarnación, que con la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo, en el que solo se salvan los que pertenecen a Él *in actu*.

En el Manual de Cristología de Mateo Seco y otros¹⁴⁸ se dice que *la capitalidad de Cristo sobre todo el género humano, su unión con todo hombre, es la perspectiva en que ha de situarse cuanto se diga de la Redención*.¹⁴⁹ *En esta capitalidad se manifiesta en grado supremo su solidaridad con los hombres, que es un misterio cuya existencia está claramente afirmada en el Nuevo Testamento (Ro 5:12 y ss; Col 1: 13-20),¹⁵⁰ y a cuya profundidad podemos acercarnos a la luz del misterio mismo de la Encarnación*. Viene a continuación una cita del Papa Juan Pablo II: *“La subsistencia en Cristo de la Persona divina del Hijo, la cual supera y al mismo tiempo abraza todas las*

¹⁴⁸F. Ocariz, L.F. Mateo Seco, J.A. Riestra, *El Misterio de Jesucristo*, Eunsa, Pamplona, 1993, pags. 421-423.

¹⁴⁹Indudablemente correcto. En nota a pie de página se distingue entre la capitalidad de Cristo sobre todos los hombres y su capitalidad sobre el Cuerpo Místico. Explicando que la primera es *presupuesto* de la Redención por vía de satisfacción; mientras que la segunda es *consecuencia* de la primera respecto a los hombres que reciben en sí el fruto de la Redención ya realizada. Es la única vez que se nombra expresamente el Cuerpo Místico en torno a esta cuestión, si bien se habla después de los miembros que se benefician de la gracia alcanzada por la Cabeza.

¹⁵⁰Aquí una referencia a Santo Tomás: *Sum. Theol.*, III, q. 8, a. 3, de la que no parecen asumirse claramente sus conclusiones con respecto al Cuerpo Místico.

*personas humanas hace posible su sacrificio redentor 'por todos'.*¹⁵¹ Que no deja de producir la impresión de que se trata de una ambigua afirmación del Papa, ya que no parece correcto decir que el Verbo, o la Persona divina del Hijo, *subsiste* en Cristo. El Verbo no *subsiste* en Cristo, sino que Cristo *es* el Verbo; el Verbo hecho Hombre, por supuesto. El significado del verbo *subsistir* en castellano (existir todavía, vivir), así como el del verbo *subsistere* latino (detenerse, subsistir; continuar en vigor, ya en el latín de la decadencia) hacen poco aconsejable el uso del vocablo en este lugar, en cuanto que puede conducir a interpretaciones poco acordes con la Fe. Resulta difícil comprender la oportunidad de la cita en el texto del Manual, como no sea para subrayar el *por todos*; una expresión que, utilizada incorrectamente, puede conducir a ambigüedades e incluso a afirmaciones al margen de la Fe, como sucede con las teologías rahnerianas. Y continúa el Manual: *La solidaridad y capitalidad de Cristo sobre todos los hombres es, pues, consecuencia de la misma encarnación del Verbo: del Verbo eterno en el que el Padre "dice" todas las criaturas (creación "por" y "en" el Verbo, según Jn 1:3 y Col 1: 16-17), y que al hacerse hombre "abraza", ante el Padre, a todos los hombres.*

La asunción de los pecados de la raza humana, gracias a su *solidaridad* con Cristo como otro ser humano más o como nuevo Adán, es una explicación quizá susceptible de mejora. Puesto que la idea de la *solidaridad* es lo suficientemente evanescente como para desconfiar de ella, parece preferible utilizar una *referencia y una relación claras* a la realidad del Cuerpo Místico. Con lo que posiblemente nos situamos en terreno más próximo a la doctrina de Santo Tomás.

El Amor como Abismo Insondable solamente puede ser conocido por el hombre en la misma medida (limitada) en que puede conocer a Dios, que es el Amor mismo (1 Jn 4:8). De ahí que, siendo el Amor Totalidad o Plenitud, tales notas o cualidades sigan perteneciendo al concepto de amor creado, siquiera como formas participadas y analógicas del divino.

¹⁵¹Juan Pablo II, *Discurso*, 26.X.1988., n.5, *Insegnamenti*, XI, 3 (1988), 1332. El *por todos* del final del texto está subrayado en el Manual.

El conocimiento de Dios significa conocimiento del Amor, y viceversa; puesto que Dios es Amor (1 Jn 4:8). De donde renunciar al Amor equivale a dejar de conocer a Dios. El Demonio quedó privado del verdadero conocimiento de Dios en el instante en que, al encerrarse en sí mismo y decidirse por su propio yo, se hurtó a la posibilidad de entregarse a otro. Ya que en eso estriba la esencia del Amor: en la renuncia a uno mismo para entregarse al otro; y además en totalidad, puesto que el Amor no entiende de parcialidades. Desde entonces el Demonio, si bien no puede dejar de creer en Dios (San 2:19), en realidad no lo conoce sino a través del odio, que es lo más opuesto al Amor. De ahí que ahora *no pueda entender* lo que es el Amor.¹⁵² Su conocimiento de esta realidad es exactamente como el que tiene de Dios: un conocimiento *al revés* y des-naturalizado.¹⁵³

Afirmar que dejar de creer en el Amor es algo más que alarmante, es decir muy poco. Puesto que, en realidad, es *absolutamente lo peor* que puede ocurrirle a un ser humano, después de haberse revuelto contra su propia naturaleza y contra aquello para lo que fue creado.

Y aquí habría que aludir a un hecho escalofriante. Si la Iglesia, al cabo de más de veinte siglos y en contra de un precepto considerado de Derecho divino, ha admitido el divorcio (aunque lo denomine con otro nombre), es porque ha dejado de creer en el Amor. El cual había sido considerado siempre como totalidad y perennidad, reluctante por lo tanto a admitir condiciones de ninguna clase puesto que, al fin y al cabo, también el amor creado es una participación del Amor Divino, que en último término se identifica con el Dios que es Amor (1 Jn 4:8). Pero el divorcio se hace posible desde el momento en que ya no se reconoce ese concepto del Amor. Ahora bien —y esto es lo verdaderamente grave—, si se ha dejado de creer en el Amor es que se ha dejado de creer en Dios. *Lo cual significaría, ni más ni menos, que la Iglesia habría perdido la Fe.*

Por supuesto que siempre podrá decirse con razón que la Iglesia como tal no puede desaparecer ni perder la fe. Cosa que es cierta si la referencia se hace con respecto a la Iglesia como tal, y no a tantos de sus miembros que, por haber caído en una apostasía que bien puede ser llamada universal, efectivamente han perdido la fe. Por lo que sería más correcto decir que *en la Iglesia se ha perdido la Fe.*

¹⁵²Por eso decía Santiago que los demonios creen en Dios y se estremecen. Pero sabemos bien que tales estremecimientos, producidos por la rabia y el miedo, no pueden proceder del Amor (1 Jn 4:18).

¹⁵³No debe olvidarse que San Juan establece un paralelismo entre el conocimiento de Dios y el del Amor (texto citado).

El Nuevo Orden de la *fraternidad universal*, propugnado por la Masonería como una sustitución del Amor, es otra utopía. No es que pueda decirse que va a fracasar, puesto que para eso tendría que haber visto la luz primeramente. Lo cual es algo que ni ha ocurrido ni ocurrirá nunca. Si para la Masonería la Religión no es más que una vulgar superstición, propia de tiempos pretéritos de oscuridad y de ignorancia, es lo cierto que, de una manera o de otra, la Religión ha existido durante un tiempo que viene a coincidir con la historia de la humanidad. . . , con bastantes probabilidades de que lo siga haciendo a pesar de la depresión que actualmente sufre. Mientras que la fraternidad universal, considerada como la panacea de todos los bienes y el remedio de todos los males, no ha pasado nunca de ser otra memez de las muchas imaginadas por los hombres del mandil. . . , sin perspectivas en el horizonte de que la cosa vaya a ser de otra manera. Prueba de ello es, entre otras, el fracaso de la así llamada *solidaridad*, nuevo truco de magia inventado para sustituir al concepto de *caridad*, y que ha sido aceptado universalmente incluso por la Iglesia Católica; pero que no es sino un mero *flatus vocis* cuya efectividad no pasa del sonido que se produce al pronunciarlo. En realidad ya San Pablo había aludido a lo anodino del ruido producido por instrumentos como las campanas o los címbalos: afecta al tímpano por unos segundos para desvanecerse enseguida (1 Cor 13:1). En la sociedad moderna, la palabra *solidaridad* ha quedado reducida a una voz sin contenido, utilizada principalmente por los políticos para engañar a los bobos. Y también por la Teología y la Jerarquía Eclesiástica *progres*, obedeciendo seguramente a las exigencias de su conocido complejo de inferioridad y de temor ante el Mundo; algo a lo que, por desgracia, se sienten incapaces de abandonar. Pero, la verdad sea dicha, nadie cree en la famosa solidaridad como no sea para hablar de ella. Lo mismo que sucede con Papá Noel, que nadie sabe quién es o qué significa; pero que sirve como instrumento para potenciar las ventas de los grandes almacenes, para engañar a los lelos y también para distraer a los niños. Por cierto que también utiliza una campanilla, a la que hace sonar incansablemente; quizá para conseguir que, huyendo de la molestia del ruido, circulen más aprisa los viandantes que deambulan por las aceras.

Jesucristo derramó su sangre por todos los hombres (1 Tim 2:4), aunque de hecho no todos se salvan: *qui pro vobis "et pro multis" effunditur. . .* (Mt 26:28; Lc 22:20). Acerca de lo cual la teología neomodernista parece no estar de acuerdo, ni con los textos de la

Escritura ni con el Magisterio y enseñanza de la Iglesia a lo largo de más de veinte siglos. Por eso ha cambiado la expresión *multis* (muchos) por la de *omnibus* (todos), sustitución cuyo fundamento nadie ha explicado de modo satisfactorio. Algunos insinúan que no es sino un corolario de la teoría rahneriana de la salvación universal (todo el mundo es cristiano y todo el mundo se salva); e incluso llegan a dudar de la validez de la consagración del vino en la nueva Misa de Pablo VI (llamada ahora Eucaristía). Conclusión esta última que, si bien parece ir demasiado lejos, no deja de ser preocupante que personas serias la sostengan. A este propósito, es interesante anotar que, según testimonio del P. Malachi Martin, antiguo profesor del Pontificio Instituto Bíblico, exorcista oficial de la Santa Sede durante años y experto reconocido en el tema, quienes realizan cultos satánicos, con burla y graves profanaciones de la Santa Misa y de la Eucaristía, utilizan siempre el Rito Romano y nunca el del Vaticano II o de Pablo VI, por no considerar a este último como verdadera Misa.¹⁵⁴

La idea del Cuerpo Místico es diferente del concepto jurídico de *subrogación*. Ya que aquí no se trata de tomar el lugar de otra persona, ya sea física o moral, tanto en sus derechos como en sus obligaciones; sino de tomar sobre sí, como si fueran propios, los delitos que otros han cometido. Bien entendido que no se trata meramente de *cargar con la responsabilidad de hechos ajenos* con los que nada se tiene que ver, sino de asumirlos como propios. Lo cual es posible en la Historia de la Salvación gracias a Jesucristo, desde el momento en que los culpables son miembros de un mismo Cuerpo cuya Cabeza

¹⁵⁴De hecho, la Santa Sede concedió un plazo de dos años para que las Conferencias Episcopales de cada país corrigieran los correspondientes formularios (17, Octubre, 2006). Precepto del que extrañamente, al menos hasta el momento (comienzos del 2009), nadie se ha hecho eco; por lo que actualmente yace en el más completo de los olvidos.

es Él: *Porque así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, aun siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo... Pues tampoco el cuerpo es un solo miembro, sino muchos... Si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Ciertamente muchos son los miembros, pero uno solo el cuerpo... Vosotros sois cuerpo de Cristo y cada uno un miembro de él.*¹⁵⁵

Donde son de destacar dos cosas en el texto paulino:

En primer lugar, el hecho de que todos los que pertenecen a la Iglesia integran y forman *un solo Cuerpo*. El cual es conocido como el Cuerpo Místico de Cristo.

En segundo lugar, la realidad de que, a pesar de formar un solo Cuerpo, los miembros son distintos unos de otros y dotado cada cual de su propia individualidad (personalidad).

Todo parece discurrir como si el Apóstol deseara insistir en la peculiaridad de ambas cosas: se trata de *un solo y mismo Cuerpo* (a); aunque formado por miembros diferentes y distintos, constituidos *cada uno como persona* (b).

En cuanto a lo primero (a), el hecho de que los cristianos formen un solo Cuerpo con Cristo como Cabeza, legitima la doctrina según la cual Cristo *asume* como propios los pecados de los hombres. Puesto que, al fin y al cabo, se trata de *miembros de su propio Cuerpo*. Quienes no pertenecen al Cuerpo Místico, están no obstante llamados a integrarse en Él (1 Tim 2:4), manteniendo siempre firme el hecho de que no todos los hombres se salvan.

Para Santo Tomás, todos los hombres desde Adán pertenecen al Cuerpo Místico al menos *in potentia*. Aunque solamente se salvan los que de hecho, o *in actu*, llegan a pertenecer a él y mientras permanezcan en él: *Los miembros del cuerpo natural coexisten todos al mismo tiempo, no así los del Cuerpo místico;*

¹⁵⁵1 Cor 12: 12.14.19–20.27.

y ésta es la diferencia entre el cuerpo natural del hombre y el Cuerpo místico de la Iglesia. La no coexistencia de los miembros del Cuerpo místico la podemos considerar, ya por relación a su ser natural —la Iglesia, en efecto, se constituye por los hombres que existieron desde el principio hasta el fin del mundo—, ya por relación al ser de la gracia; y así entre los miembros de la Iglesia, aun entre los que viven en un mismo tiempo, hay quienes no poseen la gracia, pero que la poseerán; mientras que otros ya la poseen. Así pues, se han de considerar como miembros del Cuerpo místico no sólo quienes lo son en acto, sino también aquéllos que lo son en potencia. Entre estos últimos hay quienes jamás han de pertenecer en acto al Cuerpo místico; pero hay otros que pertenecerán en un momento dado, según un triple grado: por la fe, por la caridad en esta vida, por la bienaventuranza en el cielo.

Considerando en general todas las épocas del mundo, Cristo es Cabeza de todos los hombres, aunque en grado diverso. En primer lugar y principalmente, es Cabeza de quienes “actu” (actualmente) están unidos a Él en la gloria. En segundo lugar, es Cabeza de aquéllos que están actualmente unidos a Él por la caridad. En tercer lugar, es Cabeza de todos aquéllos que están unidos a Él por la fe. En cuarto lugar, es Cabeza de quienes están unidos a Él sólo “potentia” (en potencia) y que, según los designios de la predestinación divina, han de pertenecer en acto en un determinado momento. Por último, es Cabeza de todos los que están unidos a Él en potencia y jamás lo han de estar en acto, y tales son los hombres que viven en este mundo y que no están predestinados. Cuanto a estos últimos, desde el momento en que abandonen este mundo, ya no serán miembros del Cuerpo de Cristo, pues ya no estarán en potencia para serle unidos.¹⁵⁶

La salvación es un libre *requerimiento* de Amor que, como es lógico, espera una respuesta de aceptación también libre, desde el momento en que la libertad pertenece a la esencia del Amor (2 Cor 3:17). Pero la posibilidad de una aceptación en libertad supone inexorablemente la posibilidad de un rechazo, también en libertad.

Por lo demás, si los hombres no formaran con Cristo un solo y mismo Cuerpo, quizá algo así como si solamente los uniera una cierta

¹⁵⁶Santo Tomás de Aquino, *Sum. Theol.*, III, q. 8, a. 3, *Respondeo*. Según la Encíclica *Mystici Corporis Christi* (n. 12), de Pío XII, Cristo fue constituido Cabeza *de toda la familia humana* ya desde el seno de la Virgen; aunque fue por el poder de la Cruz como el Salvador hace plena realidad su oficio de Redentor.

solidaridad (aun siendo Cristo la Cabeza de la raza humana), sería más difícil explicar el hecho de hacerse Cristo cargo de los pecados de los hombres como propios.

En cuanto a lo segundo (b), San Pablo tiene buen cuidado de subrayar la individualidad y peculiaridad (personalidad) de cada miembro del Cuerpo. El Cuerpo efectivamente es *uno*, pero los miembros son *muchos*. Los textos del capítulo 12 de la *Primera a los Corintios* son claros: *Pues tampoco el cuerpo es un solo miembro, "sino muchos" (v. 14); Dios dispuso "de cada uno" de los miembros en el cuerpo como quiso (v. 18); Para que no haya división en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocupen por igual "unos de otros" (v. 25); Vosotros sois cuerpo de Cristo, y "cada uno" un miembro de él (v. 27); Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, y no todos los miembros tienen la misma función. . .*¹⁵⁷

El hecho de que cada uno de los miembros del Cuerpo Místico sea una persona hace posible que puedan ser reconocidos individualmente, en su condición de pecadores primeramente y de rescatados después. Las *acciones*, buenas o malas, son siempre imputables a las *personas*, y nunca a las cosas o a los Organismos como tales.¹⁵⁸ Antes solamente existía la raza y los descendientes de Adán, de la que también Cristo forma parte como Cabeza y como Hombre verdadero que es. Pero ahora, gracias a Él y *mediante la unión con Él*, los hombres han sido constituidos además en un verdadero Organismo o Cuerpo cuya Cabeza también es precisamente Él; y ahora más que nunca, en cuanto que se trata de un verdadero Organismo o Cuerpo. A su vez tal Cuerpo adquiere su plena efectividad una vez que quienes lo

¹⁵⁷ Ro 12:4.

¹⁵⁸ Al final será juzgada la entera raza humana, aunque no globalmente como un Organismo, sino individual y personalmente cada uno de sus miembros: *Y os daré a cada uno según vuestras obras* (Ap 2:23. Cf Eco 11:28; Sal 62:13; Mt 25:15; 1 Cor 3:13; Ga 6: 4-5; 1 Pe 1:17).

integran han sido redimidos. Si antes solamente existía una raza de hombres descendientes de un padre común, sin otro vínculo de unión que el que se deriva de esa condición, ahora esa raza ha sido constituida en un mismo y solo Organismo cuyos miembros son algo más que solidarios: *Para que no haya división en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocupen por igual unos de otros* (1 Cor 12:25). Por fin se ha hecho posible el verdadero Amor, originado en la Cabeza y difundido a los miembros; y por fin ha quedado atrás definitivamente el evanescente y volátil sucedáneo llamado solidaridad.

Hay que tener en cuenta que Cristo *cargó*, como si fueran suyos, con los pecados y miserias de todos los hombres. Se hizo pecado por nosotros, según expresión del Apóstol, *pero no pudo tomar sobre sí la condición de pecador*.¹⁵⁹ Y de ahí que el mismo Apóstol añada que Cristo nunca conoció el pecado: *Eum, qui non noverat peccatum, pro nobis "peccatum fecit", ut nos efficeremur iustitia Dei in ipso*.¹⁶⁰ Por su parte, San Pedro también subraya que Jesucristo nunca fue pecador: *Qui peccatum non fecit, nec inventus est dolus in ore ipsius*.¹⁶¹

He aquí, por lo tanto, dos afirmaciones claras y aparentemente contradictorias: Cristo se hizo pecado por nosotros; aunque jamás conoció el pecado. El problema consiste aquí en explicar, hasta donde sea posible, el misterio de Fe: Cristo se hizo pecado por nosotros, aunque jamás conoció ni siquiera la sombra del pecado. Planteada la cuestión de manera más asequible diría así: ¿Cómo se puede cargar con los pecados de otros, hasta el punto de *hacerse pecado*, sin ser pecador? ¿Qué puede significar la expresión paulina de *hacerse pecado*?

¹⁵⁹ *Quis ex vobis arguit me de peccato?* (Jn 8:46).

¹⁶⁰ 2 Cor 5:21.

¹⁶¹ 1 Pe 2:22.

Ante todo, tal vez convenga insistir en que se trata de un misterio de Fe; uno más de los que integran la parte de la ciencia teológica llamada Cristología. Y de ahí que solo podamos pretender hallar aproximaciones al problema. En la esperanza de que sean capaces de acercarnos más al conocimiento y Amor de nuestro Salvador.

Hay que tener en cuenta que cada uno de los miembros del Cuerpo Místico, incluido Cristo, es una persona. Y por lo tanto absolutamente responsable de sus acciones, buenas o malas; ella y solamente ella: *Actiones sunt suppositorum* (las acciones se atribuyen a las personas), decía la Filosofía clásica. De donde se deduce que Cristo, como Cabeza del Cuerpo al mismo tiempo que Persona, puede hacerse con los pecados de los miembros de su Cuerpo (al fin y al cabo es su propio Cuerpo), pero nunca con su *autoría*, en cuanto que cada pecado es imputable a la persona que lo cometió y solamente a ella. Sin embargo esta afirmación, aparentemente al menos, explicaría el hecho de que Cristo cargara con la *responsabilidad* de los pecados de los hombres, pero no que se hiciera pecado por ellos. Y parece que los textos revelados van más allá de lo que significaría una mera atribución de responsabilidades.

La explicación, hasta donde sea posible encontrarla o de profundizar en ella, nos conduciría quizá de nuevo al Misterio del Cuerpo Místico, insistiendo en lo ya dicho. Dado que es su propio Cuerpo, los pecados cometidos por sus miembros *son realmente suyos*, en el sentido de que le pertenecen, lo que va mucho más allá de lo que exige el concepto de mera responsabilidad. Tal *responsabilidad* no es el *acto*, sino una condición inherente a él. A su vez ella hace posible el *mérito o el demérito*, que tampoco se identifican con el acto sino que son distintos, lo mismo que el *premio o el castigo* al cual conducen. El acto en sí puede hacerlo suyo otra persona, aunque no la *autoría* (lo que supondría una mentira); por lo tanto tampoco la responsa-

bilidad, ni el mérito o demérito, que son todos intransferiblemente personales. Aunque al ser destruido el acto, la responsabilidad que se derivaría de él ya no es imputable a aquél o aquéllos que lo realizaron. Así no es posible atribuir los pecados a Cristo como su autor, puesto que cada uno de los miembros del Cuerpo es una persona distinta (también Cristo), y responsable única por lo tanto de sus propias acciones. Que otro asuma sobre sí la carga negativa que pueda derivarse de ellas, no elimina la condición de que las acciones *sean propias* de cada uno e *intransferibles* en cuanto tales.¹⁶² Si alguien las toma sobre sí por Amor, para salvar a los culpables, no hace otra cosa que sumergirlas *personalmente* en tal Amor y convertir en justicia y gloria, por la fuerza misma del acto amoroso, lo que era pecado y miseria. Cosa más que posible cuando se trata de un Amor infinito.¹⁶³ Pues así como el Odio nada puede contra la fuerza creadora y transformadora del Amor (al igual que la Nada es incapaz de actuar o de influir en el Ser), por eso mismo es el Amor el creador de todas las cosas, desde el momento en que todas fueron hechas por Él, para Él y desde Él.

El Mundo, sojuzgado como está por Satanás, Padre de la Mentira y Mentiroso desde el principio, incapaz por lo tanto de ver las cosas como son, las contempla siempre *al revés*. Al hombre malvado, por ejemplo, lo ensalza y enaltece hasta el máximo posible, presentándolo como el ideal al que se debe aspirar. Por el contrario, al honrado lo denigra y tilda de abyecto, considerándolo como aberración. Y lo más extraordinario del caso es que acaba creyéndose a sí mismo, convencido por completo de sus propias mentiras. Por eso nunca puede apreciar la realidad de las cosas y, menos aún, el verdadero ser del

¹⁶²Y aquí entraría en funciones el concepto filosófico de persona.

¹⁶³*Habiendo (Cristo) amado a los suyos... , los amó "hasta el fin" (Jn 13:1).*

hombre. Así se encuentra impedido de conocer, y aún siquiera de sospechar, la *infinita tristeza* en la que vive; a saber: sumergido de lleno en la *Mentira*, como aire que respira o caldo de cultivo del que se alimenta, y convencido de que solamente él está en la *Verdad*. Pero vivir en la contradicción es vivir des-naturalizado o, aún peor, puesto que es hacerlo en contra de la propia naturaleza (*contra natura*). Así es como el hombre perverso o Mentiroso (que viene a ser la misma cosa), mediante su enemiga y guerra declarada al *Ser*, ha optado definitivamente por lo *Opuesto-al-Ser*. Sin embargo hasta aquí llega la contradicción y el Absurdo; pues siendo el Ser lo contrario de la Nada, la Nada en cambio no puede ser lo contrario al Ser, por la simple y sencilla razón de que no es nada. De donde quien ha hecho su opción por la Mentira¹⁶⁴ se encuentra en la línea divisoria entre la Nada y lo Opuesto al Ser; aunque para ello sea preciso suponer que existe tal delimitación. Si pues la actitud de quien ha elegido la Mentira anda lejos de ser una mera ilusión, será preciso reconocer en ella una realidad, de la especie que sea. ¿Y qué clase de entidad habrá que reconocer en una postura contraria al Ser? Puesto que parece indudable que la tiene. Para cuya respuesta quizá sea posible encontrar un principio de solución en el hecho de que el Ser (Infinito) es Dios; y Dios, como se sabe, además de la Verdad Infinita, es Amor Infinito, o sencillamente Amor. Luego lo más contrario y opuesto al Ser será seguramente lo Opuesto-al-Amor, mejor conocido como el Odio, con lo que quedaría explicado el aborrecimiento del malvado a todo lo divino. Dado que el *Ser* como tal es Dios, se comprende el odio del hombre perverso a lo divino. Con lo que queda reducido el problema a la necesidad de atribuirle una entidad al Odio: cuestión seguramente insoluble para el ser humano, en cuanto que se trata de un Misterio abismal enmarcado en otro Misterio aún mayor y

¹⁶⁴ *Cambiaron la verdad de Dios por la mentira* (Ro 1:25).

contenido dentro del ámbito de lo llamado por la Biblia *profundidades de Satán* (Ap 2:24). Llegar hasta su fondo supondría algo así como llegar a alcanzar las profundidades de su contrario, que es el Amor Infinito. E igualmente se puede decir que, puesto que el Ser es el *Absoluto*, el hombre malvado ha hecho su opción por lo *Relativo*; el cual, también por naturaleza, nada es en sí mismo ni menos aún es la Totalidad, y de ahí la sensación de vacío y angustia que siempre acompaña a la maldad. Por las mismas razones, el hombre malvado es enemigo mortal de *los hechos* (realidad), a los que odia absolutamente (*...y si los hechos están contra nosotros, peor para los hechos*, decía Lenin) optando más bien por un mundo de fantasía y de imaginación acerca de cosas inexistentes (utopías), aun sabiendo que no son reales. Nada tiene de extraño que parte del castigo que corresponde a la pena de daño, a sufrir en la condenación eterna del Infierno, consista en eso: en obligar al réprobo, que siempre optó por la Mentira, a que admita y reconozca una inflexible Verdad: la de que ahora se encuentra él mismo, y para siempre, rechazado y fracasado hasta el paroxismo y obligado a reconocerlo así como su *Única Verdad*, sin poder ya *jamás* acogerse a la Mentira. Sobrecolector y espantoso castigo para aquél a quien soportar la Verdad supone un tormento mucho mayor que el de sufrir el Fuego. Ahora comprende el réprobo que *su verdad* no era sino *su Mentira*, que es lo más contrario al Ser, para deducir que su vida no ha sido tal vida y que su existencia tampoco ha sido tal existencia. En cuanto a la realidad de ese algo que es lo contrario-al-ser, y puesto que no es la Nada, ¿en qué puede consistir y cuál es su propia entidad? Pero evidentemente, sea cual fuere, tendrá que ver con el Odio y solamente con el Odio. Odio que, *ratione termini* (puesto que es contra Dios), es también infinito; para el que no queda sino decir que su misterio es tan imposible de explicar, *sensu contrario*, como el misterio del

Amor Infinito. ¿Y en qué consistirá una existencia eterna alimentada por la llama inextinguible de un Odio Infinito? Por supuesto que no es posible saberlo, aunque algo se puede afirmar con seguridad; pues dado que el Odio Infinito es también el Anti-Amor, y puesto que el Amor consiste en salir de sí mismo para entregarse al otro y recibirlo a su vez, tal existencia habrá de consistir necesariamente en una cárcel de máxima seguridad en la que el condenado jamás podrá salir ya de sí mismo, ni ser capaz de dirigirse a alguien para pronunciar un *tú*. Incluso ha quedado encerrado en una eterna soledad en la que ni siquiera podrá pensar en sí mismo como un *yo*, el cual, como persona, o bien no existe ya como tal, o bien ha quedado enteramente des-naturalizado.¹⁶⁵

¿Y en cuanto a los discípulos y seguidores de Jesucristo...?

Como tales, están llamados a compartir la vida y la existencia de su Maestro. Su vida ya no es propiamente suya, o la que ellos hubieran vivido, sino la de su Maestro: *Quien encuentre su propia vida la perderá; pero quien pierda su vida por mí, la encontrará...*¹⁶⁶ *El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él...*¹⁶⁷ *Igual que el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así, aquél que me come vivirá por mí...*¹⁶⁸ *Vivo yo, pero ya no soy yo, sino que es Cristo quien vive en mí.*¹⁶⁹ Acerca de las repercusiones que esta doctrina puede tener en cuanto al hecho de que Cristo *se hizo pecado* por los hombres, y la necesidad de que sus discípulos le sigan también en esto, hablaremos ahora.

¹⁶⁵La cuestión de la personalidad de los condenados es más que dudosa, en cuanto que la persona fue hecha para amar. Pero, aun sin negarla, es evidente que habrá de consistir en una entidad contrahecha, o *contra natura*, en la que hablar de desgarramiento o de esquizofrenia aún sería hacerle favor.

¹⁶⁶Mt 10:39.

¹⁶⁷Jn 6:56.

¹⁶⁸Jn 6:57.

¹⁶⁹Ga 2:20.

Aunque primero es conveniente hacer una advertencia con respecto a la poca consistencia de las doctrinas, del *Sé tú mismo*, ahora tan de moda. Como ya se ha visto, el hombre alcanza su plena madurez e identidad no cuando vive su propia vida, sino la de Jesucristo. La consigna de ser *uno mismo* parece más bien inducir a encerrarse en el propio yo como medio de auto realización, desentendiéndose de todo lo demás.¹⁷⁰

Que el discípulo de Jesucristo solamente vive su propia vida cuando renuncia a ella para vivir la del otro, en este caso la de su Maestro Jesucristo, no debiera parecer extraño desde el momento en que es consecuencia de las exigencias del Amor. *Solamente se alcanza la verdad de la propia vida cuando se vive la de otro*. Para entender lo cual ha de tenerse en cuenta que la naturaleza del hombre ha sido creada para amar; por lo tanto para *salir de sí misma* y entregarse voluntariamente al otro. Y como el Amor es recíproco y bilateral, al mismo tiempo que quien ama entrega su vida recibe la del otro término opuesto de la relación de Amor. De manera que, como ha sido creado precisamente para eso, su existencia solamente queda autenticada cuando no es la propia. Entendiendo aquí por *la suya propia* lo que el individuo hubiera hecho si, después de haberla recibido, acompañada de los correspondientes dones, hubiera dispuesto de ella a su manera según su propia voluntad. Con lo cual, no solamente habría antepuesto esa voluntad propia a la del otro término de la relación de Amor, sino que incluso le habría dado de lado prescindiendo de ella.

Que el cristiano está llamado a compartir la existencia de Jesucristo y por lo tanto sus sufrimientos y su muerte, está claramente afirmado en tono sumamente fuerte por el mismo San Pablo: *Aho-*

¹⁷⁰ Parece recordar esta doctrina la de los *personalistas* franceses y alemanes, según la cual la *propia verdad* es el único fundamento seguro de la existencia.

*ra me alegro de mis padecimientos por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia...*¹⁷¹ *Y, de este modo, lograr conocerle a él y la fuerza de su resurrección, y participar así de sus padecimientos, asemejándome a él en su muerte.*¹⁷²

Luego también los discípulos están llamados a *hacerse pecado* por sus hermanos los hombres. Aunque de un modo peculiar, en el que también hay que tener en cuenta la doctrina de la participación. Pero, ¿de qué modo comparten esa condición con su Maestro Jesucristo?

Los cristianos vivimos hoy, tal vez, la época más turbulenta que la Iglesia haya conocido a lo largo de su Historia. Si es que no nos encontramos ya en los Últimos Tiempos, los acontecimientos parecen empeñarse en hacer que lo creamos.¹⁷³ La Iglesia se encuentra sufriendo una profunda crisis: las herejías, más o menos expresas o más o menos disimuladas, campan por sus respetos; el Magisterio no es escuchado por casi nadie y con frecuencia parece permanecer silencioso; la confusión se extiende; las deserciones y apostasías continúan en número ascendente; mientras que la Mentira y el Mal extienden su poder por todas partes al mismo tiempo que el Gran Mentiroso, o Satanás, parece haberse erigido al fin en el único Señor del Mundo (Ap 13:7; 20:7).

¹⁷¹Col 1:24. Como puede verse, lo que aquí se dice no es sino la aplicación de la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo: los miembros participan del destino de la Cabeza.

¹⁷²Flp 3:10.

¹⁷³Ya se sabe que el evento de los Últimos Tiempos es algo relativo dentro la Historia. La verdad es que la *Novissima Hora*, según expresión de San Juan (1 Jn 2:18), ya está aquí, tal como reconoce expresamente el mismo Evangelista. Si acaso, cabría hablar de la culminación de los Últimos Tiempos, o del momento de la Parusía o final de la Historia.

El Bien es rechazado de manera constante en casi todos los lugares. Los pocos cristianos que aún permanecen firmes en la fe se batan en retirada en ánimo de derrota. Sabemos sin embargo que la Iglesia no desaparecerá (Mt 16:18), aunque al final de la Historia se encontrará reducida a su mínima expresión (Lc 18:8). Es cierto que por ahora, *al menos hacia afuera*, continúan todas las Instituciones y funcionan todos los estamentos; y hasta con mayor esplendor y eficacia que nunca, según muchos (la *Primavera eclesial*). Pero quienes piensan seriamente, sin dejarse engañar, saben que estamos ante un puro decorado de escenario: simple apariencia del lado que contemplan los espectadores pero sin contener nada detrás; puro y abundante *show* con poco o sin ningún contenido. Quedan efectivamente pequeños grupos, corpúsculos de verdaderos cristianos por aquí y por allá, y que en la mayoría de los casos se sienten desamparados. La *vida cristiana* y la predicación del Evangelio se han esfumado. Y todo para dar paso al lenguaje cuidado de los discursos inocuos, que no es otro sino el que procura por todos los medios no disgustar al Mundo: ¡El Pregón de las Bienaventuranzas, junto a la Promulgación del Mandamiento Nuevo, sustituidos por la Proclama del *Diálogo*, de la *Solidaridad* y de la *Tolerancia*. . . ! Todo hace pensar que probablemente Jesucristo equivocó su Mensaje.

Con todo, o quizá por eso, existe una circunstancia verdaderamente feliz. Pues a los pocos cristianos que aún permanecen les ha correspondido ser los más afortunados de la Historia de la Iglesia. Es cierto que el Mundo los desprecia y que son vejados en todas partes con más intensidad que nunca; y precisamente por esa misma razón son los más agraciados. Se cumplen en ellos, pero ahora con más verdad que jamás lo haya sido, las palabras que San Pablo aplicaba a los de su tiempo: *En calumnia y en buena fama; como impostores, siendo veraces; como desconocidos, siendo bien conocidos; como mo-*

*ribundos, y ya veis que vivimos; como castigados, pero no muertos; como tristes, pero siempre alegres; como pobres, pero enriqueciendo a muchos; como quienes nada tienen, aunque poseyéndolo todo.*¹⁷⁴

Tamquam nihil habentes et omnia possidentes. He ahí una de las frases más bellas y profundas escritas por el Apóstol; y de las que más llenan de perplejidad al Mundo.¹⁷⁵ Que no puede comprender que el cristiano sea el único ser humano capaz de alcanzar *el todo* (el único sentido de la existencia y la clave exclusiva de la felicidad), una vez sumido en *la nada* después de haber entregado por amor la totalidad de lo que era y de lo que poseía: *El que pierda su vida por mí, la encontrará.*¹⁷⁶

Y he aquí la razón de su Alegría. Pues si han alcanzado el *Todo* es porque les ha sido otorgado, más que a todos los demás, compartir con mayor intensidad la Pasión y la Muerte de Cristo. Pues el secreto de la mayor Felicidad pasa siempre por el camino previo y obligado del Mayor Dolor.

Lo cual, a su vez, carecería de sentido si, en último término, no se tratara de *compartir la existencia del Amado*. Pues en eso, y no en otra cosa, consiste la Alegría Perfecta: en vivir la misma vida del Amado. Lo cual significa palpar con Él, vivir sus propios sentimientos y compartir su propio sentir, estar con Él (importa poco si para gozar o para sufrir) y, en definitiva, entregarse a Él y recibirlo a su vez: *vida por vida*. En cuanto a lo de entregarlo todo, es para pensar que sería cosa aún más maravillosa que la de recibirlo; según aquello de *beatius est magis dare quam accipere* y de no ser porque es de precepto incidir en que Él haga lo mismo.

¹⁷⁴2 Cor 6: 8-10.

¹⁷⁵Hemos dicho a menudo que el Cristianismo está lleno de paradojas. Las cuales no son sino realidades que, por exceder en maravilla y magnificencia al pobre entendimiento humano, aparecen ante él como *desconcertantes*.

¹⁷⁶Mt 19:39.

Dado que el Amor —¿habrá que decirlo de nuevo?— siempre es bilateralidad y reciprocidad: ¡Pues Él también quiere amar, además de ser amado...! La esposa del *Cantar* siempre habla en este sentido obligado de reciprocidad, *pues no se puede amar sin ser amado*; y por eso dice:

*Mi amado es para mí y yo soy para él.*¹⁷⁷

*Yo soy para mi amado y mi amado es para mí.*¹⁷⁸

El Amado no podría ser para ella si ella, a su vez, no fuera para el Amado. Y si el hombre no hubiera sido hecho para amar no valdría la pena que hubiera sido creado. Pero el Amor supone necesariamente la *pérdida* de uno mismo, a fin de hacer posible —único modo y manera— el *encuentro* con el Amado:

*Pues ya si en el ejido
de hoy no fuere más vista ni hallada,
diréis que me he perdido;
que andando enamorada,
me hice perdidiza, y fui ganada.*¹⁷⁹

¹⁷⁷Ca 2:16.

¹⁷⁸Ca 6:3.

¹⁷⁹San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

*... Al que venza
le daré a comer del árbol de la vida
(Ap 2:7)*

IV

LA VICTORIA CRISTIANA

La victoria es la consumación normal de la existencia cristiana: *In reliquo reposita est mihi iustitiæ corona, quam reddet mihi Dominus in illa die...*¹

Pero *normal* no quiere decir que siempre suceda. Más bien lo contrario; en el sentido de que si la victoria es la culminación feliz de un combate a favor de alguien, es preciso admitir también que ha existido previamente el riesgo de una posible derrota. *Normal* quiere decir, por lo tanto, que puede suceder y puede no suceder; si bien es más propio a la naturaleza del caso en cuestión el que de hecho suceda. Para San Agustín no hay corona sin victoria, y no hay victoria sin lucha; y por eso llega a decir, en uno de sus tratados, que *la corona de la victoria se ha prometido solamente a los que combaten*.² De ahí la promesa del Espíritu al Ángel de la Iglesia de Éfeso: *Al que venza le daré a comer del árbol de la vida que está en el paraíso de Dios*.³

Pero si la victoria, a la que normalmente está destinado el cristiano, es el resultado feliz de un previo combate, no hay sino decir

¹2 Tim 4:8.

²San Agustín, *De Agone Christiano*, 1.

³Ap 2:7. Promesa semejante se le hace también, en otros términos, al de la Iglesia de Pérgamo (Ap 2:17).

que la lucha es condición *obligada* para todo hombre que viene a este mundo: *¿Acaso no es milicia la vida del hombre sobre la tierra, y sus días como los del jornalero?*⁴ Y más especialmente para el cristiano. Como reconocía expresamente San Pablo, advirtiendo de paso que las armas a utilizar por el discípulo de Jesucristo no son las propias del Mundo o carnales: *Porque, aunque vivimos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestro combate no son carnales, sino que Dios las hace poderosas para derribar fortalezas.*⁵

Que la situación del hombre y más especialmente del cristiano, durante su peregrinaje terreno, es de constante lucha, es cosa patente en todo el Nuevo Testamento; y de ahí las continuas exhortaciones a permanecer vigilantes.⁶ El *homo peregrinus* pertenece todavía al estadio de la Iglesia llamado *Militante* o *Iglesia que lucha*; mientras que el de la Iglesia *Triunfante* está formada por aquéllos que vencieron definitivamente después de haber luchado.

Según lo cual, la vigilancia es una permanente actitud del cristiano sin la que no podría vivir su Fe ni por lo tanto salvarse. La advertencia de San Pedro al respecto (1 Pe 5:8) es bastante expresiva. De ahí que el gran pecado de las vírgenes necias de la parábola consistió en que se descuidaron, puesto que se entregaron al sueño y *no se prepararon* para la llegada del Esposo (Mt 25). Y lo mismo sucede en la de la buena semilla y la cizaña, donde el enemigo aprovechó para sembrar la mala hierba el momento en el que los hombres dormían: *Cum autem dormirent homines...*⁷

Sin la vigilancia y la lucha constantes el cristiano no podría sobrevivir como tal, ni tampoco la Iglesia. El aviso procede del mismo

⁴*Nonne militia est vita hominis super terram, et sicut dies mercenarii dies eius?* (Jb 7:1).

⁵2 Cor 10: 3-4.

⁶Mt 24:42 y paralelos; 26:41 (paralelo: Mc 14:38); Hech 20:31; 1 Pe 4:7; 5:8; 1 Cor 16:13.

⁷Mt 13:25.

Señor: *Sabed esto: si el dueño de la casa supiera a qué hora de la noche va a llegar el ladrón, estaría ciertamente velando y no dejaría que se horadase su casa.*⁸

Estas verdades formaron parte del acervo doctrinal de la Iglesia durante siglos. Una de las funciones que le fueron encomendadas por su Fundador fue la de vigilancia continua y pronta localización de los peligros, con su correspondiente denuncia a fin de proteger a la Grey. El Buen Pastor, a diferencia del mercenario al que no le importa el rebaño, cuida de sus ovejas, las aparta de los peligros y las conduce a buenos pastos. Procurando siempre no descuidar, ni siquiera por un momento, su deber de vigilancia (Jn 10):

*Centinela, ¿qué hay de la noche?
Centinela, ¿qué hay de la noche?*⁹

Por eso la Iglesia siempre fue consciente de su deber de vigilancia respecto a la Fe, así como de la necesidad de la lucha por parte de cada uno de sus miembros en orden a la salvación. Todo ello sin la menor vacilación al respecto.¹⁰ La Iglesia se consideró siempre a Sí misma como la *Barca de Pedro*, zarandeada incesantemente por las olas y los avatares azarosos del Mundo, por lo que nunca albergó dudas en cuanto a su condición de *Iglesia Militante*. Ni olvidó las palabras de aviso de su Fundador: *Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como el trigo.*¹¹ Así como tampoco las

⁸Mt 24:43.

⁹Is 21:11.

¹⁰No es necesario saber mucha Historia de la Iglesia para saber que sus Pastores, *al menos desde un punto de vista doctrinal*, jamás dudaron con respecto al tema. Otra cosa es que, *de hecho*, faltaran a menudo en orden a llevarlo a la práctica.

¹¹Lc 22:31.

del Apóstol: *¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos sin duda corren pero uno solo recibe el premio? Corred de tal manera que lo alcancéis. Los que compiten se abstienen de todo; y ellos para alcanzar una corona corruptible; nosotros, en cambio, una incorruptible.*¹²

Doctrina que se mantuvo constante durante siglos. . . , hasta llegado el veinte, en un momento histórico que vino a coincidir aproximadamente con la muerte del Papa Pío XII.

Así fue como tuvo lugar el gran *cambio* en el modo de entender la Pastoral. El Papa Juan XXIII fue el primero que decidió que la Iglesia debía abandonar su actitud beligerante contra quienes la combatían. La *Iglesia Militante* se convertiría a partir de ahora en la *Iglesia Dialogante*, o de la *Mano Tendida*. El Pontífice pensaba al parecer que la tarea de discutir con herejes y separados, o la de denunciarlos con el fin de prevenir a los fieles, había sido un fracaso. Por lo que era preferible optar por el *diálogo*, la *comprensión* y la *tolerancia*. En adelante ya no se pretendería la *conversión* o la *vuelta al Redil* de quienes, de un modo u otro, se habían apartado de él; sino simplemente la *reunificación* de todos en un lugar común. Aunque nadie supiera, de momento al menos, dónde se encontraba tal lugar común ni lo que podría resultar del novedoso propósito de *allanar* posiciones.

Una vez adoptada tal decisión, las funciones de misión, conversión, apostolado y catecumenado cedían su prioridad, como tareas de la Iglesia, a una nueva actitud: la del diálogo, la tolerancia y un ardoroso ecumenismo. Este último, todo hay que decirlo, tocado por ciertas dosis de sincretismo. En cuanto a los deberes de vigilancia y lucha en relación a los errores contra la Fe, se ponían entre paréntesis para adoptar una actitud de diálogo, pacifismo y comprensión. De ahí que algunos dieran paso a la sospecha de que la nueva Pastoral

¹²1 Cor 9: 24-25.

estaba influida por las doctrinas *personalistas* de los filósofos franceses y alemanes; fundamentadas, como se sabe, en el reconocimiento de *la verdad de cada uno* en un ambiente de convivencia y respeto mutuo.

Todo parece indicar que el temor tuvo mucho que ver con respecto a este cambio de actitud. Un buen número de Altos Jerarcas de la Iglesia, entre los que se contaban sin duda los Papas Juan XXIII y Pablo VI, se sintieron bastante medrosos ante los acontecimientos de la época. Especialmente por dos hechos que dieron la tónica al ambiente: los avances de la Ciencia, de un lado; y el extraordinario auge y extensión alcanzados por el Comunismo, de otro.

De tal estado de ánimo se derivaron dos importantes acontecimientos: El Pacto de Metz o de compromiso con el Comunismo, y la pasiva actitud de inacción (tolerancia) con respecto a la oleada de neomodernismo que, a raíz del Concilio y continuada luego con posterioridad, estaba invadiendo la Iglesia.

Las consecuencias de estos cambios de actitud, pese a la indudable buena voluntad de los Papas, lejos de ser las que se esperaban, desembocaron en una debacle con respecto a la vida de la Iglesia y la Fe de los fieles.

Sin embargo no corresponde a este lugar hacer un documentado análisis de los acontecimientos que tuvieron lugar en aquellos turbulentos momentos, de tan enorme transcendencia en la trayectoria de la Iglesia y cuya repercusión todavía perdura. Aquí nos vamos a limitar a esbozar un análisis de los fundamentos teológicos que introdujeron la nueva situación. Para lo cual intentaremos reflexionar acerca de si efectivamente legitimaron el cambio o si, por el contrario, fueron causa de la confusión y el daño que afectaron a la Pastoral de la Iglesia.

Ha de tenerse en cuenta que aquí se está hablando de *Pastoral*, y no de *Dogmática*. La Iglesia no puede cambiar o contradecirse

en cuanto a sus *dogmas*. Basta con recordar el conocido proverbio, convertido prácticamente en ley, según el cual *nihil innovetur, nisi quod traditum est*; o la amenaza del Apocalipsis: *Yo doy testimonio a todo el que oiga las palabras proféticas de este libro. Si alguien añade algo a ellas, Dios enviará sobre él las plagas descritas en este libro. Y si alguien quita alguna de las palabras de este libro profético, Dios le quitará su parte en el árbol de la vida y en la ciudad santa que se han descrito en este libro.*¹³ El Magisterio de la Iglesia siempre y necesariamente ha supuesto homogeneidad, unidad, continuidad y fidelidad a sí mismo.

Pero aquí se trata de Pastoral. Y de intentar explicar las razones que pudieron motivar la actitud medrosa, y al parecer acobardada, surgida en los tiempos del Concilio Vaticano II en tantos Jerarcas de la Iglesia. Puesto que ella fue, sin duda alguna, una de las principales causas del gran cambio de orientación de la Iglesia; en cuanto a la Pastoral en general y a la Liturgia en particular. Que a su vez vino a traducirse en el abandono del espíritu de lucha, a fin de adoptar en su lugar otra disposición de ánimo más complaciente: la de la tolerancia y el diálogo, cuyos resultados prácticos vinieron a concretarse en una actitud de rendición.

Resulta muy difícil explicar que un cristiano pueda sentir miedo ante los avances de la Ciencia. Y más todavía cuando se trata de la Jerarquía.¹⁴ ¿Cómo es posible que los cristianos, y sobre todo cuando se trata de miembros de la Jerarquía, puedan creer que existen incompatibilidades entre la Fe y la Ciencia?

¹³ Ap 22: 18–19.

¹⁴ Los acontecimientos tuvieron lugar, sobre todo, a partir de la mitad del siglo pasado. El comienzo de la Era espacial, con la llegada de los satélites, de los viajes a la Luna, más los avances producidos en la informática, en las comunicaciones y, en general, en todo el mundo de la tecnología, fueron causa de turbación y sobresalto en muchos creyentes. Aunque parezca increíble, el famoso *Sputnik* ruso (1957) produjo el efecto de debilitar la fe de muchos. Sin embargo no cabe duda, considerado el problema en su conjunto, de que fue la medrosa reacción de la Jerarquía lo más extraño de todo.

La presencia de un fe vacilante, además de un escaso conocimiento de la Ciencia, son cosas precisas para que los avances en el campo de la investigación tecnológica, admirables por otra parte, puedan hacer trastabillar la Fe. Es asombroso que cristianos ilustrados, incluso constituidos en puestos de gran responsabilidad, hayan vacilado en su Fe por tales acontecimientos. De todos modos, quizá pueda hallarse la clave del problema en el hecho de la relación existente entre el miedo y la fe dubitante. Cosa que hasta el mismo Señor lo reconoce expresamente: *¿Por qué os asustáis, hombres de poca fe...?*¹⁵ *¿Dónde está vuestra fe?*¹⁶

Problema todavía mayor sería el de explicar los caminos por los que determinadas personas, más bien proclives y fáciles en cuanto a cuestionar su Fe como han demostrado los acontecimientos, han conseguido alcanzar puestos de grave responsabilidad en la Iglesia. La cuestión se agrava si se tiene en cuenta que no se trata de casos aislados, puesto que el fenómeno es bastante general en el mundo eclesiástico. Quizá algún día la Iglesia se vea en la necesidad de reflexionar seriamente, o bien acerca de la misma *existencia* de algunos de sus Centros eclesiásticos de formación, o bien acerca de los *criterios* bajo los que funcionan. Sobre todo de los ubicados en Roma, capital del Catolicismo y su núcleo central de irradiación. Es indudable que el problema se presta a un detenido estudio que podría plantear interrogantes. Como por ejemplo el siguiente: ¿Hasta qué punto puede sentirse legitimado un *Centro eclesiástico de élite* (como los existentes para la formación de futuros Obispos, pongamos por caso) con respecto a la doctrina del Nuevo Testamento? ¿Existe la posibilidad de que un candidato al sacerdocio reciba la debida formación, conforme a las enseñanzas evangélicas y a la espiritualidad cristiana, *bajo la perspectiva de recibir un futuro episcopado*? La experiencia ha demostrado que la preparación para un futuro sacerdocio, en la que de alguna forma se haya deslizado la posibilidad de aspiraciones de corte puramente humano (como pueden ser las que esperan puestos de relevancia), es nefasta y peligrosa. Para convencerse de lo cual, bastaría con examinar objetiva y fríamente los hechos.¹⁷ Por supuesto que siempre podría traerse a colación la sentencia de San Pablo en 1 Tim 3:1 (*si quis episcopatum appetit, bonum opus desiderat*). Pero una cosa es considerar el Episcopado como la culminación del Sacerdocio cristiano y otra distinta es el deseo de figurar en puestos de influencia

¹⁵Mt 8:26.

¹⁶Lc 8: 23–25. El Apocalipsis (21:8) cita a los cobardes, seguidos inmediatamente por los incrédulos, dentro de la lista de los destinados a la segunda muerte.

¹⁷Es curioso constatar que la Iglesia es la única Institución humana que no acostumbra a realizar, prácticamente casi nunca, un serio *análisis de resultados*.

y de poder. Si nadie debe atreverse a acceder al Sacerdocio *si no ha sido llamado expresamente* (Heb 5:4), con mayor razón parece atrevimiento aspirar, ya de primera intención, al Episcopado. Una de las mayores desgracias que sufre la Iglesia Católica en esta etapa postmodernista por la que atraviesa, es el gran número de clérigos, desprovistos de espíritu sobrenatural y de vida interior, carentes de otras miras que no sean las de ocupar puestos de influencia.

El cambio de actitud llevado a cabo en la Pastoral de la Iglesia, que además llegó a alcanzar niveles de gran intensidad, necesita ser bien estudiado para comprenderlo. Con la probabilidad de desembocar en interesantes conclusiones. Entre los fenómenos y comportamientos surgidos en su momento, se encuentra lo referente a la actitud medrosa de diversos miembros de la Jerarquía y no pocos teólogos de la época: ¿Fue quizá el miedo lo que dio lugar a la actitud que luego calificaría Maritain como *arrodillamiento ante el Mundo*?

Consideremos, por ejemplo, una doctrina hoy muy en boga sobre el problema de la paz y a la que sus detractores, aludiendo a sus formulaciones más extremistas, han calificado con el nombre de *pacifismo*.

Es indudable que la doctrina con respecto a la *paz*, tal como está siendo divulgada hoy en la Iglesia, ha sufrido una notable alteración en relación a su significado en el Nuevo Testamento.

Cuando la Pastoral y la Teología actuales hablan de la paz, en realidad se refieren a ella *en el sentido en que la entiende el Mundo* (ausencia de guerras). Lo cual es cosa que nadie se atreverá a negar, dado que los documentos escritos y orales sobre el tema son tan numerosos que llenarían bibliotecas. Sin embargo, ante un sereno estudio de la cuestión, no dejan de suscitarse problemas que hacen difícil la aceptación de tal orientación doctrinal.

En primer lugar, el concepto de paz según el Mundo, no sólo es ajeno a las enseñanzas del Nuevo Testamento, sino que incluso es contrario a él. A lo que debe añadirse el hecho de que al fin se resuelve en pura utopía; lo que lo convierte en algo tan irrealizable como falso.

El concepto de paz mundana *nada tiene que ver* con la paz que Jesucristo quiso dejar como legado a sus discípulos: *La paz os dejo, mi paz os doy...*¹⁸ Comienza el Señor, como puede verse, diciendo a sus discípulos que les deja *la paz*. Así, en sentido general. Pero tal concepto genérico de paz no puede diferenciarse de la forma como la entiende el Maestro. Puesto que la paz, tal como Él la concibe, es la única posible y la única que merece ese nombre. Por eso habla a continuación e inmediatamente de *mi paz*, donde el adjetivo posesivo es lo bastante elocuente para decirlo todo con la suficiente claridad. Jesucristo se refiere por lo tanto a *su paz*, y no a ninguna otra. Quedando bien claro que se trata de la que Él entiende como la *única paz*. De todos modos, y por si acaso aún restaba alguna duda, pone cuidado en declarar de manera expresa, a continuación y en el mismo versículo, que su paz no es la que el Mundo entiende como tal: *No os la doy como la da el mundo.*¹⁹

Según lo cual, e independientemente de que los clásicos unieron siempre la idea de la paz a la de la justicia,²⁰ es evidente que el concepto cristiano de paz, no solamente es distinto al del Mundo,

¹⁸Jn 14:27.

¹⁹Jn 14:27.

²⁰Sal 85:11; Is 48:18; Ro 14:17. El 22 de Mayo de 1982, el Papa Juan Pablo II celebraba una Misa, *Pro Pace et Iustitia Servanda*, con Obispos argentinos y británicos a propósito de la Guerra de las Malvinas. En la unión de ambos conceptos el Papa no hacía sino seguir una tradición multiseccular, continuada por San Agustín y que alcanzó su punto culminante con los grandes juristas españoles del Siglo de Oro.

sino que probablemente son incluso contrarios. Con respecto a la paz según el Mundo, debe tenerse en cuenta que la mera ausencia de guerra anda lejos de poder ser considerada como un valor absoluto; puesto que siempre han sido admitidas como válidas las doctrinas de la legítima defensa y de la guerra justa. Por otra parte, tampoco puede darse de lado al hecho de que las doctrinas y creencias según el Mundo suelen ser contrarias a las cristianas: *Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos, mis caminos; oráculo del Señor.*²¹

Así las cosas, ¿cómo se explica que la Pastoral y la Teología Católicas hayan dejado de insistir en el concepto de paz cristiana para adoptar el de la paz según el Mundo?

Y de nuevo aparece el miedo como posible motor de ciertos comportamientos: ¿Temor a que los planteamientos cristianos no sean aceptados por el Mundo, y de ahí que se haya decidido aceptar los de éste para lograr, de la forma que sea, un acercamiento...?

De ser esto cierto no quedaría sino concluir que semejante toma de posiciones, defendida incluso por parte de la Jerarquía de la Iglesia, es susceptible de dar lugar a nefastas consecuencias.

Ante todo, porque el Mundo nunca aceptará un *consenso* con los puntos de vista cristianos. Jamás estará de acuerdo con cualquier doctrina que contenga siquiera una huella de contenido cristiano, como ha quedado bien demostrado en multitud de ocasiones. Siempre que la Iglesia ha procurado un cierto *acercamiento*, o ha propiciado el *diálogo* (bien sea con respecto al Mundo, o bien sea con las otras *Iglesias*), ha sido Ella la que ha cedido sin recibir contraprestación alguna. Por otra parte, no es posible aceptar la posibilidad de un *consenso* entre doctrinas de contenido distinto e incluso contrario (2 Cor 6: 14–15). A no ser que se parta del supuesto de admitir la

²¹Is 55:8; cf Ro 11: 33–34.

verdad de todas las religiones; tal como hace el Ecumenismo sincretista bajo la influencia de las filosofías idealistas y personalistas. En definitiva, la unión por encima de todo; por más que haya de lograrse también a costa de la verdad.

Ya hemos dicho más arriba que la pretensión de un pacifismo a ultranza, con ausencia total de guerras, es una utopía. O si se prefiere decirlo de otro modo, es una falsedad que atenta a las creencias del Pueblo Cristiano. Siempre habrá guerras en el mundo, como tienen bien demostrado la experiencia de la Historia y el sentido común de cualquiera que piense. Los historiadores serios sonreirían ante la idea de que los esfuerzos por la paz bien valen la pena, como objetivo seguro a lograr en un plazo más o menos lejano. Por nuestra parte, no vamos a hacer pronósticos ni elucubrar con respecto al futuro. Pero es la misma Escritura la que afirma claramente que siempre habrá guerras entre los humanos, y hasta más intensas y frecuentes a medida que se aproximen los Últimos Tiempos (Mt 24: 6-7; Mc 13: 7-8; Lc 21: 9-11; Ap 13:7). San Pablo se burla de los *pacifistas* que por aquél entonces todavía andarán clamando por la paz: *Así pues, cuando clamen: 'Paz y Seguridad', entonces, de repente, se precipitará sobre ellos la ruina, como los dolores de parto de la que está encinta, sin que puedan escapar.*²² Y ya mucho antes, el profeta Jeremías increpaba a los que pretendían engañar al Pueblo con promesas de una paz que, en realidad, nunca llegaría: *Pretenden curar el quebranto de mi Pueblo diciendo a la ligera: '¡Paz, paz!' cuando no hay paz.*²³ Y por si alguien abrigara todavía alguna duda, con respecto al momento histórico en el que nos hallamos, ahí están el comercio de armas cada vez más extendido, la descabellada carrera por conseguir los armamentos nucleares, la actividad del

²²1 Te 5:3.

²³Jer 8:11.

terrorismo ahora ya sin fronteras, el peligro inminente de una nueva *Guerra Fría*, la actualidad de conflictos calientes en diversos lugares del mundo, etc., etc.

Ante estos planteamientos la Iglesia no puede dedicarse a defender doctrinalmente utopías. Ni menos aún a adoptar posturas de *entreguismo*. Traicionaría aquello en lo que consiste su propia misión, que no es otra que la de *proclamar la verdad*, ocurra lo que ocurra, en orden a la salvación de los hombres.

Pero cometería una grave equivocación quien creyera que esta situación se debe a un mero *error de táctica o estrategia*, por parte de los pastoralistas de la Iglesia.

El estado actual de la Iglesia —bastante complejo y delicado, muy bien trazado con líneas seguras que convergen inteligentemente hacia un punto de total destrucción— no podría ser producto de la casualidad, así como tampoco de una extraña conjunción aleatoria de determinadas circunstancias históricas. Como si hubiera surgido por encantamiento o algo parecido. En realidad es el resultado de un plan bien ideado por mentes preparadas que han sabido ponerlo en práctica, paso a paso, hacia un final previsto y seguro. Y aquí es obligado aludir a la Masonería, principal agente inductor de esta conspiración para la que se ha valido, como herramientas principales para su infiltración en el Organismo eclesial, del Modernismo y del Marxismo.

También se ha utilizado el recurso de sembrar la confusión aludiendo a presuntas obligaciones por parte de los creyentes. Como la de la obediencia (muy bien manipulada e instrumentalizada en este caso), o la de la apelación a un pretendido *espíritu del Concilio*, refiriéndose al Vaticano II. Ambas empleadas contra todos los que no se someten a las pretensiones y planteamientos de tales manipuladores.

La utilización de tamaños procedimientos ha producido gran confusión entre los creyentes y ha dado lugar a una situación delicada. La crítica al Magisterio anterior al Concilio Vaticano II, que no por disfrazada deja de ser real, no solamente ha debilitado los cimientos del secular Magisterio de la Iglesia hasta este acontecimiento, sino que además, y por exigencias de la más elemental Lógica, también ha cuestionado el Magisterio de este último Concilio y al que ha pretendido después aplicar sus doctrinas. Si se defiende que el Magisterio anterior, ya sea por obsoleto, o ya sea por adaptarse a circunstancias históricas que en este momento ya no tienen relevancia, ha perdido su autoridad y no puede continuar

exigiendo el asentimiento de los fieles, no hay sino concluir que las mismas razones se pueden aplicar al Magisterio actual o al que lo continúe. Si anteriores Concilios ya no se consideran válidos argumentando desde el último, es indudable que este último también puede ser descalificado argumentando desde los anteriores. . . , o de los que se convoquen posteriormente. El resultado final es la destrucción de todo el Magisterio. Con lo que se hace difícil dejar de recordar las doctrinas personalistas: la verdad solamente es válida, alternativamente, para *mí*, para *ti*, o para *el otro*; y además *aquí* y *ahora*; pero nada más.

Las naturales consecuencias eran de esperar. La Iglesia se ha encontrado dividida y hasta han aparecido los cismas. Los cuales han sido formales y de derecho algunas veces, como el del Obispo francés Lefebvre, y otras meramente de hecho, como el que existe en amplios sectores de la Iglesia norteamericana; por no hablar de los producidos en la suramericana con motivo de la Teología de la Liberación. Con semejantes manejos se ha dado lugar a que se introduzca en el seno de la Iglesia una extraña división capaz de hacer las delicias del Príncipe de las Tinieblas; a saber: cristianos tradicionalistas, de un lado, y cristianos conciliares (de la *Iglesia conciliar*), de otro. Estrambóticas denominaciones que contradicen la perenne creencia de que todos los cristianos son *tradicionalistas*; puesto que la Tradición es una de las fuentes de la Revelación sin la que no puede existir el auténtico cristianismo. En cuanto a la llamada *Iglesia conciliar*, se trata de un epíteto susceptible de dar lugar a consideraciones capaces de ser elegidas al gusto de cada uno.

Por supuesto que los diferentes grupos de disidentes no han sido tratados del mismo modo, según los gustos y preferencias del Sistema. Curioso ha sido lo sucedido con el caso de los lefebvristas, o lefebvrianos. Comparados con la postura actual de la Teología con respecto al caso de Lutero, la situación es cuando menos cómica, si no trágica. Lutero ha sido el heresiarca que más daño ha ocasionado a la Iglesia en toda su Historia.²⁴ Sin embargo, la postura actual de la Teología y de la Pastoral católicas es la de que tenía razón *en casi todo lo que decía*. O tal vez en todo, según algunos,²⁵ y de ahí la campaña surgida en el seno del

²⁴Consiguió dividir la Iglesia de tal manera que la escisión aún perdura después de varios siglos; además de la desaparición definitiva de Europa como vínculo de naciones unidas por una fe y unos valores comunes. Entre otras cosas.

²⁵Su Santidad Benedicto XVI ha dicho últimamente, acerca del delicado problema del dogma de la justificación, que Lutero tenía razón en cuanto a su doctrina de la *sola fides* (Discurso del 11 de Noviembre del 2008), aunque nosotros hayamos de matizarla con los complementos necesarios. El problema, sin embargo, se plantea cuando se considera que Lutero rechazaba expresamente tales matices.

Catolicismo a favor de su rehabilitación. Por otra parte es un hecho reconocido, tanto por muchos teólogos como por pensadores de reconocido prestigio, que Lefebvre realmente tenía razón en la totalidad de sus denuncias con respecto al estado de la Iglesia después del Concilio; o al menos en gran parte de ellas. Y sin embargo es un punto que *no ha sido tenido en cuenta por nadie*, limitándose los cargos esgrimidos contra el Obispo disidente a afirmar que incurrió en cisma. Lo que efectivamente parece cierto. En cuyo caso, ¿podría tal vez ser reconocido el hecho como la única equivocación de alguien a quien no se le puede negar la buena voluntad y el deseo de ser fiel a la Iglesia?

De todas formas es necesario admitir que las denuncias contra la Iglesia, formuladas en un determinado momento histórico, pueden ser verdaderas en parte, e incluso en su totalidad; como parece haber ocurrido en este caso. Sin embargo a nadie le es lícito separarse de la legítima Jerarquía, según aquello de *Ubi Petrus, ibi Ecclesia*.²⁶ En realidad estamos ante otro aspecto del inevitable destino de los seguidores de Jesucristo: sometidos a una Jerarquía, quizá corrompida, como algo que forma parte de la Cruz que su vocación les impone como condición necesaria. Cruz quizá tan tremenda como pesada, pero que los discípulos de Cristo, a imitación de su Maestro, han de soportar. Una vez más se impone una verdad —*Extra Ecclesiam, nulla salus*— capaz de hacernos recordar las palabras que San Pedro dirigió en cierta ocasión a Jesucristo: *Señor, ¿adónde iremos...?*

Aparentemente al menos, nada de esto habría tenido lugar si la Iglesia hubiese sido menos complaciente y no hubiera renunciado, ni a sus deberes de vigilancia con respecto al Rebaño a Ella encomendado, ni a la actitud combatiente contra los criterios del Mundo. ¿Cómo pudo la Iglesia olvidar, o siquiera poner entre paréntesis, la advertencia de San Agustín de que no hay corona sin victoria, ni victoria sin lucha...?

Lo más grave es que la actitud de temor, traducida en un asustadizo y fatal entreguismo, es contraria a algunos postulados de la existencia cristiana. Claramente expresados en la Revelación neotestamentaria y que han formado parte, durante siglos, del acervo doctrinal y de la tradición y alma de la Iglesia.

El Cristianismo no es la religión del confort, ni ha sido nunca norma suya la de huir de las complicaciones. No encamina a sus

²⁶ Parece que la sentencia procede de San Ambrosio, *Enarrat. in Ps.*, 40, 30.

adeptos por la senda ancha, o aquélla que según Jesucristo lleva a la perdición; sino por la estrecha y empinada que conduce a la vida, también según el Maestro (Mt 7: 13–14). De ahí que quien se decida a vivir conforme al Evangelio tiene asegurada una existencia cargada de complicaciones, obligada a mantener una lucha continua ante constantes contradicciones y susceptibles de convertirse en persecuciones de toda índole; las cuales pueden llegar a ser tan graves como para ocasionar la pérdida de la vida (Mt 5:10; 2 Tim 3:12).

La actitud de entreguismo y de renuncia a la lucha se oponen a un punto fundamental del Mensaje Evangélico, *precisamente para el cual Jesucristo, según su propia afirmación, había venido a la Tierra*. Pero conviene traer a colación sus propias palabras, por lo demás bien claras y terminantes:

*No creáis que yo he venido a la tierra a traer paz;
pues no he venido a traer paz, sino espada.²⁷*

Por supuesto que se trata de una metáfora, según el Maestro acostumbraba hacer en algunas ocasiones (Mt 5: 29–30; 18: 8–9; Mc 9: 45.47; Mt 18:6; Mc 9:42). Él no había venido a promover las guerras. Sin embargo, tal como es propio de esta clase de tropos, *también en este caso la metáfora guarda una íntima relación con la realidad*. Algo así como si se dijera que es una figura del lenguaje pero con fundamento en lo real. Y como no era misión del Maestro (que no escribió nada), ni de los que recogieron por escrito sus enseñanzas, la de elaborar florituras literarias, es evidente que aquí está contenida alguna seria afirmación: *Las palabras que os he hablado son espíritu y son vida.*²⁸ Además, por lo que se refiere a este caso y precisamente

²⁷Mt 10:34.

²⁸Jn 6:63.

porque lo que se dice es importante, habrá de quedar expresado con la suficiente claridad.

Como así es, en efecto. La increíble invitación que Jesucristo propone supone para el hombre el riesgo propio de una gran Aventura. Grande en su importancia, difícil de llevar a cabo y hasta temeraria en cuanto a sus resultados.²⁹ Puesto que implica para él decisivas consecuencias que habrán de decidirse en una única alternativa: o la Felicidad Perfecta para siempre, o su pérdida también para siempre. Con el consiguiente fracaso de su existencia para toda la eternidad, en este último caso.

Lo que se deduce de las palabras de Jesucristo referentes al destino de sus discípulos durante su peregrinaje terreno, es cuando menos *inquietante*. La presencia en el mundo del Dios hecho Hombre, junto con la misión para la que ha venido, tienden a provocar entre los humanos, discípulos o no discípulos, una actitud a la que se puede calificar de *turbadora, comprometida y comprometedora*. Él no vino a traer la paz a la Tierra. Por lo menos no como es entendida la paz por el Mundo, el cual solamente la concibe como situación de tranquilidad y bienestar pero imaginados a la manera humana. Situación que, incluso sin tener en cuenta contenido alguno sobrenatural, ya fue hecha imposible para siempre por el mismo hombre. Puesto que fue el pecado el que introdujo en el mundo el dolor, la desgracia, la inquietud, la inseguridad, los sufrimientos y, en último término, la misma muerte. Ya hemos dicho más arriba que la búsqueda de ese mundo idealizado por el entendimiento humano, que nunca alcanzará por sí solo tan altas cotas, es una utopía. Y la Iglesia no puede

²⁹En cuanto a la dificultad de su realización, no ha de faltar al hombre la ayuda de la gracia. Mientras que, por lo que hace a la inseguridad con respecto a los resultados, siempre queda el recurso de vivir de la esperanza cristiana; que es la que genera la suficiente confianza en Dios como para vivir en la Alegría que Cristo dejó a los suyos.

adulterar el contenido de su Mensaje. Ni escamoteando o revistiendo de eufemismos las palabras de Jesucristo, ni trocando su sentido. Al fin y al cabo, tanto para unos como para otros, Él es

*la piedra angular;
piedra de tropiezo y roca de escándalo,*

según San Pedro.³⁰ Por eso, justamente después de haber afirmado que Él no ha venido a traer la paz sino la espada, a fin de que no quede la menor duda y pese a la posibilidad de hacer aún más profundo el desasosiego en el corazón de los hombres, añade a continuación:

*Porque he venido a enfrentar al hombre
contra su padre,
a la hija contra su madre
y a la nuera contra su suegra.
Y los enemigos del hombre
serán los de su propia casa.³¹*

De nuevo nos encontramos con las figuras del lenguaje. Por supuesto que nadie ha pensado que Jesucristo pretendiera sembrar enemistades, y menos aún entre seres queridos y demasiado próximos. Su mandamiento primero y que los resume a todos es el del Amor: *Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros. Como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros.*³² Aunque cabe preguntar entonces acerca del sentido de las palabras

³⁰1 Pe 2: 7-8.

³¹Mt 10: 35-36.

³²Jn 13: 34-35.

arriba pronunciadas. Pues es evidente que el Maestro *está hablando en serio*. Y de ahí que el contenido de su pensamiento, profundo y fundamental, posea un alcance que va más allá de lo que una interpretación superficial podría suponer. Tal como vamos a tratar de ver.

Aunque conviene insistir antes en otro punto importante. Porque el significado de las palabras de Jesucristo se halla en el punto más opuesto a un Cristianismo *descafeinado* y desvaído. Que es el que suelen manejar actualmente los teólogos y pastoralistas católicos. Bien entendido que el término *pastoralistas* abarca aquí también a la Jerarquía eclesiástica (o al menos a parte de ella), que es en definitiva quien pone en práctica la Pastoral. Con lo que nos situamos lejos de ciertas posiciones de entreguismo y deserción que son consecuencia, a su vez, de complejos de inferioridad y de temor, de intereses oportunistas y hasta de apostasías más o menos encubiertas.

Las palabras del Maestro ponen de manifiesto que el Cristianismo no es una religión de eclecticismos, de sincretismos, de medias verdades, de acuerdos entre religiones (conseguidos, por lo general, mediante un *consenso* que prescinde de la verdad), de mano tendida al error, de concesiones a quienes no vacilan en atacar descaradamente a la Iglesia, de incomprensiones y hasta de persecuciones a aquéllos que, por no prestarse al juego, han optado heroicamente por la fidelidad a los principios incommovibles de la Fe. El Cristianismo no es una doctrina de debilidades o de conformismo. Precisamente por ser una religión de claridad, no le van bien las palabras ambiguas —*Dios es luz y no hay en Él tinieblas de ninguna clase*³³—, ni la falta de firmeza y decisión.³⁴ De ahí la aparente *dureza* de sus exigencias y

³³1 Jn 1:5.

³⁴Aquí se habla del error, sin hacer referencia a los que yerran. É. Gilson decía que son muchos los que confunden el respeto debido a las personas que yacen en el error con el respeto al error.

el rigor y solidez de sus enseñanzas. En definitiva, el Cristianismo es la proclamación de una *íntima relación de Amor entre Dios y los hombres*, con todo lo que de eso se deriva. Nada tiene que ver, por lo tanto, con las artificiosas doctrinas de las religiones orientales: la búsqueda del *nirvana*, la disolución del hombre mediante su transformación en el Todo, el dominio de la mente y del dolor, el estoicismo ante los fines ineludibles del hombre cuales son el destino y la Nada... La postura entreguista supone traicionar lo más fundamental de las relaciones que Dios ha querido mantener con el hombre.

El lenguaje ambivalente, ambiguo y equívoco, es un arma eficaz utilizada hoy por el neomodernismo dentro de la Iglesia, tanto en la Dogmática como en la Pastoral. Suele emplear términos tradicionales, aunque con la posibilidad de ser interpretados en el sentido en que lo entienden las doctrinas modernistas. De este modo se convierten en conceptos *blindados*, inmunes a las posibles reacciones de la sana doctrina. Después corresponde a la praxis, inteligentemente manejada, orientarlos en la dirección modernista. Así pueden ser empleados como armas ofensivas y defensivas a la vez. Lo cual significa que se difunde su sentido modernista entre la mayoría, al mismo tiempo que se mantiene en reserva el tradicional ante la posibilidad de que aparezca algún tipo de contestación. El procedimiento emplea muchas variantes, todas bien estudiadas y utilizadas oportunamente, y cuya descripción pormenorizada requeriría un manual. Se emplea con toda normalidad en la Pastoral diaria, aunque su mayor influencia se ejerce a través de multitud de Documentos emitidos por variadas fuentes a partir del Concilio Vaticano II. Parece innecesario añadir que ha logrado su propósito de confundir a una gran multitud de fieles.

Son pocos los que se dan cuenta de que la manipulación del lenguaje —realizada mediante una inteligente operación de disfraz y

camuflaje— llevada a cabo tanto por los Poderes políticos como por la Teología *progre*, además de medio eficaz para destruir la Fe del Pueblo cristiano, supone un ataque directo a los métodos didácticos del Evangelio.

Acerca del lenguaje evangélico, que es firme y claro a la vez que profundo, hay que señalar sin embargo que *profundo* no significa *oscuro*. El Evangelio encara directamente los problemas y no los disimula, al mismo tiempo que llama a las cosas por su nombre y señala sin vacilación los caminos a seguir. Y de ahí que a menudo produzca una cierta sensación de dureza e inflexibilidad. Lo cual explica su susceptibilidad para dar lugar a la tendencia, por otra parte comprensible en una naturaleza débil como es la humana, de ser interpretado, o bien con excesiva suavidad (difuminando y rebajando su contenido, a modo de café descafeinado o de leche desnatada), o bien pasando sobre él aparentemente de forma descuidada (como si sus enseñanzas no estuvieran ahí o no hubieran sido advertidas).

Mientras que, por el contrario, el lenguaje utilizado por el modernismo es oscuro, ambiguo y especialmente apto para producir confusión. Al revés de lo que sucede con el lenguaje escueto y llano del Evangelio, el lenguaje progresista se reviste de un vocabulario seudo culto, pomposo, florido y barroco, con aires de seriedad científica, y una insinuante pretensión de su aptitud para ser plenamente entendido solamente por personas *cultas*. Tal matiz de seriedad *altamente científica* le proporciona un marchamo de notoriedad y un eficaz aval de certeza; con un resultado para ingenuos que es casi infalible. De esa forma embrolla las cuestiones y produce la confusión deseada como paso imprescindible, al fin y al cabo, para conseguir que se tambalee la Fe de los débiles.

Así pues, y siempre según su propia afirmación, Jesucristo ha venido al mundo *a enfrentar al hombre contra su padre, a la hija contra*

su madre..., etc. Con lo que queda claro que el lenguaje evangélico no es el de la Pastoral moderna ni el del Magisterio actual de la Iglesia. Pese a que este último se enfrenta a la mayor crisis que ha padecido la Iglesia y de que más que nunca, por lo tanto, serían necesarias instrucciones claras y enérgicas correcciones de rumbo. De no hacerlo así, el Rebaño de Cristo se expone a sufrir una inanición espiritual de efectos devastadores; como está demostrando claramente el alarmante número de deserciones y apostasías que está padeciendo la actual Iglesia.

Hace falta con urgencia un Magisterio auténtico, bien fundamentado en los valores sobrenaturales y en la doctrina neotestamentaria, lo suficientemente valiente como para no temer enfrentarse al Mundo. Ni el Magisterio ni la Pastoral pueden ejercer sus funciones mirando al Mundo, sino solamente a *Aquél que es el único Maestro* (Mt 23:8; Jn 13:13) y *Gran Pastor de las ovejas* (Heb 13:20). Adoptar otro modelo de conducta sólo puede conducir al fracaso y al extravío de las almas.

Afortunadamente para los hombres, Jesucristo no se vio nunca en la necesidad de entablar relaciones diplomáticas con ningún país. Ni se sintió obligado a tener en cuenta que, hablando frente a los *media*, tendría que cuidar sus reacciones y medir el alcance de sus palabras; actitudes que, al fin y al cabo, están causando la anulación de la Pastoral y de la Catequesis modernas. O aún peor si cabe, puesto que la predicación vacía de contenido o desencaminada produce un extraordinario daño a las almas: *Os digo que de toda palabra vana que hablen los hombres darán cuenta en el día del Juicio* (Mt 12:36; cf 2 Cor 2:17). Aún no había aparecido en la Iglesia lo que algunos han llamado el *lenguaje episcopal*, ni existían demasiadas preocupaciones por las reacciones negativas que podría suscitar la proclamación de la verdad. Así se explica que el lenguaje de Jesucristo,

tan contundente como incisivo, parezca ahora extremadamente apto para escandalizar a la Pastoral moderna:

*Quien ama a su padre o a su madre más que a mí,
no es digno de mí;
y quien ama a su hijo o a su hija más que a mí,
no es digno de mí.*³⁵

Los Padres de la Iglesia utilizaron con frecuencia la expresión *Ad-versus Hæreses* como título genérico de sus obras; verdaderas diatribas dirigidas contra los herejes de turno. Pero dado que hoy se considera intolerable la actitud de actuar, de hablar o de escribir *Contra alguien*, serían inflexiblemente condenados.³⁶

Son muchos a los que parece no importar demasiado que los lobos dispersen y devoren el rebaño. Están convencidos de que es mejor salir a su encuentro con la mano tendida y total disposición al diálogo. El problema estriba en que resulta difícil creer en la capacidad de dialogar de los lobos, como atestigua la diaria experiencia de su refractaria actitud a cualquier intento de razonar.³⁷

Resulta bastante difícil admitir la existencia de mala fe en ciertas personas, así como también en su disposición a creer en la conveniencia de pactar con el Diablo. ¿Cómo fue posible que la Iglesia se comprometiera, mediante Pacto expreso, a no condenar el Comunismo en el Concilio Vaticano II y ni siquiera a nombrarlo? ¿Estaban

³⁵Mt 10:37.

³⁶La interdicción absoluta de condenar contempla una importante excepción: cuando se trata de enemigos del Sistema. En cuyo caso se lanzan contra ellos toda clase de excomuniones, anatemas, condenaciones, interdictos, entredichos, deviedos y malditos.

³⁷Lo que sí demuestra la experiencia de cada día es que la *disposición al diálogo* no es sino un sinónimo de la *disposición a ceder* en las propias posiciones.

realmente convencidos los Papas Juan XXIII y su sucesor Pablo VI acerca de que el Marxismo iba a respetar el Acuerdo? Por otra parte es cierto que siempre será posible alegar, en favor de ambos Pontífices, con respecto a que la eventualidad de paliar los sufrimientos de la Iglesia perseguida era una buena opción... Aunque altamente dudosa en cuanto a su cumplimiento, como confirmaron ampliamente los hechos. Sin embargo, aun en el caso de que el Acuerdo hubiera sido respetado por el Comunismo (cosa bastante improbable), parecería necesario haber tenido en cuenta, mediante un sereno balance de los pros y de los contras, la confusión y el escándalo que, con toda probabilidad, iban a producirse en el conjunto del Pueblo cristiano. Sin olvidar tampoco que el sufrimiento es una cualidad inherente y consustancial a todos los cristianos; bien sean considerados individualmente o bien como Rebaño o Cuerpo de Cristo. No puede, por lo tanto, ser calificado como una desgracia a evitar a toda costa. Por laudables que sean los esfuerzos que se realicen en obediencia al mandamiento de la caridad, ya para mitigarlo o ya para hacerlo desaparecer, no siempre será posible conseguirlo. A lo que hay que añadir que el hecho de compartir la Pasión y la Muerte del Señor pertenece a los fundamentos de la existencia cristiana.³⁸ La Historia depara no pocas sorpresas. Y si bien no es posible dudar de las buenas intenciones de la Jerarquía eclesiástica, es preciso reconocer, ante la evidencia de la veracidad histórica en este caso concreto, que el resultado no ha sido otro que un fracaso causante de muy graves daños.

De todos modos resulta duro hacer extensiva la presunción de buena fe a otros casos cuya transcendencia es bien conocida. Es tarea ardua la de intentar creer en la *ingenuidad e inocencia* de personas bien preparadas y constituidas en cargos de grave responsabilidad.

³⁸En realidad es ésta la principal razón a esgrimir contra la eutanasia.

Aunque ya se haya aludido al tema más arriba, es imposible evitar que el lenguaje ambivalente del neomodernismo, utilizado hoy día por tantos teólogos y Pastores de la Iglesia, sea altamente cuestionable en cuanto a su intención. Sólo Dios es capaz de juzgar lo que hay en el corazón de los hombres, aunque a veces los hechos parezcan hartamente elocuentes. Mientras tanto, he ahí una importante cuestión a estudiar por la Historia.

Aunque resulte escandaloso para algunos que tratan de ignorarlo, Jesucristo insiste en un lenguaje cada vez más incisivo:

*Si alguno viene a mí
y no odia a su padre y a su madre
y a su mujer y a sus hijos
y a sus hermanos y a sus hermanas,
hasta su propia vida,
no puede ser mi discípulo.*³⁹

De donde se desprende que ya no se trata meramente de *enfrenar*, sino también de *odiar*. Más difícil todavía. ¿Y qué dice a esto la Pastoral moderna...? Pero antes de intentar una respuesta y examinar las palabras del Maestro, conviene llamar la atención sobre un punto importante; como precaución necesaria para evitar que se cometa un error de estimación histórica.

Siempre cabría pensar que la renuncia a la lucha y la práctica del entreguismo no serían sino un error de táctica. Cometido por una Pastoral y una Jerarquía católicas bastante ingenuas, si bien, al fin y a la postre, animadas por la mejor buena voluntad. Debe tenerse en cuenta que el entreguismo suele disimularse mediante la utilización de variadas artimañas. Una de ellas, que suele ser la más corriente

³⁹Lc 14:26.

de todas, consiste en utilizar eslóganes que, además de *sonar bien*, poseen extraordinaria aptitud para confundir a los ingenuos: la conveniencia del diálogo y la tolerancia ante la necesidad de la unidad, el reconocimiento de *la verdad del otro*, la consideración de los cambios según las circunstancias históricas. . . , y muchos más.

Pero incluso aunque se admitiera la verdad de tales proclamas, es evidente la presencia de métodos y procedimientos, *no ya ajenos, sino contrarios a los contenidos del Evangelio y al didactismo propio de Jesucristo*; como puede comprobarse en los textos citados y en los que aún han de verse más adelante. Lo que no deja de ser un motivo grave de preocupación.

Parece lógico pensar que el precepto de Jesús a sus discípulos de enseñar *todo cuanto os he mandado* (Mt 28:20) habría de incluir también el modo de hacerlo. Más aún cuando, como todo el mundo sabe, el método puede afectar al contenido de la enseñanza. La realidad muestra cada día que, lejos de tratarse de un mero *modus loquendi* sin consecuencias, el método empleado supone ya una toma de posiciones bien capaces de adulterar la doctrina.

Hubo alguien que inventó la expresión *lenguaje episcopal*, con ironía no exenta de malicia, para referirse al arte de hablar sin comprometerse o sin decir nada. Desgraciadamente existen razones que avalan, en no pocos casos, la justicia de esa mordacidad. El principal rasgo distintivo de la nueva Pastoral se caracteriza por la renuncia a la lucha, con el laudable fin de practicar la política de la mano tendida. Su filosofía práctica podría concretarse en un ideario semejante a cosas como éstas: No hay que ofender a nadie. Sobre todo, no hay que molestar a los *media*, al Gobierno de turno, al Sistema en general o a cualquiera de quien puedan derivarse consecuencias negativas para quien habla. Tampoco hay que olvidar la necesidad de respetar *la verdad de cada uno*. Desafortunada expresión esta úl-

tima que nos introduce en el capítulo de las filosofías existencialistas y personalistas, cuyo resultado final es siempre el de acabar negando la verdad absoluta y consiguientemente a Dios.

Dando de lado al aspecto subjetivo de la cuestión, acerca del cual ya hemos hablado más arriba, no parece necesario insistir en que el método didáctico pedagógico de Jesucristo no va por esos caminos. Acabamos de verlo en las expresiones utilizadas por el Maestro; las mismas que algunos no dudarán en calificar como excesivamente fuertes, matiegas, ásperas y desproporcionadas.

Como vamos a ver enseguida, lo que se desprende con claridad de ciertas expresiones de Jesucristo, al parecer demasiado duras, no es sino el hecho de que está *hablando en serio*; puesto que el tema, dada su transcendencia, así lo requiere. Ni el Evangelio es una broma, ni el modo de vida que preconiza es una futilidad. Ni mucho menos es el Cristianismo, como parece que piensan algunos, un *negocio* o forma de vivir (1 Tim 6:5) de la que procuran sacar partido. De todo lo cual se sigue que la superficialidad, por otra parte el más leve de los pecados a identificar entre los que corresponden a este tema, está reñida con la existencia cristiana:

*El Reino de los Cielos sufre violencia,
y solamente los violentos son los que lo arrebatan.*⁴⁰

De nuevo lo insólito e inesperado. Jesucristo hablando de *violencia* . . . , y además para decir que es necesaria si se quiere entrar en el Reino de los Cielos. Se va engrosando, de forma alarmante, la lista de palabras y expresiones que la moderna Pastoral rechazaría como execrables tabúes. Y siendo el vocablo *violencia* precisamente uno de los más demonizados, su empleo indiscriminado —e incluso

⁴⁰Mt 11:12.

discriminado— es muy capaz de provocar un escándalo sin precedentes.⁴¹

Quienes deseen ver serenamente las cosas, y tengan por norma utilizar el sentido común, no necesitan ser advertidos de que Jesucristo no preconiza la violencia; sino que simplemente *habla en serio*. Previene a quienes deseen seguirle que la empresa a realizar, no solamente está lejos de ser una nimiedad, sino que queda reservada para los arriesgados que posean corazón y se sientan capacitados para amar. Al fin y al cabo, amar es la empresa de las empresas y la aventura de las aventuras, en cuanto que es justamente para lo cual el hombre fue creado.

Personalmente tuve ocasión de visitar, no hace demasiado tiempo, una exposición de pintura organizada por la ONG *Manos Unidas* con el fin, según rezaban los carteles que adornaban las paredes y los folletos que yacían sobre algunas mesas, de promocionar una recaudación de fondos (algo inusual en las ONG's) en otra de las denominadas Campañas contra el Hambre. Después de contemplar con asombro la estupidez humana, plasmada en esta ocasión en los ridículos cuadros *futuristas* que allí se mostraban, me dispuse a leer algunos de los numerosos folletos y eslóganes que aparecían esparcidos por paredes y mesas. La mayoría, o en realidad casi todos, eran tópicos elaborados sobre base de utopías; o si se prefiere, se trataba de utopías redactadas sobre base de tópicos. Se repartían el temario, mitad por mitad, entre el pacifismo y el hambre en el mundo. Uno de ellos rezaba así: *Si quieres la paz, evita la violencia*. Un lema al parecer muy apropiado, que a muchos suena agradablemente, y que a mí me dio ocasión de recordar, como por contraste, una de las sentencias profesadas como moneda corriente por los antiguos Romanos: *Si vis pacem, para bellum*. ¿Con cuál de los dos quedarse...? Por supuesto que la mera pregunta sería suficiente para escandalizar a muchos, puestos ante la necesidad de hacer una opción.

⁴¹ Aquí no vale acudir al recurso de la metáfora. Se interprete como se interprete, es evidente que Jesucristo se refiere a una situación de fuerza que, si bien se supone moral en primer término, tampoco excluye la física: *Quienes deseen vivir piadosamente en Cristo Jesús, padecerán persecución* (2 Tim 3:12).

En cuanto a mí, siempre he pensado que preparar la guerra, si es que se desea sinceramente la paz, no parece tan descabellado. Desde luego que es cosa que parece contener mucho más sentido común y práctico que la consabida cantinela de evitar la violencia. Por lo demás, el adagio romano goza de la ventaja, sobre los actuales eslóganes de las ONG's, de estar fundamentado en la realidad y de ser por lo tanto más verdadero. Se quiera o no se quiera. Dado que el pacifismo no es más que una utopía y un medio de seducir a los ingenuos... , aparte de un buen instrumento para obtener dinero.

Y aún cabe hacer otra advertencia. Pues no faltarán gentes sencillas, o quizá dotadas de buenas dosis de candor, para quienes los susodichos eslóganes y tópicos son ingenuidades de buena voluntad. Lo cual anda lejos de ser verdad. Se trata más bien de un material extraordinariamente *realista*, como saben muy bien quienes los utilizan, *en el sentido de que, como hemos dicho, son un medio eficaz de obtener dinero*, acerca del cual nadie pide cuentas y cuyo empleo permanece a menudo en el arcano del misterio.

Indudablemente es contrario a la verdad, además de absurdo, suponer en Jesucristo la voluntad de enfrentar a los padres contra los hijos, o viceversa. Y lo mismo puede decirse en cuanto a que se mostrara partidario de la guerra o de la violencia.

Ha de tenerse en cuenta que Jesucristo *se está refiriendo en esos textos claramente al Amor*. Al Amor a Dios y a la voluntad de seguirlo a Él por Amor. Y puesto que el Amor es lo más elevado y sublime que existe en el Universo; aquello *por* y *para lo que* el hombre fue creado, y junto con él todas las cosas —*Una sola cosa es necesaria; y María ha escogido la mejor parte*⁴²—, existen razones más que suficientes para entender sus palabras. Ante lo decisivo del tema, Jesucristo utiliza el lenguaje apropiado para hacer comprender su importancia. Y es que, efectivamente, el Amor es lo más fundamental y lo único necesario:

*l'Amor che move il sole e l'altre stelle.*⁴³

⁴²Lc 10:42.

⁴³Dante, *La Divina Comedia*, Paraíso, final.

El lenguaje *fuerte* está sobradamente justificado en este caso, dada la importancia del tema. En los juicios de pensamiento de los que puede depender todo, incluidas la vida y la muerte, es necesario valerse de un lenguaje especial, ordinariamente metafórico y hasta hiperbólico, pero que todo el mundo entiende en los términos adecuados. Es la forma humana normal y universal de hablar y utilizada con abundante frecuencia, como puede comprobarse en su uso por los mismos textos evangélicos: *Si tu mano o tu pie te escandaliza, córtatelo...*⁴⁴ *Quien escandalizare a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valía que le ataran al cuello una rueda de molino y lo arrojaran a lo profundo del mar.*⁴⁵

Y Jesucristo se está refiriendo claramente al Amor. Todo lo que a él se refiera es acreedor a cualquier apelativo por magnificante que sea, con tal de que contribuya a hacer valer su carácter esencial y fundamental. Ni existe nada que se le pueda comparar, ni tampoco es posible evaluarlo a la medida humana:

*Que es fuerte el amor como la muerte
y son como el sepulcro duros los celos.
Son sus dardos saetas encendidas,
son llamas de Yavé.
No pueden aguas copiosas extinguirlo
ni arrastrarlo los ríos.
Si uno ofreciera por el amor toda su hacienda,
sería despreciado.*⁴⁶

Es enteramente incompatible con el vacilante *sí y no*, e incapaz de comprender lo que el Mundo suele entender por *medias tintas*.

⁴⁴Mt 18:8

⁴⁵Mt 18:6.

⁴⁶Ca 8: 6-7.

Por lo que no admite otra cosa que no sea el *todo o nada*. Como también puede comprobarse en los textos escriturísticos. Uno a quien Jesús invitó a seguirle estaba dispuesto a hacerlo, aunque pidió ir primero a enterrar a su padre muerto: —*Deja a los muertos enterrar a sus muertos —le respondió Jesús—; tú vete a anunciar el Reino de Dios.*⁴⁷ E igualmente le respondió a otro que quería ir primero a despedirse de su familia: *Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios.*⁴⁸

Si la Teología y la Pastoral modernas utilizan un lenguaje *suave*, a menudo equívoco, repleto de eufemismos y siempre con el complejo de *no herir* y de *no molestar*, es debido a la degradación a la que ha sido sometido el concepto del Amor. A la pretendida Supra Iglesia universal creada por el hombre, tal como la preconiza la Masonería, le corresponde un lenguaje apropiado: puramente terreno, romo, anodino, y a distancia infinita del celestial: *El que es de la tierra, de la tierra es y de la tierra habla.*⁴⁹

La prueba más evidente y dolorosa de la corrupción del concepto del Amor entre los católicos, se encuentra en las nuevas disposiciones referentes al sacramento del matrimonio.

La *indisolubilidad* del matrimonio cristiano es de institución divina, como consta claramente en la Escritura, en la Tradición y en el constante Magisterio de veinte siglos. El amor conyugal es un analogado del Amor Infinito, tal como existe en el seno de la Trinidad, única fuente de todo verdadero Amor. Consiste en la mutua entrega de dos que se aman *total e incondicionalmente*; en realidad dos características esenciales en el concepto y sin las cuales ni siquiera es posible imaginarlo como verdadero amor. De ahí que la Iglesia no haya admitido nunca el divorcio, puesto que el amor *ad tempus* no es sino una forma de amor *ad libitum*, que viene a ser lo mismo que decir *mientras dure o en tanto que apetezca*. Lo cual nada tiene que ver con el Amor.

⁴⁷Lc 9:60.

⁴⁸Lc 9:62.

⁴⁹Jn 3:31.

Aunque la indisolubilidad del matrimonio cristiano es de institución divina (Mc 10:9; Mt 19:6), en realidad se funda en la misma naturaleza del amor. Ante la pregunta sobre la nota de indisolubilidad ya desde su institución en el Paraíso, la respuesta es claramente afirmativa. Lo declara expresamente Jesucristo, ante la cuestión propuesta por los fariseos acerca del libelo de repudio, permitido por Moisés: *Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres a causa de la dureza de vuestro corazón; pero "al principio" no fue así.*⁵⁰ Su elevación a la categoría de sacramento, por parte de Jesucristo, refuerza y fundamenta aún más esa condición. Es evidente que Dios no es partidario del Amor *a tiempo limitado*.

La Iglesia carece de potestad para admitir el divorcio, lo que además supondría actuar contra su propia Tradición y su propio Magisterio. Y sin embargo el Catolicismo ha optado por aceptarlo... , aunque cambiando el nombre; para lo cual se ha prescindido del vocablo *divorcio* y se ha introducido la expresión *declaración de nulidad del vínculo*.

La gravedad de esta situación pronto se hace patente, sobre todo si se tiene en cuenta que la *nulidad* se consigue prácticamente por todos los matrimonios solicitantes. El porcentaje de más del noventa por ciento de nulidades concedidas viene a suponer la totalidad, dado que la pequeña cantidad de peticiones rechazadas aún puede acudir a instancias superiores, donde siempre son atendidas y despachadas favorablemente.

Pero el caso plantea un serio problema: ¿Basta con cambiar el nombre de una cosa para que, manteniendo idénticas su totalidad y esencia, pueda afirmarse que es otra distinta? Es el caso del *aborto*, por ejemplo, que ahora suele ser conocido con el apelativo de *interrupción del embarazo*.

Pero la aceptación del divorcio, con ser un hecho grave, no lo es tanto como el de admitir el uso del *lenguaje adulterado*. El cual, como todo el mundo sabe, se utiliza para confundir, mediante la ocultación o el disimulo, acerca de realidades que pueden resultar peligrosas o tal vez producir consecuencias no deseadas. Mediante el procedimiento de hacer creer que determinadas realidades no son lo que parecen, o bien haciendo que pasen desapercibidas, se conjura el peligro de reacciones inoportunas y se logran los deseados propósitos.

La manipulación del lenguaje, sabiamente manejada por el modernismo, es uno de los fenómenos más inquietantes aparecidos en la Iglesia del Concilio Vaticano II y tiempos posteriores. Por más que resulte amargo reconocerlo, es necesario aceptar la evidencia del lenguaje ambiguo de muchos textos de los

⁵⁰Mt 19:8.

Documentos conciliares y de la nueva Liturgia.⁵¹ La fidelidad y obediencia que cualquier católico debe a la Iglesia no pueden constituir un obstáculo para dar paso a la verdad: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*.⁵² Aunque lo más preocupante de esta práctica es que se opone a la Tradición y al Magisterio de la Iglesia, cuya claridad y seguridad de lenguaje han sido siempre proverbiales. Por no hablar de la doctrina de la Escritura, la cual jamás se ha mostrado vacilante, irresoluta o indecisa: *Que vuestro modo de hablar sea: 'Sí, sí'; 'no, no'. Lo que exceda de esto, viene del Maligno*.⁵³ También San Pablo era un fervoroso partidario de la claridad: *De igual manera vosotros, si al hablar en lenguas no decís algo que se entienda, ¿cómo se comprenderá lo que estáis diciendo? Seríais como quien habla al viento...*⁵⁴ *Doy gracias a Dios porque hablo en lenguas más que todos vosotros; pero en la iglesia prefiero decir cinco palabras con sentido, para instruir también a los demás, que diez mil palabras en lenguas*.⁵⁵

El problema del doble sentido de los términos ambivalentes consiste en que uno de ellos, generalmente el que apunta al error, tiende a grabarse en los destinatarios más fuertemente que el otro; mientras que este último, por el contrario, suele pasar más desapercibido y casi siempre acaba por desaparecer. Dado el ambiente de perversidad y paganismo que el Sistema ha difundido en todos los ámbitos de la sociedad, unido a la ya de por sí débil naturaleza humana, la opción por la falsedad es fruta madura que suele caer sola. Jesucristo atribuye la opción por la oscuridad a la previa maldad humana: *Los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas*.⁵⁶ También en otros textos relaciona la abundancia de la maldad y el enfriamiento de la caridad (Mt 24:12) como causas de la pérdida de la Fe (Lc 18:8). Según lo cual, cabe pensar en una *opción por el mal* previa a la *opción por el error*; y desde luego es evidente que la elección del error es el resultado de una previa decisión perversa de la

⁵¹Textos como *él será "para nosotros" pan de vida*, en el ofrecimiento del pan para ser consagrado en la Celebración Eucarística, no pueden ocultar su ambigüedad. De hecho, ¿qué significa exactamente la expresión *para nosotros*? No son pocos los convencidos de la presencia aquí de un doble sentido, con marcado sabor protestante uno de ellos.

⁵²Locución citada por Ammonio en su *Vida de Aristóteles*, aunque otros la atribuyen a Cicerón, en su *De Amicitia*.

⁵³Mt 5:37; cf San 5:12.

⁵⁴1 Cor 14:9.

⁵⁵1 Cor 14: 18-19.

⁵⁶Jn 3:19.

voluntad.⁵⁷ Sea como fuere, los *hijos de este mundo* conocen bien el problema; y siempre más sagaces que los hijos de la luz (Lc 16:8), se esfuerzan en fomentar por todos los medios la corrupción de la sociedad, como fase previa y hasta necesaria para facilitar la consecución de sus fines.

Por otra parte el término ambiguo utilizado según este contexto tiende al error *por su propia naturaleza*. Puesto que encierra en su seno una mentira con virtualidad para ser aceptada, lo que ya de por sí lo convierte en algo intrínsecamente malo. De todos modos, debe ponerse cuidado en no confundir el lenguaje profundo (y a veces hasta oscuro), empleado por la Escritura, con las formas de discurso ambivalentes, a menudo incluso empleadas deliberadamente.

Hemos dicho antes, parafraseando el Libro de Job, que la vida del hombre sobre la tierra es una lucha y combate continuos. Pero la palabra combate posee también el sentido o significado de *certamen*, o de *competición*.⁵⁸

Tomado el vocablo en el sentido de *lucha* o de *combate*, refleja efectivamente la situación del hombre sobre la tierra como resultado de un desgraciado accidente, aunque voluntariamente buscado: el pecado; el cual le aporta su nueva condición de naturaleza caída. Pero tomado en su sentido de *competición*, es lícito concluir que el concepto corresponde al ser humano como algo propio y consecuente con su naturaleza creada.

Para comprenderlo, basta con recordar que el hombre ha sido creado por el Amor y para el Amor. O dicho de manera más clara, ha sido hecho por Dios para amar y para ser amado.

Pero el Amor creado posee otra nota esencial, cual es la de configurarse como torneo o competición. A saber: dos contendientes —los

⁵⁷Carlos Cardona, *Metafísica de la Opción Intelectual*.

⁵⁸En el texto de 2 Tim 4:7 (*bonum certamen certavi*), el sustantivo ἀγών significa más bien competición atlética o deportiva; cf 1 Tim 6:12; Heb 12:1; *passim*.

dos amantes— *luchan* o compiten entre sí para decidir *cuál de ellos le entrega más al otro*:

*Y la bandera que ha alzado contra mí
es bandera de amor.*⁵⁹

Esta característica es exclusiva del Amor creado, y no existe en el Amor Increado o Infinito. En el seno de la Augusta Trinidad, el Padre *no podría entregarle* más al Hijo, ni tampoco el Hijo al Padre, puesto que ambos se entregan mutuamente a Sí mismos *en totalidad*. No habiendo ya cabida en la Infinitud ni para el más ni para el menos, al contrario de lo que sucede en el Amor creado o divino–humano.

El problema queda planteado aquí de la siguiente manera: El Amor creado, en sus diversas formas de verdadero Amor, es siempre un analogado y una participación con respecto al Amor Increado. Pero si acaso se establece que la nota de *competición* o *certamen* corresponde a la naturaleza misma del Amor, será necesario admitir que también habrá de encontrarse, siquiera de algún modo, en el Amor Increado.

Debe tenerse en cuenta que las Divinas Personas se configuran según relaciones de *oposición* que en modo alguno son accidentes, puesto que se identifican realmente con la esencia divina. La relaciones existentes entre el Padre y el Hijo son las de paternidad y filiación. Tal vez podría entenderse tal *oposición* como una competición o certamen; aunque en estado de la *total perfección* de un final que no es tal final, porque tampoco ha tenido principio. Pero el hecho de que no haya contemplado principio alguno, ni tampoco un pretendido final; ni menos aún pueda darse cabida a la existencia de un más o de un menos, sino solamente el todo desde siempre, *tal cosa no elimina la razón de oposición entre esas dos Personas*. Las cuales, por ser Infinitas y amarse en totalidad, se lo entregan todo mutuamente, dentro de una eternidad que no conoce principio ni final. Si la pugna hubiera llegado a la totalidad y plenitud por ambas partes, habría alcanzado su entera perfección; pero no por eso perdería su carácter de pugna. Justamente por carecer de principio y de final, y no existir en ella cambio alguno, quizá pueda considerarse que *siempre ha poseído su carácter de pugna*.

⁵⁹Ca 2:4.

Esta *contienda* entre dos que se aman —en el caso del Amor divino–humano, Dios y el hombre— no es una cuestión alegórica o figurativa, sino absolutamente real. De otro modo tampoco sería real el elemento puesto aquí en juego, que no es otro que el Amor.

Un misterioso episodio del Libro del Génesis narra la *lucha* de Jacob con Dios: *Un hombre estuvo luchando con él [con Jacob] hasta rayar el alba;*⁶⁰ *y al ver aquel hombre que no le podía, le alcanzó en la articulación del muslo; y se le dislocó a Jacob la articulación del muslo en su lucha con él. Y le dijo el hombre: “Suéltame, pues va a rayar el alba”. Le contestó: “No te soltaré hasta que me bendigas”. Entonces le preguntó: “¿Cómo te llamas?” Respondió: “Jacob”. Le dijo: “Ya no te llamarás más Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con hombres y has vencido”. Jacob le preguntó: “Por favor, dime tu nombre”. Le contestó: “¿Por qué preguntas mi nombre?” Y le bendijo allí mismo. Jacob puso a aquel lugar el nombre de Penuel, porque se dijo: “He visto a Dios cara a cara y conservo la vida”.⁶¹*

Sea cual fuere la interpretación que se atribuya al texto, es evidente que se refiere a unas relaciones *reales* enmarcadas en una intrigante *contienda* entre Dios y el hombre. Donde la clave se encuentra seguramente en el sentido que se le atribuya aquí al concepto de *contienda*.

Lo primero que llama la atención, como cosa notable, en este fragmento del Génesis, es el hecho de que Dios se ponga a la altura del hombre y además que *resulte vencido*. Por mucho antropomorfismo que se quiera suponer aquí, es evidente que es el hombre quien prevalece. De donde parece desprenderse que, por lo que hace a esta *contienda* de la que aquí se habla, lejos de hacerse referencia a algún tipo de metáfora o alegoría, se está apuntando hacia algo real.

⁶⁰La narración concibe a Dios en sentido antropomórfico. Pero aparte de que el mismo texto acaba reconociéndolo expresamente, toda la Tradición ha identificado unánimemente a Dios en esta figura.

⁶¹Ge 32: 25–31.

El Nuevo Testamento aporta luz sobre el problema. Al fin y al cabo supone con respecto al Antiguo la revelación definitiva del Amor de Dios al hombre. La parábola de los talentos (Mt 25: 14-30) y la de las minas (Lc 19: 11-27) son expresivas con respecto a este tema y hasta sorprendentes.

De ellas se desprende que el hombre es capaz de devolverle a Dios, no solamente una cantidad equivalente a los bienes que ha recibido de Él, *sino que incluso es capaz de doblarlos*. Como puede verse, la Escritura nos presenta aquí una situación que lógicamente debe ser susceptible de alguna explicación. Que será plenamente inteligible al entendimiento divino y comprensible, de alguna manera al menos aunque no en toda su profundidad, para la inteligencia humana.

Se trata, por lo tanto, de situaciones que ocurren entre dos —en este caso Dios y el hombre— y en las que algo en litigio se halla puesto en juego. Sin duda porque existe entre ambos una cierta y previa *oposición*, por más que sea peculiar. Pero donde la contienda es tan real como para poder afirmar que *el hombre es capaz de salir de ella victorioso*.

A fin de arrojar alguna luz sobre el problema, hasta donde sea posible, conviene recordar que Dios ha querido establecer con el hombre *verdaderas relaciones de Amor*. Por lo que los elementos necesarios para configurarlas habrán de ser también reales y auténticos. Pues Dios ama de verdad y ha querido ser amado por el hombre también de verdad. Y de ahí la necesidad, respetada por Dios desde el momento en que ha deseado tal Amor, *de ser fiel a las reglas del juego*. Si quería ver a su creatura realmente enamorada de Él, necesariamente había de arriesgarse y *jugar en serio*. Ahora bien, es evidente que el sentido más propio atribuible a las *reglas del juego* no es otro que el de respetar la naturaleza de las cosas. En definitiva, pura Lógica. Y Dios es infinitamente lógico, puesto que es la Verdad Infinita.

Por lo tanto, cuando se trata del *juego del Amor*, es necesario guardar las reglas propias del Amor. Luego, o bien se configura con todos sus ingredientes, que no son sino las cualidades que le son esenciales, o no puede haber Amor en modo alguno. Y una de las reglas importantes, de las que imponen la pauta en este tema, es la que establece la necesidad de que los amantes *se encuentren en situación de igualdad cada uno con respecto al otro*. Puesto que todo lo que es del uno es también del otro. Como dice la esposa del *Cantar*:

*Mi amado es para mí y yo soy para mi amado.*⁶²

Para que un combate o certamen pueda considerarse justo, que es lo mismo que decir verdadero, es preciso que ambos contendientes se encuentren en condiciones en las que no existan ventajas para ninguno de ellos. De otro modo ya no se trataría de una verdadera contienda, sino todo lo más de una exhibición. Efectivamente, si la contienda no se lleva a cabo en condiciones equilibradas entre ambos oponentes, sin ventaja o favor para ninguno de ellos, no puede decirse que sea justa; ni puede considerarse, por lo tanto, como verdadera contienda.

Pero Dios deseaba *ser amado de verdad* por el hombre. Lo que significaría que éste habría de amar a la manera humana, que es su forma propia de amar aunque en este caso elevada además por la gracia. Pero de todos modos el hombre habría de hacerlo a la manera humana, ya que de otra forma no existiría entre Dios y él una verdadera relación de Amor. Cada cosa, en efecto, ha de obrar según su naturaleza, aunque en este caso se vea elevada a *sobrenaturaleza*. Pero tal elevación, actuada por la gracia, ni destruye, ni disminuye,

⁶²Ca 2:16; 6:3.

ni prescinde de la naturaleza; sino que la purifica, la potencia y la eleva. Y una naturaleza *potenciada* no deja de ser naturaleza.

Y el Amor, como venimos diciendo, es una contienda. De donde he ahí otro de los motivos de la Encarnación: si Dios quería medirse con el hombre en el combate del Amor, y en condiciones justas que es lo mismo que decir verdaderas para que la competición sea real, tenía que hacerse Hombre.

El Nuevo Testamento aborda el problema de forma más explícita. Del Antiguo aún se podría deducir una teoría general sobre el Amor; aunque difícilmente, o quizá en modo alguno, la del auténtico Amor divino–humano, pues todavía no había aparecido el Dios hecho Hombre en Jesucristo. Pero ahora es el mismo Jesucristo quien, exponiendo previamente un planteamiento general de la situación, pone las cosas en su lugar y da paso a la única posibilidad de que el Amor divino–humano sea una realidad:

*Ya no os llamo siervos,
porque el siervo no sabe lo que hace su señor;
a vosotros, en cambio, os he llamado amigos,
porque todo lo que oí de mi Padre os lo he hecho conocer.*⁶³

Donde queda claro que Dios no desea mantener con el hombre simples relaciones de Señor a siervo, sino de amigo a amigo. Por lo tanto de absoluta intimidad y cariño. Pues *sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, “habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”*.⁶⁴ Así que los amó *hasta el fin*. . . Definitivamente, ahora es cuando las cartas están sobre la mesa y a falta solamente de comenzar el juego.

⁶³Jn 15:15.

⁶⁴Jn 13:1.

Uno de los acontecimientos de la Última Cena, del que no suele extraerse todo su profundo significado, está contenido en el texto de San Juan (13: 1–15) en el que se narra el lavatorio de pies que el Maestro hizo a los discípulos durante la Última Cena. El fragmento es interpretado ordinariamente como un gesto de humildad por parte de Jesucristo. Lo que no deja de ser cierto, con tal que no se olvide que la Palabra de Dios, contenida en los textos revelados, es viva y eficaz (Heb 4:12); y que, habiendo sido pronunciada para todos los hombres, de todos los lugares y todas las épocas, es susceptible de ser interpretada en profundidades que nunca llegan a agotarse. El momento culminante de esta escena es seguramente aquél en el que San Pedro, por considerarse indigno y en un plano tan inferior al de su Maestro, se niega a que Éste le lave los pies. Ante lo cual Jesús le amonesta con tono terminante: *Si no te lavo, no tendrás parte conmigo*. Llegados a este punto, quizá sería posible creer que la negativa de Pedro ante el gesto de su Maestro, concebida como acto de humildad que concluye en una situación de cariñosa rebeldía, es una explicación suficiente. Al mismo tiempo que Jesucristo pretendería mostrar su amor y su humildad a sus discípulos e indicarles un modo de proceder: *Si yo que soy el Señor y el Maestro, os he lavado los pies...*

Pero como suele suceder en los textos evangélicos que se refieren directamente a Jesucristo, las últimas razones que motivan sus palabras o su comportamiento pueden ser más profundas. Jesús, que los había amado *hasta el fin* (13:1), deseaba consecuentemente ponerse al nivel de sus discípulos. Lo que era incluso necesario si quería ser correspondido del mismo modo. Pues si bien la condición personal de los amantes sigue siendo la propia de cada uno de ellos, puesto que la relación amorosa requiere como esencial el *yo* de cada uno, es lo cierto que el Amor coloca a ambos en una situación *como del*

mismo nivel. Lo cual parece normal cuando se considera que en el Amor *todo* lo que es de uno es también del otro:

*Mi amado es para mí y yo soy para mi amado.*⁶⁵

La esposa, por su parte, habla de su intimidad con el Esposo. Aunque de tal modo, sin embargo, que parece suponer que cualquier especie de desigualdad, en cuanto a la dignidad del uno y del otro, quedaría como borrada, si no al menos olvidada:

*Reposa su izquierda bajo mi cabeza
y con su diestra me abraza amoroso.*⁶⁶

A esto se oponía el apóstol Pedro; con buena intención pero equivocadamente, y de ahí la seria advertencia que recibe de Jesucristo: *Si no te lavo, no tendrás parte conmigo*. En la que no hay que ver una simple recriminación dirigida al discípulo, sino un apercibimiento para hacerle comprender que, en ese caso, no podrá tener parte con su Maestro. No se trata pues de un reproche ante la negativa de San Pedro, sino de una amonestación fundamentada en la necesidad que impone la naturaleza de las cosas: si no hay situación de equiparada condición, no puede haber relación de Amor.

Alguien podría pensar que el acto de humildad de Jesucristo ante sus discípulos excede lo normal, hasta parecer excesivo. Tan desmesurado, e incluso exagerado si se quiere, que más bien podría considerarse una humillación.

Y es verdad que podría considerarse un acto exagerado. Si por *exagerado* se entendiera aquí lo que excede de lo normal y traspasa

⁶⁵Ca 2:16; 6:3.

⁶⁶Ca 2:6; cf 8:3.

los límites de lo razonable. Por eso debiera calificarse mejor como *desmesurado*, con tal que el adjetivo se entienda en el sentido de que sobrepasa a las mezquinas y limitadas medidas humanas. Explicable cuando se tiene en cuenta la distancia infinita que media de la Persona del Maestro a la de su discípulo. Quizá es lo que quiso expresar San Pablo cuando dijo que el Verbo *semetipsum exinanivit*,⁶⁷ o que se hizo la *nada* en favor de los hombres. Siendo la distancia de Dios a sus creaturas infinita, y absolutamente inconmensurable por lo tanto, es razonable afirmar [el aparente despropósito de] que el Ser Infinito se hizo la Nada. El hecho de que Dios quisiera hacer partícipe al hombre de su propia naturaleza, de entregarle y recibir su Amor, y de convertirlo en hijo, amigo íntimo y contertulio suyo, supone algo que resulta inconcebible para la creatura. Pero suficiente para que Dios haya querido estar tan próximo a ella como para hacerse semejante a ella e incluso igual a ella: *Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*.

El problema que aquí se suscita es la aparente antinomia de que Dios haya decidido entablar un a modo de torneo o contienda, como de igual a igual, entre Él y su creatura. Y lo que es más extraño de todo, que le otorgue a ella la posibilidad de vencerlo.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que Dios no gusta de actuar con elementos a la manera de entelequias; ni de conceder dones que no respondan a otra realidad que la propia de un lenguaje metafórico o figurado. Si le otorga al hombre el don de competir con Él y de colocarse en plano de igualdad, tal gracia supone una condescendencia de significado *real*. Y por ser real, se entiende que el hombre goza efectivamente de la posibilidad de vencer.

Lo que sucede es que tal posibilidad en el hombre es, por supuesto y como ya hemos sugerido, obra de la gracia. La cual otorga

⁶⁷ Flp 2:7.

siempre dones que son reales; y en modo alguno cosas que acabarían resolviéndose en puras logomaquias. Según lo cual, en último término todo es don de Dios. En éste concretamente del que estamos hablando, pueden suceder dos cosas: O bien que sea Dios el vencedor en la contienda, en cuyo caso estamos igualmente ante un inefable despliegue de la gracia; o bien que sea el hombre quien obtenga el triunfo, de tal manera que entonces nos encontraríamos ante una magnánima e increíble actualización. . . también de las maravillas de la gracia. Al final de todo, quedaría en pie lo que decía Bernanos, en su famosa novela, por boca del Cura Rural: *Todo es gracia*. Con lo cual aparece como evidente que la gracia es inefable.

Queda por explicar lo que parece inexplicable: la posibilidad de que Dios sea vencido por el hombre en la justa del Amor. Ante lo cual hay que adelantar que, efectivamente, todo indica que estamos ante algo bastante difícil de entender. En todo caso, a falta de una explicación exhaustiva, quizá sea posible hallar indicios capaces de aportar alguna respuesta a la curiosidad del entendimiento humano. Es evidente que para intentar siquiera una *a modo de explicación*, habría que introducirse en el estudio de los misterios de la Teología Mística, sin olvidarse tampoco de profundizar en los insondables secretos de la oración contemplativa. Todo lo cual nos enfrentaría a la posibilidad de llegar a saber bien poca cosa; y hasta seguramente nada en absoluto.

A lo que hay que añadir que el lenguaje aquí utilizado alude a realidades y no a ensoñaciones; como ya hemos dicho más arriba. El cual debe ser manejado además con extrema precaución. Puesto que, si bien responde a la realidad, no siempre deberá ser interpretado según los modos ordinarios de entender y de expresarse el ser humano. Nos hallamos dentro del ámbito de los misterios sobrenaturales —en realidad ante el mayor de todos los misterios, cual es el del Amor—, el cual es inaccesible para el hombre, salvo en capas de intelección que no pasan de superficiales. Será, pues, necesario caminar como sobre carbones encendidos, con el escrupuloso cuidado de evitar numerosos obstáculos, a saber: teniendo en cuenta la analogía, por ejemplo; sin olvidar la precaución de evitar cualesquiera indicios de antropomorfismos, de *teomorfismos*, u otros intentos de trasponer indebidamente a lo sobrenatural realidades o expresiones que pertenecen a lo natural y cotidiano.

Ante todo debe quedar claro que no puede ser objeto de discusión el hecho de que, siendo Dios el Amor Infinito, nadie puede pretender amar más que Él.

Establecido lo cual, hay que insistir en la pregunta: ¿Cómo es posible entonces que pueda hablarse de contienda en la relación amorosa divino-humana?

Puesto que Dios es el Ser Infinito, se identifica con el Amor Infinito, o Amor Esencial (1 Jn 4:8). Pero el Amor Infinito, o sencillamente el Amor, es un pozo abismal sin fondo ante el cual el hombre no puede hacer otra cosa que *asomarse* al brocal. Es imposible para el ser humano llegar a comprender el grado de profunda liberalidad con el que la Infinita Magnificencia es capaz de volcarse en su criatura. Sucede sin embargo que, al obrar de ese modo, Dios no hace sino manifestar su grandeza prodigando su generosidad hasta el infinito; o en todo caso, hasta donde es capaz de ser recibida por la criatura. Utilizando un modo de hablar a lo humano, podría decirse que la munificencia divina se *actualiza aún más* al realizarse en las criaturas. Sería lícito tildar de imprudente al hombre que, osando fijar límites al Amor, intentara determinar hasta dónde es capaz y hasta dónde no es capaz de llegar el Amor Infinito.

Si se admite que Dios ha deseado que su relación amorosa con el hombre se configure bajo la forma de justa o torneo, es de suponer que habrán de darse las condiciones necesarias para que pueda ser calificado el combate como auténtico y justo.

Para lo cual es preciso que ambos contendientes —Dios y el hombre— se encuentren equiparados en igualdad de condiciones. Deponiendo lo que podría suponer ventaja para cualquiera de ellos, tal como exigen las reglas a guardar en la liza entre nobles competidores.⁶⁸

Pero en este caso concreto, el hombre no podía colocarse a la altura y conforme a la situación de Dios. De donde era preciso, por lo tanto, que Dios *descendiera* hasta el nivel y condición del hombre. De este modo se hace posible comprender que las dificultades para entender esta situación —la de una justa de Amor entre Dios y el hombre— no son diferentes, en el fondo, de las surgidas para aceptar el misterio de la Encarnación.

Que Dios ha querido hacer del hombre su *partner*, que es como decir su compañero, su amigo, su socio y, por lo tanto, su competidor y agonista en la relación de Amor a llevar a cabo con Él, es fácil de admitir si se acepta el hecho revelado de que efectivamente ha querido hacerlo amigo suyo (Jn 15: 14-15), hijo suyo (1 Jn 3: 1-2) y hasta participe de su divina naturaleza (2 Pe 1:4). Y

⁶⁸ *Tampoco el atleta consigue el triunfo si no ha competido reglamentariamente* (2 Tim 2:5).

por supuesto que es más fácil comprender lo primero que lo segundo. Si Dios ha elevado al hombre a la categoría de *verdadero* hijo suyo, ¿por qué no admitir que lo ha aceptado como antagonista en la competición de Amor que libran los amantes (en este caso ellos mismos)?

La condición de equiparación a nivel de igualdad entre Dios y el hombre está claramente atestiguada por la Escritura. El texto fundamental y más importante está contenido en el Prólogo del Evangelio de San Juan: *Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.*⁶⁹

El primero de los dos hemistiquios —*El Verbo se hizo carne*— se lee sin dificultad en sentido propio. En cuanto al segundo —*Y habitó entre nosotros*— es más susceptible de ser interpretado en sentido *blando*; a saber: según la significación literal y somera de que vivió *en medio de nosotros*. Sin embargo, todo parece indicar que el texto debe ser leído igualmente en sentido *fuerte*, puesto que es evidente su intención de subrayar que el Verbo se hizo *uno de nosotros*, exactamente lo mismo que afirma la primera parte del verso.

Pero no parece necesario insistir en un tema sobre el que abundan los textos de la Escritura. Desde el *semetipsum exinanivit*, de Flp 2:7, hasta otros también interesantes para el tema que nos ocupa. Como el que pone en boca de Jesucristo la seguridad de que, quienes le otorguen su confianza, harán cosas mayores que Él: *En verdad, en verdad os digo:⁷⁰ el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y las hará mayores que éstas porque yo voy al Padre.*⁷¹ O el que contiene la emocionada y consoladora promesa anunciada también en el Sermón de despedida: *Cuando me haya marchado y os haya preparado un lugar, de nuevo vendré y os llevaré junto a mí, para que, donde yo estoy, estéis también vosotros.*⁷²

Como puede verse, el desafío amoroso en igualdad de condiciones, que incluso puede acabar en ventaja para el hombre, no es un tema extraño a la Sagrada Escritura.

Nos encontramos, por lo tanto, ante una justa amorosa entre Dios y el hombre, tal como hemos afirmado repetidamente. Aunque también hemos dicho que el Amor es un insondable abismo de Misterio. Si ya al hombre le resulta difícil penetrar en la realidad del Amor creado o participado, ¿qué decir acerca de sus posibilidades de entender cuando se enfrenta a las profundidades del Amor

⁶⁹ Jn 1:14.

⁷⁰ Póngase atención a este énfasis inicial.

⁷¹ Jn 14:12.

⁷² Jn 14:3.

Infinito? Además el hombre es incapaz de explicar —por la sencilla razón de que nunca ha llegado a comprenderla— la atracción misteriosa que la Grandeza experimenta ante la Pequeñez, la Infinitud ante lo finito, el Ser por Esencia ante el ser creado, la Magnanimidad ante la impotencia y el desvalimiento, la Suma Santidad ante la debilidad y la flaqueza. . . Pues es evidente que a Dios le seducen los humildes: *En aquel momento se llenó de gozo en el Espíritu Santo y dijo: “Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien”*.⁷³ Por lo que no tiene nada de extraño que, según aseguraron algunos teólogos, Dios adelantara el momento de la Encarnación al sentirse fascinado por la humildad y pureza de la Virgen de Nazaret. En cuanto a la afirmación acerca del gozo experimentado por Jesucristo al pronunciar su entusiasmada exclamación, según se contiene en el texto de San Lucas, *no está dicha como de paso o como detalle coyuntural*; sino que es la demostración de lo que venimos diciendo. El desbordante regocijo del que se habla es el resultado de la seducción experimentada por el Creador ante la pequeñez y debilidad de su creatura. Un regocijo acerca del cual y por el cual también Jesucristo se siente en total sintonía con el Padre.⁷⁴

Después de todo lo dicho aún queda por abordar el más difícil aspecto del problema: ¿Acaso es posible, puesto que parece contradictorio, que el hombre resulte vencedor en el torneo de Amor emprendido entre Dios y él? La decisión por la afirmativa, con el apoyo de textos como el de la parábola de los talentos o la de las minas, sin insistir más en el tema y pasando como de largo, sería cosa demasiado sencilla. Pero dado que el entendimiento no iba a quedar satisfecho, será preciso esbozar una explicación; si resulta posible y hasta donde sea posible.

⁷³Lc 10:21.

⁷⁴La fascinación y seducción que la Pequeñez ejerce sobre la Grandeza es otro misterio. Sin duda que existen en la Humildad suficientes destellos de Belleza y Bondad para ser capaces de atraer a la Majestad. Tal vez todo se deba a que, ante la contemplación de lo pequeño, la Suprema Magnanimidad encuentra ocasión de actualizarse a Sí misma; que es lo mismo que decir que el Ser infinitamente Magnánimo encuentra ocasión para amar. Es verdad que el Amor Infinito no necesita amar fuera de Sí mismo. Pero, en el caso de que decida hacerlo, llevado de su mismo Amor, a fin de extenderlo a otros seres y elevarlos así a la condición de copartícipes, *no existe motivo alguno para calificar tal decisión como irrazonable*. Por eso parece lógico que la Escritura coloque al Espíritu de Dios en el comienzo mismo del tiempo, presidiendo el primer instante de la Creación (Ge 1:2). Al fin y al cabo, el Universo creado es obra del Amor.

Ante todo debe quedar claro, aunque no sea necesario decirlo, que el Amor infinito no puede ser superado en intensidad de Amor por creatura alguna. Afirmar otra cosa sería contradictorio además de absurdo, y nadie iba a estar dispuesto a sostenerlo.

En cuyo caso, si todavía se insiste en configurar la relación amorosa divino-humana como torneo o justa de Amor, con la posibilidad de que el hombre resulte vencedor, habrá que tratar de buscar una explicación. Ahora bien, ¿existe esa explicación?

Por supuesto que los juicios o decisiones de Dios son absolutamente inmutables *ab æterno*. Una verdad de fe que hasta la misma razón humana puede fácilmente comprender. Pero es que las decisiones de Dios, acerca de casos y ocasiones en los cuales, según la magnificencia de su Gracia, ha dispuesto permitir que *la voluntad del hombre prevalezca sobre la suya propia, son también igualmente "ab æterno"*. Son circunstancias en las que la infinita Liberalidad divina va a otorgar a la voluntad del hombre la posibilidad de *quebrantar* e imponerse a la divina. Es verdad que si alguien, en un acto de condescendencia, se dejara derrotar por amor, cabría la posibilidad de pensar que, en último término, tanto el resultado como el mismo combate, estarían próximos a la ficción.

Lo cual puede ser cierto por lo que respecta a las criaturas, pero en modo alguno en el caso de Dios. Cuyos dones, siempre otorgados por gracia, son *absolutamente reales* y alejados, por lo tanto, de cualquier elemento de fantasía o de figuración. Si Dios otorga la facultad de que, en un determinado caso, la voluntad humana prevalezca sobre la suya propia, tal dádiva nada tiene que ver con la ficción. La voluntad y la palabra de Dios hacen lo que dicen, sin más: *La palabra que sale de mi boca no vuelve a mí vacía, sino que hace lo que yo quiero y cumple su misión.*⁷⁵

Por otra parte, la Sagrada Escritura, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, contiene ejemplos que ratifican la verdad de lo que venimos diciendo.

Durante el período de la Ley Antigua, son bien conocidos los casos en los que Moisés abrogó la voluntad de Dios de castigar al Pueblo judío.

Con respecto al Nuevo Testamento, nos limitaremos a citar dos ejemplos característicos.

El primero, y quizá más importante, se refiere a la narración del episodio de las bodas de Caná, contenida en el Evangelio de San Juan (2: 1-12). Según cuenta el Evangelista, la Virgen María, que había sido invitada al banquete nupcial junto con su Hijo, intercede por los novios ante el apuro en el que se

⁷⁵Is 55:11.

encontraban. Se había agotado el vino y la Madre, que se había dado cuenta y movida seguramente por la compasión, se lo hace saber discretamente al Hijo. El cual le responde, no sin cierta displicencia, que el problema nada tiene que ver con ellos: *Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Aún no ha llegado mi hora.* Cariñosa increpación a la que, por cierto, la Madre no hace ningún caso para, en lugar de eso, dar instrucciones a los sirvientes a fin de que hagan lo que Jesús les diga. Con el feliz resultado conocido y que está detallado en la narración.

El otro episodio se refiere al caso de la mujer cananea,⁷⁶ y es aún más sorprendente, si cabe, que el anterior. El Maestro se niega a secundar su petición y le responde con palabras que no dejan de contener cierta acritud y dureza. Después de afirmar que personalmente solamente ha sido enviado a la Casa de Israel y no a los extranjeros, le dice a la mujer: *No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perrillos.* Pero a su vez, la respuesta de la forastera es una asombrosa muestra de ingenio, de humildad y de amoroso afecto: *Es verdad, Señor, pero también los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.* Ante lo cual la reacción del Señor, quebrantando su propia voluntad, es tan conmovedora como explicable en un Corazón como el suyo.⁷⁷

Como es normal en cualquier combate, cada uno de los contendientes pretende conseguir la victoria, pues no otro es el objeto propio de la lucha. En la que libra el cristiano a lo largo de su existencia terrena, a la que se le ha prometido una corona al vencedor, no ocurre de modo diferente: *Al que venza le daré a comer del árbol de la vida.*⁷⁸

⁷⁶Mt 15: 21-28. Otros dicen sirofenicia. San Marcos aclara que provenía de los territorios de Tiro y de Sidón (7:24).

⁷⁷La doctrina sobre los Santos como *intercesores*, de tan profunda raigambre en la Iglesia desde sus mismos orígenes, abunda sobre este tema. El Pueblo Cristiano siempre profesó honda devoción a estos campeones de Cristo, a quienes consideraba como modelos a imitar y como poderosos abogados ante Dios en su favor. Los Santos eran valedores para alcanzar bienes en favor de los que todavía militan, así como también para conseguir anular decretos de Dios en castigo por los pecados. Por desgracia, con motivo seguramente de la torrencial *lluvia de Santos*, caída sobre la Iglesia después del Concilio Vaticano II, la devoción a los Santos es una más de las perlas que ha perdido el tesoro de las devociones populares.

⁷⁸Ap 2:7.

Pero sobre todo en los combates a escala de multitud, el resultado no depende solamente del factor de los contendientes como tales, sino que hay que contar también con las armas o instrumentos empleados en la confrontación. Los cuales pueden variar en unos y otros en cuanto a su cantidad y grado de perfección. El estudio previo del conjunto de elementos que intervienen en la refriega, junto a su previa y cuidadosa consideración, es lo que corresponde a la estrategia; cuyo correcto planteamiento antes del combate es fundamental si no se quiere ser derrotado (Lc 14:31).

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que el combate que libra el cristiano con Dios *es enteramente distinto del otro en el que lucha contra el Mundo*. Este último no es ya un combate de amor, sino enfrentamiento de auténtica enemistad, y hasta de odio por parte del Mundo.

El odio del Mundo a los cristianos es la consecuencia de su odio a Jesucristo, que hace extensivo a los discípulos: *El mundo no puede odiaros; pero a mí me odia porque doy testimonio de él, de que sus obras son malas.*⁷⁹ Claro que, como era de esperar, las consecuencias del odio a Jesucristo no tardan en aparecer, puesto que *no está el discípulo por encima del maestro, ni el siervo por encima de su señor. Al discípulo le basta llegar a ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al amo de la casa le han llamado Beelzebul, cuánto más a los de su misma casa.*⁸⁰ Los sentimientos del Mundo hacia los discípulos son siempre consecuencia y secuela de los experimentados hacia el Maestro, como corresponde a la íntima relación y dependencia existente entre la Cabeza y los miembros: *Si el mundo os odia, sabed que antes que a vosotros me ha odiado a mí...*⁸¹ *Si han guardado mi doctrina, también guardarán la vuestra.*⁸²

⁷⁹Jn 7:7. Así, en este orden. No se llega al odio a Jesucristo a causa del desprecio a los cristianos, sino al revés. Lo primero es el odio a Jesucristo; después, y por extensión, el odio a sus seguidores.

⁸⁰Mt 10: 24-25.

⁸¹Jn 15:18.

⁸²Jn 15:20.

Esta fuerte relación de dependencia de los cristianos, con respecto a Jesucristo, da sentido y relieve a su existencia. Según las exigencias del Amor, la vida humana, hecha para amar y ser amada, solamente se desarrolla como tal *cuando se identifica o se intercambia con la del otro*; entendiendo por el *otro* a la persona amada. Para llegar a ser una existencia auténtica debe salir fuera de sí misma, ya que de otro modo *se quedaría sola y no daría fruto* (Jn 12:24); lo que significa que no pasaría de ser una cosa estéril e inútil.⁸³ Sea como fuere, *los discípulos siguen a su Maestro y comparten su existencia*. Para ellos, el seguimiento de la Persona amada y la participación en su vida es lo que da significado a la existencia, además de la causa de la verdadera Alegría. De esta manera, los sufrimientos y las alegrías del Maestro son los sufrimientos y alegrías de los discípulos. Y siendo así, ¿acaso importa demasiado que se trate de éxitos o de fracasos...? Cuando lo único que vale la pena es estar con Él y junto a Él, experimentando la Alegría de escuchar su voz (Jn 3:29) y de recostarse en su pecho (Jn 13:23). Y es en este sentido como se puede decir que el *seguimiento* es consustancial a la existencia cristiana (Mt 16:24).⁸⁴

*A zaga de tu huella
las jóvenes discurren al camino;
al toque de centella,
al adobado vino,
emisiones de bálsamo divino.*⁸⁵

Ha de tenerse en cuenta que el *seguimiento* de Jesucristo no es la fase primera que ha de encarar el cristiano en su vida espiritual, como tampoco es la definitiva. El primer paso que ha de dar el discípulo en este itinerario consiste en el abandono de todo, a fin de hacer posible a su vez el seguimiento del Maestro (Mt 19:21). En el negocio del Amor el amante *no se conforma con seguir a la persona amada*, sino que busca, por encima de todo, la recíproca y mutua pertenencia. La actitud del ex ciego de Jericó, llena de agradecimiento y afecto, se encuentra aún lejos de lo que sería el Amor perfecto: *Y al instante recobró la vista y le seguía por*

⁸³Es de notar la relación existente entre soledad y esterilidad. El ser humano, creado por el Amor con el fin de que ame y de que a su vez sea amado, en modo alguno está destinado a encontrarse solo; lo cual no sería otra cosa que un egoísmo consumado en la vía de lo que es contrario al Amor. Por eso el Infierno es la definitiva y eterna soledad.

⁸⁴Cf Mc 8:34; Lc 9:23.

⁸⁵San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

el camino.⁸⁶ Pero en el Amor divino–humano ni siquiera se trata de recorrer el mismo camino, sino de hacerse una sola cosa con él. Puesto que, en definitiva, el camino es el mismo Jesucristo: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*.⁸⁷

Así quedan patentes las tres fases que componen el entramado de la perfección cristiana: abandono de todo, seguimiento de Jesucristo, para llegar así por fin a la identificación o intercambio de vidas.⁸⁸ Existen, por lo tanto, una fase previa cuya misión es la de hacer posible la siguiente; otra segunda o intermedia que sirve de enlace, hasta llegar por fin al momento definitivo en el que culmina el proceso de la mutua posesión en el Amor.⁸⁹

Es lógico que sea así, en cuanto que el seguimiento no tendría sentido sin referencia a un punto final o de llegada. El camino solamente sirve para llegar a un lugar definitivo, y no para quedarse en él. Su misión es la de servir de instrumento a quienes se encuentran todavía en la condición de peregrinos, o *in via*, en búsqueda hacia una meta final aún no alcanzada. Y por eso supone siempre un período de esfuerzo y de ansiedad:

*¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido.*⁹⁰

Incluso la fase intermedia, o la del seguimiento, está sometida a las vicisitudes que pueden presentarse en la primera, o la del abandono de todo. Etapa inicial que nunca es demasiado fácil pero cuya superación es indispensable para pasar a la siguiente. San Pedro, por ejemplo, aún no había comprendido que el verdadero seguimiento con respecto a su Maestro supondría para él, como antecedente previo, la dura prueba de la propia cobardía y de la traición; las cuales tendría

⁸⁶Mc 10:52.

⁸⁷Jn 14:6.

⁸⁸Conviene insistir en que la identificación de vidas no significa la pérdida o la transformación en el otro de cualquiera de los que se aman. La absoluta identidad de cada una de las personas, como tales personas, es condición indispensable para que pueda existir el Amor.

⁸⁹El texto clásico en este sentido es el de Mt 19:21: *Si quieres ser perfecto* (fase última) *ve y vende todo lo que tienes* (fase primera) *y luego ven y sígueme* (fase intermedia).

⁹⁰San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

que asumir y superar. Solamente después es cuando se encontraría en condiciones de seguirlo clara y abiertamente: *Adonde yo voy —le dice Jesucristo— tú no puedes seguirme ahora; pero me seguirás más tarde.*⁹¹

La parte final o *última* del proceso no coincide exactamente, por lo tanto, con el seguimiento del Maestro. Y sí más bien con el momento de su vuelta definitiva, cuando Él venga de nuevo a fin de estar para siempre con los suyos: *Quiero, Padre, que donde yo estoy también estén conmigo los que Tú me has confiado.*⁹²

Es curioso notar que la Espiritualidad Cristiana ha mostrado tendencia, por lo general, a poner el acento más en la fase intermedia que en la última. Con frecuencia ha insistido más en la fase del seguimiento, o de la imitación de Cristo (Tomás de Kempis), como si ésa fuera la definitiva. Por más que el problema no conduzca a ningún resultado práctico, según algunos. Aunque otros, por el contrario, se inclinan a cuestionar tal pretendida carencia de consecuencias: ¿Existe alguna conclusión teórica que carezca de consecuencias prácticas...? Y hasta hay quien ha pretendido ver aquí, por ejemplo, cierta conexión con el problema de la relación entre la vida activa y la contemplativa. Sea como fuere, la imitación de la vida o de las virtudes de Jesucristo *no puede ser un fin en sí mismo*; puesto que aquello a lo que apunta la existencia cristiana es la unión con Él, mediante la participación de su propia vida. O dicho de otro modo, la Ascética como camino, y no como final, hacia la Mística.

El combate que ha de librar el cristiano contra el Mundo y el Poder de las Tinieblas es singular y atípico. Con lo cual queremos decir que las normas por las que se rige no son las que regulan las luchas entre los humanos. Y menos aún las que presiden el desafío amoroso con Dios.

Existe en la lucha contra el Mundo una primera regla que, no por ser fundamental, deja de ser olvidada por los cristianos con más frecuencia de la deseable. Y se refiere a que *las armas y medios a emplear por uno y otro bando son completamente distintos*. O más bien habría que decir que tendrían que serlo; puesto que suele ser

⁹¹ Jn 13:36.

⁹² Jn 17:24.

cosa corriente que los humanos se empeñen en utilizar en la contienda los mismos medios que el Enemigo.

San Pablo lo dice claramente: *Las armas de nuestro combate no son carnales, sino que Dios las hace poderosas como para derribar fortalezas.*⁹³ Donde están contenidas dos afirmaciones importantes. En primer lugar, y siempre según el Apóstol, las armas a utilizar por el cristiano en la refriega nada tienen que ver con las empleadas por los Poderes del Mal. En segundo término, según añade a continuación, las específicas del discípulo de Jesucristo son lo suficientemente poderosas *para derribar fortalezas*. En otro lugar es todavía más explícito: *Así pues, estad firmes, ceñidos en la cintura con la verdad, revestidos con la coraza de la justicia y calzados los pies, prontos para proclamar el Evangelio de la paz; tomando en todo momento el escudo de la fe, con el que podáis apagar los dardos encendidos del Maligno. Recibid también el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios, mediante oraciones y súplicas, orando en todo tiempo movidos por el Espíritu.*⁹⁴

En realidad San Pablo no hace aquí sino aplicar la doctrina claramente expuesta en el Evangelio. Viniendo a decir, en definitiva, que el contenido del Mensaje cristiano, *no solamente es distinto a los criterios del Mundo, sino que es contrario a ellos*. Mensaje distinto y contrario, cual es el del Evangelio, que da lugar a una Existencia distinta y contraria a la del Mundo.

El Apóstol hace extensiva esta doctrina a toda su parénesis. Con respecto a su predicación, por ejemplo, enuncia un discurso que parece hecho a propósito. En él inserta una serie de normas, aparentemente incongruentes y paradójicas, que sin duda alguna serían catalogadas como disparates según los criterios del Mundo: *Yo, hermanos, cuando vine a vosotros, no vine a anunciaros el misterio de*

⁹³2 Cor 10:4.

⁹⁴Ef 6: 14-18.

*Dios con elocuencia o sabiduría sublimes, pues no me he preciado de saber otra cosa entre vosotros sino a Jesucristo, y a éste, crucificado. Y me he presentado ante vosotros débil, y con temor y mucho temblor; y mi mensaje y mi predicación no se han basado en palabras persuasivas de sabiduría, sino en la manifestación del Espíritu y del poder, para que vuestra fe no se fundamente en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios.*⁹⁵ Como puede verse, nos encontramos aquí en los antípodas de los modos de actuación empleados por la moderna Pastoral.

Los procedimientos paulinos, según se desprende, no son sino un eco de los propugnados por Jesucristo con respecto al modo de evangelizar: *No llevéis oro, ni plata, ni dinero en vuestras bolsas, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón, porque el que trabaja merece su sustento.*⁹⁶ Donde es de notar que aquí no se trata meramente de la absurda pretensión de utilizar medios naturales para conseguir fines sobrenaturales; sino que queda bien claro que la locura del Mundo solamente puede ser combatida mediante la (Sabiduría de la) locura de Dios (Ro 8:7; 1 Cor 1: 21.23; 2:5; 2 Cor 1:12; Ga 5:11; Ef 3:10). En definitiva se trata de enfrentar el escándalo de la Cruz al torbellino de locura en el que ha caído el Mundo.

La actual crisis ocasionada por la herejía modernista que ha invadido la Iglesia, a raíz y después del Concilio Vaticano II, ha dado lugar a un importante giro en la Pastoral y en la Liturgia de la Esposa de Cristo. Todo lo cual, a su vez, ha creado la suficiente confusión como para originar un cuestionamiento de la Fe bastante generalizado. Los cristianos *ya no se encuentran en disposición de creer* que sus armas específicas, cuales son las que tendrían que utilizar en su lucha contra el Mundo, sean lo suficientemente poderosas como pa-

⁹⁵1 Cor 2: 1-5.

⁹⁶Mt 10: 9-10; cf Lc 9:3; 10:4.

ra derribar fortalezas, a pesar de la promesa de la Escritura. Por lo que supondría una equivocación achacar la presente situación a un *simple error de estrategia*. Pues lo que ha sucedido, en realidad, es algo bien diferente. Se ha acogido con universal aceptación el principio de que *el Mundo tiene razón*. Se diga o no se diga, el momento actual contempla una clara crisis de Fe a gran escala. Dado que la Pastoral y la Liturgia no gozan de autonomía específica, sino que son una aplicación práctica del Dogma, todo depende de que este último abarque un conjunto de creencias en la Fe... , o tal vez de increencias.

De hecho, la práctica de casi todas las Familias Religiosas en la Iglesia, sobre todo a partir de la Edad Moderna, no ha seguido otro camino. Con las mejores intenciones imaginables, sin duda alguna. El problema ha surgido cuando se ha adoptado el procedimiento de la búsqueda del Poder, además de la pertinente utilización de los medios humanos posibles para, *desde ellos y por medio de ellos*, difundir el bien. La situación ha llegado a crear un grave peligro para la Iglesia, y de ahí que nosotros lo hayamos calificado con el nombre de la *Gran Tentación*, cuyos calamitosos resultados están a la vista.⁹⁷ Desgraciadamente, aunque inexplicablemente nadie al parecer lo haya tenido en cuenta, el Poder y el Dinero conducen siempre a la corrupción y al desastre (Mt 6:24; Lc 16:13); por más que los hombres, incluidos los cristianos, se empeñen en no verlo así.

Así las cosas, ¿cómo se plantearía el problema de las Familias, Órdenes, Congregaciones o Institutos Religiosos? Porque es tan indudable que existe un problema como que el hecho de negarlo contribuye a agravarlo. Aunque la cuestión no es sino parte de otra más general en la que va incluida, cual es la de la urgente necesidad de

⁹⁷Cf mi libro *Esperando a Don Quijote*, Shoreless Lake Press, New Jersey, 2007, pags. 385-477.

una Reforma General —*in capite et in membris*— de toda la Iglesia. Que sin duda habrá de ser emprendida por la misma Iglesia, antes o después, si quiere hacer realidad la promesa de su Fundador acerca de su perennidad hasta el Fin de los Tiempos.

Por supuesto que no vamos a cometer el error de negar la necesidad y utilidad de las Familias Religiosas en la Iglesia; sino que simplemente tratamos de alertar acerca de la necesidad de hacerse cargo del problema. Con vistas, sobre todo, a una mejor orientación de las Familias Religiosas, capaz a su vez de conducir a una remodelación de sus estructuras. Tarea a realizar mediante una reforma profunda, cuyo principal objetivo sería el de salvaguardar el Espíritu; a saber: la forma de vivir en comunidad las enseñanzas evangélicas en el mundo de hoy, de la manera más beneficiosa para la Iglesia. Labor difícil, en la que ya fracasaron hombres de la talla de San Francisco de Asís o de San Ignacio de Loyola, junto a otros que vinieron después: *Historia est Magistra Vitæ* . . . , si es que se está dispuesto a escucharla.

Pero tarea ardua y difícil no significa imposibilidad de llevarla a cabo. En cuanto a la que nos referimos aquí, es evidente la necesidad de afrontarla. Para lo cual habrá que comenzar por concederle la debida importancia, frente a otros temas a los que quizá se les presta en la actualidad excesiva atención. Los cuales pueden ser de mayor o menor transcendencia, como el de la necesidad del diálogo, el de la tolerancia, el del Ecumenismo, etc., pero que no llegan a alcanzar la gravedad del que tratamos y acerca del cual, por extraño que parezca, apenas si se habla. Y de todas formas, ¿cómo pretender organizar la casa ajena sin arreglar primero la propia? Ya San Pablo advertía que una de las cualidades del Obispo había de ser la de saber gobernar la propia casa (1 Tim 3:4). Para añadir en otro lugar: *¿Por qué voy yo a juzgar a los de fuera? ¿No juzgáis vosotros a los de dentro? A*

*los de fuera los juzgará Dios. ¡Echad de entre vosotros al malvado!*⁹⁸ Algo así como si el Apóstol creyera en la necesidad de arreglar los propios asuntos antes de pretender componer los ajenos.

Como puede verse, el problema se centra de nuevo en la aparente oposición entre la Fe y la Razón. Sin embargo, es cosa inherente al Cristianismo el enfrentamiento entre los criterios del Mundo y los de la Fe. Sin dejar de reconocer que las enseñanzas contenidas en el Mensaje evangélico, si se examinan a la sola luz de la razón humana, pueden parecer disparatadas. Tan profunda es la oposición entre el Evangelio y el Mundo, o entre los pensamientos de Dios y los de los hombres (Is 55: 8-9; Ro 11:33).

Algo que puede verse más claramente, por ejemplo, en referencia a otra firme enseñanza de Jesucristo. Precisamente una de las que más afectan a la manera de vivir de los hombres y al modo de organizarse en sociedad. Pero que examinada meramente a la luz de la razón humana suena a locura: *Sabéis que los que gobiernan las naciones las oprimen y los poderosos las avasallan.*⁹⁹ *No tiene que ser así entre vosotros; al contrario: quien entre vosotros quiera llegar a ser grande, que sea vuestro servidor; y quien entre vosotros quiera ser el primero, que sea vuestro esclavo.*¹⁰⁰

La clave del problema radica en que la Teología progresista prácticamente no acepta los contenidos de la Fe. Pretende elaborar una religión más *razonable*, convencida como está de que sería la única aceptada por el hombre y el mundo modernos. Ante lo cual debe tenerse en cuenta lo que esta Teología entiende por *razonable*, a sa-

⁹⁸1 Cor 5: 12-13.

⁹⁹Debe reconocerse que no cabe mejor descripción global de prácticamente *todas* las formas de gobierno entre los humanos. Nótese que Jesucristo hace alarde aquí de una generalización al parecer sin excepciones.

¹⁰⁰Mt 20: 25-27.

ber: solamente aquello que es capaz de ser elaborado y explicado por el entendimiento humano. Para la Teología progresista, la *Edad Oscura*, lejos de limitarse a la llamada Edad Media de la Historia, perdura hasta nuestro tiempo. Hasta llegar a su definitiva extinción en un momento que viene a coincidir con la celebración del Concilio Vaticano II. Esta Teología ordinariamente se ofrece a sí misma ante los creyentes como la eclosión del auténtico Cristianismo. Para lo cual se presenta ante el conjunto de los cristianos con insistentes cantinelas, como la tan traída y llevada de la *Primavera de la Iglesia*. Conoce bien el fuerte valor de impacto de que gozan los eslóganes y tópicos incesantemente repetidos; así como que aumentan en capacidad de recepción a medida que es mayor su falsedad. Algo cuya única explicación radica en el aumento general de la maldad; el mismo que ha conducido a su vez a un enfriamiento de la caridad (Mt 24:12), a un debilitamiento de la Fe y a la consiguiente disposición de las gentes a preferir y amar la mentira (Ap 22:15). Con lo cual son muy numerosas las personas de buena voluntad que están siendo engañadas, pese a la dificultad de eximir a nadie por completo de alguna responsabilidad. De todas formas, es bien sabido que, a lo largo de la Historia y sobre todo en los tiempos más modernos, la Humanidad ha sido controlada y guiada por sagaces y ocultas minorías.

La Teología progresista, interpretando de forma restrictiva el texto de Heb 11:1 —*La fe es el fundamento de las cosas que se esperan y la prueba de las que no se ven*—, identifica *lo que no se ve* con lo irracional y lo falso. Para esta Teología, *lo que no se ve* equivale a lo que trasciende y supera el entendimiento humano. Aquello que no cabe en él o no es su propio producto y que, por lo tanto, no se puede admitir. Suposición que da de lado al hecho de que la Fe y la verdad se condicionan mutuamente, a saber: la Fe se fundamenta en la verdad y la verdad, a su vez, es avalada y autenticada por la Fe.

Por otra parte, esta Teología confunde los *contenidos* de la Fe, que efectivamente superan el entendimiento humano, con los *motivos* para aceptarlos y creerlos (razones de credibilidad o preámbulos de la fe), que son enteramente racionales y razonables. De ahí deduce que la Fe es irracional y que nada tiene que ver con la verdad.

Jesucristo relaciona la Fe con la verdad y la hace depender de ella: *Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?*¹⁰¹ Según sus palabras, con respecto a Sí mismo los motivos de credibilidad se fundamentan en la misma evidencia: *Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, creed en las obras, aunque no me creáis a mí.*¹⁰² Luego las obras y los hechos suministran evidencia y son, por lo tanto, merecedores de credibilidad. Es la realidad en sí perceptible y puesta ante los ojos. . . , a no ser que se opte por cerrarlos para no ver.

Si la Fe careciera de razones en las que basarse sería efectivamente irracional. Aunque de todas formas, el motivo fundamental determinante del asentimiento de fe es la autoridad de Dios revelante.

Pero el hombre moderno ha decidido que, aparte de su propia verdad, elaborada por él, *no puede existir otra*. A lo que si alguien pregunta *por qué* ha de ser así, responderá que así *lo ha decidido* él mismo. Lo cual sí que parece efectivamente irracional.

El acto de Fe es a la vez un acto de la inteligencia y un acto de la voluntad. No es meramente un acto de la razón, como tampoco es simplemente un acto de la voluntad, sino que es *un acto del hombre*. Ya que ni la razón ni la voluntad humanas aisladamente son las que se adhieren a Dios, *sino el hombre completo, que es quien da su sí a Dios y le otorga libremente su confianza*. Con lo que de nuevo

¹⁰¹ Jn 8:46.

¹⁰² Jn 10:37; cf 5:36; 10:25; 15:24.

se vislumbra en el horizonte el viejo problema del intelectualismo y el voluntarismo, cada uno de ellos intentando entender al hombre por su cuenta pero sin conseguirlo. Pues es condición de la naturaleza humana estar dotada, en la unidad de un conjunto, tanto de inteligencia como de voluntad.

Que es lo que explica que el acto de Fe se vea reducido, en último término, a ser un acto de Amor; según sucede siempre en todas las relaciones de Dios con el hombre. Pues la rendición sin condiciones y la entrega total solamente se otorgan a aquél en quien se cree y en el que se confía plenamente. O dicho de otra forma, a aquél a quien se ama. Pues es bien sabido que el verdadero Amor no impone condiciones ni señala restricciones: *La caridad se complace en la verdad; todo lo aguanta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.*¹⁰³ Y es que el verdadero Amor no entendería nada que no fuera *totalidad*.

No corresponde a este lugar abordar el delicado tema de las relaciones entre la Fe y la Razón. Tampoco el de la naturaleza de la Fe como acto libre, el de la naturaleza oscura de la Fe o el del papel desempeñado por los motivos de credibilidad en relación con la libertad del acto de Fe. Cuestiones todas que quedan para los tratados de Teología.

Por lo que nos limitaremos a resumir brevemente algunos de los puntos que la Doctrina ha establecido como seguros. A partir de los cuales adelantaremos por nuestra parte algunas conclusiones, siempre sujetas a discusión, sobre el problema que venimos tratando.

1) Ante todo, el acto de Fe *es un acto libre*.

Los fundamentos escriturísticos de esta verdad, zanjada y definitivamente definida en el Concilio Vaticano I,¹⁰⁴ son muy claros (Mc 1:15; 16:16; Jn 3: 18-19; 1 Jn 3:23). Sin olvidar que el acto de Fe es meritorio, además de estar infundido por la Gracia cuando se trata de la virtud sobrenatural.

Decía San Agustín que *credere non potest, nisi volens.*¹⁰⁵

¹⁰³1 Cor 13: 6-7.

¹⁰⁴Ses. III, cap. III, c. 5.

¹⁰⁵San Agustín, *In Joa.*, XXVI, 2.

2) También conviene anotar que la “evidencia” irresistible de los preámbulos de la Fe no es contraria a la libertad de la Fe.

Problema ampliamente discutido por los teólogos aunque todo el mundo está de acuerdo en cuanto a las conclusiones. Téngase en cuenta que la *evidencia* de los preámbulos de la Fe no es la de los principios de la Ciencia. La forma de conciliar la *evidencia* de los preámbulos con la libertad del acto de Fe es cuestión siempre viva en las discusiones teológicas, aunque ya se ha dicho que las conclusiones se tienen por seguras. Es de notar que muchos Documentos eclesiásticos referentes al tema evitan utilizar la palabra *evidencia*.

Un problema, pues, interesante, muy del gusto de los teólogos, y abierto a más profundas investigaciones.

3) *La Fe es un conocimiento obscuro (naturaleza oscura de la Fe).*

Verdad fundamentada en textos como Jn 20:29 y 2 Pe 1:19 y, sobre todo, en Heb 11:1, donde se afirma que la Fe es la prueba de las cosas *que no se ven*. Suele decirse que la cuestión nunca ha sido definida porque tampoco ha sido puesta en duda por nadie.

El *Dictionnaire de Théologie Catholique*, en su artículo *Foi*, se hace cargo del tema para decir que *hablar de “lo que no se ve” es apuntar a la inevidencia del objeto; y por consiguiente, a la oscuridad de su conocimiento; de donde se sigue que el conocimiento de Fe es oscuro. Si es cierto que la palabra “ver” se emplea para el acto de Fe, en el sentido más amplio de “conocer”, es cosa que se hace con ciertas restricciones que atestiguan la oscuridad de este conocimiento (1 Cor 13:12).*

La oscuridad de la Fe no existe en la Ciencia.¹⁰⁶ El hecho de que los Documentos partan de la premisa de admitir la oscuridad en la definición misma de la Fe (Heb 11:1), ya es bastante expresivo.

Pero el modernismo rechaza la Fe o prescinde de ella. Su esfuerzo se centra en introducir en el mundo una religión *razonable*, en modo alguno necesitada de acudir al recurso de la transcendencia ni de lo sobrenatural y capaz, por lo tanto, de ser aceptada por el hombre de la *New Age*. En la que el culto a Dios sea sustituido por el culto al hombre. Estación término de un itinerario *intelectual* en el que,

¹⁰⁶Para Santo Tomás, no es posible tener al mismo tiempo Ciencia y Fe de una misma cosa (II^a II^{ae}, q.1, a.5).

o bien Dios no existe (ateísmo), o bien es imposible conocerlo en el caso de que existiera (agnosticismo).¹⁰⁷

Una parte importante del Catolicismo moderno, como si hubiera decidido suicidarse, ha optado por esta orientación y ha prescindido prácticamente de la Fe. Afirmación que no suele proclamarse de manera excesivamente categórica. Pero de hecho, sin embargo, las orientaciones de las nuevas Liturgias, y más especialmente de las autorizadas en los nuevos Movimientos catecumenales, carismáticos, etc., poseen contenidos que desembocan abiertamente en actitudes de escepticismo ante la Fe.

Y sin embargo, según la Escritura, *sin la Fe es imposible agradar a Dios*,¹⁰⁸ ni hay lugar, por lo tanto, para la salvación. Por más que esta declaración solamente sea admitida por quienes todavía creen en la Escritura como Palabra de Dios.

Puesto que la Fe es acto del entendimiento, si se niega o se prescinde de ella queda menguada la razón humana. Sus posibilidades de abrirse a los nuevos campos de transcendencia que, gracias a la Fe, la elevaban y preservaban del error, quedan anuladas. Es cierto que, para algunos, admitir la Fe significa en realidad sacar a la razón de su ámbito propio. La verdad, sin embargo, es que la negación de las posibilidades que la Fe puede otorgar a la razón humana, en el doble sentido de potenciarla y preservarla, jamás ha ido acompañada de pruebas que la demuestren.

Conviene advertir de nuevo, porque tampoco corresponde a este lugar, que aquí no se pretende introducir una discusión filosófica

¹⁰⁷Obsérvese que el agnosticismo es una doctrina aún más irracional que el ateísmo. El Dios de los agnósticos, incapaz de darse a conocer a sus criaturas y de solicitar su adhesión en el caso de que existiera, sería un Dios perfectamente inútil. Lo cual equivaldría a proclamar la *imposibilidad* de que Dios exista. Y de donde se desprende que, si para el ateísmo Dios *no existe*, para el agnosticismo en cambio *Dios no puede existir*.

¹⁰⁸Heb 11:6.

o teológica sobre el tema. Sino de insistir en que la reducción de la idea del hombre, disfrazada paradójicamente de una pretendida exaltación de la razón y de la naturaleza humanas, es quizá otra de las razones que explican la crisis que hoy padecen el mundo y la misma Iglesia.

Europa, por ejemplo, parece empeñada en prescindir de cualquier vestigio de racionalidad. Una avanzada cultura, con raigambre de muchos siglos, promotora de los más elevados valores culturales, morales y espirituales, ha sido arrojada por la borda. Por eso hay quienes dicen que el continente europeo se ha situado claramente al borde del suicidio. De todas formas resulta curioso advertir que esta *nueva cultura*, que se concreta en doctrinas de resultados tan desastrosos como la *Teología de la Liberación*,¹⁰⁹ es la que ha inducido al indigenismo americano, particularmente en países como Bolivia, Ecuador o Perú, a imponer aberraciones tales como la vuelta al culto de los *dioses precolombinos*. Nada más y nada menos. Precisamente la América hispana había sido, desde la evangelización que siguió al Descubrimiento y durante varios siglos, el baluarte más numeroso en población del Catolicismo; ahora, sin embargo, en estado de alarmante disminución y prácticamente arrasado. Y como si no fuera suficiente con la difusión de doctrinas marxistas, todo parece indicar que, una vez abierta la Caja de Pandora, se ha proporcionado vía libre a todos los errores, puesto que ya no es posible elegir entre unos desatinos con exclusión de otros. Una nueva muestra palmaria de los avances de la moderna civilización.

Los síntomas de esta situación son muy numerosos, apareciendo incluso en esferas de actividad en los que un observador superficial nunca habría reparado. Es lo que ocurre, por ejemplo, con el transcendental *belleza* en la vida de la Iglesia.

¹⁰⁹La Teología de la Liberación no es doctrina de origen americano, sino que procede enteramente de las ideologías europeas.

Puesto que el objeto del acto intelectual es la verdad, y habida cuenta de que en el ser la verdad y la belleza se identifican, la *descalificación* de la razón conduce indefectiblemente a una infravaloración, cuando no desaparición completa, de la idea de belleza. Fenómeno que ahora se detecta muy frecuentemente dentro de la Iglesia y particularmente en la Liturgia.

Dando de lado a discusiones teológicas,¹¹⁰ es indudable que no se pueden comparar la belleza y majestuosidad de la llamada Misa Tradicional, o según el Rito de San Pío V, con la escueta simplicidad, rayana incluso en la ordinareiz, de la Misa puesta en vigor por el Papa Pablo VI después del Concilio Vaticano II.

Se alegan en favor de esta última razones prácticas que apuntan a su brevedad y simplicidad. Pero el problema consiste en averiguar si la mayor aproximación a la *vida ordinaria*, a la espera de lograr una mayor participación por parte del Pueblo, posee efectivamente la virtud de fomentar la devoción del conjunto de los cristianos. Pues no cabe despreciar el peligro de que los fieles se acostumbren a considerar la Misa como *una cosa más entre las muchas del día*, la cual, precisamente por eso, es incapaz de transportarlos a un Mundo diferente y superior. Claro está que quienes comulguen con las tesis modernistas de no admitir un mundo diferente del edificado por el mismo hombre, encontrarán el nuevo Rito en mayor consonancia con sus ideas.

Si bien es cierto que la infinita Belleza de Dios se identifica con su infinita Simplicidad, el hombre no es un ser simple. Por lo que no está claro que la simplicidad, mejor aún que la complejidad, sea capaz de aportarle una más completa percepción de la belleza. Dada

¹¹⁰ Aquí no pretendemos cuestionar la legitimidad o validez del *Nuevo Ordo*, que damos por establecidas, sino solamente reflexionar acerca de su oportunidad en contraste con el *Rito Tradicional*.

la naturaleza de sus actos intelectuales y volitivos, el hombre se encuentra más abierto a la idea de Dios a través de la multiplicidad de las cosas visibles; cuya complejidad y misterio contribuyen a elevarlo a un mundo superior y distinto de aquél en el que se mueve entre *las cosas de diario*. El ser humano no alcanza la percepción de la belleza a través de una intuición simple, teniendo en cuenta además que las cosas creadas poseen solamente fragmentos de belleza en mayor o menor grado. Por otra parte, el conocimiento humano comienza siempre a través de los sentidos: *Nihil est in intellectu quod prius...* Para San Pablo, por ejemplo, las perfecciones invisibles de Dios se hacen asequibles a la inteligencia humana *per ea quæ facta sunt*,¹¹¹ donde es de notar el plural de colectividad que utiliza el Apóstol. Y es función de la Liturgia la de introducir al hombre en el *misterio* y mundo de lo sobrenatural, inaccesibles para él mediante el mero uso de los sentidos. Sin embargo, no parece que lo vulgar y ordinario, despojado de casi todo carácter de transcendencia, sea el mejor camino para introducirlo en el universo místico y numinoso del culto a Dios. En cuanto a la *brevedad*, que suele aducirse también como razón práctica y justificadora de las reformas litúrgicas, es cierto que el mundo moderno vive de manera más rápida y apresurada que el antiguo; y de ahí que se considere normal que los fieles experimenten dificultades en dedicar treinta minutos semanales a la Misa. No conviene perder de vista, sin embargo, que tales fieles son los mismos que no encuentran inconveniente en dedicar un buen número de horas, ya sea a la contemplación de una película, o quizá a un espectáculo deportivo; o a sentarse sencillamente frente al televisor, sin preocupación alguna por el tiempo transcurrido.

En cuanto a la Liturgia llevada a cabo en ciertos nuevos Movimientos surgidos dentro de la Iglesia, como carismáticos, neocatecumenales, etc., el problema se agrava en profundidad.

¹¹¹Ro 1:20.

Las ceremonias de culto utilizadas por estos Movimientos difícilmente pueden ser calificadas como *litúrgicas*, salvo que se emplee el término *Liturgia* en un sentido muy amplio e impreciso. Si la Liturgia se define, en su tradicional y estricto sentido, como *conjunto de prácticas del culto divino y de las reglas a que están sometidas*, como dice el Diccionario español de María Moliner, el vocablo no tiene cabida aquí. La Liturgia de estos Movimientos, que prescinde por completo de las reglas generales en vigor para utilizar otras propias, más bien singulares y pintorescas, en modo alguno pone el acento en el *culto divino*. Lo que de ella se desprende, para cualquier observador imparcial que la presencie, es que sólo se preocupa de fomentar los *sentimientos meramente humanos* de los asistentes.

Tampoco es posible negar que en el culto practicado en estos Movimientos se aprecia una notable tendencia hacia el *feísmo*. Se da la circunstancia de que la solemnidad, la gravedad y la profunda elevación del canto gregoriano, venerado por la Iglesia durante siglos, han sido sustituidas por canciones modernas cuyo contenido sobrenatural y cuyo sentido de lo numinoso es bastante dudoso; acompañadas a su vez por el rasgueo de guitarras y otros instrumentos musicales estridentes que, junto a las intervenciones en voces y gestos de los asistentes, hacen un conjunto tumultuoso en el que se dice que aletea el Espíritu, pero donde resulta muy difícil creerlo. Es cierto que también el Rey David cantaba a Dios con el arpa y a su manera. Sin embargo, aún está por demostrar que la algarabía y el alboroto de tan turbulentas ceremonias en las que tanto prima lo espontáneo —*el ímpetu del Espíritu*, según se dice en ellas— sean el mejor camino para conducir el alma al interior de sí misma y a la serenidad del diálogo con Dios: *Entonces el Señor pasó y un viento fortísimo conmovió la montaña y partió las rocas delante del Señor; pero el Señor no estaba en el viento. Detrás del viento, un terremoto; pero*

*el Señor no estaba en el terremoto. Detrás del terremoto, un fuego; pero el Señor no estaba en el fuego. Detrás del fuego, un susurro de brisa suave. Cuando Elías lo oyó, se cubrió el rostro con el manto, salió y se detuvo a la puerta de la cueva. Entonces le llegó la voz del Señor. . .*¹¹²

A pesar de todo lo cual, no es precisamente en eso donde más se aprecia el feísmo en el *culto* practicado en estos Movimientos. Pronto puede advertirse, a poco que se observe, que en él se ha prescindido de la solemnidad, de la belleza y de la gravedad de las ceremonias sacras. Lo que ha servido a su vez para dar paso a lo ordinario y vulgar, e incluso a lo chabacano.

Las Misas, denominadas simplemente *Eucaristías*, se celebran fuera de los templos, en locales o salones dedicados a actividades ordinarias: comedores, salas de reuniones profanas o cosas semejantes; procurando siempre la ausencia de cualquier referencia a lo sagrado, al sentido de la liturgia sacrificial según la ha practicado siempre la Iglesia y a cualquier cosa que de algún modo rememore un altar. A lo que hay que añadir que el papel del sacerdote ha sido reducido a su mínima expresión, cuando no anulado por completo. Cuya razón última que tal vez lo explicara es desconocida para los profanos, como sucede en todo lo relativo a la espiritualidad de estos Movimientos. Cuando se proporciona alguna explicación, cosa que raras veces ocurre, no es posible encontrar paralelos con la doctrina y enseñanzas tradicionales de la Iglesia.

Es evidente que aquí queda involucrado el nuevo sentido dado a la celebración eucarística. El hecho mismo del empeño de estos Movimientos en evitar a toda costa la palabra *Misa*, induce a pensar que el cambio de denominación demuestra el propósito de alterar el significado de la celebración. En definitiva, parece evidente el esfuer-

¹¹²1 Re 19: 11-13.

zo en mostrar que el Sacrificio de Cristo en la Cruz, hecho realmente presente en el altar a través del misterio de la celebración eucarística, ha sido sustituido por el nuevo significado de lo que son simplemente unas comidas de fraternidad y solidaridad.

Considerado el tema en su conjunto, uno de los resultados que arroja el balance final consiste en que se ha perdido de vista la noción de belleza. El culto y la Liturgia han quedado reducidos al nivel del hombre de hoy: ordinario, embrutecido en sus facultades, sin sentido de la estética ni sensibilidad para apreciar lo maravilloso ni el esplendor del ser. En definitiva, la incapacidad para percibir la belleza no es sino el final de un camino que, habiendo comenzado en el olvido de la noción del ser condujo, a través de extraños pero lógicos vericuetos, a la pérdida de la percepción de la verdad.

La marginación de la Fe llevada a cabo por las corrientes neo-modernistas, hoy vigentes en la Iglesia, ha producido desastrosas consecuencias cuya magnitud sólo Dios conoce. Entre las que hay que contar la devaluación de la idea del hombre.

Las dos facultades más peculiares del ser humano y que lo caracterizan como persona, cuales son la inteligencia y la voluntad, estaban destinadas por Dios a ser elevadas y potenciadas. Mediante la Gracia, en un grado que ni el mismo hombre hubiera podido imaginar (1 Cor 2:9): la inteligencia, hasta alcanzar la contemplación de Dios; y la voluntad, hasta sentir el gozo de poseerlo.

Si bien ambas facultades son distintas, como corresponde a una creatura, ambas integran la unidad que es el hombre. Destinadas juntamente por gracia a alcanzar una elevación sobrenatural, ninguna de ellas tiene sentido sin la otra. De ahí la dificultad de entender el fin último del hombre como visión beatífica o mera *contemplación saciativa de la verdad*. Pues todo parece indicar que también aquí la visión ha de preceder al deseo y a la posesión, siquiera sea con prioridad de naturaleza: *nihil volitum quin præcognitum*.

Unamuno¹¹³ rechazaba este viejo y conocido apotegma escolástico que, según él, viene a constituir el principio supremo del intelectualismo. Y es curioso advertir que la misma posición fue adoptada por el fundador del *Opus Dei*, San Josemaría Escrivá.¹¹⁴

Sin embargo, es difícil entender que la *contemplación* de Dios, ya en la Patria, signifique la felicidad perfecta para el hombre si no va acompañada del deseo y de la realidad consiguientes de su *posesión*. Si se examinan los textos escriturísticos o patrísticos, es fácil descubrir que todos hablan claramente de *compartir* la vida divina, junto a la correspondiente y mutua posesión. Por lo que es probable que ni el intelectualismo ni el voluntarismo, cada uno por su parte e independientemente, sean absolutamente verdaderos. Es imposible explicar el amor sin echar mano de la atracción sentida ante la contemplación de la bondad y de la belleza; de tal manera que el sentimiento amoroso parecería imposible sin esa *previa* contemplación. En el seno de la Trinidad, la generación del Hijo precede (con prioridad de origen, no de tiempo) a la espiración del Espíritu Santo; la cual *spiratio* (o procesión propia del Espíritu Santo), *sigue* a la contemplación mutua del Padre y del Hijo (relaciones de paternidad y filiación). En cuanto al *flechazo* al que tan graciosamente alude el fundador del *Opus Dei*, o el *amor a primera vista* que dicen otros, supone precisamente como elemento indispensable esa *primera vista*: y es más bien inimaginable que el amor pudiera surgir espontáneamente, como de la nada y sin nada que lo provoque o lo suscite. Por lo demás, todo el mundo sabe que Unamuno era un gran pensador y buen filósofo, aunque no fuera santo; así como Escrivá de Balaguer, que efectivamente era santo, no era sin embargo filósofo.

La descalificación de la inteligencia humana por parte de las doctrinas neomodernistas, mediante el procedimiento de ignorar sus virtualidades a desarrollar a través de la Fe, supone una *desvalorización*

¹¹³En *Del Sentimiento Trágico de la Vida*. No es de extrañar la posición de Unamuno, dada su enemiga contra el intelectualismo.

¹¹⁴Según hace constar uno de los historiadores de su vida, Juan Ramón Gallo, en una biografía de 1980: *Charlando, un día de Febrero de 1960, con un grupo de filósofos y teólogos sobre la libertad como aventajada del conocimiento, les sorprende con esta reflexión: —“Siempre el corazón va más allá de la inteligencia. La inteligencia va detrás. Y dirá alguno de los filósofos: ¿Y eso de que nihil volitum nisi præcognitum, nada se quiere si antes no se conoce? ¡Pues aun con eso! Y si no, queréis explicarme lo del ‘flechazo’ con sólo un conocimiento superficial?”*

de la idea del hombre y un atentado a su naturaleza. Indirectamente también es un atentado contra Dios, en cuanto que el hombre es su obra maestra que ahora queda depreciada por el mismo hombre: *Gloria Dei vivens homo*, decía San Ireneo.¹¹⁵ Con el resultado de que el intento, tan soñado por la Masonería, de hacer una religión *razonable* y apta para ser aceptada por el hombre moderno, se convierte en una doctrina *irracional* que, lejos de exaltar al hombre, no logra sino empequeñecerlo y desposeerlo de sus cualidades más elevadas. Lo cual, sin embargo, no es todavía lo más grave.

Como se ha dicho más arriba, el objeto del acto de Fe es oscuro, mientras que el acto en sí mismo es esencialmente libre. Si además se tiene en cuenta que el motivo principal determinante del asentimiento de Fe es la autoridad de Dios revelante, fácilmente se concluye que el acto de Fe es sobre todo un *acto de confianza*.

Y por lo tanto un acto de rendición y entrega amorosas. Con la mirada puesta más allá de la propia razón, y en contra de cualquier evidencia, el acto de Fe se abandona en brazos de la persona amada y pone su confianza en ella: *Simón le contestó: "Maestro, hemos estado bregando durante toda la noche y no hemos pescado nada; pero sobre tu palabra echaré las redes"*.¹¹⁶ Pero rendir voluntariamente el propio yo ante quien se ama, mediante la donación de lo más personal e íntimo como son la inteligencia y la voluntad propias, no es otra cosa que un *acto de amor*. San Pablo, refiriéndose a sus sufrimientos, advertía a su discípulo Timoteo que estaban bien justificados: *Y ésta es la razón por la que padezco esas cosas; pero no me avergüenzo, pues sé bien en quién he creído*.¹¹⁷

¹¹⁵ *Adversus Hæreses*, IV. xx. 7.

¹¹⁶ Lc 5:5.

¹¹⁷ 2 Tim 1:12.

Y es Jesús mismo quien recrimina al apóstol Tomás: *Porque me has visto has creído; bienaventurados los que sin haber visto hayan creído.*¹¹⁸ Tomás creyó ante la fuerza de la evidencia; aunque para el Señor son bienaventurados los que han creído mediante un acto de confianza, sin haber visto. Tal acto de rendición de la inteligencia y de la voluntad propias ante la persona amada se convierte, por eso mismo, en un verdadero acto de amor. Tomás se adhirió a su propio juicio, mientras que los verdaderos creyentes renuncian a sí mismos y confían en Jesucristo por amor. La circunstancia de que el apóstol Tomás se arrepintiera de su conducta no invalida la situación, como lo demuestra el hecho de que no pudo evitar el reproche del Maestro. De esta forma, el planteamiento es como sigue: Tomás se *encerró en sí mismo* y confió en su propio juicio; los creyentes en Jesucristo, en cambio, se olvidaron de sí mismos y *rompieron el cerco de su propio yo*. Y el Amor consiste precisamente en negarse a sí mismo, a fin de entregarse a la persona amada: *Beatius est magis dare quam accipere*. Entregar pues, antes que recibir; perder la propia vida, antes que recibir la del otro. Más todavía: entregar, aun sin esperar recibir nada a cambio; perderlo todo, sabiendo que ninguna otra cosa va a encontrarse a modo de remuneración: *La caridad es paciente y amable; no es envidiosa, no actúa con soberbia, no se jacta, no es ambiciosa, no busca lo suyo...*¹¹⁹

Según la Carta a los Hebreos, *por la fe, Abrahán obedeció al ser llamado para ir al lugar que iba a recibir en herencia, y salió sin saber adónde marchaba.*¹²⁰ No sabía adónde iba, pero confió enteramente en Quien lo llamaba. Y es difícil creer que alguien imprima libremente un giro tan radical a la propia existencia, ante el requerimiento de otro, si no lo hace por amor.

¹¹⁸Jn 20:29.

¹¹⁹1 Cor 13: 4-5.

¹²⁰Heb 11:8.

Y continúa la Carta a los Hebreos dando testimonio de la Fe de los Padres: *En la fe murieron todos ellos, sin haber conseguido las promesas, sino viéndolas y saludándolas desde lejos, y reconociendo que eran peregrinos y forasteros en la tierra.*¹²¹ Así pues solamente pudieron ver las promesas y saludarlas desde lejos. Si las vieron meramente *desde lejos* es porque se encontraban todavía a demasiada distancia de la claridad de las realidades. Y con todo, creyeron firmemente en ellas.¹²²

De donde se infiere que dar de lado a la Fe, como hace el neomodernismo, es un atentado directo contra el Amor. En definitiva contra Dios mismo.

¹²¹Heb 11:13.

¹²²Son abundantes los textos sobre el tema.

Reflexión Final

Como habrá podido darse cuenta quien haya llegado a este punto, he intentado centrarme, en este último capítulo, en el tema de la culminación de la existencia cristiana en cuanto que va unida a la promesa de victoria para aquéllos que, además de haber luchado hasta la sangre (Heb 12:4), han confiado en ella hasta el fin por medio de la esperanza. Con un inefable Premio como recompensa al que San Pablo llama la *Corona de Justicia*.¹

Y digo que lo he intentado porque me asaltan dudas acerca de haberlo conseguido. A lo largo del capítulo han ido surgiendo cuestiones colaterales que han convertido el conjunto en un poco de todo. He de declarar a mi favor, sin embargo y como débil justificación, que cuando algunos temas no parecían encajar demasiado en el principal, me he esforzado al menos en procurar que lo pareciera. Por supuesto que, como suele ocurrir con tantas obras que andan escritas por ahí, el resultado andará muy lejos de satisfacer a muchos; y ya puede darse por descontado que a mí menos que a cualquiera.

La confianza y seguridad en la Victoria, como culminación de la existencia terrena del discípulo de Jesucristo, es asunto de tan vital importancia como que es el único realmente transcendental. Tal confianza es ahora más necesaria que nunca para los que pretenden seguir a Jesucristo y que, por eso mismo, se ven acosados de mil

¹2 Tim 4:8.

maneras por el Mundo de hoy y sin otra salida que la de buscar refugio en la esperanza.

Afortunadamente el concepto de esperanza cristiana no coincide con el de la esperanza humana. Este último se refiere a la esperanza acerca de algo que puede resultar... , pero que también puede fallar; puesto que a menudo escapa a las posibilidades de quien espera. La esperanza cristiana, en cambio, goza de la certeza de alcanzar lo que aguarda, si es que va acompañada de la fidelidad que exigen las promesas (Ro 5:5).²

Aunque en realidad la esperanza cristiana va más allá de lo que el hombre podría esperar o suponer. Cuando parece vislumbrarse el fracaso y solamente se percibe la oscuridad que todo lo rodea, ella proporciona la fuerza para seguir aguantando con firmeza; pese a cualquier obstáculo que trate de interponerse. Como Abrahán, que *creyó contra toda esperanza*.³ Cuando aparece el cúmulo de contratiempos y sufrimientos que jalonan la vida diaria de cualquier ser humano: el dolor en todas sus formas, las enfermedades, los diversos y variados fracasos, las incomprendiones de unos y de otros, los problemas familiares, la sensación de soledad, el sentimiento de vacío y de la inutilidad de la propia vida... A todo lo cual habría que añadir los específicos y propios del cristiano, como pueden ser las Noches del Espíritu con sus pruebas interiores y exteriores, de las que puede ser la principal la aparente ausencia de Dios; las tentaciones de toda índole; la incompreensión y quizá persecución por parte de amigos y enemigos; las propias vacilaciones en la Fe; los sutiles y diversos asaltos por parte del Mundo; el agudo sentimiento de no haber respondido al Amor de Dios, unido al de los propios pecca-

²Según el Apóstol, *así es mi expectación y esperanza, de que en nada seré defraudado* (Flp 1:20).

³Ro 4:18.

dos. . . Cuando algo o todo eso sucede, es que ha llegado la hora de la esperanza cristiana.

La actitud de *esperar contra toda esperanza* se refiere sobre todo a la correspondiente virtud sobrenatural, que tiene poco que ver con la esperanza puramente humana. Cuando esta última falla nada queda por hacer, aparte de la actitud de conformidad y resignación. En cambio, cuando parece que no queda lugar para otra cosa. . . , *ni siquiera para la esperanza sobrenatural*; cuando hace su aparición la densa oscuridad que a veces se cierne sobre la *Noche* de la existencia cristiana; cuando todo parece indicar que Dios ha desaparecido y abandonado a su creatura (Sal 22:2; Mt 27:46), es que ha llegado la hora de *luchar contra lo imposible*: la de seguir confiando firmemente en Dios y la de esperar contra toda esperanza. Y hemos dicho *contra toda esperanza*. Lo que significa que incluso al margen de la virtud sobrenatural, que también a veces parecería haberse desvanecido del horizonte de la propia existencia. La misma situación que vivieron, de manera excepcionalmente intensa, Jesucristo en la Noche del Huerto de los Olivos y la Virgen María al pie de la Cruz.

Como hemos dicho antes, a los cristianos de nuestro tiempo —y me refiero particularmente a los católicos, que somos quienes integramos la Única y Verdadera Iglesia— nos ha correspondido vivir una situación en la que recurrir a la esperanza es cuestión de supervivencia. Y no nos faltan motivos. Pues la Iglesia se encuentra atravesando momentos quizá los más graves que ha conocido a lo largo de su Historia.

Por lo que a mí respecta, Dios ha permitido que conozca, a través de una vida duradera, las vicisitudes de la Iglesia a través de dos períodos bien diferentes de su Historia.

El primero al que me refiero, que abarca la mayor parte del siglo XX, fue un período de relativa calma y estabilidad para el Catolicis-

mo. Si acaso se puede hablar de tranquilidad en medio de los problemas que, en realidad, jamás han estado completamente ausentes de la vida de la Iglesia. Fue en este período, por ejemplo, cuando tuvo lugar la primera invasión de la herejía modernista, la cual fue fácil y rápidamente aplastada por los Papas Pío IX y San Pío X. A pesar de todo, la Iglesia se extendía y prosperaba, se multiplicaban las conversiones, crecía el número de vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, aumentaba el prestigio de la Jerarquía y especialmente el de los Papas, e incluso algunos grandes países, como los Estados Unidos de América, llegaron a conocer una etapa tan próspera del Catolicismo como que prometía una singular cosecha de adhesiones a la Iglesia.

El segundo período, en el que todavía permanecemos, es de signo tan diferente que hasta se puede calificar como opuesto. Comenzado en el momento de la muerte de Pío XII, está marcado por unas palabras del Papa Juan XXIII, su sucesor, con las que el nuevo Pontífice afirmó que había decidido *abrir las ventanas del Vaticano*. Aparte de eso, el mismo Juan XXIII, inspirado por el Espíritu Santo —son palabras suyas—, tuvo a bien convocar el Concilio Vaticano II.

Muchas veces a lo largo de estos años, a la vista de los acontecimientos, he pensado en la posibilidad de que el Papa, víctima quizá de alguna equivocación, hubiera abierto involuntariamente la Caja de Pandora en vez de las ventanas del Vaticano. Igualmente me he preguntado a menudo, aunque como es lógico sin encontrar respuesta, acerca de las posibles razones que impulsarían al Espíritu Santo —si hemos de dar fe a las palabras del Papa— a inspirar la convocación de un Concilio, teniendo en cuenta la situación en la que la Iglesia se encontraba.

Me apresuro a advertir que no pretendo llevar a cabo una tarea de enjuiciar conductas que en modo alguno me corresponde. *Doctores tiene la Iglesia*. Y menos todavía en lo que se refiere a las posibles

decisiones a tomar por el Espíritu Santo. Me limito a referir situaciones de hecho, y no he pretendido decir otra cosa sino que a menudo me he interrogado a mí mismo acerca de cuestiones de gravedad y trascendencia. Nada diferente de lo que suele hacer cualquier persona a la que preocupen los acontecimientos que le afectan.

Durante el tiempo a que me refiero — el último tercio del siglo pasado y primera década del actual—, los católicos nos hemos visto obligados a afrontar momentos muy difíciles. Me refiero naturalmente a los que hemos decidido guardar lealtad a la Fe y a los principios que, al menos hasta entonces, habían sido considerados inmutables.

Ha sido para mí un tiempo largo en el que me he visto afectado por multitud de acontecimientos. Muchos de los cuales han sido dolorosos y han impactado profundamente en mi vida.

He visto a mi Patria desaparecer como Nación y quedar reducida a un mero recuerdo a citar por la Historia. También he tenido que presenciar su apostasía del Catolicismo, con el consiguiente abandono de su Fe, de su Historia, de sus tradiciones y de su pasado glorioso. Ya había profetizado Menéndez y Pelayo⁴ que España desaparecería como nación cuando dejara de ser católica. Tal como ha sucedido, donde los hechos parecen indicar que existe una necesaria relación de causa a efecto entre lo uno y lo otro. Y todo para entregarse a un paganismo grosero incapaz de darse cuenta de que se halla al borde de un abismo, ante la pasividad y el silencio de la entera sociedad y aun de su propia Jerarquía eclesiástica; como si tanto unos como otros pensarán que nada sucede: *Pues como en los días que precedieron al diluvio comían y bebían, tomaban mujer o marido hasta el día mismo en que entró Noé en el arca y no se dieron cuenta sino cuando llegó el diluvio y los arrebató a todos.*⁵

⁴Menéndez y Pelayo, *Historia de los Heterodoxos Españoles*, Epílogo.

⁵Mt 24: 38–39.

Así es como he sido golpeado por el dolor de contemplar y sufrir desde dentro, puesto que también soy miembro de la Iglesia, la descomposición del Catolicismo. Que se va reduciendo a su mínima expresión con perspectivas cada vez peores. Me he visto obligado a soportar los fuertes ataques de la herejía modernista, con todo lo que han llevado consigo: la anarquía general en la Liturgia; la aparición en la Pastoral de los teatrales *shows* multitudinarios, con la pretensión de hacer creer en la existencia de un Catolicismo próspero que no existe; la crisis de Fe y el consiguiente cuestionamiento de casi todos los dogmas; la corrupción de buena parte de la Jerarquía, incluidos los más altos rangos que incluso a veces no tienen inconveniente en confesar abiertamente, ya su falta de Fe, ya su actitud de burla ante la Moral; las deserciones en masa de católicos a otras confesiones cristianas; la renuncia expresa y clara, por parte de la Iglesia, a una misión esencial, recibida de manos del mismo Jesucristo (Mt 28:19), cual es la actividad misionera. . . , por no hablar del triste espectáculo ofrecido por las Órdenes religiosas en general desbandada, o el de la Juventud apartada de la Iglesia y la consiguiente falta casi total de vocaciones. . .

Y por si esto fuera poco, he tenido que soportar la pretensión, acosado desde todas partes, de que acepte como válida la Gran Mentira. La misma que consiste en admitir, como verdad inconcusa, que la Iglesia se encuentra en ese mejor momento de su Historia que ha sido denominado, ignoro si con ironía o con burla, la *Primavera de la Iglesia*. No he sido perdonado por el hecho de mantenerme en la integridad de la Fe y la validez de los principios incommutables. Y solamente me ha sido permitido subsistir a cambio de ser reducido a la nada, aquejado siempre del dolor de sentirme objeto del desprecio de mis propios hermanos.

Y algo todavía más doloroso. Junto a todo lo dicho, me he visto en la necesidad de aceptar, a lo largo de mi vida, la indiscutible verdad de que una Jerarquía corrompida sigue siendo la Jerarquía de la Iglesia. No me era posible prescindir de ella, si es que deseaba seguir formando parte del Rebaño de Jesucristo: *Ubi Petrus, ibi Ecclesia*. De donde he ahí de nuevo la prueba de que la obediencia es la prueba de la fidelidad, que es lo mismo que decir del Amor: *Obædiens usque ad mortem, mortem autem crucis*.⁶ Porque si no siempre será posible, ni tampoco necesario, el hecho de comprender, sí que es preciso en cambio mantenerse con constancia en la fidelidad (Jn 20:27).

Existen, por lo tanto, sobrados motivos para adoptar la actitud de esperar *contra toda esperanza*. Una esperanza que, a la vez que da por supuesta la realidad de la lucha, garantiza la seguridad del Premio a quienes han confiado y resultado triunfadores en el combate: *Y al que venza, yo le daré a comer del árbol de la vida*. En este sentido, el cristiano sabe bien que lucha sobre seguro: *Así pues, yo corro no como a la ventura, lucho no como quien golpea al aire...*⁷

Con lo que es llegado el momento de reflexionar acerca del misterio del premio que reciben los vencedores.

Según se le dice al Ángel de la Iglesia de Éfeso, al ganador en la lid se le permitirá *comer del árbol de la vida*. Evidentemente se trata de una metáfora, en la que habrá que profundizar para tratar de averiguar su significado. Al menos hasta donde sea posible.

Como no podía ser de otro modo, abundan los casos en los que la Palabra de Dios dirigida al hombre recurre a la metáfora. Cosa lógica si se tiene en cuenta la insondable profundidad del dato revelado. Es todo un cúmulo de verdades que *están ahí*, comunicadas al hombre en orden a su felicidad y salvación; pero que sin embargo, y

⁶Flp 2:8.

⁷1 Cor 9:26.

dada su condición de misterios, es imposible que sean expresadas con palabras inteligibles al limitado entendimiento humano. A veces no queda otro camino que presentarlas a modo de bisbiseo insinuante, dejando camino libre al hombre, ayudado en todo caso por la luz del Espíritu, para que trate de *intuir*, o quizá *presentir*, a través de la profundidad del misterio: *Ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó por el corazón del hombre...*⁸ Y ya puede verse que el mismo apóstol San Pablo reconoce que no existe forma por ahora de descubrir, ni aun en clave difusa, lo que aguarda a quienes lleguen a consumir una existencia cristiana. Dado que lo prometido es demasiado sublime para ser descrito, ni aun con palabras angélicas que tal vez pudieran ser dirigidas al ser humano. ¿Entonces...? Entonces no queda otro recurso que el normal en estos casos, a saber: intentar profundizar en la metáfora y ponerla en parangón con otros datos revelados complementarios o paralelos.

Y puesto que el premio prometido al Ángel de Éfeso habla del árbol de la vida, parece normal suponer que se refiere a la Vida. Por otra parte, la recompensa ofrecida al Ángel de la Iglesia de Esmirna insiste en lo mismo: *Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida.*⁹ Ahora bien, la Vida, tomada en su acepción absoluta que es seguramente como la entiende el texto, es Cristo; según Él confesó de Sí mismo (Jn 11:25; 14:6). De donde parece lícito inferir que lo prometido al atleta cristiano es nada menos que *la posesión de Cristo*. Posesión que está destinada a llevarse a cabo en profunda intimidad y grado de intensidad, dado que *Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia.*¹⁰

Que esa Vida se refiere al mismo Cristo, es cosa que queda confirmada por el premio que se le promete al Ángel de la Iglesia de

⁸1 Cor 2:9.

⁹Ap 2:10.

¹⁰Jn 10:10.

Tiatira. El cual no es otro que *la estrella de la mañana*.¹¹ La cual, a su vez, es Jesús; según Él mismo reconoce y proclama: *Yo, Jesús, he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas que se refieren a las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella radiante de la mañana*.¹²

¿Y qué premio se le podría ofrecer al cristiano, una vez superada la prueba de la existencia, sino Cristo mismo? ¿Acaso el cristiano desearía otra cosa? ¿Existe algo que pueda proporcionar mejor la anhelada Alegría Perfecta? Si el sentido de la existencia humana y el objeto último de su felicidad no pueden ser otros sino el Amor —amar y ser amado—, ¿qué otra cosa podría colmar más abundantemente el ansia de amar y de sentirse amado, por otra parte tan connatural al ser humano y tan arraigada en su corazón? ¿Acaso el enamorado puede desear otra cosa —y el hombre ha nacido con un destino marcado, propio de un *ser enamorado*— que la posesión, recíproca a su vez, de la persona amada...?

Decía San Pablo que Cristo es la vida de los cristianos (Col 3:4). Lo cual es tan cierto como que Él es capaz de convertir en ganancia la misma muerte (Flp 1:21). La que ahora se manifiesta como el paso necesario y definitivo para poseerlo y estar con Él (Flp 1:22).

Por lo que a mí respecta, a través de mi ya larga vida he tenido ocasión de afrontar numerosas vicisitudes, muchas de ellas bastante dolorosas, tal como puede haberle ocurrido a cualquiera cuya existencia haya sido tan duradera como la mía. Sin embargo, a todas las considero poca cosa, o más bien nada, ante la esperanza de llegar a poseer lo que siempre ha deseado con ansiedad mi maltrecho corazón. Contemplando ahora mi existencia desde su acabamiento, es cuando comprendo que sin Cristo no hubiera tenido sentido alguno.

¹¹ Ap 2:28.

¹² Ap 22:16: *Ego sum radix et genus David, stella splendida matutina.*

Pues a lo largo de toda ella no he deseado otra cosa sino el Amor. Pero el Amor verdadero; que es lo mismo que decir el Amor total, que solamente Él puede proporcionarme. No ya cualquiera de las formas de Amor que ofrece la vida y que discurren serpenteando, como arroyuelos, por la ancha llanura de la existencia; sino solamente Aquél que, como único y singular, y en forma de caudal impetuoso, procede de la misma fuente de las aguas y se identifica con ella. La verdad es que nunca he sido capaz de entender el Amor de otra manera que como *totalidad*. Y aun reconociendo que mi corazón jamás ha llegado a colmar sus ansias hasta ahora, mientras dura todavía mi caminar en busca de la Patria, siempre se ha sentido animado de la esperanza de llegar a saciarse hasta la plenitud. Pues siendo Dios un *fuego devorador* (De 4:24), no puedo sino reconocer que ha *consumido* mi alma hasta convertirla en cenizas.

Ahora bien, ¿qué sentido tiene la promesa hecha al Ángel de Éfeso, según la cual se le dará a comer del árbol de la vida si resulta vencedor? ¿Se trata de un rodeo a modo de explicación? ¿Tal vez es una forma indirecta de expresarse, en atención a una mayor claridad? Pero si para un cristiano la vida es Cristo, y sin duda que es eso a lo que se refiere la promesa, ¿por qué no señalar a Él directamente y sin rodeos? ¿Existe alguna razón para no proclamar claramente, como hace el Apóstol, que no existe en el alma del discípulo deseo más vehemente que el de *estar con Cristo* (Flp 1:23)?

Ha de tenerse en cuenta que la Vida es la posibilidad y la condición para que exista el Amor. Pero al hablar aquí de condición no nos referimos meramente, como tal vez podría creerse, a la Vida considerada como origen previo que hace posible el despliegue del Amor. Sino al hecho de que la Vida, con la variedad de posibilidades y opciones que ofrece, es uno de los elementos fundamentales que

integran el concepto del Amor. Como sucede en el seno mismo de la Trinidad, o el lugar de la Vida y del Amor infinitos, donde ya aparece, como primer dato, que el Amor se estructura a través de la donación mutua de vidas entre dos que se aman (Jn 6:57).

El hombre ha sido creado para amar. Pero el Amor supone la entrega recíproca de la propia vida entre un *yo* y un *tú* que mutuamente se aman. Si el Amor significa la entrega en totalidad del *yo*, con todo lo que es y todo lo que posee, a la persona amada, se entiende que la Vida es el valor supremo a donar (Jn 15:13). De ahí que los textos que hablan de la entrega y pérdida de la propia vida sean abundantes. Si bien conviene puntualizar que, más bien que de pérdida, aquí es un intercambio de vidas lo que tiene lugar entre los amantes.¹³ O para decirlo más exactamente, se trata de la pérdida de la vida para ganar la del otro; que no a otra cosa apunta el ardiente deseo que el Amor pone en el alma. Por lo demás, hasta el lenguaje vulgar lo expresa con soltura cuando usa expresiones como la de *mi vida* o la de *vida mía* u otras semejantes, para referirse o para dirigirse a la persona amada. Tal permuta de vidas entre los que se aman, que en la relación amorosa puramente humana queda reducida a poco más que a una metáfora, se hace realidad en el Amor divino–humano; según se deduce también con toda claridad de los textos escriturísticos (Jn 6: 56–57; 15: 4–5; 17:26).

El ofrecimiento al Ángel de la Iglesia de Éfeso de una *Vida Abundante* como premio en la victoria, significa la promesa de un Amor igualmente Abundante y hasta el final: *usque in finem* (Jn 13:1). El cual no tiene otro objeto último, puesto que se trata del Amor absoluto y perfecto, que la Persona misma de Jesucristo; y a través de Él hasta llegar al Padre. De donde puede decirse, por lo tanto, que

¹³Por citar solamente algunos textos a modo de ejemplo: Mt 20:28; Mc 8:35; Lc 9:24; 17:33; Jn 10: 11.17; 12:25; Ga 2:20; 1 Jn 3:16.

prometer el Amor total es ofrecer la posesión misma del Esposo. Que es, en definitiva, la forma que emplea el lenguaje bíblico y místico para hablar de la posesión de Dios.

¿A qué se debe que el amante enamorado se sienta *seducido*, hasta el exceso de la exultación, ante la idea de entregarlo todo a la persona amada, incluida la propia vida? Desde luego que el amante no lo hace para recibir algo a cambio; ni siquiera la vida de la persona amada, como si ésa fuera la razón para realizar el trueque. La felicidad del enamorado, más que en recibir alguna cosa, sea la que fuere, estriba en entregarlo todo: *Hay más felicidad en dar que en recibir*.¹⁴ El amante enamorado se siente *fascinado* ante la persona amada; no piensa sino en ella y *no desea otra cosa sino el bien de ella*, además de olvidarse de sí mismo. Aquí es llegado el momento del embeleso, del hechizo encantador, del pasmo ante lo sublime y maravilloso, de la atracción irresistible que produce la contemplación de la Belleza y de la Bondad y que, en último término, como abanico de sentimientos, vienen todos a resumirse en el asombro maravillado y extasiado ante el Ser. Teniendo en cuenta que no se trata aquí del encanto producido por la contemplación de la Belleza y la Bondad del Ser como realidades *abstractas*. Lo que realmente saca de sí al enamorado y extasiado espectador es la contemplación de tales realidades *como atributos de alguien que es persona*; la cual, por serlo, es capaz a su vez de *responder*. O si quiere decirse de otra forma, se trata de la insondable admiración, por parte del amante, ante el descubrimiento de un *tú* que es capaz de dirigirse a él en plenitud como otro *yo*; y que a su vez *también se siente fascinado* y enamorado.¹⁵ Con lo que hemos desembocado en el abismo sin fondo del misterio del Amor, a saber: en el hechizo producido por la contemplación em-

¹⁴Hech 20:35.

¹⁵Un *tú* en el que resplandecen en grado elevado, o también en grado máximo, los atributos del Ser.

belesada, la misma que ansía salir de sí para entregarse al tiempo que ha encontrado igualmente una respuesta también seducida y enamorada. Seguramente es por eso que el misterio del Amor se estructura y fundamenta según una *realidad relacional que, por supuesto, es personal*. El descubrimiento del *otro* significa el descubrimiento del *Amor*, así como también de la *persona* como la perfección del Ser.¹⁶ El hallazgo y correcta intelección del concepto de *persona* supone el adiós definitivo al solipsismo, a todas las formas de egoísmo y a las modernas fantasías de *la propia verdad* o la de *ser uno mismo*. La persona es un ente subsistente y una realidad completa en sí misma, desplegada como tal en verdadero estado de perfección; pero destinada a salir de sí misma para relacionarse con *el otro* y hacer así extensiva su perfección. O dicho de otra forma, la persona es un ser cuyo destino y cuyo sentido de la existencia no son otros que el Amor.

El Amor es una relación entre personas. De donde la persona no queda constituida por el Amor, ni tampoco por el *descubrimiento* del otro; sino que, como tal, es anterior a ellos. En el seno de la Trinidad, las Personas se constituyen por las *relaciones*, que en modo alguno son accidentes. Por eso la perfección e individualidad de cada una de ellas es *absoluta*, o mejor *infinita*, puesto que se identifican realmente con la Esencia divina. Así es como se dice que el Padre es perfecto Dios, que el Hijo es perfecto Dios, y que el Espíritu Santo es perfecto Dios, sin que sean por eso tres dioses. En las creaturas, sin embargo, las relaciones son accidentes. De ahí que no se pueda decir que la perfección de la persona creada sea absoluta en el mismo sentido que se afirma de la divinidad. Lo que no es obstáculo para que en las creaturas la persona ya se encuentre constituida como tal *antes* del descubrimiento del otro; aunque, en último término, esté *orientada* al otro, que es quien en definitiva viene a servir de elemento para que la persona *descubra* y haga extensiva su propia perfección. Si la persona creada dependiera del otro en su constitución íntima, no podría entregarse a él

¹⁶Quizá por este camino se podría trazar un lugar de enlace con el principio tomista de la *contemplación saciativa de la verdad* como objeto de la *Beatitudo*.

en *totalidad* y en absoluta y completa *libertad*: si lo hace, es precisamente porque es un *yo* completo.

El carácter personal del Amor aparece con claridad con ocasión de la promesa al Ángel de la Iglesia de Pérgamo: *Al vencedor le daré del maná escondido; le daré también una piedrecita blanca, y escrito en la piedrecita un nombre nuevo, que nadie conoce sino el que lo recibe.*¹⁷

Dentro del misterio que supone el significado del Premio, prometido en forma de metáfora, parece lícito admitir aquí que, tanto el maná *escondido* como el nombre nuevo que *nadie conoce sino el que lo recibe*, inducen a pensar en la intimidad amorosa, en la soledad retirada y olvidada de todo lo demás, que tiene lugar en la singular y especial relación única del *yo-tú* de los enamorados:

*En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.*¹⁸

El verdadero Amor —también el amor colectivo *a los otros*— se resuelve siempre en una relación personal del *yo* al *tú* y recíprocamente. En realidad otra cualidad exclusiva del Amor divino y del Amor divino-humano. El Buen Pastor llama *a cada una de las ovejas por su nombre* (Jn 10:3), e incluso piensa que vale la pena dejar noventa y nueve en el campo para ir en busca de *una* que se había perdido (Lc 15:4). El Amor de Dios a sus creaturas, como el silbo o la

¹⁷ Ap 2:17.

¹⁸ San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

llamada del Pastor a sus ovejas, es siempre un Amor y una llamada únicos y personales: *Ego Dominus, qui vocavi te nomine tuo*.¹⁹ Y de nuevo el *Cantar de los Cantares*:

*Pero es única mi paloma, mi perfecta;
la única hija de su madre,
la predilecta de quien la engendró.*²⁰

Por eso la esposa se dirige a su vez al Esposo insistiendo también en la soledad y en el secreto diálogo del *yo-tú*, en el que se pronuncian palabras de amor sólo de ellos conocidas. Como que es lo único que realmente importa:

*Mi Amado, las estrellas,
el mar que besan proas de mil naves,
los ojos de doncellas,
el canto de las aves,
aquello que te dije y que tú sabes.*

Y el Esposo le responde, haciendo verdad la afirmación según la cual el diálogo amoroso entre amantes se convierte, con mucho, en la más bella de las competiciones que mente alguna hubiera podido imaginar:

*Acércate a mi lado
mientras el austro sopla en el ejido,
y deja ya el ganado
y hagámonos un nido
de lirios y de rosas florecido.*

¹⁹Is 45:3.

²⁰Ca 6:9.

El *nombre nuevo que nadie conoce sino el que lo recibe* está en consonancia con la intimidad en soledad que desean para sí los amantes. Se trata del misterio del diálogo amoroso del *yo-tú*, entablado en soledad, y en el que se expresan sentimientos y se pronuncian palabras que quedan para siempre en el secreto de entrambos: *aquello que te dije y que tú sabes*. Si la esposa significa para el Esposo lo único y singular: *Porque es única mi paloma, mi perfecta...*, también el Esposo es para la esposa el que es solo entre muchos:

*Como manzano entre los árboles silvestres
es mi amado entre los mancebos.*²¹

Ni el Esposo ni la esposa desean otra cosa que pertenecerse mutuamente: el uno al otro. Él es el único premio deseado por la esposa y ella es la gloria singular del Esposo: *Eres, amada mía, hermosa como Tírsa, bella como Jerusalén...*²² De ahí la declaración solemne del Esposo en la que proclama que la esposa le pertenece, a la vez que Él se reconoce a su vez como propiedad de ella:

*Ponme como sello sobre tu corazón,
ponme en tu brazo como sello.
Que es fuerte el amor como la muerte
y son como el sepulcro duros los celos.*²³

Por desgracia, la pérdida de las ideas de intimidad y soledad en el diálogo divino-humano, consecuencia a su vez del olvido y

²¹Ca 2:3.

²²Ca 6:4.

²³Ca 8:6.

depreciación de la relación de amor entre Dios y el hombre, es una de las notas que caracterizan al Catolicismo moderno.

Durante siglos la Iglesia acarició, como que formaba parte fundamental de su patrimonio, la idea de la importancia y necesidad de la oración. Un tema que apuntaba sobre todo, como suprema referencia, a la oración contemplativa; de la que se pensaba que era como la culminación de la existencia cristiana durante la etapa de peregrinación terrestre.

Pero la idea del diálogo personal con Dios se ha debilitado en los últimos tiempos, a medida que la Espiritualidad Cristiana, que siempre estuvo centrada en la persona, se decantaba progresivamente en favor de lo social. San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Ávila quedaron atrás y olvidados, como gloriosas reliquias de tiempos pasados en el mejor de los casos, al mismo tiempo que la Teología Mística iba siendo sustituida por la Doctrina Social.²⁴

Sería inútil negar que el Catolicismo de carácter y contenido sobrenatural ha ido dando paso al Catolicismo del *show*, más bien efectista y para este mundo. La paulatina desaparición del elemento interno ha dado progresivamente lugar al incremento de factores externos. Los mismos que finalmente, como era de esperar, han terminado por reducirse al mero espectáculo y a una actitud de ánimo exhibicionista. En el actual contexto, no son pocos los Pastores en

²⁴Fenómeno notable, que suele pasar inadvertido, es el de la *sequía* en tratados de Espiritualidad a partir del último tercio del siglo pasado. Su ausencia ha venido siendo compensada por toneladas de Documentos y obras de Doctrina Social. Todo un abultado Cuerpo Doctrinal conocido en profundidad por pocos, debido sobre todo a su enorme complejidad y a su desorbitada extensión, aunque practicado aún por menos. En el período que abarca hasta el Concilio Vaticano II, la doctrina de la Iglesia como Organismo y como Cuerpo Místico no supuso obstáculo alguno con la espiritualidad de siempre, centrada en la relación *personal* del alma con Dios. El mandamiento segundo —el amor a los prójimos— no era sino una continuación y extensión del primero —el amor a Dios—.

la Iglesia a quienes les podrían ser aplicadas las palabras del Señor: *Guardaos de los escribas, a los que les gusta pasear vestidos con largas túnicas y anhelan que les saluden en las plazas, los primeros asientos en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes.*²⁵

Hasta suena a ingenuidad decir que tales conductas son contrarias a las genuinas enseñanzas del Nuevo Testamento.

Todo hace pensar que, consciente o inconscientemente, el continuado empeño en poner el acento sobre lo externo, tal como aparece sobre todo en la progresiva teatralización de la Liturgia y la abundancia de actos multitudinarios,²⁶ no tiene otro objeto que el intento de disimular la falta de contenido del moderno Catolicismo... , o de frenar de alguna manera la continuada sangría de la deserción de las masas de fieles. ¿Dónde han quedado aquellas virtudes, que alguien calificó como *pasivas*, pero que en realidad componían el hermoso cuadro en el que podían admirarse la humildad, la actitud de pasar desapercibido, el sacrificio silencioso, la escondida vida de oración en sublime diálogo con Dios, la auténtica pobreza (ya que no la pobreza sociológica), el continuado y a menudo heroico sufrimiento por amor a Jesucristo, y tantas cosas que hacían resplandecer como sublime la existencia cristiana... ? ¿Es posible que todavía existan personas convencidas de que cosas como la búsqueda de la influencia y del poder, la acumulación de dinero, el afán por extenderse por el mayor número de países, el empeño en escalar puestos y adquirir nombradía y, en general, el empleo indiscriminado de medios puramente humanos por parte de las Familias Religiosas que existen en la Iglesia

²⁵Lc 20:46.

²⁶Bien entendido que la teatralización de la Liturgia lleva consigo casi siempre su *desacralización*. Manifestada sobre todo en la marginación de los ministros del culto, a fin de dar entrada a los seculares (hombres y mujeres); en la utilización de instrumentos y vestiduras profanas (a menudo incidiendo en el ridículo); en la introducción de danzas y ritos indígenas; etc.

(Órdenes, Institutos de diversas clases, Congregaciones, etc.), van a producir fruto en las almas? Pero así se ha dado lugar a la abundante lluvia de incesantes actividades, de encuentros y reuniones a toda hora y en todas partes, de la vergonzosa dependencia de los medios de comunicación y del criterio de la galería, de los viajes y desplazamientos constantes que no dejan espacio o lugar ni para la reflexión, ni para la serenidad, ni para el estudio o la oración. . . *Bene curris, sed extra viam*, decía San Agustín. Todo parece indicar que obras como *El Camino de Perfección*, de Santa Teresa de Ávila han caído en el más completo de los olvidos para ser sustituidas por el sentimiento nuevo y entusiasta de *la perfección del camino*, y de ahí que los viajes y continuos desplazamientos se hayan hecho insustituibles. Incluso para las monjas, incluidas por supuesto las de clausura, que han dejado atrás sus conventos y han considerado un deber hacer suya la consigna de Jesucristo: *Id pues y haced discípulos a todos los pueblos. . .*²⁷

Incluso el Papa Juan Pablo II realizó durante su Pontificado casi doscientos viajes. Un número bastante considerable si se tiene en cuenta, sobre todo, la extensión en duración y en el espacio de tales desplazamientos, por más que no pueda dudarse del fruto pastoral de tan infatigable actividad pontificia. Y si bien es cierto que también el Apóstol San Pablo realizó viajes, tampoco hay que olvidar que, siendo entonces el mundo mucho más pequeño, de ahí la extensión bastante más reducida de sus periplos comparada con los de Juan Pablo II.²⁸

²⁷Mt 28:19.

²⁸Gracias a tal limitación, las Compañías modestas de Turismo de la actualidad pueden llevar a cabo sus *Tours* sin excesivos gastos, con no poca satisfacción por parte de los devotos que desean recorrer la llamada *Ruta de San Pablo*.

Llegados ya al final del camino, habiendo resultado vencedores en el combate, es el momento de recibir el premio o la Corona de la Victoria:

*Levántate ya, amada mía,
hermosa mía, y ven.
Que ya ha pasado el invierno y han cesado las lluvias...
y el arrullo de la tórtola se ha dejado oír.²⁹*

Y con el premio, el descubrimiento de que la recompensa había empezado ya a ser recibida desde el principio. Antes de llegar a la meta y desde el comienzo mismo del certamen, el hecho de haber corrido por el Esposo y junto al Esposo, compartiendo su destino hasta la muerte, había significado el gozo supremo:

*Llévanos tras de ti, corramos.
Introdúcenos, rey, en tus cámaras,
y nos gozaremos y regocijaremos contigo,
y cantaremos tus amores,
más suaves que el vino.³⁰*

Correr con Él es correr sobre seguro (1 Cor 9:26), y andar junto a Él oyendo su voz, compartiendo todos los avatares de su existencia es ya el gozo completo (Jn 3:29). Algo que no supieron comprender sin embargo los obreros de la primera hora, según se cuenta en la parábola de los enviados a trabajar a la viña. Pues el haber sido elegidos, a fin de ser destinados a soportar el mayor peso del día y del calor, era ya un premio mejor que el parco denario acordado

²⁹Ca 2: 10–12.

³⁰Ca 1:4.

como jornal. Lo más bello del premio otorgado al triunfador de este combate, frente a lo que pudiera parecer a un pensamiento superficial, no se encuentra tanto en el hecho de haber vencido, *sino en haber vivido y sufrido con Él*. San Pablo, que insiste en explicar el destino del bautizado como participación en la Muerte de Cristo y, partiendo de ella, también en su Resurrección, envuelve ambos actos en un solo y único destino: *Todos los que fuisteis bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo*.³¹ Según lo cual, ¿importaría tanto el padecer o el gozar como, en todo caso, estar con Él? Fue Él quien quiso conservar en su Cuerpo glorioso los estigmas de su Pasión, tal como sus seguidores lucirán en la Patria, como trofeos de victoria, las huellas de los sufrimientos padecidos por causa de Él. Por eso cabe preguntar, con respecto a la exclamación de la esposa del *Cantar* y acerca de los gozos que, según ella, ambos va a compartir: si acaso se refiere al momento en que definitivamente se encontrarán los dos en las cámaras del Esposo, o si para ella cuentan ya tales regocijos *desde el momento mismo en que corre juntamente con Él*.

Así ha transcurrido mi vida. Tras los pasos del Maestro en una búsqueda que, a la vista de lo conseguido, alguien tacharía de infructuosa. Tal vez yo mismo participe de la idea, en algunos momentos al menos. Pero las cosas no siempre son lo que parecen, y a veces hay que considerarlas bajo la perspectiva contraria. Quiero decir al revés de como las juzga el Mundo, y sólo así es posible contemplarlas en su auténtica realidad. Una aparente derrota, por ejemplo, puede aparecer como exitosa victoria, examinada desde el ángulo adecuado. Y una infructuosa búsqueda no es raro que a menudo acabe en el más maravilloso de los hallazgos. De ahí que el destino del cristiano itinerante no consista tanto en cosechar triunfos como en emprender constantemente nuevos combates; ni en haber encontrado por fin lo

³¹Ga 3:27.

que tanto ansiaba el corazón, sino en la disposición a continuar la búsqueda sin cansancio.

Algunas veces —al fin y al cabo somos humanos—, a la vista de lo que contemplamos en el Mundo y en la Iglesia y en medio del fragor de la lucha, es difícil liberarse de la sensación de cansancio. Son los momentos en los que, quizá porque sentimos la nostalgia de la Patria, y también porque presentimos que ya se aproxima el final del camino, parece que entendemos mejor —pero mucho mejor— la consigna del Apóstol: *Buscad las cosas de arriba... Saboread las cosas de arriba, y no las de la tierra...*³²

³²Col 3: 1-2.